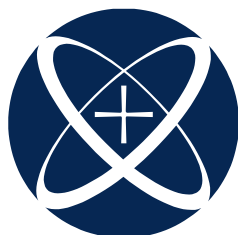


INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE

RECONOCIMIENTO DE VALIDEZ OFICIAL, ACUERDO SEP. NO. 15018
PUBLICADO EN EL DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACIÓN EL 29 DE
NOVIEMBRE DE 1976.



ITESO

Universidad Jesuita
de Guadalajara

**DIRECCIÓN GENERAL ACADÉMICA
DOCTORADO EN ESTUDIOS CIENTÍFICO-SOCIALES**

JÓVENES, TERRITORIOS Y PERTENENCIAS

**TESIS QUE PARA OBTENER
EL GRADO DE DOCTOR EN ESTUDIOS CIENTÍFICO-SOCIALES**

**PRESENTA:
FERNANDO CORNEJO HERNÁNDEZ**

**DIRECTORA DE TESIS
DRA. MARÍA DEL ROCÍO ENRÍQUEZ ROSAS**

TLAQUEPAQUE, JALISCO, DICIEMBRE DEL 2015

DOCTORADO EN ESTUDIOS CIENTÍFICO-SOCIALES
ITESO

JÓVENES, TERRITORIOS Y PERTENENCIAS

TESIS PARA OBTENER EL
GRADO DE DOCTOR EN ESTUDIOS CIENTÍFICO-SOCIALES

QUE PRESENTA:
Mtro. Fernando Cornejo Hernández

COMITÉ TUTORIAL
Dra. Rocío Enríquez
Dr. Jaime Preciado Coronado
Dr. Juan Carlos Henríquez

TLAQUEPAQUE. JALISCO A OCTUBRE DE 2015

DOCTORADO EN ESTUDIOS CIENTÍFICO-SOCIALES

ITESO

JÓVENES, TERRITORIOS Y PERTENENCIAS

Mtro. Fernando Cornejo Hernández

Abstract

Esta investigación, realizada con jóvenes que viven en tres contextos diferentes de la zona metropolitana de Guadalajara, aborda el papel que tienen las prácticas de ocio y las percepciones socioespaciales en la construcción de pertenencias socioterritoriales. Para ello se realiza, en un primer momento, un recuento histórico del crecimiento de la ciudad y de las colonias estudiadas, lo cual permite entender cómo se han ido materializando las desigualdades sociales en el espacio urbano. Se realiza, asimismo, una caracterización de los sujetos de investigación a partir de cómo asumen su condición juvenil y de género, su afiliación a grupos barriales –o pandillas– en el caso de quienes pertenecen a alguno de ellos, la vinculación que tengan o hayan tenido con la escuela como con el mundo del trabajo y, en general, los capitales sociales, económicos y culturales con los que estos cuentan, ya que todo ello incide en sus posibilidades para vivir, experimentar y apropiarse de la ciudad.

En un segundo momento, se explora la relación que establecen los jóvenes, en el marco de su vida cotidiana, tanto con el barrio –entendido como ese espacio apropiado de carácter público que se ubica alrededor de la vivienda–, como con la ciudad –en específico, con aquellos espacios con los que entran en contacto con cierta frecuencia–, explorando tanto las percepciones que tienen de dichos espacios como de los sujetos que se encuentran en ellos, así como sus prácticas –en particular las de ocio– a través de las cuales construyen territorios y, a partir de ellos, sus pertenencias socioterritoriales.

Esta investigación, de carácter fenomenológico y etnográfico, se realizó principalmente en una colonia popular de la zona metropolitana de Guadalajara llamada La Mezquitera, ubicada en el Cerro del Cuatro, y en menor medida, y para contar con

elementos de contraste, en la Nueva Santa María, ubicada en la misma zona, así como en un barrio céntrico, tradicional, llamado Santa Teresita del Niño Jesús.

Abstract

This research was constructed with young people, who live in three different contexts in the Metropolitan area of Guadalajara, Jalisco, Mexico, that addresses the role that the leisure time management and socio-spatial perceptions have, in the territorial belonging. Firstly it is realized, a historical growth counting, of the city and the examined neighbourhoods. That situation let us understand how the social inequalities have been materialized within the urban area. A characterization of the research subjects is made from their youth circumstances and gender assumptions, their attachment to gang group, in case they belong to it, the connection they have or have had with the school or with the world of work and with the social, cultural and economic capitals they count with; all this, influences their possibilities for living, survive, experiment and own the city.

Secondly, it is explored the relation of the young people, in everyday-life as in the neighbourhood –understood as the public sector appropriated area, located around their housing- as the city –specifically with those spaces, in which they have contact with, frequently-, exploring the perceptions that they have with the stated spaces, as the people found there, just like their performs –spare time particularly- Whereas throughout they build territories, and trough which, their socio-territorial affiliations.

This phenomenological and ethnographic research, was made in a rough neighbourhood from the Metropolitan area of Guadalajara city called “La Mezquitera”, located in the “Cerro del Cuatro”, furthermore to count with a contrast, it was compared with “Nueva Santa Maria”, located in the same area, just like the downtown and traditional neighbourhood, called “Santa Teresita del Niño de Jesús”.

Agradecimientos

Este trabajo de investigación no hubiese sido posible sin la participación de algunas personas que me han acompañado y apoyado de distintas formas durante todo este proceso. A todas ellas quiero agradecerles por haber sido parte del mismo. En primer lugar, a la Dra. Rocío Enríquez, asesora de este trabajo, quien me brindó toda la libertad y confianza para poder seguir el camino de mis propias intuiciones. A los doctores Jaime Preciado y Juan Carlos Henríquez, miembros de mi comité tutorial, por sus valiosos consejos y recomendaciones. Al Dr. John Williams Montoya, por haberme recibido en el Departamento de Geografía de la Universidad Nacional, en Bogotá, Colombia. A mi compañera de viaje, Andrea Kratzer, quien además de compartir su vida conmigo –así haya sido en gran medida a la distancia- me ayudó con algunas transcripciones, la elaboración de mapas, así como con la corrección de estilo. A mis compañeros en este proceso, Dorismilda Flores-Márquez y Jorge Rocha, que junto conmigo formamos el grupo de “los sobrevivientes”. A mis profesores Diana Sagástegui, María Martha Collignon, Enrique Valencia, Raúl Fuentes, Elizabeth Prado. A Vero Isoard, por invitarme a ir al Cerro del Cuatro y por facilitarme la entrada al mismo. A mis amigas y amigos Claudia Alcocer, Alina Peña, Víctor Hugo Ábrego, Marcela De Niz, Rafael Orzoco, Darío Garrido, Fernanda Castro, Carlos Gracián, Horacio Espinosa, Carlos Loera, Lilián y Adrián. A mis padres, Fernando Cornejo y Guadalupe Hernández. Pero sobre todo, a aquellos jóvenes que me brindaron su tiempo, su confianza y su amistad para que esta investigación fuera posible.

Introducción -11

El fenómeno urbano como objeto de estudio – 19

La escuela histórico-culturalista alemana – 20

Escuela de Chicago, de la visión ecológica al urbanismo como modo de vida – 24

La sociología urbana desde el pensamiento marxista francés – 28

La sociología urbana latinoamericana desde la teoría de la marginalidad – 34

Capítulo I

Marco teórico y estrategia metodológica

Hacia una caracterización del espacio urbano

- *Ciudad, metrópoli, zona y área metropolitana: algunas definiciones – 40*
- *El espacio urbano y sus problemáticas: dispersión, fragmentación y segregación – 47*
- *El espacio público como lugar de encuentro con la ciudad y con los otros – 51*

Vida cotidiana, espacio social y pertenencias socioterritoriales

- *El marco de la vida cotidiana – 56*
- *Espacio social – 59*
- *Territorios y pertenencias – 63*

Jóvenes, prácticas y percepciones

- *Los jóvenes como sujetos de estudio – 69*
- *Las prácticas (de ocio)– 73*
- *Percepciones –y valoraciones– del espacio urbano -76*

Estrategia metodológica

- *De la metodología al enfoque metodológico – 80*
- *Los referentes empíricos y el diseño de la investigación – 82*
- *Las técnicas de investigación y los observables – 90*

Capítulo II

El crecimiento urbano de la zona metropolitana de Guadalajara: una aproximación histórica

Introducción – 94

Parte I

- *Fundación, crecimiento y consolidación: los primeros siglos de vida de la ciudad – 96*
- *Primeras décadas del siglo XX: en búsqueda de la modernidad – 101*
- *De los cuarenta a los ochenta: la ciudad se reconfigura – 107*
- *De los ochenta en adelante: la crisis del modelo urbano – 112*

Parte II

- *Santa Tere(sita): un barrio tradicional – 119*
- *El Cerro del Cuatro: la lucha por la vivienda. El caso de La Mezquitera y la Nueva Santa María – 125*

Conclusiones – 135

Capítulo III

Hacia una caracterización de los sujetos de investigación

Introducción – 140

La juventud como proceso transitorio – 142

- *Ser joven: entre las prescripciones y las realidades – 144*
- *Los amigos, la pandilla, el barrio – 148*
- *Las responsabilidades y el final de la juventud – 155*

La naturaleza del no estudio – 161

- *El desmadre, la desatención institucional y los embarazos adolescentes – 163*
- *Factores económicos, falta de expectativas y la normalidad del no estudio – 167*
- *La importancia relativa del estudio – 172*

Trabajar “de mes en cuando”: precariedad laboral e inestabilidad económica – 177

- *El trabajo: tipos, características y formas de conseguirlo – 178*
- *Las necesidades económicas y afectivas que cubre el trabajo – 183*

- *Otras formas de conseguir dinero: empeñar, vender, robar o afiliarse a la “plaza”*
– 188

Conclusiones – 194

Capítulo IV

Pertenencias socioterritoriales en torno al barrio

Introducción – 198

La percepción (y valoración) del espacio barrial y sus alrededores – 201

- *Percepción positiva de las relaciones de vecindad: el otro cercano* – 202
- *Percepción negativa de las relaciones de vecindad: el otro amenazante* – 207
- *Satisfacción e insatisfacción con el entorno* – 213
- *Cierre* – 221

Prácticas de ocio y construcción de territorios – 222

- *Prácticas deportivas* – 224
- *Redes sociales y videojuegos* – 232
- *Cotorrear y echar relajo* – 237
- *Mujeres: entre el confinamiento y el estigma* – 243
- *Otras prácticas (y las que no hay)* – 248
- *Cierre* – 251

El territorio del *barrio* – 252

- *Los barrios en el Cerro del Cuatro: pasado y presente* – 253
- *Estructura territorial* – 255
- *Pelea de barrios y percepción del territorio* – 259
- *El barrio a través de la “lírica bestial”* – 263
- *El barrio en crisis y la ¿disolución del territorio?* – 266
- *Cierre* – 270

Conclusiones – 273

Capítulo V

Conocimiento, percepción y apropiación de la ciudad

Introducción – 275

Conocimiento, percepción y apropiación de la ciudad – 277

- *La ciudad, ajena e inaprensible* – 278
- *Percepciones y valoraciones del espacio urbano (I)* – 286
- *Percepciones y valoraciones del espacio urbano (II)* – 295
- *Cierre* – 300

Movilidad cotidiana y acceso a la ciudad – 302

- *Movilidad por fines laborales* – 304
- *Movilidad asociada a las prácticas de ocio* – 307
- *Cierre* – 313

Prácticas de ocio y apropiación de la ciudad – 315

- *Canchas y unidades deportivas: fútbol, voleibol, frontón* – 315
- *Los parques públicos: charlar, jugar, contemplar* – 319
- *Espacios de centralidad: el centro y Chapultepec* – 321
- *La espacialidad del gusto por la música: escuchar, bailar, cantar* – 325
- *Plazas comerciales, bares y cafés: charlar con los amigos* – 328
- *Cierre* – 331

Conclusiones – 333

Conclusiones generales – 337

Las preguntas, las respuestas, los aportes – 337

Condiciones urbanas y condiciones sociales como condiciones de posibilidad – 340

Territorios y pertenencias – 346

Posibles líneas de investigación para el futuro - 349

Bibliografía – 351

El hecho social nunca es inmóvil, eterno y, por lo tanto, objetivable, salvo de manera provisoria. Está vivo, tejido en el interior de una red de relaciones que nunca son realmente estables, sino que siempre buscan una nueva relación. La abundancia de hechos y de gestos de la vida cotidiana lanza un desafío que es difícil de sostener.

David Le Breton

Introducción

Esta investigación parte de un conjunto de inquietudes que se fueron transformando con el tiempo en una serie de interrogantes, las cuales giran en torno a la relación que establecen los sujetos con la ciudad, a la forma en cómo la viven y a cómo se la apropian, así como de las posibilidades que estos tienen, a partir de su posición en el espacio social, de su condición etaria y de género, para disfrutar de aquello que la ciudad, por lo menos en apariencia, ofrece a quienes viven en ella. Giran también en torno a las características que tiene la ciudad, esto es, de su materialidad, de su tamaño, de sus divisiones internas, de sus sistemas de movilidad y de la forma en cómo se distribuyen a lo largo y ancho de su geografía distintos tipos de bienes y servicios. En otras palabras, esta investigación gira en torno a las condiciones urbanas y a las condiciones sociales que afectan la relación que establecen los sujetos con la ciudad, por lo que éstas pueden ser entendidas como condiciones de posibilidad respecto a la vivencia y apropiación del espacio urbano.

Pero en particular, este trabajo centra su atención en las pertenencias socioterritoriales que han ido adquiriendo y construyendo los sujetos en el transcurso de su existencia, ya que permiten dar cuenta de algunos factores que entran en juego en la vinculación que tienen y en la apropiación que hacen del espacio, así como de las relaciones que establecen con aquellos grupos sociales con los cuales interactúan regularmente, siempre y cuando estas vinculaciones, apropiaciones y relaciones resulten ser lo suficientemente significativas en la construcción identitaria del sujeto. Si bien la pertenencia socioterritorial puede ser referida a múltiples territorios –entendidos como espacios apropiados– así como a diversos colectivos sociales vinculados a los mismos, en este trabajo sólo se abordan aquellos con los que el sujeto entra en contacto regularmente en el transcurso de su vida cotidiana, particularmente el barrio –que es ese espacio público apropiado ubicado alrededor de la vivienda– y la ciudad –específicamente aquellos lugares con los que el sujeto entra en contacto con cierta frecuencia–.

Estas relaciones que establecen los sujetos tanto con el territorio como con sus grupos de pertenencia, y que reflejan en parte las condiciones de posibilidad que estos tienen para vivir y apropiarse del espacio urbano, se concretan y visibilizan a través de las

prácticas. En este caso, las prácticas que aquí se abordan, y que están asociadas con la vida cotidiana, son las de habitar, trabajar, estudiar y realizar actividades de ocio. Y si bien todas estas prácticas son importantes en las relaciones que aquí se estudian, las actividades de ocio reciben una atención particular, ya que al ser actividades de libre elección –en contraposición de aquellas que tienen un carácter obligatorio– posibilitan, en cierta forma, que los sujetos elijan, siempre de acuerdo con sus posibilidades, el dónde realizarlas. Pero además de las prácticas, las percepciones socioespaciales cumplen también un papel importante en esta relación que establecen los sujetos tanto con el espacio como con otros sujetos, ya que pueden alentarlas o desalentarlas, según sea el caso, por lo que su estudio forma parte medular de este trabajo.

Para dar cuenta de todo ello, esta investigación tiene como referente empírico a jóvenes pertenecientes a tres contextos socioespaciales distintos –aunque dos de ellos muy semejantes entre sí– con los que se ha buscado privilegiar la mirada comparativa, pero sobre todo, y por las particularidades de algunos de los contextos estudiados que requirieron más tiempo para la realización del trabajo de campo, de contraste. Las colonias en las que se trabajó son La Mezquitera –que es a la que se le dedicó más tiempo y sobre la cual trata la mayor parte de este trabajo– y la Nueva Santa María, ambas ubicadas en el Cerro del Cuatro, al sur de la zona metropolitana de Guadalajara, y además también se trabajó en el barrio de Santa Teresita del Niño Jesús, ubicado en el centro de la ciudad, sobre todo para dimensionar los hallazgos de las otras dos colonias.

De más está decir que los jóvenes que viven en cada una de estas colonias estudiadas son muy diferentes entre sí –independientemente de que también tengan algunas similitudes entre ellos–, lo cual es en gran parte resultado del contexto en el cual éstos han vivido y crecido. Así, los jóvenes de La Mezquitera, con quienes se trabajó más tiempo y con quienes más se profundizó respecto a sus relaciones espaciales, forman parte de una pandilla –o *barrio*, como ellos le llaman–, que es una de las formas más comunes de agrupación juvenil de carácter masculino que se presentan en esta zona. Por su parte, los de la Nueva Santa María están vinculados –o lo habían estado en algún momento– con el templo católico que ahí se encuentra, la cual es otra forma de pertenencia social entre los jóvenes que viven en el cerro. Pero tanto unos como otros han dejado de estudiar, por lo

que el trabajo resulta ser para ellos, cuando tienen, la principal actividad en la que emplean su tiempo.

En cuanto a las mujeres, con quienes fue más difícil obtener información debido a su escasa presencia en el espacio público, las de La Mezquitera ya no estudiaban –aunque sí terminaron la secundaria–, por lo que se dedicaban básicamente a realizar labores domésticas al interior de sus hogares, mientras que las de la Nueva Santa María se encontraban estudiando el bachillerato. Por su parte, respecto a los jóvenes que viven en Santa Tere, estos tienen un perfil menos homogéneo que los que es posible encontrar en el cerro, ya que de los entrevistados, dos de ellas abandonaron sus estudios de bachillerato para ponerse a trabajar, dos más continúan con sus estudios –uno a nivel bachillerato y otra a nivel licenciatura, aunque esta chica también trabajaba–, e incluso uno de los entrevistados ya había terminado su carrera universitaria. Estas condiciones biográficas, como se verá más adelante, tienen profundas implicaciones en las formas tanto de ser joven como de vivir la ciudad.

Ahora bien, este trabajo parte, como mencionaba en un principio, de una serie de inquietudes o preocupaciones, las cuales tienen que ver con las condiciones urbanas que se presentan actualmente en la zona metropolitana de Guadalajara. Me refiero en particular al crecimiento desmedido de la mancha urbana sin que exista un proyecto claro de ciudad, provocado en gran medida por la inacción o por la incapacidad de las autoridades para regular dicho crecimiento, por la falta de políticas públicas metropolitanas para la gestión del territorio, por la corrupción provocada por intereses particulares que han promovido cambios en el uso de suelo a la carta, así como también por la necesidad de las personas de escasos recursos de conseguir un lugar donde vivir, lo que detonó, hace unas décadas, la aparición de varios asentamientos irregulares.

Me refiero también a las precarias condiciones en las que se encuentra el transporte público, reflejadas sobre todo en los camiones que prestan el servicio, que por lo general son viejos, están sucios y se encuentran en mal estado, y los cuales además son manejados por choferes mal pagados y sometidos al estrés constante de tener que cumplir con los horarios y las cuotas que les imponen. Esto se traduce en un servicio deficiente, en ocasiones sin las más mínimas consideraciones hacia los usuarios. Y todo porque el Estado, entre otras cosas, ha dejado que este servicio sea prestado por particulares que buscan el

beneficio propio antes que el colectivo; porque no ha sido capaz de promover con éxito un sistema integrado de transporte público ni de implementar corredores viales que privilegien el paso de los camiones en vez de que, como actualmente ocurre, estos sean compartirlos con los automóviles privados, que son, a final de cuentas, los que saturan las vialidades de la ciudad; y porque no ha ofrecido ningún otro tipo de soluciones que favorezcan realmente la movilidad de la mayoría de la población, que es la que finalmente se mueve en transporte público. Y todos estos problemas no se solucionarán con una línea más de tren ligero.

Me refiero también a la desigual distribución de espacios públicos y privados para disfrutar del tiempo libre, así como a las desiguales condiciones de mantenimiento que reciben barrios y colonias, que hacen más palpable la diferencia entre quienes tienen una posición de clase privilegiada y quienes no la tienen. Me refiero también a la falta de seguridad pública que padecen muchas partes de la zona metropolitana y que deja en la indefensión a cantidad de personas como en situación de vulnerabilidad a mujeres, niños y jóvenes, quienes crecen, sufren y aprenden de aquellas situaciones de violencia que viven cotidianamente. En fin, me refiero a las múltiples desigualdades sociales que se viven en la ciudad y me pregunto por el impacto que éstas tienen en la vivencia y apropiación del espacio urbano. Y si bien es imposible abarcar todas las preocupaciones intelectuales y sociales en el marco de una investigación, este trabajo es un esfuerzo significativo para intentar dar cuenta de algunas de ellas.

Así, la pregunta de investigación que se ha formulado para este trabajo, y que intenta recoger algunas de estas preocupaciones, es la que planteo a continuación.

¿Cuál es el papel de las prácticas de ocio y de las percepciones socioespaciales en la construcción de pertenencias socioterritoriales en jóvenes de la zona metropolitana de Guadalajara?

Ahora, la forma en que se encuentra estructurado este trabajo es la siguiente. En primer lugar, se presenta un estado de la cuestión donde se abordan y discuten distintas escuelas de pensamiento de corte sociológico que han tenido como objeto de estudio, o como una de sus principales preocupaciones intelectuales, la ciudad. Entre ellas figuran la escuela culturalista alemana, la escuela sociológica de Chicago, las perspectivas críticas de la

sociología francesa y, finalmente, los planteamientos que se hacen en la sociología urbana latinoamericana desde la teoría de la marginalidad.

El Capítulo I, por su parte, corresponde a la estrategia teórico-metodológica que sigue este trabajo, la cual permite comprender en primer lugar, y aprehender en segundo, el objeto de estudio sobre el cual versa esta investigación. En lo que respecta a la parte teórica, ésta se subdivide en tres apartados. En el primero se intenta definir y caracterizar tanto lo que es una ciudad como una zona metropolitana, así como algunas de las principales problemáticas que éstas enfrentan actualmente, en particular aquellas asociadas a la dispersión territorial, la fragmentación urbana y la segregación socioespacial, las cuales afectan la forma en cómo se vive y se experimenta este tipo de entornos, independientemente de cómo los llamemos. Asimismo, en este apartado se abordan algunas concepciones respecto al espacio público, ya que a través del mismo los sujetos entran en contacto tanto con la ciudad como con quienes la habitan, por lo que resulta una dimensión fundamental para este estudio.

En el segundo apartado se da cuenta del marco espacio-temporal en torno al cual gira esta investigación, que es el de la vida cotidiana, ya que permite captar no sólo la regularidad de la vida social sino también entender las lógicas a partir de las cuales los sujetos se vinculan, a través de sus prácticas, con el espacio urbano. También, se aborda la noción de espacio social –sobre todo desde los planteamientos de Pierre Bourdieu–, ya que permite entender la sociedad como un espacio de relaciones entre sujetos ubicados en posiciones distintas dentro de ese espacio a partir de los capitales –económicos, sociales, culturales– con que estos cuentan, lo cual tiene profundas implicaciones en la forma en cómo se relacionan en y con la ciudad. Y finalmente, este apartado aborda las nociones de territorio y de pertenencia socioterritorial, con las cuales es posible entender la forma en cómo los sujetos se vinculan con sus espacios de vida, detonando en ocasiones sentimientos de apego que pueden llegar a ser fundamentales para su construcción identitaria.

En el tercer y último apartado del marco teórico se trabaja en la definición de los sujetos –que en este caso son jóvenes–, así como de las prácticas –particularmente las de ocio– y de las percepciones socioespaciales. En el primer caso, el concepto de jóvenes está asociado a aquellos sujetos que se encuentran en una categoría sociocultural y sociohistórica llamada juventud, la cual varía en contenido y duración de acuerdo a los

grupos sociales de pertenencia así como a los contextos en los cuales éstos se desenvuelven. Las prácticas, por otro lado, implican tanto la reproducción como la transformación del mundo social, y están asociadas, en buena medida, a los roles que cumplen los sujetos en el transcurso de la vida cotidiana, aunque en este trabajo se abordan en particular las prácticas de ocio, sobre todo para conocer la espacialidad de estas actividades que son, en cierta forma, de libre elección. Y en cuanto a las percepciones socioespaciales, estas permiten conocer cómo los sujetos perciben y valoran el espacio urbano –e incluso a quienes en ellos se encuentran–, generando sentimientos de apego, indiferencia o rechazo.

En la parte metodológica, por otra parte, se presenta el enfoque adoptado para realizar esta investigación, los referentes empíricos que se utilizaron para observar la realidad social así como las estrategias que se siguieron para hacer aprehensible el objeto de estudio. En cuanto al enfoque, este trabajo adopta un par de perspectivas: la fenomenológica y la etnográfica, sobre todo porque se intenta comprender la construcción de pertenencias socioterritoriales a partir del estudio de las prácticas y las percepciones que se tienen en y del espacio urbano desde los propios sujetos. Para dar cuenta de ello, se trabajó con jóvenes de tres colonias de la zona metropolitana de Guadalajara, dos de ellas ubicadas en el Cerro del Cuatro –La Mezquitera y la Nueva Santa María–, y un barrio céntrico –Santa Tere– que se seleccionó sobre todo para contar con elementos de contraste. En cuanto a las técnicas utilizadas en este trabajo destacan la observación participante, las entrevistas semiestructuradas y abiertas, el registro fotográfico y en video así como entrevistas que tuvieron como apoyo para su realización el uso de *Google maps*, entre otras.

El Capítulo II, titulado *El crecimiento urbano de la zona metropolitana de Guadalajara: una aproximación histórica*, se divide en dos partes. En la primera se realiza un recuento histórico del crecimiento que ha tenido la ciudad, el cual abarca prácticamente desde su fundación hasta la época contemporánea. Esto permite evidenciar la forma en cómo se han materializado las desigualdades sociales a través del tiempo, así como explicar algunas de las problemáticas por las que atraviesa actualmente la ciudad, ya que éstas afectan la manera en que los sujetos viven, experimentan y se apropian de ella. En ese sentido, las condiciones urbanas representan para los sujetos condiciones de posibilidad y

configuran, por tanto, una determinada geografía de oportunidades con respecto a la vivencia que estos puedan tener del espacio urbano.

En la segunda parte se aborda el surgimiento, crecimiento, consolidación y situación actual de las colonias en las que se ha trabajado. En primer lugar, y respetando un orden cronológico, se presenta el barrio de Santa Teresita del Niño Jesús, el cual surge a finales de los años veinte en lo que era una de las periferias del poniente de la ciudad, aunque en la actualidad se encuentra prácticamente en una zona céntrica y se caracteriza sobre todo por su marcada actividad comercial. En segundo lugar se presenta el caso de La Mezquitera, que surgió como un barrio informal –esto es, sin un mínimo de condiciones urbanas para ser habitada– a finales de los años setenta, así como la Nueva Santa María, que nace a principios de los años ochenta a partir de una invasión de terrenos, las cuales se ubican en el Cerro del Cuatro, al sur de la zona metropolitana, y comparten problemáticas similares en cuanto a violencia y precariedad social, por mencionar tan sólo algunas de ellas.

En el Capítulo III, que se titula *Hacia una caracterización de los sujetos de investigación*, se abordan, entre otras cosas, la forma en cómo los jóvenes entienden, viven y experimentan su juventud, tanto desde los marcos institucionales en los cuales se desenvuelven y desde los cuales se les imponen un serie de prescripciones y expectativas asociadas con la edad, el género y la clase social de pertenencia, así como también desde sus propias perspectivas, intereses y deseos, mismos que van desarrollando tanto de forma individual como a través de las relaciones que establecen con su grupo de pares. Por otro lado, y para determinar el conjunto de capitales que estos tienen y que los ubica en una posición determinada del espacio social –que, como se verá más adelante, resulta clave en la vivencia que puedan tener del espacio–, se estudia la relación que estos tienen o tuvieron respecto a la escuela, así como también su vinculación –en caso de que la tengan– con el mundo del trabajo.

Por su parte, los Capítulos IV y V son de resultados. En el primero se aborda la relación que construyen los sujetos con el barrio –entendido como un espacio público apropiado a partir de las actividades cotidianas que en este se realizan y que se ubica alrededor de la vivienda–, para lo cual se explora, en primer lugar, la manera en que los sujetos perciben y valoran algunos de los elementos que lo conforman y que dan cuenta del tipo de vinculación, así como el nivel de satisfacción que tienen con éste. Asimismo, se

exploran las actividades de ocio que los jóvenes llevan a cabo y los lugares que tienen dentro de sus barrios, o cerca de ellos, para realizarlas y para establecer territorios. Y finalmente se da cuenta de cómo el *barrio* –esto es, la pandilla juvenil sobre la cual se ha centrado la mayor parte de esta investigación– se apropia del barrio, construyendo una territorialidad particular que se caracteriza sobre todo por el ejercicio de la violencia, pero también por la estrecha relación que establecen sus integrantes, lo que en conjunto les posibilita construir un fuerte sentido de pertenencia socioterritorial.

En el Capítulo V, que lleva por nombre *Conocimiento, percepción y apropiación de la ciudad*, se aborda la relación que establecen los sujetos con el espacio urbano a partir de sus actividades cotidianas. Para ello se explora, en primer lugar, qué tanto conocen la ciudad en la que viven y cómo la perciben y valoran, lo que permite dar cuenta del grado de apropiación así como los niveles de satisfacción o insatisfacción que tienen de la misma. En segundo lugar se explora cómo realizan sus traslados cotidianos a través del espacio urbano, poniendo particular atención en los sistemas públicos de movilidad –sobre todo porque son los que más usan los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro–, los costos que les generan, el impacto económico que representan, los tiempos de traslado que suponen, así como los horarios en los que prestan el servicio, ya que la movilidad resulta ser un factor clave para poder acceder a la ciudad y a los bienes y servicios que en esta se ofrecen. Y para cerrar este capítulo se abordan las prácticas de ocio, y los lugares y tiempos en los cuales se realizan, lo cual permite conocer la ciudad de libre elección que tienen estos jóvenes y la importancia que eso supone en la construcción de sus pertenencias socioterritoriales.

Y finalmente se presentan las conclusiones de este trabajo, las cuales intentan trascender el referente empírico para dar cuenta justamente de cómo las condiciones urbanas y sociales –entendidas como condiciones de posibilidad– tienen un profundo impacto en la vivencia espacial de los sujetos, lo cual puede observarse, en parte, a partir de la construcción de sus pertenencias socioterritoriales. Asimismo, se presentan algunas alternativas que permitan reducir las condiciones de segregación socioespacial en la que viven los sujetos. Y por último se plantean posibles líneas de investigación a futuro así como también se reflexiona sobre las estrategias metodológicas que pudieran seguirse, a partir de los aprendizajes de este trabajo que aquí se presenta.

Estado de la cuestión

El fenómeno urbano como objeto de estudio

...puede verse fácilmente que semejante catálogo resulta teóricamente disparatado. Y, sin embargo, a todo esto se le llama 'sociología urbana'.

Manuel Castells

Es frecuente encontrar que las genealogías que se realizan en torno al fenómeno urbano comiencen ya sea desde los clásicos o bien desde la Escuela de Chicago. Las razones, debo suponer, se deben, en el primer caso, a que finalmente autores como Marx, Durkheim o Weber influyeron de forma determinante sobre el pensamiento social contemporáneo, así no hayan tenido como eje central de sus reflexiones a la ciudad, mientras que en el caso de la Escuela de Chicago, ésta representó el primer intento sistemático por explicar los fenómenos asociados al crecimiento de las ciudades y de las transformaciones en las relaciones sociales que en ellas se llevaban a cabo.

Sin embargo, para este trabajo se ha tomado la decisión de comenzar desde la llamada Escuela Culturalista Alemana, pues si bien sus teóricos tampoco tuvieron como preocupación central lo urbano, sus reflexiones no son indiferentes a los procesos de cambio que experimentaban sus sociedades. En ese sentido, nuestra puerta de entrada se centra en las contribuciones específicas que estos teóricos realizaron sobre la ciudad, o más en específico, sobre la metrópoli o gran ciudad. Para ello se abordan autores como Tönnies, Sombart, Weber y principalmente Simmel.

En un segundo momento se revisan las contribuciones que desde la Escuela de Chicago realizaron Park, McKenzie y Burgess, quienes explican el crecimiento y la distribución espacial de las ciudades a partir de asociar los procesos sociales a los naturales, por lo que también se le suele llamar la Escuela Ecologista de Chicago. Dentro de esta Escuela, pero desde una óptica distinta, que sin descartar del todo la analogía ecológica recupera sobre todo algunos de los planteamientos de Simmel, encontramos a Louis Wirth, referente central en los estudios urbanos, y quien construiría una de las definiciones más conocidas y utilizadas sobre lo que es una ciudad.

En un tercer momento se abordan los aportes de la Escuela Marxista de Sociología Urbana Francesa, retomando para ello los planteamientos de Henri Lefebvre y Manuel Castells, autores que representaron la primera gran crítica a las formulaciones que hasta entonces se habían realizado en torno a la sociología urbana, pues para ellos lo urbano está íntimamente ligado, antes que a cualquier otra cosa, a las formas de producción –en este caso del sistema capitalista–, las cuales incidirían en las relaciones sociales.

Por último, y para poder contar con una perspectiva más cercana en términos tanto espaciales como socioculturales, se presentan algunos aportes que desde la teoría de la marginalidad se han elaborado en relación al fenómeno urbano en Latinoamérica¹. Para este apartado se toman las reflexiones del Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (Desal), de José Nun y de Aníbal Quijano, quienes intentan explicar los problemas de nuestras sociedades, marcadas por la pobreza y la exclusión, sobre todo desde una lógica económica.

La escuela histórico-culturalista alemana

Uno de los primeros intentos por abordar el fenómeno urbano en la época moderna tiene como origen al pensamiento alemán de principios del siglo XX, en su vertiente histórico-culturalista, donde los pioneros de la sociología de este país, entre los que destacan Weber, Sombart, Tönnies y principalmente Simmel, se preocuparon por explicar, cada quien a su manera, las grandes transformaciones que experimentó la sociedad de su tiempo y que se reflejó, entre otras cosas, en el exponencial crecimiento de las ciudades.² Para estos autores, “mucho más que un terreno o un objeto, la metrópoli es el lugar donde se elabora una nueva manera de concebir y comprender a la sociedad, el lugar de una reflexividad máxima de la modernidad, como se diría actualmente” (Bourdin, 2007: 25-26).

La pertinencia de empezar con esta escuela radica en el hecho de que “el pensamiento alemán de la época se distingue por una gran atención y una sensibilidad

¹ En esta lógica de cercanía, se recomienda el siguiente texto, que da cuenta del crecimiento y transformación de las ciudades latinoamericanas: Romero, José Luis (2010). 7. Las ciudades masificadas, Latinoamérica. *Las ciudades y las ideas* (319-389). Argentina: Siglo Veintiuno Editores. Y este último, que da cuenta de las transformaciones, en el marco de la vida cotidiana, que experimentó México durante el siglo XX: Greaves Lainé, Cecilia (2010). El México contemporáneo (1940-1980), en Pablo Escalante Gonzálbo (et. al), *La vida cotidiana en México* (241-278). El Colegio de México.

² Según Alain Bourdin (2007), la ciudad de Berlín pasó, en el lapso de 1867 a 1913, de setecientos mil habitantes a cuatro millones.

aguda respecto del fenómeno de urbanización y sus consecuencias” (Watier, 2005: 116). La ciudad, o más en específico la metrópoli (gran ciudad), es el espacio que da pie a un aumento y complejización de las relaciones sociales, las cuales tendrán como mediador las figuras del consumo y del dinero, y que además de ello dan pie a un tipo de actitud mental, más intelectualizada, más racional, pero al mismo tiempo más distante e indiferente.

En el caso de Ferdinand Tönnies, este hace una distinción entre dos tipos de organización social a partir de los términos *Gemeinschaft* (comunidad) y *Gesellschaft* (sociedad), cada una de las cuales tendría una base territorial específica. En el caso de la primera, esta sería de carácter rural, mientras que en la segunda estaría representada por la ciudad (Lezama, 1998), y si bien Tönnies pareciera tener una inclinación romántica hacia la concepción de comunidad, lo cierto es que entiende el papel protagónico de la ciudad como espacio en donde se desarrollan los procesos de cambio del mundo moderno. Para este autor, es el capitalismo, y su sistema de valores que le es inherente, el que trastoca de manera radical las relaciones sociales que se llevan a cabo en el marco de la ciudad, pasando de relaciones marcadas por la afectividad, que caracterizaban a la comunidad, a otras de carácter contractual, y por tanto impersonales, superficiales, indiferentes y donde primaría el cálculo racional (Lezama, 1998).

En una lógica parecida, Sombart pone en el centro de las transformaciones que se experimentan en la ciudad al capitalismo –aunque no lo mencione directamente– al señalar la primacía del consumo como base del crecimiento de los núcleos urbanos. En ese sentido escribe que “las grandes ciudades se desarrollan intensamente, porque son la residencia del núcleo más numeroso de consumidores. Si el radio de la ciudad se extiende, débese, pues, en esencia, a la concentración del consumo en los centros urbanos del país” (Sombart, 1988: 78). Para este autor, ni las ciudades mercantiles ni las industriales habían logrado un crecimiento tan marcado como las que tienen al consumo como centro de las actividades.

Por su parte, Max Weber trabajó en torno a la concepción de ciudad desde ángulos distintos, ya fuera desde las formas de poder y autoridad, desde lo económico o desde lo político. Sin embargo, y en consonancia con los autores previamente mencionados, la ciudad se caracterizaría en primer lugar “por la presencia de un mercado permanente con su respectivo *hinterland*. Así, la ciudad es básicamente un asentamiento de mercado” (Méndez, 2006: 27), lo cual implicaría, a su vez, concebir a los individuos como libres

dentro de las pautas que la misma sociedad crearía para regular la vida social. Además, para este autor, el mercado es el germen a partir del cual se construye la sociedad capitalista. En cualquier caso, la ciudad sería un lugar de encuentro entre sujetos provenientes de diversas latitudes. Por otra parte, y desde la lógica económica, la ciudad estaría marcada por los procesos de industrialización, lo que haría menos dependientes a sus habitantes de la producción de otras unidades territoriales (Lezama, 1998).

De entre estos pensadores, el aporte más fructífero a la cuestión urbana proviene de Georg Simmel. Para este autor, la gran ciudad, o metrópoli, está ciertamente marcada por el tipo de relaciones sociales que en ella se llevan a cabo, y donde, al igual que los autores previamente abordados, la “economía monetaria” tendría un papel central reflejado por la multiplicidad, volumen y concentración de los intercambios que se realizarían en la ciudad, mismos que serían imposibles de imaginar en el mundo rural. Además, apunta este autor, “la economía monetaria y el predominio del intelecto están intrínsecamente conectados. Ambos guardan una actitud casual respecto al trato con los hombres y las cosas” (Simmel, 1988: 48).

Para Simmel, una de las consecuencias de vivir en una gran ciudad es el grado de libertad que experimentan los individuos, libertad que va ligada al anonimato, y que se diferencia radicalmente de las constricciones propias del mundo rural-comunitario, pues “sólo la disminución de los dominios de la comunidad puede ampliar los del individuo” (Lezama, 1998: 146). La comunidad, hay que recordar, tiene dimensiones espaciales mucho más acotadas, lo que provoca que los individuos se conozcan entre sí y regulen y sancionen sus conductas, por lo que la libertad estaría mucho más restringida.

Otra diferencia entre el mundo rural y el urbano es la cantidad de estímulos sensoriales con los que el individuo tiene que lidiar en su día a día en este último espacio y en contraposición con el primero, lo que le lleva a tomar distintos tipos de estrategias para poder mantener su individualidad. Una de estas actitudes es la que Simmel denomina como *blasé*. “Esta actitud resulta, en primer término, de los estímulos a los nervios tan rápidamente cambiantes y tan encimadamente contrastantes” (Simmel, 1988: 51). Pero esta actitud no sólo se refiere a los estímulos externos a los que estaría sometido el individuo, sino también a los que él busca, sobre todo para satisfacer un placer personal. Sin embargo,

esta actitud también haría referencia a la “incapacidad para reaccionar ante nuevas sensaciones con la energía suficiente” (Simmel, 1988: 52).

En la vida metropolitana, donde el sujeto entra en contacto con una multiplicidad de *otros* en espacios temporales acotados y efímeros, se tiende a producir una disposición mental de “reserva” que, a partir de la desconfianza en los demás, producto del desconocimiento, imposibilita la profundidad en el contacto. Junto con esta actitud, el sujeto desarrolla otras, como la indiferencia o la antipatía, las cuales cumplen una función, pues, en el caso de la indiferencia y la reserva, “son, para Simmel, medios de preservar algo de sí mismo frente a las múltiples sollicitaciones de la vida urbana; son técnicas de protección de la persona” (Watier, 2005: 120).

Sin embargo, y aunque pareciera paradójico con lo planteado en el párrafo anterior, el sentimiento de confianza hacia los demás se vuelve fundamental para el funcionamiento social:

La vida en las grandes ciudades conduce, entonces, a dar confianza, en el sentido en que se acuerda una cierta fe a la autopresentación de los otros y que se cuenta con anticipaciones de comportamiento previsible. Sin esta disposición de confianza, la vida urbana sería una jungla. Si una forma de confianza es necesaria, ella también es una indiferencia de fondo que permite dedicarse tranquilamente a los propios asuntos en un mundo de desconocidos” (Watier, 2005: 119).

Finalmente, Simmel (1988) apunta a que la influencia de la metrópoli se extiende más allá de sus fronteras físicas, pues sus efectos no se circunscriben solamente a su extensión territorial, aunque ciertamente es dentro de estos límites donde puede expresar su existencia.

Queda claro en este recorrido cómo las circunstancias históricas por las que atraviesan estos pensadores son determinantes para que centren sus reflexiones, en mayor o menor medida y con mayor o menor profundidad, en las transformaciones que experimentan tanto las ciudades como las relaciones sociales que en ellas se llevan a cabo. Son, pues, testigos directos de esos cambios que trajo consigo el desarrollo industrial y el sistema capitalista, y que se tradujo en un mayor crecimiento, concentración y densificación poblacional en las ciudades, y en donde las relaciones entre los sujetos adquirieron cada vez

más un carácter impersonal, además de que fueron reguladas por el comercio y mediadas por el dinero. Las consecuencias de esta gran diversidad y complejización que experimentan las grandes ciudades y la vida social repercuten de distintas maneras en los sujetos, como lo hacía notar Simmel. Ésta sobre-estimulación genera una actitud de distancia, de reserva, de indiferencia, entre otras, que sin embargo cumplirían el papel de resguardar la identidad del sujeto.

Escuela de Chicago, de la visión ecológica al urbanismo como modo de vida

Los trabajos asociados a esta escuela están considerados como el primer intento serio en dar cuenta sobre las profundas transformaciones que estaban experimentando las sociedades urbanas en proceso de crecimiento. Su nombre se debe sobre todo a la analogía que establecen entre el mundo natural y el mundo social, mismo que está sustentado en los planteamientos provenientes del positivismo compeano y del darwinismo social de Spencer (Gottdiener, 1997; Lezama, 1998), aunque también abrevan de los planteamientos de Durkheim, Weber, Tönnies y Simmel (Lezama, 1998). Sin duda que la preocupación con respecto al entorno urbano de los teóricos de esta escuela se explica a partir del brutal crecimiento que experimentó Chicago entre 1860 y 1930, pasando de 120 mil habitantes a cerca de dos millones y medio (Hannerz, 1993).

Sobre esta escuela, se puede decir que “sus exponentes pensaron que la ciudad, por sus características socio-espaciales, constituye un verdadero ambiente ecológico donde tiene lugar el complejo comportamiento humano” (Bassols, Donoso, Massolo, Méndez, 1988: 89). Entre sus objetivos se encontraba el “describir los distintos ‘mundos sociales’ o ‘regiones morales’” (Hannerz, 1993: 37), además de centrar sus reflexiones en los factores que amenazaban la cohesión social.

Para Hannerz (1993), la ecología humana que desarrolló Park intentaba dar cuenta de los cambios que se producían en el espacio de la ciudad, sin considerar aspectos de consenso o comunicación, y estaba inspirada, como ya se ha señalado, en el darwinismo social. Este uso de la metáfora ecológica le permitió generar conceptos como dominio, simbiosis y sucesión, aunque el foco de su reflexión siempre estuvo puesto sobre la competencia que los sujetos desarrollaban en torno al espacio. Dicha competencia se

enmarcaba en una sociedad que tendía hacia la concentración de individuos y la complejización de las relaciones laborales.

Sin embargo, Park sí tenía en claro que las sociedades humanas tenían tanto una dimensión biótica, basada en la competencia, como otra cultural, basada en la comunicación y el consenso, aunque ciertamente esta última no tuviese en su trabajo el peso que le otorgó a la primera, pues sostenía “que el enfoque adecuado para la ecología humana era el nivel biótico” (Berry y Kasarda, en Gottdiener, 1997: 29). Además, este autor entendía que estas dos dimensiones no eran las únicas, y que verlo de esa manera era caer en reduccionismos. Así, Park escribió que era necesario para la ecología humana tener en cuenta que en sus estudios sobre la competencia por el espacio existía el papel que jugaban la costumbre y la cultura, las cuales se erigían como parte de la supraestructura cultural que se imponía sobre la infraestructura biótica.

En el caso de McKenzie, este concibió las relaciones espaciales como determinadas tanto por la competencia económica como por una selección funcional, lo que implicaría que al modificarse las relaciones espaciales también se alterarían las relaciones sociales. Dentro de este marco de competencia económica, este autor agregó una serie de procesos biológicos denominado como “ciclo estructural interno”, los cuales implicarían la “invasión, competición, sucesión y acomodación, que es el ciclo de competición entre organismos vivos sobre locaciones espaciales” (Gottdiener, 1997: 30). La contribución de este autor a los planteamientos de la Escuela de Chicago recae sobre las categorías conceptuales y analíticas que elaboró para poder explicar tanto las transformaciones de la ciudad como las relaciones que en ella se llevan a cabo.

Para McKenzie, la ecología humana podría identificarse con disciplinas como la geografía y la economía, lo que le lleva a hacer una distinción entre ambas, pues “la geografía tiene por objeto el espacio, y la ecología el proceso”, mientras que en el caso de la economía, especialmente la comercial, analiza las razones que llevan a los sujetos de negocios a establecer cuál es el mejor lugar para establecer su industria o distribuir sus productos, mientras que “el ecólogo estudia los mismos problemas económicos, pero en su relación con los procesos de distribución humana” (McKenzie, 1988: 105).

Burgess (1988), por su parte, reconoció que una característica principal de las sociedades modernas, hijas de la civilización industrial, era el crecimiento de las grandes

ciudades, lo cual no estaba exento de problemáticas, pues la configuración de nuevos entornos espaciales afectaba sobre todo a los grupos más vulnerables de la sociedad. Sin embargo, el aporte más importante de este autor está representado en su esquema de círculos concéntricos sobre el crecimiento de la ciudad. Esta figura “ideal” que elabora Burgess se compone de las siguientes cinco zonas: en la primera estaría el “distrito comercial central”, seguida por una zona de transición de carácter industrial, luego una zona de viviendas para los obreros, que a su vez estaría seguida por una zona residencial y finalmente una zona denominada como exterior, correspondiente a los espacios suburbanos o ciudades satélite.

Por otro lado, una de las figuras clave en cuanto a estudios urbanos se refiere es sin duda Louis Wirth. Si bien este autor perteneció a la Escuela de Chicago, lo cierto es que sus planteamientos poco tienen que ver con la de sus colegas ecologistas. De hecho, pareciera que su texto más conocido, “El urbanismo como forma de vida”, publicado en 1938, “fue hasta cierto punto una reacción contra el tipo del pensamiento ecológico que dominaba entre los sociólogos de Chicago” (Hannerz, 1993: 80). A Wirth se le asocia sobre todo con los planteamientos de Simmel, específicamente los contenidos en su ensayo sobre la vida mental que publicó en 1903, influencia que posiblemente adquirió a través de Robert Park (Hannerz, 1993). Así pues, “no hay duda que Wirth tiene el mérito de haber intentado construir el primer objeto teórico desde el campo estricto de la sociología para explicar los procesos sociales que tenían y tienen lugar en la moderna ciudad capitalista” (Lezama, 1998: 154).

Para Wirth, el problema central del sociólogo urbano debe ser “descubrir las formas de acción y organización sociales que, de modo típico, emergen allí donde se da el establecimiento relativamente permanente y compacto de grandes cantidades de individuos” (2005: 5-6), los cuales provienen tanto del campo como de otras ciudades y, en el caso del Chicago de esa época, de otros países. Sin embargo, atracción y concentración de personas en un espacio llamado ciudad no significa urbanización si estas no se acompañan por la transformación en los modos de vida, los cuales se modifican a la par del crecimiento de las ciudades tanto por las instituciones y personas que ahí se encuentran, como por sus medios de comunicación y transporte.

Una definición de urbanismo, por lo menos para el mundo occidental, no debería reducirse a describir las características generales de toda ciudad, sino también dar cuenta de sus variaciones. Y escribe que “para propósitos sociológicos, una ciudad puede ser definida como un establecimiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos” (Wirth, 2005: 5). Y si bien el industrialismo y el capitalismo han jugado un rol importante en la conformación de las ciudades, el autor advierte que no hay que confundirlos con el urbanismo.

En las ciudades, los sujetos dependen cada vez más de otros sujetos a los cuales no se conoce, quienes a su vez cumplen papeles segmentados, y si bien las relaciones entre estos son cara a cara, son en general superficiales, transitorias y segmentadas, por lo que adquieren un carácter secundario antes que primario.³ Así, y siguiendo a Simmel en sus reflexiones, “la reserva, la indiferencia y el aspecto de hastío que los urbanos manifiestan en sus relaciones, pueden ser considerados, por lo tanto, como recursos de auto-inmunización contra las exigencias personales y las expectativas de otros” (Wirth, 2005: 8).

Al no tener grupos de interacción sólidos, los individuos suelen transitar de uno a otro grupo en la lógica de medios-fines. Por tanto, el individuo desarrolla diferentes facetas en su personalidad, dependiendo del grupo con el que interactúe, sin que sea posible poner en contacto a estos distintos grupos. Parte de esta problemática está relacionada con el poco arraigo que tienen los sujetos al entorno físico, pues estos viven en una constante movilidad que los lleva de un lugar de residencia y/o de trabajo a otro, cambiando así sus intereses y/o sus ingresos, por lo que “el individuo tiene escasas posibilidades de acceder a una concepción de la ciudad como un todo o de reconocer su lugar en el esquema total” (Wirth, 2005: 10). Esto imposibilita que los sujetos establezcan relaciones duraderas o que alcancen niveles altos de conocimiento mutuo o de intimidad. En lo que respecta a la residencia, la mayor parte de los sujetos no son dueños de los lugares en donde viven, lo que ocasiona que no se generen sentimientos de pertenencia al lugar en el cual se habita ni mucho menos tradición alguna.

Sin embargo, estas diferencias entre los sujetos, generadas por sus variados orígenes y condiciones dentro de la ciudad, pueden ser matizadas, pues en los centros urbanos “las

³ Llama la atención estos planteamientos de Wirth, sobre todo cuando sus propias relaciones personales no eran en lo más mínimo, según uno de sus colegas cercanos, “impersonales, superficiales, transitorias y segmentarias” (Short, en Hannerz, 1996: 87).

instituciones culturales, tales como escuelas, cinematógrafos, radios y periódicos, en virtud del carácter masivo de su clientela deben operar necesariamente como influencias niveladoras” (Wirth, 2005: 11).

En conjunto, las contribuciones de estos autores de la Escuela de Chicago son valiosas al representar el primer esfuerzo por crear un objeto de estudio que tuviese como eje principal de sus reflexiones el fenómeno urbano. Sin embargo, queda claro que los postulados de estos primeros autores abordados están demasiado constreñidos a su metáfora ecológica, por lo que en la actualidad sus planteamientos parecen cuestionables, sobre todo para explicar la distribución espacial de las ciudades contemporáneas. No obstante, es necesario subrayar su preocupación por las condiciones de marginalidad que se generaban y representaban en el espacio urbano.

En cuanto a los planteamientos de Wirth, estos aparentan ser bastante vigentes y sobre todo sugerentes, pues enfatiza el hecho de que la sociología urbana debería de enfocarse al estudio, entre otras cosas, de las formas de acción y organización social, además de entender el fenómeno urbano principalmente a partir de los modos de vida. Además, este autor subraya como una característica de los sujetos su imposibilidad de imaginar la ciudad como un todo, e incluye en sus reflexiones a los medios de comunicación, además de otras instancias culturales, a los cuales ve como instituciones “niveladoras”.

La sociología urbana desde el pensamiento marxista francés

Henri Lefebvre y Manuel Castells, por su parte, centraron sus reflexiones en torno al espacio a partir de estudiar las relaciones de producción del sistema industrial-capitalista, separándose así de otros postulados, específicamente los que correspondían a los de la Escuela de Chicago. Sus contribuciones son sin duda bastante relevantes, pues por un lado Lefebvre “resaltó el estudio de los fenómenos urbanos en sus múltiples dimensiones sociales”, mientras que Castells “vino a representar el primer gran intento de crítica a la sociología urbana, así como el esfuerzo más serio que se ha realizado por crear un objeto de estudio para la disciplina” (Lezama, 1998: 234).

De manera esquemática, se distinguen cuatro características: *a)* crítica al pensamiento urbano existente y reinterpretación de los conceptos; *b)* resaltan en el poder las relaciones de producción, consumo, distribución e intercambio; *c)* hincapié en los conflictos sociales y cambio: los patrones de exclusión, inequidad, y análisis de las instituciones que producen ellos; *d)* finalmente, la necesidad de estudios interdisciplinarios y comparativos (Milicevic, parafraseado por Méndez, 2006: 47-48).

Algunos antecedentes del pensamiento francés en torno al urbanismo se pueden localizar en autores como Maurice Halbwachs y Chombart de Lauwe, aunque ciertamente entre ellos media un considerable periodo de separación. En el caso de Halbwachs, este es considerado como el padre del urbanismo francés a partir de su texto titulado “Las expropiaciones y los precios de terrenos en París”, que apareció en 1909, y en donde reflexiona en torno a las grandes transformaciones morfológicas que sufrió París durante el siglo XIX, pues la ciudad dejó atrás su carácter medieval a partir de un ambicioso proceso de modernización encabezado por el barón Haussmann entre 1853 y 1870, y que se vio reflejado sobre todo en nuevos trazados de calles como en nuevas vías de acceso que se construyeron para la ciudad.⁴ Para Halbwachs, las transformaciones que sufren las ciudades en sus estructuras espaciales se deben sobre todo a las necesidades colectivas antes que a los intereses económicos o políticos, y parte de esas necesidades estarían vinculadas al crecimiento demográfico. En ese sentido, cualquier tipo de planificación urbana resultaría obsoleta, pues finalmente la forma de la ciudad estaría determinada por dichas necesidades (Lezama, 1998).

Más tarde, para los años treinta, las universidades francesas recibieron un importante apoyo económico por parte de la fundación Rockefeller, lo que posibilitó la realización de estudios de campo en materia urbana. Esto ocasionó que, entre 1949 y 1950, Chombart de Lauwe formara el primer grupo de investigadores en el área de sociología urbana. Los trabajos de este autor, para quien el fracaso de la planeación urbana se debía sobre todo a que no contempla las estructuras sociales, permitió contar con un generoso material sociológico y antropológico sobre la producción y apropiación del espacio urbano

⁴ Se recomienda la siguiente lectura sobre la modernización de París: Ortiz, Renato (2000). Capítulo 1. Espacio y tiempo, *Modernidad y espacio. Benjamin en París* (15-94). Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.

de familias obreras. Entre otras cosas, intentó vincular el estudio de la ciudad a la teoría de las necesidades, pero al final tuvo que crear la distinción entre necesidad-obligación y necesidad-aspiración (Signorelli, 1999).

Ya para los años sesenta, marcados por la expansión económica y el crecimiento urbano, se generó en Francia una preocupación por estudiar los procesos de urbanización desde una lógica multidisciplinar que incluyera a profesionales de distintas áreas como economistas, sociólogos, geógrafos, juristas y urbanistas, entre otros, además de que se revaloriza y promueve el papel de la planeación urbana (Lezama, 1998). Sin embargo, es significativo que esta efervescencia y preocupación por lo urbano que se experimenta en este país contraste con la paulatina desaparición de las investigaciones que se llevan a cabo en los países anglosajones, mismas que estarían marcadas por una dispersión “del objeto central de la sociología urbana, atomizado en múltiples objetos parciales, muy distintos unos de otros” (Castells, 2006: 17).

Estos serían, a grandes rasgos los antecedentes a partir de los cuales podemos situar las contribuciones tanto de Lefebvre como de Castells. En el caso del primero, se puede decir que

parte de una concepción de lo urbano en la cual se encuentran estrechamente vinculados tres elementos: el espacio, la cotidianidad y la reproducción capitalista de las relaciones sociales. Por esto la problemática urbana, tal y como la plantea Lefebvre, está íntimamente relacionada con la vida cotidiana puesto que las relaciones capitalistas se reproducen todos los días por medio de la utilización cotidiana del espacio (Lezama, 1998: 250).

Para Lefebvre, al ser la industrialización lo que caracteriza a la ciudad moderna, ésta puede ser tomada como “punto de partida de la reflexión sobre nuestra época. Y ello porque la Ciudad preexiste a la industrialización” (Lefebvre, 1978: 17). Sin embargo, si bien la industrialización y la urbanización son procesos que en cierta forma son inseparables, estos son conflictivos, entre otras cosas porque la industrialización desestructura las relaciones sociales existentes, además de acentuarse un proceso de “implosión” y explosión” de la ciudad, esto es, por un lado el tejido urbano se hace más tupido, mientras que por otro se presenta un deterioro de los centros urbanos que provoca que la población se traslade a

vivir en las periferias. Esto lo que lo lleva a preguntarse si estos nuevos asentamientos son urbanos, pues “si se define la realidad urbana por la dependencia respecto al centro, los núcleos periféricos son urbanos. Si se define el orden urbano por una relación perceptible (legible) entre centralidad y periferia, los núcleos periféricos están desurbanizados” (Lefebvre, 1978: 36).

Además, para este autor (1983), existe una ambigüedad fuerte en la forma como se utiliza el término “sociedad urbana”, pues al amparo del mismo se suelen catalogar y comparar distintos tipos de ciudades que no tienen nada en común, como por ejemplo la ‘polis’ griega, la ciudad oriental o medieval, la comercial o industrial, o la pequeña y gran urbe, sobre todo porque se ignoran las relaciones sociales que estas tienen en su interior, o más en específico, sus relaciones de producción. De hecho, para Lefebvre conviene utilizar mejor términos como “fenómeno urbano” o “lo urbano” (abreviación para “sociedad urbana”), los cuales son más convenientes que el de “ciudad”, pues este último parecería dar cuenta de un objeto “definido y definitivo”, lo que no podría ser un punto de partida para una ciencia.

Siguiendo con esa línea argumentativa, escribe que el término de “sociedad urbana” se debe aplicar “a la sociedad que surge de la industrialización” (Lefebvre, 1983: 8), por lo que la sociedad posindustrial sería entonces a lo que debería llamarse sociedad urbana, la cual debe ser vista, sin embargo, como virtual, en vías de concreción, pues es parte de un proceso que no está aún concluido. Este nuevo tipo de sociedad se estaría gestando en y desde la “sociedad burocrática de consumo dirigido”, aunque el mismo Lefebvre reconoce que los particularismos locales y regionales que se formaron en la época en que la agricultura era el sistema dominante seguirían operando, y que incluso en algunos casos éstos podrían acentuarse. Pero también reconoce que “la producción agrícola se transforma en un sector de la producción industrial, subordinada a sus imperativos y sometida a sus exigencias” (Lefebvre, 1983: 9). Estas transformaciones, que dan pie a los cambios que se suscitan en la sociedad, pueden ser nombrados con el término de “revolución urbana”, el cual se entiende como el

...conjunto de transformaciones que se producen en la sociedad contemporánea para marcar el paso desde el periodo en el que predominan los problemas de crecimiento y

de industrialización (modelo, planificación, programación) a aquel otro en el que predominará ante todo la problemática urbana y donde la búsqueda de soluciones y modelos propios a la *sociedad urbana* pasará a un primer plano (Lefebvre, 1983: 12).

Además, Lefebvre introduce la idea del “derecho a la ciudad”, el cual “no puede concebirse como un simple derecho de visita o retorno hacia las ciudades tradicionales. Sólo puede formularse como *derecho a la vida urbana*, transformada, renovada” (Lefebvre, 1978: 138). Y ese derecho se basa en el reconocimiento de que los sujetos tienen necesidades que no pueden ser cubiertas a través del consumo de los productos generados por la industria. “Nos referimos a la necesidad de actividad creadora, de obra (no sólo de productos y bienes materiales consumibles), de necesidades de información, simbolismo, imaginación, actividades lúdicas” (Lefebvre, 1978: 123).

Por su parte, Manuel Castells realiza una dura crítica a la sociología urbana, pues para este autor los objetos de estudio que se llevan a cabo amparados bajo este nombre son bastante dispares como para poder ser agrupados en una disciplina, de la que no encuentra especificidad alguna. Así, al hacer un recuento de algunas de las múltiples líneas de investigación que se llevan a cabo con esta etiqueta, “puede verse fácilmente que semejante catálogo resulta teóricamente disparatado. Y, sin embargo, a todo esto se le llama ‘sociología urbana’” (Castells, 2006: 40). La razón que explicaría la existencia de este campo se reduciría a su institucionalización, y no así a la relevancia de los conocimientos generados.

Crítica además la falta de rigor en el uso de ciertos términos, como el de ciudad, el cual es utilizado como sinónimo de otras categorías. “Así, mientras unos proponen, ni más ni menos, reservar el calificativo de ‘ciudades’ a las aglomeraciones de las sociedades industriales, vemos cómo otros solucionan el problema... ¡asimilando urbanización, modernización y ‘occidentalización’!” (Castells, 2006: 54).

Las críticas de Castells, quien considera que la sociología urbana es sobre todo norteamericana, también se dirigen hacia los planteamientos de algunos de los teóricos de la Escuela de Chicago. En el caso del esquema desarrollado por Burgess para explicar las distintas zonas que conforman la ciudad, Castells lo califica de “irritante”, pues considera que está planteado “implícitamente” como universal, cuando no es más que un caso concreto de una ciudad. En cuanto a Wirth, de quien reconoce la calidad de sus reflexiones

en torno a la ciudad, le critica sobre todo su concepción de “cultura urbana”. Según Castells, este término es sobre el que se ha fundado la sociología urbana, y haría referencia a cierto conjunto de normas o valores que incidirían en los comportamientos, actitudes y opiniones de los sujetos, mismos que se asociarían a las relaciones secundarias, superficiales, segmentadas, utilitarias, etc. Sin embargo, para él la cultura urbana no es más que un “mito”. En ese sentido escribe que

...la ‘cultura urbana’, tal como es presentada, no es ni un concepto ni una teoría. *Propiamente hablando es un mito, ya que cuenta ideológicamente la historia de la especie humana.* Por consiguiente, los temas sobre la ‘sociedad urbana’ que se fundan directamente sobre este mito constituyen las palabras-clave de una ideología de la modernidad, asimilada, de forma etnocéntrica, a las formas sociales del capitalismo liberal (Castells, 2004: 105).

Para este autor, la cultura urbana no es más que el sistema cultural producto de la sociedad de masas. Sin embargo, las evidencias empíricas le permiten relativizar las características antes formuladas, y que retoma de Wirth, pues la solidaridad social termina por aparecer y mantenerse en los grupos primarios, aún en el marco de las grandes sociedades industriales. Además, Castells menciona que este término de “cultura urbana” lo único que hace es utilizar un “adjetivo globalizante” que sólo describe las manifestaciones que se presentan en un lugar (los núcleos urbanos).

Las características de densidad, dimensión y heterogeneidad con las que Wirth define lo que es una ciudad, asociados con cultura urbana, no son para Castells más que hipótesis de sentido común, que carecerían de coherencia interna como para poder hablar de teoría. Si bien reconoce que tales elementos pueden ser importantes para hablar de lo urbano, considera que deben de integrarse a la estructura tecno-social, pues para este autor, “no hay teoría del espacio al margen de una teoría social general, sea esta explícita o implícita” (2004: 141).

Tanto Lefebvre como Castells coinciden en que los trabajos generados en las tradiciones precedentes tienen un carácter ideológico y etnocentrista al intentar generalizar las particularidades del desarrollo que experimentaron las sociedades europeas y norteamericana. Así mismo, coinciden en la debilidad con que es utilizado el término de

“ciudad”, pues el mismo se emplea de maneras bastante diferentes. Pero sin duda lo que distingue a esta escuela de pensamiento de corte marxista son sus reflexiones en torno a los sistemas de producción, los cuales serían centrales para poder explicar las características de las sociedades urbanas. Si bien las escuelas anteriormente revisadas entienden el papel del capitalismo y sus lógicas de mercado como elementos medulares de las transformaciones urbanas, no llegan a colocar en el centro de sus planteamientos a los sistemas de producción.

Pero así como hay coincidencias también hay discrepancias, pues mientras Lefebvre sí intenta plantear un modelo explicativo en torno a lo urbano, Castells explícitamente se desmarca de cualquier intento al respecto. Para este último autor, la sociología urbana no pareciera tener ni un objeto claro ni tampoco aportes teóricos significativos. Sin embargo, su crítica es al mismo tiempo una invitación para ser más exigentes en la búsqueda de las especificidades de la disciplina, por lo que sus aportes resultan valiosos.

La sociología urbana latinoamericana desde la teoría de la marginalidad

Si bien hasta ahora se han presentado distintos enfoques, agrupados en ciertas tradiciones o Escuelas, sobre cómo se ha abordado el fenómeno urbano en la teoría social –los cuales, no está de más recordar, han sido generados sobre todo desde el mundo occidental tanto europeo como norteamericano–, conviene ahora destacar las propuestas que desde Latinoamérica se han formulado al respecto, en específico desde la teoría de la marginalidad, la cual surge en los años sesenta en un contexto en el que el proceso de industrialización por sustitución de importaciones, iniciado en algunos países de la región entre los años treinta y cuarenta, pero sobre todo desde la Segunda Guerra Mundial, mostraba sus limitantes para incorporar al grueso de la población urbana en los procesos y beneficios del desarrollo.

El término de “marginalidad” se utilizó en un primer momento para referirse a los asentamientos precarios que desde finales de los años cuarenta empezaron a proliferar en las periferias de las grandes ciudades, los cuales no tenían, aparentemente, “las más mínimas condiciones de habitabilidad” (Campos, 1971: 75). En ese sentido, la marginalidad es vista en un principio desde una lógica “ecológica”, muy posiblemente por la visibilidad que adquirieron estos cinturones urbanos, a los que se les nombró como barriadas,

callampas, villas miseria, favelas, mismos que “constituían una realidad difícil de ignorar y fácilmente perceptible” (Campos, 1971: 77). Este contexto dejó en claro que las políticas de desarrollo seguidas hasta ese momento por los países latinoamericanos no reducirían la brecha con respecto a los países centrales, como proponían las teorías de la modernización, lo que dio pie al surgimiento de la teoría de la dependencia, desde donde se reconocían las limitantes estructurales para el crecimiento de la región. Así, “la emergente ‘teoría de la marginalidad’ se construye en el campo de disputa de estos dos paradigmas en conflicto” (Delfino, 2012: 19).

Los trabajos sobre la marginalidad desde la teoría desarrollista o teoría de la modernización –también nombrada como “perspectiva no-crítica” (Enríquez, 2007)–, estuvieron a cargo sobre todo del Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina (DESAL), asentado en Chile y liderado por el jesuita Roger Vekermans, aunque también se reconocen los aportes de Gino Germani y Oscar Lewis,⁵ principalmente. En cuanto a los trabajos correspondientes a la teoría dependientista –o “perspectiva crítica” (Enríquez, 2007)–, los cuales se ubican dentro de la tradición marxista, fueron sobre todo realizados por Aníbal Quijano y José Nun, sin dejar de reconocer los aportes de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto.

En el caso del DESAL, la condición de marginalidad en América Latina tendría, entre otras razones, la no integración entre españoles e indígenas americanos durante la Colonia (Bassols, Donoso, Massolo y Méndez, 1988), lo cual terminaría por generar, más tarde, “un sector moderno y otro tradicional”, donde el “sujeto marginal” sería aquel que además de continuar con sus prácticas tradicionales, no se integra en las “instituciones y valores modernos” (Delfino, 2012: 21) porque “no quiere”, lo que le impide ser partícipe de los beneficios que se generan desde el sistema de producción capitalista (Enríquez, 2007: 61). Por su parte, para Vekermans “la no participación sería el resultado de la falta de integración interna de los grupos marginales”, ya que “el hombre marginal se caracteriza

⁵ Oscar Lewis menciona, entre otras cosas, que se “puede hablar de la cultura de la pobreza, ya que tiene sus propias modalidades y consecuencias distintivas sociales y psicológicas para sus miembros”, además de que “para entender la cultura de los pobres es necesario vivir con ellos, aprender su lengua y costumbres e identificarse con sus problemas y aspiraciones (Lewis, 2008: 17), como si los “pobres” representaran una “cultura” aparte y distintiva, encerrada sobre sí misma, lo cual es bastante criticable, más allá de los aportes que realizara este autor al campo de la antropología urbana.

por la incapacidad de modificar su situación por propia iniciativa” (citado en Bassols, 1990: 183).

Así, en términos generales, pueden identificarse, desde las reflexiones generadas desde el DESAL, Vekermans y otros autores, cinco dimensiones que caracterizarían la marginalidad.

- a) La dimensión ecológica. Los marginales habitan en viviendas localizadas en ‘círculos de miseria’ caracterizadas por visibles signos de deterioro.
- b) La dimensión socio-psicológica. Los marginales no participan en los beneficios y en las decisiones sociales. Asimismo, carecen de integración interna, ya que no pueden superar su condición por sí mismos. La ‘*marginalidad*’ es un problema que corroee la médula del potencial del hombre para el auto-mejoramiento voluntario y racional.
- c) La dimensión socio-cultural. Los marginales presentan bajos niveles de salud, de vivienda, de educación, y escaso nivel de desarrollo cultural.
- d) La dimensión económica. Los marginales son sub-proletariados porque tienen ingresos de subsistencia y empleos inestables.
- e) La dimensión política. Los marginales no cuentan con organizaciones políticas que los representen ni toman parte de las tareas que deben emprenderse para la solución de los problemas sociales, incluidos los propios (Enríquez, 2007: 68).

Por tanto, queda en claro que desde esta perspectiva los marginados son de alguna forma los responsables, tanto por inacción como por incapacidad, de la situación en la cual se encuentran, y no así el sistema que los margina, por lo que la única manera de revertir este círculo vicioso es a partir de la injerencia externa de quienes ya están “integrados” en los procesos de modernización. En ese sentido, se les niega cualquier capacidad de agencia, lo cual, sin duda, es también un tipo de marginación. Además, desde esta perspectiva no se cuestiona al sistema capitalista imperante ni tampoco se plantean modelos alternativos de desarrollo, lo que da cuenta de las debilidades de este planteamiento.

Por otro lado, en el caso de José Nun y Aníbal Quijano, estos reconocen que la marginalidad no es una característica propia de las sociedades latinoamericanas dependientes, aunque éstas se vean más afectadas en comparación a otras por su pasado colonial, sino que es una consecuencia estructural del capitalismo monopolístico (Bassols,

1990: 189; Lezama, 1998: 327). Además, para estos autores, la marginalidad urbana sería producto de la “desocupación y subocupación” de buena parte de la población, que los lleva a realizar una reinterpretación de los conceptos marxistas de Ejército Industrial de Reserva y superpoblación relativa (Bassols, 1990: 187).

Así, para José Nun, en las sociedades latinoamericanas el sistema capitalista generaría un excesivo “Ejército Industrial de Reserva”, por lo que los sujetos que no pueden incorporarse a la fuerza de trabajo terminarían conformando una “masa marginal”, pero, “a diferencia del ejército industrial de reserva –que resulta funcional al sistema–, la masa marginal es afuncional y en circunstancias especiales puede ser disfuncional” (Lezama, 1998: 327), ya sea porque no tiene ningún impacto sobre el sistema productivo, o porque lo afecta de manera negativa (Enríquez, 2007: 64). En ese sentido, la masa marginal sería en cierta forma prescindible, pues ésta prácticamente habría dejado de cumplir con la función de reserva que anteriormente se le asignaba.

Por su parte, para Aníbal Quijano el proceso de urbanización en América Latina no puede ser explicado al margen de la dependencia, pues esta es un elemento constitutivo de estas sociedades, que si bien se emanciparon de los países coloniales en su momento, esto no canceló este tipo de relación, sino que sólo la modificó, pasando de una dependencia colonialista a una de carácter imperialista. Así, para este autor, “las relaciones de dependencia aparecen sólo cuando las sociedades implicadas forman parte de una misma unidad estructural de interdependencia, dentro de la cual un sector es dominante sobre los demás, lo que constituye uno de los rasgos definitorios del sistema de producción y de mercado del capitalismo actual” (Quijano, 2014: 78).

Este tipo de relación dependiente con respecto al sistema capitalista favoreció la concentración de actividades económicas en ciertas regiones o ciudades, lo que propició su crecimiento al convertirse en zonas de atracción para personas de otros lugares menos desarrollados, como áreas rurales o localidades pequeñas, por ejemplo, por lo que “urbanización económica y urbanización ecológico-demográfica en Latinoamérica, son procesos interdependientes, regidos por los mismos factores matrices” (Quijano, 2014: 98). Esta concentración de personas, tanto por la expansión de las economías urbanas asociada a los procesos de industrialización, como por las altas tasas de crecimiento demográfico que se produjeron al descender los índices de mortalidad, terminó por generar una

“superurbanización”. Pero si bien los “marginales” tendían a concentrarse en ciertas zonas de la ciudad, en términos de “marginalidad ecológica”, no todos sufrían de “marginalidad económica”, pues “estos núcleos de población urbana concentran una población considerablemente heterogénea donde cohabitan marginales y no marginales” (Quijano, 1988: 350).

Para Quijano, el hecho de que la disponibilidad de trabajo en las ciudades latinoamericanas fuera a la baja mientras que la población, por el contrario, tendía a crecer, lo lleva a utilizar el término de “polo marginal” para referirse a los marginados, a los cuales considera como parte del sistema capitalista, pero con una funcionalidad cada vez más limitada. “Es esta no incorporación o exclusión de importantes masas de la población al trabajo, lo que explica, para este autor, el proceso de marginalización” (Lezama, 1998: 329). Sin embargo, una de las contribuciones importantes de Quijano radica en el hecho de ver la marginalidad como un problema integral, que no sólo se expresa en una dimensión económica, sino también política, social y cultural, lo que queda de manifiesto en las relaciones sociales que se establecen en el marco de la ciudad, pues

...las ciudades cumplen en Latinoamérica una función ambivalente, sirviendo al mismo tiempo y contradictoriamente, de vehículos a la penetración y expansión de la dependencia, a la cultura de la dependencia y a la dilución de cierto tipo de conflictos entre ciertos grupos; pero también permiten a otros la concientización y la radicalización y permiten la organización y difusión de elementos de conciencia y de mecanismos de conflicto social (Quijano, 2014: 123).

Esta sociología no sólo tiene la virtud de tratar un problema más cercano al de nuestras sociedades, sino también el de evidenciar las profundas desigualdades que al interior de las ciudades latinoamericanas se presentan, sobre todo por una serie de procesos económicos y sociales que no dan cabida a todo ese grupo de personas que se ven expulsadas del campo en busca de una vida mejor, aspiración que sin embargo se vuelve imposible de concretar, lo que termina, muy en la lógica de los planteamientos de la Escuela de Chicago, por generar zonas marginales habitadas por los excluidos del sistema, como lo son los cinturones de miseria, que siguen siendo una característica distintiva de nuestras ciudades.

Estudios contemporáneos sobre la ciudad

Completada la primera parte, genealogía necesaria para ubicar las grandes discusiones que ha heredado la teoría social en torno al fenómeno urbano, sigue ahora el recuento de la producción más reciente, en donde se incluyen trabajos provenientes de distintas ramas del saber, como la sociología, la antropología, el urbanismo, la psicología social o la geografía humana. Tal discusión está integrada en buena medida en el marco teórico, por lo cual ya no se incluye aquí.

Capítulo I

Marco teórico y estrategia metodológica

Hacia una caracterización del espacio urbano

La ciudad nos reta, tanto al habitarla como al intentar pensarla. ¿Podemos aún pensar la ciudad como un todo o estamos irremediablemente limitados a no percibir sino fragmentos, y a saltar entre ellos sin otra pretensión que reunirlos en un juego de figuras sin referente en la realidad?

Jesús Martín-Barbero

Ciudad, metrópoli, zona y área metropolitana: algunas definiciones

La gran mayoría de la población que habita este planeta lo hace en áreas urbanas, independientemente de las características y dimensiones que tengan estas, o de las problemáticas y oportunidades que brinden a quienes en ellas viven. Esta innegable realidad nos lleva a preguntarnos sobre cómo definir las, entenderlas y nombrarlas. Una forma de hacerlo es analizando las funciones que éstas cumplen con respecto a un territorio que les es propio, así como también por su participación en un sistema de relaciones –de carácter político, económico, social o cultural– que tengan establecidas con otros lugares, lo que sin duda impacta tanto en su materialidad como en las formas de vida que se generan a partir de ello. Al mismo tiempo, es importante reconocer que son producto de procesos históricos y, por tanto, de relaciones de poder, lo que les brinda sus particularidades socioculturales, así como una identidad propia y distintiva dentro de un mundo cada vez más interconectado, interrelacionado e interdependiente de carácter global.

Pero definir estas realidades no es una empresa sencilla, pues “la dificultad deriva, en parte, de la variedad histórica de ciudades (industriales, administrativas, capitales políticas y ciudades de servicios, ciudades puertos y turísticas). Pero las grandes urbes ni siquiera pueden reducirse a esa caracterización monofuncional” (García Canclini, 2004: 68). Sin embargo, el reconocer que son realidades históricas nos permite entender que la forma en cómo se les concibe está determinada por contextos espacio-temporales, por lo que toda definición será siempre limitada, parcial y sujeta a cambios. Así, en la actualidad

ya no se habla solamente de ciudades, sino de metrópolis, megalópolis y de áreas y zonas metropolitanas, por mencionar tan sólo algunos de los términos más socorridos en la literatura especializada. Por ello, la idea de este apartado es hacer un breve recuento de las maneras en que se ha conceptualizado la ciudad, así como otras formas territoriales de carácter urbano, para entender, a partir de ello, nuestra área de estudio.

En lo que respecta a los autores alemanes de finales del siglo XIX y principios del XX, quienes experimentaron la transformación de sus sociedades a partir de los procesos de industrialización y del crecimiento de las actividades comerciales, la ciudad puede ser entendida, principalmente, como un “*asentamiento de mercado*” (Weber, 1977: 939), y se caracterizaría a partir de las relaciones contractuales (Tönnies, en Lezama, 1998), el consumo (Sombart, 1988), o la economía monetaria (Simmel, 1988), que los lleva a reconocer tanto los impactos que estas nuevas dinámicas producían en la vida de los sujetos –relaciones de carácter impersonal y superficial, indiferencia, antipatía, desconfianza, aunque al mismo tiempo, y aunque pareciera paradójico, también de confianza con respecto a los demás sujetos–, como la influencia que ejercían las ciudades sobre aquellas regiones con las que tuviesen algún tipo de contacto.

Por su parte, para los teóricos vinculados a la Escuela de Chicago, la ciudad es entendida no solamente como una unidad geográfica y ecológica, sino también económica, caracterizada por las actividades comerciales que se llevan a cabo a través del mercado (Park, s/d), y donde las relaciones sociales estarían determinadas, en cierta forma, por la competencia económica, lo que impactaría en la distribución espacial de los diferentes grupos al interior del núcleo urbano (McKenzie, 1988). Sin embargo, la definición más conocida sería realizada por Louis Wirth, para quien la ciudad es “un establecimiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente heterogéneos” (Wirth, 2005: 5). Pero además, estos autores reconocen también los impactos que estas transformaciones han tenido en los sujetos, quienes establecen relaciones cada vez más impersonales y racionales que se definen por el interés y el dinero (Park, s/d), además de generar actitudes de reserva, indiferencia y hastío (Wirth, 2005).

Sin embargo, para Henri Lefebvre (1978, 1983), sociólogo francés de tendencia marxista, este tipo de definiciones –o acercamientos– parecerían dar cuenta de un objeto “definido y definitivo”, y por tanto ahistórico. En ese sentido, se inclina más por términos

como “fenómeno urbano” o “lo urbano” (abreviación para “sociedad urbana”), aunque para él éste tipo de sociedad –la urbana– sería el resultado de la industrialización y, por lo tanto, sería una sociedad posindustrial, en vías de concreción, y no un hecho ya dado. Esto es así porque lo urbano como objeto “posee un carácter de totalidad extremadamente complejo, a la vez como acto y como potencia, que apunta a una investigación, que poco a poco se descubre y que sólo lentamente se agotará, o quizá nunca” (Lefebvre, 1978: 131). También reconoce que la ciudad es un espacio de encuentro, de confrontaciones, de conocimiento y reconocimiento entre quienes en ella viven, además de que “los urbanos transportan lo urbano consigo”, influenciando y transformando la vida en el campo (Lefebvre, 1978: 31, 138).

Para Manuel Castells (2004; 2006), por su parte, aquello que se conoce como sociología urbana no pareciera tener un objeto de estudio claro ni tampoco aportes teóricos significativos, y critica a aquellos autores que asocian el concepto de ciudad con el de las sociedades industriales, o incluso con los de urbanización, modernidad u occidentalización, pues para él no son sinónimos. También critica el concepto de ciudad de Wirth (2005), pues ni la densidad de población, ni las dimensiones del espacio urbano, ni la heterogeneidad social, así como tampoco la cultura urbana, permiten hablar de una teoría con coherencia interna, pues son elementos de sentido común a partir de los cuales puede hablarse de lo urbano, pero nada más. Estas críticas tienen su fundamento en el hecho de que para este autor una verdadera teoría del espacio no puede estar separada de una teoría general de la sociedad.

Ahora bien, lo que es importante señalar tanto de Lefebvre como de Castells, además de lo ya dicho, es que, por un lado, ambos critican el carácter ideológico y etnocentrista de las tradiciones de pensamiento precedentes –particularmente de los autores asociados a la Escuela de Chicago–, en las que se intenta generalizar las particularidades del desarrollo urbano tanto de Europa como de Norteamérica al resto del mundo, y por otro, ambos autores entienden el fenómeno urbano a partir de las relaciones de producción.

Definiciones más contemporáneas sobre la ciudad terminarán retomando algunos de los elementos mencionados por estos autores –particularmente de Wirth–, aunque con algunas diferencias. Así, para Manuel Delgado, “la ciudad es una composición espacial definida por la alta densidad poblacional y el asentamiento de un amplio conjunto de

construcciones estables, una colonia humana densa y heterogénea conformada esencialmente por extraños entre sí. La ciudad, en ese sentido, se opone al *campo* o a lo *rural*, ámbitos en que tales rasgos no se dan” (Delgado, 2008: 23). Sin embargo, esta última distinción entre la ciudad y el campo podría ser problemática, sobre todo cuando no siempre están claras las fronteras entre estos dos ámbitos territoriales. Para Alicia Ziccardi, por su parte, “la ciudad es (...) una aglomeración de población y de actividades que ofrecen un conjunto de bienes y servicios colectivos –educación, salud, recreación– al conjunto de la ciudadanía, independientemente de su capacidad de apropiación en el mercado” (Ziccardi, 2008: 11). Pero si bien esta autora suele trabajar la dimensión de la pobreza y la exclusión, su definición carece de elementos para dar cuenta de la desigualdad social que se vive en las ciudades.

A su vez, Jordi Borja escribe que la ciudad puede ser entendida como ese algo que “hemos caracterizado en nuestra cultura, en nuestro imaginario y en nuestros valores como concentración de población y de actividades, mezcla social y funcional, capacidad de autogobierno y ámbito de identificación simbólica y participación cívica” (2003: 62). Sin embargo, e independientemente de que los elementos que coloca Borja sean sugerentes, también parecen estar concebidos a partir de una idealización de la ciudad, pues su definición está exenta tanto de conflicto como de problemática alguna, cuando en realidad éstas “no son sólo escenarios de encuentros e interacción en la diversidad, sino también lo son de las desigualdades y de las zanjales materiales y culturales que dividen y segregan dichas desigualdades” (Aceves, De la Torre y Safa, 2004: 285).

Pero para este trabajo, y retomando algunas de las concepciones antes mencionadas, las ciudades pueden ser entendidas como unidades territoriales de carácter difuso –pues sus fronteras no son siempre claras y tampoco definitivas, y porque además dependen de sus relaciones con el exterior–, las cuales son administradas desde instancias que concentran el poder político, y se caracterizan tanto por su heterogeneidad social y funcional como por los bienes y servicios que en ella se ofrecen, mismos que son accesibles de manera desigual para el conjunto de su población. Sin embargo, “es importante destacar que el área edificada –que intuitivamente llamamos ‘ciudad’– no suele coincidir con los límites administrativos” (ONU-Habitat, 2012: 21), y esto es así por el crecimiento desmedido que éstas han experimentado desde hace más de medio siglo. Esto ha llevado a Borja y Castells

a sugerir que las ciudades “podrían desaparecer como formas de organización social, expresión cultural y gestión política”, más no así la urbanización, que estaría alcanzando su “clímax histórico” (Borja y Castells, 1999: 12).

Para ello, partimos de la distinción entre urbanización y ciudad. Sin entrar en disquisiciones académicas fuera de lugar, la urbanización se refiere a la articulación espacial, continua o discontinua, de población y actividades. En cambio, la ciudad, tanto en la tradición de la sociología urbana como en la conciencia de los ciudadanos en todo el mundo, implica un sistema específico de relaciones sociales, de cultura y, sobre todo, de instituciones políticas de autogobierno (Borja y Castells, 1999: 13).

Esta “crisis” por la que atraviesa nuestra concepción de ciudad se refleja en la popularización de otros términos, algunos de los cuales siguen refiriéndose a la ciudad como una unidad territorial y política, otros que ponen en entredicho estas características, y algunos más que destacan sobre todo las relaciones que éstas tienen con otros núcleos urbanos. Así, por ejemplo, el concepto de metrópoli, si bien no es nuevo,⁶ pareciera usarse actualmente para caracterizar a los asentamientos urbanos de gran tamaño y que cumplen una función de centralidad con respecto a su entorno. En ese sentido, Negrete apunta que “el término metrópoli hace referencia a la ciudad con relación a sus territorios aledaños y, por extensión, a la ciudad más importante en una región” (Negrete, 2010: 175), mientras que para Francois Ascher, una metrópoli puede ser definida como “una gran conurbación extensa y discontinua, heterogénea y multipolarizada” (en Cabrales, 2010: 78).

Sin embargo, y desde una lógica diferente, Marc Augé utiliza el término de “gran metrópolis” para referirse a aquellas ciudades que se encuentran dentro de las redes mundiales y que se caracterizan por su “vida económica, artística, cultural y científica que se da en la totalidad del planeta” (2007: 35). A su vez, Saskia Sassen, quien trabaja desde la noción de “ciudad global”, escribe que “los mercados nacionales y globales, como también las organizaciones globalmente integradas, requieren de lugares centrales donde el trabajo de la globalización pueda realizarse” (Sassen, 2011: 37). En ese sentido, la ciudad global estaría lejos de ser obsoleta, ya que: “a) concentran funciones de comando, b) son sitios de

⁶ De acuerdo con Negrete, “el uso del concepto se ha referido históricamente a la capital de un imperio” (2010: 175).

producción postindustrial para las industrias líderes de este periodo, financieras y de servicios especializados, y c) son mercados transnacionales donde las empresas y los gobiernos pueden comprar instrumentos financieros y servicios especializados” (Sassen, 2011: 39). Sin embargo, la categoría de ciudades globales estaría reservada sólo para aquellas que cumplen estas funciones, convirtiéndose en nodos de la actividad económica contemporánea.

Por otro lado, Gottmann (1957) utiliza el término de megalópolis para referirse a aquellas regiones geográficas en las que varias ciudades o áreas metropolitanas de gran crecimiento urbano y metropolitano están interconectadas entre sí, formando una cierta unidad territorial que se caracteriza por ser polinuclear, esto es, con varios centros, cada uno de los cuales tendría una importancia relativa dentro del conjunto. Sin embargo, el problema de investigación que aquí estamos construyendo se pregunta por lo que se denomina corrientemente como zona o área metropolitana de Guadalajara, esto es, por un tipo de unidad urbana –por lo que podríamos seguir refiriéndonos a ella con el término de ciudad– conformada por distintos municipios que oscilan entre la independencia y la integración político-administrativa. Al respecto, Beatriz Núñez escribe que “el área urbana es la superficie edificada, conformada por los sucesivos asentamientos, y la zona o área metropolitana son las unidades político-administrativas contiguas a ésta, así como a otras unidades con características urbanas, tales como los sitios de trabajo” (Núñez, 2007: 72). En ese sentido, área y zona metropolitana terminarían siendo sinónimos para esta autora. Sin embargo, una definición un tanto distinta la proporciona Luis Unikel, para quien una zona metropolitana sería

la extensión territorial que incluye a la unidad político-administrativa que contiene a la ciudad central y a las unidades político-administrativas contiguas a ésta que tienen características urbanas, tales como sitios de trabajo o lugares de residencia de trabajadores dedicados a actividades no agrícolas, y que mantienen una interrelación socioeconómica directa, constante e intensa con la ciudad central y viceversa. El concepto de zona metropolitana es distinto al de área metropolitana o área urbana propiamente dicha, ya que el límite de la primera comprende delegaciones y municipios completos, incluyendo a todas sus localidades, independientemente de que

éstas formen parte del área urbana continua de la ciudad (Unikel, en Urquidez, 2010: 291).

Sin embargo, Urquidez (2010) menciona que las zonas metropolitanas ni siquiera existen constitucionalmente. A pesar de ello, la Secretaría de Desarrollo Social, el Consejo Nacional de Población y el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, una zona metropolitana se definiría como

el conjunto de dos o más municipios donde se localiza una ciudad de 50 mil o más habitantes, cuya área urbana, funciones y actividades rebasan el límite del municipio que originalmente la contenía, incorporando como parte de sí misma o de su área de influencia directa a municipios vecinos, predominantemente urbanos, con los que mantiene un alto grado de integración socioeconómica; en esta definición se incluye además a aquellos municipios que por sus características particulares son relevantes para la planeación y política urbanas (2004: 15).

“Adicionalmente, se define como zonas metropolitanas a todos aquellos municipios que contienen una ciudad de un millón o más de habitantes, así como aquellos con ciudades de 250 mil o más habitantes que comparten procesos de conurbación con ciudades de Estados Unidos de América” (2010: 25).

Puede decirse entonces que el término más utilizado para caracterizar a este tipo de asentamientos que han experimentado procesos de conurbación es el de zona metropolitana, que en el caso de Guadalajara incluye, además de este municipio central, a los de Zapopan, Tlaquepaque, Tonalá, El Salto, Tlajomulco de Zúñiga, Juanacatlán e Ixtlahuacán de los Membrillos. Reconocer esta característica de las zonas metropolitanas –unidad territorial administrada por diversas entidades municipales que oscilan entre la independencia y la integración– permite, asimismo, entender las dificultades y posibilidades que esto representa en la planeación y construcción de la mancha urbana, así como las repercusiones en los modos de vida de quienes habitan en ellas. Y si bien es cierto que los términos de ciudad, metrópoli o zona metropolitana no son sinónimos (Urquidez, 2010), como ya hemos dado cuenta, tampoco se descarta la utilización del término “ciudad” para este

trabajo, pues ayuda a entender la unidad –sea esta real o imaginaria– de un núcleo urbano, independientemente de si éste se encuentra conformado por otras unidades territoriales o políticas más pequeñas.

El espacio urbano y sus problemáticas: dispersión, fragmentación y segregación

El espacio urbano hace referencia a todo espacio construido que se caracteriza tanto por su morfología –todo aquello que es “directamente observable”, como “edificios, espacios públicos, entorno, etc.” (Giménez, en Meneses, 2008: 155)– como por el número y diversidad de los servicios públicos y privados que en él se ofrecen, por lo que es posible entenderlo como elemento central y constitutivo de lo que comúnmente denominamos como ciudad, metrópoli o zona metropolitana (por mencionar tan sólo algunos de los términos con los que hemos trabajado previamente). Sin embargo, al ser la parte visible de estas unidades territoriales, podríamos decir que *materializa* algunas de sus principales problemáticas. Así, en la actualidad, se habla de que las ciudades experimentan procesos de dispersión territorial, producto de su crecimiento desmedido hacia sus periferias; se habla de fragmentación, generada en parte por estas nuevas dimensiones urbanas, pero también por las barreras materiales y simbólicas que se erigen en el espacio y que separan a los sujetos; y se habla también, entre otros fenómenos, de segregación socioespacial, esto es, del grado de proximidad espacial que tienen ciertos grupos entre sí y su distancia con respecto a otros grupos (Scheingart, 2010: 349).

Pero si bien estas no son todas las problemáticas que pueden asociarse con el espacio urbano, por lo menos en cuanto a su dimensión material, sí son lo suficientemente importantes para entender algunas de las dinámicas cotidianas que se presentan en él; de ahí su importancia para este trabajo. Sin embargo, es conveniente señalar que estos fenómenos de dispersión, fragmentación y segregación no necesariamente son detonados por las mismas causas ni necesariamente van de la mano, aunque en ocasiones tienen puntos de encuentro que dan pie a que se retroalimenten entre sí, generando una especie de sinergia negativa que impacta desfavorablemente en la calidad de vida de las personas.

En lo que respecta a la dispersión territorial, esta se presenta al urbanizarse las periferias sin una visión integradora de ciudad, esto es, sin que estos nuevos asentamientos estén totalmente vinculados, tanto funcional como espacialmente, a la mancha urbana. Esta

dispersión está además “asociada con densidades poblacionales más bajas, lo que conlleva numerosos desafíos para la prestación de servicios y la sostenibilidad económica, social y ambiental del modelo de desarrollo urbano” (ONU-Habitat, 2012: 18). Su emergencia se debe sobre todo a la falta de planeación y control que tienen los gobiernos con respecto a los procesos de crecimiento urbano, ya sea por una regulación laxa –o por la inexistencia de ésta– o por la corrupción de las autoridades; a la participación de la iniciativa privada en la construcción de ciudad, movida por intereses particulares que se anteponen muchas veces a los públicos; y a la población que busca nuevos espacios para vivir, independientemente de su condición socioeconómica.

Sin embargo, la población con menos recursos que se instala en los linderos de la ciudad suele verse más afectada que otros grupos con mejor poder adquisitivo, pues en ocasiones los lugares donde se asientan no cuentan con un mínimo de infraestructura urbana o se establecen en zonas de riesgo. Esto pasa sobre todo con los asentamientos de tipo informal, producto de invasiones o de la venta de terrenos por parte de especuladores inmobiliarios.⁷ Y esto, a su vez, conlleva otros problemas, pues “al expandirse sin visión integradora, las periferias pueden exacerbar la segregación y estigmatización socioespacial de las comunidades que las habitan. Las periferias pueden convertirse en trampas de pobreza para grupos de población que no logran aprovechar las ventajas que ofrece la urbanización” (ONU-Habitat, 2012: 36).

La dispersión de las ciudades, por otro lado, puede acentuar la fragmentación territorial, aunque no necesariamente existe una relación causal entre estos dos fenómenos, pues la fragmentación es sobre todo producto de la forma en cómo se ha construido la ciudad y de cómo los grupos sociales segmentan –o se dividen en– el espacio, lo que crea barreras tanto físicas como simbólicas que reducen la posibilidad de interacción con el *otro*. Sin embargo, no se puede negar que el crecimiento de las ciudades ha contribuido a crear entornos urbanos más fragmentados y “la ciudad fragmentada tiende a ser físicamente despilfarradora, segregacionista, económicamente poco productiva, culturalmente

⁷ Para Torres *et al*, “aquellos grupos excluidos del mercado formal privado y de las soluciones públicas, buscan acomodo preferencialmente en el sector informal y quienes desean su propio terreno entran en un mercado del suelo de dudosa legalidad y participan en la construcción de sus propias viviendas” (Torres *et al*, 2009: 42). Además, menciona que este fenómeno de la ciudad informal está estrechamente relacionado con la economía informal, pues “son dos caras de una misma moneda y pertenecen a una sola realidad” (Torres *et al*, 2009: 41).

miserable y políticamente ingobernable” (Borja, 2003: 76), lo cual, a su vez, la hace más proclive al conflicto (Harvey, 2013: 35).

Para Borja, la fragmentación que actualmente se presenta en las ciudades estaría generada por el hecho de que las infraestructuras de comunicación no construyen centralidades o lugares “fuertes”, por lo que el problema no sólo se reduce a la fragmentación territorial, sino también a la fractura de las relaciones sociales. Así, por ejemplo, se podría vincular la falta de estos espacios de centralidad “a la reducción de las interacciones cara a cara y a un aumento de la sensación de inseguridad en las ciudades y metrópolis contemporáneas” (Morán, 2007: 178). Sin embargo, contrario a lo planteado por Borja, para Vidal-Koppman (2010) esta fragmentación sí generaría nuevos espacios de centralidad, aunque no necesariamente de carácter público. Pero lo que Vidal-Koppman no contempla es el hecho de que “la privatización urbana produce una fragmentación de la conciencia ciudadana, anula la alteridad con los diferentes cercanos, la solidaridad con los necesitados y la responsabilidad con el conjunto de la ciudad”, como acertadamente apuntan Aceves, De la Torre y Safa (2004: 292).

En ese sentido, no basta con que exista infraestructura urbana que cumpla funciones de centralidad –y por tanto de encuentro– si no se garantiza el acceso de la población a éstas independientemente de su condición social. Es por ello que lo público y lo privado se convierten en categorías centrales para entender tanto la configuración como la fragmentación del espacio urbano, ya sea en términos materiales o simbólicos. Sin embargo, es importante reconocer que ante las dimensiones de algunas ciudades –convertidas en áreas metropolitanas por su extensión y conurbación–, así como por las posibilidades, limitantes, gustos y preferencias que cada grupo tiene para poder vivir y disfrutar la ciudad, se termina por tener una experiencia fragmentada de la misma, por lo que García Canclini (2005) utiliza el término de micrópolis para caracterizar esta relación acotada que se tiene con respecto a la ciudad.

Por otra parte, la segregación socioespacial –o residencial– “corresponde a la aglomeración en el espacio de familias de una misma condición social, más allá de cómo definamos las diferencias sociales” (Sabatini, 2006: 7), así como a la separación y distancia que éstas familias tengan con respecto a otras (Clichevsky, 2000: 8; Schteingart, 2010: 349), por lo que “puede concretarse en segregación localizada –o socio-espacial– (cuando

un sector o grupo social se halla concentrado en una zona específica de la ciudad, conformando áreas socialmente homogéneas) o excluyente (ausencia de integración de grupos sociales en espacios comunes a varios grupos)” (Clichevsky, 2000: 8).

De acuerdo con Sabatini (2006: 7), la concentración espacial y la homogeneidad social que se presentan en ciertas áreas de la ciudad corresponderían a las dimensiones objetivas de la segregación, mientras que el prestigio o desprestigio que sufren sus habitantes correspondería a una dimensión subjetiva.⁸ Sin embargo, y en lo que respecta a estas dimensiones objetivas, es importante tener en cuenta “que la segregación residencial no puede asociarse mecánicamente a homogeneidad o heterogeneidad territorial sino según la escala geográfica definida”, así como las variables socioeconómicas que se tomen en cuenta (Clichevsky, 2000: 9).

Asimismo, la segregación puede ser vista como positiva cuando esta es voluntaria, o negativa cuando es impuesta (Marcuse, parafraseado en Espino, 2008: 43). Dentro de sus efectos positivos se encontraría “la búsqueda de identidades sociales o el afán de las personas por alcanzar una mejor calidad de vida”, mientras que los negativos estarían “asociados con una menor interacción entre grupos sociales”, ya que “el aislamiento espacial de los grupos pobres o discriminados, y la percepción que ellos tienen de esa condición, es lo que favorece la desintegración social” (Sabatini, 2006: 8-9).

Si bien la segregación residencial puede ser vista como un proceso de diferenciación social antes que una manifestación de las diferencias sociales (Sabatini, 2006: 11), no es posible ignorar el hecho de que cuando las diferencias socioeconómicas son menores entre los diferentes grupos la segregación también es menor (SDP-UNAL, 2013: 17). Y aunque la segregación residencial pareciera ser un fenómeno “inherente a la vida urbana”, el hecho de que ésta goce actualmente de una “mayor visibilidad” (Rodríguez y Arriagada, 2004: 6) se podría deber a las consecuencias negativas que de ella se desprenden, pues “los costos de la segregación usualmente se plantean en términos de *perjuicios ambientales, estigma social* y desigualdades de *acceso*” (Espino, 2008: 44).

⁸ Al respecto, Carman, Vieira y Segura (2013: 15) cuestionan este planteamiento, pues se preguntan si en la elección que realizan los grupos para concentrarse en ciertas zonas de la ciudad no existen también valoraciones simbólicas y subjetivas, lo cual es cierto. Sin embargo, está claro que a lo que se refiere Sabatini es que tanto la concentración de estos grupos en un territorio como la homogeneidad social que los caracteriza son empíricamente observables, de ahí que los catalogue como dimensiones “objetivas”, mientras que la dimensión subjetiva, en este caso, correspondería a las valoraciones que se hacen sobre esos grupos por el hecho de vivir en ciertos lugares.

La segregación socioespacial o residencial puede terminar fragmentando la experiencia urbana al crear enclaves al interior de la ciudad que reducirían la posibilidad de interacción entre diferentes grupos sociales, y aunque esta no se presenta únicamente en las periferias, sino a lo largo y ancho del espacio urbano, lo cierto es que con la dispersión de las ciudades sin una visión integradora de por medio, que coadyuve a reforzar el tejido social, aumentan las posibilidades de que los grupos se segreguen a partir de sus características socioeconómicas, siendo los grupos con menos recursos los más vulnerables. Es por ello que el estudio del espacio urbano debe contemplar la materialización de estos fenómenos, y analizar las repercusiones que estos tienen en la vida cotidiana de las personas, así como su influencia en la forma en que los sujetos construyen sus pertenencias socioterritoriales, que es el objeto de este estudio.

El espacio público como lugar de encuentro con la ciudad y con los otros

A grandes rasgos, hay dos formas de conceptualizar el espacio público. Por un lado, y desde una óptica más bien romántica e idealizada, se le concibe como un lugar de expresión y de libertad, accesible a todos y en donde los sujetos se encontrarían con los *otros* en términos de igualdad. Pero por otro lado se reconocen las limitantes de esta visión, ya que su situación actual está apegada a realidades, desafíos y amenazas concretas que evidencian tanto su pérdida de centralidad en la vida pública, como las desigualdades de acceso que experimentan distintos grupos de población. Sin embargo, el espacio público sigue siendo un lugar clave para pensar la vida social, pues es ahí donde es posible observar tanto la relación que establecen los sujetos con el espacio urbano, así como las relaciones e interacciones que éstos llevan a cabo con los *otros* con quienes comparten dicho espacio.

En ese sentido, Duhau y Giglia (2008) plantean la dificultad de pensar la ciudad sin contemplar los espacios públicos, pues ellos son la ciudad, el espacio en donde los sujetos entran en contacto con su entorno, y el cual supone un orden a partir de sus usos y condiciones. Para estos autores, ni las fuerzas económicas ni políticas pueden tener un control total sobre el espacio urbano o público, pues al final de cuentas estos son apropiados por los grupos populares. Además, su importancia también radicaría en el hecho de que es en estos espacios donde la mayoría de los conflictos contemporáneos tienen

lugar. Sin embargo, también reconocen la existencia de un espacio público de “tipo ideal”, que serían aquellos

...espacios asignados al uso de todos, es decir, no reservados a nadie en particular (esto es, a individuos específicos o pertenecientes a una determinada categoría, estamento o clase social); de libre acceso –sea irrestricto, como en el caso los parques y las calles públicas, sea sujeto a la satisfacción de ciertas condiciones, como el pago de una cuota de entrada (estadios, teatros, cines)–, donde se admite y además se presenta como rasgo dominante la copresencia de extraños y, por consiguiente, todos y cada uno de los copresentes gozan legítimamente del *anonimato*, es decir, del hecho de ser uno más entre un conglomerado de individuos que permanecen juntos en un lugar o transitan al mismo tiempo por él por razones circunstanciales, razones que sólo atañen a cada quien; donde impera la condición de igualdad en el sentido de que todos tienen derecho a estar presentes y a ser respetados en su integridad, intimidad y anonimato, independientemente de sus características individuales, incluidas edad, sexo, pertenencia étnica, apariencia, etc., y que, por todo lo anterior, funcionan como lugares donde el ciudadano realiza la experiencia de convivir pacífica e igualitariamente con los otros diferentes y está en la predisposición de disfrutar el eventual encuentro con un extraño o la ocurrencia de lo inesperado (Duhau y Giglia, 2010: 390-391).

Para Borja, por otro lado, el espacio público puede ser entendido desde una dimensión jurídica, esto es, como un espacio sometido a la administración pública, pero también desde una dimensión sociocultural, donde se relacionan y se generan identificaciones y expresiones comunitarias, postura compartida por Sánchez, para quien “el carácter de *espacio público* no se predetermina cabalmente por el hecho administrativo de reservarse o asignarse un lugar para tal fin, sino que su carácter se deriva, le es conferido por medio de las interacciones sociales a las que sirve de escenario” (Sánchez, 2011: 61). Sin embargo, Borja reconoce que en la actualidad hay una crisis del espacio público, pues a este se le suele considerar como peligroso. Sin embargo escribe que “el espacio público no provoca ni genera peligros, es el lugar donde se evidencian los problemas de injusticia social, económica y política. Su debilidad aumenta el miedo de unos, la marginación de otros y la violencia urbana sufrida por todos” (Borja, 2003: 62).

Por su parte, Manuel Delgado sostiene que las relaciones que se establecen en el espacio público están lejos de soslayar las desigualdades que la sociedad ha institucionalizado, por lo que “a determinadas personas en teoría beneficiadas del estatuto de plena ciudadanía se les despoja o se les regatea en público la igualdad, como consecuencia de todo tipo de estigmas y negativizaciones” (Delgado, 2011: 32). Patricia Ramírez Kuri reconoce, a su vez, que no todos tienen acceso por igual a los recursos que ofrece la ciudad, entre ellos el espacio público. “En la ciudad, estas diferencias –entre los sujetos– se expresan en el acceso desigual a los recursos urbanos, en las formas heterogéneas de identificación, uso y apropiación del espacio, de participación y de acción social” (2003: 40). Además, estas diferencias en el uso y apropiación del espacio público están condicionadas, “ya que factores como el sexo, la edad, la clase social y la identidad étnica afectan la percepción y la vivencia de la vida urbana” (Ortiz Guitart, 2006: 68). Asimismo, Patricia Ramírez Kuri sostiene que

Uno de los problemas en el uso del concepto de lo público como lugar común y como espacio de todos es que los significados y atributos no corresponden a las realidades segregadas que aparecen en las ciudades contemporáneas, particularmente en aquellas que se han transformado en megaciudades. En ese sentido, el concepto es limitado para comprender y explicar los cambios en las formas de vida pública, las nuevas formaciones físico-sociales, los vínculos y redes que la ciudad genera, revela, oculta, disuelve o transforma (Ramírez Kuri, 2010: 45).

Estas limitaciones estarían relacionadas con el hecho de que el “el espacio público perdió su esencia, al evolucionar la ciudad hacia formas de urbanización regidas por la rentabilidad, la desintegración” (Siqueiros, 2009: 35). Así, los lugares públicos y semipúblicos han dejado de ser espacios de encuentro, pues han sido reemplazados por centros comerciales y espacios privados que están pensados más para los automovilistas que para los peatones o los usuarios del transporte público, además de que también ha crecido la oferta y demanda de entretenimientos virtuales como la televisión o el Internet, hechos “que deshumanizan la ciudad y condicionan su disfrute a la obtención, por cualquier medio, de satisfactores materiales” (Siqueiros, 2009: 35). En ese sentido, en las sociedades contemporáneas, en donde el espacio público tiende hacia su privatización, el concepto de

lo “público” parece limitado, por lo que Sylke Nissen (2008) considera que es conveniente introducir la noción de “espacios de carácter híbrido” para dar cuenta de los espacios públicos, semi-públicos, semi-privados y privados, dependiendo el uso que se les dé.

Al respecto, Duhau y Giglia señalan, al hablar de la ciudad de México, pero que puede aplicar perfectamente a lo que ocurre en la zona metropolitana de Guadalajara (ZMG), que el orden metropolitano ha tendido hacia la privatización y la especialización e identifican los siguientes puntos problemáticos:

- Equipamientos destinados al uso público pero estatutariamente de propiedad privada.
- Cierre, clausura, vigilancia y control privados de espacios jurídicamente públicos.
- Apropiación o control ejercido por grupos específicos sobre lugares (...), aunque permanezcan físicamente abiertos y formalmente continúen siendo públicos.
- Producción y organización del espacio de proximidad o local, a diferentes escalas, como hábitat privado, cuyo uso es restringido a los residentes (Duhau y Giglia, 2010: 397-398).

Además, es importante entender que los espacios públicos están en relación directa con los espacios privados, y que para entender a unos hay que entender también a los otros, pues “la animación y la *variedad de usos de los espacios públicos siempre han dependido en gran medida de las actividades a las que están destinados los locales y espacios privados contiguos y accesibles caminando desde el espacio público*” (Duhau y Giglia, 2010: 395). Contemplando lo anterior, junto con “el plano de las transformaciones normativas (formales e informales), el de las transformaciones funcionales y el de las representaciones simbólicas”, tendremos una serie de elementos que nos permitirán comprender las problemáticas actuales del espacio público (Duhau y Giglia, 2010: 394).

Pero más allá de estas problemáticas que presenta el espacio público, este puede ser visto como un lugar central para la construcción de ciudadanía, esto es, como un espacio para el ejercicio de lo político, pero también de identificación y de identidad.

El derecho a la centralidad accesible y simbólica, a sentirse orgulloso del lugar en el que se vive y a ser reconocido por los otros, a la visibilidad y a la identidad, además de disponer de equipamientos y espacios públicos cercanos, es una condición de

ciudadanía. También la movilidad es un derecho de ciudadanía ya que supone información e intercambio, oportunidades de formación y de ocupación, acceso a las ofertas urbanas y el apropiarse de la ciudad como un conjunto de libertades. Si los derechos de centralidad y de movilidad no son universales, la ciudad no es democrática (Borja, 2003: 75).

Sin embargo, es necesario tener cuidado con lo que podría considerarse como “ilusión ciudadanista” en torno al espacio público, ya que esta “funcionaría como un mecanismo a través del cual la clase dominante consigue que no aparezcan como evidentes las contradicciones que la sostienen” (Delgado, 2011: 24). Pero si bien esta precaución es pertinente, también es importante reconocer que el espacio no juega un papel pasivo en las interacciones cotidianas, sino al contrario. De su morfología, de sus posibilidades de uso, de su capacidad para reunir extraños, se deriva su valor. Así, puede pensarse que la transformación de estos espacios puede contribuir a mejorar –o empeorar– la vida de los sujetos (Ortiz Guitart, 2006). Sin embargo, no se puede pensar que la modificación del espacio por sí solo puede generar cambios importantes en la forma de vida de las personas, pues existen otros elementos que entran en juego, sean estos de orden económico, social, cultural o político.

Resumiendo, puede decirse que el espacio público es todo aquel que está destinado idealmente al uso de la población en general, sin distinciones de clase, edad, condición socioeconómica o género (Duhau y Giglia, 2010), independientemente de las funciones para las que se haya creado (circular, reposar, hacer ejercicio, etc.), y que está sometido a la administración pública (Borja, 2003) por ser propiedad del Estado. Sin embargo, al ser un recurso distribuido desigualmente en la mancha urbana, no todos tienen la misma posibilidad de acceder o hacer uso de él (Ramírez Kuri, 2003), además de que este tipo de espacio ha ido perdiendo centralidad e importancia ante la emergencia de gran cantidad de espacios que si bien son de uso público son, en términos jurídicos, de propiedad privada (Duhau y Giglia, 2010; Siqueiros, 2009).

Asimismo, el espacio público, lejos de ser un lugar idílico que posibilita el encuentro entre iguales, es un espacio que está atravesado por relaciones de poder, pues no sólo desde el Estado se prescriben formas de acceso y uso, sino también desde los grupos sociales que en él actúan y que en ocasiones se lo apropian. Pero el hecho de que el espacio

público sea un escenario de disputa se debe no sólo a que es un bien escaso, sino a que es, sobre todo, un lugar que posibilita la construcción de sentido y, por tanto, en algunos casos y bajo ciertas circunstancias, la construcción de identidades. En ese sentido, el espacio público puede ser visto también como territorio.

Vida cotidiana, espacio social y pertenencias socioterritoriales

El marco de la vida cotidiana

El estudio de lo cotidiano es menos una ciencia que un arte, precisa que el investigador tenga cierta cualidad que le permita atender a un universo cambiante de significaciones.

David Le Breton

El estudio de la vida cotidiana es el estudio de la vida ordinaria de sujetos ordinarios y de sus acciones que día a día llevan a cabo, mismas que aparentemente son repetitivas e intrascendentes, pero en las que sin embargo se denota la reproducción e innovación del orden social. Es por ello que su estudio permite observar, entre otras cosas, la interrelación creativa y dinámica entre el sujeto y la estructura, no obstante que las condiciones que organizan la vida de los sujetos no son siempre las mismas ni tienen el mismo peso en cada uno de ellos, pero tampoco éstos se adaptan a tales condiciones ni las transforman de la misma manera, y esto se debe, en parte, a las distintas capacidades de agencia que cada sujeto tiene como resultado de su posición en el espacio social (como se explicará más adelante).

Pero si bien la vida cotidiana pareciera estar cargada de automatismos al estar constituida de prácticas repetitivas, no quiere decir que ésta carezca de sentido, sino al contrario, ya que es en ella donde se crea el sentido más elemental del sujeto, que es el sentido común, “ese conocimiento rico pero desorganizado, asistemático y con frecuencia inarticulado e inefable de que nos valemos para el diario oficio de vivir” (Bauman, 1994: 14), mismo que nos ofrece pautas para entender el comportamiento de los sujetos en su vida diaria, pues hay que recordar que lo que los investigadores en ciencias sociales hacen son,

principalmente, “construcciones de segundo grado” (Schutz, 1995), o “interpretaciones de segundo grado” (Giddens, 2006), esto es, interpretaciones de las interpretaciones de sentido común realizadas por sujetos comunes.

Sin embargo, definir lo que es la vida cotidiana puede ser problemático, sobre todo si se piensa en la multiplicidad de prácticas, espacios y tiempos que ésta puede contener, por lo que puede ser más productivo entenderla como un “campo”, en donde

Se aborda desde luego la constitución de las acciones, los objetos y los sujetos ordinarios como objetos de estudio, pero junto con ello se plantea la problemática de la relación entre las estructuras y las prácticas, lo macro y lo micro, la determinación y la libertad; en suma, la posibilidad de poder teorizar actores o agentes sociales que producen acciones y que no son sólo producto de la sociedad” (Zalpa, 2007: 16).

En ese sentido, la vida cotidiana es mucho más que el estudio de sujetos ordinarios y de sus acciones aparentemente intrascendentes, ya que permite dar cuenta de la interrelación que se establece entre los sujetos y la estructura social a través de las prácticas. Y si bien es cierto que los sujetos suelen interactuar con otras “múltiples realidades”, más allá de la vida cotidiana, también es cierto que “su ubicación privilegiada le da derecho a que se le llame suprema realidad” (Berger y Luckmann, 2005: 37), pues además sienta las bases para el desenvolvimiento de los sujetos en esos otros ámbitos de acción. Pero, ¿de qué está compuesto lo cotidiano? “Lo cotidiano está constituido de *actividades* llamadas ordinarias (hacer las compras para comer, desplazarse por varios motivos, divertirse o instruirse, etc.) incluso las más banales y repetitivas, aunque no lo son todas” (Juan, 2008: 432). Puede decirse, siguiendo con lo anterior, que en esta diversidad de actividades el hombre “se objetiva”, y “el hombre, formando su mundo (su ambiente inmediato) se forma también a sí mismo” (Heller, 1977: 24).

Todas esas actividades se llevan a cabo en ciertos espacios y en ciertos tiempos, lo que le da a la vida cotidiana cierta regularidad y estructura (Berger y Luckmann, 2005; Lindón, 2000; Reguillo, 2000). De hecho, para Alicia Lindón, este énfasis en lo espacio-temporal es “herencia directa del pensamiento schutziano” (2000: 11), por lo que gran parte de la producción que se ha realizado en torno a este campo, principalmente desde la sociología, tiene una marcada tendencia fenomenológica, aunque también existen enfoques

marxistas y funcionalistas al respecto. Ahora, si los sujetos estructuran sus prácticas a partir de un orden espacio-temporal, puede decirse que “funcionalizan” su vida cotidiana (Juan, 2000), y esta “funcionalización”, que también podemos entender como fragmentación, será tan compleja como sean las actividades que el sujeto tenga que realizar en su día a día, lo cual a su vez está determinado por el tipo de sociedad, por la posición que se ocupe en el espacio social y por las características del espacio urbano.

La fragmentación de la vida cotidiana, cada vez más notoria, es antes que todo la fragmentación del espacio. Sin embargo, la forma territorial sólo es proyección de un principio más general de las sociedades modernas: como lo es la división del trabajo. Así, el concepto más adaptado para la descripción de este fenómeno es el de *zonificación parcelaria* (a semejanza del concepto marxiano de *trabajo parcelario*) (Juan, 2000: 125).

Para Juan, esta zonificación espacial, que tiene su origen en la división del trabajo y en el mercado, termina por concretarse a partir del siglo XIX (por lo menos en las sociedades occidentales), y contempla la división funcional de los espacios de la ciudad a partir de las actividades que se lleven a cabo.

Las funciones a las que nos referimos, corresponden a las cinco principales lógicas institucionales, generadas todas ellas por la división del trabajo social y en contraparte, a las cinco figuras del actor: la producción (el trabajador), la vivienda (el habitante), el comercio (el consumidor), el equipamiento público (el usuario) y el ocio (el *homo sapiens-ludens*) (Juan, 2000, 127)

La debilidad en el planteamiento de Juan radica en el hecho de pensar que los espacios y tiempos en los que los sujetos desarrollan su vida cotidiana están “bien definidos y planificados” (2008: 441), lo que exentaría de su planteamiento funcionalista la creatividad e incertidumbre en las decisiones del sujeto, pues a pesar de los constreñimientos que introduce la rutinización de la vida cotidiana, “hay una franja de indeterminación relativa que deja espacio para la ‘improvisación’, lo mismo para hacer frente a situaciones

novedosas como para incorporar, normalizando, discursos y prácticas que penetran desde el orden social, los mundos de vida” (Reguillo, 2000: 79).

Sin embargo, esta noción de “zonificación parcelaria” de Juan es útil, ya que permite caracterizar y relacionar sujetos, prácticas, espacios y tiempos a través de los cuales es posible dar cuenta de las regularidades que se presentan en el transcurso de la vida cotidiana, lo que no significa que algunas de estas condiciones que permiten tales regularidades no se vean alteradas, ya sea por el contexto –desde donde se pueden presentar imprevistos–, o por los mismos sujetos, quienes pueden modificar sus prácticas ya sea por improvisación o por creatividad. Asimismo, es importante señalar que los elementos que estructuran la vida cotidiana de los sujetos no son siempre los mismos, pues dependen de los roles y responsabilidades que éstos tengan en la sociedad, los cuales están determinados por factores como la edad, el género o la clase social, entre otros.

Por todo ello, la vida cotidiana puede ser entendida entonces como la adaptación creativa y dinámica de los sujetos –con distintos niveles de agencia– a las prerrogativas estructurales que la sociedad y los grupos de pertenencia imponen a sus miembros, las cuales se hacen manifiestas a través de una serie de prácticas recursivas y aparentemente intrascendentes, realizadas normalmente en espacios y tiempos determinados, a partir de las cuales se reproduce y transforma, al mismo tiempo, la sociedad en su conjunto. Así, la vida cotidiana se convierte en una puerta de entrada para estudiar la relación entre los sujetos y el espacio urbano, ya que permite identificar y caracterizar una serie de prácticas que además de estructurar y dar ritmo a la vida de los sujetos, les permiten, en algunos casos, construir territorios y generar pertenencias socioterritoriales, que son elementos clave en esta investigación.

Espacio social

Plantear la existencia de un espacio social, de acuerdo con Pierre Bourdieu (1984; 2001; 2007), es plantear la existencia de un espacio de relaciones entre sujetos que ocupan posiciones distintas y distintivas dentro de ese espacio, mismas que estarían determinadas por la cantidad y cualidad de los capitales –o propiedades actuantes– que estos han ido adquiriendo en el transcurso de sus vidas, lo que en conjunto les confiere una serie de disposiciones –o *habitus*– en cuanto a sus formas de percibir, valorar y actuar. En ese

sentido, el espacio social puede entenderse como un espacio de relaciones desiguales, las cuales son producto de condiciones de carácter estructural que impactan en los individuos y en las posibilidades que estos tienen de ser y hacer. De esta forma, el espacio social brinda elementos para la caracterización del sujeto y de sus grupos de pertenencia, así como también proporciona elementos para entender la sociedad en la cual estos interactúan y a la cual se deben.

Para Pierre Bourdieu, la existencia de un espacio social supone, de entrada, que no se pueden juntar a distintos tipos de agentes ignorando para ello sus diferencias, principalmente económicas y culturales –que son las que tendrían mayor peso en las sociedades modernas–, lo que tampoco significa que no se puedan agrupar con base a otros criterios de clasificación. Esto lleva a este autor a entender la sociología como una “topología social”, la cual estudiaría los “principios de diferenciación o distribución constituidos por el conjunto de propiedades que actúan en el universo social en cuestión, es decir, las propiedades capaces de conferir a quien las posea con fuerza, poder, en ese universo” (1984: 282). Y a través de estas propiedades –o capitales, que es como también las nombra este autor– es que se puede ubicar a los sujetos dentro de ese espacio de carácter relacional, pues

El campo social se puede describir como un espacio pluri-dimensional de posiciones tal que toda posición actual puede ser definida en función de un sistema pluri-dimensional de coordenadas, cuyos valores corresponden a los de las diferentes variables pertinentes: los agentes se distribuyen en él, en una primera dimensión, según el volumen global del capital que poseen y, en una segunda, según la composición de su capital; es decir, según el peso relativo de las diferentes especies en el conjunto de sus posesiones (Bourdieu, 1990: 206-207).

Estos capitales con las que se construye el espacio social son producto de un “trabajo acumulado, bien en forma de materia, bien en forma interiorizada o ‘incorporada’” (Bourdieu, 2001: 131), y cuatro serían las formas en las que se presenta: económico, cultural, social y simbólico. Sin embargo, conviene aclarar de entrada que el capital simbólico, también denominado como prestigio, reputación o renombre, hace más bien referencia a las formas de percibir y reconocer como legítimos a los otros tipos de capital,

por lo que normalmente va asociado a estos (Bourdieu, 1990). Ahora, en lo que respecta al capital económico, éste “está constituido por los diferentes factores de producción (tierras, fábricas, trabajo) y el conjunto de los bienes económicos: ingreso, patrimonio, bienes materiales” (Bonnewitz, 1998: 47). En ese sentido, sería todo aquello que es “directa e inmediatamente convertible en dinero” (Bourdieu, 2001: 135).

El capital cultural, por su parte, puede presentarse en tres formas o estados: “en estado interiorizado o *incorporado*, esto es, en forma de disposiciones duraderas del organismo; en estado *objetivado*, en forma de bienes culturales (...); y, finalmente, en estado *institucionalizado*” (Bourdieu, 2001: 136). En cuanto a su forma incorporada, que podemos entender también como *habitus*, ésta queda en gran medida determinada por las formas, tiempos y lugares en los que este capital se adquiere, lo que deja marcas en los individuos que pueden ser visibles (formas de hablar o de actuar, por ejemplo). Asimismo, su acumulación dependerá de las capacidades y competencias que tenga cada sujeto, pero también del tiempo y del dinero que se invierta en su obtención. En cuanto al capital cultural objetivado, que consiste en bienes materiales con valor simbólico –lo cual puede traducirse, a su vez, en capital económico–, este puede ser transferible o heredable. Y por último, la forma institucionalizada corresponde principalmente a la obtención de títulos –escolares o académicos, por ejemplo–, los cuales son una forma de legitimar socialmente el capital cultural incorporado.

Y en cuanto al capital social, éste hace referencia a todas las relaciones sociales que mantiene un individuo y los recursos que de ellas se desprenden. O “expresado de otra forma, se trata aquí de la totalidad de recursos basados en la *pertenencia a un grupo*” (Bourdieu, 2001: 148). Tales recursos pueden ser materiales o simbólicos, y su volumen estará determinado tanto por el conjunto de relaciones que pueda movilizar el sujeto de manera efectiva como por el volumen de capital que tengan acumulado –sea económico, cultural o simbólico– los sujetos con los que se tiene una relación. Sin embargo, estas relaciones requieren de un esfuerzo por parte del sujeto para mantenerlas vigentes, pues

En la práctica, las relaciones de capital social sólo pueden existir sobre la base de relaciones de intercambio materiales y/o simbólicas, y contribuyen además a su mantenimiento. Pueden asimismo ser institucionalizadas y garantizadas socialmente, ya sea mediante la adopción de un nombre común, que indique la pertenencia a una

familia, una clase, un clan o incluso a un colegio, un partido, etc. (Bourdieu, 2001: 149).

Así, la composición y volumen de capital que tengan los sujetos, siempre con respecto a otros, los ubica en una posición dentro del espacio social, otorgándoles de esta manera un peso relativo y determinando sus posibilidades de ser y hacer dentro de la sociedad, pero también, y al mismo tiempo, les permite incorporar una serie de esquemas de percepción, valoración y acción a los que este autor denomina como *habitus*, los cuales, al igual que “las posiciones de las que son producto”, se diferencian entre sí, y son, al mismo tiempo, diferenciadores (Bourdieu, 2007: 19). Al respecto escribe que

Los *habitus* son principios generadores de prácticas distintas y distintivas (...); pero también son esquemas clasificatorios, principios de clasificación, principios de visión y de división, aficiones, diferentes. Establecen diferencias entre lo que es bueno y lo que es malo, entre lo que está bien y lo que está mal, entre lo que es distinguido y lo que es vulgar, etc., pero no son las mismas diferencias para unos y otros (Bourdieu, 2007: 20).

De esta forma, puede decirse que el *habitus*, construido desde una posición social determinada, influye también en el gusto que desarrollan los sujetos, y por tanto en las prácticas y los bienes que se derivan de éste, ya que funciona como un “sentido de la orientación social”, el cual, al ser construido socialmente, permite que exista una “correspondencia entre los bienes y los grupos” (Bourdieu, 2003: 477-478). Pero además, los gustos no sólo se construyen respecto a los grupos de pertenencia y de los capitales y el *habitus* que se tenga, sino en relación –o en contraste– a los otros grupos con quienes se cree necesario establecer una distinción. En ese sentido, “los gustos (esto es, las preferencias manifestadas) son la afirmación práctica de una diferencia inevitable” (Bourdieu, 2003: 53).

Pero si bien los capitales permiten ubicar al sujeto en una posición determinada dentro del espacio social, esto no significa que automáticamente se pueda hablar de clases sociales, pues para Bourdieu éstas no existen en la realidad, sino que son una construcción que realiza el investigador con fines analíticos.

Sobre la base del conocimiento del espacio de las posiciones podemos recortar *clases* en el sentido lógico del término, es decir, conjuntos de agentes que ocupan posiciones semejantes y que, situados en condiciones semejantes y sometidos a condicionamientos semejantes, tienen todas las probabilidades de tener disposiciones e intereses semejantes y de producir, por lo tanto, prácticas y tomas de posición semejantes” (Bourdieu, 1984: 284).

Así, el espacio social, entendido como un espacio de relaciones entre sujetos que ocupan posiciones distintas y distintivas dentro de ese espacio, se construye a partir del volumen y las características de los capitales con los que estos cuentan, lo cual les permite incorporar una serie de “estructuras estructurantes” –o *habitus*– que, entre otras cosas, ayudan a entender sus gustos, y por tanto los bienes y las prácticas asociados a ellos. Tales características posibilitan la construcción de clases sociales, agrupando a los sujetos que tienen posiciones similares y diferenciándolos de aquellos que no las tienen. En ese sentido, el espacio social, y los elementos que lo componen, ayudan a comprender, en primer lugar, a los sujetos y a sus grupos de interacción, y en segundo lugar, las prácticas que éstos pueden o no realizar en el curso de sus vidas, así como las percepciones y valoraciones que realizan del mundo social en el cual viven.

Territorios y pertenencias

La vida de los sujetos se encuentra vinculada a determinados espacios que al ser apropiados y valorizados, ya sea funcional o simbólicamente, podemos denominar como territorios (Giménez, 2007), los cuales, al ser contruidos a través de la práctica y de la representación –esto es, a partir de un ejercicio de un poder (Raffestin, 2013)–, pueden generar un sentimiento de pertenencia socioterritorial cuando los sujetos se vinculan tanto a ellos como a la colectividad que ahí se asienta a partir de elementos simbólicos y afectivos. Su importancia radica en el hecho de que “las personas necesitan identificarse con un grupo o un territorio específico, a la vez que necesitan sentirse parte de un colectivo y sentirse arraigados en un lugar concreto” (Ortiz Guitart, 2006: 69). Pero si bien el sujeto se vincula y se apropia del espacio a partir de una infinidad de razones, no todo espacio es territorio (Raffestin, 2013) ni todo territorio genera pertenencia socioterritorial.

En lo que respecta al territorio, Haesbaert hace una síntesis de las principales dimensiones que se han abordado para su estudio, independientemente las tradiciones disciplinarias⁹ desde las que se haya trabajado:

- Política: (referida a las relaciones espacio-poder en general) o jurídico-política (relativa también a todas las relaciones espacio-poder institucionalizadas): es la más difundida, en la que el territorio es concebido como un espacio delimitado y controlado, a través del cual se ejerce un determinado poder, la más de las veces –aunque no exclusivamente– asociado con el poder político del Estado.
- Cultural (muchas veces culturalista) o simbólico-cultural: prioriza la dimensión simbólica y más subjetiva, en la que el territorio es visto, sobre todo, como el producto de la apropiación/valoración simbólica de un grupo en relación con su espacio vivido.
- Económica (con frecuencia economicista): menos difundida, destaca la dimensión espacial de las relaciones económicas, el territorio como fuente de recursos o incorporado al conflicto entre clases sociales, y en la relación capital-trabajo como producto de la división ‘territorial’ del trabajo, por ejemplo (Haesbaert, 2011: 35).

Y una última dimensión que menciona este autor es la “naturalista”, la cual consiste en las relaciones que se establecen entre sociedad y naturaleza, esto es, a “lo concerniente al comportamiento ‘natural’ de los hombres en relación con su ambiente físico” (Haesbaert, 2011: 35).¹⁰ Si bien todas estas dimensiones son pertinentes para dar cuenta de la

⁹ Según Haesbaert, para la geografía, el centro de la cuestión estaría tanto en la “materialidad del territorio” como en sus “dimensiones múltiples”; para la antropología, por su parte, la importancia radicaría en su carácter simbólico, mientras que para la psicología social su foco de estudio estaría principalmente en la “construcción de la subjetividad o de la identidad personal”. Por otro lado, “la ciencia política pone el acento en su construcción a partir de relaciones de poder (la mayoría de las veces vinculada a la concepción de Estado); la economía, que prefiere la noción de espacio a la de territorio, con frecuencia lo percibe como un factor locacional o como una de las bases de la producción (en tanto ‘fuerza productiva’) (...); la sociología lo enfoca a partir de su intervención en las relaciones sociales, en sentido amplio” (2011: 33).

¹⁰ Haesbaert (2011) prefiere trabajar con una división distinta para el estudio del territorio, y no con éstas que podríamos catalogar como más tradicionales. Plantea entonces el binomio materialismo-idealismo y el binomio espacio-tiempo. El primero abordaría el estudio del territorio tanto desde una visión “parcial”, donde se resaltaría una dimensión de las ya mencionadas (política, cultural, económica o “natural”), como desde una “perspectiva integradora” que incorpore todas estas dimensiones. El segundo binomio resaltaría, por un lado, “su carácter absoluto o relacional”, que puede o no incluir la dinámica temporal, y que aborda la distinción

construcción del territorio, asumir una(s) u otra(s) dependerá de la problemática que se esté abordando y sobre la cual se quiera dar cuenta. Por ello, para este trabajo resultan particularmente relevantes la política y la cultural, pues tanto la dimensión de poder como la apropiación simbólica son elementos constitutivos de la territorialidad juvenil que se aborda en esta investigación, sobre todo al trabajar con sujetos que pertenecen a pandillas o *barrios*.

En cuanto a la primera dimensión, el poder sería esencial para explicar la constitución del territorio, pues “el poder busca controlar y dominar a los hombres y a las cosas”, de acuerdo con Raffestin –quien basa sus planteamientos sobre el poder desde Foucault–, donde la población, el territorio y los recursos –retomando una triada utilizada en la geografía política– serían elementos fundamentales. La población, porque todo poder tiene su origen en ella, además de que es “el elemento dinámico del que procede la acción”. El territorio, por su parte, porque “es el escenario del poder y el lugar de todas las relaciones, pero sin la población no es sino una potencialidad”, mientras que los recursos “determinan los posibles horizontes de la acción y condicionan los alcances de la misma” (Raffestin, 2013: 80).

Si el poder no se adquiere, sino que se ejerce, la producción territorial tendría en la acción del sujeto, así como en su capacidad de imponerse a otros dentro de un campo social determinado, algunos de sus elementos clave. Esta es una de las razones por las cuales Raffestin considera que el espacio es anterior al territorio, ya que

El espacio está ‘dado’ como una materia prima y antecede cualquier acción. ‘Lugar’ de posibilidad, es la realidad material previa a cualquier conocimiento y a cualquier práctica, de las cuales será objeto a partir del momento en que un actor manifieste una intencionalidad respecto de ese lugar. El territorio, evidentemente, se apoya en el espacio, pero no es el espacio sino una producción a partir de él. Es la producción para todas las relaciones de los recursos y se inscribe en un campo de poder. Producir una representación del espacio es ya una apropiación, un dominio, un control, incluso si permanece dentro de los límites del conocimiento. Cualquier proyecto en el espacio

físico-material y social-histórica, y por otro su “historicidad y geograficidad”, esto es, su generalidad o particularidad como fenómeno.

que se expresa como una representación revela la imagen deseada del territorio como lugar de relaciones (Raffestin, 2013: 174).

El control del territorio se evidencia entonces no sólo a partir de la acción, sino también de la representación, donde entran en juego, como parte de un sistema sémico, tres elementos clave: la distribución de superficies, la implantación de nudos y la construcción de redes (Raffestin, 2013), o en otras palabras, en la capacidad del sujeto para establecer límites o fronteras, en implantar centralidades o puntos sobre el espacio donde se concentra –en términos centrípetos– o desde donde parte –en términos centrífugos– la acción, y en construir rutas, caminos o sendas que conecten estas centralidades entre sí. Esto permite cartografiar los territorios y dar cuenta tanto de su estructura particular como de la distribución jerárquica que establecen en ellos los sujetos.

Por otro lado, en cuanto a la dimensión cultural del territorio, Giménez introduce la noción de “territorios culturales”, los cuales pueden superponerse a otros tipos de territorios, y son resultado de la “apropiación simbólico-expresiva del espacio”, por lo que el territorio puede ser entendido como “un significante denso de significados y un tupido entramado de relaciones simbólicas” (2007: 123).¹¹ Además, para este autor, la relación cultura-territorio implica por lo menos tres dimensiones. La primera hace referencia al territorio como un *espacio de inscripción* de la cultura, por lo que sería una forma de objetivación de la cultura, y por tanto podría entenderse también como un “geosímbolo”, término que recupera de la geografía cultural, y que se define como “un lugar, un itinerario, una extensión o un accidente geográfico que por razones políticas, religiosas y culturales reviste a los ojos de ciertos pueblos o grupos sociales una dimensión simbólica que alimenta y conforta su identidad” (Bonnemaïson, en Giménez, 2007: 126).

Una segunda dimensión implica entender el espacio como un *área de distribución* de instituciones y prácticas culturales localizadas, pero no necesariamente afincadas a un espacio. Y por último, “en una tercera dimensión, el territorio puede ser apropiado subjetivamente como un *objeto de representación y de apego afectivo*, y sobre todo como un *símbolo de pertenencia socio-territorial*. En este caso los sujetos (individuales o colectivos) interiorizan el espacio integrándolo a su propio sistema cultural” (Giménez,

¹¹ Giménez (2007) retoma la noción de cultura de autores como Geertz o Thompson, quienes trabajan desde la “concepción simbólica de la cultura”, entendida como “pautas de significados”.

2007: 126). Así, la primera dimensión permite dar cuenta de la objetivación de la cultura en elementos del entorno, la segunda haría referencia a las prácticas que en este espacio se realizan –lo que no quiere decir que no puedan llevarse a cabo en otros contextos–, mientras que la tercera daría cuenta de la relación afectiva que se establece con el territorio así como con los elementos que lo componen, todo lo cual permite acercarse a la comprensión de la pertenencia socioterritorial.

Sin embargo, conviene aclarar que los sujetos no establecen un único territorio, sino varios, dependiendo del tipo de actividades que éstos realicen, del alcance de las mismas, y de las razones y motivaciones que estén detrás de ellas. Esto nos permitiría hablar de “territorios apilados”, los cuales se clasificarían por orden de magnitud y pensándolos como órdenes superpuestos (Yves Lacoste, en Giménez, 2007), o también de “nichos territoriales”, que para Hoerner (en Giménez, 2007) serían de dos tipos: los territorios próximos o identitarios, y los territorios más vastos. Los primeros se referirían a los espacios vividos (como la casa, el barrio, la ciudad, etc.), y los segundos a los de carácter abstracto (la nación, el continente, el mundo). Para este trabajo serán los primeros, entendidos como territorios de la experiencia, los que resultan relevantes para dar cuenta de la relación del sujeto con su espacio de vida, particularmente con respecto al barrio y con la ciudad.

Por otro lado, si bien esta investigación no aborda propiamente la identidad territorial como eje de estudio, ésta noción se acerca a la de pertenencia socioterritorial, que es sobre la cual se articula el presente trabajo. Así, de acuerdo con Giménez, la identidad territorial remitirá siempre, en un primer momento, a la pertenencia socio-territorial, la cual implica “*compartir el complejo simbólico-cultural*” del lugar donde se está. Y apunta que:

...las investigaciones empíricas revelan la importancia de variables tales como la relativa homogeneidad de valores y costumbres locales; la intensidad de los vínculos familiares, amicales y asociativos; y, finalmente, el grado de integración y solidaridad de la colectividad de referencia. Por lo que toca a las motivaciones, éstas son múltiples. Se puede tener el sentimiento de pertenecer a una región sociocultural por nacimiento, por habitación prolongada, por integración social, por radicación generacional, por actividad profesional, etc. (Giménez, 2007: 130).

Pertenecer a una colectividad, incorporar los valores de ésta y asumir roles predeterminados sobre un espacio que se ha constituido a través de la práctica y de la representación –esto es, a partir del ejercicio de un poder– como un territorio, resulta clave en la generación y mantenimiento del sentido de pertenencia. Y es que pertenecer es *sentirse parte de*, o *ser parte de*, por lo que la pertenencia socioterritorial se constituye sobre todo a través de una relación simbólico-afectiva en torno a los sujetos y al territorio, aunque no sobre cualquier territorio ni con cualquier colectividad, sino sólo con aquellos con los que existe una relación más intensa y que de alguna manera resultan claves en la conformación de la identidad del sujeto. Así,

La *pertenencia socio-territorial* designa el status de pertenencia a una colectividad (generalmente de tipo *Gemeinschaft*) caracterizada prevalentemente en sentido territorial, es decir, en el sentido de que la dimensión territorial caracteriza de modo relevante la estructura misma de la colectividad y de los roles asumidos por los actores (Giménez, 2007: 128).

Por otro parte, en las sociedades contemporáneas el territorio ha perdido el “carácter totalizante” que tenía en las sociedades tradicionales, por lo que este tipo de pertenencia se articula con otras de carácter no territorial (Giménez, 2007). Además, podría decirse también que actualmente la vinculación de los sujetos con los territorios sufre distintas problemáticas. Por un lado, está el desarraigo (*placelessness*), que “tiene que ver con la ausencia de significados de los lugares y con la pérdida de autenticidad de éstos” (Ortiz Guitart, 2006: 69), como, por ejemplo, los centros comerciales. Por otro, está la desterritorialización, que para Hiernaux y Lindón, al estudiar a los habitantes de la periferia de la Ciudad de México, “se produce cuando no se construye un vínculo fuerte entre el sujeto y el espacio que habita” (Hiernaux y Lindón, 2004: 83). Pero si bien conviene mencionar estos problemas en torno al territorio, el desarraigo y la desterritorialización son elementos que tienen poco peso en esta investigación.

Así, el territorio es aquella porción del espacio que ha sido apropiado y valorado instrumental y/o simbólicamente por los sujetos (Giménez, 2007) a partir de la acción y la representación –entendidas como manifestaciones de un poder– tanto sobre el espacio como sobre los elementos que lo conforman –sujetos y recursos– (Rafesstin), en el cual

puede objetivarse la cultura en elementos del entorno, así como en las prácticas que ahí se realizan, y con el cual puede establecerse una vinculación afectiva (Giménez, 2007), que cuando es lo suficientemente fuerte en la conformación de la identidad del sujeto, genera un sentido de pertenencia socioterritorial, esto es, una vinculación simbólica y afectiva tanto al espacio apropiado como a los sujetos que en él se asientan.

Jóvenes, prácticas y percepciones

Los jóvenes como sujetos de estudio

A los sujetos podemos clasificarlos a partir de una variedad de criterios, como la edad, el género, las prácticas, el nivel socioeconómico, la formación profesional, el lugar de residencia, entre otros tantos, los cuales no necesariamente son excluyentes entre sí. Sin embargo, está claro que la clasificación que realicemos, de carácter heurístico, deberá estar siempre en consonancia con nuestro problema de investigación. Es por ello que para este trabajo los jóvenes, entendidos como una categoría histórica, contextual y relacional, se adivinan como actores clave, ya que, entre otras cosas, “la estrecha relación entre los jóvenes y el espacio urbano conforma una de las vetas más ricas en los estudios de la ciudad moderna y contemporánea así como en los de la juventud” (Urteaga, 2011: 183), lo cual es en parte resultado del tiempo libre y las pocas responsabilidades que éstos tienen – en el mejor de los casos–, que les permiten una mayor visibilidad en el espacio urbano a través de sus prácticas.

Sin embargo, hablar de jóvenes es hablar de un segmento de la población que no puede ser única y exclusivamente definido a partir de la edad, pues además de terminar siendo una clasificación arbitraria (Pérez Islas, 2010), por sí sola “es insuficiente y deja demasiados problemas sin resolver” (García Canclini, 2010: 431). En ese sentido, hablar de jóvenes –como sujetos concretos– y de juventud –como una etapa específica del curso de vida–, implica hablar de categorías que son históricas y contextuales¹², y por tanto

¹² Al respecto, se recomienda el siguiente texto: Feixa, Carles (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona, España: Ariel. Y para el caso concreto de México, sobre la emergencia y evolución de los jóvenes como actores sociales, este otro: Urteaga, Maritza (2004). 2. *Imágenes juveniles del México moderno*, en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga (coordinadores), *Historias de los jóvenes en México*. Su presencia en

particulares y situadas, por lo que están lejos de contar con una validez universal, ya que “la juventud no tiene la misma duración en el campo que en la ciudad, en las clases altas que en los sectores marginados, en las sociedades modernas que en las tradicionales, incluso en ambos géneros” (Brito, 1998: 3). Puede decirse entonces que

La juventud alude a construcciones heterogéneas, históricamente significadas dentro de ámbitos relacionales y situacionales. Ubicar la condición histórica de los estilos de vida y praxis juveniles supone reconocer su diversidad y transformación en el tiempo; por ello, la conceptualización de las juventudes requiere reconocer su condición diacrónica y polisémica (Valenzuela, 2010: 327).

Para superar el reduccionismo de la edad, algunos autores han intentado enmarcar este periodo entre un proceso biológico y otro social, pues “el biológico sirve para establecer su diferenciación con el niño y, el social, su diferenciación con el adulto” (Brito, 1998: 3), o, planteado de otra forma, la “juventud sería el lapso que media entre la madurez física y la madurez social” (Margulis y Urresti, 2008: 5). Pero si bien los procesos biológicos como indicadores de la transición entre la niñez y la juventud pudieran parecer limitados desde una perspectiva sociocultural, estos no deben ser vistos de manera aislada, pues ciertamente “la biología determina tiempos y ritmos que inciden en cada género en lo que atañe a su maduración, posibilidades, disposiciones y deseos, y ello es procesado por la cultura que interactúa con la biología y va condicionando los ámbitos y modalidades de acción y de expresión” (Margulis y Urresti, 2008: 11-12).

Pero dejando de lado los marcadores biológicos e incluso psicobiológicos, sin desconocer su importancia en la conformación del sujeto, la juventud está asociada a una serie de expectativas, construidas tanto por la sociedad como por los grupos de pertenencia, en las que se espera que ocurran ciertos eventos, se asuman ciertos roles y se experimenten ciertos procesos dentro de determinados marcos temporales asociados con la edad (Saraví, 2009), expectativas que, por otro lado, no pueden separarse de algunas variables como el género, la clase social, la etnia o la religión (Urteaga, 2010; Saraví, 2009). Impuestas de alguna forma desde los “imaginarios sociales dominantes” (Valenzuela, 2008: 39), algunas

el siglo XX (33-89). México: Secretaría de Educación Pública / Instituto Mexicano de la Juventud / Archivo General de la Nación.

de estas expectativas han terminado por asociar la juventud con el estudio así como con la postergación de algunas responsabilidades sociales vinculadas con la adultez, lo que lleva a plantear la existencia de una moratoria social.

La moratoria social alude a que, con la modernidad, grupos crecientes, que pertenecen por lo común a sectores sociales medios y altos, postergan la edad del matrimonio y de procreación y durante un periodo cada vez más prolongado, tienen la oportunidad de estudiar y de avanzar en su capacitación en instituciones de enseñanza que, simultáneamente, se expanden en la sociedad (Margulis y Urresti, 2008: 5).

Esta idea de moratoria social se inscribe en una visión muy extendida en la cual se entiende la juventud como un proceso transitivo hacia la adultez, que si bien permite asociar un tiempo cronológico con uno social –esto es, relacionar la edad de los sujetos con ciertas expectativas sociales–, tiene la desventaja de pasar por alto las diferentes formas en las que se presentan dichas transiciones (Saraví, 2009: 39). Es por ello que esta idea de la “juventud como transición” debe ir acompañada de la “juventud como experiencia”, ya que permite entender que “la transición a la adultez se experimenta diferencialmente, y está sujeta a los procesos de desigualdad social que imperan en la sociedad” (Saraví, 2009: 39). Resulta importante reconocer entonces que la forma en cómo se entiende y conceptualiza la juventud no puede separarse de “las características fundamentales de la clase social de pertenencia” (Valenzuela, 2008: 38).

En ese sentido, si bien es cierto que la estructura de las relaciones intergeneracionales que se presenta en la sociedad permite que particularmente los jóvenes de clases medias y altas gocen de mayor tiempo y oportunidades para continuar con su proceso formativo, a la vez que les permite retrasar la asunción de responsabilidades asociadas con la adultez, esto no necesariamente es así para los jóvenes de las clases populares, quienes suelen abandonar sus estudios de manera prematura para integrarse al mundo del trabajo, lo cual no significa que dejen de ser jóvenes, ya que eso “depende de la pertenencia generacional en el marco de las instituciones” (Margulis y Urresti, 2008: 3), como pueden ser la familia o las relacionadas en el trabajo, donde se presentan tanto segmentaciones jerárquicas como roles diferenciados por grupos de edad.

Otro problema que acompaña esta idea de moratoria social, asociada con la de transición, es el hecho de que pareciera postergar “el presente de los jóvenes sustituyéndolo por el vivir para el futuro adulto” (Urteaga, 2011: 143), ya que esto invisibiliza sus propias expectativas, vivencias e intereses. Ante ello, resulta conveniente que también se estudie “la juventud, las relaciones sociales y las culturas de los jóvenes (...) *en sus propios términos*” (Urteaga, 2010: 18-19), esto es, desde los mismos jóvenes, desde sus propias concepciones y desde sus propias prácticas, pues la juventud se caracteriza sobre todo, más allá de las prescripciones sociales que sobre ella pesan, por tener “una *praxis diferenciada*” (Brito, 1998: 7), donde se refleja “una manera particular de estar en la vida: potencialidades, aspiraciones, requisitos, modalidades éticas y estéticas, lenguajes” (Margulis y Urresti, 2008: 4), a través de las cuales los jóvenes conforman su identidad.

Así, para dar cuenta de las tensiones que surgen entre las prescripciones sociales y los intereses de los propios jóvenes, se puede hacer uso de la categoría de “condición juvenil”, la cual permite observar “de un lado, el orden y los discursos prescriptivos a través de los cuales la sociedad define lo que es ‘ser joven’ y, de otro, los dispositivos de apropiación o resistencia con que los jóvenes encaran estos discursos u órdenes sociales” (Reguillo, 2010: 402), lo que nos lleva a reconocer que “su significación se da en términos políticos, ya que en última instancia, la juventud es un producto de relaciones de poder entre las generaciones” (Brito, 1998: 4), por lo que las “representaciones dominantes”, producto de las “interacciones sociales”, se dan siempre en un marco de “disputa” (Valenzuela, 2008: 39).

Puede decirse entonces que la juventud, como categoría social, es una construcción histórica, pues se produce y transforma en el tiempo; es contextual, pues no puede ser separada de las realidades concretas que le dan forma y contenido; es relacional, pues cobra sentido al inscribirse en las interacciones intergeneracionales; es también, al mismo tiempo, un escenario de disputa, pues oscila entre las prescripciones sociales y los intereses propios de los sujetos que la viven. Pero además es una categoría que puede ser entendida como una etapa de transición en el desarrollo social del sujeto, por lo cual se le asocia con una serie de expectativas –o prescripciones– relacionadas con la edad, mismas que son experimentadas de manera diferenciada por los jóvenes como resultado de las desigualdades que caracterizan a la sociedad, todo lo cual crea un espacio que constriñe y habilita distintas

formas de ser joven, y que se ve reflejado, entre otros aspectos, en sus prácticas – particularmente las de ocio–, las cuales tienen en el espacio urbano un lugar privilegiado para su realización.

Las prácticas (de ocio)

Las prácticas que realizan los sujetos en su vida cotidiana están determinadas en gran medida por los roles que estos cumplen como parte de su edad, género y condición de clase. Pero si bien algunas de estas prácticas son en cierta forma obligatorias –para responder a las presiones del grupo social de pertenencia o de la sociedad de la cual se forma parte–, otras dependen más de la voluntad e interés del sujeto para llevarse a cabo, como las de ocio, lo que no quiere decir que no estén exentas, aunque en menor medida, de este tipo de presiones de orden social. Esta relativa autonomía que se tiene en cuanto a dónde, cuándo y qué hacer dentro del tiempo libre permite, para Feixa, la creación de cronotopos, esto es, de tiempos y lugares que se convierte en significativos tanto para una generación como para el sujeto individual, además de que “la evolución de espacios de ocio traduce determinados ritmos temporales, expresión del cambio histórico” (2000: 51), lo que permite problematizar el tipo de sociedad en la cual vivimos. Y es que en cierta forma los jóvenes buscan en la temporalidad y espacialidad y especificidad de sus prácticas diferenciarse del mundo adulto, y si bien esta búsqueda no está exenta de tensiones, es a través de ella como van conformando una identidad (Urteaga, 2011: 188).

Para la teoría de la estructuración, lo que las ciencias sociales deben de estudiar primariamente “no es ni la vivencia del actor individual ni la existencia de alguna forma de totalidad societaria, sino prácticas sociales ordenadas en un espacio y un tiempo” (Giddens, 2006: 40). En torno a las prácticas, este autor distingue entre actuar¹³ y acción. La primera implicaría la capacidad de hacer cosas, mientras que la segunda la entiende como un proceso continuo en donde el registro reflexivo de los sujetos sería central para tener un control sobre el cuerpo en el marco de la vida cotidiana. Y agrega que “una acción nace de la aptitud del individuo para ‘producir una diferencia’, en un estado de cosas o cursos de sucesos preexistentes. Un agente deja de ser tal si pierde la aptitud de producir una diferencia, o sea, de ejercer alguna clase de poder” (Giddens, 2006: 51).

¹³ He tomado la decisión de utilizar “actuar” en vez de “obrar”, que es como aparece en la traducción de Amorrotu, porque a mi parecer se ajusta más al sentido original del texto.

En cuanto a las estructuras sociales que dan forma al mundo social, éstas no existen de manera independiente a los agentes sociales ni viceversa. En ese sentido, no se puede hablar de dualismo, sino de “dualidad” de la estructura.

Con arreglo a la noción de la dualidad de la estructura, las propiedades estructurales de sistemas sociales son tanto un medio como un resultado de las prácticas que ellas organizan de manera recursiva. Estructura no es ‘externa’ a los individuos en tanto huellas mnémicas, y en tanto ejemplificada en prácticas sociales, es en cierto aspecto más ‘interna’ que exterior, en un sentido durkheimiano, a las actividades de ellos. Estructura no se debe asimilar a constreñimiento, sino que es a la vez constrictiva y habilitante (Giddens, 2006: 61).

Si la estructura no es algo externo al sujeto y por tanto no existe independientemente de él, entonces puede decirse que la estructura es un “orden virtual”, según Giddens, en donde los sistemas sociales, producto de prácticas sociales reproducidas, “no tienen ‘estructuras’ sino que más bien presentan ‘propiedades estructurales, y que una estructura existe, como presencia espacio-temporal, sólo en sus actualizaciones en esas prácticas y como huellas mnémicas que orientan la conducta de agentes humanos entendidos” (Giddens, 2006: 54).

Relevante resulta también pensar en las categorías de “tácticas” y “estrategias” que esboza Michel de Certeau para el estudio de las prácticas. En ese sentido, si pensamos que la ciudad configura un orden, podemos pensarla entonces en términos de estrategia, pues ésta “postula *un lugar* susceptible de ser circunscrito como *algo propio* y de ser la base donde administrar las relaciones con *una exterioridad* de metas o amenazas” (2007: 42). Así, la ciudad se configura como un lugar a partir de la mano del Estado, de los poderes públicos, de los capitales privados del sector inmobiliario, que se ve reflejado en un orden particular con el que los más débiles –nuestros jóvenes sujetos de la vida cotidiana– tienen que lidiar. La táctica, por su parte, a la que de Certeau denomina como el “arte del débil”, sería “la acción calculada que determina la ausencia de un lugar propio (...). La táctica no tiene más lugar que el del otro. Además, debe actuar con el terreno que le impone y organiza la ley de una fuerza extraña” (2007: 43). La táctica, al carecer de lugar, utiliza a su favor los resquicios del tiempo.

Hasta aquí tenemos entonces elementos teóricos que nos permiten entender las prácticas sociales desde una perspectiva particular. Sin embargo, hay un tipo de prácticas que considero centrales para esta investigación y son las de ocio, pues, por un lado, “el ocio es un fenómeno que, a partir de sus peculiaridades, también nos permite pensar sobre nuestra sociedad y reflexionar sobre cuestiones más amplias, pues está estrechamente vinculado a los demás planos de la vida social” (Elizalde, 2010: 453), y por el otro, se presenta como un lugar privilegiado para observar tanto las prácticas diferenciadas que caracterizarían a la juventud, como la forma en que se apropian de ciertos lugares en el espacio urbano.

Este concepto suele asociarse a otros como tiempo libre y recreación sin que sean lo mismo. Para Elizalde, el tiempo libre hace referencia al tiempo en el que se está fuera del trabajo, pero estar fuera del trabajo no implica no tener otro tipo de obligaciones, responsabilidades y prácticas que no necesariamente tienen que ver con el ocio. Sin embargo, para Rodríguez y Agulló (1999) el tiempo libre no implicaría necesariamente todo el tiempo que se tiene al no estar trabajando ni estudiando, pues estos autores descartan también la satisfacción de las necesidades básicas como comer o dormir, los trabajos domésticos y las obligaciones familiares y religiosas.

Ahora, el hecho de que se usen los términos de recreación y tiempo libre en vez del de ocio se debe posiblemente a que este último suele tener una connotación negativa, pues se le asocia con términos como ociosidad, pereza y hacer nada (Elizalde, 2010: 453), así como con “el aburrimiento, el vicio y la destrucción” (Cuenca, 2000: 16); pero además de esto, a que el de recreación en particular se suele asociar con lo recomendable.

Desde este punto de vista postulo que la recreación fue ideada, en la modernidad, como una herramienta para el mantenimiento del orden social, al ser tratada como un instrumento para la educación moral, con lo que se buscó higienizar y lograr así la profilaxis y eugenesia social. Desde esta perspectiva la recreación podría ser entendida como un dispositivo de control social del tiempo libre, esto es un dispositivo de control sociopolítico (Elizalde, 2010: 442).

La importancia del ocio en las sociedades contemporáneas radica en el hecho de que es visto como “un atributo de la vida de la persona, un espacio vital que la ayuda a realizarse”

(Cuenca, 2000: 16). Pero, ¿cómo definirlo? Rodríguez y Agulló nos dan una pista, al plantear que

...el ocio será, dentro del tiempo libre, aquel tiempo 1) conformado por las actividades libremente elegidas según las preferencias de cada individuo; 2) un tiempo caracterizado por la libre elección y realización de actividades que satisfagan necesidades personales; y 3) un tiempo cuya finalidad sea el descanso, la diversión, la creación o el desarrollo del sujeto (Rodríguez y Agulló, 1999: 249).

En ese sentido, el ocio es un espacio estratégico en la conformación del sujeto, pues es ahí en donde construiría y reafirmaría una identidad –a partir de su capacidad de agencia– más allá de las constricciones estructurales a las cuales está sometido a partir de ocupar un espacio dentro del entramado social. Sin embargo, estas constricciones estructurales sí tienen un peso, pues “las actividades de ocio dependen de la libre elección personal de cada uno, pero también de las oportunidades para poder realizarlas” (Cuenca, 2000: 38). Podemos suponer que las posibilidades de realizar o no determinadas actividades dependen de los capitales con que cuentan los sujetos, pero también de las dimensiones espaciales de la ciudad, de la forma en cómo se percibe y valora esta última, y del tiempo del que se dispone.

Percepciones –y valoraciones– del espacio urbano

El sujeto entra en contacto con el espacio –y, por ende, con la ciudad– a través de su cuerpo, lo percibe por medio de sus sentidos y lo interpreta y valora a partir de sus propias experiencias, pero sobre todo desde los marcos culturales que éste tiene, los cuales incluso dan forma y contenido a dichas experiencias. Pero además de la experiencia directa, los sujetos también conocen, perciben e interpretan el espacio de manera indirecta o mediada, a partir de las informaciones que reciben por parte de quienes conforman su capital social o a través de los medios de comunicación. Pero si bien estas dos dimensiones se interrelacionan, y por tanto es necesario estudiar ambas para tener una comprensión global del fenómeno, la experiencia corporal del sujeto es central en la relación que establece con el espacio, pues “la experiencia humana, más allá del rostro insólito que adopte, está

basada, por completo, en lo que el cuerpo realiza. El hombre habita corporalmente el espacio y el tiempo de la vida” (Le Breton, 2002: 100).

Es entonces que a través del cuerpo el sujeto recibe una serie de estímulos sensoriales a partir de los cuales se orienta, principalmente imágenes y sonidos, pues estos son los sentidos que más acaparan el campo perceptivo. Sin embargo, y siguiendo con Le Breton, es imposible “tener una conciencia exhaustiva de los *stimuli* que lo atraviesan. Si no, la vida sería imposible” (2002: 99).

En la vida urbana, la mirada es la que ha terminado por imponerse como el sentido hegemónico, dejando a los demás sentidos en un segundo plano, según Le Breton. Sin embargo, e independientemente de los sentidos que se pongan en juego en la vida cotidiana, estos también se interpretan y valoran, como comentaba hace un momento, por lo que “la información que los sentidos perciben es, por lo tanto, también connotativa” (Le Breton, 2002: 100). En ese sentido, se puede afirmar que en un primer momento la percepción del individuo está condicionada por sus facultades biológicas, pero en un segundo momento, al estar el sujeto dotado de una memoria, “esta información recibe una significación y un valor en relación con la personalidad profunda y el medio cultural, social y económico” (Bailly, 1978: 42) en el cual el sujeto se desenvuelve.

Así, tanto la experiencia corporal como los esquemas culturales que modelan las percepciones y representaciones, entran en juego en la relación del sujeto con su espacio, y un resultado de esto es la creación, a través de la capacidad de interpretar las percepciones, de “paisajes”. Para Milton Santos,

El paisaje se da como un conjunto de objetos reales-concretos. En ese sentido, el paisaje es transtemporal, juntando objetos pasados y presentes, una construcción transversal. El espacio es siempre un presente, una construcción horizontal, una situación única. Cada paisaje se caracteriza por una determinada distribución de formas-objetos, provistas de un contenido técnico específico. El espacio resulta de la intrusión de la sociedad en esas formas objetos (Santos, 2000: 86-87).

El paisaje estaría entonces conformado por elementos tanto naturales como sociales, pasados y presentes, que coexisten en un momento determinado y que son relativamente estables, por lo que puede entenderse también como un sistema material, según este autor.

Por su parte, Kevin Lynch, quien trabaja con la noción de “imaginabilidad”, plantea que “una ciudad legible sería aquella cuyos distritos, sitios sobresalientes o sendas son identificables fácilmente y se agrupan, también fácilmente, en una pauta global” (1970: 11), lo que permitiría contar con elementos que contribuyan a los recuerdos colectivos. Por imaginabilidad se entiende

esa cualidad de un objeto físico que le da una gran probabilidad de suscitar una imagen vigorosa en cualquier observador de que se trate. Se trata de esa forma, de ese color o de esa distribución que facilita la elaboración de imágenes mentales del medio ambiente que son vívidamente identificadas, poderosamente estructuradas y de suma utilidad. A esto se le podría dar, asimismo, el nombre de *legibilidad*, o quizá el de *visibilidad* en un sentido realizado, cuando no sólo es posible ver los objetos sino que se los presenta aguda e intensamente a los sentidos (Lynch, 1970: 18).

En esta percepción visual del paisaje urbano podrían distinguirse dos tipos de elementos, unos “singulares (los cuales, por su forma, su función o su situación, se desprenden del tejido urbano) y constantes (que, por su repetición, vuelven homogéneo el tejido urbano)”, los cuales estarían en estrecha relación con la experiencia, memoria e imaginación del sujeto (Bailly, 1978: 35). Así, en el estudio realizado por Lynch en algunas ciudades norteamericanas, cinco fueron las imágenes más recurrentes relacionadas con las formas físicas del espacio citadino: sendas, bordes, barrios, nodos, mojones. Las sendas son los circuitos por los que circula el sujeto, y pueden ser calles, senderos, líneas de tránsito, vías de ferrocarril, etc., y es a través de ellas que el sujeto observa a su ciudad. En ese sentido, se podrá decir que las sendas son espacios públicos de circulación. Por su parte, los bordes son elementos lineales que comúnmente marcan el límite entre zonas diferentes, y “pueden ser vallas, más o menos penetrables, que separan una región de otra o bien pueden ser suturas, líneas según las cuales se relacionan y unen dos regiones” (Lynch, 1970: 48).

Los barrios, a los que también les denomina como distritos, son las secciones en las que está estructurada una ciudad, a las cuales puede acceder el sujeto tanto física como mentalmente, “y que son reconocibles como si tuvieran un carácter común que los identifica” (Lynch, 1970: 48). Por su parte, los nodos –o núcleos– serían “los puntos estratégicos de una ciudad”, y pueden ser “confluencias” o “concentraciones cuya

importancia se debe a que son la condensación de determinado uso o carácter físico” (Lynch, 1970: 48). Y por último estarían los “mojones” –a los que podríamos llamar también como hitos–, que son referencias a las que el sujeto no puede acceder, pues son marcas o señales físicas por lo común, a partir de las cuales el sujeto se orienta en la ciudad, como letreros, edificios, árboles, etc.

El cuerpo y las percepciones juegan entonces un papel relevante en la forma como el sujeto entra en contacto con su ciudad, siendo las imágenes mentales un componente central de esta relación, las cuales tienen una base cultural importante. Pero hay más. Alicia Lindón, retomando el trabajo de Yi-Fu Tuan, aborda el estudio de la territorialidad a partir de las categorías de topofilias, topofobias y toponegligencias. Estas categorías permiten saber cuál es el grado de satisfacción o insatisfacción, de agrado o desagrado, que el sujeto experimenta con relación al espacio, lo que al mismo tiempo puede brindar información acerca de los usos que se le dan a este, pues no es lo mismo la vivencia de un espacio si este es agradable a la experiencia o no.

Así, por un lado, la topofilia es “el lazo afectivo entre las personas y el lugar o el ambiente circundante” (Tuan, 2007: 13), así como “la experiencia grata y placentera del lugar, resultante de un estado de consonancia o congruencia cognitiva frente al territorio circundante” (Lindón, 2005: 165). Por su parte, la toponegligencia “es una forma de desarraigo, de falta de pertenencia, de indiferencia por el espacio de vida, sin llegar al rechazo o a la incomodidad” (Lindón, 2005: 167). Y por último, “la topofobia es la relación incómoda que establece un sujeto con su entorno espacial, debida a un estado de disonancia o incongruencia” (Lindón, 2005: 167).

Estudiar las percepciones desde estas lógicas brinda la posibilidad de conocer por un lado los elementos visuales que son *legibles* y significativos para los sujetos para entender y orientarse en la ciudad, y que construirían determinados *paisajes*, en términos de la propuesta de Lynch, y por el otro, las valoraciones subjetivas que se hacen de estos a partir de las *figuras de la territorialidad* que plantea Lindón retomando las ideas de Tuan.

Estrategia metodológica

De la metodología al enfoque metodológico

Planteados los conceptos que guían esta investigación, toca ahora reflexionar acerca de cómo se aprehendió un fragmento de la realidad que nos ha llevado a contestarnos la pregunta rectora de este trabajo. De entrada podemos decir que la metodología “designa el modo en que enfocamos los problemas y buscamos las respuestas. En las ciencias sociales se aplica a la manera de realizar la investigación” (Taylor y Bogdan, 1996: 15). O también podemos definir a la metodología como “el proceso de transformación de la realidad en datos aprehensibles y cognoscibles, que buscan volver inteligible un objeto de estudio” (Reguillo, 2003: 22). Sin embargo, es necesario aclarar que las definiciones –y alcances– de lo que significa el término metodología son múltiples y variadas. Para Chávez Arellano,

...a la metodología le interesa conocer los procedimientos específicos que se siguen en el trabajo de indagación, el papel de la teoría o de los conceptos que permiten explicar o interpretar la información obtenida mediante los instrumentos requeridos en la indagación de campo, entre otras cosas (2004: 45).

Sin embargo, esta autora también argumenta que la metodología, por su traducción del inglés, suele entenderse como “un camino, una serie de pasos, un procedimiento o estrategia previamente elaborada y diseñada con todo detalle para la consecución de una meta específica en la empresa investigativa, es decir, se entiende como sinónimo de método” (2004: 45). Particularmente, este apartado tiene la intención de irse construyendo en la lógica de la primera acepción que hemos mencionado de Chávez Arellano, en el sentido de conocer cómo a partir de determinados conceptos e instrumentos de recolección generamos conocimiento.

Planteo nuevamente la pregunta que orienta este trabajo, para de ahí esbozar algunas características del diseño de la investigación y del referente empírico, y formular así la estrategia metodológica que se siguió:

- ¿Cuál es el papel de las prácticas de ocio y de las percepciones socioespaciales en la construcción de pertenencias socioterritoriales en jóvenes de la zona metropolitana de Guadalajara?

A partir de ello, se desprende la siguiente hipótesis de trabajo:

- Las percepciones socioespaciales que tengan los sujetos, producto de la posición que ocupen en el espacio social como de la ubicación que tengan sus viviendas en el espacio urbano, influirán tanto en las prácticas que estos realicen, ya sea alentándolas –si estas son positivas– o desalentándolas –si estas son negativas– así como en la construcción de sus pertenencias socioterritoriales.

Si el eje de la pregunta es la relación que establecen los sujetos con el espacio urbano a partir de sus prácticas –centradas en las de ocio–, y de sus percepciones desarrolladas en el transcurso de su vida cotidiana, todo ello con la intención de conocer los elementos que entran en juego en la conformación de las pertenencias territoriales, se puede plantear entonces que el enfoque más conveniente para la investigación es el fenomenológico, pues a final de cuentas lo que se quiere conocer es la experiencia del sujeto con relación al espacio *desde* el sujeto. En ese sentido, “el fenomenólogo quiere *entender* los fenómenos sociales desde la propia perspectiva del actor. Examina el modo en que se experimenta el mundo. La realidad que importa es lo que las personas perciben como importante” (Taylor y Bogdan, 1996: 16). Apps, partiendo de las aportaciones de Spiegelberg, identifica seis fases de este enfoque: “1) descripción del fenómeno, 2) búsqueda de múltiples perspectivas, 3) búsqueda de la esencia y la estructura, 4) constitución de la significación, 5) suspensión del enjuiciamiento, y 6) interpretación del fenómeno” (en Rodríguez, Gil y García, 1999: 42).

Si bien la investigación tiene un marcado carácter fenomenológico, la utilización de otros enfoques no se descartó, pues a mi parecer pueden ser complementarios. Por tanto, otro enfoque que se utiliza en este trabajo es el etnográfico. Para Rosana Guber, la etnografía tendría una triple acepción, como enfoque, método y texto. “Como enfoque la etnografía es una concepción y práctica de conocimiento que busca comprender los

fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros (entendidos como ‘actores’, ‘agentes’ o ‘sujetos sociales’))” (2001: 12-13) y se caracteriza sobre todo por la descripción (Runciman, en Guber, 2001). Como método implica “el conjunto de actividades que se suele designar como ‘trabajo de campo’, y cuyo resultado se emplea como evidencia para la descripción” (Guber, 2001: 16), y dos son las técnicas utilizadas principalmente: la observación participante y las entrevistas no dirigidas. Y finalmente como texto se refiere al documento en el que se presentan los principales hallazgos de la investigación.

En ese sentido, este trabajo cuenta con la centralidad del sujeto, y de hecho, en algunos casos, éste forma parte activa de la investigación. Puede decirse entonces que este trabajo tiene un enfoque fundamentalmente cualitativo, el cual tiene algunas de las siguientes características, según Ruiz Olabuénaga (1999: 25-26):

- a) el énfasis en estudiar los fenómenos sociales en el propio entorno natural en el que ocurren,
- b) la primacía de los aspectos subjetivos de la conducta humana sobre las características objetivas,
- c) la exploración del significado del actor,
- d) la predilección por la observación y la entrevista abierta (enfocada, en profundidad,...) como herramientas de exploración, y, finalmente,
- e) el uso del lenguaje simbólico (...) más bien que el de los signos numéricos (la estadística).

Además de que las ciencias sociales en general, más allá del enfoque que se adopte,

...observan tres niveles de comprensión: el nivel primario o ‘reporte’ es lo que se informa que ha ocurrido (el ‘qué’); la ‘explicación’ o comprensión secundaria alude a sus causas (el ‘por qué’); y la ‘descripción’ o comprensión terciaria se ocupa de lo que ocurrió para sus agentes (el ‘cómo es’ para ellos) (Guber, 2001: 13).

Los referentes empíricos y el diseño de la investigación

Para dar respuesta a la pregunta de investigación se decidió seleccionar a los referentes empíricos a partir de dos criterios básicos. Por un lado, que los sujetos fueran hombres y

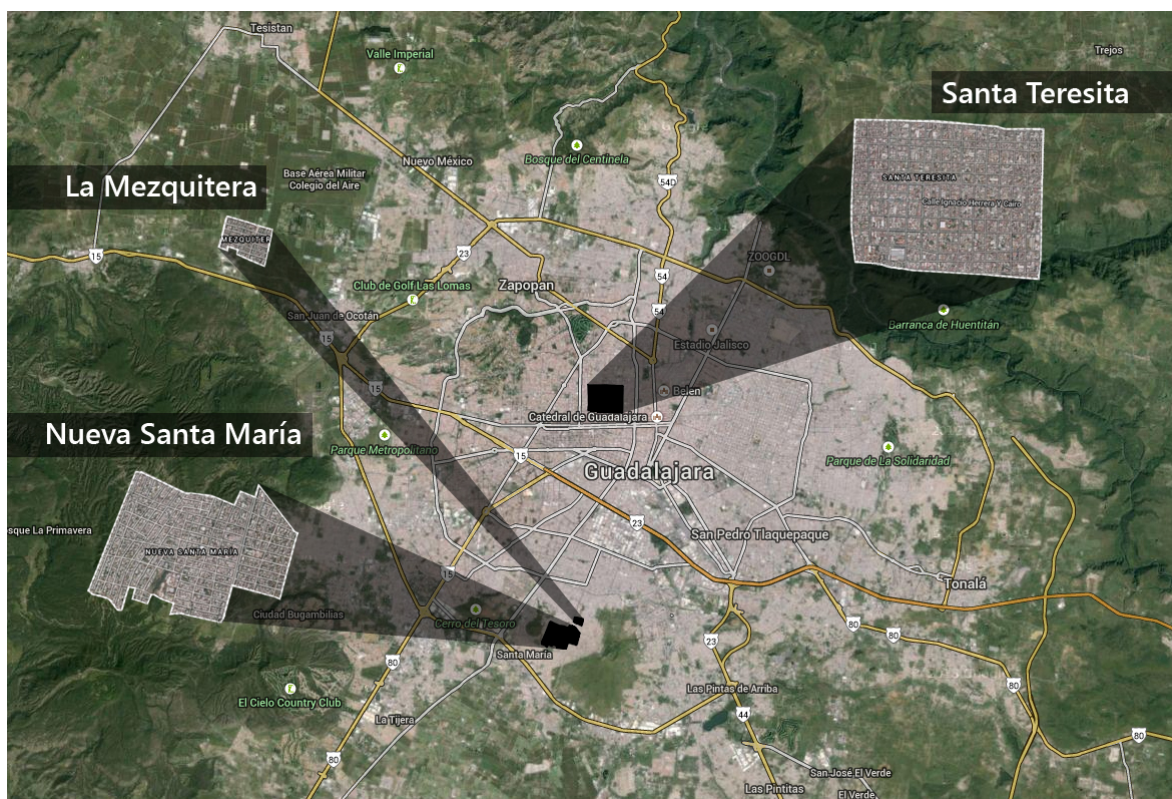
mujeres jóvenes, esto es, que estuviesen dentro de un rango de edad entre los 12 y los 29 años,¹⁴ que no tuviesen responsabilidades sociales fuertes –como estar casados o con hijos–, y que de alguna forma aún dependieran del núcleo familiar en algún sentido –por vivir con los padres o que dependieran económicamente aún de ellos en cierto grado–. Y si bien en la realidad no siempre es posible que se cumplan en su totalidad estos criterios, son una guía que permiten tener cierto control de la población que se quiere estudiar.

El otro criterio de selección era que vivieran en ciertas colonias de la zona metropolitana de Guadalajara, tanto para ubicarlos dentro del espacio urbano como dentro de un espacio social, sobre todo porque una de las hipótesis de este trabajo es que el lugar donde se vive es determinante para el tipo de relación que se puede establecer con el resto de la mancha urbana, tanto por su ubicación geográfica como por las características socioeconómicas y socioculturales de sus habitantes. Para ello, se tomaron como puntos de referencia dos colonias ubicadas en el Cerro del Cuatro, como son la Nueva Santa María y La Mezquitera, pero al ser éstas muy similares entre sí, y para tener elementos de contraste que permitieran dimensionar los hallazgos, se seleccionó una colonia más para este estudio, que fue Santa Tere, sobre todo por su ubicación céntrica con respecto a las otras colonias.

Este trabajo, conviene reiterar, no es un estudio comparativo, pues fundamentalmente está centrado en las prácticas y percepciones de los jóvenes que viven en este par de colonias ubicadas en el cerro, particularmente en La Mezquitera, que fue donde se hizo un trabajo de campo con mayor profundidad. El caso de Santa Tere se tuvo en cuenta, como acabo de mencionar, fundamentalmente para tener elementos de contraste de la experiencia urbana que viven los jóvenes.

Los espacios en los que se trabajó quedan ilustrados en el siguiente mapa, mientras que inmediatamente después presento un par de tablas con la información de los entrevistados por colonia, distinguiendo entre quienes viven en el Cerro del Cuatro y los que viven en Santa Tere.

¹⁴ Que es la edad que maneja el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJUVE, 2010) para definir a la población joven en México. Sin embargo, la edad por sí sola no es un criterio lo suficientemente sólido para definir un sector poblacional que es muy heterogéneo, por lo que se toman en cuenta también otros factores.



Lugares de estudio, elaborado a partir de Google Maps por Andrea Kratzer.

Tabla 1. Entrevistados Cerro del Cuatro							
	Nombre	Zona	Edad	Escolaridad	Ocupación	Técnicas	Otros
1	Elba	MEZ	S/D	¿?	Centro comunitario	Entrevista semiestructurada profundidad	Informante clave. Ha sido una de las luchadoras sociales más visibles de su colonia, y tiene a su cargo el Centro Comunitario.
2	Mónica	MEZ	28	Licenciatura en psicología (ITESO)	Dueña de un café ubicado en La Mezquitera.	Entrevista semiestructurada profundidad	Informante clave. Ha trabajado con jóvenes del barrio, pero aparentemente desde una lógica más religiosa.
3	Jaime	NSM / FIM	20-21	Secundaria (tercero)	Albañil (principal), mecánico, vendedor en tienda de pollos...	Entrevista semiestructurada profundidad	Nació en Nayarit, pero desde muy pequeño llegó a vivir a la FIM. Desde hace un par de años, y debido a problemas con su padre, vive en la NSM. Cuando era más joven formó parte de alguna pandilla y consumió drogas, e incluso alguna vez recibió un disparo en la pierna. Su madre murió y eso fue un golpe fuerte para él, así que decidió dejar todo y ahora pertenece a un grupo religioso llamado "Emanuel", vinculado a la iglesia de la NSM:

4	Lauro	NSM	19	Secundaria (terminada)	Instala pasto sintético	Entrevista semiestructurada a profundidad	Su madre murió hace un año y es algo que lo atormentaba todavía al momento en que lo entrevisté. Igual se vincula con la iglesia de la NSM, pero al parecer su participación es más discreta.
5	Berna	NSM	20	Escuela técnica en Bellas artes (incompleta)	Pintor de cuadros, carpintero, trabajador de serigrafía, profesor de pintura y dibujo a niños del cerro	Entrevista semiestructurada a profundidad	No encontraba su espacio en el cerro, sobre todo por sus gustos y su estilo de vida que él consideraba como punk.
6	Alma	NSM	16	Preparatoria (en curso)	N/A	Entrevista colectiva	Estas chicas llegaron al "ombbligo" en La Mezquitera por Rigo. Iban en uniforme escolar y aceptaron que les hiciera la entrevista, aunque no todas participaron por igual. Una que se negó a participar en un principio terminó contestando varias preguntas, y otra que aceptó a la primera se fue al poco de iniciada la entrevista a platicar a otra parte.
7	Bety	NSM	17	Preparatoria (en curso)	N/A	Entrevista colectiva	
8	Norma	NSM	16-17	Preparatoria (en curso)	N/A	Entrevista colectiva	
9	Ernesto	MEZ	19-20	Secundaria (tercero)	Albañil, soldador, mesero, "cocinero" para el cártel...	Entrevista semiestructurada / Entrevista colectiva / Entrevista etnográfica / Entrevista con <i>Google maps</i> / Recorridos cerro / Visita al centro (casa) / Videos cantando rap / Charlas informales	Ernesto y Pedro son hermanos, y a su vez son primos de Luis. Viven todos juntos, y estos dos hermanos fueron clave en la investigación por su disponibilidad y porque tenían siempre tiempo. Ernesto me hizo un recorrido por el cerro, unos mapas, tomó el curso de foto que impartí, fue a mi casa a arreglar una fuga, me invitó a comer, canta rap y participó algunos videos, etc.
10	Pedro	MEZ	18	Secundaria (segundo)	Albañil	Entrevistas colectivas (2) / entrevista a profundidad con <i>Google maps</i> (2) / Charlas informales.	"Yo soy muy violento" era una de las frases que usaba cuando empezaba a contar sus anécdotas de enfrentamientos, tanto individuales como junto a los de su <i>barrio</i> . Sin embargo, era un tipo siempre dispuesto a la charla. Contra su persona pesa una demanda, aparentemente por una riña en la que se vio involucrado donde "le clavaron unos fierros" a un tipo de un barrio rival, que también está en La Mezquitera. Hermano de Ernesto.

11	Rigo	MEZ	20	Secundaria (tercero). Estudiaba en una escuela abierta para poder terminar la secundaria	Albañil, tortero (tortas ahogadas), guitarrista en transporte público	Entrevistas colectivas (2) / Charlas informales	Era de los más despiertos y reflexivos del barrio, aunque al parecer eso no les agradaba a todos, ya que hablaba mucho, en ocasiones medio descalificando a los demás. En alguna ocasión me pidió guardar la grabadora, pues le incomodaba contar algunas cosas con ella prendida, siendo uno de los chicos que menos problemas tiene. Es hermano de Tona.
12	Tona	MEZ	17	Secundaria (no queda claro si terminada o no)	Mesero en bar, pelador de cebollas en el barrio, y posiblemente otros...	Entrevista colectiva / Charlas informales	Tiene una hija de uno o dos años, pero no vive ni con ella ni con su pareja. Tampoco se le veía muy preocupado por conseguirse un trabajo. Es hermano de Rigo.
13	Pepe	MEZ	20-21 (¿?)	Secundaria (incompleta)	Albañil	Entrevista colectiva / Charlas informales	En el tiempo que lo conocí aún no era miembro de la pandilla, aunque ya se juntaba con ellos. Al poco le dieron su "bienvenida". Un tipo serio, pero que cuando inhalaba "toncho" llegaba a decir cosas como que conocía al Chapo Guzmán, lo cual quedaba en claro que no era cierto.
14	Migue	MEZ	22	S/D	Albañil, asaltante...	Charla informal para diario de campo no grabada	Fuerte consumidor de drogas duras, que lo han llevado a estar en centros de rehabilitación varias veces. También por ello se ha dedicado a robar.
15	Luis	MEZ	17	Secundaria (incompleta)	Cargador	Entrevista colectiva / Charlas informales	Fue el primer chico del <i>barrio</i> que conocí y con el que charlé, y fue él quien me dio algunos datos importantes que me permitieron acercarme a su <i>barrio</i> .
16	Carlos	MEZ	18	Secundaria (incompleta)	Pintor, guardia de seguridad	Entrevista semiestructurada y participación en una entrevista con <i>Google Maps</i> (junto a Enesto) / Charlas informales	Al juntarse en pareja se fue del barrio y dejó casi de interactuar con la pandilla, aunque regresaba de vez en cuando. Su bebé murió antes de nacer y eso lo sumió en una crisis económica, que lo llevó a considerar una oferta de trabajo de "la plaza" que se ubica en el cerro.
17	Antonio	FIM	S/D	S/D	Panadero	Entrevista semiestructurada	Informante clave, ahora fallecido. Participó en la Unión de Colonos Independientes, a través de la cual lograron la introducción de algunos servicios públicos elementales. Es esposo de María.
18	María	FIM	S/D	S/D	Ama de casa y vendedora de dulces	Entrevista semiestructurada	Informante clave, esposa de Antonio. Tenía un puesto de dulces y chicharrones al interior de su casa.
19	David	MEZ	18	S/D	S/D	Entrevista con <i>Google maps</i> (junto a Pedro)	Vivió un tiempo en el centro de Guadalajara, aunque la interacción con él fue menor.
20	Alondra	MEZ	16	Secundaria terminada	No trabaja	Entrevista colectiva	La entrevista a estas chicas tuvo muchos tropiezos debido a que una de ellas la sabotó en todo

21	Valeria	MEZ	16	Secundaria terminada	No trabaja	Entrevista colectiva	momento.
22	Cecilia	MEZ	15	Secundaria terminada	No trabaja	Entrevista colectiva	
23	Don Alberto	MEZ	61		Trabaja el aluminio y el cristal	Entrevista semiestructurada	Esta entrevista se realizó para conocer sobre la historia del barrio.
24	Doña Rosa	MEZ	71		Ama de casa	Entrevista semiestructurada	Esta entrevista se realizó para conocer sobre la historia del barrio.
25	Padre David Velazco	-			Profesor universitario	Entrevista semiestructurada	

*Todos los nombres de los entrevistados han sido cambiados para proteger su identidad.

Total de entrevistas realizadas: 17

Total de sujetos entrevistados: 25

Corpus de información:

- Fotografías y videos tanto de la infraestructura urbana como de las interacciones de los sujetos
- Diarios de campo elaborados a partir de observaciones participantes
- Registro de charlas informales
- 14 entrevistas en total tanto individuales como colectivas
- 3 entrevistas con *Google Maps* de apoyo
- 2 mapas mentales realizados por igual número de jóvenes (tienen poca información, por eso no se utilizaron en el trabajo)

Zonas:

- MEZ: Mezquitera
- NSM: Nueva Santa María
- FIM: Francisco I. Madero

Tabla 2: Entrevistados Santa Tere

	Nombre	Edad	Escolaridad	Trabajo	Técnicas	Otros
1	Víctor	26	Estudios en ciencias sociales, sociología, desarrollo...	Coordinador de Mejor Santa Tere	Entrevista semiestructurada	Coordinador de ""Mejor Santa Tere", proyecto que aparentemente se desprende del colectivo "Ciudad para todos" y que tiene, entre otros fines, intervenir en el espacio público urbano para su mejoramiento. Entre los proyectos que han desarrollado está uno de huertos comunitarios, además de diversos talleres para niños, etc.

2	Shannon	26	Estudió Relaciones Internacionales y Español	Profesora de inglés en primaria	Entrevista semiestructurada	Inglesa que vive en el barrio y que está vinculada a Mejor Santa Tere. Fue contactada por Víctor.
3	Héctor	27	Licenciatura en Ciencias de la Comunicación (ITESO)	Agencia de publicidad de marketing social. Director de contenido de un proyecto del centro de Guadalajara	Entrevista semiestructurada	Pertenece a los colectivos "Ciudad para todos" y "Mejor Santa Tere".
4	Clara	25	Filosofía (ITESO)	Investigación y curaduría de Arte Contemporáneo	Entrevista semiestructurada	Contactada por un exalumno.
5	James	S/D	S/D	S/D	Entrevista semiestructurada	Pareja de Yolanda.
6	Édgar	30	Ingeniería en Mecatrónica (Tec de Monterrey)	Diseño de maquinaria para reciclar o inyectar plástico (empresa familiar)	Entrevista semiestructurada	Tiene una agrupación de mariachi "antiguo", que tiene por fin no la de entretener, sino la de convivir con las personas.
7	Adriana	21	Universidad en curso. Licenciatura en danza (UdeG)	Panadería familiar	Entrevista semiestructurada	Participa en este grupo de mariachi antiguo. Fue contactada por Édgar.
8	César	19	Preparatoria en curso	No aplica	Entrevista semiestructurada	Lo conocí y entrevisté en una tienda de ropa que se ubica en la colonia, propiedad de uno de sus amigos, la cual es usada como punto de reunión de algunos chicos que ahí viven o trabajan.
9	Manuel	27	Universidad terminada. Licenciatura en Diseño Gráfico (LAMAR)	Agente de seguros	Entrevista colectiva semiestructurada	Estos chicos fueron contactados por Adriana y mostraron gran disposición en la entrevista.
10	Karla	17	Preparatoria técnica sin terminar. Dice que regresará de nuevo a estudiar	Tienda de perfumes	Entrevista colectiva semiestructurada	
11	Sandra	17	Va a entrar a la preparatoria	Tienda de ropa	Entrevista colectiva semiestructurada	
12	Doña Marina	S/D	S/D	Jubilada del magisterio	Entrevista semiestructurada	Informante clave sobre la vida cotidiana del barrio en las primeras décadas de su fundación.
13	Padre Ángel López	S/D	S/D	Sacerdote vinculado al Templo de Santa Teresita	Entrevista semiestructurada	Informante clave sobre las características del barrio así como sobre la importancia del Padre Romo en la consolidación del mismo.

Total de entrevistas realizadas: 11

Total de sujetos entrevistados: 13

Entrevistas a jóvenes utilizadas para este trabajo: 3 entrevistas a 5 personas

Criterio del material seleccionado: que los entrevistados hubiesen vivido en el barrio desde siempre y que estuviesen dentro del rango de edad previsto en los criterios de inclusión

Entrevistas a informantes clave: 2

Sin embargo, este diseño sólo se consolidó con el tiempo, pues fue sufriendo cambios durante el proceso de investigación, sobre los cuales vale la pena detenerse para reflexionar. En un primer momento se pensó en hacer un estudio comparativo en tres contextos urbanos que fueran diferentes entre sí, por lo que se había pensado trabajar en una colonia céntrica (Mexicaltzingo), en una colonia periférica (por definir) y en un pueblo anexado (Santa Anita). Sin embargo, la dificultad para contactar jóvenes en una colonia tan pequeña como Mexicaltzingo sin un “portero” que me introdujera a campo me llevó a plantear la necesidad de buscar otro espacio donde pudiera empezar a probar algunos de los instrumentos de investigación que había diseñado, sobre todo para ver la pertinencia del proyecto. Fue entonces cuando una amiga y colega me invitó a que la acompañara a las colonias ubicadas en el Cerro del Cuatro, donde coordinaba algunos Proyectos de Aplicación Profesional del ITESO. Decidí entonces probar suerte, sobre todo por contar con una persona que conocía ese contexto y que podría vincularme con la gente de esos barrios, pero contrario a lo que pensé en un primer momento no fue nada fácil acercarme a los jóvenes, por lo que pasé mucho más tiempo en campo del que tenía pensado, lo que me llevó a tomar la decisión de recortar el plan inicial.

Pasé entonces de pensar en una investigación de carácter comparativo a una que sólo se centrara en las colonias del cerro, para de ahí pensar en trabajar sólo en una, que sería La Mezquitera, en la que poco a poco había ido ganando confianza con los jóvenes de una pandilla. Sin embargo, la pertinencia de tener elementos para contrastar los hallazgos me llevó a tomar la decisión de ampliar el rango de acción a otras colonias por fuera del cerro, así como de tomar en cuenta la información ya recabada en la Nueva Santa María. Pero al tener ya poco tiempo por delante quedaba en claro que un estudio comparativo, que pudiera alcanzar el nivel de profundidad del trabajo realizado en La Mezquitera, era prácticamente imposible. Así que se tomó la decisión de usar el caso de Santa Tere –donde había la oportunidad de entrar a campo a partir de algunos contactos– como un caso de contraste, lo que supuso un trabajo más limitado, como expondré más adelante.

Las técnicas de investigación y los observables

En primer lugar es conveniente recordar que este trabajo tiene un marcado carácter fenomenológico así como etnográfico. Trabajar con estos enfoques permite conocer desde la perspectiva de los actores cuáles son las prácticas que realizan dentro de su vida cotidiana –en particular las de ocio, que son las que interesan para este trabajo–, así como las percepciones –en términos de la *legibilidad* visual y valoración de esos elementos– que tienen sobre el espacio urbano, tanto de su colonia o barrio que habitan, de los espacios en donde realizan sus prácticas de ocio, así como los espacios que conocen y por los que circulan, y todo esto para saber cómo tales elementos se interrelacionan contribuyendo –o no– a la construcción de sus pertenencias socioterritoriales.

En ese sentido, una de las técnicas que se utilizó fue la de la observación participante:

“La observación participante consiste en dos actividades principales: observar sistemática y controladamente todo aquello que acontece en torno del investigador, se tome parte o no de las actividades en cualquier grado que sea, y participar, tomando parte en actividades que realizan los miembros de la población en estudio o una parte de ella” (Guber, 2004: 172).

Esta técnica resultó ser la más productiva para poder recolectar información en las colonias del cerro, pues la utilización de otras técnicas, que en ocasiones requerían dispositivos electrónicos para su puesta en práctica, no siempre era posible, ya fuera por la negativa explícita de los sujetos, o porque no había condiciones en el contexto (por la permanencia irregular de los actores, por las actividades que estaban realizando, o por la presencia de otros sujetos que podían meter “ruido”). Además, al ser poco intrusiva, permitía charlar con los jóvenes de manera más relajada, obteniendo de esta manera otro tipo de información que en ocasiones no salía durante las entrevistas. También me permitió poco a poco participar en sus actividades cotidianas de ocio, como charlar de su vida diaria, jugar en la calle o en la unidad deportiva de los Campos Rojos (a la cual había que colarse a través de un hueco que tenía la malla ciclónica, en ocasiones después de trepar por unas piedras mal puestas), acompañarlos a los cibercafés donde me enseñaban algunas de las publicaciones que hacían en redes sociales –particularmente en *Facebook*–, beber por las noches en sus

espacios de reunión e incluso ser invitado a comer un par de veces en la casa de uno de ellos.

La entrevista semiestructurada fue otra herramienta que se utilizó, ya que “en estas se observa un alto grado tanto de libertad como de profundidad”, donde “el papel del entrevistador consiste, ante todo, en ofrecer los estímulos necesarios para provocar el desenvolvimiento del entrevistado” (Vela, 2008: 70-71). En particular, esta técnica se utilizó en las primeras entrevistas que se realizaron en el cerro y en casi la totalidad de las que se realizaron en Santa Tere. Sin embargo, y por las características del contexto, en el caso de La Mezquitera se terminó trabajando bajo la lógica de *entrevistas colectivas no estructuradas*, donde se abordaba alguna temática en particular, como el mundo del trabajo o de la escuela, por ejemplo, ya que era más sencillo obtener información de esta forma que entrevistar a los sujetos por separado.

Se había pensado también en realizar algunos grupos focales, pues “en términos generales, un grupo focal define el conjunto de personas que se reúnen con el fin de interactuar en una situación de entrevista grupal, semiestructurada y focalizada sobre una temática particular, que es común y compartida por todos” (Vela, 2008: 79). Esta técnica permite no sólo recolectar una cantidad importante de información en poco tiempo, sino que, al participar distintos sujetos que comparten problemáticas o situaciones de vida parecidas, “estimulan los recuerdos, los sentimientos y las actitudes” (Vela, 2008: 80) en torno al eje a estudiar. Sin embargo, los grupos focales suelen tener un control tanto del contexto en donde se realiza la entrevista, como de la forma en cómo ésta se pone en práctica –hay quienes incluso recomiendan un mínimo y un máximo de sujetos a entrevistar, con características específicas en cada uno–, lo cual resultaba complicado de organizar con los jóvenes del cerro. Y en el caso de los jóvenes de Santa Tere, se trabajó más en la lógica de entrevista colectiva semiestructurada, pues ésta se realizó a tres personas en el interior de un café, por lo que no puede considerarse un grupo focal.

Se decidió también que los sujetos del Cerro del Cuatro tuviesen una participación más activa en la investigación, tomando fotos y haciendo mapas mentales. Sin embargo, esto resultó ser poco productivo, pues los jóvenes mostraban poco interés en retratar elementos de su entorno urbano –decían que no les gustaba, y preferían retratarse a sí mismos–, y los mapas mentales que hicieron un par de ellos resultaban muy pobres en

cuanto a la información gráfica que mostraban, pero la intención tampoco era presionarlos a hacer otra cosa. Ante ello, se tomó la decisión de hacer entrevistas teniendo como apoyo *Google Maps*. Así, frente a una computadora, se les pedía que identificaran elementos de su entorno, como lugares de reunión, rutas por las cuales se movían, límites territoriales de su *barrio* –o pandilla–, e incluso la ubicación de otros grupos similares, lo cual resultó bastante productivo para conocer sus prácticas y percepciones acerca de su entorno barrial.

Si bien no se pudo trabajar con las fotografías por lo que ya he comentado, el pretexto de enseñarles a tomar fotos –teniendo al centro comunitario que se ubica en La Mezquitera como espacio de trabajo– y de prestarles cámaras, resultó ser una estrategia excelente para afianzar los vínculos con estos jóvenes, que además me permitió conocer otros espacios por los que se movían de manera regular y a los que no había tenido acceso. Además, también le pedí a un par de ellos, uno de la Nueva Santa María y otro de La Mezquitera, que me hicieran un recorrido por el cerro, a partir de lo cual pude conocer zonas que de otra forma hubiese sido más complicado, sobre todo por algunas de las problemáticas que ahí se presentan –asaltos, violencia entre pandillas, consumo de drogas, la presencia activa de una “plaza” del narcotráfico, entre otras–. Y finalmente, a algunos de los jóvenes decidí invitarlos al centro de la ciudad, a mi casa, primero con el pretexto de que me ayudaran con un problema de fontanería, y luego para charlar, lo cual me permitió observar sus comportamientos fuera de su entorno para poder así tener una idea de su capacidad de desenvolvimiento en otros contextos diferentes al suyo, además de que me permitió reforzar los vínculos de amistad que tenía con ellos.

Ahora, puntualizando en los observables y las técnicas empleadas para el caso del Cerro del Cuatro, presento la siguiente relación:

- Espacio urbano: se observó la calidad de la infraestructura urbana, en particular de los lugares de residencia de los sujetos, los servicios públicos y privados con los que cuentan, y los lugares y prácticas de ocio. Técnicas: observación participante, y registro fotográfico y de video.
- Prácticas: las prácticas de la vida cotidiana, que estructuran los tiempos y espacios de los sujetos, focalizando la atención en el estudio de las prácticas de ocio.

Técnicas: entrevista a profundidad de carácter semiestructurado, observación participante, registro en video.

- Percepciones: la percepción del espacio urbano, su “legibilidad” y su valoración en términos de topofilas, topofobias y toponegligencias. Técnicas: entrevista semiestructurada, entrevistas con *Google Maps* como apoyo.

La diferencia con Santa Tere radica en que en esta colonia no se realizó observación participante con los jóvenes entrevistados, ya que el tipo de observación que se realizó fue más bien pasiva, particularmente centrada en observar las características del entorno urbano de la colonia antes que su vida barrial.

Capítulo II

El crecimiento urbano de la zona metropolitana de Guadalajara: una aproximación histórica

Siempre han existido dos Guadalajaras: la bonita y la fea; la abastecida y la de las grandes carencias; la amable y la violenta; la de las rosas y la que ni siquiera árboles suficientes tiene; la de las grandes residencias y la hacinada en vecindades y reducidas viviendas, etc.

Jorge Regalado

Introducción

Las ciudades no surgen de la noche a la mañana, sino que se configuran a través de largos procesos históricos que evidencian, entre otras cosas, necesidades, aspiraciones, tensiones, conflictos y relaciones de poder de quienes viven en ellas. En ese sentido, puede decirse que la ciudad es una materialización particular de las relaciones sociales que construyen sus habitantes. Además, al hallarse en contextos específicos de interacción con otros espacios, sean parte de su *hinterland* –o zona de influencia– o se ubiquen más allá de éste, las ciudades juegan también, a través del tiempo, determinados roles a partir de su importancia económica, política o cultural, lo que les confiere cierta identidad y las hace atractivas o no para las migraciones, las inversiones y el crecimiento. Por tanto, hablar de cualquier ciudad es hablar de una configuración histórica particular que está siempre en constante transformación al ser producto –y productora también– de las relaciones humanas.

Es por ello que la idea de hacer una historia del crecimiento urbano de la zona metropolitana de Guadalajara tiene el fin de explicar algunas de sus características actuales en cuanto a su tamaño y configuración territorial, sobre todo porque está claro que son elementos que inciden en la vida de quienes en ella residen. Así, a través de este recorrido es posible entender que las divisiones espaciales son tan sólo la materialización de las divisiones sociales, mismas que han estado presentes desde los orígenes de la ciudad, pues en un principio de un lado se asentaron los españoles y del otro lado los indígenas, y al interior de la ciudad española el centro se reservó para los habitantes más ricos e importantes y la periferia para los más pobres y prescindibles. Con el tiempo, esta

configuración cambiaría, aunque mantendría la misma lógica excluyente: en las nuevas colonias de principios del siglo XX se asentaron los habitantes de mayor poder adquisitivo mientras que los barrios quedaron destinados para las clases medias y populares.

En la actualidad, esta tendencia se ha ido radicalizando con la aparición desde finales de los años sesenta de cotos privados y edificios departamentales de lujo por un lado, y de multifamiliares y asentamientos irregulares y precarios por el otro, por mencionar tan sólo los extremos de este crecimiento tan desigual que se ha presentado en la zona metropolitana de Guadalajara, lo que ha exacerbado la fragmentación tanto física como simbólica del espacio urbano, así como la segregación socioespacial en la que viven buena parte de sus habitantes. Y si bien la segregación en algunos casos es buscada, deseada e incluso legítima, otras personas son orilladas a ella bajo circunstancias que están fuera de su control, marginándolos de esta manera de las oportunidades que la ciudad ofrece, ocasionando la fragilización de los vínculos sociales.

Asimismo, en su afán de ser moderna, la ciudad se ha reconfigurado en más de una ocasión, adoptando modelos arquitectónicos y urbanísticos de otras latitudes, por lo que se han abierto grandes avenidas y pasos a desnivel que han dado prioridad al uso del automóvil particular antes que al transporte público o incluso que a la movilidad no motorizada, que aunado a la mala planeación y gestión urbana –fruto de la indolencia de las autoridades y de los intereses de inversionistas privados que especulan con la tierra– ha permitido un crecimiento desmedido de la mancha urbana hacia sus periferias. Así, la dispersión territorial termina reforzando los procesos de fragmentación y segregación socioespacial que se viven en la ciudad y que inciden negativamente en la calidad de vida de sus habitantes.

A partir de este recuento, que nos da un panorama amplio de cómo es que se ha conformado la mancha urbana que actualmente existe, así como algunas de las problemáticas asociadas a este crecimiento, centro mi atención en los espacios donde habitan los sujetos de esta investigación. Me refiero a dos colonias que están ubicadas en el Cerro del Cuatro, al sur de la zona metropolitana, que son La Mezquitera y la Nueva Santa María, ambas en el municipio de Tlaquepaque, así como otra que se encuentra en el municipio de Guadalajara, y que está relativamente céntrica, que es Santa Tere. Como ésta última es más antigua que las que se ubican en el cerro, ya que se empieza a conformar a

partir de la segunda década del siglo XX, se aborda en primer lugar, para de ahí pasar a las otras dos que nacen entre finales de los setenta y principios de los ochenta.

La selección de estas colonias responde a un interés por conocer cómo se vive la ciudad desde barrios que presentan grandes carencias por su ubicación, como son los del cerro, mientras que la de Santa Tere se debe a que está relativamente céntrica e integrada a la mancha urbana, lo cual permite contar con elementos de contraste. Entonces, este capítulo se divide en dos partes. La primera, sobre el crecimiento de la ciudad y la conformación de la zona metropolitana, se ha construido a partir de información documental, mientras que la segunda, sobre los barrios de estudio, ha sido elaborada a partir tanto de información documental –escasa en gran medida, sobre todo en el caso de los que se ubican en el cerro– como de la obtenida en entrevistas con pobladores o informantes clave que conocen tales entornos.

Parte I

Fundación, crecimiento y consolidación: los primeros siglos de vida de la ciudad

Después de tres intentos fallidos, Guadalajara se funda finalmente el 14 de febrero de 1542 en el Valle de Atemajac, estableciéndose en el lado poniente del río San Juan de Dios. Diez años antes, en 1532, se había intentado establecer sin éxito en Nochistlán, en lo que es hoy el Estado de Zacatecas. Posteriormente la población se estableció en Tonalá el ocho de agosto de 1533, pero por problemas limítrofes tuvo que trasladarse 18 meses después hacia Tlacotán, en donde recibe el título de ciudad y su escudo de armas por parte de Carlos V en 1539. Sin embargo, por los constantes enfrentamientos con los indios cazcanes tuvo que mudarse a lo que hoy es su sitio definitivo (INEGI, 2000),¹⁵ en donde unos años después, en 1560, recibiría el título de capital de la Nueva Galicia (Muriá, 1997; 2005).

Esta inestabilidad en cuanto a su asentamiento está lejos de ser algo extraordinario, ya que también la experimentaron otras ciudades que se fundaron durante la colonia, como

¹⁵ Según Severo Díaz, “aleccionados por terribles experiencias, los fundadores de Guadalajara, al establecerla en el sitio que ocupa actualmente, sólo pensaron en procurarse una llanura de amplios horizontes y escasa vegetación que permitiera ver los movimientos del enemigo que lo era el elemento indígena congregado en los pueblos vecinos; y tan vecinos como eran Analco, Mexicaltzingo y Mezquitán, y aún otros más alejados” (1933: 128). Esto llevó a que los pobladores no se dieran cuenta de las deficiencias del terreno, según Díaz, el cual, al ser una llanura inclinada, capta las aguas pluviales que terminaban en el río San Juan de Dios, lo que explica, en parte, las constantes inundaciones que sufre aún hoy, en época de lluvias, la ciudad.

Buenos Aires, La Habana, Panamá, Cali, Guatemala, Río de Janeiro, Quito, Santo Domingo y Puebla, entre otras tantas (Bassols, 2011; Romero, 2010), ya fuera por problemas con los grupos indígenas, por las condiciones del entorno o por desastres naturales. Y es que la fundación de muchas de éstas ciudades fue improvisada, considerando para ello algunas características geográficas y del sitio, “pero la ciudad se instaló generalmente sobre territorio mal conocido, sin que existiera experiencia suficiente como para prever inconvenientes diversos que luego se presentarían” (Romero, 2010: 63).

Los primeros pobladores que se afincaron en esta tierra fueron sesenta y cuatro españoles (De la Torre, 2001; Muriá, 1997), junto con sus respectivas familias, quienes tenían de vecinos a varias poblaciones indígenas. Al norte, San Miguel de Mezquitán, conformada por indígenas tecuexes, quienes en ese entonces pertenecían al cacicazgo de Tonalá. Al sur, San Juan B. de Mexicaltzingo, comunidad de indios mexicanos que habían llegado a esta zona en 1540 con el Virrey de Mendoza. Y finalmente, al otro lado del río, en el suroriente, San Sebastián de Analco¹⁶, poblado que se formó con indios tecuexes y cocas, quienes llegaron desde Tetlán con los frailes franciscanos (López Moreno, 2001). Tales poblaciones se terminarían integrando con el tiempo al núcleo urbano. Sin embargo, ya desde su origen la ciudad presentó expresiones de exclusión socioespacial que se han ido reconfigurando con el paso del tiempo, pues “prácticamente desde su fundación se pensó que los españoles debían vivir en el núcleo central y en los periféricos (Mexicaltzingo, Mezquitán y Analco) los indios” (Regalado, 1995: 50).

Para José Luis Romero, “las ciudades fueron formas jurídicas y físicas que habían sido elaboradas en Europa y que fueron implantadas sobre la tierra americana, prácticamente desconocida” (Romero, 2010: 47-48). En ese sentido, la forma que toma la naciente ciudad de Guadalajara tiene que ver con un modelo desarrollado por los españoles, que en este caso es el de la cuadrícula¹⁷, la cual no es “sólo un trazo geométrico, es un

¹⁶ Según Renée de la Torre (2001), quien cita el trabajo de Arturo Chávez Hayhoe, Analco quería decir “del otro lado”, esto en referencia al río San Juan de Dios.

¹⁷ A partir del libro “La ciudad hispanoamericana-el sueño de un orden”, López Moreno escribe que “cuando las calles de tramos rectos se cruzan se forma una retícula. Y cuando esas mismas calles se cruzan y forman ángulos rectos hablamos de retícula ortogonal. Por último, cuando las distancias entre los cruces son siempre iguales puede hablarse de cuadrícula” (López Moreno, 2001: 29).

pensamiento, un orden, un proyecto integral de ciudad” (López Moreno, 2001: 29).¹⁸ Bajo este concepto, la ciudad adquirirá una forma específica que organizará su crecimiento, estableciéndose en el centro una plaza y los principales edificios que concentraban los poderes públicos y religiosos, como el Ayuntamiento o la Catedral (Ibáñez y Vázquez, 1970; Bassols, 2011; Romero: 2010), así como la casa de los notables. Inmediatamente después, estarían las casas de las élites agrícolas y ganaderas, y al final las casas de la población menos importante (López Moreno, 2001). Al respecto, Renée de la Torre escribe que

La geografía simbólica de la localidad correspondía a una organización concéntrica. La ciudad se organizaba en torno a su plaza central o mayor (hoy Plaza de Armas), que albergaba y concentraba la Catedral, el Real Palacio, la Real Caja, la casa del Ayuntamiento y los portales donde se encontraban los comercios (De la Torre, 2001: 76-77).

A partir de esa organización concéntrica, la ciudad se configura en cinco cuadros, cada uno con una función distinta. Los solares, correspondientes a la parte urbanizada; los ejidos, que eran terrenos de uso común y que se consideran como la reserva de suelo para el crecimiento de la ciudad; las dehesas, tierras destinadas al pastoreo y a la agricultura si el terreno así lo permitía; y los propios y términos, que en parte eran para el uso común y en parte administrados por el gobierno para allegarse recursos. En ese sentido, “Guadalajara se fundó con idea de integrar funcionalmente a la ciudad y al campo inspirándose en el modelo clásico que se utilizó en las Indias” (López Moreno, 2001: 26), aunque como toda ciudad novohispana, ésta se encontraba irremediablemente subordinada al imperio español, lo que muy seguramente debió haber limitado sus funciones para el autogobierno urbano (Bassols, 2011).

Sin embargo, desde el siglo XVII, y a pesar de las leyes y normas que regulan el crecimiento de la ciudad a partir del diseño de cuadrícula, se presentará un fenómeno de ocupación ilegal de tierras en los ejidos que la circundan. Apparentemente fueron sobre todo

¹⁸ Al respecto, López Moreno escribe, en una nota al pie de su trabajo, que “los conceptos de espacio y sociedad están íntimamente ligados en este modelo, la gradación de jerarquías sociales y la conformación socioespacial de los barrios así lo demuestra” (López Moreno, 2001: 31).

indígenas quienes participaron en esta invasión de tierras, aunque también existen indicios de pobladores mestizos y españoles, quienes podían de esta forma adquirir un terreno cerca de la ciudad de forma gratuita, rompiendo así con el orden normativo. Al respecto, se llevaron a cabo varias medidas en un intento de tener un registro y control sobre los ejidos, lo cual no será suficiente, pues “la irregularidad seguirá avanzando, ya que el municipio practica una política de tolerancia que permite que la propiedad pública y la colectiva se conviertan en receptáculo de habitaciones irregulares” (López Moreno, 2001: 89).

En su crecimiento, la ciudad terminará conurbando a los pueblos de Analco y Mexicaltzingo en un primer momento, y posteriormente a Mezquitán, sufriendo así la traza ortogonal un cambio de orientación para el caso de Analco, y su rigidez con Mexicaltzingo por su traza irregular (Ibáñez y Vázquez, 1970).¹⁹ A estos pueblos, que se irán anexando paulatinamente, se les conocerá más tarde como “barrios antiguos”, y cada uno de ellos contaba con sus propios espacios de centralidad a partir de los cuales se organizaría su vida cotidiana: “templo, plaza, cantina y comercios, formaban en sí mismos un núcleo referencial para la organización vecinal; un marco de pertenencia de las identidades barriales y un lugar de encuentro entre los vecinos” (De la Torre, 2001: 76-77). De entre todos estos elementos fueron las iglesias sin duda los más importantes, pues alrededor de ellas se configuraban los barrios.

Ahora, en lo que respecta a las construcciones,

Tanto las viviendas de los españoles como las de los indios estaban hechas de adobe, aunque las primeras eran mucho más amplias, sólidas, altas y mejor distribuidas y amuebladas; además contaban con algunas columnas de cantera, patio central y enjarre de cal y arena. En cambio, las de los indígenas se componían de un solo cuarto y tenían por lo general techo de teja. Las fachadas de las casas de españoles lucían casi siempre uno que otro adorno de cantera labrada, como nichos con la figura del santo de la principal devoción familiar. No se tiene noticia de que, hasta fines del siglo XVII,

¹⁹ Es interesante resaltar el hecho de que los pueblos de Analco y Mexicaltzingo no aparecen representados en los primeros planos de la ciudad, el primero de ellos realizado en 1732. La razón quizá tenga que ver con el hecho, según López Moreno, de crear una distinción entre la ciudad española y las poblaciones indígenas, pues “por un lado se utiliza un saber hacer cuyo fundamento se encuentra en toda una legislación urbanística que es producto de un esquema formal, claro, geométrico y racional, y por el otro, pueblos trazados sin normas, con un crecimiento totalmente irregular y espontáneo propio de un urbanismo orgánico y ‘salvaje’” (2001: 54).

existiera edificación alguna toda de cantera, salvo la catedral y alguno que otro templo (Muriá, 2005: 52).

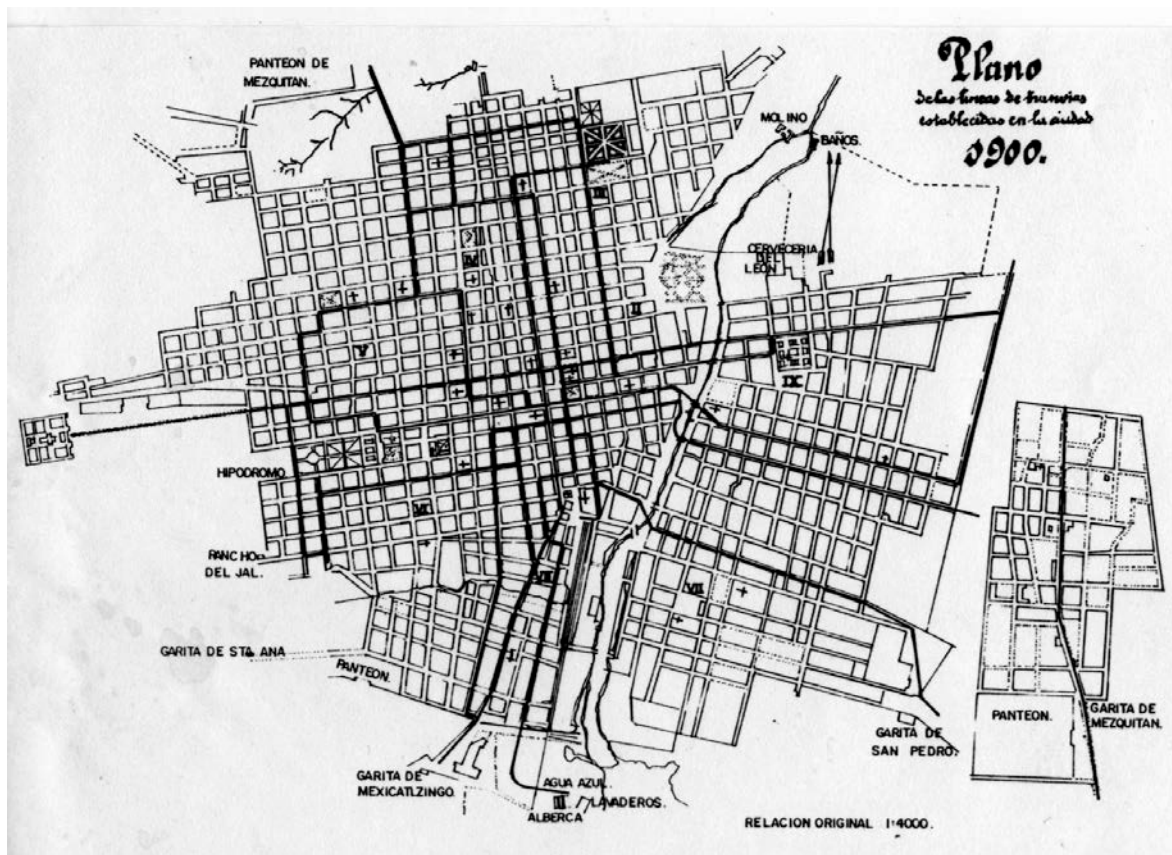
Para el siglo XVIII, la ciudad “se distinguió como un sitio urbano eminentemente comercial y polo de desarrollo económico, político y religioso de una vasta extensión regional del occidente de México” (Núñez, 2011: 21).²⁰ Además, durante la segunda mitad de este siglo se incrementaron los servicios públicos, por lo que el parque de la Alameda, junto a la orilla del río San Juan de Dios, se urbanizó, además de que se construyeron portales en la plaza principal para reforzar las actividades económicas que ahí se realizaban, y se arregló también el bosque Los Colomos, que era utilizado como sitio campestre por los pobladores (Muriá, 2005). Sin embargo, entre éste siglo y el siguiente la ciudad siguió organizada –y dividida– tanto territorial como socialmente a partir del río San Juan de Dios, pues en el poniente de la ciudad, alrededor del centro histórico, se ubicaba la burguesía local, la mayor parte de ellos criollos, además de los barrios de Mezquitán y Mexicaltzingo, mientras que del otro lado del río, hacia el oriente, se ubicaban los barrios de Analco y San Juan de Dios, conformados principalmente por la clase trabajadora (De la Torre, 2001).

Para el siglo XIX, y debido a la inseguridad provocada tanto por insurgentes como por “simples bandoleros” en las zonas rurales, muchas personas terminaron por asentarse en Guadalajara, por lo que el número de habitantes se incrementó de unos 30 o 35 mil que tenía a principios del siglo a unos 60 mil en 1814 (Muriá, 2005). Además, se continuó con las obras públicas, pues se construyeron en los primeros años de este siglo un par de puentes sobre el río San Juan de Dios para conectar con la Casa de la Misericordia, se instalaron fuentes públicas para abastecer de agua potable a la población, además de que se construyeron el Hospital Civil –finales del siglo XVIII– y el Hospicio Cabañas –principios del XIX–, los cuales daban cuenta de la pobreza que se vivía en la región, ya que ambas construcciones “estaban destinadas a una beneficencia pública que con anterioridad no

²⁰ Al respecto, Muriá menciona que “a mediados del siglo XVIII había ya en Guadalajara un trabajo más especializado de joyería y platería, carpinteros y alarifes, así como obradores y otros talleres de producción, que ponían en evidencia la notable evolución de la otrora muy simple sociedad neogallega. Destaca la elaboración de piezas de lana o algodón para la confección de prendas de vestir, el empleo de la pita para costales y hamacas, el tejido de petates y canastas con palma o tule y, sobre todo, la excelente loza de Tonalá que seguía siendo considerada ‘la mejor del reino’” (Muriá, 2005: 65).

Por su parte, estas características mencionadas por Núñez aún se mantienen en el siglo XXI, lo que ha hecho que la ciudad siga siendo atractiva para la población.

había sido necesaria” (Muriá, 2005: 74). Sin embargo, durante el siglo XX la ciudad sufriría transformaciones importantes tanto en su traza como en la organización espacial de sus habitantes, producto tanto de nuevas condiciones históricas como de nuevas concepciones de ciudad que van apareciendo en el horizonte.



Plano de Guadalajara, 1900. Tomado de la página de *Facebook* Imágenes Históricas de Guadalajara.

Primeras décadas del siglo XX: en búsqueda de la modernidad

Desde finales del siglo XIX la ciudad empezó a experimentar una serie de cambios que la transformarían para siempre, todo bajo la consigna de hacer de Guadalajara una ciudad moderna, en parte porque durante la dictadura de Porfirio Díaz se promovió el progreso material que tenía como principal modelo de planeación urbana el implementado por Haussmann en París, el cual “preconizaba un urbanismo de regulación, y jerarquizaba calles, avenidas y boulevares, así como plazas rodeadas de áreas verdes, parques y monumentos”, pero también porque la ciudad vivía una importante bonanza económica debido a sus actividades industriales y comerciales realizadas por pobladores locales y

extranjeros²¹ (Núñez, 1999: 31; 29). Estos cambios modificarían el orden espacial impuesto desde la colonia y que se había mantenido hasta ese entonces, pues se reubicaron las zonas comerciales y de servicios en el centro, se pasó de calles estrechas a amplias avenidas, y se ampliaron los límites de la ciudad a partir de la creación de nuevas áreas de vivienda (Núñez, 1999). En ese sentido, la “ciudad moderna” que surgió tanto en Guadalajara como en otras ciudades del país “implicó, en primera instancia, un desfase con la ‘ciudad antigua’” (Bassols, 2011: 54).

Es de mencionarse que (...) diversas capitales y ciudades de la república transformaron el paisaje urbano como nunca antes se había dado en el México independiente. A finales del siglo XIX se trazaron rutas para el tranvía, se adoquinaron calles, se ampliaron avenidas, se construyeron mercados, alamedas, edificios gubernamentales y teatros de estilo neoclásico (Guanajuato, San Luis Potosí, Guadalajara, México y Zacatecas son apenas algunos de ellos) (Bassols, 2011: 35).

En 1900 la ciudad contaba con aproximadamente 101,208 habitantes, de acuerdo al censo de población de ese año, y como parte de las transformaciones físicas de la ciudad, entre 1897 y 1910 el río San Juan de Dios fue ocultado bajo tierra con motivo de las celebraciones del centenario de la Independencia, por lo que en un primer momento se le conoció a esta avenida con el nombre del dictador. Sin embargo, en 1913 se autoriza el cambio de nombre por el de Calzada Independencia, mismo que mantiene hasta nuestros días (López Moreno, 2001). Dicha avenida se pensó para que fuera una de las más importantes de la ciudad, que de alguna forma compitiera con los Campos Elíseos y el Paseo de la Reforma.

Pero en realidad, con el paso del tiempo la Calzada no sólo no fue bella, sino lamentablemente fea; fue tan sólo un lugar de tránsito vehicular. Una tierra de nadie: un *no lugar* cuya eficacia simbólica era mantener una frontera cultural entre dos poblaciones urbanas; que soportaba el poder de territorializar un orden social específico de la ciudad y de sus habitantes (De la Torre, 2001: 79).

²¹ La presencia de extranjeros en la ciudad, y que contribuyeron al desarrollo económico de Guadalajara, se ve reflejado de alguna forma en la cantidad de consulados que tenían abiertas sus puertas, como los de Estados Unidos, Alemania, Francia, Bélgica, España, Italia, Suecia, Bolivia, Chile y Guatemala (Núñez, 1999).

Además de los fines estéticos que se perseguían con esta obra –independientemente de si los alcanzaron o no– estaban también los relacionados con cuestiones de salubridad e higiene, ya que este río transportaba aguas negras que afectaban la salud de los pobladores (Núñez, 1999). Asimismo, se realizó la introducción de agua potable, la pavimentación de algunas calles y la remozada de edificios públicos, plazas y parques –como la Alameda, hoy parque Morelos– (INEGI, 2000; Núñez, 1999). Por otro lado, en cuanto a la movilidad, “gran cantidad de sus habitantes optaban por caminar, andar en bicicleta y utilizar el sistema de tranvías en los viajes intermunicipales” (CEIT, 2002: 44). Estos últimos pasaron, en 1907, de tranvías tirados por mulas a los eléctricos (INEGI, 2000).

Otro hecho importante que se genera en estos primeros años del siglo XX tiene que ver con que los sectores acomodados decidieron trasladarse a mejores espacios en la ciudad, dejando así su ubicación céntrica. De este proceso nacen colonias como la Francesa, la Moderna, la Americana y la colonia Reforma. “Producto de este tipo de acciones, el centro de la ciudad comenzó a adquirir una vocación diferente al de la vivienda; el comercio, los servicios administrativos, las escuelas de todo tipo, los estacionamientos, los talleres de oficios, etc. comenzaron a tomar para sí los espacios construidos que se dejaban vacíos” (Regalado, 1995: 45). Este cambio en los usos del suelo provocó también que la gente de menos recursos fuera orillada a abandonar sus lugares de residencia en el centro, pues se levantarían nuevas construcciones que respondieron a nuevas necesidades.

En ese sentido, la emergencia de estas colonias, ubicadas en el poniente, supone un cambio importante en la configuración de la ciudad, pues no sólo se modifican los usos de suelo, sino también se profundiza en la separación que ya existía entre las diversas clases sociales, pues si bien los precios de los terrenos no variaban mucho de una zona de la ciudad a otra, sí lo hacían el tamaño de los lotes que se ponían en venta, ya que en una colonia como la Artesanos, por ejemplo, los predios eran de unos 150 metros cuadrados, mientras que en otras como la Francesa, iban de los 600 a los 800 metros, e incluso podían llegar hasta los dos mil en algunos de los asentamientos ubicados al poniente, las cuales contaban con amplias avenidas arboladas (Núñez, 1999) y fincas impresionantes, mientras

que “al oriente y al norte continuaban los barrios populares con casas bajas de adobe y polvorientas calles angostas” (Ibáñez y Vázquez, 1970: 15). Puede decirse entonces que

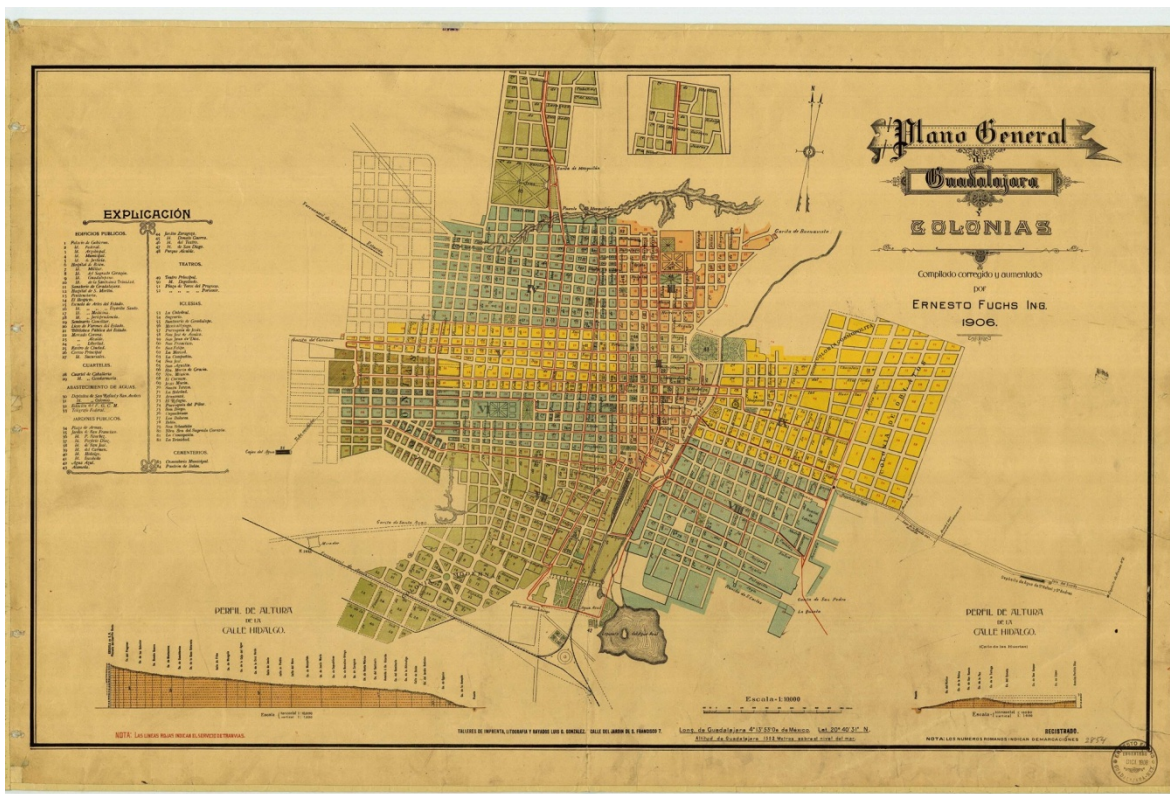
A diferencia de los barrios, que son el resultado de una conformación histórica de integración socioespacial, las colonias se caracterizan por una propuesta separatista y de desintegración respecto a la armadura urbana. Son el fruto de un proyecto excluyente que intenta separar, orgánica y socialmente hablando, creando una unidad aislada y homogénea. Las colonias son subdivisiones que se diseñan para estar aparte de la ciudad y no para ser parte de ella (López Moreno, 2001: 124-125).

En el caso de la colonia Francesa, ésta se proyectó desde 1898 por parte de un grupo en el que destacaban algunos comerciantes franceses,²² y se establecería como “la primera colonia extramuros de la ciudad”. Si bien no era muy grande, pues apenas abarcaba unas 12 manzanas, “aportaría conceptos revolucionarios como las servidumbres frontales y laterales, y sobre todo una importantísima intención estética forestadora (...), lo que confería a la colonia Francesa una identidad de elegancia que hasta ahora permanece” (Hernández Larrañaga: 2001: 137). Por su parte, la colonia Americana, que en sus inicios sería también conocida como Alemana, e incluso como colonia Porfirio Díaz, seguiría una lógica parecida, albergando en sus calles “proverbiales chalets”. Y finalmente la colonia Reforma, concebida desde 1903, fue la más grande, y se ubicó al norte de la Francesa y al sur de la Americana (Hernández Larrañaga: 2001).

En conjunto se les conocería a estas tres nuevas urbanizaciones simplemente como “Las Colonias” (Hernández Larrañaga: 2001), o “Colonias del Poniente” (Solana, *et al*, 2003), las cuales de alguna forma continuaron con el modelo de cuadrícula –en el caso de la Americana con un ángulo distinto–, aunque con algunos cambios importantes, posiblemente por la influencia de Haussman y de Cerda, el primero reconocido por el llamado Plan de París, y el segundo por el ensanche de Barcelona. “Nos referimos especialmente a la preocupación por los espacios verdes; zonas arboladas en parques y calzadas; la modificación de los esquemas de vialidad, con la realización de amplias

²² Según Hernández Larrañaga, “esta colonia fue concebida mayoritariamente por don Ernesto Fuchs y un grupo de comerciantes franceses como los dueños de los almacenes Fábricas de Francia y La Ciudad de México; la excepción en este grupo de empresarios sería don Justo Fernández del Valle, él sí de clara ascendencia española” (Hernández Larrañaga: 2001: 137).

avenidas de tipo conmemorativo, y las líneas y diagonales productoras de emergencias visuales” (López Moreno, 2001: 124).



Mapa de Guadalajara y sus colonias, 1906. Tomado de la página de *Facebook* Imágenes Históricas de Guadalajara.

Si bien no se rompe con el modelo de cuadrícula, estas colonias introdujeron elementos que las diferenciarían de manera radical con respecto a los barrios. En ese sentido, López Moreno apunta que

Las colonias residenciales del poniente de la ciudad nacen como una forma de distinción elitista, en realidad son producto de nuevos lenguajes, prácticas, representaciones de la ciudad. Las calles tradicionales, que habían tenido la misma anchura, se convierten en avenidas, paseos y calzadas, en un intento por romper las vías de circulación que social y espacialmente eran bastante indiferenciadas. Las casas se hacen villas y *chalets*. Los zaguanes, patios centrales y corrales de viviendas de los antiguos barrios se transforman de *porches*, jardines circundantes y *yards*. Los

equipamientos públicos como el mercado y la iglesia son sustituidos por otros elementos como el jardín público y el parque. Desde esta lógica el espacio-vínculo del barrio se convierte en espacio frontera de la colonia, y lo que era un lugar para compartir muda en un lugar para separar (López Moreno, 2001: 125).

También en esta época, entre mediados de la primera década y principios de la segunda, surgen otras colonias que se ubicarán en distintos puntos de la ciudad. Entre ellas figuran la Cosmopolita, ubicada al norte de la ciudad; las Huertas y Oblatos, al oriente; Donato Guerra, al sur; y la West End y la colonia Villaseñor, en el oeste. De esta última vale la pena recuperar parte de su historia. Concebida como colonia en un primer momento, la construcción de la iglesia de Santa Teresa del Niño Jesús y del mercado, así como de otro tipo de comercios, posibilitó que se desarrollara una fuerte vida comunitaria en su interior, lo que supuso que al final se le reconociera como barrio más que como colonia, al que se le llamó Santa Teresita (López Moreno, 2001). Sobre ésta colonia, que es parte de la presente investigación, se profundizará más adelante.

Entre 1906 y 1935 la ciudad experimentará un crecimiento notable, pues prácticamente terminará por duplicar su superficie territorial (López Moreno, 2001).²³ Gran parte de este crecimiento se explica por la cantidad de gente que llegó a vivir a Guadalajara a partir de los conflictos desatados por la revolución y la Guerra Cristera y por las oportunidades que la ciudad ofrecía. Así, por ejemplo, el III Censo General de Población, llevado a cabo en 1910, indicaba un total de 119,468 habitantes, mientras que en 1921, de acuerdo a los datos del IV censo, la población había aumentado a 143,376 habitantes (INEGI, 2000), alcanzando los 179,556 una década más tarde; en cuanto a la superficie territorial pasó de contar con 1,220 hectáreas en 1910 a 1,510 en 1921, y para 1930 sumó aproximadamente 400 hectáreas más (Núñez, 1999). Esta tendencia, en cuanto a crecimiento tanto territorial como poblacional, se iría radicalizando con el tiempo.

Cabe mencionar que este crecimiento experimentado entre 1900 y 1940, limitado en cierta forma por los conflictos que sufrió el país, no sólo impactó a Guadalajara, pues mientras la población total en México pasó de los 13.6 a los 19.7 millones de habitantes, “la población urbana ascendió de 1.4 a cuatro millones de personas, con lo que el grado de

²³ Por lo menos en proyección, pues muchos asentamientos que aparecen en el mapa de 1935, según López Moreno, aún no estaban concluidos.

urbanización (porcentaje de los residentes en áreas urbanas con respecto a los habitantes totales) se elevó de 10.5 a 20.2 por ciento” (Sobrino, 2011: 65), tomando como población urbana aquella que habitaba en zonas metropolitanas o en localidades de más de 15 mil personas, como ya lo era Guadalajara. Esto representaría, para Jaime Sobrino (2011), una de las tres grandes etapas de crecimiento poblacional que viviría México durante el siglo XX.

De los cuarenta a los ochenta: la ciudad se reconfigura

A partir de los años cuarenta, contando la ciudad con aproximadamente 229,235 habitantes en una extensión de 2,620 hectáreas (Núñez, 2007), la ciudad experimentará de nueva cuenta fuertes cambios en su configuración, esta vez producto de la ampliación de calles, la demolición y construcción de nuevas edificaciones y plazas, el movimiento de ciertos sectores a nuevas colonias, la popularización del uso del automóvil, y el crecimiento descontrolado de la mancha urbana. Por esta razón, “en esta década comienza a funcionar la primera Comisión de Planificación, Servicios Urbanos y Obras Públicas, reestructurada para atender a las nuevas necesidades urbanas y se realizan los dos primeros intentos de planos reguladores para Guadalajara” (Ibáñez y Vázquez, 1970: 18), que con el paso del tiempo, y a partir de los resultados, develarían sus grandes limitaciones.

Dentro de estas transformaciones fue el centro histórico el más afectado, pues experimentó un abandono por parte de sus antiguos moradores, tanto los “originales” como los de “alcurnia”, ya que fue sometido a un rediseño en donde se crearon una cruz de plazas alrededor de la catedral,²⁴ y se privilegió el paso de una “ciudad habitada” a una “ciudad transitada” (Aceves, De la Torre y Safa, 2004: 287). “La puntilla y el despegue de una radical transformación del centro fue la ampliación de las avenidas Juárez y Alcalde-16 de septiembre, que marcaron el principio de una rápida y radical transformación en la arquitectura y la imagen urbanas, así como los usos y destinos de la zona” (Vázquez, 2001: 17).

Oficinas y negocios sustituyeron entonces a las casas habitación, pues las familias de más dinero se trasladaron poco a poco hacia las nuevas colonias que se construían en la

²⁴ Salvador Díaz Berrio se refirió a esto como la “crucifixión” de Guadalajara, según apunta Daniel Vázquez (2001).

periferia de la ciudad en busca de una mejor calidad de vida. Esto ocasionó que durante estos años se detonara la demanda de terrenos, la inversión en bienes raíces y también la especulación, pues si bien se construyeron nuevos fraccionamientos y se lotificaron varios terrenos, muchos de estos serían revendidos a un precio mucho mayor (Ibáñez y Vázquez, 1970). “En definitiva, la trama cambia notoriamente a partir de 1945 con el nuevo concepto de los ‘fraccionamientos’, la estructuración con base en avenidas y la construcción de edificios de más de dos pisos que se desarrollan en zonas específicas de la ciudad” (Anaya y Marull, 2006: 60).

Este crecimiento de la mancha urbana terminará por extenderse a los municipios de Zapopan²⁵ y Tlaquepaque,²⁶ ya que “fue Guadalajara la que mediante una ‘geometría’ radial de expansión urbana y de una estrategia de plusvalización del suelo llegó a los límites de su periferia hasta salirse de su demarcación física, y se expandió sobre los municipios vecinos fusionándose en una mancha urbana” (Rentería Vargas, parafraseado por Núñez, 2007: 69), lo cual se explica, en parte, por la baja densidad de construcción que históricamente ha caracterizado a la ciudad y su zona conurbada (Anaya y Marull, 2006).²⁷

Además, antes de los años sesenta el sector industrial era bastante limitado, pues la mayoría de las empresas eran medianas y pequeñas, y mucha gente se dedicaba a la artesanía. Esto cambia al instalarse en la ciudad varias transnacionales estadounidenses, como Kodak, Motorola, Ralston, Purina, Sears, entre otras, lo que propicia el surgimiento de una numerosa clase trabajadora (Gilbert, 1997).

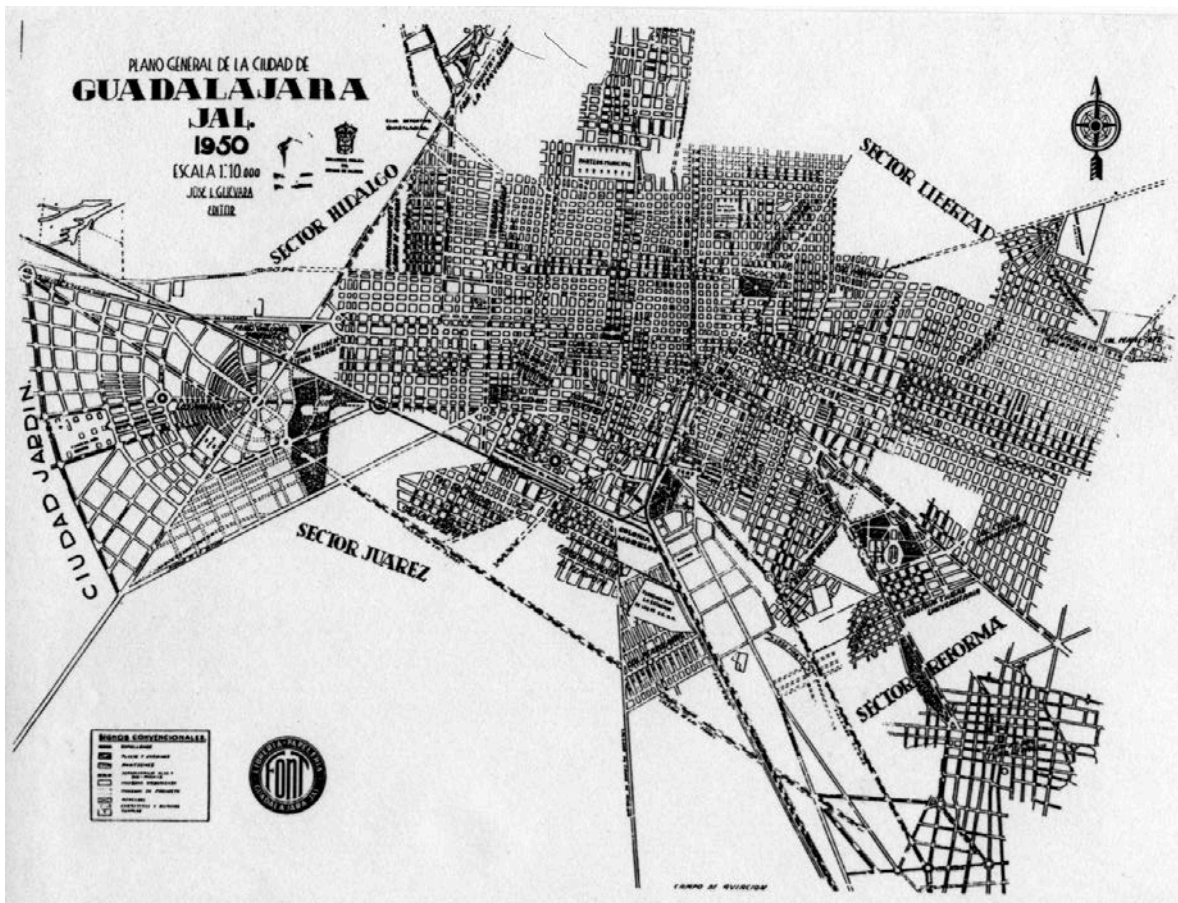
La historia urbana señala que la metropolización de Guadalajara comenzó en la década de los sesenta por el dinamismo económico de los sectores de la industria, el comercio y el de los servicios; auge vinculado con procesos económicos, políticos, sociales que

²⁵ Para el caso de Zapopan, fue Chapalita la colonia que desde su promoción en 1943 terminó rebasando los límites municipales de Guadalajara, asentándose en la villa maicera, que anteriormente había sido la hacienda de Santa Eduwiges. Esta colonia fue promovida como una “Ciudad Jardín” por su propietario, José Aguilar, pues las casas contendrían amplios jardines. Además, tendría calles circulares –lo que rompería con el diseño de cuadrícula que había caracterizado a la ciudad- y se conectaría con grandes avenidas (Núñez, 2007).

²⁶ Tlaquepaque se unió oficialmente a Guadalajara en 1959, aunque desde el siglo XIX existía una vinculación funcional y espacial entre los municipios (Núñez, 2007).

²⁷ Al respecto, Anaya y Marull escriben que “hacia 1840 casi todas sus viviendas eran de un solo nivel y únicamente las residencias de las familias más ricas de la ciudad contaban con dos niveles. Para 1945 las construcciones de dos pisos estaban muy por debajo del promedio general, situación que persistirá hasta nuestros días debido al rechazo que han manifestado los posibles compradores de vivienda por los edificios de apartamentos verticales, para favorecer lo que se ha llamado condominio horizontal” (2006: 57-58).

dieron cabida al surgimiento del mercado inmobiliario y a la urbanización del suelo tanto en Guadalajara como de los municipios colindantes (Núñez, 2011: 28).



Mapa de Guadalajara, 1950. Tomado de la página de *Facebook Imágenes Históricas de Guadalajara*.

Aunado a lo ya expuesto, parte de estos cambios se explican también por los sistemas de movilidad tanto públicos como privados que se fueron posicionando en ese tiempo. En primer lugar, los tranvías eléctricos desaparecieron definitivamente en 1944, siendo sustituidos por los autobuses de combustión interna. Y en segundo lugar, se incrementó significativamente el uso del automóvil particular, cuyo número pasó de 10,000 vehículos en 1950 a unos 36,000 en 1960 (CEIT, 2002: 27), una tendencia ascendente que se ha mantenido hasta la actualidad.

A finales de los años sesenta, por medio del capital privado se desarrollaron varios fraccionamientos urbanos de tipo campestre en los márgenes de Zapopan, como Rancho

Contento o Santa Anita, tendencia que se mantuvo en la siguiente década con la aparición de nuevas colonias ubicadas más allá de periférico, como Bosques de San Isidro —que posteriormente se llamaría Las Cañadas—, El Palomar, Pinar de la Venta y Ciudad Bugambilias, con las cuales aparece el fenómeno de los “cotos privados”, que tienen como lógica la privatización del espacio y la exclusión social, pues sólo pueden acceder a sus calles y áreas verdes quienes viven ahí, ya que cuentan con controles de acceso, muros y vigilancia (Núñez, 2007). Esta lógica de urbanización, a la cual se le puede llamar “ciudad cerrada”, es “una forma de segregación social voluntaria que se da en países subdesarrollados y en sociedades muy polarizadas que carecen de un Estado social fuerte” (Janoschka, en Cabrales, 2006: 10). Otras colonias que aparecen son San Miguel de la Colina, Colinas de San Javier, Las Fuentes, La Calma, Pinar de la Calma, Camino Real, Prados Vallarta, Prados Guadalupe y Los Pinos. Y otras de tipo popular, como Santa Margarita, o de interés social como la Unidad México (Núñez, 2007).

Para ésta década de los setenta el número de habitantes volvió a crecer, esto como “resultado del abandono que el gobierno hizo del campo-ciudad”, lo cual “coadyuva a la rapidez con que se dio la urbanización” (Regalado, 1995: 66), misma que traería aparejados varios problemas asociados a este crecimiento, como el aumento de los automóviles y, por ende, de los accidentes viales, la saturación de calles y avenidas, la insuficiencia del transporte público, la contaminación ambiental, entre otros (CEIT, 2002: 28). Por tal motivo, se siguió con la política de ampliar calles y abrir nuevas avenidas que pudieran resolver parte de estas problemáticas (Regalado, 1995). Dentro de estas obras destaca en particular la construcción, en 1973, de la avenida Federalismo, la cual incluyó la construcción de un túnel subterráneo por el que circularía el trolebús, y más tarde, a finales de los ochenta, el tren ligero (CEIT, 2002: 29).



Mientras tanto, las diferencias históricas entre el poniente y el oriente de la ciudad, lejos de reducirse, siguieron profundizándose, pues

A partir de los años setenta, la fisonomía del lado poniente se modernizó: se construyeron amplias avenidas, centros comerciales –del tipo *malls* de los Estados Unidos–,²⁸ lujosos rascacielos y colonias residenciales al estilo americano, que hacían más evidente el rezago del progreso para el lado oriente. Al oriente de la Calzada, apenas cruzándola por el centro histórico de la ciudad, se ingresaba directamente a la zona roja o de tolerancia; primero estaban los bares y cantinas, seguidos de los burdeles, para llegar directamente a los hoteles de paso. De este otro lado se mantenían los antiguos barrios y todavía más hacia las afueras estaban las reservas de mano laboral de la urbe, territorios ‘pelones’, empolvados y marginales a donde llegaban los recién migrantes del campo a la ciudad (De la Torre, 2001: 85).

En esa época, aproximadamente el 80% de las personas que vivía en la zona metropolitana se concentraban en el municipio de Guadalajara, menos del 10% en Zapopan, 7% en

²⁸ El primer centro comercial fue Plaza del Sol, en Zapopan, fundado en 1969 (Núñez, 2007).

Tlaquepaque y sólo 1.6% en Tonalá (Núñez, 2007; 2011). Sin embargo, “la visión metropolitana sólo logró concretarse en los casos del servicio de agua potable a través de la creación en 1978 del Sistema Intermunicipal de Agua Potable y Alcantarillado (SIAPA) y en 1977 del Sistema de Transporte Colectivo de la Zona Metropolitana de Guadalajara (SISTECOZOME)” (Regalado, 1995: 53), este último constituido para “ser una alternativa al monopolio de transporte urbano consolidado por la iniciativa privada” (CEIT, 2002: 29). Sin embargo, ambos sistemas, tanto el SIAPA como el SISTECOZOME, dependían más bien del Estado antes que de los municipios, por lo que esta metropolización fue sólo parcial. En el caso de la seguridad pública esta fue mucho más inestable, pasando de una visión metropolitana a una municipal en más de una ocasión (Regalado, 1995).

Lo experimentado en estas décadas en Guadalajara está en consonancia con el crecimiento y desarrollo del país, que pasó de tener 19.7 millones de habitantes en 1940 a 66.8 millones en 1980, con una tasa de crecimiento promedio anual de 3.1%, lo cual se debió a un alto crecimiento en la tasa de natalidad por un lado como a la reducción de la mortalidad por el otro, lo cual representa la segunda fase de crecimiento poblacional que identifica Sobrino durante el siglo XX (Sobrino, 2011). Este crecimiento, junto con el “modelo de desarrollo orientado hacia la sustitución de importaciones, protección comercial y atención del mercado interno” posibilitó “importantes tasas en el crecimiento de la riqueza nacional” (Sobrino, 2011: 66), lo cual llevó a la población a concentrarse principalmente en las tres grandes ciudades del país, esto es, en México, Guadalajara y Monterrey, ya que sus “economías ofrecían mayores oportunidades de desarrollo para los migrantes” (Garrocho, 2011: 169). Es por ello que “más de la mitad de la población urbana nacional (50.9%) residía en las zonas metropolitanas de estas tres ciudades y la proporción se mantuvo prácticamente constante hasta 1980 (50.3%)” (Garrocho, 2011: 169).

De los ochenta en adelante: la crisis del modelo urbano

En este último periodo la ciudad sufrirá un crecimiento desbordado y fragmentado hacia sus periferias, incrementando así las dimensiones de la mancha urbana, lo cual no sólo tiene que ver con el crecimiento de la población, sino con la falta de mecanismos que regularan tal expansión, lo que propició por un lado que los asentamientos informales, que comienzan a aparecer sobre todo en los años setenta, siguieran ganando terreno como resultado de lo

inaccesible que ha resultado ser la vivienda formal para las clases populares, pero por el otro, por el papel de la iniciativa privada en la construcción de suelo urbano, la cual siempre ha buscado la rentabilidad comercial antes que el bien público. Por ello, a partir de los ochenta el gobierno intentó regular el crecimiento urbano, por lo que a través de la Junta General de Planeación y Urbanización elaboró el Plan General Urbano para el Área Metropolitana de Guadalajara, con el cual se intentaba prever y controlar la expansión de la ciudad hasta el año de 1985.

Sin embargo, las evidencias más claras de las limitaciones de las acciones gubernamentales sobre la ciudad lo constituyen el significativo crecimiento de la pobreza y la marginación social de grandes cantidades de población y no sólo de quienes vivían en la periferia (...) el proceso de empobrecimiento o de la reducción de las condiciones de vida, ya casi a mediados de los ochenta, empezaba a ser una realidad en un espacio mucho más amplio y ya no tuvo que ver exclusivamente con vivir en la periferia metropolitana. Esto quedaría más claro a finales de los ochenta (Regalado, 1995: 68-69).

De alguna manera, puede decirse que pobreza, asentamientos irregulares y un Estado débil son factores que están interrelacionados y que contribuyen a generar una ciudad dispersa, fragmentada y segregada, pues “los procesos sociales (la pobreza y la desigualdad) afectan las estructuras espaciales (la fragmentación de la ciudad) y, simultáneamente, las estructuras espaciales (la fragmentación de la ciudad) inciden en los procesos sociales (la persistencia de la pobreza y la desigualdad)” (Garrocho, 2011: 160).

Este problema con los asentamientos irregulares, llamados así “por edificarse en tierras ejidales y comunales” en los cuales no estaba permitido construir (Núñez, en Núñez, 2011: 30)²⁹, son un “claro ejemplo del crecimiento urbano sin planeación y por tanto fuera de la ley” (CEIT, 2002: 38), que sin embargo responden a una necesidad apremiante de la población de bajos recursos, que es la de contar con un lugar para vivir.³⁰ En ese sentido,

²⁹ Según Beatriz Núñez, “el artículo 27 constitucional –hasta la reforma de 1992– no permitía la enajenación de las parcelas y en general de las tierras ejidales y muchos de ellos surgieron gracias a promotores privados” (Núñez, en Núñez, 2011: 30).

³⁰ Los asentamientos irregulares no son un fenómeno exclusivo de Guadalajara y su zona metropolitana, pues es posible encontrarlos en varios lugares del mundo. Al respecto, Daniel Vázquez ha escrito que “los ranchos, favelas, tugurios, poblaciones, pueblos jóvenes, barriadas, asentamientos espontáneos o irregulares, como se

más de un autor coincide en que “a pesar de los instrumentos de planeación, que han existido, el crecimiento de la ZMG aparece más bien como un excelente ejemplo de la no planeación” (Arias, 2010: 26). Quizá parte del problema se deba, además de la necesidad de la gente y de quienes se aprovechan de dicha necesidad, a lo complicado que resulta gestionar esta zona metropolitana, pues “a la fragmentación horizontal de competencias urbanísticas, representada por ocho administraciones municipales, y vertical, construida por tres escalones de gobierno, se añade la fragmentación de los tiempos de ejercer el poder” (Cabrales, 2010: 93).

Este problema en torno a los asentamientos irregulares no es nuevo, como de alguna forma se ya se ha dejado ver en los párrafos anteriores. Sin embargo, en la época moderna éste se detona después de 1970, pues en ese año sólo el 1% presentaba esta condición de irregularidad principalmente sobre terrenos ejidales (Castillo Girón, parafraseado por Siqueiros, 2012, 72), mientras que en el año 2000 representaba el 32% de la población, según la Información sobre Suelo Urbano en Guadalajara 1970-2000, del Atlas de la Producción de Suelo en el Área Metropolitana de Guadalajara (Siqueiros, 2012). Al respecto, Siqueiros escribe que

La venta de lotes sin servicios y sin títulos de propiedad requiere pocas inversiones y esfuerzo, e introduce al mercado suelo barato en breña, lo que ocasionó, en estas primeras décadas, un auge de asentamientos irregulares. Coincidió con un periodo de alto crecimiento demográfico, poca oferta de suelo o vivienda formal, limitaciones legales por la propiedad social del suelo, y la tolerancia y complicidad de autoridades (Siqueiros, 2012: 72).

les ha denominado, según los lugares donde se producen, son la nueva expresión latinoamericana de los antiguos *slums* de Norteamérica, y se refieren, o son resultado, principalmente de la pobreza, sus condiciones y secuelas. Sus características y condiciones son parecidas en los diferentes países, aunque sus circunstancias concretas y procesos de aparición y desarrollo sean diferentes” (Vázquez, 1998: 220-221).

Estos lugares, así como sus pobladores, suelen ser percibidos de manera negativa, lo que los hace portadores de un estigma. Loïc Wacquant, quien ha estudiado este tipo de asentamientos en Estados Unidos (guetos) y en Francia (*banlieues*), ha escrito que “se les conoce internamente y desde afuera como las ‘zonas de no derecho’, ‘los sectores en problemas’, los barrios ‘prohibidos’ o ‘salvajes’ de la ciudad, como territorios de privación y abandono a los que se debe de temer, de los que hay que huir y es necesario evitar pues constituyen focos de violencia, vicios y disolución social; esta es al menos su reputación pues, en este terreno, la percepción contribuye, y en mucho, a fabricar la realidad” (Wacquant, 2007: 13).

Al final, la antigua división física y social entre el oriente y el poniente, que operó durante casi toda la historia de Guadalajara, se ha ido desdibujando, pues en la actualidad las diferencias espaciales y sociales ya no se explican del todo con esta dicotomía. “En general se puede decir que en la parte poniente y surponiente de la ciudad se concentran los estratos medios altos y altos, al norte, sur y oriente los estratos medios y populares y en las periferias sobre todo al oriente y sur-oriente los estratos bajos” (Entrevista a González I., realizada por Siqueiros, 2012: 85). También, y como ya se ha dado cuenta, la forma de la ciudad se ha visto alterada, pues ha dejado atrás la cuadrícula de origen hispano-árabe para adoptar cada vez más un diseño anglosajón (Anaya y Marull, 2006), tanto por la aparición de los suburbios como de los grandes centros comerciales.

En cuanto al transporte público, cada vez más relevante para la movilidad en la zona metropolitana, en 1989 se inaugura finalmente la primera línea de tren ligero, la cual circula por el túnel que había sido construido debajo de la avenida Federalismo, sustituyendo así a los trolebuses. Unos años más tarde, en 1994, se inaugura la línea 2, que corre por el túnel de las avenidas Javier Mina y Juárez conectando la parte oriente de la ciudad con el centro histórico. Sin embargo, no ha tenido el éxito que se pensó, además de que fue bastante cara. También, en cuanto a transporte urbano se refiere, en los noventa se sustituyen las combis por minibuses (CEIT, 2002). A pesar de ello, es evidente la falta de inversión y planeación con respecto al transporte público, lo que ha generado un “desequilibrio” en la movilidad urbana, lo cual “ocurre cuando un modo de transporte se convierte en el único medio de desplazamiento y absorbe la mayor proporción de la inversión pública, contribuye de manera importante al deterioro de la salud y del medio ambiente y traslada a un bajo porcentaje de la población” (CEIT, 2002: 44).

Esto se explica por el hecho de que el automóvil y la infraestructura vial han sido vistos como “símbolo de progreso y modernidad”, por lo que la mayor parte de los recursos de movilidad se han concentrado en este sector (CEIT, 2002: 44), lo cual, por otro lado, no es nada extraño, pues la ciudad ha mostrado desde siempre su carácter clasista, y quienes se mueven en transporte público son finalmente quienes menos recursos tienen, orillando a estos sectores a adquirir automóviles particulares, en el caso de que su poder adquisitivo así lo permita, que terminan por saturar aún más calles y avenidas, generando así un sentido de fragmentación tanto espacial como social, lo que hace de este problema uno de los más

urgentes a resolver.³¹ Sin embargo, ni siquiera en vialidades se ha invertido lo necesario, pues “por desgracia, una de las políticas del primer gobierno panista de Jalisco –1995-2001–, fue la de ‘ahorrar’ en el rubro de obra pública (...) Esto le ha causado a Guadalajara –entre otras muchas cosas– un rezago de por lo menos diez años en estudios, planeación y ejecución de vialidades” (Anaya y Marull, 2006: 61).

En la encuesta sobre percepciones titulada “Cómo nos vemos los tapatíos” (Jalisco Cómo Vamos, 2012), el principal medio de transporte que se usa actualmente en la zona metropolitana es el camión, con un 63%, mientras que el automóvil particular es utilizado por un 26% de las personas. Apenas un año antes, esta encuesta había registrado un 67% para el uso del camión y un 20% para el automóvil, lo que parece marcar una tendencia al alza en el uso del transporte privado, evidenciando lo poco atractivo y eficiente que resulta para gran parte de la población el transporte público. Sin embargo, llama poderosamente la atención que un 78% de quienes usan el automóvil particular, según esta encuesta, se mostrarían dispuestos a dejarlo siempre y cuando el transporte público sea de calidad.

Así, a partir de todo lo hasta ahora expuesto, puede decirse que “Guadalajara, entendida como metrópoli, atraviesa por una crisis urbana sin precedentes, visible sobre todo en la problemática de un crecimiento urbano poco proclive a la disciplina urbanística y a un esquema caduco de movilidad urbana...” (Cabrales, 2010: 77). A esto han contribuido las autoridades locales, por su accionar deficiente, pero también los agentes privados relacionados sobre todo con la industria de la construcción, quienes no han tenido un contrapeso por parte de los poderes públicos, y han impuesto sus propios intereses al del resto de la ciudadanía (Cabrales, 2010: 75). Esto ha repercutido sin duda en la calidad de vida de los habitantes, sobre todo de quienes habitan las periferias, pues la segregación espacial va acompañada en algunas ocasiones de falta de acceso a distintos tipos de servicios, como pueden ser los de “educación, salud, recreación, vigilancia, recolección de

³¹ Al respecto, Rossana Reguillo comentaba en una entrevista que “hay un crecimiento muy anárquico y desordenado que complica mucho los desplazamientos cotidianos y provoca dos fenómenos fundamentales: uno es lo que podríamos denominar el repliegue al nicho propio. Cada vez hay más grupos sociales que optan por permanecer en una zona de la ciudad en tanto que sus movilizaciones son muy complicadas; eso tiene un efecto fuerte, fragmentar en términos sociales a la ciudad, a la comunidad urbana (...). Esto estimula una sociedad más fragmentada que incluso puede asumir una actitud derrotista y pesimista (...). El otro fenómeno ocasionado por la misma dificultad y diseño, es el que podríamos denominar cultura de la sospecha (...). Al volverse tan complicado el desplazamiento, al esconderse la ciudad en estos diseños de avenidas y puentes donde ella misma queda de paisaje de fondo, el ciudadano pierde la habilidad para utilizarla y apropiársela” (CEIT, 2002: 123).

basura y alumbrado” (Siqueiros, 2009: 25), que se suman a otras “debilidades y fallas” que hacen de la ciudad “vulnerable a la precariedad y a la desintegración y por ende, la inestabilidad social” (Siqueiros, 2009: 35-36).

En cuanto a la población urbana, si bien en México aumentó de los 39.6 a los 73.1 millones entre 1980 y 2005, lo que representó pasar del 59.3 al 70.8% del total de habitantes que viven en el país, el crecimiento ya no se concentró en las tres principales zonas metropolitanas, esto es, en la Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey, pues en esta tercera fase de crecimiento urbano durante las últimas décadas del siglo XX y en los primeros años del XXI, de acuerdo con Sobrino (2011), se concentró más en las ciudades y zonas metropolitanas intermedias ubicadas tanto en la región centro como en el norte del país. Aún así, el crecimiento poblacional se mantuvo constante para la zona metropolitana de Guadalajara.

De acuerdo al censo del INEGI del 2010, la zona metropolitana cuenta en la actualidad con aproximadamente 4,434,815 habitantes distribuidos entre los ocho municipios que la conforman. Guadalajara, al ser el municipio central, tiene la mayor concentración al registrar un total de 1,495,189 habitantes en una superficie totalmente urbanizada de aproximadamente 153 km². Le sigue Zapopan, ubicado al norponiente, con 1,243,756 habitantes asentados en una extensión territorial de 893.15 km², lo que lo hace ser el municipio más grande, mismo que se caracteriza por sus amplias zonas de servicios, los asentamientos de tipo residencial, las torres departamentales de lujo y algunos desarrollos de tipo popular y de interés social, construidas en lo que anteriormente eran zonas destinadas a la agricultura; Tlaquepaque, por su parte, se ubica al sur, cuenta con 608,114 habitantes y 270.88 km² de superficie, en los que predominan los asentamientos de tipo popular, zonas de servicios e industriales; Tonalá, a su vez, está ubicada al oriente, tiene una población de 478,689 habitantes y una superficie de 119.58 km², en los cuales se ubican urbanizaciones de tipo popular e interés social, además de tierras para el cultivo (INEGI, 2010; Núñez, 2011).

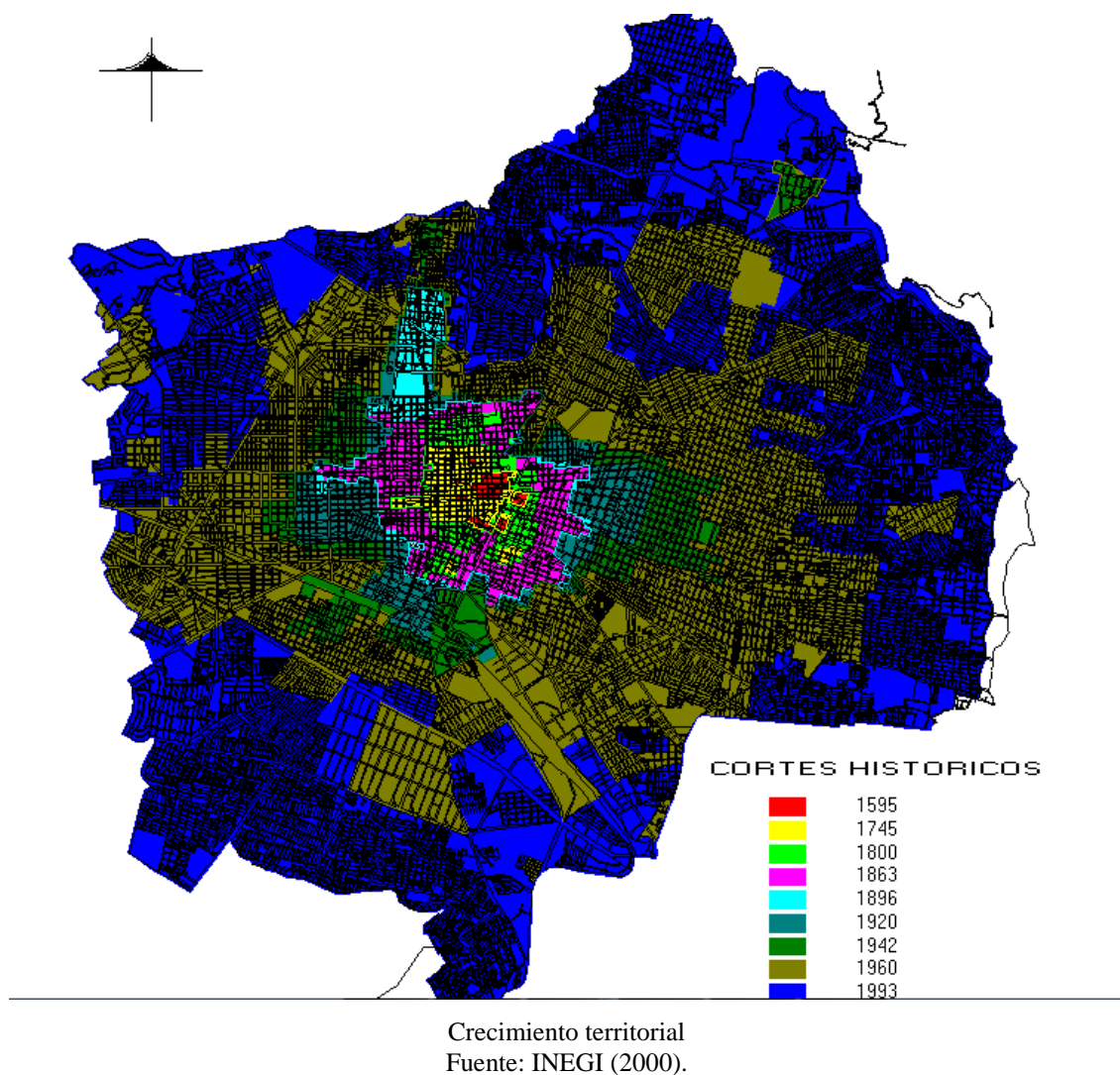
Entre los cuatro municipios restantes, que son los últimos que se han ido integrando a la zona metropolitana, se encuentran Tlajomulco de Zúñiga, que cuenta con 416,626 habitantes en 636.69 km², el cual ha experimentado un gran crecimiento poblacional y un retroceso significativo en las actividades agrícolas; El Salto, con 138, 226 habitantes y una

extensión territorial de 41.50 km², es el más pequeño de los municipios, y en él se encuentra el Corredor Industrial de El Salto; Juanacatlán, con 13,218 habitantes en una superficie de 89.08 km², se caracteriza por las actividades industriales y, desafortunadamente, por la contaminación que esto ha producido en el río Lerma-Santiago; y, finalmente, Ixtlahuacán de los Membrillos, con 41,060 habitantes y 184.25 km² de superficie territorial (INEGI, 2010; Núñez, 2011).

Tabla 1.
Población y extensión territorial de los municipios que
conforman la zona metropolitana de Guadalajara

Municipio	No. de habitantes	Extensión territorial (km²)
Guadalajara	1,495,189	153
Ixtlahuacán de los Membrillos	41,060	184.25
Juanacatlán	13,218	89.08
El Salto	41,060	41.50
Tlajomulco de Zúñiga	138, 226	636.69
Tlaquepaque	608,114	270.88
Tonalá	478,689	119.58
Zapopan	1,243,756	893.15

Fuente: Elaboración propia a partir de datos del INEGI (2010) y de Núñez (2011).



Parte II

Santa Tere(sita): un barrio tradicional

Lo que ahora se considera como un “barrio tradicional” nació siendo una colonia, la Villaseñor, alrededor de los años veinte, misma que se asentó sobre unos campos agrícolas en lo que en aquel entonces era el occidente de la ciudad (López Moreno, 2001) y en donde aparentemente sembraban algodón, pues se le conocía como “los algodonaes”, de acuerdo con el padre Ángel López, quien actualmente oficia en la parroquia que ahí se asienta. El dueño era Don Silvano Camberos, de la región de Los Altos, quien junto con sus hijos Francisco y Elena conformó la Compañía Jalisciense Urbanizadora, S.A. (Gómez Sustaita y

Gil Flores, 2008: 10), a partir de la cual “trazaron calles rudimentarias y procedieron a vender lotes, sin preocuparse por instalar servicios de agua o drenaje, ni por construir aceras” (De la Peña y De la Torre, 1990: 579). Sin embargo, más adelante, con la construcción de la iglesia de Santa Teresita del Niño Jesús –gracias a la intervención del Padre Romo, quien llegó al barrio en 1933–, del mercado y de otro tipo de comercios, que generaron una intensa vida comunitaria en su interior, esta colonia terminó siendo reconocida como barrio (López Moreno, 2001; De la Peña y De la Torre, 1990).

De acuerdo con López Moreno, este cambio de colonia a barrio se debe a que

las colonias tenían una vocación residencial, a diferencia de los barrios, en los que la heterogeneidad de actividades y usos de suelo eran comunes (...). Las colonias (...) se hacían a partir de un proyecto definido de desarrollo de un área específica; tenían como fin el que un grupo particular viniera a habitar en ella. Proyecto que además perseguía objetivos comerciales, en el que la venta de lotes se apoyaba en aspectos publicitarios variados: higiene, progreso, viviendas económicas, etcétera. Mientras que el crecimiento en los barrios era más espontáneo, en el seno de la propia cultura y por lo general en torno a una iglesia importante (López Moreno, 2001: 171).

El surgimiento de esta urbanización, así como de otras que aparecen en esa época, se debió al crecimiento poblacional que experimentó Guadalajara, primero por la revolución y después por la Guerra Cristera, lo que propició que muchas personas, principalmente de la región centro-occidente del país, donde la presencia indígena es menor, y donde la cultura española estaba más arraigada al igual que el catolicismo (De la Peña y De la Torre, 1990: 572), dejaran su lugar de origen para migrar a la ciudad, lo que generó una presión demográfica que dio como resultado el crecimiento natural de la mancha urbana hacia sus periferias. En el caso de la colonia Villaseñor, que abarcaba la parte oriente de lo que hoy es el barrio de Santa Teresita (Robles Gómez, 1995: 29), muchos de sus pobladores llegaron principalmente de la región de Los Altos de Jalisco, particularmente de Jalostitlán, Tepatitlán, Arandas y Valle de Guadalupe (Gómez Sustaita y Gil Flores, 2008: 5), pues durante la Cristiada “muchas gente perdió sus propiedades, y al terminar el conflicto bélico emigraron a la ciudad”, asentándose “donde no había población, o donde podía haber posibilidad de adquirir un predio para establecerse”, de acuerdo con el padre Ángel.

Pero además de Los Altos de Jalisco también se avecindaron en esta colonia pobladores que ya vivían en otras partes de la ciudad, a quienes se les ofrecían pequeños lotes que oscilaban entre los 40 y 60 metros cuadrados, aunque quienes tenían mayor poder adquisitivo tuvieron la posibilidad de hacerse de terrenos más grandes,³² algunos de los cuales terminaron constituyéndose como vecindades donde vivía la gente que contaba con menos recursos (De la Peña y De la Torre, 1990: 579). Pero si bien la necesidad de conseguir un espacio para vivir explica en parte el crecimiento del barrio, su consolidación no puede entenderse sin la presencia del padre Román Romo, proveniente también de Los Altos de Jalisco y perteneciente a una familia cristera –por lo que le tocó sufrir cárcel así como el fusilamiento de un hermano por parte del ejército–³³, quien llegó al barrio en 1933 con “la misión de fundar una parroquia y hacerse cargo de los fieles” (De la Peña y De la Torre, 1990: 579), lo que sirvió, en palabras del padre Ángel, como “detonante (...) para que la gente se empezara a establecer”.

Si bien la capilla –construida a partir de la donación de un terreno por parte de los Camberros en 1932– fue en un principio el eje de la vida barrial, el padre Romo logró involucrar a los vecinos en la construcción de un templo de mayores dimensiones, por lo que fue adquiriendo los terrenos aledaños a ésta. “Era un hombre de gran visión. O sea, ya el hecho de comprar propiedades para construir el templo eso ya es señal de que era un hombre sumamente emprendedor y confiado pues en la providencia”, dice el padre Ángel, “pues lanzarse en esa obra tan... pues tan monumental como es éste templo pues es que tenía agallas.” Así, logró que los hombres contribuyeran con su fuerza de trabajo mientras que las mujeres por su parte llevaban la comida, ya que prácticamente “todos los del barrio eran muy aportadores al templo”, como recuerda Doña Marina, jubilada del magisterio y quien vivió en Santa Teresita los primeros treinta y un años de su vida, esto es de 1943 a 1974, pues su padre fue uno de los que trabajó en la construcción.

Esto fue posible gracias a que el Padre Romo, al poco tiempo de haber llegado al barrio,

³² Para Gómez Sustaita y Gil Flores (2008: 10) los predios que se ofrecían iban de los 50 a los 100 metros cuadrados, pudiendo llegar hasta media hectárea.

³³ De acuerdo con Gómez Sustaita y Gil Flores (2008), así como doña Marina, el hermano del capellán fue Santo Toribio Romo González.

fundó una rama local de Acción Católica –una asociación laica dependiente de la parroquia– con sección para hombres, mujeres, jóvenes y niños. Las familias de Santa Teresita eran inducidas a participar en las reuniones de Acción Católica y por tanto ésta se convirtió, junto con las redes de parentesco, en un espacio social relevante (De la Peña y De la Torre, 1990: 579).

A partir de este espacio logró que los vecinos construyeran, además del templo, un pozo de agua potable, letrinas bajo ciertas normas de higiene, así como importantes obras sociales en el tiempo que estuvo frente a la parroquia, pues el barrio carecía de servicios públicos, ya que además de ser una urbanización nueva, “pues era muy pobre”, al grado que se le conocía con el nombre de “el arrabal”, de acuerdo con Doña Marina, a partir tanto de sus propios recuerdos como de lo que le contaba su abuelita, quien había llegado a vivir al barrio al poco de que éste se fundara. Es por ello que “al principio no había agua en las casas”, por ejemplo, por lo que “tenía uno que ir a la esquina” para acarrearla. Para ello había llaves, que eran públicas, y la gente usaba tinajas, botes o lo que tuvieran a mano para poder transportarla. Estas tomas de agua servían, además, como punto de encuentro entre los vecinos, lo que les permitía “comadrear”, reforzando de esta forma los vínculos sociales.

Asimismo, tampoco había electricidad, ni pública ni al interior de las casas, por lo que iluminaban con velas y con otros “aparatos”, como el quinqué y lámparas de petróleo. En cuanto a las calles, que eran en un principio de tierra, los vecinos tenían la obligación de barrerlas todos los días antes de cierta hora, so pena de ganarse una multa, pues los policías, que eran “unas autoridades muy atentas (...), casa que no estuviera barrida, le hacían su notita y tenían que ir a pagar multa”, ya que “diario diario diario a las diez pasaban”, según cuenta Doña Marina. Fue hasta los años cincuenta que “se contó con pavimento, drenaje y agua potable”, y una década más tarde “se instaló el servicio de electricidad y alumbrado público” (De la Peña y De la Torre, 1990: 580). La introducción de estos servicios, en particular el de la electricidad, modificó la vida de los pobladores del barrio, pues, de acuerdo con Doña Marina, los niños ya podían “jugar hasta más noche, estudiar, ir a la calle tantito, porque, ¿antes cómo?, todo oscuro, no salíamos”.

La gestión de estos servicios públicos tuvo en las reuniones de Acción Católica un espacio privilegiado, además de que en ellas el padre “organizó colectas y brigadas de

trabajo voluntario y limosnas y fundó escuelas para niños y para niñas, un ‘preseminario’, un centro social, un orfanato, un hospital, un dispensario”, entre otras cosas (De la Peña y De la Torre, 1990: 580). Es por ello que el padre Romo “buscó la promoción social de la comunidad”, en palabras del padre Ángel López.

A él se debe la construcción del colegio parroquial que llevaba el nombre de Santa Teresita. Sabemos que la legislación mexicana impide que un centro educativo lleve el nombre de un santo, pero aquí en el barrio es el colegio de Santa Teresita, y buscando precisamente la promoción de la niñez. Y bueno, con la visión de su tiempo (haciendo énfasis en esto), que no hay que juzgarlo con los criterios de hoy, sino con el tiempo en el que le tocó vivir, él construyó el colegio de Santa Teresita, únicamente nivel primaria, y de acuerdo con la mentalidad que le tocó vivir, separado una parte para niños y otra parte para niñas.

Esta escuela estuvo durante muchos años a un costado del templo y luego se cambió a Francisco Zarco y Andrés Teherán, a donde está ahora, y si existía esta división entre niños y niñas era “porque al señor cura no le gustaba que se juntaran”, lo que no impedía que saliendo de la escuela se encontraran todos y se mezclaran, como comenta Doña Marina.

Si bien el ámbito parroquial permitió –y logró– “una mayor escala y estabilidad en las relaciones sociales”, esto fue no sólo por las actividades propias de la religión, ya que “incluso las actividades recreativas –teatro, cine, kermeses, fiestas– giraban en torno a la parroquia” (De la Peña y De la Torre, 1990: 580). Pero también, a través de las diversas organizaciones vinculadas a Acción Católica, el padre Romo ejerció un fuerte control de la vida en el barrio, por lo que no permitió que “se instalaran cantinas, billares o centros nocturnos”, ni tampoco que entraran “protestantes, evangélicos o mormones” (Gómez Sustaita y Gil Flores, 2008: 15). Sin embargo, durante los últimos años del padre Romo, quien falleció en 1981, se vio disminuido éste férreo control, por lo que “se derribaron las vecindades, se construyeron edificios comerciales, se abrieron escuelas de gobierno, brotaron negocios de todo tipo –incluso cantinas–” (De la Peña y De la Torre, 1990: 582) sin que pudiera impedirlo.

En cuanto a las actividades de los vecinos, varios de ellos se dedicaban en un principio a la agricultura, ya que “las casas tenían tipo parcelas, o corrales, como les decían,

y vendían sus productos” tanto en las calles como alrededor del templo, según Doña Marina. Entre las cosas que se sembraban estaba el maíz, chayote, limas, limones, aguacate, guamúchil y mezquites. La carne de los animales que tenían en sus casas, en caso de que tuviesen esa posibilidad, también la comercializaban. “Cada ocho días mataba mi abuelito, cada ocho días, y vendía. Iban a la casa ahí a comprar la carne, que el cuerito y pues todo, pero sí se vendía en las casas”. Pero con el tiempo tanto tener animales como matarlos dentro de las casas se prohibió, “porque ya todo en el rastro”. También se vendía ropa, primero en la calle y luego, más tarde, en tiendas, aunque el barrio no tenía aún ese carácter eminentemente comercial que tiene ahora.

Además, “en 1950 había talleres y otros negocios familiares casi en cada cuadra. El autoempleo fue fundamental en la creación de las zonas comerciales que ahora se conocen y que frecuenta mucha gente de la ciudad” (Gómez Sustaita y Gil Flores, 2008: 8). Y en cuanto al mercado Manuel Ávila Camacho, éste se fundó en 1951 en los terrenos de lo que había sido una maderería, misma que se quemó, posibilitando que este espacio se convirtiera en otro nodo importante de la vida social del barrio, ya que anteriormente la gente hacía varias de sus compras en el mercado de San Juan. Asimismo, la ubicación del mercado, la diversidad de negocios y el tianguis que más tarde se instalaría, terminaría atrayendo a vecinos de algunas de las colonias aledañas que contaban con un mayor poder adquisitivo, lo que sin duda reforzó el carácter comercial de la zona.

Es por ello que en la actualidad hay zonas que han dejado de ser habitacionales o mixtas para convertirse en comerciales totalmente, por lo que el barrio suele ser muy transitado y tener una intensa actividad en su interior durante el día, pero por las noches, y por la misma razón, algunas partes quedan completamente vacías. “Hoy 2014, 2015, vamos diciendo, la población ha disminuido, porque existen bastantes locales comerciales. O sea, las casas habitación se han habilitado para locales comerciales, así que la gente pues ha tenido que irse de aquí”, de acuerdo con el padre Ángel López, lo cual puede ser fácilmente corroborado al transitar por sus calles. Además del comercio, el templo de Santa Teresita sigue convocando a buena cantidad de personas, tanto del barrio como de fuera, pues de acuerdo con el padre Ángel es uno de los templos donde más servicios religiosos se ofrecen dentro de la zona metropolitana –seis misas al día, además de confesiones–.

El Cerro del Cuatro: la lucha por la vivienda. El caso de La Mezquitera y la Nueva Santa María

En el Cerro del Cuatro, ubicado al sur de la zona metropolitana de Guadalajara, en el municipio de Tlaquepaque, se ubican varias colonias que surgieron como asentamientos irregulares entre los años setenta y ochenta del siglo pasado, evidenciando las limitantes gubernamentales tanto para gestionar y regular el uso del suelo urbano como de brindar programas de vivienda a los sectores populares. Esto permitió el protagonismo de otros actores en la construcción de la ciudad, pues en buena medida fue a través de ellos que las personas de bajos recursos adquirieron terrenos para levantar sus viviendas. Es el caso de organizaciones políticas –asociadas al partido en el poder–, quienes repartieron lotes a través de relaciones clientelares, así como de extorsionadores que vendían predios que no eran de su propiedad, lo que terminó detonando una serie de conflictos legales y de inseguridad sobre la tenencia de la tierra que en algunos casos se mantiene hasta nuestros días.

Este cerro, conocido por albergar en su cima varias antenas de televisión visibles desde casi cualquier punto de la ciudad, alcanza una altura máxima de 1,870 metros sobre el nivel del mar (ITESO, 2011), y entre las colonias que se asientan en su lado poniente, que es el que está urbanizado, se encuentran La Mezquitera, Nueva Santa María, Buenos Aires, Francisco I. Madero y Guayabitos, que si bien comparten una ubicación geográfica muy particular, así como historias y problemáticas similares, también tienen varias diferencias entre ellas. Sin embargo, este apartado centra su atención sobre las dos primeras por ser en las que viven los jóvenes de este estudio.

Así, en lo que respecta a La Mezquitera, ésta fue la primera colonia en surgir en el cerro entre mediados y finales de los setenta. Doña Elba³⁴ lo recuerda bien porque en ese entonces estaba embarazada de una de sus hijas y porque además fue de las primeras pobladoras que se instaló ahí cuando aún no había nada ni nadie. Sin embargo, conseguir un terreno no fue tarea fácil, pues en esa época había muchos extorsionadores que se aprovechaban de la necesidad de las personas. En particular, doña Elba recuerda que una vez asistió a una charla de una organización llamada Consejo Agrarista Mexicano.

³⁴ Todos los nombres de entrevistados que aparecen en este documento han sido cambiados con la intención de proteger su identidad.

Una noche nos dicen “a las doce de la noche les vamos entregar unos terrenos (ríe). “¿Cómo a las doce?”, les dije, “¿por qué no en el día?”. “No, es que a esa hora, para que cuando ya amanezca, ustedes ya tengan su terreno”. Y nos pidieron dinero. Yo dije no, ni tengo la cantidad de dinero, que ahorita no recuerdo cuánto, pero para mí era mucho, y además cómo me llevo a mis niños allá. Y yo no fui. Pues mis vecinos de por ahí, los que conocían la reunión, todos se fueron, y a los poquitos días los sacaron, la policía. Fue una invasión aquí para Miravalle.

Esta necesidad por conseguir dónde vivir por parte de las familias de escasos recursos, así como la ausencia –o complicidad– del Estado para controlar y sancionar la venta ilegal de terrenos, ocasionó que muchas personas en esa época perdieran su dinero a manos de extorsionadores, además de quedar expuestos al desalojo por parte de la fuerza pública. En ese sentido, el desamparo institucional por parte del Estado pareciera ser una constante en la conformación de estos barrios, pues su presencia ha sido siempre bastante limitada.

Al mismo tiempo, y a la par de los extorsionadores, las organizaciones partidistas, vinculadas al partido en el poder –esto es, al Partido de la Revolución Institucional–, terminaron convirtiéndose en importantes mediadores para que estas personas consiguieran un pedazo de tierra. En el caso de La Mezquitera, por ejemplo, la mayor parte de quienes llegaron a vivir ahí lo hicieron a través de Elisa Cantero, militante del PRI, quien consiguió terrenos para sus seguidores. De acuerdo con don Alberto, de 61 años, que se dedica a trabajar el aluminio y el cristal, y quien llegó a finales de los setenta a vivir a esa colonia, “Elisa Cantero era la mera mera líder, pues, que traía a la gente”, la mayoría de la cual vivía por Oblatos. “O sea, lo que viene siendo en sí en sí en sí La Mezquitera, haz de cuenta que la gente es de Oblatos (...), allá hacían las sesiones cuando se pobló porque la señora Elisa (...) vivía allá”. Es por ello que las calles llevan el nombre de esta señora así como de algunos de sus más cercanos seguidores, lo cual no es bien visto por quienes no llegaron a través de ella o no simpatizaban con sus formas de operar.

Esta organización, comandada por Elisa Cantero, se llamaba Central Unificadora se Colonos, y repartió aproximadamente unas cinco manzanas, por lo que la mayoría de los pobladores llegaron al mismo tiempo. Pero además de esta vía, otras personas, como doña Elba o doña Rosa, llegaron a través de la Comisión para la Regularización de la Tenencia

de la Tierra (CORETT), organismo gubernamental que también participó en la entrega de terrenos, mientras que otros llegaron desplazados de Polanco, ya que vivían donde estaban construyendo una caja de agua, por lo que tuvieron que ser reubicados ahí. Don Alberto, por su parte, llegó por invitación de su hermano, quien había sido de los primeros en conseguir un lote a través de Elisa Cantero, aunque no por ser parte de su organización, sino porque su pareja era familiar de esta señora.

Pero independientemente de la forma en cómo se hicieran de un terreno, para los primeros que llegaron “el problema era que no había agua, no había luz, no había nada (...). Era un cerro, un campo, un monte. Así, piedras... un monte”, de acuerdo con doña Elba, y en lo que coinciden prácticamente todos los entrevistados. A pesar de ello, los terrenos que se repartieron tenían que ocuparlos lo más pronto posible para no perderlos si se presentaba alguna invasión ilegal, las cuales eran bastante frecuentes en ese tiempo. Por lo tanto, “era de llegar rápido, así que todos eran con lámina negra y así, sin nada. Yo también llegué así, porque dije, no, a qué horas voy a levantar algo, y no tenemos dinero, y va a estar mi terreno solo, y así me vine, fíjate”.

Para don Alberto, por su parte, venirse a vivir para acá no fue una decisión sencilla, independientemente de que estuvieran baratos los terrenos y de que ahí viviera su hermano, pues también coincide en que “prácticamente era puro cerro, o sea, no había nada”, más allá de algunas casas de cartón, mientras que en La Normal, que es por donde él vivía, “había casas y había todo. No tenía dinero, ni nunca lo he tenido, pero simplemente pues vivíamos más a todo dar allá”. Por ello se esperó un tiempo antes de tomar la decisión, hasta que encontró un trabajo sobre Ocho de Julio, cerca del cerro, y un lote ya medio fincado en La Mezquitera, lo que terminó por animarlo. Doña Rosa, de 71 años, y quien vivía cerca de la basílica de Zapopan con sus padres, reconoce que tampoco le gustaba ahí “porque no había nada de servicios”, pero la necesidad de tener algo propio donde meter a sus hijas la empujó a venirse a ésta colonia.

Este proceso de urbanización, donde la gente se establece sin contar con ningún tipo de servicios públicos, difiere de los que podríamos llamar asentamientos formales.

En los asentamientos informales las habitaciones se producen precisamente a la inversa de lo que prescribe el urbanismo tradicional. Los informales ocupan primero el lote,

después construyen, luego habilitan y sólo al final obtienen la propiedad del terreno; exactamente a la inversa de lo que sucede en el mundo formal. Es por esto que evolucionan de una manera distinta que la ciudad tradicional y dan la impresión de hallarse en edificación permanente (Soto, *et al*, en Vázquez, 1998: 223).

Prácticamente la mayoría, si no es que todos, adquirieron sus terrenos en “abonos”, esto es, dando un pago inicial y luego haciendo pagos mensuales hasta terminar de cubrir el monto que se les pedía. Además, para asegurar sus terrenos, muchos de ellos prácticamente se instalaron desde el primer momento en que pudieron, por lo que normalmente construían un cuarto con láminas de cartón donde pudieran meterse con sus familias. Y ya luego, dependiendo de sus posibilidades, irían metiendo materiales más resistentes y durables y creciendo poco a poco las casas, lo cual fue un proceso que prácticamente recayó en cada una de las familias.

Así, de acuerdo con doña Rosa, ella fue “fincando poco a poquito, como Dios me dio a entender, ¿verdad?”. Para ello contó con la ayuda de su padre, quien le ayudó a pagar a un albañil que le construyera sus primeros cuartos, además de que en aquel entonces las tiendas de materiales también les vendían en abonos, “de que cada ocho días da uno para material, y te lo traen en tres pagos”. Y es que en ese entonces daban unos volantes donde se informaba sobre materiales fiados, según cuenta don Alberto. “Te fiaban el cemento, te fiaban la... dabas abonos, como rifa, o sorteo, pues (...). Construya ahora, pague después”. Sin embargo, el proceso de construcción del barrio fue lento, pues de acuerdo con don Alberto, “tiene como por así decir de unos diez años para acá que empezaron a fincar, porque de diez años pa’ atrás si tú hubieses venido todas las casas se veían así bien humildes todavía”. La razón que él da sobre estas mejoras es que los hijos de las familias fueron creciendo y ayudando para ampliar y arreglar las casas.

Por otro lado, la carencia de servicios públicos que sufrieron los vecinos en un primer momento los llevó a buscar alternativas para poder adquirirlos. Así, “como no había agua ni nada, entonces empezamos a buscar quien nos vendiera agua, y por aquí en Polanco había gentes que tenían pipas y nos traían. Comprábamos agua, nos llenaban un tambo de 200 litros, creo que por 10 pesos”, de acuerdo con doña Elba. Con el tiempo, el gobierno de Tlaquepaque terminó enviando pipas de agua a la colonia, las cuales proveían a quienes militaban en las estructuras del partido oficial, pero, siguiendo con doña Elba, “pa' nosotros

no porque no éramos priístas”, lo que deja ver preferencias en el acceso a los servicios públicos en este tipo de asentamientos. Posteriormente se instalaron tomas de agua en algunas esquinas, según don Alberto, “así que si tú ocupabas agua caminabas, ibas a la llave, la abrías, te cargabas y ya te venías”. Pero estas tomas, también llamadas “hidrantes”, llegaron a ser insuficientes, por lo que las pipas tenían que seguir yendo a la colonia. Y en cuanto a la luz, “la iban a traer desde el Consuelo. Se juntaban varios y compraban alambres y la traían robada. Quitaban los alambres, se los robaban, y de vuelta”, según doña Rosa, quien además comenta que no había drenaje, sino “pura fosa”, todo lo cual le lleva a decir que “le estuvimos batallando”.

Para conseguir estos servicios, algunos tuvieron que gestionarlos a través de Elisa Cantero, como apunta don Alberto, esto es, a través de estructuras clientelares ante la ausencia de las instituciones del Estado que cumplieran esa función.

O sea, has de cuenta que aquí había una señora que se llamaba Elisa Cantero, que fue la que ya se murió, y fue la que nos dio la toma de la luz, pues. O sea, digamos, vino la comisión y teníamos que ir con ella para hacer nuestro contrato aquí en la avenida Mezquitera, tenía sus oficinas, y ahí íbamos nosotros “sabe qué, yo quiero luz”, y ya te contrataban, y ya venían y te ponían la luz.

Este tipo de gestión no era del agrado de todos, ya que para algunos lo que hacían estas personas era robar a los vecinos. “Yo le llamo robar a que hagan una reunión cada ocho días y te estén pidiendo dinero”, de acuerdo con doña Elba. Por ello algunos de los habitantes de esta colonia terminaron por organizarse en otro tipo de estructuras, ajenas a los partidos, dentro de las que destaca la Unión de Colonos Independientes (UCI), la cual nace entre finales de los ochenta y principios de los noventa gracias a la intervención de padres jesuitas que hacían trabajo comunitario en las colonias del cerro. La ventaja de esta organización, de acuerdo con el jesuita David Velazco, y quien trabajó sobre todo en la Nueva Santa María, era que desde ella se manejaba información de primera mano, además de que orientaban y ayudaban a los vecinos a tomar decisiones, lo que llevó a la gente a confiar en ellos. Con esta organización en marcha lograron gestionar la introducción de algunos servicios básicos así como la regularización de sus terrenos.

La UCI se convertiría de esta manera en la primera organización en la colonia que era antagónica a la del partido oficial que ahí existía, según doña Elba, quien además agrega lo siguiente sobre la participación de los jesuitas:

...ya ves que los pinches jesuitas son bien profesionales pa' eso. Tienen su, o sea, muy profesionales, y nos hicieron un esquema muy padre, de equipo promotor y bueno, todas esas cosas... Bueno, fueron mi escuela, pues. Y luego, le empezamos a luchar duro, y fue como logramos, obviamente, con una asesoría como la de ellos, tocamos las puertas adecuadas, llegamos a donde teníamos que llegar, hicimos lo que teníamos que hacer. Ellos nos decían cómo hacerle, con quién ir y todo. Nos abrían puertas con difusoras cuando había que denunciar, y este, y, en fin, todo ese montón de cosas que se ocupa para una organización. Y se me hizo muy importante porque con eso desatoró muchas cosas. Es que estos jesuitas tienen contactos, ¿no?

De acuerdo con David Velazco, la UCI se conformó con personas que de alguna u otra forma ya participaban en organizaciones sociales desde tiempo atrás.

O sea, la UCI no nace, o no surge como caída del cielo o sin tomar en cuenta antecedentes y demás. Mucha gente había participado en grupos, en organizaciones, algunos más directamente relacionados con la iglesia y otros no tanto, pero simpatizaban con esta idea contra los partidos políticos, con cierta autonomía del gobierno y también de la iglesia, ¿no?

Con la introducción de los servicios públicos la percepción de las personas en torno al barrio fue cambiando. Así, cuando instalaron el alumbrado público, doña Rosa comenta que “pues ya sentía menos miedo, porque daba miedo salir hasta la puerta. Y ya, pues, ya llegó la luz y ya nos sentíamos más con confianza”. Y no es que antes fuera más inseguro, pero tener las calles iluminadas les proporcionó una sensación de tranquilidad que antes no tenían. Sin embargo, la introducción de algunos servicios no fue tan sencilla, y esto por las condiciones que se presentan en el cerro, pues en general está formado por roca sólida, por lo que introducir el agua potable y el drenaje resultó complicado. Según don Juan, quien vive en la colonia Francisco I. Madero, tuvieron prácticamente que dinamitar para poder

introducir estos servicios, lo que deja en claro lo poco apto de este terreno para la urbanización y lo caro que esto termina resultando para el Estado.

Por otro lado, en el caso de la Nueva Santa María, a pesar de que comparte varios de estos problemas, su historia es un tanto diferente. Los terrenos en los cuales está asentada ésta colonia pertenecían, según Carmen Castañeda, a la comunidad indígena de Santa María, quienes en 1983 los empezaron a vender, aunque varios de ellos ya habían sido ocupados desde un año antes (ITESO, 2011). Sin embargo, David Velazco no duda en decir que “la Nueva Santa María surge de un gran fraude”, pues la invasión de estos terrenos se basa en “una hoja, sellada y firmada por la comunidad indígena Santa María Tequepexpan, y eso es casi equivalente a una escritura sellada, notariada y registrada en el Registro Público de la Propiedad... Pero eso es pura falsedad”. Además, de acuerdo con doña Elba, con la conformación de esta colonia “empiezan la vendedera y la invasión de terrenos” que termina por detonar los asentamientos irregulares en el cerro, lo cual fue posible ante la falta de una autoridad que controlara el crecimiento de esa parte de la ciudad.

Pero muchos de estos terrenos que se vendieron, que son más grandes que los que hay en otras colonias que se ubican en esta zona, resultaron tener más de un dueño, esto es, los extorsionadores aprovecharon la oportunidad para obtener beneficios a partir de engañar a las personas mostrando escrituras falsas y obligándolos en algunos casos a pagar nuevamente por el terreno que ya habían adquirido. En ese sentido, en la Nueva Santa María –así como en otras colonias de orígenes similares–, “los vecinos han vivido un largo proceso para la regularización del asentamiento y de sus viviendas, así como para contar con los servicios necesarios” (ITESO, 2011: 25). Al respecto, Luis Felipe Siqueiros ha escrito que

El proceso de consolidación de una colonia de origen irregular es por lo tanto muy penoso. Dependiendo de las condiciones y ubicación de la colonia, puede significar toda una vida de esfuerzos con poca retribución o sin equivalencia con los resultados: años de trabajo y sobrecosto con una plusvalía mínima y condiciones incipientes de integración a la ciudad (Siqueiros, 2012: 85).

Las personas que llegaron a esta colonia, de acuerdo con David Velazco, venían “de distintas partes. O sea, nosotros localizamos gente que venía desde el centro, o sea, sector

Libertad, atrás de San Juan de Dios, Álvaro Obregón, toda esa zona, eh, que vivían en vecindades, y por lo tanto rentaban”, además de Lomas de Polanco, Echeverría, López Portillo, esto es, de colonias que se encuentran entre Patria y Lázaro Cárdenas y que de alguna forma siguen el proceso de urbanización de la ciudad. Y mucha de esta gente, según Velazco, pertenecía al grupo del priista Alfredo Barba, mientras que otros formaban parte de organizaciones de izquierda. Por otro lado, en cuanto a la adquisición de los servicios públicos, el proceso fue bastante similar al de La Mezquitera, lo mismo que en cuanto a la construcción de las viviendas. Al respecto, David Velazco rescata un refrán que tenían las familias en ese entonces: “esta semana comemos o construimos”, que deja ver el drama cotidiano al que se enfrentaban.

Pero a éstas dificultades que han tenido que pasar los pobladores del cerro, tanto los de La Mezquitera como de la Nueva Santa María, se suman dos intentos de desalojo, uno en 1984 y otro en 1987 (ITESO, 2011). Sobre el primero, doña Elba recuerda que un día la avenida Ocho de Julio estaba bloqueada por la policía, por lo que las pipas de agua no podían subir a abastecerlos. Al preguntarle a uno de los oficiales la razón de dicho bloqueo, éste le contestó: “porque hay una orden, señora (...), porque están invadiendo los terrenos”. Sin embargo, y gracias al apoyo de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG), a quienes fueron a buscar para pedirles ayuda, lograron evitarlo. Menos suerte tuvieron en 1987, pues las autoridades aprovecharon un fin de semana para llegar con maquinaria pesada a la Nueva Santa María y derrumbar varias casas en el lapso de tres días, según doña Elba, hasta que de nueva cuenta aparecieron los integrantes de la FEG, que en aquel entonces “hacía cosas buenas”.

Si bien en un principio estas colonias no estaban del todo conectadas con el resto de la ciudad, tanto porque no había caminos en buen estado como por el hecho de que no entraban las rutas de transporte público, actualmente esto ya no es un problema, pues la avenida Ocho de Julio ha sido pavimentada y varias rutas de transporte público atraviesan no sólo la avenida, sino incluso las mismas colonias que aquí se encuentran. Esta conexión sin duda reduce en cierta forma las condiciones de segregación en términos espaciales (por el hecho de que las personas pueden salir y entrar a sus barrios con cierta facilidad, aunque el problema aquí es que casi no entran personas ajenas a los mismos), pero se mantienen otras de índole socioeconómico, como se detallará más adelante.

En cuanto a la infraestructura pública, tanto La Mezquitera como la Nueva Santa Rosa cuentan con calles empedradas, algunas pavimentadas y otras más con “piedra ahogada” en cemento, aunque hay una carencia bastante marcada de espacios públicos destinados al ocio al igual que áreas verdes, pues son mínimos los que existen y normalmente están bajo el control de las pandillas locales, por lo que su uso es restringido. En cuanto a los servicios públicos, como luz, agua, drenaje, etc., están presentes en casi la totalidad de las viviendas –sino es que en todas–, aunque en algunas calles falta iluminación por las noches. Respecto a las casas particulares, varias de ellas lucen ya terminadas, esto es, con enjarre y bien pintadas, mientras que muchas otras se encuentran en obra negra o en alguna fase de construcción. En ese sentido, estas colonias se han ido consolidando con el tiempo, lo que lleva a decir a doña Rosa que “le sufrimos, pero mira, ya estamos bien, gracias a Dios”.

Sin embargo, existen problemas muy puntuales que afectan a las colonias del cerro, como la violencia entre las pandillas y el consumo y venta de droga, esto último debido a la existencia de una “plaza” –o cártel–, así como el robo, principalmente a automóviles. Si bien el problema de la venta de droga no es nuevo, sí ha cambiado en sus formas de operación, pasando de narcomenudistas que vendían por la libre, a quienes Martha, una joven de 27 años que vive en La Mezquitera, llama “corredores”, a organizaciones que controlan el territorio. “Ahora ya son cárteles que están dentro del cerro, este y... pues ahí hay chismes, y la gente te dice, ¿no?, pues fíjate que hay que cuidarnos”. Y en cuanto al consumo, este pareciera estar más extendido, de acuerdo a la percepción de doña Rosa, “pues es que ya le tiene uno miedo salir hasta a la calle. Como que hay tanto... (su tono es igual, contenido, de rabia e impotencia) drogado... tanto... nomás ya no halla uno”.



Mapa: Colonias Nueva Santa María y La Mezquitera, ambas ubicadas en el Cerro del Cuatro. Elaborado a partir de *Google Maps* por Andrea Kratzer.

Conclusiones

Si toda relación humana es una relación de poder, esta relación deja su impronta en la estructura socioespacial de la ciudad, así como en sus dinámicas presentes de transformación. En ese sentido, la ciudad configura un paisaje, impone una morfología y establece una lógica de usos que están siempre en permanente disputa y, por tanto, en reconfiguración. Es por ello que conocer la historia de la ciudad es conocer en parte las relaciones sociales que la han hecho posible, pero también las oportunidades que ésta ofrece en tiempo presente a sus habitantes tanto para ser como para hacer, esto es, para conformar una identidad vinculada al territorio de realización y, por tanto, una pertenencia socioterritorial que dependerá, en parte, de las prácticas y percepciones que de éste espacio se desprendan, así como de la capacidad de agencia que tengan los sujetos para adaptarse o transformar la realidad en la que se hallan inmersos.

Pero además de estas luchas de poder, las ciudades también se configuran a partir de procesos locales, regionales y globales de orden político, económico, social y cultural que impactan en las sociedades de manera diferenciada. Es por ello que la dispersión territorial,

la fragmentación física y social y la segregación socioespacial son fenómenos que se experimentan en varias zonas urbanas alrededor del mundo, aunque siempre con sus particularidades. Así, en el caso de Guadalajara, la segregación se ha presentado en varios momentos de su historia dejando ver el tipo de relaciones sociales imperantes en cada época. En la colonia, por ejemplo, se dividieron los españoles de los indígenas, estableciéndose de esta forma una separación en el espacio principalmente de carácter racial. Y a inicios del siglo XX esta segregación se presentó más en términos socioeconómicos con la construcción de algunas colonias residenciales que introdujeron nuevos conceptos urbanos que contribuyeron a la separación física y social de la población, tendencia que se ha ido incrementando con el paso de los años, pues desde los sesenta y setenta en adelante los fraccionamientos exclusivos, posibles sobre todo por la construcción de vías de comunicación que facilitan el desplazamiento en carro y por la permisividad del gobierno de que se construyan ciudades cerradas, han terminado por limitar el encuentro y por tanto la socialidad entre diferentes grupos.

Pero a esta autosegregación antes mencionada, que corresponde sobre todo a los grupos con mejor poder adquisitivo, se le suma una segregación que no necesariamente es buscada ni deseada, y que tiene que ver con la necesidad de vivienda de los sectores populares y la incapacidad del Estado para poder brindarla, lo que ha posibilitado la emergencia desde los setenta de asentamientos irregulares que han orillado a cierta parte de la población a vivir alejados de los beneficios que la ciudad ofrece –por lo menos en teoría–, todo lo cual genera segregación, esto es, separación y falta de contacto entre los grupos sociales. Pero al crecer la ciudad hacia sus periferias de forma descontrolada y sin planificación aparente ha terminado por crear una ciudad dispersa, en la que son necesarios mayores tiempos en los desplazamientos para acceder a diferentes tipos de bienes y servicios. Y esto provoca y refuerza la fragmentación, pues la experiencia de la ciudad queda limitada a ciertos enclaves de la misma, tanto por sus dimensiones como por la forma en cómo se distribuyen en ella los grupos sociales, lo cual se acrecienta por un sistema de transporte deficiente y la falta de políticas para el encuentro con el otro.

¿Cómo afecta todo ello la experiencia cotidiana de los sujetos y, en particular, de los jóvenes? ¿De qué manera incide esto en sus prácticas y percepciones y, por tanto, en la conformación de sus pertenencias socioterritoriales? La respuesta a estas preguntas pasa

necesariamente por entender el lugar desde el cual entran en contacto los jóvenes con la ciudad, esto decir, desde los barrios y colonias donde éstos residen, en este caso Santa Tere, ubicada en una zona céntrica del municipio de Guadalajara, por un lado, y La Mezquitera y la Nueva Santa María, por el otro, localizadas éstas últimas en el Cerro del Cuatro, al sur de la zona metropolitana, en Tlaquepaque.

En el caso de Santa Tere, ésta nace en un momento histórico particular, a mediados de los años veinte, caracterizado por una serie de conflictos derivados de la revolución y de la guerra Cristera, lo que provocó que muchas personas migraran desde sus poblaciones de origen en la región hacia Guadalajara. Así, este barrio se constituyó principalmente con personas provenientes de Los Altos de Jalisco, pero lo que sin duda resultó fundamental en la construcción de su identidad fue la vinculación que tuvo con la iglesia católica, institución que organizó y dio sentido a la vida en comunidad. Aunado a esto, la diversidad de oficios que surgieron, su dinamismo comercial que desde los años cincuenta se fue consolidando, su cercanía con otras colonias con mejor poder adquisitivo, y su incorporación “natural” a la trama urbana hicieron de Santa Tere un barrio con un gran dinamismo interno. Y si bien en un inicio se ubicó en la periferia, el rápido crecimiento de la ciudad posibilitó su pronta incorporación al tejido urbano.

Por todo ello, los habitantes de Santa Tere no sufren en la actualidad de segregación, pues personas de otras partes de la ciudad, principalmente de colonias aledañas, suelen frecuentar el barrio, o por lo menos atravesarlo, mientras que sus habitantes tienen grandes facilidades para moverse a otras zonas gracias a las diferentes rutas de transporte público que circulan por sus calles, lo cual los pone en permanente contacto con el *otro*, con los *otros*. Tampoco sufren, por lo menos de manera directa, las consecuencias de la dispersión territorial, pues actualmente el barrio se encuentra en una zona céntrica de la mancha urbana. Y en cuanto a la fragmentación, ésta sin duda se padece, pues las dimensiones de la ciudad, la forma en cómo ésta se ha ido segmentando en términos funcionales, y la división entre los diversos grupos sociales, provocan que sea casi imposible no experimentarla.

Sin embargo, el problema que actualmente sufre Santa Tere tiene que ver con ese marcado carácter comercial de la zona, que si bien jugó a su favor en un primer momento, hoy pareciera estar jugando en su contra, pues ha provocado que una buena parte de sus

habitantes se hayan tenido que mudar fuera de ahí para dar paso a diferentes tipos de negocios, todo lo cual hace que en ciertas horas del día sus calles se encuentren saturadas de personas por la actividad comercial mientras que por las noches éstas queden vacías, lo que afecta negativamente la percepción de seguridad en el barrio, lo cual se ve reforzado por el deficiente alumbrado público que existe en algunas de sus calles.

Por otro lado, en cuanto a La Mezquitera y la Nueva Santa María, estas colonias surgen en un momento de crisis económica entre mediados de los setenta y principios de los ochenta, cuando se hace patente la debilidad del Estado para controlar y regular el crecimiento urbano, así como para brindar viviendas a los sectores populares, lo que delegó el protagonismo del crecimiento de la ciudad a grupos afiliados al partido en el poder y a extorsionadores, principalmente. Esto provocó que dichos asentamientos quedaran no sólo en la periferia de la ciudad, sino desvinculados de la trama urbana en un primer momento. Y si bien en la actualidad ya se han ido integrando por la construcción de calles y avenidas, así como por la existencia de varias rutas de transporte público que pasa por ahí, sus habitantes siguen experimentando segregación socioespacial, pues no hay al interior de estos barrios actividades de algún tipo –comerciales, culturales, deportivas– que inviten a personas de otras zonas a entrar en ellos, y quienes viven ahí tienen en general poco poder adquisitivo e interés –producto en ocasiones del desconocimiento– como para salir a otras partes de la ciudad.

Esta segregación está entonces relacionada en parte con la dispersión de la mancha urbana, pues si bien estas colonias cuentan con avenidas y rutas de transporte público que las conectan con otras zonas de la ciudad, las distancias, los tiempos de traslado y el costo de los mismos son factores que pueden desincentivar las salidas del barrio y por tanto el contacto con otros grupos, lo que genera –como se verá más adelante– incapacidad para las relaciones sociales. Y tanto la segregación que sufren como la dispersión del territorio provocan que estos sujetos vivan sólo en un fragmento de la ciudad. Además de todo esto, la falta de instituciones fuertes que regulen la vida social al interior de estos barrios, sean del Estado, de las iglesias –independientemente la religión– u otras, provoca que se viva siempre en un territorio en disputa, esto es, en un espacio donde la vida social es frágil y precaria ante la falta de figuras que impongan un orden social determinado que promueva la convivencia.

En ese sentido, puede decirse que pobreza, asentamientos irregulares y un Estado débil son factores que están interrelacionados y que contribuyen a generar una ciudad dispersa, fragmentada y segregada, pues “los procesos sociales (la pobreza y la desigualdad) afectan las estructuras espaciales (la fragmentación de la ciudad) y, simultáneamente, las estructuras espaciales (la fragmentación de la ciudad) inciden en los procesos sociales (la persistencia de la pobreza y la desigualdad)” (Garrocho, 2011: 160).

Capítulo III

Hacia una caracterización de los sujetos de investigación

La juventud no es un <<don>> que se pierde con el tiempo, sino una condición social con cualidades específicas que se manifiestan según características histórico sociales de cada individuo.

Roberto Brito

Introducción

Las relaciones que establecen los jóvenes *con* y *en* el espacio urbano están determinadas en gran medida por el tipo de actividades que éstos realizan cotidianamente, producto de los roles, responsabilidades e intereses asociados con la edad y el género, así como por la posición que ocupan dentro del espacio social. Por ello resulta conveniente, antes de profundizar en las prácticas que realizan en el espacio urbano, así como en las percepciones que tienen respecto a éste, caracterizar a los sujetos de acuerdo a ciertas dimensiones que puedan resultar significativas en dicha relación, lo que a su vez ofrecerá información valiosa para entender cómo es que construyen tanto sus territorios como sus pertenencias socioterritoriales. Así, el hecho de ser portadores de una condición juvenil –entendida como eje articulador de la experiencia de vida–, y estar o no vinculados a la escuela y al trabajo – como dimensiones que impactan en esa experiencia–, resultan clave para dar cuenta de la relación espacial cotidiana que establecen estos sujetos.

Con respecto a la condición juvenil, ésta puede caracterizarse, entre otras cosas, por una serie de prescripciones, expectativas y responsabilidades determinadas socialmente, pero también, y al mismo tiempo, por los deseos, aspiraciones e intereses generados desde los propios jóvenes, lo que da cuenta de una tensión que es vivida y experimentada de formas diferentes y desiguales por los sujetos como parte de un proceso transitivo de carácter generacional, lo cual condiciona el tipo de prácticas que éstos puedan llevar a cabo. Por otro lado, y respecto a dos de las dimensiones que impactan en esta condición juvenil relacionadas con la vinculación que tengan –o hayan tenido– los jóvenes con la escuela y el trabajo, proporcionan importantes elementos para conocer el tipo de capitales con que éstos

cuentan –en términos de Bourdieu–, mismos que resultarán fundamentales a la hora de explicar tanto sus prácticas espaciales como sus percepciones en torno a la ciudad (lo cual se aborda en los capítulos IV y V).

Así, por ejemplo, estar o no vinculados con la escuela impacta no sólo en la adquisición de un capital cultural relacionado con los conocimientos y los títulos que los avalan y legitiman –capital incorporado e institucionalizado, de acuerdo con Bourdieu (2001)–, sino también en el mantenimiento o no de sus relaciones sociales –que también son espaciales– con los compañeros de escuela, quienes forman parte de su capital social. A su vez, el capital cultural que se tenga repercutirá en el tipo de trabajos a los que puedan acceder y, por tanto, en el dinero que puedan ganar, esto es, en su capital económico. Y tener o no trabajo, y por tanto dinero, condiciona el tipo de prácticas así como los lugares en donde podrían llevarlas a cabo. Sin embargo, tanto la condición juvenil, como las relaciones que tienen o han tenido con la escuela y el trabajo, están en gran medida determinadas por el capital social más elemental con que cuentan los sujetos, el cual está conformado por la familia y los grupos de pertenencia más inmediatos, por lo que éste capital es tratado como una dimensión transversal en este capítulo.

Pero antes de entrar en materia conviene hacer algunas precisiones de carácter metodológico. En primer lugar, esta investigación tiene como referente empírico principal a jóvenes pertenecientes a una pandilla –o *barrio*, como ellos le llaman– de la colonia La Mezquitera, ubicada en el Cerro del Cuatro, al sur tanto del municipio de Tlaquepaque como de la zona metropolitana de Guadalajara, con quienes se trabajó durante cerca de un año realizando observación participante, entrevistas individuales y colectivas, además de otras técnicas de recolección de datos. En ese sentido, la información más rica en detalles y profundidad proviene del trabajo realizado con estos jóvenes, por lo que los apartados de este capítulo –así como de los que siguen más adelante– están contruidos alrededor de sus experiencias de vida y de las circunstancias que las rodean.

En segundo lugar, esta información obtenida con los jóvenes de La Mezquitera se contrasta y complementa en ciertos momentos del trabajo con la obtenida con jóvenes de otras dos colonias. Por un lado, de la Nueva Santa María, ubicada también en el Cerro del Cuatro, en el municipio de Tlaquepaque –aunque una parte de la misma pertenece al municipio de Guadalajara–, donde se realizaron varias entrevistas individuales, así como un

trabajo de campo más limitado. Sin embargo, algunas de las problemáticas a las que se enfrentan estos jóvenes son bastante similares a las que viven sus pares de La Mezquitera, ya que las condiciones socioeconómicas y socioespaciales a las que se enfrentan son muy parecidas, más allá de que estos jóvenes con los que se trabajó no se vinculen entre sí a partir de una pandilla.

Por ello, y con la idea de contar con elementos de contraste que ayudaran a dimensionar la información obtenida principalmente con los jóvenes de La Mezquitera – aunque también aplica con los de la Nueva Santa María–, se realizaron algunas entrevistas individuales, así como una colectiva, a jóvenes que viven en el barrio de Santa Tere, en el municipio de Guadalajara, donde sus habitantes tienen, aparentemente, mayores y mejores posibilidades para seguir estudiando y acceder a empleos más estables, además de que no experimentan procesos de segregación socioespacial como sí lo hacen sus pares que viven en las colonias ubicadas en el Cerro de Cuatro, lo cual no sólo tiene que ver con la ubicación de la colonia, sino también por su marcado carácter comercial.

La juventud como proceso transitivo

Si la juventud es una condición histórica, contextual y relacional, esto significa de alguna forma que no se puede –y, sobre todo, que no se debe– definir en abstracto, ya que ello implicaría ignorar la diversidad de formas, así como la desigualdad de oportunidades, en las que se vive y experimenta dicha condición. Esto no quiere decir, por otro lado, que no existan una serie de elementos compartidos entre quienes se encuentran en esta etapa, así no sea igual para todos en cuanto a su duración, contenido e intensidad, sino que las diferencias pueden ser lo suficientemente grandes como para pasarlas por alto al momento de definirla, entenderla y explicarla en situaciones concretas, particulares y situadas. Por ello, la intención de este apartado es dar cuenta de cómo es entendida y experimentada la juventud en ciertos contextos en específico, a partir de lo cual pueda explicarse no sólo una condición social transitoria y diferenciada, sino también, y al mismo tiempo, las relaciones espaciales que de ello se derivan.

De entrada, conviene señalar que la diversidad de formas en las que se presenta la juventud hace que sea imposible enmarcarla dentro de ciertos rangos de edad, pues además

de terminar siendo un criterio arbitrario (Pérez Islas, 2010)³⁵, “es insuficiente y deja demasiados problemas sin resolver” (García Canclini, 2010: 431). Sin embargo, y para fines estadísticos, en México son consideradas como jóvenes aquellas personas que tienen entre 12 y 29 años de edad, como se desprende de la Encuesta Nacional de Juventud 2010 (IMJUVE, 2010),³⁶ aunque está claro que para este tipo de clasificaciones no se toma en cuenta la diversidad de contextos y de experiencias que definen lo que es ser joven. Y si bien es cierto que la juventud se asocia a cierto estado de desarrollo físico y mental del individuo, no son ni las edades ni ciertos eventos los que determinan la etapa de la juventud, sino las expectativas sociales en torno a que ocurran efectivamente dichos eventos dentro de un determinado marco temporal asociado con la edad de los sujetos (Saraví, 2009).³⁷ Entre estos procesos se encuentran:

a) la transición del sistema de educación formal al mercado de trabajo; b) la formación de una nueva familia a través de la unión conyugal y/o la paternidad-maternidad; c) la obtención de la independencia residencial a partir del abandono del hogar de los padres; y d) la búsqueda y construcción de una identidad propia (Saraví, 2009: 37).

En ese sentido, y de acuerdo con Saraví, “la juventud representa en la vida de los individuos un período de transición en el que tiene lugar una serie particular y trascendente de procesos, eventos y decisiones que marcarán profundamente el devenir futuro de sus vidas”, que al ser experimentados bajo diferentes y desiguales condiciones históricas, sociales y biográficas, resulta fundamental estudiarla no sólo como transición, sino también como experiencia (Saraví, 2009: 19, 39). Y es que la condición juvenil se vive en una permanente tensión entre las prescripciones sociales que imponen la sociedad y los grupos de pertenencia por un lado, y las formas de apropiación y resistencia que anteponen los

³⁵ Escribe Pérez Islas (2010: 53) que es común pensar en los jóvenes como un “grupo de edad”, lo cual es totalmente arbitrario, además nunca queda en claro cuáles son límites inferiores y superiores que enmarcarían dicho grupo.

³⁶ En términos demográficos, para las Naciones Unidas los jóvenes serían quienes están entre los 15 y los 24 años de edad. Sin embargo en México y en Colombia se es joven desde los 12 años, mientras que en Europa las edades comprendidas van de los 15 a los 29 años de edad (CEPAL, 2007: 17).

³⁷ Para la CEPAL, “cuando los mecanismos de tránsito etario no coinciden con los de integración social, vale decir, cuando aparecen comportamientos definidos como disruptivos en los jóvenes, porque los canales de tránsito de la educación al empleo, o de la dependencia a la autonomía, o de la transmisión a la introyección de valores, se vuelven problemáticos”, “la juventud pasa a ser objeto de discusión y análisis” (CEPAL, 2007: 15).

jóvenes a esas prescripciones por el otro (Reguillo, 2010), por lo que resulta importante no sólo estudiar las “representaciones dominantes” de lo que es ser joven (Valenzuela, 2008), sino que también “la juventud, las relaciones sociales y las culturas de los jóvenes merecen ser estudiadas *en sus propios términos*” (Urteaga, 2010: 18-19), esto es, desde los mismos jóvenes. En ese sentido, este apartado busca dar cuenta de esas tensiones que experimentan los jóvenes como parte de un proceso transitivo de carácter generacional, que es vivido no sólo de manera diferenciada, sino también bajo distintas y desiguales condiciones sociales.

Ser joven: entre las prescripciones y las realidades

Los chicos de una pandilla de la colonia La Mezquitera, ubicada en las faldas del Cerro del Cuatro, creen que hablar de edades que enmarquen lo que es ser joven es algo muy relativo, aunque ellos creerían que esta fase se presenta, dentro de su curso de vida, principalmente entre los 14 y los 20 años. Sin embargo, Ernesto, quien tiene 20 años, secundaria sin terminar y trabajos variados e inestables cuando se puede –albañil, soldador, mesero, entre otros–, como prácticamente todos los otros chicos del barrio, cree que la juventud implica un proceso de maduración, el cual no es posible asociar con la edad, pues puede haber alguien que tenga 20 años pero con la mentalidad de un niño, mientras que alguien de 10 sí “agarre más el pedo”, lo que significa, de alguna forma, ser más consciente y responsable con respecto a los acontecimientos de la vida diaria.

Por su parte, para su hermano Pedro, quien tiene 18 años, ser joven implica dejar los juegos –aunque no especifica qué tipo de juegos–, aplicarse en los estudios y pensar más en serio en el futuro, en lo que coincide en cierta forma Ernesto: “No estar pensando nomás en el presente, sino pensar en un futuro más... Qué quieren ser. No ser igual que nosotros, nomás en la vagancia, o sea, que se superen. Esta maduración mentalmente”. Llama poderosamente la atención cómo la imagen que tienen sobre lo que es ser joven pareciera estar más cercana a un tipo ideal que se distancia de lo que ellos son en la mayoría de los aspectos mencionados, ya que no se corresponde con el tipo de jóvenes que predominan en estas colonias, pues la mayoría de ellos, tanto hombres como mujeres, dejan de estudiar durante el transcurso de la secundaria, y en el caso de los hombres, la mayoría suele pertenecer a alguna pandilla o *barrio*, como llaman ellos a sus agrupaciones.

Plantear la juventud en estos términos más ideales es de alguna forma aceptar una visión hegemónica de lo que significa ser joven que ciertamente no se corresponde con su realidad. Sin embargo, al plantearlo así parecieran manifestar una aspiración truncada, un deber ser que en su caso les fue imposible seguir, pero que consideran lo suficientemente importante como para que los demás lo sigan. Y dejan en claro que para “superarse” no hay que estar en la “vagancia” como ellos, pues estar en la vagancia es cosa de vagos, de quienes no estudian ni trabajan, de quienes no tienen oficio ni beneficio, de quienes están en la calle sin hacer nada de provecho. Pero, ¿qué tanto esa “vagancia” es deseada y/o elegida por ellos, y qué tanto responde a condiciones estructurales que impactan en su entorno? ¿Y qué tanto desean realmente que los jóvenes no estén en la “vagancia” si en algunos casos terminan invitando a los más chicos con quienes se juntan a que se integren en su pandilla? En que estén tan alejados estos planteamientos de la realidad que viven lleva a pensar que son parte de un discurso social dominante en el cual ellos no encajan y que por tanto los hace cargar con un estigma que los lleva a colocarse como un antiejempló de lo que *debería* ser un joven, por lo menos en términos ideales.³⁸

De alguna manera su *ser joven* está asociado, más allá de lo que han dicho y que encuentra poco sustento en el contexto de sus colonias, a un abandono prematuro de la escuela –muchos de ellos no terminaron ni siquiera la formación básica, esto es, la secundaria– y a su pronta incorporación al mundo del trabajo, el cual, por otro lado, es inestable y precario, y se caracteriza por el uso de la fuerza física, como se detallará más adelante. Pero su juventud está lejos de reducirse sólo a eso, pues también contempla las prácticas de sentido que llevan a cabo, sean deportivas, culturales o de otro tipo, en las que expresan sus intereses y deseos (en los capítulos IV y V se aborda esto con más detalle). Y en el caso particular de los jóvenes que habitan en La Mezquitera, su juventud también se encuentra ligada a una serie de procesos a través de los cuales construyen fuertes lazos emocionales con sus pares, esto principalmente al integrarse a alguna pandilla o conformar una nueva, lo que les brinda la posibilidad de construir una identidad y, por ende, un sentido de pertenencia, que en este caso tiene un fuerte componente territorial.

³⁸ De acuerdo con Valenzuela, una de las características de la “condición juvenil” es que es “representada”, y tales representaciones se construyen principalmente desde los “imaginarios sociales dominantes”, los cuales han definido a los grupos portadores de la condición juvenil” (2008: 39), así como sus características.

Por su parte, los jóvenes de Santa Tere también comparten esta idea de que la juventud es un proceso transitivo en el que poco a poco se empiezan a adquirir mayores libertades, pero también, y al mismo tiempo, mayores responsabilidades. Sin embargo, hay diferencias en la forma de entender y vivir la juventud por parte de unos y de otros, y ello se debe a las diferentes posiciones que ocupan en el espacio social, pues los chicos de Santa Tere, por ejemplo, tienen –o han tenido– la oportunidad de pensar en sus estudios y, en algunos casos, continuarlos –siguiendo con la lógica del patrón hegemónico que asocia el periodo de la juventud con el rol de estudiante–, lo que les permite adquirir un mayor capital cultural, tanto en su estado incorporado –relativo a los conocimientos– así como institucionalizado –a partir de los títulos o certificados que acreditan y legitiman socialmente ese conocimiento– (Bourdieu, 2001).

Así, para Manuel, de 27 años, quien estudió licenciatura en diseño, y que actualmente trabaja como agente de seguros, “cuando eres niño pues prácticamente tu responsabilidad es... si no es nula es sacar 8, 9 o 10 en la primaria”, mientras que entre la secundaria y la preparatoria tienes que empezar a tomar decisiones sobre “qué vas a estudiar en la universidad y todo ese tipo de cuestiones”. Por su parte, César, de 19 años, y quien actualmente cursa la preparatoria, también da cuenta de esta “moratoria social” –entendida como ese tiempo en el que los jóvenes pueden retrasar la asunción de responsabilidades (Margulis y Urresti, 2008: 5)–, que le permite, por medio del respaldo familiar, tener el tiempo y los recursos necesarios para asistir a la escuela sin que tenga necesariamente que trabajar para ello, además de que reconoce que la juventud es sólo una “etapa de la vida” que debe de ser disfrutada con el grupo de pares.

-¿Cómo definirías tú lo que es ser un joven?

-¿El ser joven? Pues... no sé... Primero, pues que es una etapa de la vida y que hay que disfrutarla con tus compas o... que no hay tantas (cosas) que tienes que hacer, ya deberes, este, fijos que tienes que hacer como una gente grande, que tienes que trabajar o así. O a lo mejor sí, pero nomás un rato como para sacar lo tuyo, lo que es ropa, dos-tres cosas, pero pues está a gusto.

Sin embargo, en esta colonia las condiciones sociales, que marcan la forma en cómo se vive la juventud, y por tanto las preocupaciones y dificultades, posibilidades y esperanzas

asociadas a esta etapa, no son tan homogéneas como las que se encuentran en el Cerro del Cuatro. Y si bien algunos de los jóvenes tienen la posibilidad de contar con esta “moratoria social” para realizar sus estudios y ganar de esta forma mayor capital cultural e incluso social –por las relaciones que establecen con sus compañeros de escuela–, otros no. Así, en el caso de Karla, por ejemplo, quien a sus 17 años ya trabaja en una tienda de perfumes mientras espera poder regresar a la preparatoria, comenta que “desde niños tienes, pues no sé, más ilusiones, más esperanzas, tienes más inocencia, entonces ya cuando pasas a ser joven te dan en la torre, ya es trabajar, ya es empezar a echarle todas las ganas porque ya tienes que... pues ya verlo desde un punto de vista, y así, a planes futuros o como se diga”. Y reconoce también, al igual que los chicos del cerro, que en esta etapa uno debe “concentrarse en varias cosas, no tanto (en) el despapaye”.

Pero independientemente de las condiciones que cada uno de ellos tengan, la mayoría asocia esta etapa de la juventud con la posibilidad de salir de casa para socializar con los amigos, ya sea a casas, fiestas, bares o espacios deportivos o de consumo, lo cual representa un paso más en su autonomía como sujetos, por lo que se podría decir que estas salidas se convierten en un *marcador social* de lo que ellos entienden por juventud. Esto, sin embargo, no es mencionado por los jóvenes de la Mezquitera, lo cual podría deberse a la relativa autonomía de la que estos gozan desde pequeños para circular por su barrio –producto de una cierta tranquilidad al haber menos tránsito de personas y de automóviles–, misma que se vería reforzada a partir de las actividades laborales que de alguna forma se ven orillados a realizar al momento de abandonar sus estudios o incluso antes.

La juventud es vista entonces, tanto por los jóvenes de La Mezquitera como por los de Santa Tere, como una etapa dentro de sus trayectorias de vida que va desde una infancia relativamente despreocupada hasta una adultez caracterizada por las responsabilidades. Asimismo, las visiones hegemónicas que se construyen sobre esta etapa, como la de ser estudiante o la necesidad de pensar en el futuro, tienen un peso significativo en la forma en cómo entienden la juventud y cómo se ubican dentro de ella, por lo que puede decirse que son transversales a los grupos, independientemente la clase social a la que se pertenezca. Sin embargo, tales concepciones son asumidas, vividas y experimentadas por los jóvenes de acuerdo a sus propias posibilidades e intereses, así como a sus marcos de referencia más inmediatos, constituidos por sus núcleos familiares o amicales. Por ello, mientras los

jóvenes de La Mezquitera no encajan en esta visión de ser estudiantes, quedando al margen de esa concepción de la juventud, los de Santa Tere sí se acercan más a ese “ideal”. Pero además de ello, los jóvenes viven su juventud también desde sus propios intereses y necesidades (lo que es abordado en los capítulos IV y V), más allá de estas prerrogativas antes mencionadas, lo que los convierte en agentes constructores de un presente que no es solamente el suyo, sino también el de la sociedad.

Los amigos, la pandilla, el barrio

Para buena parte de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, la juventud se convierte en un periodo en el que los fuertes lazos amicales que han ido construyendo al interior del barrio se solidifican al momento de conformar una pandilla, la cual surge no sólo para satisfacer necesidades identitarias, sino también como una respuesta a las condiciones del entorno en el cual viven, caracterizado por una territorialidad juvenil fuerte y conflictiva producto del confinamiento, la pobreza, la falta de vinculación institucional y la poca presencia de seguridad pública en la zona. Pero si bien este tipo de agrupaciones no son las únicas que se presentan en estas colonias, sí son de las más visibles, y esto es así tanto por su fuerte presencia en el espacio público como por sus prácticas de control territorial.

Pero las pandillas, entendidas como formas de agrupación juvenil de carácter urbano y popular, son una realidad que trasciende fronteras, por lo que se les puede encontrar en múltiples entornos en prácticamente todos los continentes,³⁹ y son, en cierta forma, consecuencia de la segregación socioespacial, la exclusión, la marginación, la fragmentación urbana y la falta de recursos y oportunidades que impactan en la vida de los jóvenes. Sin embargo, las pandillas están lejos de ser un fenómeno homogéneo, más allá de que en algunos casos compartan ciertas características –ya sea por su origen de carácter popular o por la masificación de algunos referentes culturales–,⁴⁰ pues estas se deben sobre todo a los contextos sociohistóricos en los cuales surgen y se desarrollan, lo que les brinda sus particularidades. Y si bien en algunos casos se les asocia con el crimen, la violencia, la

³⁹ Al respecto, Carlos Mario Perea escribe que “la pandilla es a todas luces un fenómeno generalizado en el continente americano, más también hace presencia en Europa, Asia y África granjeándose su condición transnacional” (Perea, 2007: 56).

⁴⁰ Por ejemplo, películas sobre pandillas, como *Sangre por Sangre*, o estilos musicales como el rap y el hip-hop, que suelen ser adoptados por buena parte de estos grupos juveniles de carácter popular, así como la estética asociada a estos referentes.

portación de armas, el consumo de drogas y la desafiliación a cualquier otra institución social, tales características, si es que se presentan, no necesariamente lo hacen en la misma forma ni en la misma intensidad.

Sin embargo, no es posible reducir a las pandillas sólo a estas características negativas, pues estas responden, ante todo, a una necesidad elemental que tienen los sujetos de pertenecer a un grupo de elección en el cual se reconozcan y se les reconozca. En ese sentido, las pandillas son lugares estratégicos para los jóvenes de clases populares para la conformación de su identidad, sobre todo al desaparecer de sus marcos de referencia otras opciones producto del confinamiento en el que viven y del reducido capital social con el que cuentan. Tampoco es posible ignorar, asimismo, las condiciones estructurales que les dan origen –sean estas económicas, políticas o socioculturales–, pues las pandillas, independientemente de las características que estas tengan, son en gran parte reflejo de la sociedad en la cual emergen y a la cual se deben.

En el caso de los jóvenes de La Mezquitera, como para otros tantos que viven en el Cerro del Cuatro, la pandilla –a la cual denominan con el término de *barrio*– es, antes que todo, una forma de socialización que se construye a través del contacto directo y cotidiano, el cual es favorecido sobre todo al pasar los jóvenes mucho tiempo al interior de sus barrios y fuera de sus casas, lo que se explica, entre otras cosas, por su desvinculación de las instituciones escolares, lo inestable de sus trabajos y la falta de intimidad que padecen en sus viviendas al ser éstas bastante reducidas. Pero además, esta socialización con el grupo les permite conformar un *nosotros* que se antepone a un *los otros*, esto es, a las demás pandillas, con las cuales establecen una relación conflictiva, pero a la vez complementaria, ya que de alguna forma es en esta relación que configuran su razón de ser y de existir. En ese sentido, puede decirse que

Las pandillas se fortalecen en los mundos de vida compartidos, en las experiencias cotidianas, en las relaciones cara a cara, en la defensa del otro (que es recurso de autodefensa), en la identificación de adversarios comunes. Las pandillas fungen como procesos de socialización primaria complementarios o discordantes con las instancias institucionalizadas, particularmente la familia y la escuela (Valenzuela, 2010: 328)

Para estos jóvenes, la pandilla es un espacio de socialización de carácter complementario antes que discordante con respecto a sus familias, pues la mayoría vive aún con ellas, mantienen en general una buena relación, y además cumplen algún tipo de rol dentro de las mismas. Pero con respecto a la escuela, su relación sí es más discordante, aunque no necesariamente tiene que ver con la pertenencia a una pandilla, sino al contexto en el cual están insertos estos jóvenes, como se detallará más adelante. Lo que sí es cierto es que la pandilla, al estar conformada por amigos con los que se comparte no sólo la edad, sino también las preocupaciones e intereses propios de su condición juvenil, terminan constituyéndose en un espacio clave en la construcción de su yo social, por lo que su *barrio* se convierte en una figura lo suficientemente importante como para considerarlo como una “familia” –o “familia social”–, como queda ilustrado en los siguientes fragmentos de una entrevista realizada a Ernesto y Carlos, este último de 18 años, y que se encontraba en aquel entonces en proceso de juntarse con su pareja de 16, ya embarazada.

Ernesto –No es así nomás hacer relajo, sino ahí vas y sacas todo lo que traes de tu casa o... todos los problemas que tienes. Ahí tú solo ya... pues llegas con el *barrio* y te fumas tu cigarro o te compras tu cerveza, acá a gusto... Y ya si tienes ganas de platicar lo que traes ya lo platicas, si no... y si no pues llega otra persona, y pues sí sientes el apoyo, la verdad... de tus amigos...

(...)

Carlos –Como quien dice, ya es una familia (incomprensible), ese *barrio* ya es una familia...

Ernesto –O sea, no somos *barrio*... ya somos como una familia... O sea, todos estamos para lo que ocupen todos.

Es en las esquinas, en la calle o en la plaza donde se juntan los lugares donde estos jóvenes pueden externar aquello que quizá no les es posible hacer al interior de sus hogares, sobre todo si estos son detonantes de algunos de sus problemas. Pero además, una de las razones de que lleven sus problemas y preocupaciones fuera de su casa se debe, entre otras cosas, a que no siempre tienen espacios para la privacidad en el interior de la misma, ya que en una sola casa pueden llegar a vivir hasta tres familias, habitando en un solo cuarto hasta siete personas en el caso más extremo, lo que da pie a que prácticamente no existan espacios

exclusivos que les permitan un mínimo de intimidad, la cual terminan trasladando, por lo menos en parte, a la calle, al espacio de la pandilla, convirtiendo de esta manera al espacio público en un espacio apropiado, privatizado y altamente significativo, lo que sin duda refuerza el vínculo con el territorio.

En cuanto a su composición, esta pandilla en particular está conformada exclusivamente por hombres jóvenes que comparten lazos de vecindad, y se caracteriza y distingue de otras agrupaciones a partir de establecer y marcar un territorio, tener un nombre propio que la identifique, y hacer ciertas señas con las manos. En cuanto a las edades de quienes forman parte de ella, estas van de los 14 a los 20 años en promedio –que es la edad que asocian con el ser joven, aunque puede haber de más o menos edad–, y para poder ser parte de la misma es necesario pasar por un ritual de paso, el cual consiste en soportar los golpes del grupo durante 13 segundos o más, pues según Pedro, este conteo se puede dar de la siguiente manera: “...diez, once, doce, doce, doce...” La razón que ellos dan para aplicar este ritual de paso, el cual antes no tenían por lo menos en su grupo, tiene que ver con dos razones principales: asegurar el compromiso de los miembros con la pandilla, y que el nuevo integrante sea lo suficientemente fuerte como para aguantar los golpes en caso de pelea con otros barrios. Es por ello que no cuentan con mujeres dentro de sus filas pues, entre otras cosas, y de acuerdo a sus reflexiones, eso los hace vulnerables al momento de presentarse un enfrentamiento.

Varias de estas características mencionadas son comunes en este tipo de agrupaciones, pues de entrada, “la territorialidad es uno de los rasgos centrales de la mayoría de las bandas. La ‘colonia popular’ delimita el medio en que surgen, el territorio al que se vinculan” (Feixa, 2008: 102). Asimismo, los miembros de las pandilla suelen expresar su identidad social compartida a través de los tatuajes,⁴¹ el grafiti y las señas (Goldstein y Huff; y Klein, en Savenije, 2007: 638), además de que algunas de ellas también cuentan con rituales de acceso o “iniciación”, como en el caso de las maras, el cual “consiste principalmente en recibir, sin poder defenderse activamente y por 13 o 18 segundos –dependiendo la pandilla–, golpes y patadas de un grupo pandillero” (Savenije,

⁴¹ Si bien varios de estos jóvenes tienen tatuajes, no necesariamente hacen referencia al *barrio* al cual pertenecen. Sin embargo, Pedro comentaba alguna vez, con lujo de detalles, los tatuajes que pensaba realizarse, dentro de los cuales destacaba las siglas de su barrio, pero también los rostros de su madre y de su padre. En ese sentido, estas marcas que proyectaba sobre su cuerpo hacen referencia a sus vínculos primarios, tanto de su familia biológica como de la social.

2007: 649). En cuanto al género, en estas agrupaciones “los hombres gobiernan en número” (Perea, 2007: 63), pues de acuerdo con la Organización de los Estados Americanos, las pandillas se conforman principalmente por hombres, independientemente la región, presentándose un 80% en el caso de México, 87% en el de Colombia y más del 90% en Honduras. Y finalmente en cuanto a la edad de quienes las integran, esta suele ser menor a los 25 años en un 75% (OEA, 2007: 35).

En el caso de estos jóvenes de La Mezquitera, al estar la pandilla conformada exclusivamente por hombres, posibilita la construcción de un determinado tipo de masculinidad, la cual “sólo puede entenderse en función de una relación entre los géneros, carece de definición propia y para construirse requiere un referente que se le contraponga” (Ramírez Rodríguez, 2010: 352-353), esto es, la masculinidad se contrapone a lo que se asocia comúnmente con lo femenino, relacionado casi siempre con lo débil, lo frágil o lo sensible. Pero además

la masculinidad no es una posición que se obtiene, sino que se prueba de manera constante; es una demostración continua de la distancia, de la lejanía que se tiene que guardar sobre cualquier influencia feminizante. Adquiere particular relevancia en la juventud temprana (‘hay que hacerse hombre’), por lo que las pruebas caracterizadas por el dolor deben despreciarse (Ramírez Rodríguez, 2010: 353).

Si bien aguantar el ritual de paso para ingresar a la pandilla y el enfrentarse a otras son elementos clave en la construcción de la masculinidad de estos jóvenes, esta no sólo se presenta a nivel físico, sino también simbólico, a través del lenguaje. No sólo hay que demostrar que se es “hombre” con hechos, sino también hay que alardear de ello, contar historias, posicionarse a través de lo que se dice, y esto no sólo se reduce a los enfrentamientos a golpes, sino también en el desafío que realizan hacia la autoridad, hacia la policía, hacia sus mayores. Y además, su masculinidad también implica hablar sobre mujeres, de su “echar lío” (salir con la pareja), de la facilidad que tienen para cambiar de novia o de sus ganas de conseguirse una para pasar el rato, así como hacer mofa de la homosexualidad, todo lo cual les confiere un capital simbólico, esto es, un reconocimiento social por parte de sus pares.

Otro elemento clave que caracteriza a buena parte de estos jóvenes es el consumo de drogas. Las más comunes son la mariguana, el “toncho” (o “activo”, que es un disolvente), la cocaína, la piedra o las pastas, drogas que son relativamente fáciles de conseguir al haber en el cerro una “plaza” del narco, además de que algunos cultivan sus propias plantas en el interior de sus hogares mientras sus familiares piensen que ellos no fuman, y el “activo” se puede comprar en cualquier ferretera o tlapalería. Y aunque pareciera que algunas de estas drogas pudieran ser prohibitivas por su precio, los jóvenes terminan gastándose su dinero para comprarlas, y si no tienen hay quien pide prestado o roba para poder conseguirlas. Incluso hay quienes han pasado más de una vez por centros de rehabilitación por el abuso de estas sustancias, en donde son ingresados por los mismos familiares. Uno de ellos, un chico de 22 años conocido como El Migue, comentaba que su madre le había dicho que prefería verlo encerrado en uno de estos centros, o incluso en la cárcel, antes que esperar a que lo trajeran muerto. Pero el problema es tal que es posible ver a chicos que rondan los diez años caminando con su “mona”⁴². E incluso el hermano del Migue terminó en uno de estos centros a los doce años.

Pero si bien las pandillas son una de las agrupaciones más comunes en las colonias que se ubican en el cerro, estas no lo son tanto en Santa Tere, aunque aparentemente en algún momento sí lo fueron, pues la mayoría de los entrevistados coincide en que “antes se veía como mucha pandilla, mucha”, las cuales “hacían como los desastres en todo el barrio” como comenta Adriana, de 21 años, estudiante de licenciatura en la Universidad de Guadalajara, y en lo cual coincide Manuel, quien comenta que antes sí había “más riñas entre pandillas; antes sí estaba más fuerte eso”. Esta disminución puede deberse, entre otras cosas, a que cada vez hay menos viviendas y más negocios, lo que ha significado el despoblamiento de ciertas zonas de la colonia, además de que buena parte de quienes ahí viven son personas mayores, pues de acuerdo con Manuel, “Santa Tere lo catalogo como un barrio ya de adultos”, y hay que recordar que las pandillas son ante todo un fenómeno juvenil. Por su parte, Adriana cree que las pandillas han ido desapareciendo porque sus integrantes “fueron muriendo” o porque “otros están en la cárcel”.

Sin embargo, e independientemente de lo cierto o no de estos comentarios, aún quedan de este tipo de agrupaciones en la colonia –los entrevistados hablaban de la

⁴² Pedazo de tela, estopa o papel que se humedece con el activo para de ahí ser inhalado.

existencia de unas tres–, las cuales se juntan en “parquecitos”, ubicados “más bien por las orillas del barrio”, y no tanto en Santa Tere, de acuerdo con Adriana, mismas que siguen peleando de vez en cuando en el espacio público de la calle. Pero su territorialidad no es tan fuerte ni tan conflictiva, por lo menos en apariencia, como la que se presenta en las colonias del cerro, y esto puede deberse a que estos jóvenes no sufren ni la segregación socioespacial ni el confinamiento que sí sufren sus pares de La Mezquitera, pues por un lado, al ser Santa Tere una zona de marcado carácter comercial, posibilita la circulación y el contacto con personas ajenas al barrio, y por otro lado, su ubicación relativamente céntrica, junto con la amplia oferta de transporte público, facilita que los jóvenes salgan a otras colonias, sobre todo si estos cuentan con un mayor capital social y económico.

Pero en el caso de Santa Tere, como en la Nueva Santa María, muchos jóvenes suelen establecer sus relaciones de amistad desde la iglesia, al vincularse con lo que se conoce comúnmente como “pandillas”, que son agrupaciones de corte religioso. Así, en el caso de Manuel, “el templo es un punto importante de reunión de jóvenes. Nosotros, bueno, yo en mi caso estuve cerca de... doce o trece años en un coro, este, ahí conocí a la mayoría de mis amigos, y era un punto muy fuerte de encuentro de jóvenes”. Sin embargo, reconoce que cada vez se ve a menos chicos participar en este tipo de grupos. Además, de acuerdo con Manuel, algunos jóvenes han estado colaborando de manera activa en un colectivo llamado Mejor Santa Tere,⁴³ que ha representado otra opción para quienes quieren participar en actividades comunitarias, culturales y de rescate de espacios públicos.

Si bien las pandillas no son la única forma de agrupación juvenil, estas sí son de lo más visible en las colonias del Cerro del Cuatro –como es el caso de La Mezquitera–, y el hecho de que sean más comunes que en otros contextos se debe a las características de segregación, exclusión, marginación y confinamiento en la que viven los jóvenes, pues principalmente “la pandilla brota entre la pobreza, no en otra condición social” (Perea, 2007: 66). Las pandillas son también una respuesta al vacío de poder que de alguna forma se vive en estas colonias, pues ni las familias, ni el Estado –en sus diferentes instancias–, ni las iglesias –independientemente la religión– tienen la suficiente fuerza y presencia como para regular las dinámicas que se llevan a cabo en el espacio público, lo que crea una tierra

⁴³ Para mayor información sobre este grupo, que ha dejado ya de operar, puede accederse a su página en Facebook: <https://www.facebook.com/MejorSantaTere>

de nadie que termina siendo disputada y controlada por estos grupos. Pero las pandillas, más allá de que surjan como una respuesta a las condiciones del entorno, son espacios claves de socialización para los jóvenes, de afianzamiento de los lazos amicales construidos por la vecindad, lo que les permite generar un fuerte sentido de pertenencia no sólo al grupo, sino al territorio al que se encuentran estrechamente vinculados.

Las responsabilidades y el final de la juventud

Si ser joven significa, por un lado, ser consciente de las responsabilidades que se deberán de asumir en un futuro cercano, de acuerdo a las prescripciones que la sociedad y los grupos de pertenencia imponen a sus miembros, mientras que por el otro, a la posibilidad de construir grupos de afinidad que permitan tanto la socialización con los pares como la vivencia del presente a partir de las propias inquietudes e intereses, entonces, ¿cuándo se deja de serlo? De alguna forma, está claro que ser adulto no es una condición que se adquiera de la noche a la mañana, sino que es parte de un proceso en el cual se van asumiendo distintas responsabilidades socialmente reconocidas, y que operan como “marcadores” en esa transición, pues “el límite entre juventud y adultez se ha asociado al inicio de la vida laboral, la conformación de una nueva familia y el rol de padre o madre” (CEPAL, 2007: 16), lo cual es reconocido y aceptado por los propios jóvenes, tanto de La Mezquitera como de Santa Tere.

En el caso de los primeros, esto es posible observarlo en el siguiente fragmento de entrevista, donde participan Tona, de 17 años –quien ya tiene una hija, aunque no vive con ella ni con quien fuera su pareja–, su hermano Rigo, de 20, además de Pedro y Ernesto.

–¿Y cuándo dejan de ser jóvenes? O sea, ¿cuándo se convierten en adultos?

Tona –Ya cuando estés juntado, ¿no?

Pedro –Yo digo cuando ya tienes unas relaciones bien formadas, ya piensas en una familia y todo eso... Ya no estás en el desmadre.

Ernesto –Cuando estás bien económicamente, y tienes una relación seria, tú tienes el pensamiento de que te quieres juntar, de que vas a dejar el desmadre, o sea, ya estás madurando mentalmente de lo que quieres...

Rigo –Y yo pienso que no es necesariamente que tengas una relación, no que estés juntado ni nada de eso. Eso sí, que ya tengas un trabajo estable.

Ernesto –Más bien que seas responsable... O sea, que hagas las cosas responsablemente, eso es madurar.

Tona –Que pienses las cosas antes de hacerlo, pues. Si vas a picar a alguien o un navajazo, pues ya te las piensas “no, tengo a mi familia...”

Ernesto –O sea, te pones a ver qué está bien, qué está mal y qué le arriesgas de lo que vas a ir perdiendo tú. O sea, tú sientes que es un beneficio, pero estás haciendo algo malo. ¿Sí agarras la onda?

Transitar hacia la adultez, de acuerdo con estos jóvenes, implicaría entonces estar en condiciones para establecer una relación de pareja o ya haberlo hecho con la intención de formar una familia, estabilidad laboral y por tanto económica, y dejar el “desmadre”, lo que de alguna forma implica saber lo que uno quiere y ser responsable para lograrlo y mantenerlo, lo que significa, según sus palabras, un determinado grado de madurez. En ese sentido queda en claro que la formación de una familia y el “desmadre” –asociado a las prácticas realizadas con su grupo de pares, esto es, en la pandilla– no son del todo compatibles, e incluso pueden ser contrapuestos.

¿Y cuándo se desafanan (de la pandilla)?

Pedro –Pues ya cuando se amarran...

Tona –Pues aquí la mayoría es de que te juntas y ya... valiste madre...

Pedro –Aquí no es de que te abras tú solito, naaa, a tal edad ya te vas a ir... naaa, nada, solitos se abren... ya hacen su vida aparte, o se cambian de...

De alguna forma este “valiste madre” pareciera dar a entender la pérdida de autonomía y libertad de la que se goza al no tener compromisos, pues quedan “amarrados” en una nueva relación social que crea un espacio diferente y que exige mayores responsabilidades y compromisos, por lo que la formación de una familia termina por contraponerse a ese otro espacio que es el de la pandilla. Sin embargo, esto también tiene implicaciones en términos espaciales en el caso de los hombres, pues significa dejar los espacios de socialización, o por lo menos reducir su presencia en ellos, en donde interactúan con el *barrio*, como son las esquinas, las calles o la plazoleta que se encuentran en la colonia. Y esto ocurre por varias razones: para alejarse del “desmadre”, dedicar más tiempo al trabajo debido a las nuevas

responsabilidades, y pasar más tiempo en casa con la pareja. En el caso de las mujeres, quienes tienen menos presencia en el espacio público –no son tan territoriales como los hombres–, aparentemente también restringen aún más sus salidas con quienes conforman sus grupos de amistad.

Sin embargo, hay coincidencia entre los jóvenes entrevistados en querer juntarse o casarse, así como tener hijos, aunque discrepan en cuanto a la edad en que les gustaría hacerlo.

Rigo –Yo la neta a esta edad no pienso en casarme ni nada de eso...

Ernesto –Estás en el plan de disfrute ahorita y chingate después...

Rigo –Yo me imagino que todavía saliendo a los veinte, wey, es para casarte... a mediados de los treinta, no sé...

Ernesto –No no no, también no manches...

Rigo –No, neta, wey...

Ernesto –...no vas a ser un pinche cuarentón soltero, wey, virgen todavía...

(...)

Ernesto –No, pero ponle, tú estás pensando en eso, wey, de que “no, pues yo a los treinta”, pero no sabes qué pasará de ahorita hasta que cumplas treinta, wey, ese es el pedo.

(...)

Pedro –Yo quiero disfrutar mi vida, la neta, yo hasta los 27 me amarro y ya...

Ernesto –No, yo sí me juntaría como a los 23, 24... Pues ya viví lo que tenía que vivir.

(...)

Ernesto –Es que tú no puedes planear tu vida; la vida sola se va dando.

Pedro –Yo así tengo mi mente, ¿eá?, pero como dicen ellos, exacto, pues imagínate, agarras un jale y una ruca bien, ya no piensas en nada...

Llama la atención las edades a las que Rigo y Pedro les gustaría juntarse o casarse, pues la mayoría de quienes viven en su colonia lo hacen a una edad más temprana, muchos incluso antes de cumplir los 20 años, lo que suele ocurrir por el hecho de estar ya esperando un hijo con sus parejas, lo cual es, de hecho, bastante frecuente en estas colonias. En ese sentido, su posición plantea una resistencia, por lo menos discursiva, a una de las normas tácitas del tránsito generacional que operan en el barrio. Pero estos comentarios también permiten ver

que el juntarse con una pareja, por las responsabilidades que ello implica, significa “chingarse”, dejar de disfrutar la vida, por lo que prolongar el tiempo antes de juntarse tiene sentido, por lo menos para algunos. Sin embargo, la visión de Ernesto invita a pensar en que éste tiene más interiorizados los patrones que priman en su colonia en cuanto a la edad en la que resulta conveniente juntarse para no ser un “cuarentón soltero”, que además cargaría con el estigma de ser considerado “virgen”, lo que tendría un impacto negativo en su masculinidad. Y además, en su caso, él ya vivió “lo que tenía que vivir” como joven, de acuerdo a sus marcos de referencia, por lo que toca entonces el tránsito hacia una nueva condición, que es la de ser adulto a partir de juntarse en pareja y buscarse cierta estabilidad mediante el trabajo.

Pero un elemento más que introduce Ernesto es la imposibilidad de planear tan a futuro este tipo de cuestiones, pues “la vida sola se va dando”, en lo que termina secundándolo Pedro, pues tener una mujer y un trabajo pueden ser condiciones más que suficientes para juntarse y formar una familia, y esto es sobre todo cierto cuando no hay otros proyectos de vida que se vislumbren en un horizonte acotado por las circunstancias que los rodean. Así, la imposibilidad de planear, y de dejar en las manos del destino lo que escapa a su voluntad termina por hacer evidente su falta de agencia, esto es, de ejercer algún tipo de poder para producir una diferencia (Giddens, 2006) en torno a ciertas situaciones de su vida cotidiana, las cuales pueden tener un impacto significativo en los roles sociales que desempeñan habitualmente, pues asumir la responsabilidad de formar una familia es renunciar a las despreocupaciones que caracterizan, en parte, su juventud.

Por su parte, para los jóvenes de Santa Tere, son también las responsabilidades las que marcan el ingreso al mundo de los adultos, pues, como enfatiza Karla, ser adulto implica “totalmente responsabilidad. Adulto, totalmente responsabilidad”. Tales responsabilidades están asociadas con la obtención de un trabajo fijo, la independencia de la casa de los padres, el asumir el pago de ciertos servicios públicos y de los consumos que realicen, así como la posibilidad de mantener a un hijo o a una familia. Así, en el caso de César, por ejemplo, éste enfatiza la cuestión del trabajo, pues para él ser adulto implica que “tienes que tener un trabajo ya fijo (...), ya es pues trabajar, empeñarte en lo que te gusta y pues seguir adelante”.

Sin embargo, el trabajo por sí sólo no determina esta condición, aunque sea un paso importante. Y esto es así sobre todo para Karla y Sandra, que a sus 17 años tienen que trabajar, sin que eso signifique una total independencia con respecto a sus familias, tanto porque viven con ellas, como porque la edad es también un marcador que, aunque no es del todo claro en cuanto a sus límites inferiores y superiores, sí está presente en los imaginarios de lo que es o no ser un joven. Así, de acuerdo con Sandra,

—...Yo no porque trabaje, o porque ahorita no dependo 100% de mis papás, soy un adulto, pero tampoco soy un niño. Entonces, no sé, es como decir “tengo veintitantos años pero sigo viviendo en mi casa y no por eso...”, pues eres joven, porque no estás grande, y puedes seguirte divirtiendo, pero quizá no son como los mismos compromisos, las mismas responsabilidades estando ahí.

En cuanto a las responsabilidades, estas pueden ser variadas, y dependerán de las condiciones económicas de cada familia. En el caso de Karla, quien tuvo que abandonar la escuela para dedicarse al trabajo, las responsabilidades que se tienen como adulto pueden ser “bastantes”, como “luz, casa, familia... coche, o no sé. O sea, ya es como sostener a tu familia, si es que tienes familia, o tus papás, porque antes, o sea, tus papás veían por ti, entonces ya llega un punto donde sabes que tus papás ya no pueden, y ya tienes que tú empezar a hacer algo.” Estos comentarios dejan ver las preocupaciones que tiene Karla presentes, que la han llevado a sacrificar sus estudios y asumir responsabilidades como la del trabajo, aunque no lo mencione de manera explícita. Por su parte, Sandra enfatiza, además de las responsabilidades que se asumen, la independencia del sujeto con respecto a los círculos sociales a los que el joven se encuentra vinculado.

—*¿Qué actividades, o qué responsabilidades implica ser adulto?*

Sandra —Pues yo digo que ya no depender absolutamente nada de una persona, el vivir tú solo, o tener ya una cierta edad donde pues ya... pues ya no dependes de nadie, o simplemente, si ya tienes familia, pues tu familia, hijos, y si no tienes hijos pues esposa, o sea, ya no eres nada más tú, ya ahora tú tienes que ver por otras personas, pero si tú estás solo, pues ahora es ver por ti, porque ya nada más, nadie más, va a ver por ti, más que tú.

Pero independientemente de las responsabilidades que se tengan, para Sandra la edad sí es un criterio para determinar quién es o no un joven o un adulto, pues para ella, “ya llega una edad en que simplemente pues te lo pide, o sea, ya no puedes tener treinta y tantos años y querer ser un joven y hacer tu desmadre como si tuvieras 18 años porque pues ya no”. Así, para Sandra, los comportamientos de las personas deben de estar en correspondencia con la edad de los sujetos, pues “te tienes que ubicar en la edad que tienes y actuar conforme la edad que tienes”, lo que de alguna forma habla de una serie de prescripciones sociales que tiene incorporadas, en las que cada grupo de edad puede y debe ajustar sus actuaciones de acuerdo a una serie de patrones que marca la sociedad.

Pero si bien algunas de las responsabilidades pueden adquirirse de manera gradual o incluso de forma intermitente, dependiendo de las condiciones económicas de los sujetos, otras pueden ser más abruptas y repentinas, sobre todo cuando se tiene un hijo o se conforma una familia, lo cual es muy similar a lo comentado por los jóvenes de La Mezquitera. En ese sentido, para Manuel,

—...la siguiente etapa no la marca tanto una edad, sino la marca el momento en que tú llegas a tener un hijo, en el momento que llegas a tener, este, familia, independientemente la edad que tengas, ya sea a los 15 años, a los 30, 40, este, o a los veintitantos, siento que ese es el momento en que alguien se puede definir tal cual como adulto, porque ahí te cambia la vida prácticamente...

Son entonces las responsabilidades, construidas socialmente, las que marcan la transición entre la juventud y la adultez, algunas de las cuales se convierten en marcadores fundamentales en dicha transición, como lo es el conseguir un trabajo, el juntarse en pareja, y el tener hijos, las cuales son identificadas y reconocidas por los jóvenes tanto de La Mezquitera como los de Santa Tere. Pero además, existe una presión social, que los jóvenes han incorporado, en cuanto a las edades en las que se deben ir asumiendo algunas de estas responsabilidades, por lo que no es bien visto, entre otras cosas, estar soltero y sin hijos a cierta edad para algunos de ellos, o comportarse como un joven cuando ya tienes más de treinta años para otros. Sin embargo, estos discursos terminan opacando los propios intereses de los jóvenes no sólo en cuando a su futuro, sino a su presente, como de alguna

forma ha quedado en claro en los apartados anteriores, lo que no quiere decir que no los tengan, pues estos están relacionados con la creación de grupos de afinidad, su independencia relativa de los grupos familiares –que les proporciona mayor autonomía–, y de sus prácticas de “echar relajo”, como se verá en los demás capítulos.

La naturaleza del no estudio

La escuela es sin duda una de las instituciones clave de las sociedades contemporáneas pues, entre otras cosas, brinda a los sujetos una serie de herramientas básicas para su desenvolvimiento en sociedad a través de un proceso formativo, les permite interactuar con otros individuos generando así competencias para la socialización, los inscribe dentro de una “comunidad imaginada” a partir de la incorporación de una serie de conocimientos y valores y, además, en sus niveles superiores, capacita a los sujetos para trabajos con cierto grado de especialización. Sin embargo, la realidad es que en México el porcentaje de quienes pueden continuar con sus estudios y escalar socialmente a través de la educación es muy bajo, por lo que en general la desigualdad de clases tiende a mantenerse. En ese sentido, puede afirmarse que “la persistente desigualdad en el acceso a la educación, asociada al estrato social de origen, indica que en gran medida las oportunidades quedan determinadas por el patrón de desigualdades prevaleciente en la generación anterior” (CEPAL, 2007: 176).

Pero si acceder a la educación primaria e incluso secundaria es en general accesible para todos independientemente del estrato social al que se pertenezca, no sucede lo mismo con la educación media y superior, las cuales siguen teniendo un marcado “sesgo clasista” que poco contribuye a la reducción de los grandes desequilibrios que experimentan la mayoría de las sociedades, incluida, por supuesto, la mexicana. Así, en nuestro país, la población de 15 a 19 años que sigue estudiando es sólo del 53%, que si bien es más alta que la que se presenta en Colombia (43%) o en China (34%) dentro de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, está muy por debajo de la que puede observarse en países de la región como Argentina (73%), Brasil (78%) y Chile (76%), así como del promedio general que presentan los países que conforman esta organización, que es del 84% (OCDE, 2014). Y esta desigualdad de oportunidades también se manifiesta y refuerza entre quienes pueden acceder a escuelas particulares y entre

quienes sólo pueden hacerlo en escuelas públicas, ya que existe “una fuerte segmentación de aprendizajes en perjuicio de los más pobres” (CEPAL, 2007: 174-175), lo que evidencia la deficiente calidad educativa que se brinda desde algunas de las instituciones que están a cargo del Estado.

En nuestro país, según Miguel Bazdresch (2012), el promedio de escolaridad es tan sólo de 7.5 años, el cual ciertamente ha mejorado con respecto a los 4.5 años de promedio que se tenía a fines de los años setenta. Pero en lo que respecta a Jalisco, “el rezago educativo⁴⁴ es de 42.3%, es decir, 42 jaliscienses de cada 100 mayores de 15 años están en alguna de las situaciones de rezago”. Y en el caso de Tlaquepaque, que es donde se encuentran las colonias La Mezquitera y la Nueva Santa María, ambas ubicadas en el Cerro del Cuatro, el 44.78% de la población mayor a 15 años no tiene la secundaria terminada (según datos del Informe Cuatrimestral 2009-II, anexos de desagregado municipal, del Gobierno de Jalisco, citado por Bazdresch, 2012: 192). De acuerdo al Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), a partir de la información obtenida en el Censo de Población y Vivienda 2010 en torno a un Área Geoestadística Básica (AGEB) que abarca buena parte de la colonia La Mezquitera, la población de 15 años o más con educación básica incompleta es del 45.8%, mientras que se reduce al 29.8% para quienes sí terminaron este nivel. Ahora, la población con educación posbásica de 15 años o más es tan sólo del 17.4%, mientras que ese porcentaje baja hasta el 11.9% en el grupo de 18 años o más que cuentan con algún grado aprobado en educación media superior.

Estos números evidencian una realidad que es vivida por los jóvenes del cerro, ya que es una constante que abandonen sus estudios a muy temprana edad, incluso antes de concluir la secundaria, y son muy pocos los que siguen estudiando más allá de este nivel. En ese sentido, el dejar los estudios es visto como algo normal, por lo que ha terminado por naturalizarse. Sin embargo, hay razones muy concretas que pueden ayudar a entender por qué se da esta situación. Entre otras, está el hecho de que ni los padres, hermanos, familiares o vecinos de mayor edad tienen un nivel de estudios más elevado, lo que habla de un contexto social que resulta determinante en las decisiones que van tomando estos

⁴⁴ Según Bazdresch, el rezago educativo “se define por el hecho de la existencia de personas con una edad propia para tener cierta escolaridad que no la tienen” (2012: 191). Entre los aspectos considerados para determinar el rezago educativo está la población analfabeta, y la población sin primaria y sin secundaria terminadas.

jóvenes, pues a pesar de que la mayoría de los adultos no tienen una preparación académica no sólo sobreviven, sino que también pueden llevar una casa y mantener una familia, aunque está claro que no todos lo logran sin experimentar complicaciones.

Además, otras de las razones para el abandono escolar tienen que ver con la falta de atención y seguimiento que reciben los jóvenes en la escuela en torno a su proceso formativo, lo que ocasiona que no se involucren en sus estudios; las relaciones con los amigos, con quienes se “hacen la pinta” para ir a jugar, consumir drogas o simplemente pasar el rato sin hacer nada, lo que los lleva a reprobar; la desestabilidad emocional con la que algunos llegan a la escuela, producto de entornos conflictivos, que los hace meterse constantemente en problemas de conducta provocando con ello su expulsión; los embarazos adolescentes, que llevan a la pareja a dejar la escuela y buscar trabajo para empezar una nueva familia; y la falta de recursos económicos, así como de perspectiva de futuro a partir de la educación, que son también otros de los factores fundamentales en este abandono.

El desmadre, la desatención institucional y los embarazos adolescentes

La mayoría de los jóvenes entrevistados que viven en las colonias del Cerro del Cuatro no terminaron sus estudios de secundaria, salvo contadas excepciones. Las razones que ellos dan al respecto son variadas, pero en particular es una la que sobresale por sus constantes menciones y por el énfasis que ponen en ella, y esa es el “desmadre”, mismo que parece convertirse en un problema al entrar en la secundaria, más allá de que este pueda presentarse desde un poco antes, al final de su estancia en la primaria, como reconocen algunos. Pero si el “desmadre” es un elemento de peso en su desempeño académico se debe no sólo a que es en ese periodo cuando empiezan a conformar fuertes lazos amicales, sino también a la poca atención que reciben de las instituciones sociales de las que estos jóvenes dependen, sea la familia o la misma escuela, lo cual se combina con un entorno caracterizado por la precariedad económica y la violencia, lo que termina por dar cuenta de un problema más complejo. En el caso de Pepe, quien tiene 20 años, y quien se dedica a la albañilería, y Pedro, de 18, ambos con secundaria incompleta, opinan lo siguiente:

Pepe- Pues llegas a la edad que te vale verga todo y...

Pedro- Es que... es como te estoy diciendo, ya llegas a la edad de que ya... “qué, la neta ya me agradó el desmadre y ya”...

Pepe- Se te hace fácil todo, ¿sí o no, wey? Yo también, yo cuando estaba estudiando yo la neta yo la neta yo quería estudiar, wey, pero de repente me entró un agua (¿?) que ya no quería estudiar.

(Sus voces suben de tono para imponerse a las del otro, por lo que los relatos se van encimando).

Pedro- Es como te digo, ya de ahí a la secundaria empiezas a agarrar tus acá tus cotorreos, y ya, wey...

Pedro- Casi la mayoría la deja hasta segundo, wey, neta.

-¿Y ya después qué pasa, por qué no la dejan en tercero?

Pedro- Sabe, pues no sé, ya los que... ya los que les agrada el desmadre, la neta. Es que en primero, wey, llegas y acá, a estudiar, wey. Ya, pues, te haces tus amigos y todo, ya te agrada el cotorreo, wey, pero tienes en tu mente “nel, tengo que pasar primero a huevo”. Y lo pasas, wey. Y ya segundo “nel, pues ya pasé primero, ni modo que no pase segundo”, y ya, puro desvergue desvergue desvergue desvergue. Te sales o te corren o repruebas, wey...

Una razón que puede ayudar a entender cómo el “desmadre” se impone por sobre el interés que despierta el estudio –que, como ya mencioné y explicaré más adelante, no es la única– pasa por la atención que estos jóvenes reciben al interior de las instituciones educativas, pues de acuerdo a lo que ellos mencionan, hay poco control acerca de lo que hacen o no hacen, lo que les permite no entrar a clases, despreocuparse por las tareas e incluso consumir drogas dentro de la escuela. Sin embargo, esta desatención no tiene que ver con el número de alumnos por aula, pues según lo que ellos cuentan éstos oscilaban alrededor de los 30, y si bien en ocasiones este número podía aumentar al fusionarse algunos grupos, las constantes bajas provocaban que volvieran a estar de nuevo en torno al mismo número. Y estas coincidencias se dan independientemente de las escuelas en donde ellos estudiaron, pues Pedro lo hizo en la Porfirio Rentería Figueroa Urbana 229, Rigo en la Donato Guerra Urbana 239 y Pepe en la Urbana Laura Apodaca número 26.

Rigo- No, fíjate... el pedo que yo yo yo... (no) me acuerdo, y no es mamada, que hiciera tareas o algo... no me acuerdo qué hice. Que me dejaban tareas, nunca las hacía y no había pedo, y me pongo a ver todas esas mamadas y digo “ah, verga”, y ya ahora que está saliendo eso del tema de la educación en México, que sabe cuántos putos años se estuvieron haciendo pendejos, la neta, wey. ¿Sí o no? Y todavía la neta se siguen haciendo, yo pienso.

Rigo- Y es porque fíjate también, en la secundaria pasaba lo mismo, te salías en vez de meterte a clases, si te salías a jugar futbol no había pedo, no te decían nada.

-¿No había control?

Rigo- No, bueno, según eso sí estaban los prefectos viéndote, pues, pero mientras no estuvieras haciendo nada malo no te decían nada, te salías a jugar futbol en vez de la clase y no te decían nada.

-¿No pasaban asistencia?

Rigo- Sí, sí pasaban asistencia, pero pues nomás que no te ponían y ya.

Rigo- Fíjate, fíjate, está tan acá, está tan acá, que uno mejor se va a tonchar, wey (de tener la voz muy en alto la baja para que apenas se escuche), que a estudiar. Yo la neta dos tres veces me fui mejor a tombiquear (¿?) que a estudiar, y adentro de la secundaria.

Pedro- Yo la neta, wey, cuando iba pa'llá en la secundaria... yo en la secundaria siempre me ponía en la ventana, wey, me aventaba un... ni un toque, wey, ni un toque, porque...

Rigo- O adentro del salón quemando mota.

Pedro- Hey, quemando, wey...

Rigo- ...ya ves cómo es de apestosa esa madre, wey... (riendo)

Pedro- ...me dormía, wey, yo me dormía en las clases, me dormía, yo pedía sudaderas a morir porque a todas las del salón les hablaba, wey, “qué, préstame tu sudadera”, y “simón”, e iba con otra y “me prestas tu sudadera”, “no, pues sí, ¿veá?”, y llegaba con la otra y “me prestas tu sudadera”, y “¿pa' qué, si ya tienes dos, veá?”, “ah, préstamela, no seas gacha”. Ya me las prestaban y así, ira, wey, neta que en la pura orilla ponía unas sudaderas, wey, me acostaba, y me tapaba con las demás, wey, neta, te lo juro por diosito pa' si no, wey, no me dijeron nada, wey.

Pepe- No mames, Pedro...

Pedro- Nunca me levantaban, neta, te lo juro por diosito pa' si no...

Estos fragmentos de entrevista dejan ver un problema serio en las instituciones educativas encargadas del proceso formativo de estos jóvenes, pues evidencian una falta de preocupación y compromiso por parte de los profesores en las tareas que les encargaban a estos chicos –en caso de que lo hicieran–, y de los prefectos, a quienes parece no importarles que entren a clase o no. Pero lo que más preocupa es que esta ausencia que sienten los jóvenes con respecto a estas figuras de autoridad los lleva a despreocuparse de tal manera del estudio para concentrarse únicamente en los desmanes que puedan hacer, llegando incluso hasta consumir drogas dentro de la misma escuela ante el bajo riesgo de ser sancionados por ello. Sin embargo, tampoco la familia parece ejercer un control en cuanto a los estudios de estos jóvenes, lo que termina por reforzar su desinterés.

Destaca, sin embargo, ese proceso reflexivo en el que entra Rigo a partir de un momento coyuntural como es el de la reforma educativa que se discute en el país (sobre todo durante el 2013), y que lo lleva a reconocer esas debilidades del sistema educativo al decir que quién “sabe cuántos putos años se estuvieron haciendo pendejos”, sin que en la actualidad crea que esté ya resuelto el problema. Pero culpar al sistema educativo es también no asumir las propias responsabilidades con respecto a su formación, lo que no quiere decir que toda la responsabilidad recaiga en los jóvenes, pues está claro que el problema de la educación en México es de carácter estructural, y que no sólo tiene que ver con el sistema educativo, sino con las desigualdades económicas que condicionan el tipo de educación que se puede recibir en el mejor de los casos.

Otro aspecto que resulta determinante para el abandono escolar, principalmente en el caso de las mujeres, pero que no excluye a los hombres, son los embarazos adolescentes. Según Mónica, una chica de 27 años que vive en La Mezquitera, que sí terminó sus estudios universitarios como psicóloga y que ha trabajado con algunos jóvenes del barrio, en ocasiones la falta de información lleva a que las chicas queden embarazadas, lo que puede provocar que se junten en pareja y dejen sus estudios sin terminar. Sin embargo para Ernesto, y contrario a lo que dice Mónica, no es por falta de información, sino “la verdad la verdad, por pendejos... ¿Por qué? Por no aguantarse la calentura y quererla así a la brava, por no cuidarse, más bien...” Sin embargo, más allá de estos puntos de vista, para la

CEPAL es claro que “entre deserción escolar, embarazo precoz y pobreza los vínculos son complejos y están entrelazados” (CEPAL, 2007: 60). Y además,

La maternidad/paternidad entraña múltiples obligaciones, incluyendo un cambio de estatus social, ya que culturalmente suele definir la condición de adultez. Tales obligaciones suelen competir con opciones alternativas como la permanencia en el sistema escolar, la inserción laboral (sobre todo en el caso de las mujeres), la acumulación de activos o simplemente la maduración psicosocial (CEPAL, 2007: 45).

Los embarazos se convierten entonces en una razón de peso para el abandono escolar en caso de que éste aún no haya sucedido, y marcan además el cambio de estatus, pues pasan de ser considerados jóvenes a ser considerados adultos. Los embarazos, por otro lado, terminan por lo general en la unión de las parejas sin que necesariamente ello implique casarse. Y es que “aún encontramos que en estos sectores de la población la ruta de la unión conyugal temprana continúa gozando de una amplia aceptación social, por encima incluso de la continuidad en la escuela” (Saraví, 2009: 227), sobre todo para las jóvenes, pues “la maternidad brinda identidad y un proyecto de vida a las mujeres adolescentes de sectores populares, con escasos recursos materiales y exiguas posibilidades de realización laboral” (Marcus, en Capriati, 2013: 166). Asimismo, estas uniones terminan por impactar en la forma en cómo los sujetos usan el espacio urbano, pues en el caso de los hombres ellos terminan por abandonar –o por lo menos alejarse– de los lugares de socialización de la pandilla, mientras que en el caso de las mujeres terminan por cambiar, en algunos casos, el entorno doméstico donde desarrollan gran parte de su vida cotidiana.

Factores económicos, falta de expectativas y la normalidad del no estudio

Los factores hasta ahora mencionados están lejos de ser los únicos que inciden en el abandono de la escuela, pues a los desmanes que hacen estos chicos al ir consolidando algunas relaciones de amistad –que se traduce en una relación conflictiva con las instituciones académicas–, la falta de atención que les prestan los encargados de los centros educativos por las cuales han ido transitando –que facilita las conductas disruptivas y provoca un bajo desempeño académico–, así como el poco control que ejercen los padres sobre la conducta y el rendimiento escolar de sus hijos –que refleja de alguna forma el poco

interés que muestran en cuanto a su preparación—, se le suman la falta de expectativas que tienen sobre el estudio, así como con la toma de conciencia de estar haciendo gastar a sus padres en balde, sobre todo al vivir en situaciones de alta precariedad económica.

-¿Entonces dejaron la escuela por el desmadre?

Pedro- Yo no tanto así. Sabe por qué sería, la neta.

Rigo- Es que sí, poco a poco la neta no vas a estudiar... Bueno, yo llegué a un punto en el que sí dije “no, pues yo ya no voy a estudiar, nomás estoy haciendo gastar a mis jefes...

Pedro- Eh, fue lo mismo que se me vino a la cabeza a mí...

Rigo- ...vamos a chingarle mejor...” y ya de ahí no (incomprensible) desde que me salí hasta la fecha.

Pedro- Porque de hecho cuando... Yo me salí faltando como... 15 a 22 días para pasar a tercero, wey. Pero yo me salí porque sabía que no iba a pasar. Iba a sentir feo, wey, que me dijeran “qué, la neta reprobaste”.

Pedro- Mi jefa a mí me dijo que por qué yo no quería estudiar, y le dije “la verdad, pus sabe, no me llama la atención eso”. Y me decía “no, es que cómo no, pues métete a estudiar”, y yo le dije “nel, la neta yo no, yo no te voy a hacer gastar dinero que a la vez si no tienes, para malgastarlo ahí, la neta no, yo no quiero estudiar”. Y de ahí yo le dije “yo no quiero, yo no quiero...”, y ya.

-¿Y en tu caso?

Rigo- Sí, sí me la hicieron de pedo. Yo pienso que mis jefes me veían que yo iba yo a seguir mis estudios o algo así. Pues la neta de mis carnales yo pienso que soy de los más calmadillos.

Está claro que no ven en la educación una apuesta a futuro, por lo que el factor económico se convierte en un elemento de peso para tomar la decisión de abandonar sus estudios, incluso a pesar de que algunos de ellos sí tuvieron el apoyo o la presión por parte de sus familias para que continuaran en la escuela, apoyo que, por otro lado, no deja de ser relativo, pues si bien en algunos casos sus padres les piden continuar con sus estudios, estos no se preocupan por el desempeño de sus hijos dentro o fuera de la escuela, pues de otro modo habrían podido sancionar y controlar sus desmanes, o se habrían preocupado más por

las tareas que les dejaban y las calificaciones que obtenían. Y si esto es así es porque, entre otros factores, los padres tienen una escolaridad baja como para poder ayudarlos en sus trabajos escolares, porque tienen más hijos que atender o porque tienen que preocuparse por sostener económicamente a su familia.

Esto no significa, sin embargo, que la escuela no les gustara a estos jóvenes, pues de acuerdo con Pepe, a él sí le gustaba mucho estudiar, lo cual es secundado por Pedro, a quien le agradaba “pegarle bien machín al estudio”, sobre todo porque “la escuela es otro pedo”, esto es, un espacio distinto a lo que normalmente están acostumbrados dentro de su cotidianidad y el cual reconocen como parte importante de sus experiencias de vida, lo cual se ve reflejado en la emoción que le imprimen a sus relatos. Sin embargo, llegan a una edad en la que toman conciencia de la situación económica de sus casas y de la falta de perspectivas que tiene para ellos el seguir estudiando, lo cual termina por orillarlos a abandonar los estudios y pensar en el trabajo. Es por ello que cuando dicen que “no quieren” seguir estudiando no tiene que ver necesariamente con sus deseos, sino con sus necesidades y las de sus familias, aunque no solamente.

Pero a pesar de que dicen que sí les gustaba estudiar –aunque no mencionen nada en torno a sus aprendizajes– y estar en la escuela –muy posiblemente por la socialidad que este espacio les permitía y que de alguna forma se ve reflejada en el “desmadre”–, su bajo rendimiento escolar, sumado a los factores económicos adversos y a la falta de expectativas en torno al estudio, llevan a Pedro a ver su educación no como una inversión a futuro, sino simplemente como una forma de malgastar un dinero que no se tiene, lo que de alguna forma es asumir que la educación, en su caso, no sirve para nada. Así, el gusto por la escuela no necesariamente implica reconocer que ésta tiene un valor significativo en su formación como sujeto. Y esto quizá se deba a que “la escuela se ha vuelto incapaz de cumplir la misión específica que le asignó la sociedad moderna: abrir a los jóvenes horizontes del presente y del futuro y brindarles la sensación de que pisan, o que cuando menos algún día pisarán, tierra firme” (Suárez, 2010: 97), lo cual es sobre todo cierto en los sectores populares.

Por otro lado, es interesante ver cómo pasan del “desmadre” al “factor económico” como determinante de su abandono escolar, lo que invita a pensar en un cambio del “sujeto

colectivo” a partir del cual hablan (Cross, 1986).⁴⁵ Si en un primer momento el “desmadre” es señalado como el principal problema es porque éste de alguna forma está bien valorado dentro del grupo de pares, lo que de alguna forma queda reflejado al compartir cada uno sus experiencias que les permiten colocarse como *uno más* de los que lograron violar las normas de las instituciones educativas y que pueden contarlo ahora como una especie de triunfo al no haber recibido sanción alguna (lo que en cierta forma les brindaría un capital simbólico, esto es, un reconocimiento por parte de sus pares). Pero luego su tono cambia, pues pasan a hablar desde un sujeto colectivo distinto que es la familia, en donde expresan tanto el apoyo que tuvieron para seguir estudiando, así como la imposibilidad desde su punto de vista de poder hacerlo, sobre todo pensando en términos de la economía familiar.

Además de las razones hasta ahora expuestas, para algunos el trabajo se adivina más atractivo que la misma educación, pues les permite ganar su propio dinero y en cierta forma volverse más independientes del seno familiar. Es el caso de un par de entrevistados, Jaime, de 20 años, y Lauro, de 19, quienes viven en la Nueva Santa María. En el caso del primero, éste perteneció durante algún tiempo a una pandilla, lo que le ganó bastantes problemas, al grado de que en una ocasión le metieron un balazo en la pierna, todo lo cual incidió en su desempeño académico. Pero esto, junto con la muerte de su madre, lo llevó a cambiarse de vida, por lo que ahora se encuentra vinculado con grupos de jóvenes que se reúnen en una de las iglesias que hay en el cerro, al igual que Lauro.

*-Recuerdo que habías comentado que tuviste varias broncas en la escuela, ¿no?
¿Cómo estuvo ese rollo? ¿Qué broncas?*

Jaime -No, pues de que me peleaba, las broncas que tenía era de que me peleaba, este, me corrían, pues, por vago... por eso me corrían, pues, me salía, y pues ya, cuando ya tuve una cierta edad, pues, este, empecé a trabajar, y pues... me metí otra vez a estudiar, y me volvían a correr y me metía otra vez a trabajar, entonces pues me gustó más como el trabajo, pues, que meterme más al estudio, entonces pues ya, ya no le tomé mucha importancia al estudio.

⁴⁵ Según Edmond Cross, todos nosotros pertenecemos en algún momento de nuestra vida a distintos “sujetos colectivos”, como pueden ser la familia, la generación, la profesión, entre otros, que de alguna forma nos imponen sus “valores y visiones del mundo a través de la materialización de las expresiones semióticas, gestuales o verbales, que los caracterizan” (Cross, 1986: 94-95).

Lauro -...Yo también me salí de la escuela, porque empecé a trabajar y ya no más vi dinero, ya no quise estudiar. Dije, de estudiar, estarme aburriendo en la escuela, mejor me pongo a trabajar y gano dinero. Es un error que cometemos los jóvenes, ponernos a trabajar, y de ver dinero muy fácil.

-Entonces, ¿básicamente era por la cuestión de dinero, de ganar dinero?

Lauro -Sí.

-¿O necesitabas ganar dinero?

Lauro -Por mi caso, sería por ganar dinero. Mi familia, pues nos daba lo que podía a todos mis hermanos, pero nada más vi empezar... a ver ganar dinero, y dije "me salgo de la escuela", no quiero seguir estudiando, terminé la secundaria muy a fuerzas, y me puse a trabajar.

De acuerdo con Saraví, “antes que opuestos el aburrimiento y el desastre son dos formas de expresar un mismo estado de ánimo; mientras que el aburrimiento expresa el sin-sentido desde la pasividad, el desastre es su expresión a través de la acción, del hacer” (Saraví, 2009: 221). Y es que según este autor, “los jóvenes de los sectores populares no ven en la escuela una alternativa real y tangible de movilidad social”, por lo que en dichos contextos “emergen otras alternativas que resultan más atractivas” (Saraví, 2009: 246), como pueden ser el trabajo, la conformación de una familia o la migración, y aunque esta última opción no fue referida por los entrevistados, sí se llega a presentar en estos contextos, aunque de manera marginal.

Pero regresando a lo que tanto ellos como los otros chicos han dicho, se entiende que algunos de ellos sí han tenido el apoyo de sus padres para continuar con sus estudios, pero por diversas razones, como la de ganar su propio dinero y la falta de interés por la escuela, prefirieron tomar la decisión de optar por el mundo del trabajo. Sin embargo, y como ya apuntaba al inicio de este apartado, en el contexto en el que ellos se mueven son muy pocas las personas que estudian, lo que sin duda influye en sus decisiones de abandonar la escuela. En ese sentido, el hecho de carecer de perspectivas hace que los jóvenes que viven en el cerro naturalicen el hecho de no estudiar, pues es lo común no sólo en lo que respecta a su generación, sino de la gran mayoría que ahí vive.

Rigo- ...Más que nada, es raro el que estudia aquí, ¿sí o no?

Pedro- Eh... la neta ya es raro.

Rigo- ...raro el que estudia... y he notado (que no) nomás nuestra generación, ¿sí o no, wey? Viene de... ninguno de mis carnales más grandes, o acá, siguen estudiando.

Pedro- Yo de mis carnales, la neta wey, le pegaron... una le pegó hasta segundo...

-¿De qué, de secundaria?

Pedro- Eh... (de afirmación). La otra igual, hasta segundo... No, ira, uno de mis carnales le pegó hasta segundo de secundaria; una de mis hermanas, hasta segundo de secundaria; una de... mi hermana, acabó nomás la escuela...

-¿Cuál escuela?

Pedro- La escuela, la pura escuela, la pura escuela sin secundaria (o sea, primaria). Ah, y ya, el Ernesto, ese wey sí acabó la secundaria, y yo, ahí bien, gracias, hasta segundo me quedé, wey...

-¿De secundaria?

Pedro- Eah... (afirmativo).

Este contexto se evidencia entonces como determinante para el abandono escolar, pues no existe una “presión social” lo suficientemente fuerte que los impulse a seguir, ya que, por ejemplo, de sus mayores, familiares o no, son pocos los que estudiaron. Es así que su capital cultural, basado en las distinciones y/o reconocimientos escolares, así como en los aprendizajes socialmente reconocidos (Bourdieu, 2001), queda bastante restringido, lo que impactará en diversos aspectos de su vida, como el trabajo al que pueden acceder y el dinero que pueden ganar —esto es, en su capital económico—, entre otras cosas. Y esto repercute en términos de la espacialidad en la que estos jóvenes se desenvuelven, pues este “desanclaje” o desafiliación de las instituciones escolares los lleva a reducir de cierta forma su experiencia de ciudad a la colonia donde viven, pues ya no tienen que trasladarse a la escuela, ni tampoco es del todo necesario mantener las relaciones con otros compañeros que viven en otras zonas de la ciudad, lo que también termina por acotar el capital social con el que cuentan, aumentando por todo ello las condiciones de segregación en las que viven.

La importancia relativa del estudio

A pesar de este contexto tan adverso, algunos de los chicos entrevistados sí consideran el estudio como algo importante, pues reconocen que a través del mismo podrían acceder a mejores oportunidades de trabajo. Sin embargo, retomar los estudios en su caso no es una tarea sencilla, tanto porque tienen tiempo de haber abandonado la escuela, como porque actualmente se encuentran insertos en otro tipo de dinámicas que oscilan entre la desocupación paralizante, el trabajo precario y el ocio. Pero además porque en el entorno socioespacial en el cual se desenvuelven la educación no es vista como algo indispensable. Es por ello que para continuar con sus estudios, en el caso de que quieran hacerlo, deben de contar con alguna motivación extra que los impulse, pero también, y al mismo tiempo, con el dinero suficiente que les permita costear su educación, sin que eso implique descuidar los aportes económicos que realizan en sus casas.

Carlos comentaba en alguna ocasión, por ejemplo, que tenía ganas de estudiar algún bachillerato técnico relacionado con la medicina, pero a la vez reconocía que no tenía dinero para ello. Sin embargo, su principal impedimento era el hecho de que su pareja de 16 años se encontraba embarazada, lo que de alguna forma lo orillaba a poner los pies en la tierra, olvidarse del sueño de estudiar –que tampoco parecía ser tan fuerte– y buscar un trabajo a partir del cual ambos pudieran independizarse de sus respectivas familias y afrontar los gastos que se les venían encima. Este caso en particular deja ver la enorme distancia que existe entre el deseo de estudiar y la posibilidad de llevarlo a cabo, lo cual no sólo es consecuencia de las problemáticas a las que se ven expuestos como jóvenes –en este caso, relacionado con una sexualidad poco responsable–, sino sobre todo de la posición desfavorable que tienen en el espacio social y que los condena a mantenerse dentro de una estructura de clases relativamente rígida, por lo menos desde las lógicas socialmente instituidas y legitimadas, mismas que tienden a reforzar estas desigualdades, pues tener menor capital económico implica tener menores oportunidades de solventar los gastos que implica la educación, por ejemplo.

En el caso de Rigo, por otro lado, su motivación para seguir estudiando era aparentemente su novia –quien sí continuaba con su formación académica–, pero también el hecho de pensar en que podría tener más y mejores oportunidades de trabajo, lo cual es una idea que en cierta forma también es compartida por Pedro, a pesar de sus reticencias a ver la educación como indispensable para sobrevivir, ya que reconoce que para muchos

trabajos tener cierta escolaridad es un requisito. Sin embargo, la forma en cómo se expresan en los siguientes comentarios da cuenta de esa masculinidad agresiva que han ido construyendo en el universo social en el cual se desenvuelven, lo cual es en parte una reacción a la forma estigmatizada en la que ven a Rigo los padres de su novia –sobre todo por no estudiar cuando ella sí lo hace–, y como una forma de poder plantarle cara a un destino que los ha alejado de los trabajos que desearían –de manera fantasiosa– por no contar con estudios, en el caso de Pedro.

Rigo- Y fíjate, mi novia sí estudia, wey...

Pedro- ¿Cuál novia?

Rigo- Pues cómo que cuál novia.

Pedro- ¿Tu novia?

Rigo- Sí... sí... está estudiando... ¿cómo se llama? Gastronomía. Va como en tercer bimestre. Y por eso no me ven bien sus jefes, según eso, wey, que porque no estudio, que qué le puedo dar... Ira lo que le puedo dar, ¡edá! (dice, agarrándose el miembro por sobre el pantalón). ¿Sí o no? Que qué le puedo dar, vea...

Pedro- Qué, wey, pos no nomás es estudio, wey, la neta sí, a huevo, wey, para un trabajo ya casi lo que te están pidiendo es estudio, wey, pero pos, si le puedes pegar de otra cosa, wey, sin estudios le haces al jale, fíjate, sin estudios, y así puedes sacar una familia adelante, la neta, quién sabe.

Rigo- No, pero de todos modos es lo que decimos, es lo que acá, wey, hay que adaptarse a la sociedad, ¿sí o no? Yo más que nada por eso también acá me pongo al tiro, digo, “y... chingue su madre”, no, no me gusta estudiar, pero... pues así como... yo pienso que a muchos hay dos tres jales que no nos gustan, ¿veá?, dos tres jales que no nos gustan hacer, también hay que aferrarse pus pa’ tener más oportunidades, ¿no? ¿Sí o no, Pedro?

Pedro- A mí de lo que me latería trabajar, wey, es como los que salen en C7 (canal de televisión local, en el que transmiten documentales) de que agarran animales y todo eso, wey, neta, ese es mi sueño, pues, se los juro pa’ si no, la neta. Ese es mi sueño, trabajar de así, pero no, cómo vergas voy a trabajar, wey, con qué putos estudios, wey.

Ante la imposibilidad de tener algún argumento sólido en contra de lo que aparentemente piensan los padres de su novia, Rigo recurre a una expresión verbal y gestual violenta de carácter sexual que corta de tajo cualquier reflexión al respecto. Se antepone de esta forma la virilidad como único argumento –natural, biológico– ante una competencia social valorada positivamente como lo es la educación. Sin embargo, y más allá de su respuesta, Rigo sí sigue estudiando en una escuela abierta con la intención de terminar la secundaria, lo cual representa, por otro lado, un sacrificio –pues no le gusta del todo– que cree que le puede traer nuevas y mejores oportunidades en cuanto a los trabajos que pudiera conseguir.

Por su parte, Pedro deja en claro que no sólo con la educación se puede vivir y sacar adelante una familia, de lo que se desprende que la educación no es indispensable, aunque reconoce también que el no tenerla limita sus expectativas de los trabajos que le gustaría realizar. Sin embargo, llama la atención la forma en cómo pasa de plantear el gusto que tiene en torno a un trabajo que considera el de sus sueños –mismo que sólo conoce a través de la televisión–, a la clausura del mismo con una expresión que también resulta verbalmente violenta. El sueño de aspirar a algo mejor se ve sepultado ante el peso de unas circunstancias totalmente desfavorables producto de un capital cultural –aunque también económico y social– bastante limitado, y que acota su capacidad de agencia, esto es, de transformar la realidad en la que se halla inmerso.

Pero si bien las condiciones de pobreza que experimentan estos jóvenes son factores que pueden ser determinantes para el abandono o incluso para la reinserción escolar, “hay pruebas de que el problema de la educación en México no sólo reside en la escasez de recursos económicos, sino también en la capacidad sistémica de otorgar a los jóvenes ámbitos de acogimiento, de sentido, de gusto por la asistencia a la escuela” (Suárez, 2010: 93). En ese sentido, la escuela no debería de ser vista como un “sacrificio”, o como algo prescindible, pero el hecho de que así sea tiene que ver en cómo está configurada la educación en México –y muy posiblemente en otros países–, pues entre otros factores, el abandono escolar está asociado, además de lo que ya se ha ido señalando, “a las formas en que suele llevarse a cabo la praxis educativa, a la falta de incentivos que reciben los jóvenes para el estudio y a la escasa comprensión que tienen los actores de la educación sobre lo que significa hoy ser joven en el país” (Suárez, 2010: 93).

Sin embargo, el desanclaje del sistema educativo es parte de un problema mucho más amplio, y que tiene fuertes implicaciones tanto en el futuro de los jóvenes como en el desarrollo del país, pues

La educación es el principal expediente para superar tanto la pobreza como las causas estructurales que la reproducen: baja productividad en el trabajo, escaso acceso a las herramientas de la vida moderna, marginalidad sociocultural, mayor vulnerabilidad de las familias en el plano de la salud, y discontinuidad y bajos logros en la educación de los hijos (CEPAL, 2007: 173).

Por otro lado, en el caso de los jóvenes de Santa Tere, el contexto socioeconómico en el que viven, si bien no es homogéneo, ofrece mejores oportunidades para seguir estudiando, lo cual se ve reflejado en el hecho de que varios de los entrevistados han tenido la oportunidad de continuar con sus estudios, pues Manuel terminó la licenciatura en diseño – independientemente de que no ejerza su carrera–, Adriana cursa actualmente la licenciatura en danza, y César sigue con sus estudios de bachillerato. Pero para Karla y Sandra esto no ha sido de momento posible, ya que ambas han tenido que suspender sus estudios de preparatoria sin que quede muy en claro si podrán retomarlos más adelante, independientemente de lo que ellas quieran, pues aparentemente están sujetas a la situación económica de sus hogares.

Finalmente, puede decirse que en el caso de los jóvenes de La Mezquitera el peso que tiene el contexto en el que viven resulta determinante en las decisiones que tomarán en relación a sus estudios, pues las redes sociales que ellos tienen, tanto familiares como amicales, marcan una tendencia en la que el abandono escolar es la norma, más allá de las presiones que puedan existir para que se continúe estudiando. O en otras palabras, el capital social contribuye poco en la adquisición de capital cultural. La centralidad del “desmadre” con el grupo de pares es, en gran medida, resultado tanto de lo anterior como de la poca atención que los jóvenes reciben dentro de las instituciones escolares e incluso por parte de sus mismas familias. Asimismo, las condiciones de riesgo asociadas a una sexualidad poco responsable que termina en embarazos precoces, y el peso de los factores económicos, combinado con las pocas expectativas que se tienen en torno al estudio como garante de futuro, llevan a los jóvenes a optar por la vía del trabajo.

Trabajar “de mes en cuando”: precariedad laboral e inestabilidad económica

Si yo hubiese terminado la preparatoria no estaría lavando baños.

(Comentario escuchado a una mujer en la ruta 52, que va al Cerro del Cuatro)

No saben agarrar la pala pero bien que manejan el celular.

(Comentario escuchado en La Mezquitera a un hombre de unos 30 años)

Ante el abandono de las instituciones escolares a temprana edad, el trabajo se convierte en un elemento clave en la vida cotidiana de estos jóvenes, “puesto que constituye la principal fuente de ingreso de las personas, proporciona integridad social y conlleva legitimidad y reconocimiento social” (CEPAL, 2007: 205). Y si esto es así es porque en los contextos en donde se desenvuelven, que es básicamente el de sus colonias, el abandono escolar no representa ningún estigma al estar normalizado, como ya ha quedado expuesto. Sin embargo, también es importante mencionar que no siempre es fácil encontrar y mantener un trabajo, por lo que muchas veces estos jóvenes se encuentran aplastados por la cotidianeidad al no tener nada que hacer, y esto se debe no sólo al bajo capital cultural con el que cuentan, sino que representa un problema generalizado que se vive en la ciudad, ya que “en la ZMG se encuentra un mercado laboral con una oferta de trabajo relativamente alta que igualmente se acompaña de un desempleo elevado” (Román, 2012: 260).

En el caso de la zona metropolitana de Guadalajara, Ignacio Román identifica varios factores de violencia social asociados a las condiciones económicas y laborales, algunas de las cuales pueden servir para ilustrar el mercado de trabajo que existe en la ciudad. Por un lado, dentro de los factores precursores de largo plazo, reconoce que hubo “un acelerado proceso de crecimiento urbano que no se acompañó de un dinamismo en la capacidad de generación de empleo”. Por otro, dentro de los factores de riesgo en el plano distributivo y sociocultural, identifica “la reproducción de prácticas violatorias a los derechos laborales, toleradas ante la falta de opciones laborales para los trabajadores”, además de “la generación de condiciones laborales complejas diferenciadas en términos de género y grupo de edad: sobresaturación del trabajo femenino combinado doméstico-extradoméstico,

recurrencia de jornadas laborales excesivas para los hombres, uso precario del empleo de jóvenes y el desdén al empleo formal de los adultos mayores”. Y finalmente identifica una serie de factores detonadores, entre los que destaca “la propagación de actividades delictivas, especialmente desde el inicio del auge del narcotráfico (aproximadamente en los años noventa)” (Román, 2012: 252-254).

Estos elementos, que no son los únicos planteados por Román, pero quizá sí los más ilustrativos, ayudan entonces a tener una idea de las condiciones económicas y laborales con las que se enfrentan estos jóvenes, aunque de entrada se puede establecer una relación directa entre nivel de estudios alcanzado, contexto social en el que se vive y tipos de trabajo a los que se puede acceder.

El trabajo: tipos, características y formas de conseguirlo

Ante el abandono de la escuela, el trabajo se convierte en una de las pocas actividades socialmente reconocidas a la que pueden incorporarse la mayoría de los jóvenes que viven en las colonias ubicadas en el Cerro del Cuatro, mismo que no sólo les permite ganar un dinero para solventar sus gastos o contribuir incluso con el de sus familias, sino que también representa un elemento importante para su estabilidad emocional al mantenerlos ocupados y, por tanto, alejados de esa cotidianidad en ocasiones aplastante y abrumadora que es producto del confinamiento en el que viven. Sin embargo, las características que se presentan en el mercado de trabajo de la zona metropolitana de Guadalajara –alta oferta acompañada de grandes tasas de desempleo, como señala Román (2012)–, así como los limitados capitales con que cuentan los sujetos, se convierten en factores determinantes a la hora de intentar conseguir un trabajo o de mantenerlo en caso de que se tenga.

Quizá la repercusión más evidente de este prematuro abandono del sistema escolar por parte de los jóvenes sea el tipo de trabajos a los pueden acceder, ya que tener un capital cultural bastante acotado –tanto en su forma institucionalizada como incorporada, esto es, en cuanto a los conocimientos y reconocimientos que lo legitiman– los orilla a realizar labores que se caracterizan sobre todo por el uso de la fuerza física, pues la mayoría de los hombres se dedican, por ejemplo, a trabajar como albañiles –lo más común a lo que suelen y pueden acceder–, además de cargadores, pintores, barrenderos, carpinteros, soldadores, vigilantes, entre otros, dependiendo siempre de las ofertas a las que puedan tener acceso,

mientras que las mujeres tienden más hacia los trabajos domésticos –al interior de sus hogares, principalmente– y/o a trabajar de empleadas en algún tipo de negocio.

Así, de acuerdo a la mayoría de los entrevistados, la albañilería es entonces el principal trabajo al que pueden acceder estos jóvenes, como lo aseguran Jaime y Pedro, el primero de la Nueva Santa María y el segundo de La Mezquitera.

-En tú caso te dedicas más a la albañilería, me habías contado, ¿no?

Jaime- Sí, es... pues la mayoría es a lo que se dedica, en general albañil, este, la mayoría es a lo que se dedica. Es muy raro, pues, joven que trabaje en una fábrica o en alguna otra cosa, porque sí, la mayoría es... por decirlo como que el trabajo que abunda aquí es el albañil.

Pedro- Aquí lo que casi... todos casi le pegan es en la obra, wey, en todo, wey.

Sin embargo, el tipo de trabajo que se consiga dependerá de las ofertas a las que tengan acceso, por un lado, así como de la necesidad que se tenga del mismo, por el otro, lo cual puede llevar a estos jóvenes a aceptar trabajos de lo más variado, y la mayoría de las veces bajo condiciones desfavorables, tanto por una regulación laboral laxa que posibilita que se trabaje sin que exista necesariamente un contrato –lo que impide gozar de las prestaciones a las que tendrían derecho por ley, por ejemplo–, así como por el hecho de que siempre hay otras personas con necesidad de trabajar independientemente de las condiciones que les ofrezcan, lo cual plantea un escenario poco favorable que orilla a estos jóvenes, si es que quieren o necesitan trabajar, a vivir situaciones de irregularidad y precariedad laboral a las que, por otro lado, están ya acostumbrados.

En el caso de Jaime, por ejemplo, en el lapso de un año tuvo trabajo como mecánico, jardinero, pintor, despachador en una pollería, además de albañil –el cual considera su principal oficio, más allá de que no siempre le sea posible ejercerlo ante la falta de ofertas de trabajo–. Sin embargo, estas condiciones precarias en las que debe de asumir los trabajos a los que tiene acceso se ven reflejadas, por ejemplo, en el hecho de que de su empleo de despachador de pollos lo terminaron corriendo, y ello aparentemente porque una clienta se quejó de sus servicios, de acuerdo a lo que él cuenta. Más allá de si hubo o no razón para su despido, lo cierto es que no existe ninguna clase de protección

legal efectiva que los respalde en estas situaciones, por lo que son vulnerables a este tipo de decisiones que parecen tener mucho de arbitrarias, sobre todo cuando no hay un contrato de por medio, cuando ninguna instancia del Estado se encarga de velar por sus derechos y cuando ellos mismos son incapaces, las más de las veces, de exigir esos derechos que quizá incluso desconozcan.

Si bien trabajar en una fábrica no es muy común en el caso de estos jóvenes, quienes tienen la oportunidad de hacerlo cuentan con un contrato que de alguna manera les garantiza un mínimo de protección legal, la cual, por otro lado, no tendría mucho sentido si no supieran cómo utilizarla. Así, en el caso de David, de 25 años, hermano de Pedro y Ernesto, quien trabajó durante un tiempo junto con su cuñado en una fábrica de lácteos, cuando tuvieron un problema con la empresa no sólo renunciaron, sino que también la demandaron con el fin de obtener una liquidación justa, lo cual fue posible por el hecho de contar con un contrato –esto es, un respaldo legal–, un mínimo de conocimientos en torno a sus derechos –capital cultural–, así como por tener un conocido que era abogado –capital social– y que decidió apoyarlos en el proceso, con quien acordaron que sólo les cobraría en caso de ganar la demanda. Sin embargo, su caso parece ser más bien la excepción, antes que la regla.

Pero si trabajar en una fábrica puede tener sus ventajas, como acceder a un contrato y recibir prestaciones, también tiene sus desventajas, pues de acuerdo con Ernesto, estos son los lugares en donde menos dinero se gana, ya que pueden llegar a percibir unos 800 pesos semanales, mientras que como albañil, si mal les va, pueden recibir unos 900, y en otros trabajos pueden llegar incluso hasta los 600 pesos o más, pero por día, como cuando descargan costales de sal, azúcar o piedras de río, así sean trabajos brutales que los dejan totalmente exhaustos y doloridos. Pero además, y siguiendo con Ernesto, las prestaciones que se reciben en la fábrica “no sirven para nada”, pues “de todos modos te lo rebajan. Y al último, cuando te van a dar tu aguinaldo, te corren antes para no darte aguinaldo. Neta...” Esta sensación de desconfianza y de ganar menos dinero hace que al final terminen prefiriendo trabajar sin contrato y sin prestaciones, sobre todo si existe la posibilidad de contar con mejores ingresos.

Por otro lado, y si bien el trabajo es una de las actividades más importantes en la vida de estos jóvenes al haber dejado la escuela, no todos se esfuerzan por conseguir uno, o

por lo menos no todo el tiempo, ya que muchos de ellos pueden sobrevivir en ocasiones sin trabajar al tener resueltas algunas de sus necesidades básicas, como casa y comida, principalmente, las cuales pueden estar cubiertas por el núcleo familiar, lo cual no quiere decir, por otro lado que ellos no experimenten problemas económicos, sino que tales problemas no son del todo homogéneos incluso dentro del mismo barrio, ni tampoco permanentes y estables, ya que variarán dependiendo de la situación económica – relacionada con la inserción al mundo del trabajo y del capital económico que tengan acumulado– de todos aquellos quienes forman parte de ese grupo social.

En ese sentido, estos jóvenes pueden llegar a tener la opción, siempre relativa, de no trabajar. Sin embargo, la precariedad económica tanto de ellos como de sus familias, más allá de los vaivenes que éstas puedan experimentar, es una constante, por lo que en ciertas ocasiones el trabajo deja de ser una opción para convertirse en una necesidad, además de que estos jóvenes también trabajan para satisfacer no sólo necesidades económicas, sean personales o familiares, sino también anímicas, como se detallará más adelante. Pero el problema es que no siempre es posible encontrar y mantener un trabajo, ya que estos pueden ser muy inestables, lo que lleva a Pedro a decir que él trabaja “de mes en cuando”, aunque también, en ocasiones, no es necesario buscar trabajo para encontrar uno, como queda reflejado en los comentarios de Pepe y Pedro:

-¿Y la chamba sí cae seguido o no cae seguido?

Pedro- Pos a veces, a veces cae y a veces no cae.

Pepe- Es como todo, wey, este, a veces... también a veces anda uno de baquetón en la pinche casa (se escucha decir a Pedro “eah”) y a veces te llegan de repente “sabes qué, wey, ¿estás trabajando?”, “nel, pos no”, y pos ahí te dicen.

Pedro- Es como te digo, los compas acá, de que estás baqueteando y “qué onda, wey, no traes jale”, “no, pus no”, “aja, ahí tengo yo” y “vámonos”, nos vamos y ya.

Por tanto, no siempre es necesario salir de casa o del barrio para conseguir un trabajo, pues éste llega por medio de las redes sociales que tienen construidas los sujetos, las cuales, si bien se encuentran restringidas por lo general al espacio físico en el cual viven y conformadas principalmente por los lazos familiares, amicales e incluso vecinales, éstas parecieran ser bastante sólidas, por lo que se constituyen como la vía más segura para poder

emplearse, además de que al ser estas recomendaciones de trabajo una actividad recíproca les permite reforzar y mantener su capital social, pues “los beneficios derivados de la pertenencia a un grupo constituyen, a su vez, el fundamento de solidaridad que los hace posibles” (Bourdieu, 2001: 150). En cambio, la otra opción que tienen estos jóvenes para conseguir un trabajo es salir a buscar directamente a las obras (de construcción), negocios, casas o empresas donde piensen que puede haber, aunque esa ruta es siempre más incierta y desgastante por el tiempo y el esfuerzo que implica, sobre todo cuando no se tiene dinero y se debe de caminar de un lado a otro de la ciudad sin que necesariamente esa búsqueda se vea recompensada, causando en ocasiones frustración y desaliento.

Esta inestabilidad laboral, por otro lado, implica tanto cambiar constantemente de empleos como de lugares en donde los realizan, lo que les exige moverse por varias zonas de la ciudad y en ocasiones hasta salir de la misma, ya que es muy raro quienes pueden conseguir algún trabajo al interior de sus barrios. Sin embargo, esta vivencia del espacio suele ser bastante acotada, pues no siempre les interesa vincularse con esos otros lugares en los que saben que estarán sólo por un tiempo –según la opinión de Pedro–, o no los dejan salir del lugar en donde estén trabajando, como llega a pasar en el caso de los fraccionamientos privados –de acuerdo a la experiencia de Rigo–, pero además el no conocer algunas zonas de la ciudad y los códigos de comportamiento que en ellas priman pueden desalentar a estos jóvenes a explorarlas, provocando que los vínculos que generan en torno a éstos lugares sean bastante frágiles.

Por su parte, para quienes viven en Santa Tere, las opciones de trabajo, así como las condiciones en las que éste se presenta, son bastante diferentes a las de los jóvenes del Cerro del Cuatro, ya sea porque pudieron seguir estudiando, porque los familiares tienen algún negocio, o porque al ser una zona comercial es más fácil acceder a los empleos que ahí se ofrecen. En el caso de Manuel, éste trabaja actualmente como agente de seguros, lo que lo lleva a moverse por varias zonas de la ciudad y administrar sus tiempos como mejor le convenga, y si bien este trabajo no tiene nada que ver con la carrera de diseño gráfico que estudió, el hecho de tener una formación académica le permite contar con mejores oportunidades de empleo.

Adriana, por su parte, trabaja en la panadería de su abuelo, lo cual tiene varias ventajas para ella, pues en primer lugar no tuvo que buscar trabajo; en segundo lugar, la

panadería se encuentra muy cerca de su casa, al interior de su barrio, lo que le evita desplazarse a otras zonas de la ciudad; y finalmente trabaja con familiares, lo que le permite reforzar sus lazos con ellos y contar con facilidades –de tiempo, por ejemplo– en caso de necesitarlas. Además, también trabaja de vez en cuando con el grupo de mariachis en el cual participa más por gusto que por necesidad, lo que le permite ganar un dinero extra. Por último, en el caso de Karla y Sandra, quienes son aún menores de edad, y quienes han dejado de momento la escuela por razones aparentemente económicas, su bajo capital cultural las ha orillado a buscar un trabajo en los negocios que están dentro del barrio. Así, Karla trabaja todo el día en una tienda de perfumes y Sandra en una tienda de ropa.

Estos casos dejan ver unas diferencias significativas en cuanto al tipo de trabajos que estos jóvenes pueden conseguir, lo cual es en parte producto de una mejor posición en el espacio social que les permite a algunos continuar con sus estudios, adquirir un mayor capital cultural y acceder a partir de ello a mejores trabajos; o incorporarse a los negocios familiares, lo cual es resultado de una mejor situación económica de quienes conforman su capital social; o incluso conseguir trabajos cerca de sus casas por el simple hecho de vivir en una zona céntrica de carácter comercial, todo lo cual contrasta significativamente con la realidad a la que se enfrentan quienes viven en el Cerro del Cuatro, pues además de tener poco capital cultural –que los lleva a la realización principalmente de trabajos físicos–, el hecho de vivir en barrios con poca actividad económica los orilla a tener que salir a otras partes de la zona metropolitana para trabajar. Y si bien el capital social con el que cuentan –concentrado en su espacio de vida y conformado por amigos y familiares– es fundamental para conseguir empleo, estos suelen ser precarios e inestables.

Las necesidades económicas y afectivas que cubre el trabajo

Trabajar no se reduce sólo a cumplir un rol legitimado socialmente, ni tampoco agota su razón de ser en las contribuciones económicas que hagan estos jóvenes a sus familias, sino que va más allá al satisfacer necesidades simbólicas y emocionales que impactan directamente en la forma en cómo viven su juventud, ya que realizar actividades remuneradas les permite solventar sus gastos y sus gustos, obteniendo de esta forma cierta independencia de sus núcleos familiares, así como autonomía en su capacidad de elección, por un lado, mientras que por el otro tales actividades, que se realizan principalmente por

fuera del espacio barrial, generan una sensación positiva en estos jóvenes por el simple hecho de tener algo que hacer, por lo que de alguna forma se convierte en un contrapunto con respecto a esa *otra* cotidianidad, la del no trabajo, caracterizada por la falta de actividades, el confinamiento espacial y la desesperación que en ocasiones esto genera.

Respecto a la independencia que obtienen con respecto a sus núcleos familiares, y que marca de alguna forma su transición hacia la adultez, Jaime, de la Nueva Santa María, opina lo siguiente:

Jaime –Lo que más me gustó del trabajo fue que... ya yo me podía comprar mis cosas, pues, ya tenía mi propio dinero, entonces no ocupaba, pues, de nadie más, o de mi papá de decirle “qué onda, pá, dame dinero, pa’ gastar”... ya era como más autónomo, pues, y no ocupaba de nadie.

En ese sentido, puede decirse que

Por un lado, el trabajo no sólo importa por las mejoras económicas que pueden traer los ingresos que proveen los hijos al hogar de origen, sino por las connotaciones simbólicas que acompañan e intervienen en los procesos de construcción identitaria; por otro, el trabajo aporta ingresos para responder a necesidades individuales, necesidades esencialmente asociadas, en este caso, a la condición juvenil (Saraví, 2009: 228).

Tener trabajo implica tener dinero y por tanto poder adquisitivo, mismo que los jóvenes utilizan para solventar sus gastos, comprar sus cosas y pagarse algunos de sus gustos. Así, su dinero se va en los aportes que realizan en su ámbito doméstico, pero también en pagar el transporte público con el que se desplazan por la ciudad cuando lo hacen, ya sea para ir a su trabajo, a los lugares donde realizan sus prácticas de ocio o cuando van a visitar a familiares, amigos o parejas sentimentales que viven en otras partes de la zona metropolitana; en comprar ropa, accesorios o pagarse un corte de cabello, elementos con

los cuales construyen su “fachada personal”,⁴⁶ de la que son plenamente conscientes varios de ellos; en comprar cigarrillos, alcohol y drogas, que suelen estar presentes en las interacciones que tienen con sus grupos de pertenencia, particularmente en el caso de quienes forman parte de una pandilla; en invitar a sus parejas a salir para tomar un refresco, un helado, a comer o cualquier otra cosa, lo que les permite quedar bien con ellas y estrechar de esta forma sus vínculos afectivos; en pagar la renta de una computadora para checar sus perfiles en *Facebook*, bajar y escuchar música, chatear, mirar videos, entre otras actividades.

En ese sentido, el dinero que se obtiene a través del trabajo viene a satisfacer necesidades tanto materiales como simbólicas relacionadas con su condición juvenil, lo que les permite, además de ganar independencia con respecto a sus grupos familiares, construir una identidad social particular y diferenciada, tanto en términos generacionales como con respecto a otros sectores de la población. Es por ello que aunque en ocasiones exista la posibilidad de que no trabajen al tener algunas de sus necesidades básicas cubiertas, los jóvenes prefieren hacerlo, y no sólo por las razones antes mencionadas, sino también porque anímicamente tiene un impacto positivo en sus personas, independientemente del tipo de actividades que tengan que realizar, como se desprende de los siguientes comentarios.

Pedro- ...Te digo, a mí me agrada trabajar de lo que a mí se me ponga, la neta, de lo que... Has de cuenta, si me sale ahorita un puto jale “ne, pues que te ocupan de barrendero allá en tal parte”, ne, yo sí me voy, wey, la neta.

Pepe- Hay que hacerla de todo, wey...

Pedro- De lo que sea... Te digo, hace poquito, wey, andaba limpiando las rejas donde se mete toda la puta basura que va en las calles, wey. Eh, ahí estuve trabajando, wey, quince días. Na, pues ahí me veías en todas las putas calles, wey, en las rejas nos metíamos a sacar la basura, el agua, todo, wey. Digo, a mí no me da vergüenza trabajar, wey, de lo que sea, yo sí le pego, wey. A mí me agrada bien machín el jale.

Pepe- Por qué vergüenza, wey...

-Sí, ¿no?, pues *chamba es chamba*...

⁴⁶ De acuerdo con Goffman, la fachada personal “es la dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación” (1997: 33), donde el vestido o el peinado serían algunos de sus elementos.

Pedro- Mientras haiga, la neta bienvenida es, wey. Te digo, a mí no me da vergüenza lo que sea así de barrendero, lo que sea, wey, podando árboles, lo que sea, yo sí me voy... Vergüenza, vergüenza es robar, wey, la neta...

Pepe- Y que te vean...

Pepe- Es como dice, hay jale; mientras haya jale no hay pedo, wey, hay que pegarle...

Rigo- Y no, y cuan... y cuan... y cuando hay yo he oído que se quejan, de que “ah, puta madre, que el jale...” No, cual... Entre más haiga...

Pedro- Cuando haiga bienvenido, wey...

Rigo- Orita que uno puede, está joven, no hay pedo.

Pepe- Culero es cuando no hay jale, o sea, que estés trabajando bien a gusto y de repente “saben qué, pos ya no va a haber jale” y es cuando uno se agüita, que dices “ya valió verga, vámonos a otro lado”.

De acuerdo a lo que estos chicos dicen, el problema no es el tipo de trabajo que se tenga, sino que haya trabajo “de lo que sea”, pues el trabajo puede ser incluso agradable, lo que significa que tiene un impacto positivo en su estado anímico, y si esto es así es porque el trabajo representa una de las pocas actividades que pueden romper con la cotidianidad en la que viven, caracterizada por el confinamiento espacial y la falta de ocupaciones. Pero también porque es un espacio que les permite aprender y mejorar en torno a determinados oficios en los cuales se desempeñan, lo que de alguna forma los hace sentirse orgullosos de esos conocimientos y habilidades que van incorporando como parte de su capital cultural y que pasan a formar parte de su *habitus*, esto es, de sus disposiciones corporales. Así, por ejemplo, Pedro en alguna ocasión explicaba con satisfacción, mientras lo hacía, cómo es que se debía de preparar una mezcla para blanquear paredes, dando a entender que tenía bastante experiencia en ello. O Juan, quien consideraba que una de sus especialidades era poner pisos.

Sin embargo, lo contrario también es cierto, pues no tener trabajo repercute de manera negativa en su situación anímica, sobre todo porque el tiempo libre que tienen no siempre puede convertirse en tiempo de ocio, y porque tarde o temprano la falta de trabajo se traduce en falta de dinero, restringiendo aún más las actividades que pueden realizar, todo lo cual produce, entre otras cosas, un sentimiento de desesperación, pues de acuerdo

con Pepe, “cuando no hay jale la neta sí siente uno culero, pues, porque no tiene jale, a veces uno no tiene ni pa’ comer, se desespera uno”. Así, de estar “a gusto” en un trabajo, ya sea por la seguridad económica que este proporciona, por la rutina que ya se tiene dominada o por el simple hecho de tener algo que hacer, la inestabilidad laboral de la que padecen puede llevarlos en cualquier momento de nuevo al desempleo, lo que significa volver a empezar de cero, salir a la calle a buscar trabajo o esperar que caiga uno a través de sus amigos, familiares o vecinos, quienes conforman su capital social.

Por otro lado, decir que cierto tipo de trabajos que realizan no les da “vergüenza” es reconocer que no son los mejores empleos que se pueden llegar a conseguir o que no cualquiera estaría dispuesto a realizar, pues en particular los trabajos que menciona Pedro, que son barrer las calles o sacar la basura de las alcantarillas o de las bocas de tormenta, son trabajos que se llevan a cabo a la vista de todos, y al ser éstos poco valorados socialmente, al grado de poder generar un sentimiento de “vergüenza”, no cualquiera podría realizarlos. Pero mientras haya “jale” hay que “pegarle”. No se trata de escoger, porque no siempre se puede –sobre todo cuando se tiene poco capital cultural–, sino de aceptar lo que hay, pues además, cuando se es joven, se puede agarrar cualquier trabajo porque se tiene la fuerza y la energía, mismas que no durarán para siempre. Esto implica, en cierta forma, un reconocimiento tácito de una posición social desventajosa, donde toca aceptar, más no elegir, y aprovechar ahora, y mientras se tenga, la fuerza física que caracteriza y define su condición juvenil, pues cuando ésta desaparezca no sólo no se podrá elegir, sino que incluso se tendrán que descartar algunos trabajos dentro de un ya de por sí reducido universo de posibilidades.

Incluso, se puede inferir, a partir de estos comentarios, que trabajar confiere de alguna manera dignidad al sujeto, mientras que robar no, pues eso sí es para dar “vergüenza”, y más “que te vean” haciéndolo. Si bien esta última es una expresión coloquial, contiene el imaginario de que si vas a robar por lo menos hay que hacerlo sin que te vean, esto es, en la clandestinidad o protegidos por el anonimato. Pero lo que queda en claro es que el trabajo y el robo, si bien tienen la misma finalidad, que es la de obtener recursos económicos, son de alguna forma actividades contrapuestas en cuanto a las implicaciones morales, así como en cuanto a los sentimientos que detonan en los sujetos (satisfacción-vergüenza), aunque esta valoración puede variar dependiendo la situación,

como se desprende de algunos comentarios que estos jóvenes hacen al respecto y que se abordarán más adelante.

Asimismo, cuando Rigo menciona que la gente se queja en ocasiones cuando hay trabajo se refiere a un caso en particular que se da en su colonia, ya que hay unos comerciantes que llevan camiones de cebolla y durante semanas, tanto en el día como en la noche, muchas de las personas del barrio, de todas las edades, trabajan limpiándolas y pelándolas en una calle, lo que genera un olor fuerte y desagradable que termina por molestar a varios de los vecinos. Sin embargo, Rigo tiene claro que eso es en beneficio de la economía de las personas que ahí viven, ya que pueden acceder a un trabajo incluso sin necesidad de salir del barrio, lo cual es algo poco frecuente. En ese sentido, lo desagradable del olor no debería estar por encima de los beneficios que trae consigo esa actividad, por lo menos en su opinión.

El trabajo es entonces valorado tanto por el dinero que permite obtener, como por el impacto anímico que tiene en los sujetos. Respecto a lo primero, está claro que tener dinero permite acceder al consumo, y a través del consumo es posible satisfacer necesidades materiales y simbólicas, y por tanto identitarias, repercutiendo en el tipo de prácticas que los sujetos pueden realizar, incluidas las espaciales –salir o no del barrio, ir a algún bar, etc.–. En cuanto a lo segundo, el trabajo representa la posibilidad de tener *algo* que hacer, lo cual les permite distraerse de esa cotidianidad en el que la falta de actividades es una constante, pero además el trabajo suele resultarles agradable a muchos de ellos, lo que significa que lo disfrutan, además de que les da elementos para incrementar ciertas habilidades prácticas –y que conforman parte de su *habitus*– sobre las cuales llegan a sentirse orgullosos. De ahí su importancia en la vida de estos jóvenes.

Otras formas de conseguir dinero: empeñar, vender, robar o afiliarse a “la plaza”

Ante la imposibilidad que en ocasiones se tiene de conseguir un empleo, por más que se busque, y ante la necesidad de obtener ingresos para solventar los gastos y contingencias de la vida diaria, que no siempre pueden esperar, estos jóvenes recurren a otras opciones que están presentes de alguna forma en sus horizontes de posibilidades. Pedir prestado, vender sus objetos de valor, robar o integrarse a las actividades de un cártel son tan sólo algunas de esas opciones, las cuales no necesariamente se ven desde la lógica de lo legal o lo ilegal,

sino de lo que es moralmente posible y por tanto justificable. Esto refleja las problemáticas económicas a las que se enfrentan de manera constante, producto de su posición desfavorable en el espacio social, mismas que inciden en el tipo de actividades que podrían llevar a cabo al no contar, dentro de sus marcos de referencia, con otras opciones.

Pepe- ...pero cuando no hay jale la neta sí siente uno culero, pues (Pedro afirma), porque no tiene jale, a veces uno no tiene ni pa' comer, se desespera uno. O a veces que, cuando hay jale, chido, pues, pero cuando no hay es cuando uno anda ahí, este, perreándole, a ver de dónde puede uno sacar dinero...

Pedro- Buscando, wey, buscando cómo sacas dinero, wey, la neta. Dos tres putas mamaditas, wey, que ves, y no, pus esto, puedes sacar tanto, o puedo hacer esto y puedo sacar tanto y así, wey, te las ingenias, wey...

Pepe- Yo he llegado al grado, wey, de que a veces no tengo jale, a veces que... se puede decir que un aparatillo, wey, o algo que tengo ahí guardado lo vendo, para conseguir algo de feria, pues, no me gusta tampoco andar de lacra, wey...

Pedro- No, pus no, wey. Y mucho menos vender las cosas, así, no, eso se te hace... Vender las cosas, pos sí, cuando es necesario, la neta.

Pepe- Nomás cuando verdaderamente lo ocupo, wey, y ahora sí, “sabes qué, wey, tengo esto pa' vender”.

Pedro- Como es un... un DVD, un estéreo, algo, un celular, algo que te estorbe ahí. No te estorbe, pues, sino que...

-Que no haya tanto pedo, pues...

Pedro- Sí, de acá, de “no, pus esto y ocupo dinero, qué más puedo hacer”. Venderlo, o empeñarlo, ¿no?, lo empeño y pa' tal día yo lo saco, y aja (expresión). La típica de todo, empeñarlo, wey. Ya cuando traes jale, chido, lo recuperas, wey, pero es como si te estuviesen haciendo un puto préstamo, wey.

Así, ante la falta de trabajo y de dinero, y con la necesidad apremiante de solventar gastos básicos como comer, los jóvenes hacen uso del “ingenio” empleando una serie de recursos –o tácticas– para enfrentar la adversidad. Esto los lleva a valorar los objetos que tienen en su casa –los cuales forman parte de su capital económico– para ver qué es lo que pueden empeñar o vender, pues como decía uno de los chicos, “los bienes curan males”, así sea momentáneamente, y además los objetos pueden adquirirse de nueva cuenta cuando se

presente una época de bonanza, pero la salud, por ejemplo, no⁴⁷. Sin embargo, la desesperación que produce el desempleo y la necesidad de dinero lleva a estos jóvenes a considerar otras opciones, las cuales se abren como una vía factible para conseguir recursos. Así, cuando Pepe dice que no le gusta andar de lacra deja en claro que robar no es un gusto, pero sí una opción que entra dentro del universo de lo posible. Y eso queda más claro en el siguiente extracto de conversación.

Pedro- ...Si robas por bien, wey, porque lo necesitas, una vez, cámara. Ya si lo haces dos tres veces ya se te hizo costumbre, wey, valió verga la vida... (ríe).

-No, neta, está manchado...

Pedro- La neta... Si lo haces por una vez, wey, y robas, wey, quién sabe y es bien, wey, porque lo necesitas, wey, la neta. Es necesario. Como dicen en el templo, “justo y necesario”. Pero pos si lo haces una vez y te agrada y luego te quieres ir otra vez y luego otra vez y luego otra vez eso sí ya... Eso sí no es trabajo, eso sí ya es para dar vergüenza.

-Sí, porque luego te chingas la chamba del otro, cabrón...

Pepe –Y pues más que todo pues te quemas también... Vas a cualquier lado, ven que estás tumbando a alguien, wey, pues ya te van a reconocer, “ah, este puto nomás viene a tumbar, edá?”, ya saben qué pedo.

Pedro- Imagínate como aquí, wey, que somos bien conocidos, imagínate, nos vamos a robar a una parte, y una puta personita que te conozca, wey, con una persona tienes. Ponle, nos vamos yo y este wey, a robar, wey, aja, ¿edá?, ponle, nos vamos al Parque de la Solidaridá, así pa’ decir que pus es lejos, ¿edá?, pa’ que no nos conozcan, pero una puta personita que te conozca tan siquiera del puto *Face(book)*, wey; ponle, a este wey no lo ven y a mí sí me ven. “Era el Pedro”. Y de ahí se agarran, “no, que el Pedro fue a robar a tal parte, ¿no?” Y ya, dos tres bocas y ya hasta que llegue aquí, no, vale verga, wey, es de error, la neta, wey... A mí nunca me ha agradado así, wey, robar, wey. Cuando se pone de modo una cosa, pues aja, si no es conocido, la neta, si no es conocido así, y si no es esta zona, yo en esta zona nunca robo, wey, nunca he robado,

⁴⁷ Esta frase de “los bienes curan males” fue pronunciada por Carlos, el chico de 18 años que, cuando lo entrevisté por primera vez, junto con Ernesto, estaba buscando casa para irse a vivir con su novia, de 16 años y ya embarazada. Después pasó un tiempo antes de que lo volviera a ver, y cuando hubo oportunidad nos pusimos a charlar. Resulta que su pareja se había puesto muy grave y habían perdido al bebé justo cuando él se quedaba sin trabajo. Así que varias cosas que había comprado para su nuevo hogar tuvo que venderlas para poder costear los gastos que habían generado en el hospital. De ahí el sentido de esta expresión.

wey. Pero si estuviese en otra parte, ponle, acá un celular así, de modo que están así de (imita a una persona distraída), no pus cámara, llegas y lo apagas y zas, a la bolsa. Pero pus así, pero yo sí en la banda, la neta no, y mucho menos con los que platico y así, wey.

Pepe- Y aquí en tu barrio menos, wey...

Pedro- No, menos... Como a esas, a las muchachas que vienen, wey (en referencia a las estudiantes del ITESO que desarrollan ahí sus Proyectos de Aplicación Profesional), esas sí la neta yo no. Pos de las que venían (menciona nombres). Fíjate, wey, hasta confianza, me ponían las bolsas así, wey (abiertas), con sus celulares, pos se veían, wey, como si nada. A mí nunca me llama la atención, wey, la neta, hacer eso, wey. Yo pa' robar la neta no, no, eso sí no, wey. Cualquier otro jale, aja (expresión), dime del que sea, wey, pero robar no.

Estos comentarios implican una serie de valoraciones morales a partir de las cuales se juzga cuándo está bien robar y cuando no. Así, si es necesario porque se necesita está bien, e incluso lo plantean traslapando discursos religiosos al decir que puede ser “justo y necesario”. Esto justificaría el hecho de robar, y por tanto no estaría mal visto, sino que sería hasta razonable, siempre y cuando no se vuelva costumbre, porque eso es para “dar vergüenza”. Lo importante, sin embargo, es cuidarse de no ser descubierto, porque podrían “quemarse”, lo que podría generarles un estigma, esto es, una valoración negativa sobre sus personas. Es por ello que consideran también los espacios en donde podría realizarse esta actividad, la cual tendría que llevarse a cabo en un lugar donde no sean conocidos, por lo que hacerlo en el barrio no es una opción, pero no sólo porque los conocen, sino porque está la idea de que sería asaltar a su propia gente.

De cualquier forma reconocen que puede ser riesgoso realizar estas actividades, independientemente de la zona de la ciudad, y esto por tener bastantes “contactos” en las llamadas “redes sociales” –como *Facebook*– algunos de los cuales, hipotéticamente, podrían reconocerlos⁴⁸. También dejan en claro que no robarían a la gente que conocen o con la que “platican”, y que si llegan a robar es porque de alguna forma se presentó la oportunidad. Esto significa que para llevar a cabo esta actividad, en caso de que así lo

⁴⁸ Algunos de ellos tienen hasta tres mil “amigos” o contactos en las redes sociales, aunque algunos sólo llegan a quinientos. Sin embargo, esto no significa que los conozcan a todos, por lo menos no de manera directa, esto es, a través de la interacción cara a cara, sino solamente de manera virtual.

decidan, deben de contemplar una serie de factores, como tener la necesidad de dinero, que la víctima no sea algún conocido, que no sea dentro del barrio, que preferentemente nadie los vea, y que se presente la oportunidad de hurtar algo sin que se note. Pero para estos jóvenes el robar, independientemente de si se cumplen o no las características antes mencionadas, no es visto como una forma de hacerse de “dinero fácil”, pues uno de ellos reconocía en alguna ocasión que “robar no es fácil”, ya que implica arriesgarse y tener el valor suficiente para enfrentarse a quien se está asaltando en caso de ser necesario, y eso no cualquiera puede hacerlo.

De alguna forma queda en claro que son las condiciones socioeconómicas y socioculturales las que llevan a considerar el robo como una opción para allegarse dinero. Socioeconómicas, porque no siempre hay trabajo ni dinero para cubrir gastos elementales; y socioculturales, porque aparentemente es un recurso que puede llegar a emplearse en caso de necesidad, o porque se presenta la ocasión, por lo cual tampoco está del todo mal visto. Aunque también hay otras razones, bastante diferentes, del por qué se puede llegar a robar. En el caso de Migue, la razón de los robos que realiza tiene que ver con el consumo de drogas. Este chico de 22 años –aunque aparenta muchos más, pues su cuerpo luce bastante deteriorado: le faltan algunos dientes delanteros, sufre de estrabismo (ojos bizcos), y su andar es desgarrado–, es conocido en el barrio porque alguna vez organizó una fiesta en su casa –vive sólo con algunos de sus hermanos– después de haberle robado 7 mil pesos a su madre para comprar “piedra” (un derivado de la cocaína), lo que pone en entredicho lo que los demás jóvenes piensan con respecto a quiénes sí se les puede robar.

Así, los robos que ha realizado El Migue están en buena medida influenciados por el consumo de drogas, pues algunos ni siquiera recuerda haberlos cometido, sobre todo cuando consumía “pingas” (pastillas antidepresivas), aunque le quedaba la constancia de celulares y carteras con las que amanecía al día siguiente. O también se encargaban de recordárselo cuando le armaban una bronca al pasar por los barrios en donde había estado asaltando. Para este joven, cuando no se tiene nada que hacer, y sobre todo cuando no se está trabajando, es más fácil meterse en problemas. En ese sentido, el tiempo libre, el consumo de drogas y la falta de actividades pueden ser detonantes de sus conductas delictivas. Pero trabaje o no trabaje, al Migue ya se le hizo costumbre robar, o por lo menos eso parece, pues ante la inminente llegada de la navidad algunos de los chicos se

preguntaban de dónde sacarían dinero –pues no todos tenían trabajo, y de los que tenían apenas sí les alcanzaba para sus gastos de fines de semana–, a lo que El Migue les decía que había que robar, porque “a los ricos no les quitas nada”. En su lógica, por más que les robes a los ricos éstos siempre tendrán más, por lo que de alguna forma no estás afectando a nadie y sí beneficiando a quienes no tienen nada, en este caso a ellos mismos, lo cual plantea otros márgenes morales que justifican el robo.

Otra opción ante la falta de trabajo, además de los empeños, la venta de objetos y el robo, es involucrarse con los de “la plaza”, esto es, con quienes tienen el monopolio de venta de drogas en el cerro. En el caso de Carlos, quien fue parte de la pandilla, pero que ahora se encuentra ya viviendo al lado de su pareja, éste llegó a tener fuertes problemas económicos: primero para montar una casa en donde vivir, después por los gastos relacionados con el embarazo de su chica, y finalmente por haber perdido al bebé y tener que pagar la recuperación de la joven. Esto, aunado a que se había quedado sin trabajo, lo estaba llevando seriamente a pensar en involucrarse con “la plaza”. Según él, sólo por aceptar trabajar con ellos le daban 3 mil pesos. Si decidía ser repartidor, esto es, mover la droga de un lado a otro, le daban un vehículo, ya fuera un carro o una moto. Y si se decidía por vender en un espacio fijo, le ponían casa, aunque no queda en claro si prestada o como una especie de “pago” por sus servicios.

Pero su caso no es la excepción. De acuerdo con Ernesto, un 80 por ciento de la gente que habita en el cerro trabaja de alguna u otra forma con este grupo, y aunque esta cifra quizá parezca descabellada, deja ver una percepción particular del contexto en el que vive y que es compartida por muchas de las personas que residen en estas colonias. De hecho, él reconoce que trabajó un rato para este grupo, aparentemente en la fabricación de drogas sintéticas, pero en alguna ocasión estuvo cerca de que lo atraparan en una redada que hizo la policía, por lo que decidió no arriesgarse más a pesar de que tenía una entrada de dinero segura y de que el trabajo estaba muy cerca de su casa.

Además de estas opciones antes mencionadas, golpear gente e incluso hasta asesinar son otras formas en las que estos jóvenes pueden también llegar a conseguir dinero, aunque eso es algo de lo que nunca se habla, y menos con extraños. Sin embargo, en alguna ocasión, uno de estos chicos confesó, ya borracho, que uno de sus amigos del *barrio* con el que había estado charlando momentos antes –en las reuniones habituales que hacen los

fin de semana en la plazoleta del barrio— le acababa de ofrecer dos mil pesos por romperle las piernas a una chica con la idea de dejarla inhabilitada por un tiempo. Después me comentó, ya sin inhibiciones, que en la colonia se llegan a ofrecer unos 15 mil pesos por matar a una persona, pero que ese monto puede subir hasta los 90 mil en caso de que sea alguien del barrio, y si el monto sube tanto es porque la mayoría no está dispuesto a realizar una acción de esta naturaleza contra alguno de sus vecinos, pues eso “no está chido”, según sus propias palabras. En ese sentido, el barrio se constituye en un territorio simbólico al interior del cual no se deben, idealmente, hacer ciertas cosas que atenten contra el mismo.

Puede decirse entonces, a partir de lo ya visto, que la condición de vulnerabilidad que sufren estos jóvenes a partir del contexto de precariedad en el que viven, y que les impide acceder a trabajos estables y bien remunerados, los lleva a contemplar opciones diferentes para allegarse recursos económicos, algunas de las cuales se encuentran al margen de la ley, como robar, afiliarse a las actividades de un cártel, golpear gente e incluso matar por encargo. Víctimas de las desigualdades sociales que imperan en la sociedad y de la desatención del Estado, se convierten, en algunos casos, en victimarios. Ciertamente no todos estos jóvenes se dedican a actividades ilegales o que atenten directamente contra el patrimonio o la integridad de algunas personas, pero el contexto en el que se encuentran estas actividades forma parte del limitado abanico de opciones que tienen a la mano, lo que los expone a terminar en la cárcel o a sufrir distintos tipos de violencia, como alguno de ellos reconocen. Y esto es posible porque existe una ausencia de Estado para brindar no sólo oportunidades diferentes de realización para estos jóvenes, sino también para regular la vida en sociedad al interior de estos barrios.

Conclusiones

Caracterizar a los sujetos a partir de un eje articulador de la experiencia de vida como lo es la juventud, y de dos dimensiones que impactan en esa experiencia a partir de la vinculación que tengan —o hayan tenido— con la escuela y el trabajo, brinda importantes elementos para entender las relaciones que establecen los sujetos cotidianamente *con* y *en* el espacio urbano, ya que ser joven implica, entre otros aspectos, adquirir ciertas libertades y asumir determinadas responsabilidades —asociadas a cierta etapa de maduración física y social que tengan los sujetos—, mismas que cobran visibilidad a través de las prácticas,

algunas de las cuales, como estudiar o trabajar, además de estructurar la vida cotidiana de los jóvenes, permiten conocer parte de los capitales –en términos de Bourdieu– con los que éstos cuentan, los cuales influyen en la relación que establecen los sujetos con otros sujetos así como con el espacio urbano.

Independientemente del lugar donde residan y de la posición que ocupen en el espacio social, los sujetos suelen incorporar en sus discursos las visiones hegemónicas de lo que significa ser joven, esto es, asumiendo las prescripciones y expectativas sociales que asocian la juventud con un periodo transitivo de carácter generacional, en el que poco a poco se deben de ir adquiriendo una serie de responsabilidades –que sirven como marcadores en esa transición– a partir de las cuales irán obteniendo la condición de adultos, por lo que pensar *en*, y prepararse *para* el futuro se convierte en una necesidad insoslayable. Sin embargo, en la práctica la realidad es distinta, pues las condiciones sociales que tienen los jóvenes, así como sus intereses y deseos, no son los mismos, lo que los llevan a vivir esa transición –de la escuela al trabajo, de la soltería a la relación de pareja, de la dependencia familiar a la independencia espacial y económica, entre otras– de manera diferenciada.

Así, el ser estudiante, por ejemplo, puede estar dentro de las visiones dominantes de lo que significa ser joven, pero unos tienen la oportunidad y la motivación para continuar y terminar con sus estudios y otros no, lo que coloca a algunos dentro de la norma y a otros fuera de ella, impactando en la forma en cómo los sujetos se ubican a sí mismos dentro de la sociedad. Pero más allá de las visiones dominantes que atraviesan los discursos de los jóvenes, independientemente de la clase social a la que pertenezcan, están otras de menor alcance, pero de mayor impacto, que se generan desde los grupos de pertenencia más inmediatos –como la familia, por ejemplo–, donde se ajustan las expectativas y prescripciones a las condiciones y posibilidades que cada grupo tiene a partir de su posición en el espacio social. Esto es posible observarlo en la manera en que los jóvenes de La Mezquitera naturalizan el abandono escolar y la inserción prematura al mundo del trabajo, lo que no se da necesariamente de la misma forma con los de Santa Tere, algunos de los cuales, a pesar de las dificultades económicas que los han llevado a abandonar sus estudios, siguen pensando en retomarlos algún día, independientemente de si ésta es una opción viable o no.

Pero estudiar y trabajar, como dimensiones que impactan en la experiencia de ser joven, no sólo circunscriben una serie de prácticas espaciales de carácter cotidiano, sino que dan cuenta de los capitales que éstos tienen, pues estudiar, por un lado, les permite adquirir un capital cultural tanto en su estado incorporado –en forma de conocimientos– como institucionalizado –a través de los títulos o certificados que avalan ese conocimiento– (Bourdieu, 2001), al mismo tiempo que les ofrece la oportunidad de incrementar su capital social a través de las relaciones que establezcan con sus compañeros de escuela. Pero para quienes dejan sus estudios las opciones de generar vínculos con otros sujetos –capital social– y con otros espacios en la ciudad se ven severamente acotadas, ya que abandonar la escuela limita la posibilidad de construir redes sociales más amplias, y socialidad y espacialidad van de la mano.

Trabajar, por otro lado, depende en buena parte de la necesidad que tengan los jóvenes como resultado de las circunstancias económicas y sociales a las que están expuestos, pero para quienes ya trabajan, tanto su capital cultural como social, así como el contexto socioespacial en el que vivan, serán determinantes con respecto al tipo de empleos a los que puedan acceder y, por tanto, del dinero que puedan ganar, lo que tendrá un impacto en su capital económico. Así, tener un bajo capital cultural al abandonar sus estudios, en ocasiones sin haber acabado los niveles básicos, orilla a los jóvenes de La Mezquitera a conseguir trabajos inestables y precarios que se caracterizan sobre todo por la actividad física, que si bien los hace tener que moverse por distintas partes de la ciudad, no les permite generar una relación más fuerte con los entornos por los que circulan y en los que pasan parte de su tiempo.

Y finalmente, el capital social que les brinda a los jóvenes que viven en contextos que se caracterizan por la segregación y la marginación –como los de La Mezquitera– el pertenecer a una pandilla los orilla a una vivencia del espacio no sólo acotada, sino conflictiva, que si bien les permite por un lado generar un sentimiento de pertenencia fuerte hacia un territorio determinado, también los enfrenta de forma violenta a otros grupos que operan bajo la misma lógica territorial, sobre todo ante la ausencia de otras instituciones sociales fuertes –como el Estado, las iglesias o la familia– que regulen las interacciones en el espacio público, por lo que éste se convierte en un espacio que está siempre en permanente disputa.

Así, vivir en un lugar de la zona metropolitana o en otro resulta en ocasiones determinante en el tipo de juventud que se puede vivir, y por tanto en el tipo de relaciones espaciales que se pueden establecer *en* y *con* el espacio urbano, esto es, con la ciudad. Por ello ésta caracterización resulta fundamental para entender la forma en cómo los sujetos se vinculan con el espacio, pues vivir en la periferia, como los jóvenes de La Mezquitera y de la Nueva Santa María, bajo condiciones de precariedad económica y de violencia social, acota sus posibilidades de adquirir –o incrementar– ciertos capitales que son socialmente valorados, lo que en cierta forma termina por confinarlos al espacio barrial, mientras que para quienes viven en Santa Tere, tener una mejor posición económica y espacial les brinda mejores y mayores oportunidades tanto para la adquisición de dichos capitales como para vivir, experimentar y apropiarse de la ciudad, como se verá con más claridad en los siguientes capítulos.

Capítulo IV

Pertenencias socioterritoriales en torno al barrio

La ciudad que en el tiempo ha dejado atrás a las comunidades rurales y su modo de vida no ha olvidado, sin embargo, formas de relación social basadas en el conocimiento recíproco y en las interacciones cara a cara en la medida en que éstas son constitutivas del habitar en común.

Miguel Ángel Aguilar

Introducción

En la actualidad, es en las ciudades donde se concentra la mayor parte de la población que habita este planeta, lo cual se explica, entre otras cosas, por las oportunidades de empleo y desarrollo que éstas ofrecen a los sujetos a partir de las actividades económicas y productivas que ahí tienen lugar. Esto ha provocado que algunas de ellas experimenten un crecimiento desmedido e incluso desordenado, detonando con ello problemas de dispersión territorial y acentuando los de segregación y fragmentación socioespacial, mismos que terminan por impactar en la calidad de vida de sus habitantes. Sin embargo, más allá del tamaño de las ciudades, de la facilidad que se tenga o no para desplazarse a través de ellas, o de los problemas antes mencionados, la vida cotidiana de los sujetos se sigue concentrando en espacios-tiempos determinados, asociados en general a los roles que éstos cumplen de acuerdo a su edad, género, gustos, así como de la posición que ocupan dentro del espacio social. Esto configura una espacialidad acotada y fragmentada dentro del espacio urbano a la que podemos nombrar como “micrópolis” (García Canclini, 2005), o en otras palabras, la ciudad que es vivida y experimentada regularmente por los sujetos.

Pero si bien las diversas actividades como habitar, trabajar, consumir o realizar prácticas de ocio enmarcan esta espacialidad al establecer una “zonificación parcelaria” (Juan, 2000) –esto es, una relación funcional entre lugares y prácticas, que permite situar a los sujetos en puntos específicos de la geografía urbana dependiendo del tipo de actividades que éstos realicen en su día a día–, muchos de ellos siguen teniendo en el espacio de la vivienda, y alrededor de ésta, entornos claves de su cotidianeidad, y esto no sólo por el hecho de que sea ahí donde viven y desde donde entran en contacto con el resto de la ciudad, sino porque al pasar buena parte de su tiempo libre en estos espacios, ya sea por

elección personal o por constricciones de carácter estructural, crean una serie de vínculos a partir de los cuales puede darse cuenta de algunos de los elementos que entran en juego en la construcción tanto de sus territorios así como de sus pertenencias socioterritoriales, pues

...si bien en las grandes ciudades de la modernidad se llevan a cabo procesos de desintegración y anomia, no hay que olvidar que las personas se vinculan con el espacio, construyen territorialidades y establecen lazos de amistad y de vecindad mediante complejos procesos sociales, simbólicos y afectivos, y en este proceso lo local, como el barrio y la colonia, constituyen ámbitos fundamentales de sentido e identidad (Esquivel, 2005: 78).

La pertenencia socioterritorial tiene tanto en el territorio –entendido como espacio apropiado– como en la colectividad ahí asentada dos de sus elementos constitutivos (Giménez, 2007), por lo que saber cómo se vinculan los sujetos con ellos y cómo los incorporan, ya sea a través de sus percepciones o de sus prácticas, resulta fundamental. Ahora bien, este capítulo se centra específicamente en lo que comúnmente se denomina como barrio, el cual estaría conformado por los espacios de proximidad con respecto a la vivienda, las trayectorias que enlazan esos espacios, los sujetos que lo habitan, las relaciones que se construyen con los otros, así como por las prácticas que lo animan. Sin embargo, es necesario apuntar que tanto el territorio como la pertenencia tienen niveles, sea en relación a la experiencia del sujeto o en función del análisis que se decida realizar. En este caso el barrio y su espacio radial serían un nivel, y la ciudad vivida y experimentada – que se abordará en el siguiente capítulo– sería otro.

El término “barrio” también se utiliza en este capítulo para denominar a lo que se concibe como “barrio tradicional”, que se caracteriza por estar socialmente integrado a la mancha urbana (López Moreno, 2001), y el cual cuenta con lugares de centralidad fuertes, como pueden ser la iglesia y el mercado, que servirían para integrar a sus habitantes. Esto sería el caso, por ejemplo, del barrio de Santa Teresita. Otra acepción que se emplea en este trabajo es la del *barrio* como agrupación de carácter juvenil, y que puede utilizarse como sinónimo de pandilla. Y el término “colonia”, también empleado en este trabajo, hace referencia a la división territorial de carácter administrativo impuesta por el Estado. Y si bien las colonias ofrecen información valiosa al constituir espacios relativamente

homogéneos en cuando a los perfiles socioeconómicos y socioculturales de quienes ahí viven, no hacen referencia a los espacios vivenciales como sí lo hace el término de barrio en la primera acepción antes mencionada.⁴⁹

Algunas de las preguntas que guían este capítulo son las siguientes: ¿cómo es que se vinculan los sujetos a estos espacios de vida? ¿Cómo es que los perciben? ¿Qué elementos les son significativos? ¿Con cuáles se sienten identificados y con cuáles no? ¿Qué les gusta y qué no les gusta? ¿Cuáles son las prácticas –particularmente las de ocio– que cotidianamente llevan a cabo? ¿En qué tiempos y en qué espacios? ¿Y qué dice todo esto acerca de ellos, de la ciudad y de la sociedad en la que viven y vivimos?

Es importante recordar que esta investigación está centrada principalmente en jóvenes que pertenecen a una pandilla –o *barrio*– quienes viven en la colonia La Mezquitera, ubicada en el Cerro del Cuatro, en el municipio de Tlaquepaque. Con ellos se realizó un intenso trabajo de campo que incluyó observación participante, charlas informales, registro fotográfico y en video, entrevistas grupales, así como otras que se apoyaron en *Google Maps*. Esta información se complementa y contrasta con la obtenida en otra colonia de características muy similares como lo es la Nueva Santa María, ubicada también en el Cerro del Cuatro, donde se realizaron principalmente entrevistas individuales a jóvenes que estaban –o habían estado– vinculados de alguna forma con el templo católico que ahí se asienta. Además, se realizaron un par de entrevistas colectivas a mujeres jóvenes de ambas colonias, lo que permite contar con un panorama un poco más amplio en cuanto a las percepciones y las prácticas que tienen sobre éste espacio de vida. Y finalmente, se realizaron un par de entrevistas individuales así como una entrevista colectiva a jóvenes del barrio de Santa Tere, ubicado en una zona céntrica de la zona metropolitana, que permite contar con elementos de contraste que ayudan a dimensionar la forma en cómo se construyen las pertenencias socioterritoriales de estos jóvenes.

La forma como está estructurado este capítulo es la siguiente. En primer lugar se dará cuenta de la forma en cómo los jóvenes perciben y valoran los diferentes elementos que componen los barrios donde viven. En segundo lugar, las prácticas de ocio y los

⁴⁹ Hablar en este trabajo sobre barrios y colonias no niega la existencia de otros “escenarios” al interior de las ciudades, pues “colonias populares, pueblos, barrios, conjuntos habitacionales, fraccionamientos, colonias residenciales, todos en conjunto forman paisajes urbanos que dan lugar a diversas maneras de habitar la ciudad y también objetivan las desigualdades sociales de la población” (Esquivel, 2005: 58).

espacios y tiempos en los cuales las llevan a cabo. Y finalmente se abordará el espacio del *barrio*, de la pandilla, como una forma de relación espacial determinada.

La percepción (y valoración) del espacio barrial y sus alrededores

Para gran parte de la gente que vive en las colonias ubicadas en el Cerro del Cuatro, el barrio es mucho más que el lugar en donde se encuentra su vivienda, pues es ahí donde pasan buena parte de su tiempo libre. Más allá de una elección personal, que bien puede serlo, es también una constricción de carácter estructural. Uno está en el barrio no sólo por gusto, por ser el lugar conocido y donde se cuenta con relaciones sociales fuertes, sino también por la imposibilidad de acceder a otras zonas de la ciudad, ya sea por los capitales con los que se cuenta –sean estos económicos, sociales o culturales–, por la misma ubicación geográfica de donde se vive –que impone distancias y tiempos de recorrido–, o por la existencia de barreras físicas y simbólicas a partir de las cuales se segregan los grupos y se fragmenta el espacio, lo que de alguna forma desincentiva a los sujetos a circular por otras partes de la ciudad.

Por todo ello, el barrio se adivina como un espacio de vida clave en la conformación de determinadas pertenencias socioterritoriales, pues se podría decir que el barrio, y todo lo que éste implica –relaciones de vecindad, actividades cotidianas, lugares alrededor de la vivienda–, se incorpora en los sujetos al ser una de las principales fuentes de socialización, tan sólo por detrás de la familia. En ese sentido, “firma que da fe de un origen, el barrio se inscribe en la historia del sujeto como la marca de una pertenencia indeleble en la medida que es la configuración inicial, el arquetipo de todo proceso de apropiación del espacio como lugar de la vida cotidiana pública” (Mayol, 1999: 11).

Esta relación con el espacio barrial, que se construye a través del contacto cotidiano, posibilita su reconocimiento y apropiación, por lo que “el barrio puede entonces entenderse como esa porción del espacio público en general (anónimo, para todo el mundo) donde se insinúa poco a poco un *espacio privado particularizado* debido al uso práctico cotidiano de este espacio” (Mayol, 1999: 8). De acuerdo con Mayol, siguiendo las reflexiones de Henry Lefebvre,

El barrio aparece como el dominio en el cual la relación espacio / tiempo es la más favorable para un usuario que ahí se desplaza *a pie a partir de su hábitat*. Por consiguiente, es ese trozo de ciudad que atraviesa un límite que distingue el espacio privado del espacio público: es lo que resulta de un andar, de la sucesión de pasos sobre una calle, poco a poco expresada por su vínculo orgánico con la vivienda (Mayol, 1999: 9).

Así, los vínculos que establecen los sujetos con el barrio, y que hablan de una forma particular de apropiación, sea ésta de carácter funcional o simbólica –que permitiría referirse a él como un territorio–, están en buena medida determinadas por las percepciones y valoraciones que tengan sobre éste, las cuales estarán condicionadas por una serie de factores de carácter social encarnados en el individuo como la edad, el género y los capitales con los que éste cuente, entre otros, como ya mencionaba anteriormente. Estas percepciones tienen como referentes principales a los sujetos, el paisaje, los espacios, y la infraestructura pública.

Percepción positiva de las relaciones de vecindad: el otro cercano

En primer lugar, y en términos generales, una de los aspectos que más aprecian los sujetos de vivir en sus respectivos barrios son las personas con las que comparten vecindad,⁵⁰, por lo que los vínculos sociales se presentan así como uno de los elementos más importantes en cuanto a la satisfacción con el entorno, tanto para quienes viven en el Cerro del Cuatro como quienes viven en Santa Tere, pues no sólo cuentan con la familia –que es con quien viven–, sino con los amigos y los vecinos, lo que produce un fuerte efecto de reconocimiento y por tanto de pertenencia socioterritorial en la mayoría de los casos, tanto por la intensidad de los lazos afectivos como por el grado de integración con los vecinos. Y es que conocer a la gente con la que se vive, y ser conocido y reconocido por ellos, produce un sentimiento de seguridad que no puede experimentarse de la misma forma ni con la misma intensidad en otras partes de la ciudad.

⁵⁰ De acuerdo a María Teresa Esquivel, “*lo vecinal* es un concepto que no hace referencia sólo a delimitaciones administrativo-políticas o de diferencias económicas, más bien se trata de construcciones simbólicas, de representaciones y prácticas donde las personas construyen, mediante complicados procesos de intercambio de significados, ‘el adentro’ y ‘el afuera’” (Esquivel, 2005: 84-85).

Así, por ejemplo, para Mónica, una de las informantes clave de este trabajo, de 27 años, y que vive en La Mezquitera, la colonia le gusta por ser “tranquila”, pero sobre todo por la “comunidad”, “porque he crecido con ellos, he crecido con la gente de ahí.” Este compartir el trayecto de vida, el de conocerse desde siempre, es sin duda un elemento importante en la generación del sentido de pertenencia con respecto al barrio, pero además, en este caso en particular, al haber surgido la colonia como un asentamiento irregular llevó a las personas a organizarse para conseguir la regularización de sus terrenos y la introducción de los servicios públicos,⁵¹ lo que reforzó en algunos casos los vínculos vecinales.

Sin embargo, hay que recordar que en esta colonia sus habitantes llegaron por distintos medios y a través de distintas organizaciones, algunas de ellas políticas –como quienes militaban en el PRI–, lo que llevó a estos grupos a gestionar sus servicios y necesidades de manera diferenciada, unos desde las organizaciones clientelares y otros con el apoyo de los padres jesuitas, lo que acentuó las diferencias entre los pobladores. Y aunque estas organizaciones prácticamente se han diluido con el tiempo, sobre todo al haber conseguido los principales reclamos que las originaron –la introducción de agua potable, electricidad, drenaje, así como la obtención de sus títulos de propiedad–, lo cierto es que la vecindad y las trayectorias de vida compartidas –más allá de si son o fueron conflictivas o no– se mantienen.

Pero quizá para los más jóvenes estas historias de organización y lucha sean menos importantes en términos de su experiencia, aunque de cualquier forma las conocen y les ha tocado en ocasiones participar en algunas de ellas, sobre todo porque algunos conflictos en torno a la propiedad de algunos espacios de uso público, pero de propiedad incierta –no se saben si son del gobierno o de algún particular, por lo que están en litigio– siguen estando presentes.⁵² Sin embargo, más allá de eso, esa vecindad les ha permitido generar lazos a partir de las relaciones que establecen con la gente del barrio, lo cual se ve reflejado en las charlas informales que sostienen con algunos de ellos cuando se encuentran en la calle, en

⁵¹ Los primeros pobladores del cerro no contaban con ningún tipo de servicio público, pues prácticamente no había nada en esa zona más allá de los terrenos que les asignaron para que construyeran sus viviendas, como ha quedado de manifiesto en el capítulo II de este trabajo.

⁵² Es el caso del terreno donde se asienta el centro comunitario ubicado en La Mezquitera, el cual se encuentra en un proceso judicial para determinar a quién pertenece legalmente, si al municipio de Tlaquepaque o a un particular. Y antes lo fue con las canchas de fútbol rápido que también se encuentran en esta colonia, que al final pasó a manos del municipio, pero que es administrado por un grupo de vecinos.

la relaciones de conveniencia que mantienen con los dueños de las tiendas del lugar –para que les presten envases de caguama, por ejemplo–, en los ofrecimientos para ayudar en algunas de las actividades que estén realizando –meter o sacar muebles de las casas, ayudarse con algún trabajo de albañilería–, entre otras, todo lo cual tiene sus ventajas, pues en general las relaciones no son unidireccionales.

Así, cuando los chicos de la pandilla ubicada en La Mezquitera se han visto en problemas, lo cual sería un ejemplo extremo, han recibido “un paro” por parte de los vecinos, como lo mencionan un par de entrevistados.

Ernesto -De hecho una vez estábamos peleándonos; éramos bien poquitos y ellos eran muchos, y pues salieron todos los vecinos de esa cuadra, y nos hicieron un paro.

Carlos -De hecho...

Ernesto -Porque ven que nosotros somos de los que “no, pues si ocupan algo ahí andamos...”

Más allá de que no todos los vecinos simpatizan con los chicos de la pandilla, ya sea porque se drogan o porque se suelen pelear seguido en el espacio público de la calle con jóvenes de otros *barrios*, está claro que ante un problema de esta naturaleza éstos podrán tener el apoyo tanto por el simple hecho de ser de ahí, como porque tienen una relación de mutua conveniencia que se ha ido construyendo a través del tiempo, lo que implica un capital social, pues “en la práctica, las relaciones de capital social sólo pueden existir sobre la base de relaciones de intercambio materiales y/o simbólicas, y contribuyen además a su mantenimiento” (Bourdieu, 2001: 149). Esto implica una solidaridad barrial que produciría una fuerte simpatía con el territorio, generando así una percepción positiva del espacio donde se vive.

Pero para los jóvenes son sin duda los pares, los amigos, quienes se convierten en una de las principales razones en cuanto a la satisfacción y apego que sienten con respecto a su barrio, pues es con ellos con quienes van delineando una identidad a través del contacto cotidiano, más allá de si se pertenece a una pandilla o no. Y esto es así porque es con ellos con quienes establecen el vínculo social más sólido tan sólo después de la familia y de la pareja –en caso de que se tenga–, ya que comparten preocupaciones, problemáticas, aspiraciones y deseos propios de su condición etaria, además de que “sentirse protegido

dentro de un grupo que dota de sentido sus prácticas y sus experiencias, permite que el joven desarrolle mayores certidumbres en su hacer cotidiano” (Marcial, 2012: 304). Así lo expresan Lauro, de 19 años, de la Nueva Santa María, y Ernesto y Carlos, de 19 y 18 años respectivamente, de La Mezquitera:

-¿*Qué es lo que te gusta de la colonia?*

-Lo que me gusta de la colonia es que... buenos amigos, buenas personas, todos nos juntamos para hacer una fiesta, equis cosa.

-¿*Por qué viven aquí?*

Carlos- Porque me gusta.

Ernesto- A mí me gusta también aquí, como está toda la cosa y todo.

-¿*Qué es lo que les gusta?*

Ernesto- Pues salir a cotorrear con el *barrio*, y luego...

Carlos- Ir a echar lío.

En esta última cita el término *barrio* haría referencia a la agrupación juvenil a la que también se le puede denominar como pandilla,⁵³ misma que es conformada por jóvenes que comparten vecindad, quienes a partir del contacto cotidiano suelen estrechar sus lazos amicales de tal forma que terminan por considerarse como una “familia” –o familia social–, como se mencionaba en el capítulo anterior. Por otro lado, “cotorrear” y “echar lío” implican prácticas a partir de las cuales puede visualizarse el grado de satisfacción con este espacio de vida. El primer término haría referencia a las charlas informales, a las bromas que se hacen, a la actualización de las biografías a partir del diálogo, mientras que el segundo implica encontrarse y socializar con la pareja en términos muy generales.

Para otros, la presencia de niños en la calle, producto entre otras cosas de la poca circulación de carros que hay al interior de las colonias, genera en algunos jóvenes una sensación de seguridad, pues si hay niños en la calle es porque es seguro para ellos, y si es seguro para ellos puede ser seguro para los demás. Esto se desprende de un comentario de Jaime, de 20 años, quien primero vivió en la colonia Francisco I. Madero –también ubicada en el Cerro del Cuatro– y ahora en la Nueva Santa María.

⁵³ Sobre las particularidades que tienen estos *barrios* o pandillas con respecto a otras, consultar el capítulo III.

Jaime -Bueno, pues lo que me gusta es de que, por donde conviví, hubo un tiempo en que sí fue peligroso, pues, pero fue rápido, un tiempo nada más corto. Fue muy tranquilo, siempre ha sido muy tranquilo, ahora sí que gobernado por los niños, siempre ha sido ahí mi barrio como gobernado por los niños. Este, siempre, todo el día, pues, en la noche, hay niños en la calle, o sea, ahí no hay bronca, pues, no hay peligros. Entonces ya como que... las cosas están cercas, no está tan lejos, entonces sí, por ahí no hay tanto peligro, pues, por lo mismo que te digo, como que es gobernado por los niños, entonces por eso... Está como a gusto, pues, de que puede andar uno tranquilo por ahí.

El hecho de que los niños en la calle sean tan visibles en estas colonias responde también a otros factores. Por un lado, a la alta tasa de natalidad que aquí se presenta, pues como ya se mencionaba en el capítulo anterior, los embarazos de mujeres adolescentes son frecuentes en esta zona, lo que habla de una escasa prevención en salud reproductiva así como de planeación familiar, pero también del prestigio que esto supone para quienes los tienen, particularmente en el caso de las mujeres, pues cambia su estatus social al pasar de ser consideradas como jóvenes a ser consideradas como adultos. Por otro lado, a que muchas de las casas que ahí se encuentran son pequeñas y en general están habitadas por un gran número de individuos, lo que hace que el espacio doméstico sea muy pequeño para que los niños puedan jugar ahí. Y finalmente porque hay muy poca circulación de autos en esta zona, por lo que estos no suponen un riesgo para la seguridad de los niños. Es por todo ello que la calle se convierte en una extensión *natural* del espacio de la casa.

Por su parte, en el caso de Santa Tere, que a diferencia de las colonias ubicadas en el cerro tiene una historia más antigua que se remonta a la segunda década del siglo XX, y que por tanto cuenta con una mayor tradición e identidad como barrio, sobre todo al haber consolidando una fuerte actividad comercial que lo caracteriza y le brinda sus particularidades, son también las relaciones sociales las que salen a relucir como uno de los elementos centrales en la satisfacción con el entorno. De acuerdo con César, un chico de 19 años que estudia la preparatoria, lo que más le gusta de su barrio es “el cotorreo” con los amigos, así como la “humildad de la gente”, “pues todos se apoyan (...), toda la gente te saluda en buen plan y todo, y se hace amistad rápido aquí”.

Si bien la mayoría de los entrevistados coinciden con este punto de vista, también reconocen que está habitado principalmente por “personas de la tercera edad”, por lo que se ven menos niños y jóvenes que en otros lugares. Pero además, el hecho de que Santa Tere sea un barrio con una intensa actividad comercial ha provocado que muchos vecinos abandonen sus casas, la cuales terminan convirtiéndose en negocios. Esto ha traído como consecuencia no sólo un aumento en la inseguridad –o en la percepción de ésta–, sino también que cada vez se tengan menos vecinos, lo que es valorado de manera negativa, pues según Sandra, una chica de 17 años quien trabaja en una tienda de ropa en la colonia, “ya no hay como un voy y le toco a mi vecino y le digo ‘oye, me pasó esto’ o ‘necesito algo’”.

Que sean los sujetos con quienes se comparte el espacio barrial uno de los elementos que más destacan tanto los jóvenes del cerro como los de Santa Tere habla de la fuerte simpatía que tienen con respecto a quienes ahí viven y con quienes mantienen relaciones de vecindad. Y si esto es así es porque son sujetos con los que se comparten formas de ser y de hacer –a partir de tener una serie de valores y de prácticas similares– que permiten reconocerse en los otros. Esto no quiere decir, por otro lado, que no existan visiones negativas con respecto a otras personas con las que también comparten vecindad, como se verá en el siguiente apartado.

Percepción negativa de las relaciones de vecindad: el otro amenazante

En ocasiones, es la percepción que se tiene de los sujetos del mismo barrio lo que puede generar malestar e insatisfacción con respecto al lugar donde se vive, y esto dependerá de factores como el género, la edad y la pertenencia que se tenga o no a una pandilla, pues son elementos que condicionan la experiencia de estos jóvenes. Y si bien esta insatisfacción que se experimenta con respecto a los *otros* con los que se comparte vecindad puede deberse a factores relativamente triviales –esto es, que no tienen implicaciones fuertes en la convivencia cotidiana–, hay otros que sí trastocan de manera significativa la forma en la cual los sujetos se relacionan con y en el espacio barrial, lo cual debilita la construcción de territorios, así como de la pertenencia socioterritorial.

En el caso de Ernesto, por ejemplo, son los homosexuales quienes no le agradan, pues de alguna manera da a entender que le dicen cosas por la calle, que más allá de que sea

un hecho verídico denota cierta homofobia, además de que también es una forma de reforzar su masculinidad, pues “en la medida en que la masculinidad se define por oposición a la feminidad, es inevitable que tanto la homofobia como la misoginia desempeñen un papel muy importante en el sentimiento de la identidad masculina” (Viveros Vigoya, 2001: 74). Esta aversión, sin embargo, no es compartida por su colega Carlos, quien dice “respetar” las preferencias sexuales, por lo menos en su discurso. Pero donde sí coinciden es en que no les gusta la gente “chismosa”, que más allá de que realmente les inventen cosas por juntarse en “bolita”, que posiblemente sí, lo que más pareciera molestarles es que hablen sobre lo que ellos hacen, y que socialmente está mal visto, como consumir drogas, lo que terminaría por generarles un estigma (Goffman, 2003), esto es, una percepción negativa hacia sus personas.

-¿Qué otras cosas no les gustan del barrio?

Ernesto- Pues...

Carlos- La gente chismosa (ríe).

Ernesto- Que se haga tanto chisme de que nos drogamos mientras no es cierto o que... o que nos juzguen de algo que no somos.

(...)

Carlos -No más porque estás en la bolita ya te drogas, andas haciendo muchas cosas...

Sin embargo, estas percepciones, si bien son negativas, no ponen en riesgo la convivencia al interior del barrio. En cambio, otras sí. Por ejemplo, en el caso de Carolina, de 26 años aproximadamente, los constantes enfrentamientos entre pandillas rivales en la Nueva Santa María provocaban que cada semana terminara con los vidrios de su casa rotos, ya que los chicos suelen aventarse piedras entre sí en el espacio público de la calle, lo que llevó a que ella y su madre tomaran la decisión de mudarse a una colonia en Tlajomulco. Esto es sin duda un caso extremo, pero que deja ver el grado de insatisfacción con el entorno debido a los problemas asociados con las pandillas con las que se comparte vecindad.

Ahora, tanto las pandillas como quienes consumen drogas o asaltan en estas colonias tienen una mayor presencia por las noches, lo cual incrementa la percepción de inseguridad, ya sea porque las calles se van quedando vacías, porque no siempre funciona el alumbrado público, o porque la presencia de la policía es bastante esporádica, lo que de

alguna forma deja en la indefensión a quienes se atrevan a circular a esas horas sobre todo si no conocen a quienes ahí se juntan. Por ello para Bernardo, quien tiene 20 años y vive en la Nueva Santa María, después de las diez y media ya no es una hora prudente para estar en la calle, pues hay muchos “vándalos”:

-...La Nueva Santamaría, toda la Nueva Santamaría, a partir de las diez y media es más insegura.

-¿Toda la Nueva Santamaría?

-Sí, a partir de las diez y media está muy sola, está llena de vándalos, ya, realmente.

-Y a pesar de que tú vives ahí, ¿lo sientes inseguro? O sea, ¿no conoces como a toda la gente?

-Lo siento inseguro para los que no conocen bien. Para mí... ya ubico bien.

Jaime, quien vive en la Nueva Santa María, piensa que los consumidores de droga, quienes son más visibles por las noches, “dan mal aspecto”, más allá de si no hacen ni dicen nada a la gente de ahí, mientras que su parte Ernesto y Carlos, de La Mezquitera, dicen que “hay mucho mariguano” –o “droguin”, como también les llaman– en estas colonias, así como en la unidad deportiva a la que suelen acudir, lo que ocasiona que se vuelva imposible ingresar a ella sobre todo a partir de las ocho de la noche, o incluso antes, pero solamente para quienes no conocen o para quienes tienen problemas con las pandillas que tienen en esa zona su territorio.

Así, aunque los hombres jóvenes reconocen que hay zonas que pueden estar “pesadas”, para ellos no es problema, y esto es así ya sea porque aceptarlo pondría en entredicho su masculinidad, o porque ya conocen tanto el barrio como a quienes ahí se juntan, lo que les garantiza en cierta forma su seguridad, a menos que pertenezcan a una pandilla y se encuentren con miembros de otras con las que tienen problemas. Pero en el caso de las mujeres, su sensación de vulnerabilidad es más alta, y esto es así por distintas razones. Por un lado, en una sociedad caracterizada por su machismo, las mujeres suelen estar más sujetas al control parental, que aunado a las responsabilidades domésticas que se les asigna al interior del hogar y para con la familia, terminan por tener una presencia en el espacio público mucho más acotada que la de los varones.

En ese sentido, puede decirse que “el grupo dominante –los varones– se las arregla para producir una exclusión y un alejamiento de las mujeres de ámbitos como el trabajo asalariado, la educación, la toma de decisiones y el ejercicio de libertades, limitando su acceso a ciertos medios sociales” (Pastor, 1998: 211). Y por otro lado, las mujeres son más vulnerables a ser violentadas en su integridad por su menor fortaleza física, por lo que el riesgo está siempre presente. Esto hace que haya horas, principalmente entre semana, en las que ya no es conveniente andar por el barrio, como lo expresan estas chicas de 17 años de la Nueva Santa María, estudiantes de preparatoria.

Alma -Pues en la noche no salimos mucho, es peligroso...

-¿Hasta qué hora salen normalmente? ¿Hasta qué hora están en la calle?

Norma -Yo, hasta las diez...

Son también las mujeres las que expresan su miedo a ser víctimas de un asalto, percepción que se diferencia drásticamente de la de los varones, pues para ellos quienes podrían ser asaltados son quienes no conocen la zona, no ellos, lo cual puede responder, como apuntaba anteriormente, a cuestiones en torno a su masculinidad. Sin embargo, a pesar de todos los inconvenientes que pudieran tener estas colonias en la experiencia de los sujetos, el hecho de tener toda una vida viviendo ahí, y conocer el lugar y a quienes ahí residen, termina por ser determinante en su relación con el espacio, al grado de no poderse imaginar viviendo en ninguna otra zona de la ciudad que no sea esa donde ya viven, como opinan tanto las chicas de La Mezquitera como las de la Nueva Santa María.

-¿Ustedes quisieran vivir en algún otro lugar de la ciudad?

Alondra -No.

Cecilia -No.

-¿Por qué?

Alondra- Porque pues aquí ya conoces a gente.

Valeria- Eso sí.

-¿Si ustedes pudieran vivir en otro lado, dónde les gustaría vivir en la ZMG?

Alma -¿De Guadalajara?

Norma -No, pues yo aquí estoy a gusto.

-¿Por qué te gusta vivir aquí? ¿No que hay mucha violencia y que no hay lugares para divertirse?

Norma -Pues como que ya me acostumbré a la gente de aquí, al ambiente de aquí...

Sin embargo, cabe preguntarse qué tanto responde esto a un “gusto” y qué tanto a un desconocimiento y apropiación de otras zonas de la ciudad, pues como se veía en el capítulo anterior, gran parte de los jóvenes que viven en estas colonias abandonan sus estudios prematuramente, reduciendo de esta manera la oportunidad de hacer crecer su capital social –esto es, en cuanto a las personas que conocen–, el cual es una puerta de entrada a otras partes de la ciudad, y en el caso de que tengan otras redes sociales que pudieran vincularlos a otros espacios de la zona metropolitana, su escaso capital económico, producto del no trabajo, del trabajo no remunerado o de la precariedad salarial limitaría su capacidad de movimiento a través de la mancha urbana.

Por otra parte, es de todos sabido que en el cerro opera “la plaza”, esto es, un grupo organizado que se dedica principalmente a la venta, distribución y producción de drogas, mismo que pareciera ser omnipresente sobre todo en las colonias ubicadas arriba de la avenida Ocho de Julio. Una de las informantes comentaba, por ejemplo, que aunque pareciera todo muy tranquilo en La Mezquitera no significaba que no estuviésemos siendo observados. Algo similar opinaban un par de vecinos de esta colonia, para quienes “la plaza” siempre termina enterándose de todo lo que ahí pasa o se dice en relación a este grupo, por lo que se tiene que ser cuidadoso al respecto, ya que hay historias de personas que han aparecido muertas por hablar de más.⁵⁴ Y cuando Ernesto comentó en la primera entrevista que se le realizó que había “mucho narco”, su tono de voz fue bastante bajo, como para evitar ser escuchado, que da cuenta de ese sentimiento de estar siendo vigilado o de poder ser delatado por alguno de sus vecinos.

Pero además, el consumo y venta de drogas que se da en el cerro por parte de “la plaza” ha provocado que en ocasiones se den enfrentamientos armados entre los narcotraficantes y la policía o el ejército, según una opinión aislada –esto es, que nadie más

⁵⁴ Estos sujetos comentaban sobre un sujeto que vendía aguacates en el tianguis y que continuamente se ufanaba de conocer a los de “la plaza”, razón por la cual ellos creen que apareció un día despedazado en una de las colonias de la periferia, aunque ciertamente no hay forma de comprobar este dato.

de los entrevistados mencionó— de Bernardo, de la Nueva Santa María, lo que genera una sensación de inseguridad e incertidumbre.

-...hay mucha plaza de narco, y pues, por lo mismo, si no es entre ellos, es... de repente últimamente ha llegado mucho... los militares, y pues, como que no está chido, ¿no? así salir a la calle, no sabe uno si va a empezar balacera o qué onda.

-¿*Han pasado seguido por allá, balaceras?*

-Sí, de hecho en la noche es cuando es más común.

-¿*Más o menos con qué frecuencia?*

-Como unos... cada dos meses, más o menos. Tiene poco tiempo que está así, pero sí.

Puede parecer contradictorio entonces que si para la mayoría de los jóvenes que viven en el cerro los de “la plaza” son un problema, ya sea por la venta de drogas o por la violencia que esto genera, afectando sin duda la convivencia social, algunos de ellos hayan trabajado con este grupo, quieran hacerlo o quizá incluso hasta lo hagan. Pero esta contradicción aparente tiene su explicación, pues trabajar con “la plaza” les permite tener una entrada económica que de otra forma no siempre tienen garantizada, y porque también puede brindarles un capital simbólico tanto por el dinero que pueden ganar como por la posibilidad de acceder a vehículos —sean carros o motos— e incluso armas, a partir de las cuales ejercen una violencia real y simbólica de acuerdo a las necesidades que tenga este grupo para el control del territorio.

En el caso de Ernesto, por ejemplo, trabajar para “la plaza” le aseguró durante un tiempo tener un ingreso regular que de otra forma no le hubiera sido posible, y si lo dejó fue porque un día la policía realizó un operativo en el lugar donde trabajaba y estuvieron a punto de detenerlo, lo que hizo que reconsiderara su situación, decidiendo sacrificar la estabilidad económica por la sensación de sentirse nuevamente seguro, pues según él “no vale la pena” arriesgarse. Por su parte Carlos, ante la imposibilidad de conseguir un trabajo y la necesidad de mantener a su joven pareja —convaleciente después de haber perdido a su primer hijo—, lo llevó a considerar una oferta de trabajo que le hicieron desde este grupo.

En ese sentido, está claro que las valoraciones morales que tengan sobre “la plaza” —compuesta por sujetos que aparentemente han llegado a vivir ahí desde otros lugares, pero que reclutan principalmente a jóvenes que viven en el cerro— y los problemas asociados a

ésta –venta, producción y distribución de drogas, así como la violencia asociada a sus lógicas de mercado y de control territorial–, están sujetas a las contingencias que se les van presentando en su vida cotidiana o a sus necesidades de reconocimiento, producto de la vulnerabilidad económica y social en la que viven. Y esto porque las rutas para el éxito legitimadas socialmente les están vedadas, por lo que pueden terminar por aceptar otras que estén más a su alcance, a pesar de los riesgos que ello conlleva.

Puede decirse entonces que estas conflictivas relaciones de vecindad reflejan sobre todo los grandes problemas que se viven en estas colonias y que afectan por lo tanto la vida barrial. Pero si las pandillas son un problema, al igual que quienes no son parte de ellas pero consumen drogas, molestan y asaltan en el espacio público de la calle, así como aquellos que pertenecen a “la plaza”, es porque existe un vacío de poder por parte del Estado en cuanto a la regulación de la vida social, pues la seguridad pública en estas colonias es casi nula, lo que ocasiona que este espacio sea disputado y apropiado a través de la violencia física y simbólica que pone en entredicho la convivencia social o que al menos modifica sus formas, pero que de cualquier manera termina por ser precaria para muchos de los que viven en esta parte de la zona metropolitana. Sin embargo, esta realidad no es exclusiva de quienes viven en el Cerro del Cuatro, ya que puede encontrarse en otros contextos que tengan condiciones similares –en cuanto a niveles de pobreza y de aislamiento social, por ejemplo–.

Satisfacción e insatisfacción con el entorno

Los sujetos se relacionan con su entorno barrial a partir de las actividades cotidianas que en él realizan, así como de las interacciones que tengan con quienes comparten vecindad, pero también a partir de cómo perciben y valoran tanto el paisaje como la infraestructura pública con la que cuentan sus colonias, lo cual permite conocer el grado de satisfacción que tienen los sujetos con respecto a su espacio de vida y la forma en cómo esto incide en sus actividades cotidianas, en la construcción de sus territorios de interacción así como de sus pertenencias socioterritoriales. El paisaje abarca “todo lo que vemos”, y “puede definirse como el dominio de lo visible, lo que la vista abarca. No sólo está formado (...) de volúmenes, sino también por colores, movimientos, olores, sonidos, etc.” (Santos, 1996: 59). En ese sentido, “la dimensión del paisaje es la dimensión de la percepción, lo que llega

a los sentidos. Por eso, el aparato cognitivo tiene crucial importancia en esta aprehensión...” (Santos, 1996: 60). Y en cuanto a la infraestructura pública, si bien su materialidad le hace formar parte del paisaje, se diferencia de éste al trascender la dimensión meramente estética e incluso simbólica, ya que se compone de elementos que cumplen funciones específicas –independientemente de si se respetan o no– que hacen posible la vida urbana, como la calle, las banquetas, el alumbrado público, etc.

Respecto al paisaje, vivir en el cerro posibilita tener una vista privilegiada de la ciudad. Incluso desde la Nueva Santa María, que se ubica en una parte más baja con respecto a las demás colonias, la vista puede ser bastante buena. Esta visión del paisaje es mencionada por algunos de los entrevistados como uno de los elementos que resultan más agradables de vivir ahí, constituyendo entonces una topofilia, esto es, “el lazo afectivo entre las personas y el lugar o el ambiente circundante” (Tuan, 2007: 13), pues, como dice Jaime, “tú de cualquier punto te puedes subir a tu azotea y contemplar toda la ciudad, y este... es muy bonito”. Sin embargo, en algunos casos, y dependiendo dónde se localice la casa, será el mismo cerro el que impida la visión de parte de la ciudad, como lo menciona Bernardo, quien también vive en la Nueva Santa María.

-Se ve muy bien (...) aparte de ser una zona alta en la que estoy, alcanzo a ver un poco más allá de Periférico Sur, veo claramente hasta los Arcos del Milenio, el Cerro del Cuatro pues sí me tapa la vista, pues, pero sí alcanzo a verlo. Y hacia el otro extremo, el lado contrario del Cerro del Cuatro, está el cerro del Panteón Jardín, que también me tapa un poco la vista.

-¿Y qué te parece?

-Se me hace muy buena, realmente me inspira, pues.

Lo que llama la atención es que hayan sido contados los entrevistados que hacían referencia a esta característica del entorno. Incluso a los chicos de la pandilla ubicada en la Mezquitera, quienes tienen como punto de reunión una plazoleta con una excelente vista de la ciudad, pocas fueron las ocasiones en que se les escuchó decir que estaba “bien perro” el paisaje que tenían frente a sí. Quizá esto se deba a que la percepción de este paisaje en particular es una actividad cotidiana, por lo que ya ha dejado de sorprenderles, lo que no

quiere decir, por otro lado, que no se aprecie, o que no existan momentos que sobresalgan por sobre otros y que lleve a los sujetos a expresar algún comentario ante lo que perciben.

Otro elemento que algunos entrevistados que viven en esta zona llegaron a destacar fue la posibilidad de acceder a las partes del cerro que no están urbanizadas, lo que les permite entrar en contacto con la naturaleza y despejarse un poco. Por ejemplo, Pedro recordaba cuando subía a las partes más altas con su padre para agarrar animales como lagartijas o arañas, lo cual continúa haciendo con sus amigos; o Jaime, quien comentaba que “puede uno ir a cotorrear (...) ahí, hay chanza de ir a caminar por el cerro, y sí, como que se siente como que es hasta otro clima, pues, a pesar de que estás adentro de la ciudad, te despejas un poco, pues.” Sin embargo, no todas las personas que viven en el cerro se animan a ir a esa zona, sobre todo los que viven en las partes más bajas, pues muchos la consideran peligrosa, tanto por “la plaza” como porque se piensa que ahí viven rateros, drogadictos y sicarios, que si bien en parte es cierto, esto también habla de la existencia de estigmas territoriales que afectan cómo se percibe a algunas de las personas que viven en estas colonias.

Pero con respecto al paisaje, lo que prima en general son las percepciones negativas o topofóbicas. Así por ejemplo, cuando se les impartió un curso de fotografía a algunos de los chicos de la pandilla de La Mezquitera como parte de las estrategias que se siguieron para acercarse a ellos, se les pidió que salieran a las calles del barrio a fotografiar lo que más les gustara, y una y otra vez, cada que se les pidió realizar este ejercicio, las respuestas fueron siempre las mismas: “aquí qué”, “aquí no hay nada que valga la pena”, “aquí está todo bien feo”. Si bien pudiera pensarse que sus expresiones estuvieran en la lógica de que “no hay nada que valga la pena ser fotografiado”, a partir de alguna concepción que tuviesen en particular de la fotografía, su percepción negativa del entorno –en el sentido de no gustarles en términos estéticos, que no afectivos– se ve reforzada en sus opiniones expresadas durante una de las entrevistas, donde incluso un par de ellos reconocen que no les gusta del todo el lugar donde habitualmente se juntan y que es su núcleo territorial duro como *barrio*.

-¿Y de aquí del barrio hay algún lugar que no les guste?

Carlos- ¿Qué será bueno?

Ernesto- Pues la verdad el parque...

-¿No está chido? ¿No les gusta?

Ernesto- No (incomprensible) porque...

-¿Cuál parque?

Ernesto- El parque donde nos juntamos, porque ahí si llegan (no dice quiénes) cuando no estamos nosotros, llegan y hacen lo que quieren.

Carlos- De hecho nos han maltratado mucho el parque, porque nosotros somos de los que están en las bancas maltratadas; sí te has fijado cómo están de jodidas (parece que dice eso), es que es por nosotros habíamos cuidado las bancas y todo eso y fíjese un día de un parpadeón (de parpadeo)...

Ernesto- Se robaron las bancas, se robaron los barandales de las...

Carlos- Jardineras...

Ernesto- ... jardineras para venderlas... Y luego cuando nosotros así hacemos nuestros dibujos, que lleguen y...

Carlos- Los borren o los encimen...

Ernesto- U otra cosa, que fundan los focos de las lámparas y se vea pues... que nosotros somos así más... De por sí tenemos la fama de que somos bien manchados. O sea que funden las lámparas y no, pues, van a decir “estos weyes tumban” (roban). Eso es lo que no nos parece, o sea que lleguen, arreglen la luz... pongamos, nosotros vamos a equis parte y llegan y funden los focos y pasa la gente con miedo ya. Y nosotros como de “qué onda”, edá? Nosotros ni al pedo...

-Pero dicen que no les gusta esa zona pero es básicamente porque está descuidado, ¿no? Pero finalmente se juntan ahí por algo, ¿no?

Carlos- Pues nomás pa´cotorrear... a tirar argüende, como quien dice.

Hay varios elementos que entran en juego en la percepción negativa que tienen con respecto a este espacio en particular, y que trasciende la noción de paisaje. De entrada, el hecho de no poder tener un control total sobre él, siendo que es el punto nodal de su territorio como *barrio*, pues cuando llegan otros sujetos “hacen lo que quieren”, como por ejemplo, tapar los grafitis que ellos hacen y con los que de alguna forma marcan el territorio. Después, la destrucción y robo del mobiliario urbano que ellos usan, ya que al ser de metal éste puede venderse, lo cual es en parte producto de la falta de seguridad pública en la zona. Y en cuanto a la destrucción de las luminarias, el problema reside en la

percepción negativa que genera sobre ellos, estigmatizándolos, más allá de que ellos tengan un problema porque esté oscuro o no.

Sin embargo, resulta en cierta forma paradójico que se quejen de las condiciones de este espacio cuando ellos mismos contribuyen a su deterioro. Durante el trabajo de campo se les llegó a ver intentando romper una de las lámparas con unas resorteras, y esto aparentemente es así porque la oscuridad los protege de ser vistos consumiendo drogas tanto por sus familiares como por la policía en el remoto caso de que ésta pase por ahí. Además, la forma en cómo usan las pocas bancas que quedan en el parque provocan su deterioro, pues son varios los que se sientan al mismo tiempo sobre ellas, normalmente sobre el espaldar, colocando los pies sobre la superficie diseñada para sentarse, lo que hace que se vaya doblando la estructura metálica. Y finalmente, es un espacio que en general siempre lo tienen sucio, con botellas quebradas, latas de aluminio (que usan para fumar piedra), restos de cápsulas en donde viene la droga que compran, sin importarles que ese espacio, que es público, sea usado por otras personas, incluyendo niños.⁵⁵

Este descuido de los espacios donde se juntan tiene que ver con una cuestión cultural que normaliza prácticas como el tirar basura o destruir el mobiliario público sin que exista una visión normativa lo suficientemente fuerte por parte de sus familiares, vecinos o de alguna figura que represente al Estado que inculque valores de uso y conservación de lo que se tiene, además de que parecería existir una débil capacidad de agencia –basada quizá en el desinterés– por transformar el ambiente en el cual se vive, y eso se ve reflejado en la forma en cómo delegan responsabilidades a los *otros*.

Por otro lado, en lo que respecta a los grafitis, estos no siempre cumplen una función estética, sino sobre todo territorial, como ya apuntaba. Por eso es común ver los nombres de las pandillas, o por lo menos las siglas que los identifican, en las distintas colonias del cerro, dependiendo de la zona de influencia de cada una de ellas, en mayor proporción que aquellos que buscan un fin más estético. Sin embargo, esto puede contribuir a la insatisfacción con el espacio, sobre todo si no se pertenece a una pandilla, como es el caso de Lauro.

⁵⁵ Aparentemente no existe un servicio de limpieza por parte del municipio, por lo que algunos de los vecinos –en particular, la madre de uno de los chicos de la pandilla que vive cerca de ahí–, son quienes procuran barrer la plazoleta de vez en cuando.

-...Todas las casas están grafiteadas. La mía no porque no nos dejamos, si no, también la tuvieran grafiteada.

-¿Muy común, los grafitis?

-Sí, demasiado común.

-¿Y qué piensa la gente de los grafitis?

-No, que pura gente vaga hace todo eso.

-¿Y qué piensan los chicos que los hacen?

-Les vale gorro. Siguen grafiteando la misma casa, o se van a otra cuadra y hacen lo mismo.

-¿Tus amigos grafitean?

-Algunos.

-¿Y qué dicen al respecto?

-No les interesa nada. Ellos lo único que quieren es grafitear, a veces son garabatos que ni se les entiende nada, pero bueno.



Locales comerciales abandonados y grafiteados.

Sin embargo, lo que parece generar más insatisfacción en los sujetos entrevistados con respecto al entorno en el que viven, generando una percepción topofóbica del entorno, es la infraestructura pública. Más allá de que ésta ha ido mejorando de manera progresiva a través del tiempo, aun se vive en un contexto caracterizado en gran medida por la precariedad, y esto es más notable con las colonias que están de la avenida Ocho de Julio hacia arriba, donde son menos las calles pavimentadas, que más allá de su aspecto tienen repercusiones fuertes en la calidad de vida de los sujetos. Así lo expresan por un lado las jóvenes entrevistadas de La Mezquitera, y Lauro, que vive en la parte alta de la Nueva Santa María.

-¿Si tu pudieras mejorar tu barrio, o tu colonia, en qué la mejorarías?

Adriana- Las calles.

-Las calles... ¿qué, pavimentarlas o cómo?

Adriana- Sí.

-¿Alguna otra cosa que recuerdas que no te gusta de aquí?

Lauro- Allá donde yo vivo, esa calle prácticamente no está pavimentada, baja demasiada agua del cerro y son casas que se inundan. En mi casa no la aguantamos más, también se inunda demasiado.

Entonces, independientemente de si les gusta o no el estado en el que se encuentran las calles, el problema radica en el riesgo que éstas suponen para el patrimonio de las personas que ahí viven, sobre todo en época de lluvias. Y esto es así porque no existe una planeación urbana que contemple las particularidades del entorno, en parte por haber nacido estas colonias como asentamientos irregulares y en parte por la poca acción del gobierno para generar infraestructura pública de calidad, pues incluso ahora que han estado arreglando algunas calles es posible ver cómo baja el agua a raudales desde lo alto del cerro, generando unos torrentes peligrosos no sólo para las casas, sino también para las personas que por ahí circulan, pues estas pueden ser arrastradas por la corriente.

Por otro lado, y siguiendo en la lógica de la percepción y valoración de la infraestructura pública, la avenida que divide los municipios de Guadalajara y

Tlaquepaque, y que lleva el nombre de la colonia La Mezquitera, se convierte en una frontera que evidencia de forma palpable la desigualdad que se vive entre los habitantes de uno y otro municipio al interior de la zona metropolitana, de acuerdo a la opinión generalizada de los chicos que ahí radican. Y es que con el simple hecho de cruzar una avenida es posible observar un paisaje completamente diferente, pues no sólo es el contraste entre calles pavimentadas y empedradas, sino entre los espacios recreativos que hay en un lugar y no en el otro. Ernesto lo plantea de la siguiente forma:

-¿...zonas como más jodidas? ¿Cuáles consideras tú?

Ernesto- En el cerro.

-¿Pero cuáles? ¿Arriba?

Ernesto- Pa'arriba. Y aquí, también aquí. Porque hay mucha diferencia entre Guadalajara y Tlaquepaque.

-Ya. ¿Por qué?

Ernesto- Porque Guadalajara pues está pavimentado, y aquí está empedrado. O sea, como que hay... ¿cómo te diré?, preferencia allá en Guadalajara.

-¿Y qué piensas tú de ese cotorreo?

Ernesto- Ah, pues pinche gobierno corrupto. ¡Neta, wey! Te prometen un chingo de mamadas y no cumplen... que van a pavimentar... ¡pavimentan los...! Mejor me quedo callado...

Estas notorias diferencias en el espacio urbano, así como en los servicios públicos con los que cuentan, tienen repercusiones en cómo se ven a sí mismos los sujetos que ahí viven, pues de alguna forma se ven abandonados a su suerte, ya que les prometen y no les cumplen. Esto lleva a que El Migue, de 22 años, y vecino de La Mezquitera, diga que “Tlaquepaque es lo peor”, pues en su barrio no hay policía, hay basura en las calles, además de que no están pavimentadas, mientras que en otros lados, de acuerdo a su experiencia, no es así. Para Jaime, por su parte, “la problemática de aquí, pues, como que el gobierno está como que olvidado o algo así”. Este “olvido” es una explicación que se formula Jaime para explicar sus carencias con respecto a otras zonas de la ciudad, porque si no fuera por eso, ¿qué otras explicaciones se podrían formular? ¿Por qué unas colonias sí tienen buenos servicios y otras, como en las que ellos viven, no?

Pero además de las diferencias en cuanto a infraestructura pública también están las que corresponden a la infraestructura privada, esto es, con respecto a las casas de los sujetos que viven en ésta zona, pues para los chicos de la Nueva Santa María la diferencia no es sólo pasar de unas calles pavimentadas en Guadalajara a otras empedradas en Tlaquepaque, sino de una zona con casas en general ya terminadas y bien pintadas a otras en obra negra por estar en permanente construcción, tanto porque la familia va creciendo, como por la falta de recursos económicos para terminarlas de una vez. Todo esto provoca que la percepción del paisaje y de la infraestructura tanto pública como privada sea en general negativa, convirtiéndose en un recordatorio palpable de las diferencias sociales que existen en la zona metropolitana de Guadalajara.

Cierre

Los grados de satisfacción o insatisfacción con el entorno barrial pueden ser aprehendidos entonces a partir de ciertos referentes concretos que los sujetos mencionan como producto de su percepción, valoración y experiencia de vida. No es extraño, en ese sentido, que sean los sujetos con quienes se comparte vecindad, así como el paisaje y la infraestructura, algunos de los elementos sobre los cuales se expresan, pues en cierto sentido son componentes importantes en el desarrollo de su vida social. Ahora, si los sujetos –sean estos amigos, vecinos o familiares– y las relaciones que tienen con ellos son lo mejor valorado, es por el hecho de que gran parte de su vida cotidiana –acotada en gran medida por su falta de capitales y por su ubicación dentro del entramado urbano– transcurre en el barrio, el cual se convierte en un espacio clave de socialización, lo que les permite generar vínculos estrechos con buena parte de las personas con las que comparten tanto vecindad como trayectorias de vida. Pero si estas relaciones son satisfactorias es porque también se comparte con esos *otros* valores y formas de ser con los cuales los sujetos se reconocen a sí mismos.

Esto no quiere decir, por otro lado, que no existan percepciones y valoraciones negativas en relación a otros sujetos –sobre todo por las prácticas que estos realizan– con los que también se comparte vecindad. Así, para algunos son las pandillas –sobre todo si no se pertenece a alguna de ellas–, o quienes roban –particularmente para el caso de las mujeres–, o “la plaza” –para la gran mayoría–, ya que de alguna forma ponen en riesgo la

convivencia social, lo cual es posible al ser un territorio donde el Estado –en sus distintas instancias– no parece estar del todo presente para regular la vida en sociedad, por lo que otros grupos se disputan su control a través del ejercicio de la violencia física y simbólica, imponiendo de esta manera sus propias lógicas de ocupación del territorio, lo cual reduce la vivencia que otros grupos pudieran tener del espacio público del barrio.

En cuanto a la percepción del paisaje, ésta es en general negativa, ya que pareciera no agradarles casi nada de lo que tienen en su entorno –salvo contadas excepciones–, por lo menos en términos estéticos. La razón de ello quizá se deba a la precariedad que caracteriza tanto a la infraestructura pública como a la privada, tanto por ser una zona popular de bajos ingresos como por la poca inversión que tienen por parte del municipio, lo cual se refleja, por ejemplo, en las calles sin pavimentar y la falta de alumbrado público por un lado, y en las casas a medio construir y de diseños muy elementales por el otro. Y esta precariedad resulta más evidente a los ojos de los entrevistados al tener de contraste algunas colonias que pertenecen al municipio de Guadalajara, donde las calles sí están pavimentadas, por ejemplo, además de que cuentan con espacios públicos de mayor calidad, lo que configura un *nosotros* olvidados por el Estado y un *los otros* que sí han podido acceder a algunos de los beneficios de vivir en la ciudad.

Pero además, esta percepción negativa que los sujetos tienen de la infraestructura pública no se reduce sólo a lo estético, sino que al no estar las calles pavimentadas, por ejemplo, ni haber buenos colectores pluviales, las lluvias pueden ocasionar daños en el patrimonio de las personas que ahí viven, así como incluso a su misma integridad, mientras que el hecho de que algunas de las luminarias no funcionen brinda la posibilidad de que ciertos espacios sean usados por algunas personas para drogarse –que para el caso de quienes pertenecen a una pandilla puede resultar incluso conveniente– o para robar.

Prácticas de ocio y construcción de territorios

Es a través del uso cotidiano de los espacios alrededor de la vivienda como los sujetos van configurando un territorio particular dentro de la mancha urbana, al cual podemos denominar con el nombre de barrio, el cual estaría constituido sobre todo de prácticas a través de las cuales se crea un espacio *privado* dentro del espacio *público*, como bien señala Mayol, lo que denota una apropiación del mismo. Sin embargo, las prácticas que se realicen

en este espacio estarán de alguna forma *constreñidas* –y por ende también *habilitadas* (para utilizar las expresiones de Giddens en torno a condiciones de carácter estructural, 2006)– a las particularidades de la morfología e infraestructura urbana por un lado, y a los servicios públicos y privados que ahí se ofrezcan, por el otro, pero también por las percepciones y valoraciones subjetivas que se tengan sobre los espacios que configuran el barrio y los alrededores de éste, las cuales se construyen y retroalimentan a través de las mismas prácticas.

De entrada, queda en claro que la principal relación que establecen los sujetos con el barrio se da a partir de habitar una casa dentro del mismo, la cual, al ser el refugio por excelencia del mundo exterior, proporciona intimidad y reposo, además de ser la base material donde llevan a cabo sus relaciones sociales primarias, esto es, con la familia. En ese sentido, “la casa constituye el primero y más íntimo objeto de identidad, es la manera primaria de construir la pertenencia a un lugar. Los procesos de socialización de un individuo tienen lugar en el hogar y en su espacio de actuación cotidiana, la casa” (Esquivel, 2005: 80). Esta acción de habitar un espacio en concreto pone a los sujetos en relación de vecindad con otros con quienes se comparten normalmente ciertas características socioeconómicas y con los cuales se establecerá una relación, independientemente de si ésta es pasiva o activa.

Además, los sujetos se relacionan con su barrio a partir de su rol como consumidores, que en el caso de quienes viven en el Cerro del Cuatro lo realizan principalmente en algunas de las pequeñas tiendas ubicadas cerca de sus casas, en los tianguis que semanalmente se establecen en estas colonias, o en el mercado que se encuentra en la Nueva Santa María –depende de lo que les quede más cerca o del tipo de necesidades que busquen satisfacer–, que es donde adquieren varios de los productos básicos que requieren para su sobrevivencia cotidiana. En lo que respecta a las actividades laborales, son muy pocos los que llegan a realizarlas en esta zona, por lo que esta relación es más circunstancial y esporádica. Pero en lo que respecta a las prácticas de ocio, buena parte de éstas son realizadas en el espacio del barrio o alrededor de éste. Sobre ésta relación, clave para entender la construcción del territorio barrial y del sentido de pertenencia, profundizaré en este apartado.

Para empezar, puede decirse que para los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro el tiempo libre no siempre es una elección, sino más bien una condición de su desanclaje a las instituciones escolares y de las pocas opciones de trabajo que los mantienen buena parte del tiempo en el desempleo. Esto tiene como consecuencia que pasen días sin tener nada que hacer, más allá de cumplir con las obligaciones en el hogar –en caso de que las tengan–, por lo que su presencia en el espacio público de su barrio es bastante común. Y esto es así sobre todo para los hombres, ya que las mujeres están confinadas generalmente al espacio doméstico, como ya se ha mencionado. Sin embargo, tener tiempo libre no significa que éste pueda traducirse en prácticas de ocio, pues no siempre existe la posibilidad de elegir libremente actividades relacionadas a partir del gusto y para la recreación personal (Rodríguez y Agulló, 1999; Cuenca, 2000). Y en esto tienen que ver tanto las características del entorno, en particular lo que corresponde a la infraestructura pública urbana, como con los capitales con los que estos chicos cuentan.

En lo que respecta a la infraestructura pública, por ejemplo, son muy pocos los espacios diseñados específicamente para llevar a cabo este tipo de prácticas –sean canchas deportivas, parques o incluso centros culturales, entre otros–, y los que existen tienen restricciones para su uso, ya sea porque están tomados por alguna pandilla, administrados por algún grupo de vecinos, o porque tienen un costo por su uso. Esto reduce drásticamente las opciones de lo que se puede o no hacer en los tiempos libres, dejando en ocasiones la calle como una alternativa que no está exenta de restricciones y problemáticas, sobre todo porque con algunas prácticas –como jugar a la pelota– se pueden ocasionar daños en el patrimonio de los vecinos, esto es, en sus casas o en sus autos, en caso de que los tengan. Y en cuanto a los capitales, los jóvenes tienen poco dinero –o capital económico– para moverse a otras partes de la ciudad donde quizá sí haya más espacios, además de que sus relaciones sociales –o capital social– están generalmente constreñidas al barrio, todo lo cual limita su conocimiento de las ofertas que existen en la ciudad, algunas de las cuales son incluso gratuitas.

Prácticas deportivas

En lo que respecta a las prácticas de ocio, las deportivas son quizá las que más realizan estos jóvenes, en parte porque son actividades que se asocian con la edad y con el

desarrollo físico y psicológico del sujeto –lo que de alguna forma las legitiman–, y en parte porque muchas de estas actividades pueden realizarse con un mínimo de elementos –una pelota, por ejemplo–, requieren reglas básicas que cualquiera puede entender y seguir –cuándo es falta o cuándo no en el fútbol y las implicaciones de la misma–, e incluso muchas veces pueden realizarse adaptándose a las condiciones espaciales que se tengan –convirtiendo una calle en una cancha, digamos–, detonando con ello la creatividad de los sujetos. Pero además estas prácticas son importantes porque les permiten reforzar sus lazos de amistad e incorporar una serie de valores relacionados con el grupo que se incorporan a través de la convivencia, así como también les permiten apropiarse de esos espacios de los que hacen uso reforzando su vínculo con el territorio.

Pero como ya se apuntaba hace un momento, son contados los espacios que existen en el Cerro del Cuatro para poder realizar algunas de éstas prácticas, y los pocos que hay están tomados por pandillas, tienen restricción de acceso por parte de quienes los administran o se cobra para acceder a ellos. Esta carencia de espacios particularmente de carácter público para practicar deportes está asociada de alguna forma con el origen irregular de estas colonias, pues prácticamente el Estado no dispuso de terrenos para ello o no garantizó, en su defecto, que esas propiedades –en caso de que se hayan contemplado– no pasaran a manos de particulares. Y tampoco existen espacios privados de uso público para practicar deportes, muy posiblemente por las características socioeconómicas de sus habitantes. Esto provoca, en el mejor de los casos, que algunos de los jóvenes opten por irse a jugar fuera de sus colonias, como lo expresa Jaime, de la Nueva Santa María:

-Bueno, yo te digo porque yo juego en un equipo los domingos, y este sí, pues, como aquí en la cancha que está en La Mezquitera pues ya no había lugar, y acá abajo (en la Nueva Santa María) pues hay muchos problemas, y no quisimos, así lo que optamos pues, fue de salir de la colonia...

De acuerdo con lo comentado por algunos habitantes de La Mezquitera, la cancha de fútbol rápido que está en la colonia, y que es ahora administrada por algunos vecinos, era antes un terreno en el que se podía jugar fútbol a cualquier hora. Sin embargo, un día llegaron unos policías de Tlaquepaque, rompieron los candados y cadenas que cercaban el lugar, y entraron con algunos trabajadores, quienes tenían la orden de construir una casa para un

vigilante, ya que al terreno le “apareció” un dueño. Ante ello, algunos vecinos se organizaron para defender este espacio, lo que ocasionó una gresca con los policías, quienes al final recibieron la orden de retirarse. De esta manera lograron que más tarde este espacio fuera declarado como público, sólo que quedó en manos de unos administradores que lo gestionan a su propia conveniencia, según los chicos que viven en esta colonia.

Si bien esta situación ha afectado sobre todo a los jóvenes de La Mezquitera, quienes han dejado de jugar ahí o reducido la frecuencia con que lo hacen, a otros los ha favorecido, pues estas canchas de fútbol rápido –pensadas para que jueguen cinco personas por equipo aproximadamente– están siempre ocupadas, ya que además de que ahí entrenan niños y jóvenes también se llevan a cabo partidos y torneos que atraen a más gente. Su éxito se debe a que es un espacio seguro y a que está en buenas condiciones, más allá de que es una de las pocas opciones con las que cuentan. Pero el problema es que no siempre hay espacio para que puedan jugar todos los que quisieran, como comenta Jaime, tanto porque existe una gran demanda por parte de quienes viven en las colonias del cerro o cerca de ellas, como porque hay que pagar cierta cantidad de dinero que estos jóvenes no siempre tienen o que prefieren invertir en otras cosas.

Y en cuanto a las canchas que se encuentran en la Nueva Santa María, de acuerdo con Jaime, suele haber “muchos problemas”, por lo que tampoco son un sitio viable para practicar deporte, o por lo menos para quienes no viven alrededor de las mismas, pues de acuerdo a lo que comenta, “como namás como los de ahí, pues, los más cercanos, que son los que conocen pues a los *barrios* de ahí y todo eso” son los que podrían jugar. En ese sentido, esta cancha sería el territorio de alguna de las pandillas que ahí se localizan, por lo que jugar ahí podría ser arriesgado tanto para su seguridad como para las de sus amigos y familiares que los acompañan, sobre todo por la forma en que estos grupos gestionan su territorialidad a través de la violencia física y simbólica.

-¿Qué tipo de broncas podrían tener, por ejemplo?

-Pues la bronca pues de que en el mismo juego se enojen, este, pues, vayan a sacar un arma, pues, no tanto que nos den a nosotros, sino que más que nada a los niños, a las personas que estén ahí, entonces por eso es lo que no... tratamos, pues, de evitar, pues.

Por su parte, para los chicos que viven en La Mezquitera la mejor opción para practicar deportes es ir a los Campos Rojos, que es la unidad deportiva ubicada en una colonia aledaña a la suya, perteneciente al municipio de Guadalajara. Este sitio es de los pocos que reconocen que les gusta de la zona donde ellos se mueven, por lo que representaría una topofilia, esto es, un espacio agradable en su experiencia, tanto por la calidad de su infraestructura como por ser un espacio con mucha vegetación en sus alrededores. Sin embargo, el acceso a los mismos tiene un costo de cinco pesos, que si bien es módico, no están dispuestos a pagar, ya sea porque no tienen dinero, o porque existen otras opciones que están ya normalizadas y legitimadas por parte de los jóvenes, como brincarse o buscar huecos en la malla ciclónica a través de los cuales puedan ingresar sin ser vistos, aunque tampoco es que exista mucha seguridad para impedirlo. Y ya estando ahí lo que normalmente juegan es frontón y en menor medida fútbol.

Esta forma de usar el espacio evadiendo la entrada principal –y con ello el pago que eso supondría– y de utilizar otras alternativas para ingresar en estos campos puede ser visto como una táctica, esto es, como un recurso propio de la creatividad para imponer unas lógicas de uso distintas a las que impone un poder regulador al que sin duda no se le confiere legitimidad por alguna razón, sea porque está lejos de sus necesidades o porque es poco representativo de sus intereses. Pero independientemente de estas razones u otras que pudieran existir, al estar normalizadas éstas tácticas por quienes frecuentan dichos campos, se impone una gramática particular en la forma de usar el espacio, que al respetarla y seguirla los hace parte de una colectividad.

Cuando no tienen trabajo, estos chicos suelen ir a jugar casi a diario a estos campos a partir del medio día, quedándose allí entre dos y cuatro horas. O en ocasiones van por las tardes, regresando a su barrio poco antes de que oscurezca. Normalmente van como mínimo dos de ellos, y ya en las canchas de frontón arman la reta o se integran con algunos de los jóvenes y/o adultos que ya estén jugando, a quienes además ya conocen. Pero no sólo van a jugar, sino que también aprovechan para fumar marihuana con algunos de los que ahí se encuentran, ya sea que ellos lleven o que los otros les conviden. La mayoría de quienes asisten a estas canchas se encuentran alrededor de los veinte años, aunque pueden verse desde chicos de unos 14 hasta adultos de unos 50, por lo que en cierta forma hay una convivencia intergeneracional.

Sin embargo, hace algunos años estos jóvenes de La Mezquitera, quienes pertenecen a una pandilla, no podían ir a jugar ahí porque tenían un pleito con alguno de los *barrios* de esa zona. Según uno de estos chicos, todo comenzó porque en alguna ocasión, jugando a aventarse guayabas verdes arrancadas de los árboles que hay en las calles, alguno de los del otro *barrio* no se aguantó y empezaron a apedrearse. De ahí siguieron los golpes y la enemistad declarada, hasta que algún día esos chicos se acercaron al barrio, llamaron a alguno de ellos con los que tenían el problema, e hicieron las paces, quedando “todo bien” entre ambas pandillas. Sin embargo, esto deja ver lo frágiles que son las relaciones entre este tipo de agrupaciones juveniles, lo que tiene serias implicaciones en la vivencia del espacio, ya que conflictos de esta naturaleza terminan por limitar drásticamente las zonas por donde pueden transitar y a los lugares a los que se puede ir, por lo menos de forma segura, lo que deja entrever lo territoriales que son estos grupos.⁵⁶

Un poco menos común en apariencia es la práctica del *parkour*, deporte que consiste sobre todo en superar obstáculos a partir de correr, brincar, escalar y deslizarse, entre otras habilidades, y el cual requiere de una gran agilidad y disciplina física por parte de quienes lo practican. Algunos adolescentes de La Mezquitera que no pertenecen a la pandilla, y que incluso continuaban con sus estudios, lo practican en un espacio ubicado entre los Campos Rojos y la Secundaria Mixta 62, ya que ahí, al ser un área verde, pueden ejecutar saltos y piruetas y caer en un piso protegido con pasto y tierra sin temor a lastimarse, o por lo menos no tanto como podría ocurrir en un piso de cemento, aunque reconocen que hay pocos espacios para realizar este deporte en el cerro. En el caso de Ernesto, él también llegó a practicarlo durante un tiempo, hasta que se lastimó.

-¿Sí practican parkour aquí...?

Ernesto -Yo practiqué... un tiempo, y pues me fregué la mano. Pero sí me gusta... se utiliza a veces el *parkour* cuando te van correteando los policías, que vas brincando y “oh, pues vámonos”.

⁵⁶ Más de un año después, el problema entre estas pandillas se volvió a reactivar por alguna razón, por lo que de nueva cuenta tuvieron que abandonar la idea de ir a jugar a estas canchas, limitando sus opciones de esparcimiento y su vivencia del espacio.

En general, los deportes ofrecen a los sujetos la posibilidad de moldear su cuerpo y ganar condición física, más allá de que sean principalmente actividades lúdicas. Pero también de estar en condiciones para enfrentarse al contexto en el que se vive. En este caso en particular, la práctica del *parkour* le ofrecía a Ernesto cierta garantía de tener mejores oportunidades de escapar en caso de que se presentara algún problema con la policía, pero seguro que no solamente de ella si se piensa sobre todo que este chico forma parte de una pandilla en la que los enfrentamientos son siempre una posibilidad latente.

Por otro lado, un espacio que está fuera de las disputas territoriales, y que por tanto es seguro para sus usuarios, es el atrio de la iglesia que se ubica en la Nueva Santa María. Ahí, varios de los jóvenes de esta colonia, sobre todo los que están vinculados con alguno de los grupos religiosos, lo usan no solamente como punto de reunión, sino también como un espacio para practicar algunos deportes, en particular fútbol y voleibol, principalmente por la tarde-noche, que es cuando han regresado de sus trabajos, cuando los tienen. Sin embargo, cuando se hizo el trabajo de campo esto no era posible, o por lo menos no en ese momento, pues se estaba construyendo en un costado del patio, lo que hacía inviable jugar ahí, limitando las de por sí reducidas opciones que tienen estos jóvenes.

El hecho de que este espacio sea seguro y apto para la convivencia tiene que ver con por lo menos un par de factores que están interrelacionados, pues por un lado, al ser un templo religioso, tiene una fuerte carga simbólica que la mayoría de las personas que habitan en estas colonias suele respetar, incluso los jóvenes que pertenecen a alguna pandilla. Por otro lado, si al interior existe la posibilidad de una convivencia es porque existe un orden normativo –que ciertamente no es el mismo que opera en la calle– que imponen tanto el párroco como los feligreses sobre lo que se puede o no hacer en su interior y que prácticamente todos respetan, ya que si bien este lugar opera como espacio de uso público no deja de ser propiedad privada.

Ahora, ante la imposibilidad de contar con espacios propicios para realizar determinadas actividades deportivas, así como por el hecho de vivir en colonias poco transitadas, la calle se convierte en uno de los pocos espacios con los que estos jóvenes cuentan para jugar, sin importar que estén empedradas o que tengan algún desnivel, pues lo que importa es que haya un poco de creatividad para apropiarse de ese espacio y hacerlo un

terreno para el juego, como lo ilustran los comentarios de Carlos y Ernesto, de La Mezquitera, y Bernardo, de la Nueva Santa María:

-Qué más hacen en sus tiempos libres?

Ernesto- (...) jugar futbol.

Carlos -Jugar futbol...

-¿Dónde juegan futbol?

Carlos -Allá en las calles.

Ernesto -Pongámole, está el parque en donde nos juntamos, y están las calles así... Es como futbol callejero...

-Un par de piedras y listo.

Ernesto -Sí, las porterías de piedras y el balón, y ya nos separamos la mitad de la banda y la mitad de la banda y así jugamos. O a veces retas, así.

Carlos -O de refresco...

Ernesto- O con botellas de agua, que pones botellas con agua y las pateas y al que le quede menos agua te mojas... muchas cosas...

-Es rara la vez que hago esto, pero sí, algunas veces salgo a jugar fútbol, por el simple hecho de seguir ejercitándome, y pues al mismo tiempo de convivir.

-¿Con quién... dónde sales? ¿Qué espacio y con quién juegas?

-En la calle, con cualquier grupo de amigos que me encuentre que estén jugando fútbol o que me inviten a jugar, pues es cuando asisto.

-¿Ahí en la Nueva Santamaría?

-Sí.

Pero no sólo juegan futbol, aunque quizá sea éste el deporte más común que se practique en la calle, sino también otros juegos que tienen la característica de ser colectivos y de poner a prueba habilidades principalmente físicas. En estos juegos, en los que participan tanto niños como jóvenes, casi por lo general serán dos personas las que conformen los equipos. Esta responsabilidad recaerá sobre todo en aquellos que sean considerados como los más aptos para determinado deporte, esto es, aquellos que tengan un capital simbólico –o prestigio– ganado a través del tiempo a partir de sus habilidades. En ese sentido, se establecen jerarquías que los demás suelen respetar. La idea, a final de cuentas, es tener equipos

relativamente nivelados que de alguna forma garanticen la competencia, ya que en ocasiones llegan incluso hasta realizar apuestas de “refresco”. Sin embargo, jugar en la calle también tiene sus inconvenientes, pues algunos vecinos pueden molestarse de que dañen sus propiedades, sean sus casas o sus carros, por lo que no siempre es posible utilizar este espacio como campo de juego ante las sanciones sociales que pudieran hacerse acreedores, lo que deja ver que su control del territorio, en el caso de los chicos del *barrio* de La Mezquitera, no es total.

Esta carencia de espacios públicos para practicar deportes, y que puede orillar en el mejor de los casos a algunos jóvenes a buscar opciones fuera de sus respectivos barrios, no es exclusivo de quienes viven en el cerro, pues pasa también en Santa Tere así como en muchas otras colonias de la zona metropolitana, ya que de acuerdo con la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Calidad de Vida, del año 2013, casi el 40% de las personas carece de una unidad deportiva cercana (Jalisco Cómo Vamos, 2013). Así, uno de los pocos espacios que tenían para poder jugar en Santa Tere es ahora un terreno donde se construyen algunos edificios departamentales, además de que por el tráfico asociado a la intensa actividad comercial de la colonia es imposible jugar en sus calles, por lo que puede decirse que “la ZMG ha experimentado un proceso caótico e incierto de crecimiento urbano que no sin dejar enormes ganancias a ciertos actores sociales (...) la han convertido en una ciudad con pocos o nulos espacios que propicien la convivencia social...” (Marcial, 2012: 301).

Pero tener o no tener espacios para practicar deportes en el caso de los jóvenes que viven en el cerro no es un tema menor, sobre todo cuando tienen mucho tiempo libre – producto del desempleo y del abandono escolar– y cuando otras opciones como las culturales son escasas o inexistentes (además de que requieren de un capital cultural y en ocasiones también económico que no siempre tienen). Y si bien existen algunos espacios para practicar deportes, estos, como ya comentaba, están tomados por pandillas, son administrados por grupos de vecinos o se cobra por su uso, lo que hace más difícil tanto el acceso como la utilización de los mismos. Esto puede reducir la experiencia espacial con respecto al barrio y sus alrededores, acotando la territorialidad de estos jóvenes, independientemente de si se pertenece o no a una pandilla. Pero además de acotada, su espacialidad también es conflictiva, pues los pocos espacios que hay son tomados por aquellos capaces de ejercer un control sobre los mismos a partir del uso de la violencia real

o simbólica, lo cual es posible al no existir instituciones sociales fuertes que regulen la vida social en estos espacios, sea el Estado, la Iglesia o la misma comunidad.

A pesar de ello, los jóvenes de la pandilla ubicada en La Mezquitera utilizan los pocos espacios que hay y que quedan relativamente cerca de donde viven, construyendo de esta manera una territorialidad con respecto a ellos que podríamos caracterizar como precaria, laxa y temporal. Precaria, porque estos jóvenes dependen de la relación que tengan con otros grupos que ejercen el control ya sea de estos espacios o de los linderos en donde estos se encuentran, la cual es siempre inestable. Laxa, porque son espacios que están normalmente por fuera de su barrio, por lo que no pueden ejercer un control total sobre ellos –en términos de quién puede usarlos y quién no–, sino parcial, pues es una territorialidad compartida con quienes se encuentren en ellos, además de que pueden utilizarlos y apropiárselos sólo en ciertos momentos del día, de ahí lo temporal.

Redes sociales y videojuegos

Otra de las prácticas más comunes que realizan en sus tiempos libres los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro es la de conectarse a Internet, ya sea desde sus teléfonos celulares o desde los cibercafés que hay en la zona, y esto porque la gran mayoría carece de este tipo de conexiones al interior de sus hogares debido al poco capital económico con el que cuentan. Así, en el caso de los chicos de La Mezquitera, estos intentan conectarse de manera gratuita desde sus teléfonos al captar alguna señal proveniente de casa de alguno de sus vecinos que sí tienen conexión, aunque para ello deben contar previamente con una clave de acceso que en ocasiones consiguen a partir de sus relaciones de amistad. Esto los lleva a ubicarse regularmente en algunas esquinas del barrio donde tengan una mejor recepción de la señal inalámbrica, la cual no siempre es buena, además de que las actividades que pueden realizar con sus teléfonos son bastante limitadas en comparación con lo que pueden realizar en una computadora.

En cuanto a los cibercafés, estos chicos frecuentan un par de ellos, uno ubicado muy cerca de uno de los lugares en donde se juntan con sus amigos del *barrio*, y otro un poco más retirado, en los márgenes exteriores de su territorio, que es una zona donde no tienen problemas. El primero está en un local relativamente precario, esto es, mal pintado, con sillas desvencijadas, algún perro durmiendo por ahí y con todas las computadoras cubiertas

con una capa de polvo que entra desde la calle, mientras que el segundo está dentro de una casa y tiene todo limpio y en buenas condiciones. Sin embargo, y más allá de que ambos tengan el mismo costo, el cual es de 10 pesos por hora, estos chicos prefieren ir al primero, no sólo por la cercanía, sino sobre todo porque en éste pueden poner música sin necesidad de colocarse los audífonos, lo cual pueden hacer por haber generado una relación de confianza con el dueño o con el encargado en turno. Esto les permite apropiarse del lugar por lo menos en el tiempo en el que están ahí, lo cual sería imposible en el otro lugar donde hay más control sobre lo que se puede o no hacer, tanto por estar dentro de una casa como por ser los mismos moradores quienes atienden el negocio.

En estos lugares lo que hacen básicamente es conectarse a la red social de *Facebook*, a través de la cual charlan con sus contactos por medio de la mensajería instantánea, revisan los perfiles, particularmente de las mujeres que tienen agregadas, comparten fotos a una buena cantidad de sus amigos o familiares a quienes “etiquetan” en las mismas (en algunos casos hasta 50 de ellos), suben videos de los grupos que les gustan (rap o banda por lo general), y comparten fotos o videos de las páginas a las que están inscritos en esta red –como “Eres todo un loquillo”, “Hijo de la gran puta” o “Saca el toque!!!”, por ejemplo–, lo que da cuenta de sus gustos. Incluso algunos de ellos utilizan programas básicos de diseño instalados en estas computadoras para agregarles algún detalle a las fotos que suben, como ponerles el nombre de sus amigos o de su *barrio*, alguna frase que demuestre lo que piensan o sienten por sus pares o por las personas con las que salen o quieren salir, entre otras cosas, donde de alguna forma dan cuenta de su creatividad y de su capacidad en el uso de estas tecnologías, así sean herramientas relativamente rudimentarias las que utilizan.

Si bien el capital social de estos jóvenes pareciera ser bastante limitado –como apuntaba en el Capítulo III–, eso no impide que los chicos de la pandilla tengan un número bastante elevado de “contactos” o de “amigos” virtuales a través de *Facebook*, pues quien menos tiene ronda los 250 –que es uno de los más jóvenes de la pandilla–, mientras que el que más se acerca a los 2,500.⁵⁷ Esto se explica por el hecho de que no suelen discriminar las invitaciones que les llegan de nuevos contactos, ni tampoco discriminan cuando ellos a su vez las hacen, independientemente de si conocen a los sujetos o no. Sin embargo, en

⁵⁷ Este dato fue tomado en el transcurso del 2013, pero para el 2015 ya sumaba más de 4,600 contactos.

ocasiones intentan pactar alguna cita con alguna de las chicas que los han –o que han– agregado para conocerse en vivo, sobre todo después de interactuar un tiempo a través de la mensajería instantánea, lo que no significa, por otro lado, que a partir de ello se establezcan relaciones sociales fuertes, por lo que no pueden considerarse como parte de su capital social, ya que no se constituyen como “recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de *relaciones* más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos” (Bourdieu, 2001: 148).

Además estos jóvenes, a través de sus perfiles en esta red, construyen una imagen de ellos mismos por medio de las llamadas *selfies* (autorretratos), donde la mayoría de los hombres y las mujeres aparecen posando en alguna de las siguientes formas: en el caso de los hombres, con gorra y jersey, tapándose la boca, agarrándose la barbilla, enseñando el abdomen, haciendo las señas de su *barrio* con las manos, acompañados con algunos de sus amigos, e incluso en algunos de los perfiles revisados de los contactos que tienen estos chicos hay quienes aparecen armados, mientras que las mujeres, por su parte, suelen salir vestidas de forma provocativa, sacando busto, levantando cadera, mandando besos o con sus amigas. En general, muy pocos parecieran preocuparse por el “escenario” de la fotografía, esto es, en los espacios donde se toman las fotos, muchas de las cuales son tomadas al interior de sus viviendas, donde en ocasiones hay ropa tirada o donde se hace bastante evidente la precariedad en la que viven. En cierta forma, ellos son el “objeto” central de la foto, no los escenarios, los cuales parecieran ser más circunstanciales.

Pero quizá lo más interesante del uso que hacen de las redes sociales sea el hecho de que tienen un espacio más para la interacción a partir del cual pueden trascender las barreras físicas –más no sociales, sobre todo porque la mayoría de los contactos parecieran tener un estrato socioeconómico bastante parecido, lo cual se desprende de la observación de algunos de los perfiles de estos jóvenes–, ya que si las características de la ciudad, la ubicación de la colonia o su falta de recursos económicos les impide salir de la colonia o de la casa para socializar –sobre todo en el caso de las mujeres–, pueden hacerlo a través de estas redes, lo que les genera a algunos ciertas competencias de comunicación bastante interesantes. Ernesto, por ejemplo, que suele ser muy activo en el uso de Internet, escribe en su muro frases como “Likee si te gustaría yo como novio solo curiosidad *---*”, o “Liikee si nunca te e ablado & tee mando un imboox *-----*”, las cuales aparen con más de

50 “me gusta”. Este caso no es aislado, pues algunos de sus contactos, sean hombres o mujeres, también llegan a utilizar este tipo de estrategias.

Y es que de alguna manera a través de esta “comunidad” virtual los jóvenes van incorporando una serie de lenguajes y formas a partir de los cuales se comunican, sea por medio de texto escrito –al hacer uso del español más en un sentido estético al agregar varias vocales, consonantes u otros signos a las palabras, y diéresis o algún tipo de acentos a ciertas letras, sin preocuparse mucho de las reglas ortográficas o gramaticales–, o a través del lenguaje corporal que es posible ver en las fotografías que comparten en la red –donde replican ciertas posturas de sus contactos y que posiblemente tengan su origen en cantantes de rap o de grupos pandilleros, en el caso de los hombres, o las posturas sensuales y provocadoras en el caso de las mujeres, que además de copiarlas de sus amigas pueden ser adquiridas a través de los diferentes medios de comunicación–. Pero también replican, al mismo tiempo, ciertas formas de comunicación que ven en sus pares, como la mencionada en el párrafo anterior, lo que permite hablar de una comunidad en lo que respecta al manejo de ciertos códigos comunicativos, donde la edad y la clase social de pertenencia son elementos importantes.

Por otro lado, en el caso de las mujeres, esta actividad a través de las redes les permite tener una interacción fuerte con otros sujetos que muchas veces no tienen en la calle –por lo menos entre semana–, la cual incluso puede reducirse drásticamente si es que ya han abandonado sus estudios y si no trabajan fuera de sus hogares. Así, las redes sociales parecerían liberarlas en cierta forma del control parental y machista bajo el que la mayoría de ellas vive, lo cual se ve reflejado de alguna forma en las fotografías que suben, donde hacen uso de su sexualidad como un capital simbólico para hacerse de “amigos”, recibir “likes” y comentarios favorables, así como invitaciones a salir, por lo que se podría pensar que el uso de estas redes las empodera, permitiéndoles una interacción social más intensa que de otra forma estaría más acotada y controlada.

Además de estas actividades, los demás chicos de estas colonias que acuden a los cafés Internet suelen bajar música para poder escuchar luego en sus celulares, checar información en la red para realizar sus trabajos de escuela, así como jugar videojuegos en televisores que tienen consolas instaladas para ello o en las mismas computadoras que usan para conectarse a Internet. Pero los videojuegos no sólo se juegan en estos espacios, ya que

hay varios locales que tienen “maquinitas” –consolas que están montadas en muebles especiales y que funcionan con monedas–, a los que también suelen acudir muchos de los niños y jóvenes que viven en estas colonias, por lo que son lugares que también sirven como punto de reunión y para la interacción cara a cara, como lo menciona Lauro:

-...a veces que no vengo aquí al templo pero me voy con unos amigos que a jugar fútbol, que a las maquinitas, o equis cosa.

-¿Dónde juegas maquinitas, por ejemplo aquí?

-¿Aquí? Bueno, por mi barrio son... tengo las máquinas a una cuadra, nos juntamos en mi casa y de ahí nos vamos a jugar máquinas un rato.

-¿Qué tipo de juegos?

-Fútbol...

-¿Futbolitos?

-Sí, futbolitos, o jugamos fútbol FIFA en la maquinita.

-¿Y siempre ves ahí a tus amigos?

-Sí, diario los veo...

-Ahí, ¿es como un punto de reunión, las maquinitas?

-Se puede decir que sí.

-¿Siempre van tus amigos ahí también?

-Sí.



Los videojuegos son otra de las actividades de tiempo libre de los jóvenes que viven en el cerro.

El hecho de que la mayoría de estos jóvenes no tengan en sus casas conexión a Internet o consolas de videojuegos los obliga en cierta forma a salir de ellas, lo que multiplica su interacción con otros jóvenes, con los niños del barrio y con los encargados de los locales, por lo que los cibercafés y los lugares donde se rentan maquinas se convierten en espacios importantes tanto para la socialización como para el conocimiento y el reconocimiento mutuo de quienes viven en la colonia, lo que les permite aprender de los otros e incorporar y reforzar pautas de conducta y valores relacionados con el grupo social al que pertenecen. Pero al mismo tiempo, les permite apropiarse, a través de sus prácticas cotidianas, de esos espacios que conforman el barrio.

Cotorrear y echar relajo

Verse con los amigos del barrio para interactuar con ellos es sin duda una de las actividades principales en las que emplean su tiempo libre los jóvenes que viven en el cerro,

independientemente de si tienen algo en concreto que hacer o no, lo cual es sobre todo posible tanto por compartir el mismo espacio de vida como porque la mayoría ha establecido sus vínculos sociales más fuertes y significativos con quienes ahí viven, lo cual no sólo se explica por la cercanía de sus viviendas o por las experiencias que les ha tocado compartir en el transcurso de sus vidas –que son sin duda elementos fundamentales–, sino también por el poco capital social que tienen por fuera del barrio, así como por las reducidas posibilidades con las que cuentan para poder salir regularmente a otras partes de la ciudad, ya sea por las distancias, los tiempos o el dinero que ello implica.

En general, estas interacciones al interior del barrio son más esporádicas por las mañanas –al menos de lunes a sábado–, ya sea porque algunos de los jóvenes salen para trabajar desde temprano o porque los que se quedan en sus casas se levantan tarde al no tener responsabilidades significativas que cumplir. Es por ello que antes de medio día es poco común encontrarlos por las calles o en sus lugares de reunión, ya que prácticamente empiezan a salir más tarde, sobre todo cuando van regresando los que salieron a trabajar, esto es, entre las siete y las ocho de la noche. En cuanto a sus lugares de reunión, son las esquinas donde normalmente se concentran, aunque también se les puede ver deambulando por el barrio, yendo y viniendo a través de sus calles, o incluso en casa de algunos de ellos, aunque esto es menos común. Y en el caso de los chicos de La Mezquitera, también se juntan en una plazoleta que se encuentra en su colonia –de hecho, es el espacio más importante que tienen como pandilla, su núcleo territorial duro, por decirlo de alguna forma–, como lo dejan ver en el siguiente fragmento de entrevista.

-¿Qué más hacen...?

Carlos- ¿Aparte de eso? Pues estar en el parque (o plazoleta) a veces todo el día, de que uno no trabaja y ahí se va.

Ernesto -O andarte paseando, caminando por las calles...

-Cuando se juntan en el parque, ¿qué es lo que hacen?

Ernesto -Pues estar sentados, cotorreando...

Carlos -...echando relajo...

(...)

-Está chido... Todos los días, ¿en qué horarios se juntan...?

Ernesto- De... ocho a cuatro de la mañana... sábados y domingos de ocho a cuatro, cinco de la mañana. Y de... de diario, como de ocho a once y media, ¿eá?

-Entonces ven salir el sol ahí...

Ernesto -Sí.

Carlos -Imagínate cuando está buena la fiesta.

“Cotorrear” y “echar relajo” son actividades que implican charlar, hacer bromas, ponerse al día con respecto a lo que los demás han hecho desde la última vez que se vieron, lo que les permite tanto conocerse mejor como reforzar sus relaciones de amistad. Así, se habla sobre las chicas que conocen o sobre las peleas que ha habido en el barrio, de los trabajos que ellos o sus amigos han conseguido, de los problemas que los aquejan y de las cosas que los ilusionan, pero también hacen bromas sobre quién es más capaz de *chingarse* a quien o sobre quién ha tenido relaciones sexuales con la mamá del otro, que da cuenta de un juego verbal de carácter machista que reproduce y refuerza los valores predominantes en el grupo, donde penetrar al otro es someterlo, y donde la mujer –en este caso la madre– es vista como un objeto a través del cual se busca trastocar, de manera jocosa, el honor del otro.

Estas charlas que mantienen como parte de su cotorreo son ambientadas esporádicamente con la música de sus celulares, e incluso en ocasiones llegan a cantar alguna canción que esté de moda entre ellos –particularmente de música banda–, y casi por lo regular se fuman algunos cigarrillos de mariguana, aunque entre semana estas reuniones para el cotorreo y el relajo son más tranquilas, ya que quienes trabajan suelen descansar sólo hasta el sábado a medio día, por lo que evitan desvelarse, lo que implica que no se extenderán más allá de media noche.

Sin embargo, los fines de semana, en particular el sábado, y ya con el dinero que han ganado en sus trabajos o que les han prestado sus familiares, es posible verlos principalmente en la plazoleta del barrio desde media tarde, o poco antes, con caguamas y cigarrillos de mariguana que comparten entre quienes estén ahí, e incluso algunos comenzarán temprano a fumar piedra. Y ya entrada la noche, con la mayoría de los amigos presentes, habrá una mayor rotación de alcohol y drogas, con las cuales amenizarán su “cotorreo” desinhibiéndose de esta manera para “echar relajo”. El alcohol –que normalmente es cerveza– lo compran en las tiendas que tienen cerca, en particular donde tengan mejor relación con los tenderos. Las drogas, por su parte, las compran normalmente

en su colonia, y mientras algunos ya llegan con ellas, otros organizarán una cooperación para ir a comprarlas. Sin embargo, algunos de los chicos tienen deudas con los proveedores, por lo que pedirán un “paro” para que alguien más vaya a comprarlas en su lugar.

Si bien la mariguana es la droga más común, los fines de semana se consumen también piedra y cocaína, e incluso se podrá recurrir al “toncho”, que es otra de las drogas que más se utilizan en esta zona.

-¿Cuáles son las drogas que más consumen aquí?

Ernesto- El toncho...

Carlos- La piedra...

Ernesto -...la piedra, la mariguana, el perico (coca)...

-¿Pero cómo le hacen con la lana, cabrón?

Ernesto -Pues esperarse cada sábado, y así vas guardando tu dinero.

Carlos -Hay unos que ya se dedican a robar...

No siempre consumen las mismas drogas ni en la misma proporción, ni tampoco éstas tienen el mismo efecto en los sujetos, ya que esto depende de sus gustos, de su estado de ánimo, de su autocontrol o de la resistencia que tengan ante ciertas sustancias, entre otros factores. Pero independientemente de esto, está claro que la interacción que tengan en estos encuentros estará marcada por las drogas que hayan consumido. Así, la mariguana en general los pone tranquilos y reflexivos; el alcohol puede desinhibirlos y animarlos; el toncho puede hacer que algunos tengan alucinaciones y se inventen cosas o que se vuelvan un poco dispersos al momento de hablar; y en cuanto a la coca y la piedra, éstas pueden ponerlos tanto activos como ansiosos.

Como muchos de ellos no se moderan en sus consumos, algunos terminarán vomitando, lo que no significa necesariamente que se acabe la fiesta para ellos, ya que en ocasiones representará tan sólo una pausa dentro del “cotorreo”. Y el olor del vómito se termina mezclando con el de la orina, el cual casi siempre está presente durante los fines de semana ya que suelen hacer sus necesidades en algunos puntos de la plazoleta, lo cual es posible a partir del control que tienen sobre este espacio.

Estas reuniones del *barrio* se constituyen como un ritual, en el sentido de ser repetitivas en el tiempo y en el espacio –cada sábado en la plazoleta de su colonia

principalmente—, ayudando a reforzar de esta manera los lazos sociales que los unen así como también su vinculación con el territorio. Por ello es importante conseguir dinero para participar de esta convivencia, independientemente de la forma en cómo lo hagan, porque más allá de que se consideren como una familia y entre todos se apoyen, hay siempre una presión para que cada uno coopere con lo que pueda, y si no es así, el consumo de alcohol y drogas se verá limitado a la voluntad de los pares, además de que se hablará a las espaldas de aquellos que nunca aportan dinero, o que le deben a alguien y no pagan, o de quienes se intentan aprovechar de las relaciones de amistad para no contribuir con los gastos, lo cual es una forma de sancionar y regular las prácticas que llevan a cabo como grupo.

Además del consumo de drogas, como parte de su “cotorreo” y de su “echar relajo” suelen poner música en sus celulares, pero como ésta casi no se escucha, los chicos suelen romper alguna botella de vidrio y colocar el cuello de la botella en la bocina de sus teléfonos, utilizándola como un amplificador, lo que da cuenta de su creatividad. En otras ocasiones, alguno de ellos llevará una guitarra y entre todos se pondrán a cantar. Y si bien los gustos son variados, pues algunos escuchan rock clásico, otros rap o hip-hop y la mayoría banda, estos suelen respetarse, además de que hay canciones que todos conocen y que parecen gustarles por igual. Este ambiente festivo los lleva a pasar buena parte de la tarde, de la noche e incluso de la madrugada socializando con sus pares —más allá de que siempre se presenten rotaciones—, con la comodidad de saber que sus casas están tan sólo a algunos pasos de donde conviven habitualmente.

Ahora, si de alguna forma los espacios que sirven para la interacción de los individuos y de los grupos pueden considerarse como territorios en el sentido de ser apropiados y valorados instrumental y/o simbólicamente por los sujetos (Giménez, 2007), en el caso de quienes pertenecen a un *barrio* o pandilla esta apropiación y valorización será mucho más fuerte y significativa, tanto porque ejercen un mayor control sobre los mismos, como porque son un elemento clave de su identidad como grupo. Por ello no sólo los “marcan” con su ocupación y con las prácticas que en ellos realizan, sino también con grafitis con el nombre de su grupo, pero sobre todo con el ejercicio de la violencia física o simbólica a través de la cual determinan quiénes pueden estar ahí y quiénes no, así como lo que se puede hacer o no en ese espacio. Esta posibilidad de establecer ciertas gramáticas de uso sobre un territorio determinado que se reclama como propio —así sea de carácter

público— se da a partir de un ejercicio de poder tanto sobre el espacio —y los elementos que lo conforman— como sobre los sujetos que ahí se encuentren.⁵⁸

Pero si bien el “espacio” del cotorreo suele tener puntos fijos, también se da en los trayectos, en ese ir y venir por el espacio del barrio —con lo cual se establecen unos caminos o sendas, que son elementos constitutivos del territorio— ya que los jóvenes se acompañan para transitar por las calles, van a sus casas, a las tiendas, a ver otros amigos, a comprar alguna droga, a fumarse un cigarro por ahí, todo lo cual entraría en lo que ellos llaman “cotorrear”, y “echar relajo”, que implica, como ya apuntaba, charlar, hacer bromas, y ponerse al día con los amigos. Y para la mayoría de estos jóvenes, independientemente de si pertenecen a una pandilla o no, las fiestas que se organizan tanto en sus colonias como en otras cercanas a donde viven —sobre todo las de 15 años que celebran las mujeres— se convierten en espacios para la interacción, el encuentro, la charla, o incluso para establecer relaciones amorosas, aunque no están exentas de peleas entre grupos rivales.

Por otro lado, los jóvenes que viven en el cerro y que no pertenecen a una pandilla tienen un control menos pronunciado sobre los espacios en donde interactúan, además de que tampoco utilizan la violencia para posicionarse en ellos o para defenderlos de otros grupos, por lo que se podría decir que tienen una territorialidad más laxa y menos conflictiva, lo que de alguna forma les garantiza cierta seguridad. Así, se les puede ver sobre todo afuera de sus casas “cotorreando” o deambulando por las calles, aunque su presencia en el espacio público es mucho más discreta, muy posiblemente para evitarse problemas, ya que algunos de ellos son objetos de burlas y de provocaciones por parte de los miembros de las pandillas.

En el caso de Lauro y Jaime, que viven en la Nueva Santa María, uno de sus principales puntos de reunión se ubica en el templo de su colonia, ya que en ese lugar han ido construyendo sus principales relaciones amicales, tanto por sus creencias —son católicos practicantes—, como por el tipo de convivencia que ahí encuentran, ya que los jóvenes que asisten a este lugar no consumen drogas, ni pertenecen a pandillas, ni se pelean en las calles, lo que les garantiza una convivencia más sana y tranquila que va con sus gustos y preferencias. Y además de este espacio está el local donde van a jugar “maquinitas” con sus

⁵⁸ Visto desde la geografía política, serían tres los elementos centrales sobre los cuales recae el poder: “la población, el territorio y los recursos” (Raffestin, 2013: 80).

amigos –por lo menos en el caso de Lauro–, como ha quedado ilustrado en el apartado anterior, así como también la casa de alguno de sus amigos, donde se reúnen a beber, conversar y divertirse de vez en cuando.

En Santa Tere, por otro lado, algunos jóvenes se juntan en las tiendas que tienen sus amigos en el barrio o en sus casas, y quienes pertenecen a alguna pandilla lo hacen también en un parque que ahí se encuentra o en las esquinas, aunque se ven significativamente menos jóvenes socializando en la calle cuando cae la noche, tanto porque la colonia se ha ido deshabitando poco a poco –sobre todo por el establecimiento de locales comerciales, principalmente en la zona que se encuentra alrededor del mercado–, como por la escasez de lugares de reunión –sean públicos o privados–, por lo que muchos de ellos prefieren salir a otras partes más animadas de la ciudad que se encuentran cerca de donde viven. En ese sentido, su vinculación con el espacio barrial es menos conflictiva.

Estas prácticas de cotorrear y echar relajo son de alguna forma transversales a otras prácticas de ocio que se realizan, ya que cuando practican algún deporte, caminan por el barrio, o van a los cibercafés suelen hacerlo acompañados, lo que les permite interactuar –o “cotorrear” y “echar relajo”– entre ellos, así no sea su actividad principal. Pero más allá de eso, puede decirse que la socialidad, la interacción cara a cara, el poner cosas en común en un espacio determinado –sea un punto fijo o en trayectos–, permiten construir un espacio imaginario, simbólico, a partir del cual se construye aquello que hemos dado en llamar *barrio*, ese espacio público convertido en privado a través de su uso cotidiano que permite tanto su conocimiento como su apropiación, y donde los jóvenes son conocidos y reconocidos dentro de esa geografía determinada del espacio urbano a la que pertenecen y a la cual se deben, generando con ello un fuerte sentido de pertenencia socioterritorial.

Mujeres: entre el confinamiento y el estigma

Es también durante los fines de semana cuando se puede ver a más chicas jóvenes en la calle. Normalmente andan en grupos de tres o cuatro amigas, en grupos mixtos o con sus parejas. Incluso suelen aparecerse en ocasiones en los espacios donde interactúan los chicos de la pandilla en caso de que conozcan a alguno de ellos, aunque la mayoría de éstos se mantienen distantes, por lo que la interacción es bastante limitada. Sin embargo, entre semana su presencia en el espacio público es poco habitual, ya que están confinadas de

alguna forma al espacio doméstico por las responsabilidades que ahí tienen, así como por el control parental del que son objeto. Y esto es así porque “la dicotomía genérica penetra el tejido social en un marco de relaciones jerarquizadas y de reparto del territorio en doméstico y público. Esta separación y segregación de lugares conlleva el desarrollo de papeles, conductas y expectativas diferenciales” (Pastor, 1998: 226), como queda evidenciado en los comentarios de estas chicas de La Mezquitera.

-Casi en las tardes nunca veo chicas por aquí circulando... ¿porqué creen ustedes que casi no? Digo, veo más chavos en la calle.

Cecilia- Pues como ellos no hacen quehacer todo el día se la pasan en la calle.

Valeria- No hacen nada.

-¿Pero sí es por eso nada más?

Alondra- Pues algunas estudian.

Cecilia- Ah, cabrón, ¿tú estudias?

Alondra- Las calles...

Son entonces las actividades domésticas, el control parental y el machismo, algunas de las razones que podrían explicar la poca presencia de las mujeres en el espacio público del barrio, lo que reduce drásticamente las prácticas que pueden realizar en éste. Por ello no resulta extraño que las mujeres consideren aburridas las colonias donde viven, independientemente de las pocas opciones de ocio a las que podrían tener acceso ante la carencia de espacios públicos o privados, así como por la poca oferta de actividades que existe en la zona.

-¿Qué les gusta a ustedes de la Nueva Santa María?

Alma –Nada...

-¿Porqué?

Alma –Porque es aburrido.

-Ah, ¿sí? ¿De veras es aburrido? Hay mucha gente que dice que hay muchas cosas que hacer ahí...

Alma –De vagas en la calle...

El andar “de vagas por la calle” es una posibilidad que no todas las chicas que viven en el cerro tienen, pues por lo regular salen de sus casas para realizar actividades que previamente les han encargado sus familias como parte de las responsabilidades que tienen al interior de sus hogares, lo que no quiere decir que no aprovechen para socializar con sus amigas o amigos –aunque estos últimos en menor proporción–, además de pasearse por el barrio, más allá de que no sean éstas las principales razones por la cual salen de sus casas. Pero en el caso de estas chicas de la Nueva Santa María, quienes todavía siguen estudiando, cuentan con un mayor margen para aprovechar su tiempo libre, como cuando salen de la escuela, por ejemplo, por lo que pueden andar de “vagas” por ahí, esto es, deambulando por las colonias que separan la escuela de sus casas, donde incluso aprovechan para ver a sus conocidos.⁵⁹

Pero además de estas limitantes, cuando salen no pueden realizar las mismas actividades que llevan a cabo los hombres sin que sean estigmatizadas, lo que deja ver las prescripciones sociales que existen en torno a lo que puede hacer cada género, pues “las relaciones asimétricas implican jerarquización y dominio, así como una valoración diferencial de la estela de comportamientos, actitudes, derechos y deberes que emanan de la estratificación social y genérica” (Pastor, 1998: 209), como lo dejan ver Carlos y Ernesto.

-¿Y las morras también (consumen drogas)?

Ernesto- Algunas...

Carlos- En las mujeres es lo más visto ahorita.

Ernesto- De hecho sí, o sea, pongámosle, nosotros casi no nos drogamos... bueno, no nos drogamos, y hay algunas que “no, que el toncho, o que la mota”, y que llegan y fuman y acá, se ponen bien locas, pues, y les gusta que les metan la mano cuando están drogadas. Y lo que tenemos ahí es que no nos gusta pasarnos de lanza con las morras de así de “no, tú estás mal”. Como a mí menos. Como un día, estaba tomando y pues estaba con mi novia, ¿éa?, y pues mi novia se puso muy mal. Y pues íbamos a tener relaciones, pero le dije “no, la verdad no porque yo no me quiero aprovechar de ti, ahorita estás borracha”, y pues así somos todos, sea tu novia, sea una amiga, sea equis

⁵⁹ Por ejemplo, la entrevista que se les realizó a estas chicas fue posible porque aparecieron un día por La Mezquitera –aún con uniforme al estar regresando de la escuela–, ya que una de ellas había quedado de verse con uno de los chicos que vive en esta colonia y que es miembro de la pandilla.

persona, no. No es pasarse de lanza (o algo así). O sea, no das algo que no te gusta que le hagan a tu familia o que te hagan a ti.

Carlos- O a tus hijos en un futuro.

Ernesto -Como dicen: “si es niña, paga lo que tú hiciste en tu vida”.

De entrada, los chicos niegan en esta entrevista, de forma un tanto titubeante, que ellos consuman drogas, lo cual no es del todo cierto.⁶⁰ Y si bien quizá estos entrevistados sean de los que menos consuman, en el caso de sus pares no es así, como ya se ha mencionado. Sin embargo, lo que sí es un problema, desde su perspectiva, es que sean las chicas las que sí lo hacen, además de que juzgan de manera negativa su forma de vivir la sexualidad, lo que habla de una valoración distinta entre lo que pueden y no hacer hombres y mujeres.

Además, en sus comentarios se presentan como un grupo respetuoso de la integridad de las mujeres, “pues así somos todos”, ya que ellos intentan no “pasarse de lanza”. Esto refleja un tipo de moralidad construida a través del discurso, dejando en claro lo que consideran como bueno y lo que no. Y está claro que para ellos las mujeres no pueden hacer lo mismo que los hombres, y ante ciertas circunstancias hay que tenerles paciencia y respeto, porque si no es así se pagará más tarde cuando se tenga una hija, lo cual parecería ser una maldición. De igual forma, este respeto que dicen tener es bastante cuestionable, sobre todo a la luz de sus comportamientos cotidianos, ya que en la calle suelen molestar a las chicas o hacer bromas de carácter sexual sobre ellas. Esto genera un clima un tanto hostil para las mujeres, mismo que se halla naturalizado entre los jóvenes.

Uno de los pocos espacios de ocio a los que las chicas tienen acceso se sitúa en las fiestas y celebraciones que se realizan en sus respectivos barrios, algunas de las cuales son llevadas a cabo en su honor, como pueden ser las fiestas de 15 años, que marcan socialmente, y de manera ritual, su conversión de niñas a mujeres, de acuerdo al imaginario popular. Y si bien en estos eventos tienen una opción privilegiada para la socialización, no están exentos de problemas, ya que al asistir chicos de diferentes *barrios* pueden presentarse peleas entre estos.

- *¿Ustedes también tuvieron fiesta de quince años o qué?*

⁶⁰ Esta negación en el consumo de drogas se debe muy posiblemente a que fue la primera entrevista que se les realizó a estos jóvenes, ya que no existía aún la confianza con el investigador.

(...)

Alondra- Yo ya.

-¿Ya tuviste fiesta?

Alondra- Sí.

-¿Invitaste a todos tus amigos, qué, de la escuela?

(...)

Alondra- Pues fueron de todos lados.

-¿Y cómo conoces a toda esa gente?

Cecilia- Pero estuvo chida su fiesta.

-¿Cómo conoces a toda la gente que invitaron?

Alondra- Pues puros colados.

-Ah, ¿sí?

Alondra- Fueron de barrios que ni conocía.

-¿Entonces van así, o sea, la gente se entera y va y se mete, y no hay bronca?

Alondra- Sí hay.

Cecilia- No, si sí hay... pero yo los dejé pasar.

-¿Qué broncas hay, o qué?

Cecilia- Ah, pos se pelean a cada...

-¿...a cada rato? ¿Y ustedes cómo ven eso, de que se peleen?

(...)

Cecilia- No, pues está mal, no tienen que estar peleando.

Además, algunas de las chicas suelen frecuentar la unidad deportiva de los Campos Rojos, o se reúnen también en las entradas de su casa –por lo menos las que viven en La Mezquitera–, donde normalmente se les ve charlando y poco más, pero en general su presencia en el espacio público es bastante reducida a excepción, como ya comentaba, de los fines de semana, que es cuando salen en grupo, con sus amigas y amigos, o en pareja, donde caminan de un lado a otro del barrio, deteniéndose de vez en cuando para charlar con los chicos que se encuentren en las esquinas o en sus espacios de reunión. En ese sentido, las mujeres tienen una territorialidad bastante limitada con respecto al espacio público, ya que se encuentran por lo general confinadas al espacio de sus viviendas, reforzando con ello su condición subordinada en las relaciones de género.

Otras prácticas (y las que no hay)

Si bien se ha intentado dar cuenta de las principales actividades de ocio que realizan los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, a través de las cuales van construyendo su territorialidad, hay otras que no se han mencionado, ya sea porque son poco visibles en el espacio público, o porque son más irregulares en su temporalidad, lo que no quiere decir que no sean importantes. Así, una de las pocas actividades que tanto hombres como mujeres del barrio parecen compartir son las caminatas –que de alguna forma ya se han mencionado en los apartados anteriores–, las cuales son la forma más elemental para apropiarse de un territorio y construir de esta manera el barrio como espacio de vida, ya que esto les permite conocer su entorno y las características de éste, como a los sujetos que en él habitan –independientemente de si se entra en contacto con ellos o no– y las prácticas habituales que ahí se realizan. Sin embargo, y como ya se ha expuesto, la diferencia radica en que las caminatas que realizan las mujeres, sobre todo entre semana, tienen generalmente una finalidad concreta producto de sus responsabilidades familiares, como ir a recoger a algún niño a la escuela o realizar algún mandado, lo que no quiere decir que no aprovechen éstas salidas para verse con sus amigas o dejarse acompañar por ellas. En cambio, los hombres lo harán principalmente por mero ocio, por buscar la aventura o porque no tienen nada que hacer y están aburridos.

Otra práctica que llevan a cabo algunos de los chicos del cerro es la de componer, cantar e incluso en ocasiones grabar canciones de rap.⁶¹ Este género musical, que suele tener muy buena acogida entre los grupos juveniles de carácter popular,⁶² permite a los chicos dar cuenta de lo que viven cotidianamente, aderezando sus vivencias con elementos imaginarios y mistificadores tanto de sus personas como de sus grupos de pertenencia, como se verá en el siguiente apartado. Pero si bien la práctica de la composición es una actividad que se lleva principalmente en soledad, más allá de si componen las canciones en el espacio de su casa o en la calle, el cantar es una actividad más bien pública, la cual

⁶¹ Aunque las grabaciones las realizan en otras partes de la ciudad, no en el barrio.

⁶² En el Barrio Egipto, ubicado en una zona céntrica de la ciudad de Bogotá, casi sobre los cerros orientales, el cual ha padecido fuertes problemáticas por la violencia entre pandillas, existen algunos colectivos juveniles que cantan hip-hop, un género musical bastante parecido al rap. Lo mismo sucede en Las Cruces, otro barrio céntrico de esta ciudad, y que también es considerado bastante peligroso. Esta sociedad que se establece entre la música rap o hip-hop con los sectores populares es bastante interesante, pues no sólo les permite a los jóvenes expresarse, sino también ayuda a reducir la violencia al interior de estos barrios, como apuntaba el líder de uno estos colectivos en una charla informal.

implica no sólo saberse alguna canción sino también saber improvisar, lo que no quiere decir, por otro lado, que sea realizada de manera frecuente en las reuniones con los pares. Sin embargo, en algunas fiestas a las que llegan a asistir estos jóvenes, ya sea en la misma colonia o en otras cercanas a ésta, hay oportunidad para que los jóvenes canten.

Por otro lado, varios de los jóvenes de la Nueva Santa María utilizan sus tiempos libres para participar en algunas de las actividades que se realizan en la iglesia que ahí se encuentra, como el viacrucis, por ejemplo, para lo cual ensayan por las noches varios días a la semana desde unos meses antes del evento. Pero además, otros participan en uno de los grupos que se han creado ahí para estudiar la biblia, como Jaime, por lo que una vez a la semana se junta con otras personas –entre ocho y diez hombres y mujeres, la mitad de ellos jóvenes– en alguno de los espacios que les prestan en la iglesia, donde a uno de los asistentes se le asigna la responsabilidad de comentar algún pasaje de este libro para luego hacerles preguntas a los demás. Pero a pesar de que la convivencia es relajada, existen jerarquías a partir de las cuales se sancionan las lecturas muy “libres” sobre la biblia y donde se cuestiona la soberbia del querer saber más que los otros. Y además de estas actividades, se organizan encuentros juveniles en donde se intenta transmitir “la palabra de Dios”, entre otras cosas.



Representación de la muerte de Cristo realizada en la Nueva Santa María.

Por otro lado, algunos de los jóvenes que viven en el cerro llegan a asistir en ocasiones a los cursos que se brindan en el centro comunitario que ahí se encuentra, algunos de los cuales son impartidos de manera gratuita por estudiantes del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), entre los que destacan los de música, grafiti y fotografía⁶³ que se imparten eventualmente, pues dependen tanto de las iniciativas y de las competencias de los estudiantes que estén realizando en ese momento su Proyecto de Aplicación Profesional (PAP)⁶⁴ en este centro, como del interés que muestren los chicos del barrio en torno a las propuestas que se les hagan. Sin embargo, dichos cursos tienen una acogida muy irregular, ya sea porque el horario no les es conveniente a estos jóvenes en caso de que trabajen, o porque no les terminan por generar el suficiente interés.

⁶³ De hecho, el autor de este trabajo ofreció un curso de fotografía para los jóvenes, lo cual fue una estrategia que se siguió para poder contactarlos y establecer y reforzar el contacto con ellos. Este curso se desarrolló una vez por semana durante cerca de dos meses. Uno de los aspectos que permitió observar este curso fue cómo a los jóvenes les cuesta trabajo estar en contexto de “aula”, así sea en un ambiente más relajado.

⁶⁴ Cursos que intentan vincular al estudiante a la realidad social con la idea de que desarrolle las competencias aprendidas en el aula.

Y además, en este espacio también se han presentado proyecciones de películas a las que varios de los jóvenes suelen asistir, lo que se convierte en una opción más para el ocio, así sea de carácter esporádico.

De alguna forma este contacto con los estudiantes del ITESO sirve para mitigar, aunque sea un poco, la segregación en la que viven, pues tienen la oportunidad de convivir con personas que provienen de otros contextos –socioeconómicos, socioespaciales y socioculturales– por lo menos un par de horas a la semana. Sin embargo, el impacto de este contacto es relativo, pues si bien adquieren ciertas competencias para comunicarse con otros jóvenes, lo esporádico de los contactos, y las inercias que se viven al interior de sus barrios, no reducen significativamente la segregación en la que viven ni los problemas que de ella se derivan, los cuales son cotidianos.

Aparte del centro comunitario –el cual se encuentra en un proceso legal para determinar a quién le pertenece la propiedad en donde se encuentra asentado, si al municipio de Tlaquepaque o a un particular–, no existen más opciones para realizar actividades culturales de ningún tipo, lo que habla de las reducidas opciones que tienen estos jóvenes para emplear su tiempo libre, así como para incrementar su capital cultural.

Cierre

Si el barrio se construye en gran medida a partir de las prácticas que en él se llevan a cabo, y si las prácticas de ocio tienen un lugar importante dentro de las actividades cotidianas, dar cuenta de ellas, y de los espacios y tiempos en las que se realizan, nos ayuda a entender la relación que establecen los sujetos con el espacio barrial y la forma en cómo se construyen territorialidades dentro del mismo. Ciertamente los contextos urbanos determinan en gran medida lo que se puede hacer en ellos y lo que no. Así, en el caso de quienes viven en el Cerro de Cuatro, se tiene que lidiar no sólo con la carencia de espacios, sino en ocasiones con los grupos que tienen un control sobre los pocos espacios que hay, lo que influye en cierta forma sobre lo que se puede o no hacer en ellos. Pero esta carencia de espacios también hace que la creatividad aflore, transformando la calle en una cancha de fútbol o las esquinas en espacios de reunión.

Además, la vivencia del espacio es muy diferente para hombres y mujeres, pues mientras los primeros tienen una presencia visible y territorial en el espacio público urbano

—sobre todo si pertenecen a alguna pandilla—, lo contrario pasa con las mujeres, en general confinadas al espacio doméstico la mayor parte del tiempo, y esto sobre todo por cuestiones de orden cultural, pues se les delega buena parte del trabajo doméstico, sufren de sobreprotección por parte de los varones y se les estigmatiza en ocasiones cuando realizan algunas prácticas que sólo son bien vistas, o por lo menos aceptables, cuando la realizan sus contrapartes masculinos.

Está claro que la carencia de espacios públicos no es exclusiva de zonas marginales y periféricas, como es el caso de las colonias que se ubican en el Cerro del Cuatro, sino un problema que afecta a gran parte de la población de la zona metropolitana, pues incluso en una colonia céntrica como Santa Tere se carece de ellos. Sin embargo, las realidades entre ambas zonas difieren en que los jóvenes del cerro, al pasar más tiempo en sus barrios, y al haber menos tráfico, desarrollan más actividades de ocio en los mismos, mientras que los de Santa Tere optan por salir más hacia otras zonas relativamente cercanas al lugar donde viven.

El territorio del *barrio*

Resultado de una amistad cultivada a través del tiempo por los jóvenes al vivir cerca unos de otros, y reproduciendo formas locales de agrupación e interacción masculinas que se presentan en estas colonias, los *barrios* surgen no sólo para reforzar vínculos amicales y de sentido de pertenencia —tanto a un colectivo como a un territorio—, sino también como respuesta a un contexto caracterizado por la conflictividad juvenil, la cual es en buena medida producto de la segregación y de la exclusión social que se experimenta cotidianamente en estas colonias, así como de la debilidad —o ausencia— de otras instituciones sociales —sean del Estado, religiosas, comunitarias o familiares— capaces de instituir un orden de convivencia social menos disruptivo y más equilibrado.

En cierta forma, puede decirse que la interacción cotidiana con el espacio que se encuentra alrededor de la vivienda, y que funda ese lugar que hemos denominado como barrio, es posible a través de la incorporación de una serie de códigos sociales a partir de los cuales los sujetos dan sentido y regularidad a las prácticas que realizan como parte de los roles y responsabilidades que tienen y que se encuentran asociados con su edad, género y condición de clase, entre otros factores. Pero el *barrio* como agrupación juvenil tiene sus

propias lógicas a partir de las cuales opera, por lo que funda un espacio diferente, pero a la vez complementario, dentro del entorno barrial.

Esta forma radical de pertenencia lleva a vivir el barrio de una forma particular, pues las prácticas y percepciones estarán condicionadas a la pertenencia al grupo. Y es que todo *barrio* se caracteriza por tener un nombre a partir del cual es conocido y reconocido por otras agrupaciones similares, además de que sus integrantes adoptan una serie de señas con las manos con las que intentan emular las letras iniciales del mismo y con las cuales se identifican. Pero sobre todo, este tipo de agrupaciones se caracterizan por tener en el territorio un elemento central de su existencia, ya que les permite crear un *nosotros* en contraposición de un *los otros*, con quienes puede establecerse una relación conflictiva – aunque no solamente–, que justificará su interacción violenta a partir de la cual construirán un tipo particular de masculinidad.

La intención de este apartado es dar cuenta, entre otras cosas, de algunas condiciones sociales que hacen posible la existencia de este tipo de agrupaciones juveniles; de las prácticas que éstas realizan y con las cuales construyen un territorio que les es propio –más allá de si este es real o imaginario–; de las percepciones que se derivan de sus relaciones conflictivas con otros grupos similares y que condicionan su experiencia espacial; pero también se intenta dar cuenta –a manera de hipótesis– de cómo ese mismo territorio, y el *barrio* que lo hace posible, pueden llegar a desaparecer –o al menos reconfigurarse– por algunas de las mismas razones que lo posibilitaron –vacío de poder por parte de otras instituciones sociales, imposición de la ley del más fuerte sobre el territorio–, y esto al encontrarse lógicas territoriales que pueden llegar a ser contrapuestas, detonándose en este caso en particular un problema entre las formas territoriales del barrio en relación a las que tiene una plaza del narcotráfico que ahí se ubica.

Los barrios en el cerro del cuatro: pasado y presente

El *barrio* Pocos Pero Locos tiene sus antecedentes en otras agrupaciones similares que existían en la colonia y que estaban conformadas por los padres de algunos de estos jóvenes –como Los Venenos o los Barrios Negros–, por lo que de alguna forma puede decirse que lo que éstos últimos hacen es simplemente reproducir esquemas de agrupación y socialización de carácter masculino que son comunes en esta zona, adoptando para ello

algunos de sus elementos más característicos, como pueden ser el establecimiento y defensa de un territorio, la adopción de un nombre que los identifique, y el ejercicio de la violencia como forma de interacción con otros grupos similares, por ejemplo. Sin embargo, y como sería de esperar, existen diferencias entre los primeros *barrios* que aparecieron en el cerro y los de ahora, pues cada uno responde a las particularidades del contexto en el cual surgen.

Así, los primeros *barrios*, integrados por jóvenes a los que se les denominaba como “cholos” –algunos de los cuales incluso habían vivido un tiempo en los Estados Unidos–, tenían la particularidad de que “cuidaban más el territorio”, además de que “estaban más apegados a una cuestión más religiosa”, de acuerdo con Martha, quien además comenta que tenían algunos lemas que caracterizaban su relación con su espacio de vida, como “por mi barrio vivo, por mi barrio muero”. Y ciertamente había más muertos, según ésta entrevistada. Y en cuanto a la “defensa” del territorio, ésta no era sólo contra grupos rivales, sino también contra posibles ladrones, sobre todo ante la nula presencia de la policía. Sin embargo, los “cholos” fueron desapareciendo, ya sea porque se murieron, los mataron, se casaron, se los llevaron presos o porque sus familias los mandaron a los Estados Unidos, y los que aún quedan se ubican en las partes más altas del cerro, según los entrevistados.

Estos primeros grupos se enfrentaron a un contexto más complicado que los de ahora, pues además de la precariedad económica y la falta de servicios públicos también experimentaban una segregación socioespacial más intensa, ya que la avenida Ocho de Julio aún no estaba pavimentada y tampoco había tantas rutas de transporte público que facilitaran el contacto con el resto de la ciudad. Además, la falta de alumbrado público por las noches, así como la nula presencia de la policía provocaron que la seguridad de sus colonias quedara en sus manos. Pero de acuerdo a lo que le contaba su padre a Ernesto, la gran diferencia radica en el consumo de drogas, pues antes “estaba chido. Era puro... Igual que aquí, pero no era tanto drogadicción. Era más pinche desmadre de darse en la madre. Y ahorita ya se ve más drogadicción”, lo cual tiene que ver en parte con la existencia de “la plaza” así como de la fuerte presencia del narcotráfico que se presenta en el país.

Pero más allá de sus diferencias o similitudes, estas agrupaciones juveniles y sus formas de hacer territorio, al ser una presencia viva en el cerro que goza de cierto reconocimiento y prestigio entre los jóvenes –esto es, de un capital simbólico–, siguen

siendo un patrón referencial a seguir, por lo que no resulta extraño que desde pequeños busquen la forma de integrarse a un *barrio* o de crear uno propio con los amigos con quienes se comparte vecindad. Así surgió el Barrio Tropa Loca (BTL), integrado por niños y adolescentes que rondaban los diez años de edad, según Ernesto. Pero más tarde, y debido a las buenas relaciones de amistad que tenían con otros *barrios* similares y que eran vecinos al suyo, decidieron fusionarse y crear un *barrio* más grande, que fue el de Pocos Pero Locos, conformado por chicos que tenían en aquel entonces entre 12 y 14 años, y que en la actualidad tiene aproximadamente poco más de sesenta integrantes (64, según Ernesto), aunque varios de ellos están casados o se han ido a vivir a otras partes, por lo que en realidad son alrededor de 20 los que se juntan con cierta regularidad.

Sin embargo, la vecindad por sí misma no basta para que un sujeto se integre a un *barrio*. Para ello es necesario participar de las actividades del grupo hasta que sus miembros decidan que el aspirante puede someterse a un ritual de paso, el cual consiste en soportar 13 segundos o más de golpes. Si los soporta, entonces formará parte constitutiva del mismo, antes no. Este ritual, que incorporaron tiempo después de haber creado el *barrio*, asegura de alguna forma el compromiso del sujeto para con la pandilla, además de que prueba su capacidad para soportar los golpes en caso de que se presente una pelea con un grupo rival. Este tipo de agrupaciones están conformadas generalmente por hombres, y aunque en ocasiones también pueden participar mujeres, no es el caso de ésta pandilla ubicada en La Mezquitera, pues sienten que los haría más vulnerables en caso de un enfrentamiento con otros *barrios*.

Si bien no son la única forma de agrupación juvenil que existe en el cerro, sí es la que goza de mayor visibilidad, sobre todo por su particular forma de hacer territorio en el espacio público de la calle, ya que a través de un ejercicio de poder –tanto físico como simbólico– configuran un espacio propio –esto es, *apropiado*– a partir del cual los sujetos se identifican y se les identifica, creando un *nosotros* en contraposición a un *los otros*, lo que sin duda representa una operación básica y elemental en la construcción de su pertenencia socioterritorial.

Estructura territorial

En cuanto al territorio de este *barrio* de La Mezquitera, puede decirse que está conformado por un núcleo central y tres zonas periféricas, lo cual se desprende de lo dicho por algunos de los jóvenes y de las observaciones realizadas en campo. En primer lugar estaría el núcleo duro, territorio primordial y base material en el cual se asienta el *barrio*, y el cual contiene tanto los puntos de reunión de la pandilla como los hogares de los jóvenes que la conforman. Sobre este espacio, apropiado a partir de las actividades cotidianas que allí realizan por el simple hecho de vivir ahí, ejercen un dominio claro e incuestionable en relación a otros grupos similares. De ahí que éste sea un componente clave en la construcción identitaria de los sujetos, pues no es sólo un soporte material para sus prácticas, sino un elemento simbólico de referencia a partir del cual se construye un *nosotros* en contraposición de un *los otros*, lo cual genera un sentido de pertenencia socioterritorial bastante fuerte.

En este núcleo territorial duro, que abarca apenas entre ocho y diez manzanas, los jóvenes han establecido espacios de centralidad –o “nudos”, de acuerdo con Raffestin (2013)– en los que suelen encontrarse con sus pares. El más importante de ellos, por lo menos en términos simbólicos –en el sentido de ser el espacio que los identifica como *barrio*–, es una plazuela ubicada en la colonia donde suelen reunirse sobre todo por la tarde-noche, particularmente los fines de semana, que es, como ya he indicado, cuando la mayoría de ellos descansa de sus trabajos en caso de que los tengan. De ahí le siguen algunas esquinas, en las que es posible verlos desde media tarde en adelante, aunque en un número más reducido en comparación a los que se concentran en la plazuela. Sobre cada uno de estos espacios estos jóvenes ejercerán algún tipo de poder, tanto por la apropiación física y simbólica que llevan a cabo, como por marcar algunos de ellos con grafitis, principalmente pintando las siglas de su barrio. En algunos casos incluso pueden ejercer algún tipo de violencia contra otros sujetos que les resulten indeseables, ahuyentándolos de esta manera. En cuanto a las fronteras de este primer núcleo, éstas parecen estar determinadas por los bordes exteriores de las manzanas donde tienen su hogar los miembros de la agrupación.

Si bien este primer territorio corresponde a una apropiación sólida, producto de la presencia física diaria de estos sujetos, un segundo espacio –que podríamos nombrar también como espacio territorial ampliado o primera zona territorial periférica– estaría

conformado por aquellas zonas alrededor del núcleo central del *barrio*, por las que pueden moverse cómoda y regularmente sin temor a ser amedrentados por otros grupos, incluso a pesar de que tres de estos tengan establecidos ahí sus propios territorios. Y esto es así ya sea porque no tienen problemas declarados o activos con estos otros *barrios*, o porque incluso tienen alguna relación de amistad. Por tanto, al estar cerca del propio territorio y no tener problemas de tránsito, estos espacios pasan a formar parte de su vida cotidiana, duplicando así la extensión por la que pueden moverse de manera segura y familiar. Sin embargo, no tienen ningún “nudo” establecido en esta zona, aunque sí “sendas” –o caminos– por las cuales se desplazan. En cuanto a los límites de este espacio, estos están determinados en parte por algunas avenidas que se constituyen en verdaderas barreras físicas que separan fragmentos del espacio urbano: al norte, La Mezquitera, al oriente la avenida Ocho de Julio y al poniente la avenida Central.

Sobre el núcleo central de su territorio como *barrio*, y utilizando como herramienta de apoyo *Google Maps*, Pedro decía: “aquí es nuestro terreno, así de chiquito, wey (...) eso es lo de nosotros, lo de nosotros, wey”. Sin embargo, también agregaba: “pero a lo que yo siento...”, a partir de lo cual dibujaba, sobre un pintarrón donde se proyectaba la imagen de la colonia, un perímetro más amplio en el que incluía esto que he llamado “espacio territorial ampliado”, en el que prácticamente duplicaba la extensión del mismo, y la razón de ello es que “toda la semana, para caminar en eso, me siento confiado”.

Una segunda extensión territorial –o segunda zona territorial periférica– está determinada en gran medida por los espacios en donde llevan a cabo algunas de sus prácticas de ocio, pero también por el hecho de no tener problemas con las pandillas ubicadas en esa zona, lo que les permite transitar libremente. En ese sentido, la unidad deportiva Campos Rojos, donde van a jugar regularmente frontón, y la escuela Secundaria Mixta 62, a donde asisten algunos de sus amigos de su barrio, ambas ubicadas en el municipio de Guadalajara, así como las calles que los llevan a estos sitios, conformarían otro campo de acción de estos sujetos. Sin embargo, no puede decirse que éste sea del todo un espacio apropiado, por lo menos en la extensión de la palabra, pues más allá de las prácticas que realizan en estos lugares, sea jugar, caminar o “cotorrear”, no tienen un control sobre los mismos.

Si bien estos espacios que se han mencionado hasta ahora son utilizados de manera cotidiana por estos jóvenes de La Mezquitera, no son los únicos que consideran como parte de su territorio ampliado, el cual abarcaría desde el templo de la Nueva Santa María, ubicado sobre avenida Ocho de Julio esquina con calle Santa Rita, hasta los Campos Rojos, siendo las avenidas Ocho de Julio y Reyes Heróles los límites de su espacialidad. La razón de ello, como ya se ha mencionado, se debe a que tienen buenas relaciones con algunas de las pandillas de la zona, o por lo menos no tienen problemas con ellas, lo que les permite moverse en un radio un poco más grande, lo cual no quiere decir, por otro lado, que sea usado de manera frecuente, aunque la posibilidad siempre esté ahí, a menos que se genere algún conflicto con otros grupos. Sin embargo, Carlos y Ernesto consideraban que al tener buenas relaciones con otras pandillas su zona de influencia era mayor, lo que llevaba a decir a este último que “controlamos Guadalajara y Jalisco” (aunque en realidad se refiere a Guadalajara y Tlaquepaque), pues prácticamente se mueven –así no los *controlen* del todo– en los márgenes de estos dos municipios de la zona metropolitana.

-¿Cómo delimitan sus territorios?

Ernesto -Pues...

Carlos -Es por avenidas también... Como de aquí de nosotros es como quien dice de aquí de la Ocho de Julio para arriba. Y pues ya ahí cambian... Varias zonas ya cambian...

Ernesto -Pero depende también si estás acoplado, wey. Pongámole, nosotros estamos con los RL (o algo así), ¿verdad? O sea, viene siendo desde el templo de la Nueva Santa María... el templo de San Ambrosio, hasta los Campos Rojos.

-¿Ah, entonces hasta pasan de Guadalajara?

Ernesto -Sí, porque somos varios, pues... No así tipo acople, sino de que no tenemos problemas y podemos andar así (incompresible).

-¿Pero son diferentes?... O sea, ¿aunque todos se conocen y no tienen broncas, son diferentes pandillas? ¿No tienen broncas?

Carlos y Ernesto- No (al unísono).

Ahora, en lo que respecta a los “acoples”, estos son las pandillas con las que se ha construido algún tipo de vínculo que va más allá de la amistad y el “cotorreo”, ya que en

caso de algún problema con otro *barrio*, estas pueden “hacerse un paro” para pelear juntas, por lo que en cierta forma representarían un capital social. Esto no significa que no existan enfrentamientos entre los miembros de estos grupos, pero si los hay se respetan ciertos códigos. “Haz de cuenta que tú llegas y pues armas el pleito que traes contra una persona o contra otra... si te vas a pegar, pégate, arre, nadie se mete... pero sí, te respetan siempre, si te vas a pegar el tiro de cabrones”, cuenta Ernesto. Si bien no con todas las pandillas se tiene una relación de esta naturaleza, hay algunas otras con las que tampoco tienen problemas, lo cual permite tener un área más amplia en la cual moverse de forma segura. Sin embargo, con otros grupos no es así, lo que condiciona la experiencia espacial de estos sujetos, como se verá en el siguiente apartado.

Pelea de barrios y percepción del territorio

Las peleas de *barrios* son una de las actividades más frecuentes en esta zona y se producen principalmente por invasión territorial, ya sea porque algún *barrio* anda buscando pelea y se mete en una zona que no es la suya para ver qué pasa, o porque quieran continuar con algún pleito que ya tenían desde antes. Pero si bien algunos reconocen que estas peleas pueden generarles problemas fuertes al estar siempre presente la posibilidad de que los maten o terminen en la cárcel, como alguna vez comentaba Pedro, también reconocen que es una de las actividades que más disfrutan de vivir ahí, ya que les permite poner a prueba sus habilidades físicas –como aventar piedras o darse de golpes, por ejemplo–, así como reforzar elementos de carácter simbólico relacionados con su pertenencia al grupo, como el honor del *barrio*, la defensa del territorio y de los pares, la construcción de un tipo particular de masculinidad, la adquisición de un capital simbólico, entre otras cosas.

-¿Pero sí tienen broncas?

Ernesto -Sí, aquí pasando la Ocho de Julio.

-¿De qué depende, por ejemplo, que tengan broncas entre pandillas o no?

Carlos- De que se manchen con un amigo de nosotros, que vaya pasando y le empiecen a decir cosas.

Ernesto- O lo apedreen o...

Carlos- Pero también con las mujeres a veces son muy chocazas (eso parece decir).

Ernesto -O que hay problemas así casados de “no, pues yo tengo problemas contigo”, “no, pues yo también”, y se mete otro y pues el otro y así, ya se hace banda contra banda.

-¿Qué otras cosas les gustan del barrio? En tu caso que me decías que te gustan las peleas entre...

Ernesto- Entre pandillas... Sí, se pone bueno; están chidas.

-¿Sí se pone bueno? ¿Por qué?

Ernesto- ¿Por qué? No sé, porque sientes la adrenalina de estar acá, aventando piedras. O sea, en nuestro barrio somos de los que llegan y “qué, pues hay que pelearnos”. No, pues de solas (aparentemente) y (incomprensible). Respetamos que se vayan a pelear, pero cuando bajamos (hacia los barrios donde tienen problemas), ellos no quieren golpes, ellos quieren pedradas, y pus... uno se prende y a aventar piedras... y al que le pegue...

Los problemas con otras pandillas terminan configurando una espacialidad determinada y limitada, pues si bien hay zonas en las que este *barrio* ejerce un verdadero control –su núcleo territorial duro–, otras en las que se pueden mover con mucha confianza –espacio territorial ampliado–, y otras en las que la relación que tienen con otros grupos les permite moverse con confianza, pero en las que tienen una presencia territorial más laxa e inconstante –que conforman el segundo y tercer espacio territorial ampliado–, hay zonas en las que no pueden entrar, por lo menos no de forma segura y tranquila. En ese sentido, según Ernesto, “ya de Ocho de Julio para abajo, ya no podemos andar, hacia Balcones del Cuatro”, ni tampoco a Los Colorines o Los Pinitos, pues en esas zonas se encuentran varias pandillas con las que tienen problemas. Sin embargo, esto no quiere decir que no entren, como ilustra Pedro:

-Si se meten, ¿por qué razones?

Pedro -Porque tenemos ganas de caminar, wey, ganas de cotorrear, así de ir a distraernos, a ver qué pasa, qué sucede, con quién nos buscamos, a ver a quién hallamos y acá.

(...)

Pedro -Si se arma la bronca, ni pedo, es lo que queremos, ¿veá?

Estas fronteras invisibles que construyen las pandillas al ejercer controles territoriales de ciertas zonas pueden ser traspasadas por distintas razones, como por los ajustes de cuentas –esto es, por peleas anteriores que no han quedado del todo cerradas–, o para “ver qué pasa”, lo que supone asumir los riesgos, los cuales son ciertamente buscados, de que se presente algún enfrentamiento con los otros grupos, pues más allá de pasear y distraerse, estas peleas son “lo que queremos”, pues, según Ernesto, “están chidas”, además de que generan “adrenalina”. Estos recorridos sólo se hacen en grupo, pues de otra forma podría ser peligroso, aunque Pedro, quien se describe a sí mismo como “muy violento”, no lo reconoce de esta forma, como deja ver en su siguiente comentario, ya que seguramente atentaría contra su masculinidad.

-De las zonas que tú conoces, ¿hay así alguna que se te haga peligrosa?

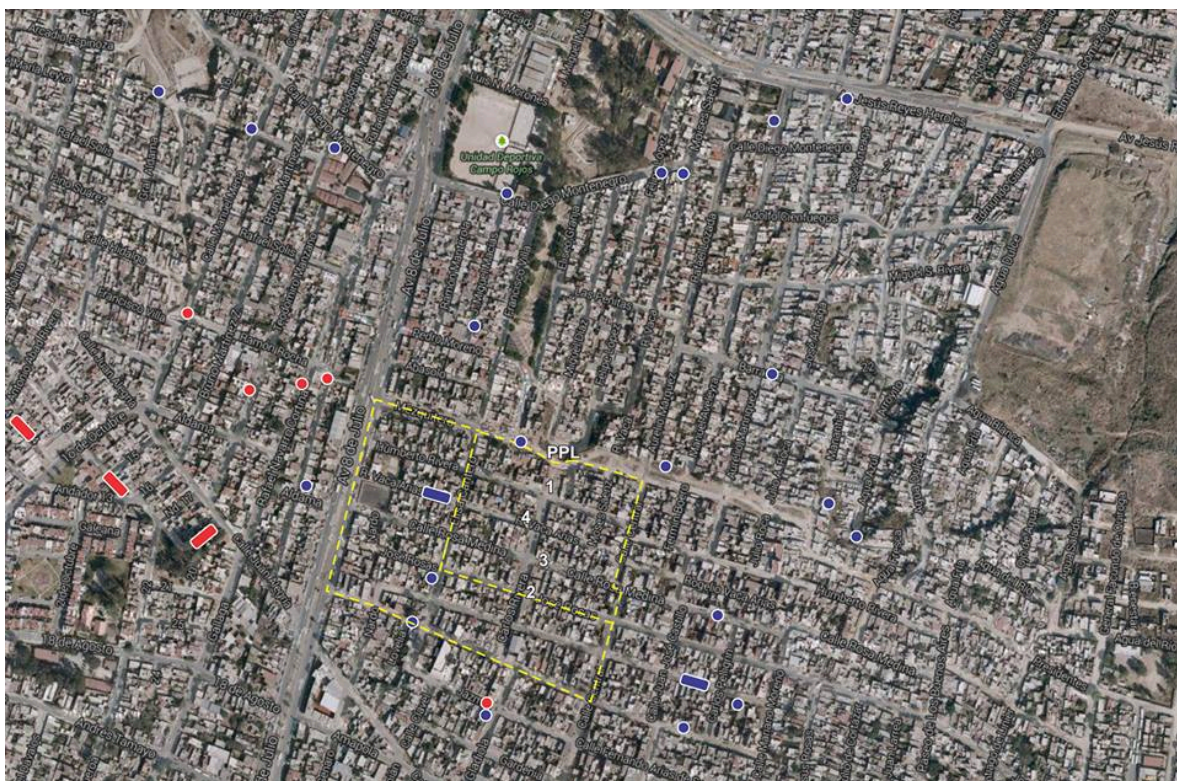
-¿Cómo que peligrosa?

-¿Así como que digas “aquí está culero para que entre, ahí sí me rompen la madre”?

-No, wey, la neta, a mí sabe, wey, toda la zona, wey, se me hace igual, wey... ya... ya... yo ya estoy acostumbrado a eso, ya, pura violencia en mi vida, ¿veá?... es el riesgo, ya si me pegan, me tocaba, ¿veá? Al que le toca le toca.

Decir que todas las zonas se le hacen igual es mostrar un grado de indiferencia respecto al espacio, pero también es reconocer que no se puede hacer nada ante las particularidades del mismo, sino aceptarlas y enfrentarlas, pues deja ver que la violencia es algo que está siempre presente y de la que no se puede escapar, pues “al que le toca le toca”. Sin embargo, y más allá de esta indiferencia que pareciera tener, su percepción del espacio está estrechamente relacionada con la existencia de otros *barrios* y de la relación que tiene su propio grupo con estos, como queda asentado en el siguiente mapa, en el cual identifica su núcleo territorial duro y su territorio ampliado (marcados con líneas amarillas), sus puntos de reunión –o nudos– numerados en orden de importancia–, así como también los lugares donde se asientan esos otros *barrios* que están alrededor del suyo, ya sea que tengan una relación de amistad, que sean sus “acoples” o simplemente que sean indiferentes los unos con respecto a los otros (puntos y líneas azules), que tengan una enemistad declarada que

implica un enfrentamiento seguro si se entra en esos otros territorios (puntos y líneas rojas), o incluso que tengan problemas de vez en cuando, pero no siempre (puntos rojos y azules).



Mapa del territorio, elaborado con información proporcionada por Pedro y un amigo suyo. El primer recuadro en amarillo es el núcleo territorial duro y el segundo corresponde al espacio territorial ampliado. Ahora, los puntos y líneas azules corresponden a los *barrios* con los que se tienen buena relación, mientras que los rojos son con quienes tienen problemas. Elaborado a partir de *Google Maps* por Andrea Kratzer.

El hecho de que haya zonas que de alguna forma podrían considerarse como neutrales, “a donde podemos ir muy seguido, pues”, da pie a que estos jóvenes realicen recorridos a través de ellas, siempre y cuando haya “muchita flota (...), aunque seamos cinco”, y esto es así porque de otra forma “casi no se hace el cotorreo”, más allá de los problemas que pudieran encontrar, los cuales son siempre una posibilidad latente.

La vivencia del espacio barrial y de sus periferias está entonces marcada no sólo por el lugar en donde viven los sujetos o donde éstos tienen su territorio como pandilla, sino de la relación que tengan con otros grupos similares, la cual puede ser de amistad, indiferencia o confrontación, lo que configura una percepción particular del riesgo en relación al espacio y condiciona, por tanto, las prácticas que éstos jóvenes pueden o no realizar, lo que no

quiere decir, por otro lado, que no busquen problemas, ya que la territorialidad conflictiva caracteriza la existencia de estos *barrios* y se manifiesta a través de las peleas que sostienen regularmente contra grupos contrarios, lo cual les permiten, entre otras cosas, hacerse de un capital simbólico –que es, dentro de los capitales, de los pocos que tienen un valor en esta zona, además del social–, a partir de *hacerse* un nombre y de ser reconocidos más allá de las fronteras de su barrio.

El barrio a través de la “lírica bestial”

El rap es un género musical que goza de cierta popularidad entre los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, algunos de los cuales lo utilizan como medio de expresión dentro de sus actividades de tiempo libre al componer y cantar sus propias canciones con las cuales van construyendo una versión idealizada de sus vivencias, de sus aspiraciones y de sus deseos. Y es en este ejercicio de carácter lúdico donde aparece el *barrio* como un referente central a partir del cual elaboran algunas de sus canciones, ya que a través del mismo se articula buena parte de su experiencia de vida. En ese sentido, puede decirse que el *barrio* se construye también a partir de estas elaboraciones simbólicas, como puede observarse en la siguiente canción realizada por Ernesto y videograbada durante el trabajo de campo, misma que permitirá analizar algunos de los elementos que la componen.

Pocos Pero Locos

Locos como pocos

Vatos bien cholotes con los pantos aguadotes

Nos creemos superhéroes con poderes infinitos

Con mi rap yo te derrito

Con mi flow escandaloso

Tumbando a cualquier mocoso que se atreva a retarme

Plasmando esta letra en (y mi?) grafiti en los muros

(incomprensible) un cabrón de los cabrones más duros

Pocos Pero Locos controlando ésta área con mi lírica bestial

Con mi poder extranormal

Yo te voy a exterminar

Tú te pones a tirar

*No te pones a pensar en lo que a ti te pude pasar
Soy el vato más pesado del C4
El más buscado
No te pongas a mi lado
Porque te tengo bien ciscado, yo
Este juego ha terminado*

Para analizar esta canción, se trabajará sobre cada una de las frases que la componen. De entrada, “Pocos Pero Locos”, que es con lo que comienza, hace referencia al nombre del *barrio*, que es una señal primaria de identidad, pues con él no sólo se conocen y reconocen entre ellos, sino que también son conocidos y reconocidos por los demás grupos. Además, el nombre deja ver que la cantidad –pocos– no es importante, sino la cualidad –locos–. Estar “loco”, por otro lado, es lo contrario de estar cuerdo, de ser normal, mientras que “loco” es ser diferente, especial e incluso quizá también antisocial. Luego, la frase “locos como pocos” pone la atención en la cantidad, pues ser “pocos” entre los “locos” refleja lo exclusivo o selecto de un grupo que se caracteriza por esa cualidad de estar locos, ya de por sí reducido al ser diferentes de los “normales”.

La frase “vatos bien cholotes con los pantos aguadotes” los asocia con una cultura juvenil –los cholos– que tuvo su arraigo en el cerro unas generaciones atrás, la cual se caracterizaba, entre otras cosas, por un fuerte apego territorial –incluso mayor al que presentan estos jóvenes, según una de las entrevistadas–, su devoción por la virgen de Guadalupe, y por su vestimenta, entre la que destacan los pantalones aguados, que en general no suelen portar estos chicos. De hecho, en ocasiones el mismo Ernesto se refería de forma despectiva a los jóvenes que viven más hacia la punta del cerro, diciendo que arriba “se quedaron los cholos”, ya que ellos, los de su colonia, están “más civilizados”, por lo que “nos vestimos ya más normales”. Así que quizá esta frase tenga más una utilidad práctica, esto es, para darle ritmo a los versos, antes que ser una asociación identitaria en toda regla.

Ahora, cuando dice “nos creemos superhéroes con poderes infinitos” lo que hace es mistificar al grupo. Sin embargo, de ser una especie de portavoz del *barrio* al hablar en primera persona del plural –nosotros–, pasa a la primera persona del singular –yo–. Deja entonces de hablar por el grupo para hablar él, diciendo “con mi rap yo te derrito”. Aquí el

rap no es solamente una práctica de ocio entre otras, sino un arma –no física, sino simbólica– a partir de la cual reduce a su contrincante imaginario, esto es, a un “otro”. Por otro lado, la frase “con mi *flow* escandaloso” pone el acento en una cualidad que le atribuye a su práctica, pues su “*flow*” – esto es, la interacción rítmica entre sus versos y la música– tiene la cualidad de ser “escandaloso”, y lo escandaloso no es otra cosa que un tono lo suficientemente alto como para opacar cualquier otro sonido, en este caso el de su adversario imaginario.

Estas cualidades de su práctica –la capacidad de reducir a sus contrincantes e imponer su *flow* por sobre cualquier otro sonido–, terminan “tumbando a cualquier mocoso que se atreva a retarme”. “Tumbar” es someter, poner en posición más baja al que se considera como rival, mientras que “mocoso” es una forma de ninguneo, de quitarle importancia y poder al otro, pues “mocoso” es semejante a niño, alguien sin poder social en relación a un adulto. Y además con la frase “que se atreva a retarme” se coloca a sí mismo como la figura a vencer en la contienda.

“Plasmando esta letra en (o “y mi”) grafiti en los muros”, por otro lado, hace referencia a prácticas que tienen como fin marcar el territorio, que no es otra cosa que una forma de apropiación territorial. Con “(incomprensible) un cabrón de los cabrones más duros”, a su vez, mistifica su figura, colocándose no de manera solitaria, sino como uno más entre un selecto grupo que tiene la cualidad de ser “duro” –en contraposición a “blando”–, esto es, que no se quiebra tan fácil, que es resistente. Con “Pocos Pero Locos controlando ésta área con mi lírica bestial” queda la duda de si él habla por el grupo, lo que lo colocaría en una posición de poder dentro del mismo, o si el grupo habla por él, cumpliendo de esta manera solo una función de intermediario. Además, vuela a colocar el rap –o la lírica del mismo– como una práctica de apropiación territorial, el cual tiene otra cualidad más, la de ser “bestial”, esto es, no humano sino salvaje, de energía descontrolada.

“Con mi poder extranormal / Yo te voy a exterminar”, vuelve a mistificarse a sí mismo y a su práctica a partir de la cual elimina, nuevamente, de forma simbólica a su adversario. Mientras que con “Tú te pones a tirar / No te pones a pensar en lo que a ti te pude pasar”, le atribuye al otro una inconsciencia y un riesgo en torno a su práctica –pues con “tirar” se referiría a los versos del otro, aunque quizá no solamente–, lo cual se justifica con sus otras frases, pues dice: “Soy el vato más pesado del C4 / El más buscado / No te

pongas a mi lado / Porque te tengo bien ciscado, yo”. Con las dos primeras líneas se atribuye a sí mismo un poder y una importancia que ya no es compartida con nadie, como sí lo era en algunas de las líneas anteriores, por lo que el *barrio* termina por desdibujarse en su discurso. Y esta importancia que se da por ser el “más pesado” y el “más buscado” le permite “ciscar” al otro, amedrentarlo, además de que éste no debe ponerse a su lado porque está claro que no lo ve como un igual, con la misma jerarquía que él se atribuye.

Sin embargo, llama la atención que en vez de mencionar La Mezquitera como punto de referencia espacial –pues es donde se asienta su *barrio*–, menciona el Cerro del Cuatro –o C4, que es como le dicen de forma abreviada–, por lo cual se podría decir que es un “geosímbolo”, esto es, un elemento físico del entorno que tiene una fuerte significación para los sujetos y que por tanto resulta ser un elemento clave en la identidad socioterritorial de los mismos. Y finalmente cuando dice que “Este juego ha terminado” se otorga el poder de ser él quien da por concluida una relación con el otro, pues después de su palabra sólo queda el silencio.

El barrio en crisis y la ¿disolución del territorio?

Si los *barrios* han podido tener un control sobre el territorio, imponer cierto tipo de interacciones en el espacio y ejercer la violencia contra otros grupos similares, es porque existen una serie de condiciones en el entorno que lo han hecho posible, como la segregación socioespacial, la precariedad económica, pero también por la debilidad de otros grupos que operan en estas colonias tanto para sancionar dichas prácticas como para negociar o imponer, en su defecto, otras que permitan una convivencia social menos disruptiva y más equilibrada. Y es que ni el Estado a través de alguna de sus instituciones, ni las iglesias de cualquier tipo, ni la comunidad ahí afincada, parecieran tener la fuerza y legitimidad suficiente para poder hacerlo. Este vacío de poder –o esta falta de contrapesos a los poderes existentes– en la regulación de la vida social que se presenta en el espacio público es lo que ha hecho posible que el *barrio* imponga sus propias lógicas de hacer territorio. O por lo menos hasta hace poco.

En una visita realizada en mayo de 2014 –después de algunos meses de ausencia por estar fuera de la ciudad realizando una estancia académica–, los chicos comentaban de manera un tanto velada que habían tenido un problema con algunos sujetos que viven en la

colonia, quienes además de haber golpeado a uno de sus amigos sin saber muy bien por qué les habían rayado la plazoleta en la que se juntaban, lo que sin duda representaba una afrenta clara y directa contra ellos. Sin embargo, uno de estos chicos comentaba que no podían pelearse contra este grupo porque no había igualdad de condiciones, pues mientras aquellos tenían armas los del *barrio* no, lo que de alguna forma dejaba ver que el problema que tenían estaba bastante fuerte. Pedro, por su parte, decía que él podía enfrentarse contra estos sujetos si fuera necesario, pero daba a entender que los demás no jalarían parejo, por lo que prefería evitarse problemas que serían sólo para él –y no para el *barrio* en su conjunto– y quedarse mejor en casa, siguiendo los consejos de su madre (lo que da cuenta de la importancia de la familia en la toma de ciertas decisiones, incluso algunas de las cuales tienen que ver con el *barrio*).

Varios meses después, en enero de 2015, y al haber concluido la estancia académica, regresé nuevamente para socializar con los chicos, pero a pesar de que estaban bebiendo cervezas y de que siempre fuman mariguana, la interacción se llevó a cabo afuera de la casa donde viven algunos de ellos, cuando en otras circunstancias bien podría haber sido en la plazoleta o en alguna de las esquinas donde se juntan, sobre todo porque suelen evitar que sus familiares los vean consumiendo drogas. Incluso recuerdo que alguien comentó que ya casi no se juntaban en la plazoleta para evitar problemas, aunque sin ahondar más en ello. Tampoco me pareció que hablaran tanto de su *barrio*, por lo menos como lo hacían antes. Supuse que quizá los problemas con el otro grupo se mantendrían y que eso de alguna forma había trastocado la convivencia entre ellos, así como su relación con el espacio. Pero unos días después El Migue me comentó, con la franqueza que lo caracteriza, que “la plaza” había decidido ejercer un control más fuerte sobre lo que se puede hacer y no en el cerro, lo que me permitió conocer una parte de la historia que no sabía. Estos son algunos apuntes que tomé de esa conversación y que extraigo del diario de campo:

El Migue me comenta que en el barrio ya no se puede “tonchear”, pues “la plaza” ha prohibido la venta y consumo de inhalantes. Según él, sí han golpeado a jóvenes que utilizan esas sustancias, no del *barrio*, sino de otro que está más abajo, pero que ese control está en prácticamente en todo el cerro. Y aunque él consumía mucho, dice que está bien, que ahora todo está más tranquilo, y que eso es de alguna forma lo que

quiere “la plaza”. Además, se han encargado de erradicar a todos los vendedores de drogas que no sean los de este grupo. El Migue sabe de esto porque su hermano vendía mariguana, y un día llegaron a su casa algunos jóvenes de la colonia que trabajan para este grupo totalmente armados y los golpearon y amenazaron de muerte. Él pensó que los matarían, pero no fue así, aunque les dijeron que para la otra, si seguían vendiendo, sí lo harían.

Le pregunto si es verdad que mucha gente del cerro trabaja para éste grupo y dice que sí, principalmente jóvenes, a quienes se les suele ver por el barrio en moto. Él comenta que los menores de edad, en caso de matar a alguien, pueden salir relativamente rápido del tutelar, cosa que no pasaría con un adulto, el cual terminaría confinado en la cárcel un buen rato. El sicariato vuelve a salir de nuevo en una conversación, lo cual es muy poco frecuente, así como hablar de “la plaza” sin tanto tapujo. Según El Migue, este grupo ya no quiere desmadres en su territorio, por lo que de alguna forma ya no permite que se junten ni se peleen los *barrios* en la calle, ni que se avienten piedras ni nada. Ya en mayo pasado (2014) los chicos de la pandilla habían comentado algo al respecto, pero pensaba que el problema era con un grupo que se dedica a asaltar casas y negocios de forma más o menos organizada y no con “la plaza”. Pero quizá “la plaza” y este grupo que asalta sean los mismos.

Hay elementos para suponer que lo que dice El Migue es verdad. Pero lo importante de la historia que ha contado, y que se refuerza con lo visto en campo, es la posibilidad de repensar la relación de los sujetos con el territorio. De entrada, queda claro que todo territorio es resultado de un ejercicio de poder sobre el espacio. Este poder es ejercido por sujetos que se ubican en una posición determinada del espacio social, los cuales cuentan con una serie de capitales que influyen en su capacidad de agencia dentro de determinados campos de interacción. Todo poder se enfrentará siempre a resistencias, tanto del espacio a controlar como de los sujetos que se encuentren vinculados por alguna razón a ese espacio. Sin embargo, cuando existen instituciones o grupos que tengan la suficiente fuerza y legitimidad para *regular* la vida social –sea el Estado, las iglesias o la comunidad–, se puede hablar de un orden que facilita la convivencia. Pero cuando existen varios poderes que tienen lógicas territoriales contrapuestas y que no gozan necesariamente de legitimidad, los sujetos y los grupos pelearán desde las lógicas que primen en ese campo –en este caso, desde la violencia física y simbólica– para imponer sus propias formas de hacer territorio.

Ahora, si los *barrios* pudieron tener un control sobre el espacio barrial fue porque no existían contrapesos suficientes a su poder, el cual se basa en su número de integrantes, en su capacidad para ejercer la violencia contra grupos similares y en su fuerte sentido de pertenencia tanto al colectivo como al territorio, todo lo cual alteraba y precarizaba la convivencia al interior de estas colonias. Y aunque “la plaza” ya tiene tiempo operando en el cerro e imponiendo algunas de sus formas de hacer territorio –al acaparar la venta de drogas, por ejemplo–, ahora, por alguna razón que no está del todo clara, y sobre la cual sólo es posible especular, “la plaza” ha decidido imponer un orden que afecta directamente a los *barrios* que ahí se asientan, pues además de prohibir y sancionar la venta de ciertas drogas, así como los asaltos, también ha prohibido las prácticas violentas de las pandillas en su territorio. De alguna forma, la superposición de territorios es algo común en la vida social, pero el problema aquí es que parecieran existir intereses contrapuestos en un escenario donde el Estado pareciera estar ausente,⁶⁵ por lo que el grupo con mayor poder sobre el espacio es el que termina por imponer sus lógicas territoriales.

Pero además, puede decirse que “la plaza” ha sustituido algunas de las funciones asociadas al rol del Estado, pues este grupo es el que garantiza ahora la seguridad en el cerro –al evitar que las pandillas se junten y se peleen, o que se presenten asaltos, por ejemplo–, además de que les da trabajo –así sea vendiendo, produciendo o repartiendo drogas, o asaltando, amenazando o incluso matando gente en los casos más extremos– a jóvenes que tienen pocas oportunidades de triunfar socialmente al lo menos por la vía legal, sobre todo al carecer de ciertos capitales que pudieran abrirles un horizonte distinto de oportunidades.

Pero, ¿qué pasa ahora con el *barrio*? Su aparente solidez, que los llevaba a considerarse como una “familia social”, se ha resquebrajado ante un problema de esta naturaleza, el cual ciertamente no es menor, ya que no es enfrentarse a golpes o pedradas contra otra pandilla, sino contra un grupo organizado que tiene poder de fuego, esto es, un poder para matar. Y si ya en otros conflictos menores había quedado en claro que no todos

⁶⁵ La ausencia de Estado, o su débil presencia en ciertos contextos, es sin duda uno de los factores que posibilita que los territorios sean disputados y gobernados a través del ejercicio de la violencia por otros actores, quienes imponen sus propias normas de convivencia de acuerdo a sus intereses. Un caso extremo es el que se presenta en algunas colonias informales de la periferia de Bogotá, Colombia, donde grupos paramilitares se han hecho del control de lo que pasa en ellas, sobre todo a través de imponer lo que llaman “limpieza social”, que no es otra cosa que la eliminación física de jóvenes –principalmente– que se droguen o que se dediquen a asaltar.

los integrantes del *barrio* jalan parejo, o que no todos se comprometen por igual, ¿tiene entonces sentido arriesgar la vida por el *barrio*? ¿Para qué? Aquí ya no está en juego sólo el prestigio del grupo y de sus integrantes, sino su vida y quizá, incluso, la de sus familiares.

Entonces, ¿qué pasa con el *barrio*, con el territorio, y con la pertenencia socioterritorial de estos jóvenes? Entrando en el terreno de la especulación, puede decirse que el *barrio* de alguna forma se diluye al perder algunos de sus elementos de sentido más importantes, como el territorio –pues ya no se pueden juntar en él–, así como algunas de sus prácticas con las que *hacían* territorio –como pelearse con otros barrios en el espacio público de la calle–. Pero por otro lado, los jóvenes se siguen juntando, así sea afuera de sus casas –que es un territorio seguro para ellos– o incluso en la calle, así no sea como antes. La amistad, en ese sentido, se mantiene, aunque el referente de la pandilla ya no sea el mismo ni tenga tampoco la fuerza que tenía antes. Y en cuanto a la pertenencia socioterritorial, esta se reconfigura, pues ya no es la misma relación con el territorio ni con los valores asociados al grupo.

Sin embargo, la pertenencia hacia el territorio del barrio –esto es, de ese espacio público privatizado a través de la práctica– se mantiene, pues su vida cotidiana sigue estando afincada en buena medida ahí, así como las prácticas y valores que son comunes al grupo y que lo caracterizan, a partir de los cuales los sujetos configuran su identidad social. Pero en lo que respecta a la pertenencia al territorio de la pandilla, ésta puede entrar en un proceso de disolución, sobre todo porque las prácticas y valores que hacían posible este territorio ya no pueden seguirse realizando, aparentemente. Quizá puedan reconfigurarse de alguna manera, pero eso sólo será posible saberlo con el tiempo. Pero si esto no fuera posible, entonces la pertenencia será más territorio de la memoria y del recuerdo antes que una práctica sobre el espacio.

Cierre

Los *barrios* –o pandillas– son en gran parte resultado de las condiciones sociales que imperan en ciertos contextos urbanos, los cuales se caracterizarían en buena medida por la pobreza, la falta de oportunidades, la segregación socioespacial, la ausencia de seguridad pública, así como la debilidad de los actores comunitarios para instaurar un orden social de convivencia menos disruptivo particularmente entre los jóvenes, que son finalmente

quienes integran este tipo de agrupaciones. Pero además de estos *factores precursores* –por llamarlos de alguna forma–, en el caso La Mezquitera los *barrios* son figuras de socialización principalmente masculina que están ya institucionalizadas –y, por tanto, naturalizadas– en el entorno gracias a que gozan de cierto prestigio y legitimidad entre los jóvenes, pues a través de este tipo de agrupaciones pueden adquirir un capital simbólico entre sus pares, así como construir un fuerte sentido de pertenencia socioterritorial.

El *barrio* como agrupación juvenil funda dentro del barrio –entendido este último como espacio de vida alrededor de la vivienda así como territorio compartido por la colectividad que cotidianamente lo usa– un territorio que le es propio, esto es, apropiado a través de su ocupación física y simbólica, lo cual es posible sólo a partir de un ejercicio de poder, ya sea sobre el espacio, sobre los sujetos y/o sobre los recursos que en él se encuentran (Raffestin, 2013). Esto les permite a los sujetos conformar un nosotros y un *los otros* no sólo localizados sino sobre todo *territorializados*, esto es, que tienen en el territorio una parte constitutiva de su identidad, de su razón de ser, pues un *barrio* sin territorio es una contradicción existencial, algo que simplemente no existe. De esta forma, se es sobre el territorio y por el territorio porque el *barrio* es sobre todo territorio. Por ello el territorio se defiende de cualquier tipo de invasión o contra cualquier tipo de agravio, porque eso atenta contra el grupo, contra su prestigio y contra su integridad.

Si bien es cierto que este *barrio* en particular con el que se ha trabajado no tiene problemas con todos los grupos similares que se ubican en el cerro o en sus alrededores, también es cierto que con otros muchos sí, donde la violencia se constituye como uno de los pocos medios legitimados y naturalizados a través del cual estos grupos dirimen sus diferencias. Y esto, a su vez, les permite construir un tipo particular de masculinidad así como adquirir un capital simbólico. Pero lejos de representar un problema para estos jóvenes, estos conflictos suelen ser vistos, de acuerdo con sus palabras, como un divertimento, ya que les permiten romper con la monotonía que viven en sus colonias ante la falta de opciones para emplear su tiempo libre, lo que los lleva a vivir el territorio de forma más intensa, sí, pero también más acotada por las fronteras simbólicas que se establecen entre estos grupos y que refuerzan aún más la segregación socioespacial en la que viven, convirtiéndose en un círculo vicioso –segregación-violencia-segregación– que sólo termina cuando los jóvenes dejan de ser jóvenes para convertirse en adultos,

abandonando con ello tanto el *barrio* –o alejándose por lo menos de él– como las prácticas asociadas al mismo.

El problema surge, en este caso, cuando estas mismas condiciones que han posibilitado la emergencia de los *barrios* en la zona posibilitan a su vez la emergencia de un actor que tiene la fuerza suficiente –tanto por su poder económico como por su capacidad para ejercer la violencia– para imponer sus lógicas territoriales sobre los demás. Es el caso de un grupo dedicado al narcotráfico –aunque no queda claro qué grupo pueda ser, pues nunca nadie mencionó el cártel al que éste se encuentra vinculado–, el cual, además de haber establecido una plaza desde hace tiempo –esto es, un territorio donde se ha instaurado un monopolio para la venta, producción y distribución de drogas–, ha decidido, por razones que no están del todo claras, controlar las actividades de los *barrios* en el espacio público de la calle, pues ya no los deja juntarse, pelearse o drogarse en ellas, sin que esté claro si es una medida temporal o permanente. Y esta pérdida de territorio supone para el *barrio* un golpe que quizá pueda poner en jaque su existencia.

Pero el problema va más allá del *barrio*, pues debido a la falta de oportunidades que tienen los jóvenes de estas colonias –así como también aquellos que viven en colonias parecidas– para triunfar socialmente por la vía legal, muchos de ellos terminan por integrarse a las filas del narcotráfico, ya que éste les proporciona, como mínimo, una entrada de dinero regular –esto es, un capital económico–, además de que en ocasiones les puede proporcionar, siempre y cuando esto convenga a sus intereses, vehículos –sobre todo para aquellos que acepten transportar drogas–, casas –siempre y cuando éstas funcionen como puntos de venta– e incluso armas –en particular a aquellos que estén dispuestos a robar, así como a amenazar o matar a aquellas personas con las que este grupo tenga problemas o que por alguna razón amenacen sus intereses–. Y esto, a su vez, les posibilita adquirir un capital social que puede ser incluso más fuerte y más atractivo que aquel que proporciona la pandilla, sobre todo si ésta termina siendo supeditada al poder del narco. Así, esta ausencia de Estado, o su presencia coludida con lo que ocurre en estas colonias, está configurando un contexto social explosivo que afectará cada vez más –como ya se ha visto con los “narcobloqueos”– las dinámicas sociales de la ciudad y, por consiguiente, de quienes la habitan.

Conclusiones

El barrio, entendido como ese espacio público apropiado a partir de las actividades cotidianas que en él se realizan y que se ubica alrededor de la vivienda, es para muchas personas un espacio clave de socialización, así como de generación de vínculos socioterritoriales. Esto se debe, en buena medida, a que es en este espacio donde los sujetos incorporan una serie de valores y patrones sociales y culturales para relacionarse tanto con aquellos con quienes comparten vecindad como con los lugares donde se desenvuelven cotidianamente, pero también porque son capaces de comprender y manejar los ritmos de la vida social y porque además se saben conocidos y reconocidos por quienes ahí viven, lo que provoca, en conjunto, un sentimiento de seguridad y confianza, producto de la familiaridad, que no siempre puede encontrarse en otros lugares o, por lo menos, no con la misma intensidad y profundidad que la que encuentran al interior de sus respectivos barrios.

Esto no quiere decir que la relación que se tiene con el barrio esté exenta de tensiones y contradicciones. Así, la percepción socioespacial del barrio, en el caso de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, oscila entre satisfacción e insatisfacción. Satisfacción en torno al grupo con el que se comparte vecindad y con quien se tiene tanto una vida en común como una historia compartida. Satisfacción, en el caso de los jóvenes, respecto a los vínculos amicales que estos han construido y que forman una parte importante de su capital social, el cual tiene la característica de estar fuertemente anclado al territorio del barrio debido a las condiciones de segregación en las que estos viven. Y satisfacción, para quienes pertenecen a un *barrio*, por la posibilidad de fundar con los amigos, que son también vecinos, una familia social que les permite obtener un capital simbólico a partir tanto de la defensa de un territorio que consideran propio como de la invasión de territorios dominados por otras agrupaciones similares con las que tienen algún problema, lo que les permite, además, construir un tipo particular de masculinidad.

Insatisfacción, por otra parte, por las condiciones materiales relativas al paisaje urbano, sobre todo respecto a la infraestructura que existe en estas colonias, independientemente de si esta es pública o privada, así como por la falta de espacios –o la imposibilidad, por las razones que sean, de utilizar aquellos pocos que existen– para poder llevar a cabo algunas de sus actividades de ocio, lo que genera un sentimiento no sólo de insatisfacción, sino de desesperación y frustración ante la falta de opciones para emplear su

tiempo libre, que en el caso de estos jóvenes es mucho debido al desanclaje que tienen de las instituciones escolares y de lo irregulares que son sus trabajos. Insatisfacción también respecto a aquellos actores que precarizan la vida social, como las pandillas para quienes no pertenecen a una, o de aquellos que se drogan en el espacio público, aunque ellos mismos puedan ser consumidores, pero sobre todo insatisfacción respecto a quienes forman parte de “la plaza”, aunque algunos trabajen para ella y consuman lo que esta vende. Sin embargo, estas valoraciones negativas están exentas de autocritica, por incapacidad o por comodidad.

Las prácticas de ocio reflejan, por otro lado, la posibilidad de vivir, disfrutar y apropiarse del espacio barrial, así como de construir, a partir de sus aficiones y deseos, un tipo particular de juventud, de ser joven. Sin embargo, las opciones para ello son pocas en comparación de las que disfrutaban otros grupos de la población, pues sólo cuentan con algunos espacios deportivos, los cuales, por diversas razones, no siempre pueden utilizar, ya sea porque están tomados por algún *barrio* o porque cobran por su uso; los cafés Internet, a los que muchos recurren al carecer de conexión en sus casas y siempre y cuando tengan dinero suficiente para poder pagar por el servicio; ocasionalmente la casa de alguno de ellos, lo que no siempre es posible debido a lo reducidas que éstas son y porque en ellas se encuentran normalmente sus familiares, lo que les impide contar con espacios de intimidad. Es por ello que al final son sobre todo la calle, las esquinas o la plazoleta –para quienes viven en La Mezquitera– los espacios donde se hacen –o se construyen como– jóvenes.

Pero si esta pertenencia socioterritorial es tan fuerte, intensa, profunda y significativa en estos jóvenes es porque les es imposible, sobre todo por las condiciones sociales y espaciales en las que viven, construir otras pertenencias que tengan estas características por fuera del barrio. En ese sentido, la pertenencia socioterritorial que construyen estos jóvenes, y retomado el concepto de territorialidades insulares de Soldano (2008), es sobre todo una pertenencia insular, fuertemente arraigada a un territorio y desconectada de otros, lo que no quiere decir que estas no construyan territorios por fuera del barrio, sino que son más débiles, y en ocasiones –aunque no siempre, como se verá en el siguiente capítulo– poco significativas en comparación.

Capítulo V

Conocimiento, percepción y apropiación de la ciudad

Introducción

Si bien para muchas personas los barrios y colonias son espacios claves de socialización y generación de vínculos territoriales dentro del mundo de la vida cotidiana, su relación con el espacio urbano no se reduce sólo a estos, y esto es así porque por lo general los sujetos cumplen distintos roles que de alguna u otra forma los vinculan con otras partes de la ciudad. Sin embargo, las dimensiones de la zona metropolitana de Guadalajara – conformada por ocho municipios y una extensión territorial de aproximadamente 2,734 km²– hacen que sea imposible –y seguramente innecesario– conocerla en su totalidad, por lo que los sujetos configuran a través de sus actividades cotidianas –las cuales se encuentran condicionadas por la posición que ocupen dentro del espacio social así como por la ubicación de su vivienda dentro del entramado urbano– una espacialidad acotada y fragmentada que puede ser denominada como micrópolis (García Canclini, 2006).

Esta relación que establecen los sujetos con el espacio urbano, y que se manifiesta en el conocimiento, percepción y apropiación que tienen del mismo, se encuentra íntimamente ligado al tipo de actividades que realizan en él, pues mientras en las actividades formales u obligatorias –aquellas que de alguna u otra forma son necesarias para la sobrevivencia del sujeto o que son realizadas para responder a las expectativas y presiones de orden social, como trabajar o estudiar– se tiene un margen de elección más acotado respecto a los lugares donde podrían realizarse, en las informales –aquellas que dependen más de la voluntad e interés del sujeto, como las de ocio– el margen de elección sobre dónde llevarlas a cabo es mayor, lo que facilita el establecimiento de relaciones simbólicas *con* y *en* el espacio antes que funcionales –como sucede particularmente con las actividades formales u obligatorias–, a partir de lo cual los sujetos pueden llegar a construir un sentido de pertenencia socioterritorial.

Ahora bien, si las prácticas de ocio no son obligatorias y no están tan constreñidas a lugares específicos, el hecho de que los jóvenes salgan de sus espacios barriales para realizar algunas de ellas arrojará luces sobre varios aspectos de su vida social. Por ejemplo, sobre la existencia o no de infraestructura urbana, sea pública o privada, para realizar

algunas de estas prácticas al interior de sus barrios, así como la necesidad o preferencia que tengan para llevarlas a cabo en otras partes de la ciudad; sobre el capital social que tengan por fuera de los lugares donde viven y las relaciones que mantengan con éste, que puede vincularlos no sólo con otros sujetos sino también con otros lugares del espacio urbano; sobre el capital económico del que disponen –principalmente en forma de dinero–, tanto para poder moverse a otras zonas de la ciudad como para solventar los gastos que pudieran implicar algunas de sus prácticas; y, finalmente, sobre los gustos que estos jóvenes han ido adquiriendo y construyendo en sus interacciones cotidianas y las opciones y oportunidades que tengan para poder satisfacerlos en el espacio urbano.

Todo esto nos lleva a plantear algunas interrogantes: ¿qué tanto conocen los sujetos la ciudad en la que viven? ¿Cuáles son los espacios que conocen y por qué? ¿Cómo se vinculan con ellos? ¿Cuáles son las percepciones que tienen sobre ellos y cómo influye esto en sus prácticas? ¿Qué elementos entran en juego en la construcción de su sentido de pertenencia socioterritorial? Para dar cuenta de lo anterior, este capítulo se divide en tres apartados. En el primero se explora el conocimiento que tienen los sujetos de la ciudad, así como la forma en cómo perciben, valoran y se apropian –así sea a través de la representación– de la misma. En el segundo se abordan las problemáticas que experimentan estos jóvenes en su movilidad cotidiana para dar cuenta de qué tan accesible es o no la ciudad para ellos. Y, finalmente, en el tercer y último apartado se abordan algunas de sus prácticas de ocio a partir de las cuales los sujetos conforman ciertos territorios de acción, mismos que pueden llegar a ser lo suficientemente importantes como para construir un sentido de pertenencia socioterritorial, lo cual ocurre cuando el territorio y los sujetos que en él se encuentran se convierten en elementos fundamentales en la construcción identitaria del sujeto.

Si bien este trabajo de investigación está centrado en las experiencias espaciales que tienen los jóvenes que pertenecen a un *barrio* o pandilla y que viven en la colonia La Mezquitera, ubicada en el Cerro del Cuatro, en este capítulo la información que se presenta sobre ellos es menor en comparación con los capítulos anteriores, lo cual se debe a que mantienen una relación distante con la ciudad, así como a cierta incapacidad para hacerla aprehensible –y, por tanto, significativa– en su experiencia, sobre todo en comparación con los entrevistados que viven tanto en la colonia de la Nueva Santa María como en el barrio

de Santa Tere –la primera ubicada también en el Cerro del Cuatro, y el segundo en el centro de la ciudad–, a quienes se entrevistó sobre todo para contar con elementos de contraste que ayudaran a dimensionar las posibilidades de acceso, vinculación y apropiación de la mancha urbana por parte de estos jóvenes.

Conocimiento, percepción y apropiación de la ciudad

De alguna forma puede decirse que toda ciudad es un universo lo suficientemente grande y complejo como para poder ser conocido en su totalidad por quienes viven en él, por lo que su conocimiento, sea directo o mediado –a través de los conocidos o de los medios de comunicación–, será siempre parcial e incompleto, pero también siempre cambiante, pues la ciudad se transforma con el tiempo, al igual que los sujetos. Y si bien es cierto que las prácticas de la vida cotidiana –como habitar, trabajar, estudiar, consumir, entre otras– configuran una espacialidad determinada que podemos denominar como micrópolis (García Canclini, 2006), la ciudad que es conocida, percibida y practicada por los sujetos, así no sea regularmente, está más allá de los contornos de dicha espacialidad, ya que ésta no es la única y en ocasiones tampoco la más importante en la construcción de la pertenencia socioterritorial.⁶⁶ Sin embargo, independientemente de lo mucho o poco que se conozca la mancha urbana, la claridad con la que ésta se presenta en el recuerdo de los sujetos a partir de las percepciones y valoraciones que tengan de las mismas diferirá por distintas razones. Por un lado, por la intensidad de las experiencias vividas en determinados espacios. Por otro, por la legibilidad del paisaje urbano y la capacidad que tengan los sujetos para “leerlo”. Y finalmente, por los lazos afectivos y simbólicos que construyen respecto a ciertos espacios.

Si bien es cierto que el conocimiento y las percepciones sobre la ciudad –o sobre una parte de la misma– se generan principalmente a partir de las prácticas que realizan los sujetos en ella, también es cierto que el conocimiento y las percepciones de la ciudad influirán en la espacialidad de las prácticas que éstos lleven a cabo. Esto sobre todo es posible observarlo en las prácticas de ocio, ya que al no ser obligatorias, sino por la elección de los sujetos –por lo que pueden denominarse como *prácticas electivas*–, que

⁶⁶ Esto es posible observarlo, por ejemplo, en ciertas festividades religiosas como la Romería, donde muchos sujetos –entre ellos varios de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro– hacen una vez al año la procesión desde sus colonias a la catedral de Guadalajara y de ahí hasta la de Zapopan.

estos utilicen o no el espacio urbano más allá del barrio en el que viven dependerá en parte del conocimiento y las percepciones que tengan sobre el mismo, pero también, claro está, de otro tipo de constricciones asociadas a la movilidad, a las características de los sujetos (en cuanto a edad y género, por ejemplo) y a los capitales con los que estos cuentan. Así, abordar el conocimiento y las percepciones sobre el espacio urbano en un primer momento permitirá abordar la espacialidad de las prácticas de ocio más adelante.

Es importante destacar, asimismo, que la ciudad que viven, conocen y experimentan cotidianamente los sujetos está de alguna forma asociada a la clase social de pertenencia y al lugar donde se vive, lo que configura una *geografía de oportunidades* –así como también de limitaciones– para acceder a los bienes y servicios que la ciudad ofrece, los cuales se encuentran distribuidos de manera desigual a través del espacio urbano.

La ciudad, ajena e inaprensible

La vivencia, conocimiento y apropiación de la ciudad –o de algunas partes de ella– están íntimamente ligados a varios factores. Por un lado, al lugar donde se vive, que pone a los sujetos en una relación determinada con el espacio urbano (*cerca de o lejos de...*); a las características del espacio urbano –esto es, su morfología– así como a los sistemas de movilidad que conectan o no las distintas zonas del mismo y que condicionan el desplazamiento por la ciudad; a las barreras físicas y simbólicas que configuran territorios diferenciados que separan y en ocasiones segregan a los sujetos y a los grupos de acuerdo a sus características socioeconómicas y socioculturales, principalmente; a la posición que ocupan los sujetos en el espacio social a partir de los capitales con los que éstos cuentan, que *constríne* o *habilita* el tipo de relación que pueden establecer con la ciudad. Pero también a las actividades formales o informales que los sujetos realizan como parte de los roles que cumplen cotidianamente asociados con su edad, género o condición de clase, como estudiar, trabajar, consumir o realizar actividades de ocio, mismas que se llevan a cabo en el espacio urbano.

Así, en el caso de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, el conocimiento, percepción y apropiación que tienen del espacio urbano no pueden separarse del hecho de que viven en colonias que se encuentran en un extremo de la ciudad, alejados de muchos de los bienes y servicios que esta ofrece, además de que compartir vecindad con una población

relativamente homogénea, que se caracteriza sobre todo por su precariedad económica y cultural, así como la escasa –por no decir nula– circulación en esos espacios de otros grupos sociales que no encuentran atractivos para entrar en ellos –comerciales o de otra índole–,⁶⁷ provoca que estos jóvenes vivan en condiciones de segregación, lo que impacta – como ya se verá más adelante– en su capacidad de desenvolvimiento por la ciudad. Y es que al haber abandonado muchos de ellos la escuela de forma prematura (esto es, antes de terminar en la mayoría de los casos la educación básica), y al tener sus familias necesidades económicas de las que no pueden sustraerse, la forma más común de entrar en contacto con el espacio urbano es a través de las actividades laborales, y en menor medida a través de las actividades sociales y de ocio, lo cual tiene fuertes implicaciones en la forma en cómo viven, perciben y se apropian de ciertos espacios de la ciudad.

En ese sentido, si bien muchos de los chicos que viven en el cerro suelen trasladarse a distintos lugares de la ciudad para realizar sus trabajos –como albañiles o cargadores, por ejemplo–, esto no se traduce necesariamente en un conocimiento ni mucho menos en una apropiación de los mismos, por lo que se podría hablar de una relación espacial que oscila entre la “toponegligencia”, la cual “es una forma de desarraigo, de falta de pertenencia, de indiferencia por el espacio de vida, sin llegar al rechazo o a la incomodidad” (Lindón, 2005: 167),⁶⁸ y la topofobia, que “es la relación incómoda que establece un sujeto con su entorno espacial, debida a un estado de disonancia o incongruencia” (Lindón, 2005: 167). Esto es así por el hecho de que muchos de los jóvenes suelen tener con algunos de los espacios donde trabajan una relación meramente funcional, sin crear ningún tipo de apego afectivo o simbólico con los mismos. En el caso de Pedro, por ejemplo, varias veces se le preguntó por las distintas zonas de la ciudad que conocía, sobre todo a partir de su trabajo como albañil, para saber cuál era su percepción con respecto a las mismas. Sin embargo,

⁶⁷ Por ejemplo, en el caso de Medellín, Colombia, no sólo se ha intentado vincular a la población de las comunas más pobres y alejadas del centro de la ciudad a partir de un sistema integrado de transporte público – donde destacan, particularmente, las líneas de Metrocable, que son líneas de teleférico utilizadas como transporte público–, sino que han construido algunos edificios monumentales y emblemáticos –como el Parque Biblioteca España, ubicado en el barrio de Santo Domingo– que han resultado ser lo suficientemente atractivos para que personas ajenas a estos barrios –sean locales o extranjeras– ingresen a los mismos, lo cual es una excelente forma para combatir la segregación socioespacial que se vive en estos espacios, reduciendo de ésta forma algunas de sus problemáticas más graves, como aquellas asociadas a la violencia.

⁶⁸ Lindón (2005) utiliza esta categoría de “toponegligencia” para caracterizar la indiferencia que experimentan las personas respecto a las colonias donde viven. Sin embargo, acá se utiliza el término para referirse no sólo a sus colonias, sino al resto de la mancha urbana.

sus respuestas se reducían a decir que él sólo iba a trabajar y ya, y que no le interesaba conocer esos espacios, lo cual parece ser una actitud compartida entre varios de sus amigos de La Mezquitera, según reconocía uno de ellos, más allá de que existan algunas excepciones.

De alguna manera, conocer un lugar, hacerlo inteligible a la percepción y apropiárselo a través de la práctica requiere no sólo tiempo e interés, sino también un mínimo de competencias sociales y culturales que les permitan a los sujetos desenvolverse con comodidad en otro tipo de entornos diferentes al barrio donde viven, así como capacidad de agencia, esto es, la capacidad de ejercer un poder para apropiarse de los mismos. Pero en el caso de estos chicos la mayoría de las veces esto no parece posible, pues sus trabajos son generalmente temporales –por obra, por ejemplo, en el caso de los albañiles–, además de que en ocasiones sus empleadores no les permiten salir de sus lugares de trabajo –como cuando es en cotos privados, sobre todo si estos ya están habitados–, pero también porque algunas de las zonas donde trabajan, o incluso por donde transitan, pueden resultarles totalmente ajenas, tanto por no manejar los códigos sociales que imperan en las mismas, como por estar inmersos en paisajes urbanos que les resultan poco familiares, todo lo cual les impide desenvolverse con comodidad, pues se sienten extraños. Esto los lleva a tomar actitudes de desapego e indiferencia –toponegligencia–, o de incomodidad y de rechazo –topofobia–, como apuntaba hace un momento.

Esta débil relación que tienen con la ciudad no parece mejorar sustancialmente con las prácticas de ocio que realizan en el espacio urbano, las cuales, si bien les permiten configurar en cierta forma una espacialidad de elección, generalmente están limitadas tanto temporal como espacialmente, pues no todos tienen la posibilidad, el interés o las ganas para salir cada semana de sus barrios, y cuando lo hacen son pocos los lugares que conocen y a los que pueden y suelen ir. Esta geografía acotada del ocio puede asociarse a su falta de capitales, como ya se ha dado cuenta en otras partes de este documento, pues al carecer de un capital social que no esté constreñido al espacio del barrio, o al ser éste limitado, se reducen drásticamente sus posibilidades para vincularse con otras partes de la ciudad –entendiendo que los sujetos que componen su capital social son los que podrían vincularlos con otras zonas–, mientras que su escaso capital económico limita sus movimientos a través del espacio urbano así como el acceso a los bienes y servicios que en él se ofrecen. Esto se

traduce en una falta de interacción con otros grupos sociales diferentes al suyo, lo que les impide adquirir otros códigos sociales a partir de los cuales podrían sentirse más cómodos y seguros para circular y apropiarse, así sea de forma laxa, de otras zonas de la ciudad.

En el caso de Ernesto, por ejemplo, durante un recorrido que hicimos por algunas zonas del centro de la ciudad que él no conocía, decía sentirse observado por las demás personas que estaban en la calle, que más allá de si era cierto o no reflejaba la incomodidad que le provocaba el sentirse *fuera de lugar*. Incluso llegó a comentar que las personas no tendrían por qué juzgarse entre sí, si todos somos iguales, con lo que de alguna forma daba a entender que él sentía que realmente estaba siendo juzgado. Ésta es una de las razones por las que los jóvenes tienen una vivencia acotada del espacio urbano, pues no sólo se sienten fuera de lugar en determinadas zonas porque no las conocen, sino porque no manejan los códigos sociales que en ellas priman, como podrían ser los concernientes a la “actuación” o a la “fachada”, por ejemplo. De acuerdo con Goffman, la “actuación” implica “toda actividad de un individuo que tiene lugar durante un período señalado por su presencia continua ante un conjunto particular de observadores y posee cierta influencia sobre ellos”, mientras que la “fachada” “es la dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación”, como podrían ser “el vestido, el sexo, la edad y las características raciales, el tamaño y aspecto, el porte, las pautas de lenguaje, las expresiones faciales, los gestos corporales y otras características semejantes” (Goffman, 1997: 33-35)

Así, en el caso de Ernesto, a éste le costaba trabajo “actuar” de manera distinta a como lo hacía en su barrio o en las zonas por donde normalmente se mueve (las cuales, además de estar cerca unas de otras, son muy parecidas entre sí), pues se mostraba un poco hosco ante situaciones que iba observando durante el recorrido, lo que le llevaba a plantear soluciones de violencia ante hechos que parecerían triviales, como que un carro se pasara un semáforo provocando cierto caos o que una pareja estuviese discutiendo, todo lo cual podía resolverse, en su consideración, con unos golpes, lo que puede ser visto de alguna forma como una reivindicación de su identidad, de no ser un actor pasivo, sino activo, por lo menos a través del lenguaje y de su forma de plantear *formas de hacer* consideradas por él como legítimas; además, la playera interior blanca que traía puesta, así como su pantalón corto, que conformaban parte de su fachada personal, contrastaba con la

vestimenta formal de muchos empleados de oficina que circulan por esa zona, razones por las cuales quizá se sintiese “juzgado” y por tanto incómodo y fuera de lugar.

Pero más allá de si esta sensación que experimentó Ernesto fue realmente provocada por las personas con las que nos cruzamos en el camino o no, lo cierto es que el espacio público está lejos de ser un espacio de encuentro entre iguales –esto es, entre ciudadanos que tienen los mismos derechos–, pues “a determinadas personas en teoría beneficiadas del estatuto de plena ciudadanía se les despoja o se les regatea en público la igualdad, como consecuencia de todo tipo de estigmas y negativizaciones” (Delgado, 2011: 32), ya sea por la condición etaria, la pertenencia a determinada clase social, o cualquier otra diferencia que pudiera resultar significativa para los sujetos en un contexto determinado. De esta forma, queda en claro que el espacio público es un escenario donde determinados sujetos pueden ejercer un poder regulador, así sea a través de la mirada, que limita y condiciona el libre desenvolvimiento de aquellos que tengan menos capitales acumulados y por tanto menor capacidad de agencia, lo que tiene implicaciones en la forma en cómo los sujetos se relacionan con y en el espacio urbano.

Estos factores antes mencionados –ubicación de la vivienda en el espacio urbano, falta de capitales, desconocimiento de códigos sociales diferentes al suyo, entre otros– terminan por anclar a estos jóvenes al espacio geográfico de sus respectivos barrios, limitando con ello su vivencia de y en la ciudad. Así, por ejemplo, cuando se le pide a Pedro que hable sobre las partes de la ciudad que conoce por medio de *Google Maps*, este contesta lo siguiente:

-De las partes así de la ciudad que conoces...

-Sabe, wey...

-¿Dónde sales normalmente? ¿Bueno, por ejemplo, qué es lo que haces así en la ciudad?

-No, pues sabe, ¿veá?

-O por ejemplo, de aquí, de esta parte, ¿cuáles son las que se te hacen más chidas?

-¿Cómo que las partes que se me hacen más chidas?

-Que más te gustan.

-¡Pues es que casi ni salgo, wey!

-¿Del cerro?

-Eh, casi no me gusta cotorrear así en otras partes, wey...

-¿Por qué?

-Sabe, wey... no... no me llama la atención a mí. Casi siempre me gusta estar aquí.

No conocer otras partes de la ciudad no puede reducirse sólo a una cuestión de gusto, pues en este caso tiene que ver con constricciones estructurales que limitan la experiencia espacial de los sujetos, como ya se ha dado cuenta. Sin embargo, en el caso de quienes viven en el cerro, los “mecanismos estructurales de relegación” no están relacionados con los niveles de conectividad con los que cuentan estas colonias, ya que existen vialidades y rutas de transporte público que las vinculan con otras zonas del área metropolitana –más allá de que se encuentren ubicadas cerca del periférico o que se dependa de los horarios del transporte público–, sino con el subjetivo, “es decir, el generado desde las percepciones que tienen sus habitantes del lugar que ocupan, y de las distancias respecto la sociedad y la ciudad vista en perspectiva” (Soldano, 2008: 38).

Además, el hecho de que la ciudad sea en gran medida ajena e inaprensible en la experiencia cotidiana de estos jóvenes da cuenta de lo poco legible y, por tanto, de lo poco aprehensible que resulta para ellos buena parte del espacio urbano, pero también del tipo de relación que establecen con el mismo, más funcional y menos simbólica, lo cual se ve reflejado en su incapacidad para hablar de aquellos espacios por los que han transitado y donde han estado, salvo contadas excepciones, lo que se traduce en una baja capacidad de apropiación territorial más allá de los barrios donde viven.⁶⁹ Esto no significa que no salgan

⁶⁹ Si bien la ubicación de estas colonias y la falta de capitales de estos jóvenes ayudan a entender esta relación distante que tienen con la ciudad, no son factores que por sí mismos sean concluyentes en dicha relación. En algunos contextos, es la situación de precariedad la que lleva a los sujetos a desplazarse por distintas partes del espacio urbano, ya sea para conseguir un trabajo o para pedir cosas regaladas para su subsistencia, que se traduce en ciertas ocasiones en un conocimiento relativamente amplio de la ciudad en la que se vive, lo cual es una forma de apropiarse de la misma. Lo anterior se desprende de una entrevista realizada a unos jóvenes de un barrio irregular, que está aún en construcción, llamado El Recuerdo, en Ciudad Bolívar, ubicado en el extremo sur de la ciudad de Bogotá, Colombia, el cual es habitado principalmente por población desplazada de los conflictos internos que padece este país sudamericano. Estos jóvenes, originarios de Barranquilla, conocían varias partes de la ciudad, incluidas algunas colonias de alta renta ubicadas al norte –que es donde se ubica la población más rica–, las cuales llegaron a frecuentar “porque allá nosotros pedíamos”, “comida, juguetes, ropa”, según Maritza y su hermano Juan Carlos, de 12 y 21 años, respectivamente, para lo cual tenían que caminar por sus calles y tocar de casa en casa o de departamento en departamento, lo que les permitía establecer una relación más cercana con el espacio.

Sin embargo, es muy posible que entren en juego otros factores en este conocimiento que mostraban del espacio urbano, y que tiene que ver con las características físicas de la ciudad, donde los Cerros Orientales y el edificio Colpatria –iluminado por las noches– sirven de referencia geográfica en los desplazamientos que

de sus respectivos barrios o que no frecuenten otros espacios en la ciudad. Pero para la mayoría de estos jóvenes, la ciudad conocida y apropiada, así sea de forma laxa e irregular, se reduce al centro de la ciudad, a algunas unidades deportivas, a otros barrios populares que se ubican normalmente cerca de donde viven, e incluso a algunos centros comerciales que tienen relativamente cerca –sobre todo en el caso de las mujeres– y poco más. Aún los que más conocen, ya sea por sus trabajos o por el capital social con el que cuentan –que les permite entrar en contacto con otros espacios de la ciudad–, suelen pasar mucho tiempo dentro de sus barrios, por lo que la frecuencia con que visitan otras zonas es en general bastante baja.

Sin embargo, este desconocimiento de la ciudad no es exclusivo de los chicos que viven en el Cerro del Cuatro, pues también se presenta en algunos de los entrevistados de Santa Tere, aunque por razones diferentes.⁷⁰ Aquí no tiene que ver con la indiferencia hacia el espacio al establecer con él una relación más funcional, sino con la poca movilidad cotidiana que provoca el tener todo cerca –escuela, trabajo, amigos, espacios para el ocio, etc.–, lo cual configura una “micrópolis” relativamente acotada. Así, para Karen y Sandra, por ejemplo, su vivencia espacial se concentra en su barrio, pues de entrada ninguna de las dos estudia de momento, y los trabajos que tienen están tan sólo a unas cuerdas de distancia de sus casas. Además, buena parte de sus actividades las realizan en un radio relativamente pequeño, por lo que su conocimiento de la ciudad en su caso es bastante reducido.

-Y en tu caso, ¿cuánto crees que conoces la zona metropolitana de Guadalajara?

Sandra- No, yo digo que yo casi no la conozco. Hay muchos lugares que no conozco, o sea. Siempre estoy como en Santa Tere, lo más que salgo es Chapultepec. Yo no conozco Tonalá, este, ni Tlaquepaque tampoco, jamás he ido, pues no, o sea, yo no... yo no creo conocerla muy bien, porque nada más salgo ahora sí que... más lejos al

realizan los sujetos por la ciudad, así como por los “paisajes” urbanos que caracterizan a las diferentes colonias, que posiblemente los haga más aprehensible a la memoria.

⁷⁰ De hecho, este desconocimiento de la ciudad pareciera ser una característica que se presenta en varios grupos sociales, algunos de los cuales se mueven sólo en ciertas partes del espacio urbano. En mi experiencia como profesor de una institución privada, por ejemplo, varios jóvenes de familias acomodadas y que vivían en fraccionamientos privados o en colonias residenciales al poniente de la zona metropolitana, desconocían el centro y gran parte del oriente de la ciudad. Y esto es así tanto por las dimensiones de la mancha urbana como por la fragmentación y segregación socioespacial que se vive en la misma y que separa a los diferentes grupos sociales que viven en la ciudad.

metropolitano (ríe). O plazas y alrededor. Sí, yo casi no salgo a lugares más lejitos (¿o lejos?).

Esto no quiere decir que estos jóvenes no conozcan otras zonas o que no tengan una idea sobre algunas de ellas –como se verá más adelante, lo que evidencia la apropiación que tienen de ciertas partes de la ciudad–, sino solamente que su experiencia espacial cotidiana es limitada al tener relativamente cerca los lugares donde realizan varias de sus actividades, pues en el caso de César y de Adriana, por ejemplo, estudian en el centro de la ciudad, y la mayoría de ellos frecuenta la zona de Chapultepec, además de algunas colonias que están alrededor de la suya. Asimismo, varios de ellos asisten a unidades deportivas, parques y plazas comerciales, lo cual es posible por su cercanía geográfica, por la oferta de transporte público que tienen a la mano –ya sea que pasen por su colonia o cerca de ella–, así como por los capitales con los que cuentan, lo que les permite ir acompañados a estos sitios, en ocasiones en automóvil particular, y acceder ocasionalmente a algunas de las ofertas de consumo.

La gran diferencia de estos jóvenes con respecto a los que viven en el Cerro del Cuatro es que no viven en un contexto caracterizado por la segregación socioespacial, lo que les permite interactuar con otros grupos sociales diferentes al suyo así sea de forma pasiva –esto es, sin que necesariamente tengan que entrar en contacto directo con ellos–, sobre todo al tener esta colonia un marcado acento comercial que provoca que sea frecuentada por personas ajenas al barrio. Además, al estar cerca de otras zonas a las que pueden entrar con facilidad –tanto por su cercanía como por no existir grupos de carácter marcadamente territorial como los que hay en el cerro y sus alrededores–, así como por sus actividades cotidianas –ir a la escuela o estar atendiendo en un negocio–, éstas interacciones con otros sujetos de estratos socioeconómicos diferentes y de niveles socioculturales distintos les permiten incorporar una serie de códigos sociales que les facilita moverse con comodidad en otras partes de la ciudad e incluso apropiarse de algunas de ellas, lo cual se ve reflejado en la claridad con que se expresan de esos fragmentos del espacio urbano que conocen, como se verá en los siguientes apartados.

Percepciones y valoraciones del espacio urbano (I)

Hablar de la ciudad conocida es hablar de la ciudad percibida, aquella que marca la experiencia del sujeto y queda registrada en su memoria, pues la ciudad no sólo es materialidad, sino también, y de manera muy importante, subjetividad, ya que muchas de estas percepciones que se generan con respecto al espacio vivido, lejos de ser neutrales, detonan una serie de valoraciones que pueden ser estéticas (bonito-feo), morales (bueno-malo), de riesgo (seguro-inseguro) o “ambientales”⁷¹ (agradable-desagradable). En ese sentido, puede decirse que la percepción es en un primer momento un estímulo sensorial que impacta en el cuerpo, pues “la experiencia humana, más allá del rostro insólito que adopte, está basada, por completo, en lo que el cuerpo realiza” (Le Breton, 2002: 100), pero en un segundo momento algunas de éstas percepciones –que no todas, porque eso es humanamente imposible– son interpretadas por los sujetos de acuerdo a sus marcos de referencia, por lo que “esta información recibe una significación y un valor en relación con la personalidad profunda y el medio cultural, social y económico” (Bailly, 1978: 42) en el cual dichos sujetos se desenvuelven.

Pero el conocimiento que tienen los sujetos de la ciudad no sólo se obtiene de manera directa sino también mediada, ya sea a través de otros sujetos –en particular de aquellos que forman parte de su capital social–, de los medios de comunicación de masas –asociados normalmente a la radio, televisión y prensa– o de Internet. A partir de este conocimiento mediado o indirecto de la ciudad los sujetos generan una “percepción imaginada”, la cual no se experimenta a través de los sentidos, esto es, del cuerpo, sino que se construye a través de la imaginación, lo que no quiere decir que sea menos importante, pues a partir de la misma los sujetos terminan por construir una serie de imágenes de la ciudad que habitan, y esta capacidad de representación es también una forma de apropiación, ya que “producir una representación del espacio es ya una apropiación, un dominio, un control, incluso si permanece dentro de los límites del conocimiento” (Raffestin, 2013: 174).

En ese sentido, una forma de dar cuenta de la vinculación que tienen los sujetos con la ciudad es a través de las percepciones –ya sean directas o imaginadas– que tienen sobre

⁷¹ En este caso entiendo por percepciones ambientales aquellas percepciones relativas a las dinámicas sociales que se presentan en un espacio determinado.

la misma, lo cual puede explorarse en un primer momento –como se hará en este apartado– a partir de lo que les gusta y de lo qué no les gusta. En el caso de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, por ejemplo, uno de los lugares que más pareciera gustarles es el centro histórico de Guadalajara. De alguna forma, lo que más destacan los entrevistados es que es un lugar público, tranquilo, seguro, agradable y limpio donde se puede pasar un buen rato sin necesidad de gastar tanto dinero. Y además, una de las ventajas es que es relativamente accesible, pues sobre la avenida Ocho de Julio, y en ocasiones en el mismo interior de las colonias, pasan diferentes rutas de transporte público que tienen como destino, o como lugar de paso, el centro de la ciudad, por lo que tampoco tienen que gastar mucho dinero en pasaje, mientras que en tiempo de traslado se llevan alrededor de los 45 minutos, que para las dimensiones de la zona metropolitana tampoco es tanto.

En el caso de Lauro, de la Nueva Santa María, el centro le gusta “porque está demasiado limpio”, además de que hay muchos “lugares gratuitos, y así se junta más la gente, y así estamos más en común”, mientras que para Carlos, de La Mezquitera, le gusta porque “se ve tranquilo y todo eso, y para ir paseando con la familia o con la novia, pues”. En ese sentido, el centro es visto como un lugar público en un sentido amplio de la palabra, pues no sólo permite que las personas se encuentren y disfruten de las ofertas de ocio que éste brinda, sino que es un espacio de libre acceso que puede ser usado en términos de igualdad por cualquiera, propiciando de esta manera el encuentro con extraños (Duhau y Giglia, 2010). Y si bien esta “igualdad” que se presenta en el espacio público es más bien relativa o incluso engañosa –pues las diferencias sociales no desaparecen, como ya mencionaba anteriormente–, también es cierto que estos jóvenes se sienten a gusto en este lugar porque es frecuentado en gran medida, y sobre todo los fines de semana –que es cuando ellos asisten–, por personas que pertenecen a estratos populares similares al suyo, por lo que en cierta forma hay una homogeneidad en los códigos sociales que se manejan en ese espacio, lo que les permite sentirse relativamente cómodos. En ese sentido, el centro representa una topofilia para estos jóvenes, esto es, “una experiencia grata y placentera con el lugar” (Lindón, 2005: 165), creando un “lazo afectivo entre las personas y el lugar o el ambiente circundante” (Tuan, 2007: 13).

Algo que de entrada llama la atención es que las características del entorno que destacan estos chicos contrastan con la realidad que se vive en el cerro, pues sus barrios y

colonias, como se veía en el capítulo anterior, son vistos por lo general –más allá de que existan algunas excepciones– como sucios, peligrosos y carentes de espacios públicos para el encuentro y la recreación. Pero además, el centro también les agrada porque encuentran actividades y espectáculos gratuitos que son accesibles y que pueden disfrutar por el simple hecho de estar ahí, como los que ofrecen los mimos o los músicos callejeros –quienes a lo más piden una cooperación voluntaria–, así como algunas de las actividades organizadas eventualmente por el gobierno –como las pistas de patinaje que se montan a fin de año, por ejemplo–, e incluso la posibilidad de visitar algunos de los museos que ahí se encuentran – como el Regional, que los domingos no tiene costo, y el de Cera, que es privado–, lo que no deja de llamar la atención debido a su bajo capital cultural. Y en caso de que deseen gastar su dinero pueden encontrar opciones que son accesibles para sus bolsillos, como comprar un helado o comer en algún lugar de vez en cuando, todo lo cual les permite romper con la monotonía de su vida cotidiana que gira normalmente en torno al barrio.

Asimismo, el centro también ofrece una experiencia estética como “paisaje”, el cual está conformado por todo aquello que entra dentro del campo de visión de los sujetos en un lugar y en un momento determinado, por lo que en cierta forma puede decirse que es un palimpsesto compuesto de objetos y temporalidades diferentes, ya que de acuerdo a Milton Santos, “el paisaje no se crea de una sola vez, sino por incrementos, substituciones”, por lo que “un paisaje es una escritura sobre otra, es un conjunto de objetos con edades diferentes, una herencia de muchos momentos diferentes” (Santos, 1996: 64). Así, el centro de la ciudad conforma un paisaje particular que se ha ido conformando a través del tiempo, lo que le ha permitido conservar algunas de sus características arquitectónicas de la época de la Colonia, así como incorporar otras más recientes. Sin embargo, casi nadie hizo mención a esta cualidad del espacio salvo Bernardo –por iniciativa propia– y Jaime –a pregunta expresa–. Esto deja ver la importancia de los referentes culturales en la construcción de la mirada, y por tanto de la percepción y apropiación del entorno, pues Bernardo es el único entrevistado del Cerro del Cuatro que estudió, por lo menos durante algún tiempo y de manera excepcional, una carrera técnica en Bellas Artes, lo cual le permite fijarse en algunos elementos que otros jóvenes de esta zona o no ven o no pueden expresar posiblemente a través del lenguaje y en contextos de entrevista.

-¿Alguna otra zona que recuerdes que te gusta? ¿Así que digas "ah, esta zona está padre" por tal cosa...?

-Alguna otra zona... No, realmente no. No, pues el centro más que nada, pues también por la arquitectura de la mayoría de las casas, pues.

-¿Qué es lo que te llama la atención?

-La arquitectura me gusta mucho, pues la antigua me gusta mucho, la arquitectura antigua, y me gusta más cuando se mezcla, por ejemplo con la decoración más contemporánea, una arquitectura antigua y contemporánea la decoración, no sé, me gusta la combinación como del pasado y el presente, algo así.

Mientras Bernardo se fija en algunos de los elementos arquitectónicos y de decoración que otros no ven, no aprecian o que simplemente no les resultan tan significativos por el tipo de referentes culturales que tienen, Lauro y Carlos centran su atención en la descripción de un *ambiente*, esto es, sobre el tipo de dinámicas sociales que se desarrollan en el espacio y que los hace sentirse a gusto sobre todo al poder formar parte de ellas. Su atención, en ese sentido, no se centra en si el centro es bonito o no, sino en si es agradable o no para estar en él, lo que nos habla de formas distintas de relacionarse y de apropiarse de la ciudad, pues la mayoría de ellos destaca estas cualidades que aquí denominamos como “ambientales” antes que las meramente estéticas. Incluso en el caso de Jaime, a quien de manera explícita se le preguntó sobre si había algún edificio en particular que le gustara, su respuesta no fue respecto a lo estético, sino sobre aquello que en términos de su experiencia de vida le resulta más cercano, dejando ver que su percepción está orientada, en ocasiones, por su oficio principal, que es el de albañil.

-¿Algún edificio en particular que te guste?

-Este... el edificio este, de... que... bueno, el edificio que movió este ingeniero, este, de Teléfonos de México, es como el que más me gusta, pues, o sea, seguido, pues, me gusta ver la historia de cómo fue que le hizo y todo eso, entonces pues es como lo que más me gusta, pues, me late más, me llama la atención, y yo digo que pues que por lo

mismo de que... de que... soy albañil, pues, y como que “ah, órale, va, le hizo así y así, pues, por eso.”⁷²

Pero hablar del centro de la ciudad es hablar de un espacio que puede tener contornos diferentes para cada uno de los sujetos entrevistados. Así, algunos hablan sobre todo de un perímetro que va del mercado San Juan de Dios hasta el mercado Corona, mientras que Norma, de la Nueva Santa María, llega a incluir el Parque Rojo –o Juárez–, que si bien está en una zona céntrica de la ciudad, presenta dinámicas diferentes debido a que es una zona de paso para muchas personas –pues se concentran ahí varios servicios de transporte público, incluido el tren ligero–, y porque cuenta con un parque que es utilizado por muchos jóvenes como punto de reunión, que es justamente por lo que le gusta a Norma, ya que en este espacio suele encontrarse con sus amigos que viven en otras partes de la zona metropolitana, en particular de Tonalá (aunque no deja en claro cómo es que conoce a estos chicos, para tener una idea de cómo ha forjado esa parte de su capital social). En este último caso, la experiencia positiva del entorno se da por el hecho de contar con espacios de encuentro que la vinculan con sus conocidos que de otra forma le sería más difícil ver, o por lo menos en las mismas condiciones, tanto porque estos viven lejos de la colonia donde ella vive, como por el hecho de que no existen este tipo de espacios –parques o áreas verdes– en su colonia.

Sin embargo, por fuera del centro son muy pocos los lugares que estos jóvenes mencionan que les gustan o que les parecen interesantes, lo que de alguna forma da cuenta de una vinculación débil respecto a la ciudad en la que viven, más allá de que existan algunas excepciones. Así, para Jaime, la colonia Cruz del Sur, en la cual vivió un tiempo, le gusta por ser un lugar tranquilo, contar con parques, además de que cuando vivió allá tenía “en corto muchas cosas, muchas tías, muchos amigos de ahí de la infancia”. Un caso parecido es el de David, de La Mezquitera, quien vivió un tiempo en el centro de la ciudad, lo que le permitió generar una valoración positiva de ese espacio. Ciertamente estos casos son particulares respecto a otros entrevistados que viven en el cerro, pero permite observar, así sea a grandes rasgos, cómo el haber vivido en otros lugares les facilitó crear lazos

⁷² El edificio al que se refiere Jaime se ubica sobre avenida Juárez, el cual fue desplazado algunos metros por el ingeniero Matute Remus para ampliar esta avenida en 1950, por lo que en el lugar de encuentra una placa, así como una figura de bronce del ingeniero, para conmemorar este hecho.

afectivos con los mismos, tanto por las características del entorno, como por las relaciones sociales que ahí generaron.

Además, Jaime también menciona otros lugares que le gustan, los cuales están asociados a sus aficiones deportivas, como el Estadio Jalisco y el Omnilife. A Lauro, por su parte, le gusta el centro de Zapopan y Miravalle, lugares que conoce porque en ocasiones va con la familia o con los amigos. Y en el caso de Alma, a ella le gusta Plaza del Sol y “los lugares que están por ahí, donde están los caballos (la glorieta La Estampida), el puente colgante (Matute Remus), para el zoológico... todo eso”. Estas valoraciones positivas que tienen respecto a algunos lugares de la zona metropolitana están ligadas a sus gustos y aficiones –como en el caso de Jaime–, a las actividades que realizan con quienes conforman su capital social –en el caso de Lauro–, y a ciertas zonas que tienen algunos elementos visuales que destacan sobre el resto y que permiten hacerlas más aprehensibles a la memoria, mismos que podemos denominar como “mojones” (Lynch, 1970), los cuales serían aquellos elementos visibles del entorno que sirven para la orientación de los sujetos –en el caso de Alma–.

En contraste con esta pobreza referencial que generalmente muestran los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro respecto a los lugares que les gustan por fuera de sus colonias, los de Santa Tere muestran mejores competencias tanto para nombrar como para caracterizar las distintas zonas que conocen y que les agradan. Así, en el caso de Karla, la avenida Chapultepec le gusta porque hay varios lugares en los que se puede divertirse, mientras que, de acuerdo a sus palabras “Tonalá es muy bonito, me tocó ya conocerlo, y está muy padre, está muy chido. Trae también mucho de cultural, mucho de áreas verdes, bueno, a mí me fascinó”. Para Sandra, por su parte, es la zona de Puerta de Hierro la que le gusta: “O sea, me gustan las casas, me gustan las plazas, me gusta Andares. O sea, sería un lugar que no sería tan... no sé, tan cultural como... Chapu, o como un parque, más familiar, o sea... Algo más moderno, que me guste, eso”. Además agrega que en la Plaza Andares “ya no te encuentras con cualquier persona, sino que es gente ya más... ya un poquito más preparada la que encuentras ahí en esos lugares”, refiriéndose en particular a los empleados de los negocios.

Estas jóvenes no sólo señalan con facilidad algunos de los lugares que les gustan dentro de la zona metropolitana, sino que en general son capaces de distinguirlos de otros a

partir de algunas de sus características, ya sea en términos de “paisaje” –al hacer referencia a las áreas verdes de Tonalá en el caso de Karla o al señalar el tipo de casas que le gustan a Sandra en la zona de Puerta de Hierro–, de las prácticas que en ellos se llevan a cabo –culturales, comerciales, familiares o de ocio–, y de las personas que los frecuentan o que prestan algún tipo de servicio en ellos, y esto a pesar de que Karla y Sandra salen aparentemente poco de su barrio, por lo menos entre semana. Esta facilidad con la que se expresan da cuenta de la apropiación que tienen respecto a algunos de los lugares que mencionan –como la zona de Chapultepec o algunas plazas comerciales–, pero también una mayor capacidad para hacer aprehensibles aquellos lugares que conocen por primera vez, siempre y cuando les gusten por alguna u otra razón, lo que refleja mayores aptitudes para apropiarse de algunas partes de la ciudad.

Además, la vinculación y satisfacción con algunos lugares se da también por el capital social que tengan los jóvenes en ciertas zonas, lo cual puede ser mucho más importante que las características del paisaje o incluso que las percepciones indirectas de carácter negativo que tengan sobre los mismos. Así, en el caso de Adriana, es la “Consti” (Constitución) la colonia que se le hace “bonita”, pues “ahí vive uno de mis mejores amigos, y no sé... igual porque me trae buenos recuerdos o porque nada malo me ha pasado ahí”. De esta forma, su vinculación afectiva con el lugar debido a las experiencias positivas que ha tenido gracias a su capital social llevan a Adriana a pasar por alto algunas percepciones indirectas que retratan a esta colonia como insegura, ya que a ella, de acuerdo con sus palabras, “nada malo” le ha pasado ahí. Por su parte, a César la gusta Providencia, colonia a la que asiste con cierta regularidad tanto por los amigos que ahí tiene, como por los espacios recreativos donde realiza algunas de sus actividades de ocio.

Si bien es bastante posible que no estén señalados todos los lugares que les gusten o les agraden a estos jóvenes por la razón que sea –tanto en el caso de quienes viven en el cerro como en Santa Tere–, la forma en cómo se expresan de aquellos que sí mencionan y la capacidad de recordarlos nos acerca de alguna u otra forma al conocimiento, percepción, vinculación y apropiación que tienen de la ciudad. Pero también se puede conocer esto a partir de lo que no les gusta, aunque en el caso de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro esto pareciera ser aún menos claro, ya sea por este desconocimiento que tienen de la ciudad o porque no son categorías que utilicen en su vida cotidiana para relacionarse con su

entorno. Esto lleva a algunos de ellos a hablar del espacio urbano de forma muy general, como queda reflejado en estos comentarios de Jaime y Ernesto.

-Ahora, ¿qué lugares no te gustan, así que digas que no están chidos, y por qué?

-Pues... ¿pues qué no me gusta? Yo digo que no me gusta... todo me gusta, no hay así como un lugar específico de que “ah, eso a mí no me gusta”. O sea, me gusta toda la ciudad, pues, entonces estoy contento con lo que tengo, así como que no tengo un lugar, pues, para decirte “no, este no me gusta”, toda la ciudad me gusta.

-¿Y a ti?

Ernesto- ¿A mí...? (guarda unos segundos de silencio)...

-¿Toda la ciudad? (le digo, motivado no sé por qué actitud).

Ernesto- La verdad toda la ciudad. A decir que no (parece que dice) yo camino para todas partes, y pues uno va viendo cosas que no conocía.

¿Será que realmente les gusta toda esa ciudad que conocen? ¿Entonces por qué les cuesta tanto hablar de aquellos lugares que sí les gustan? ¿Y qué tan cierto es, en el caso de Ernesto, de que camina “por todas partes”? ¿Cuáles son esas partes? ¿En qué se fija? ¿Qué es lo que aprecia en sus recorridos? ¿Por qué no puede traducir esas experiencias en palabras? ¿Falta de capital cultural? ¿Incapacidad del entrevistador y del entrevistado por establecer una comunicación intercultural? Si bien estas preguntas son pertinentes para reflexionar en términos metodológicos sobre la forma en cómo se obtuvieron los datos, hay elementos suficientes para creer que esta incapacidad que muestran la mayoría de los jóvenes entrevistados para hablar de la ciudad que conocen sólo es un reflejo de la falta de apropiación que tienen de la misma.

De los entrevistados a quienes se les hizo esa pregunta –sobre qué no les gustaba del espacio urbano–, sólo Alma y Lauro, ambos de la Nueva Santa María, fueron lo suficientemente claros al respecto. En el caso de Alma, y contrario a la mayoría de las opiniones, es el centro el lugar que no le gusta, ya que “hay mucha gente” y eso le genera estrés, lo cual da cuenta de que no está acostumbrada a las grandes multitudes. Por su parte, Lauro suele entrar en contacto con la ciudad cotidianamente a partir de los recorridos que realiza de su casa al trabajo –los cuales pueden variar al ser su trabajo por obra, ya que se

dedica a poner pasto sintético—, lo que lo ha llevado en ocasiones a circular por partes de la zona metropolitana que aún no están urbanizadas, y esto le resulta poco agradable, no sólo porque no ve personas durante el trayecto, sino también porque no hay infraestructura urbana que considere por alguna razón indispensable, como podría ser un hospital en caso de que se presentara algún tipo de contingencia (aunque cabe preguntarse que si no hay gente en ese espacio, ¿quién necesita entonces un hospital?). Esto supone una relación incómoda respecto al espacio —el cual es básicamente un espacio de tránsito—, por lo que se podría hablar de topofobia.

-Ahora, de los lugares por los que circulas cotidianamente, ¿cuáles son los que más te gustan?

-Ninguno.

-Ya. No te gusta ninguno de los lugares por los que... ¿Por qué no te gustan?

-Porque no hay nada de gente.

-¿Casi siempre por donde circulas no hay gente?

-Casi que no. Cuando iba para Tlajomulco, pues, la mayoría es cerro. Como hicieron la carretera entre el cerro, no me gusta. ¿Por qué? Porque no hay nada. Ni un hospital por si una emergencia pasa, nada. Puro pastizal, se puede decir así.

De alguna forma, estas percepciones que tienen los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro respecto a los lugares que les gustan o no de la zona metropolitana de Guadalajara reflejan en buena medida el poco conocimiento, pero sobre todo la falta de apropiación, que tienen del espacio urbano, pues más allá de que algunos de ellos conozcan algunas partes del mismo, la relación que establecen con la mayoría de lugares es mucho más funcional que simbólica, lo cual se ve reflejado tanto en su incapacidad para recordarlos como para poder representarlos a través del lenguaje. Podría plantearse, entre otras cosas, que esta incapacidad para conocer, percibir y recordar ciertos lugares en la ciudad tiene que ver con lo poco “imaginable” que ésta resulta para los sujetos, ya que “una ciudad muy imaginable (evidente, legible o visible) parecería, en este sentido específico, bien formada, nítida, notable; incitaría a los ojos y los oídos a una atención y una participación mayores”, pues la *imaginabilidad* es “esa cualidad del objeto físico que le da una gran probabilidad de

suscitar una imagen vigorosa en cualquier observador de que se trate” (Lynch, 2010: 19-20).

Sin embargo, si la ciudad fuera realmente poco imaginable para “cualquier observador”, los jóvenes de Santa Tere también habrían tenido problemas para hablar de la ciudad que conocen, y no es el caso, por lo que esta incapacidad que muestran los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro para hacer aprehensible el espacio urbano, reflejada en las mínimas referencias que hacen de él, es en parte resultado de esta falta de “imaginabilidad” –o legibilidad– de la ciudad *en relación* a las competencias perceptivas que éstos tienen, lo cual se explica en buena medida por la falta de capitales con que cuentan, que además de limitar su capacidad interpretativa de aquellos paisajes a los que no están habituados, restringe tanto sus movimientos por la ciudad como la posibilidad de llevar a cabo prácticas que les resulten significativas sobre el territorio.

Percepciones y valoraciones del espacio urbano (II)

Otra forma de dar cuenta del conocimiento que tienen los sujetos de la ciudad, y que puede afectar la forma en cómo viven y se apropian de ella o no, es a partir de las percepciones de riesgo que tienen sobre la misma, ya que sentirse seguros o inseguros para transitar por sus calles y avenidas, o incluso para establecerse así sea momentáneamente en alguno de los lugares que la conforman, puede ampliar o reducir, según sea el caso, las oportunidades de apropiación del espacio urbano, y por tanto fortalecer o debilitar su sentido de pertenencia socioterritorial. Dichas percepciones están basadas no sólo en la experiencia personal de los sujetos, sino también, y de manera muy importante, en informaciones que estos reciben tanto a través de sus conocidos como de los medios de comunicación, por lo que puede hablarse, como apuntaba anteriormente, de *percepciones imaginadas*, esto es, de percepciones que no son experimentadas directamente por los sujetos a través de sus sentidos, sino construidas en su imaginación a partir de informaciones indirectas o mediadas. Y en cuanto a los riesgos a los que aquí hacemos referencia, destacan sobre todo aquellos que tienen que ver con la posibilidad, real o imaginada, de ser asaltados, amedrentados o golpeados, así como todo aquello que atente contra la integridad física y emocional de los sujetos o contra aquello que forme parte de su patrimonio.

En el caso de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, particularmente los de la Nueva Santa María,⁷³ sus percepciones relativas a la inseguridad parten del hecho de que tanto ellos como varios de sus amigos y familiares –quienes forman parte de su capital social– han sido en algún momento víctimas de asaltos y/o han sufrido algún tipo de violencia. Y esto tiene que ver en buena medida con el tipo de lugares con los que de alguna u otra forma se encuentran vinculados, ya sea por sus actividades cotidianas o porque ahí viven sus conocidos. Así, para Jaime, el lugar con el que con “más cuidado” anda es la colonia Jalisco, pues “ya varios amigos también han ido, pues, y los han asaltado, y cuando voy, voy con mi papá, voy con mi abuela, voy así, con familiares, y pues sí, como que se me hace mal pedo, pues” que los vayan a asaltar, por lo que cuando va a esa colonia se la pasa “volteando a todos lados”.

Si bien el capital social que tiene Jaime lo vincula con otras partes de la ciudad, como en este caso la colonia Jalisco, que es donde viven algunos de sus familiares, no deja de estar dentro de un espacio físico y social muy parecido al espacio en el que él mismo vive y se desenvuelve cotidianamente, pues ésta es una colonia popular donde hay poca presencia del Estado –por lo menos en lo que respecta a seguridad pública– y donde operan varias pandillas, algunas de las cuales, además de “defender” su territorio, se dedican a asaltar. Es por ello que la inseguridad que caracteriza a esta colonia limita el conocimiento que Jaime pudiera tener de la misma, por lo que en realidad no puede apropiarse de este espacio –o esta apropiación es más bien pobre– ni tampoco le es posible generar una pertenencia socioterritorial respecto a esa parte de la ciudad que conoce. En ese sentido, su condición de clase –asociada a los capitales con los que cuenta– termina por ser determinante en la vivencia acotada que tiene del espacio urbano.

Sin embargo, cuando a Jaime se le preguntó sobre qué lugares no le gustaban de la zona metropolitana –como se dio cuenta en el apartado anterior–, no pudo mencionar ninguno, ya que según él “toda la ciudad” le gusta. ¿Será entonces que la inseguridad que han sufrido sus conocidos en la colonia Jalisco, y que lo lleva a ponerse en estado de alerta cuando va con sus familiares, no es un elemento que modifique su percepción del espacio?

⁷³ El desconocimiento del espacio urbano que tienen los jóvenes entrevistados de La Mezquitera, así como la relación toponegligente y en ocasiones topofóbica que establecen con el mismo, limitó la exploración de este tipo de percepciones con ellos. Y en el caso de los jóvenes que viven en Santa Tere se privilegiaron otras preguntas, por lo que se incluyen pocos datos de ellos en este apartado.

¿Cómo puede sostenerse que un lugar es bonito o agradable si cuando se visita se tiene que estar en un permanente estado de alerta, volteando hacia todos lados, para evitar ser víctima de la inseguridad?

Para Lauro, por su parte, es la colonia El Sauz, que se encuentra relativamente cerca de donde él vive, la que considera peligrosa, y esto porque tanto él como sus familiares han sido víctimas de asaltos y de violencia, lo cual se ve reforzado a partir de lo que ha visto en los medios de comunicación.

-¿Hay algún lugar en la Zona Metropolitana que tú consideres que es peligroso?

-¿Peligroso? Sí, el Sauz.

-El Sauz, ¿por qué? ¿Alguien te ha contado de eso, o tú has tenido alguna bronca ahí?

¿O cómo sabes que es peligroso?

-Una vez me asaltaron allí en el Sauz; por las noticias me entero que hay demasiada muerte; un primo casi lo matan, lo asaltaron y... bueno, no entregaba nada, casi lo matan. Creo que le pusieron un balazo en la pierna y lo mandaron a un hospital. Por eso es la zona más peligrosa que se me hace.

-¿Hay alguna otra zona que se te haga peligrosa en la ciudad?

-No, solamente esa.

Pero si los hombres son vulnerables a los asaltos, las mujeres lo son aún más, tanto por su menor fortaleza física como porque en general no están habituadas a utilizar la violencia ni siquiera para defenderse ante alguna eventualidad.⁷⁴ Así, en el caso de las chicas de la Nueva Santa María, “La Ferro” –Ferrocarril– es una colonia que consideran “peligrosa”, pues una vez las asaltaron ahí, lo cual parece haber sido relativamente sencillo para quien lo hizo, ya que no tuvo que mostrarles un arma para que les cedieran sus pertenencias. Sin embargo, hay otras colonias que consideran peligrosas no porque les haya tocado vivir una

⁷⁴ Está claro que no todas las mujeres son débiles físicamente, además de que algunas, por el contexto en el cual se desenvuelven o por alguna particularidad en sus biografías, son capaces no sólo de defenderse en una situación similar, sino que incluso en algunos lugares ellas mismas pueden cumplir el rol de victimarias. En algunos barrios populares de Barranquilla, Colombia, por ejemplo, chicas muy jóvenes –alrededor de los 14 años– se dedican a asaltar con cuchillo, el cual usan contra sus víctimas en caso de encontrar algún tipo de resistencia, además de que también pelean con otras bandas rivales tanto de mujeres como de hombres, como lo dio a conocer la revista Pulzo en los siguientes enlaces:

<http://www.pulzo.com/nacion/334961-esta-es-angelita-la-nina-de-14-anos-capaz-de-acuchillar-alguien-por-un-celular>

<https://www.facebook.com/PULZO.COLOMBIA/posts/822046297873035>

mala experiencia, sino por lo que han escuchado que se dice sobre ellas, lo que les ha generado una *percepción imaginaria* de las mismas, que si bien se parece a la realidad que ellas encuentran de manera cotidiana en sus propios barrios, el hecho de no conocer a quienes ahí viven ni ser reconocidas por ellos se convierte en un factor detonante de su sensación de inseguridad. Al mismo tiempo, estas percepciones imaginarias, que las llevan a identificar ciertos factores de riesgo similares a los que se encuentran en sus colonias, es una manera de reconocer, de forma tácita, que ellas mismas viven en un lugar que puede ser inseguro para otros sujetos que no conozcan esa zona.

-¿*Qué zonas de la ZM no les gusta para nada... así que digan “no, ahí está bien feo, mejor no vamos...”?*

Alma -La del Carmen...

Norma -La del Carmen.

-¿*Colonia de El Carmen? ¿Dónde está eso?*

Norma -Para acá abajo, para Lázaro (Cárdenas).

-¿*Por qué no les gusta ahí?*

Alma -Porque hay muchos cholos, muchos vagos, muchos secuestradores, muchos...

-*Pero ustedes dicen que también aquí hay muchos cholos... ¿hay secuestradores?*

Norma -Pero son los que tú conoces, que sabes que no te van a hacer nada, y allá sí... Son bien manchados.

-¿*Les ha tocado alguna experiencia por ahí que sea mala?*

(Las dos niegan con un no)

-¿*O más bien de oídas...?*

(Las dos asienten)

Ahora, respecto a lugares que consideren más seguros dentro de la ciudad, son pocos los que estos jóvenes mencionan, aunque podría suponerse que en general están asociados con los lugares que les gustan y en los que se sienten a gusto. Lauro, de la Nueva Santa María, se refiere en particular al centro de la ciudad o a la colonia Miravalle, que se ubica prácticamente a espaldas del cerro, pero luego recurre a generalidades al referirse a Tonalá o a Zapopan como zonas seguras sin mencionar sitios específicos, hasta que una nueva pregunta lo lleva a decir que sobre todo la cabecera de Zapopan.

Por otro lado, muchos de los chicos que viven en el Cerro del Cuatro suelen hacer sus trayectos a pie, tanto para salir como regresar a sus barrios, ya sea porque les gusta caminar, porque no tienen dinero suficiente o porque prefieren ahorrarse lo que cuesta un camión, lo que los lleva a ser más conscientes de los lugares por los que transitan. En ese sentido, y de acuerdo con Bernardo, “las avenidas son más seguras” para caminar, pues “está más poblado”, ya que “la gente tiende a arrimarse más a las avenidas, entonces hay más seguridad y más apoyo”. Pero esto quizá también tenga que ver con el hecho de que los *barrios* o pandillas tienen sus territorios normalmente al interior de las colonias, por lo que podría resultar poco conveniente internarse en ellas.

Si bien esta dimensión no fue explorada a profundidad con los jóvenes de Santa Tere, hay algunos elementos que permiten dar cuenta de las diferentes formas de percibir el entorno de acuerdo al grupo social de pertenencia. En el caso de Adriana, por ejemplo, que un lugar sea seguro responde, en parte, al hecho de que no se encuentre en una zona comercial –como lo es el caso de su colonia–, sino residencial, pues de alguna forma la existencia de comercios implica un mayor flujo de dinero, menos espacios destinados a viviendas y –por ende– menos vecinos, pero además considera que es una cuestión de dinero y por tanto de clase social, ya que donde haya gente más rica estará más seguro, de acuerdo a su lógica. “Yo pienso que donde hay zona comercial cerca de casas es como un poco más arriesgado, ¿no?, a la inseguridad. Y donde hay más zona residencial, por ejemplo la Seattle, o éstas que te acabo de decir –Bugambilias, la zona de la barranca– es más seguro, ¿no?”.

Además, estar en un lugar desconocido, donde las características del paisaje resultan poco agradables en términos estéticos, y donde los jóvenes tienen una fuerte presencia en las esquinas son elementos que pueden detonar en Adriana una sensación de inseguridad. Pero el hecho de no recordar la colonia donde estuvo y que las características de ésta la hayan desconcertado habla de lo poco familiarizada que está con este tipo de entornos que, curiosamente, guardan cierta semejanza con los que existen en el Cerro del Cuatro.

-De la Zona Metropolitana, ¿hay zonas que tú consideras que son como muy peligrosas? ¿Que no sería como conveniente entrar?

-No me acuerdo, hace mucho fui con unos amigos, no me acuerdo a qué fui por allá, y sí era un barrio súper feo, ¿no? En la esquina había como un grupo de chavos, en la

otra había otros y que sí los ves y no te reconocen que eres de ahí pues se van sobre de ti, pero no recuerdo dónde era. No me acuerdo.

Si bien es cierto que las percepciones de inseguridad condicionan la vivencia del espacio urbano independientemente la clase social a la cual se pertenezca, también es cierto que la pertenencia a una clase social determinada condiciona tanto el tipo de entornos en los que los sujetos pueden desenvolverse como los riesgos a los que pueden enfrentarse. Es por ello que los espacios por los que los sujetos circulan cotidianamente, o aquellos a los que se encuentran vinculados por alguna u otra razón –ya sea por sus actividades cotidianas o por sus vínculos sociales–, puede exponerlos a determinados riesgos, que cuando se materializan, ya sea a través de su experiencia o la de sus conocidos, terminan por afectar la percepción que tienen del espacio así como la forma en cómo viven, experimentan y se apropian de él.

En el caso de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, por ejemplo, la precariedad económica que tienen tanto ellos como quienes forman parte de su capital social termina por vincularlos con ciertos fragmentos del espacio urbano que en general son parecidos a los que ellos mismos habitan, ya que la mayoría de éstos se caracterizan por ser populares y tener problemas fuertes de inseguridad. Sin embargo, al no ser espacios del todo conocidos, ni conocer ni ser reconocidos por quienes ahí viven, así como el hecho de tener una percepción del riesgo alta debido a las experiencias negativas que han tenido o de las que se han enterado, limita tanto el conocimiento como la apropiación de los mismos, reduciendo con ello las posibilidades de generar un sentimiento de pertenencia socioterritorial respecto a esas partes de la ciudad que conocen.

Cierre

Las actividades cotidianas que realizan los sujetos como parte de los roles, responsabilidades, expectativas y aspiraciones que éstos tienen –asociados con su edad, género y grupos de pertenencia–, así como la ubicación de sus viviendas dentro del entramado urbano y de la posición que ocupan en el espacio social, posibilitan, en conjunto, la construcción de una espacialidad determinada, pero también, y al mismo tiempo, condicionan de manera importante el tipo de relaciones que pueden establecer *con* y *en* la

ciudad, lo cual puede ser observado a partir de los conocimientos, percepciones y actividades que tienen y realizan sobre la misma, ya que éstos dan cuenta tanto de la forma en cómo se vinculan y se apropian de ella, así como de los elementos que entran en juego en la construcción de su sentido de pertenencia socioterritorial.

Así, en el caso de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, al ser las actividades laborales el principal medio de vinculación que tienen con la ciudad, y al ser éstas realizadas de manera temporal en espacios que les son ajenos y desconocidos, provoca que establezcan relaciones distantes e indiferentes –o toponegligentes– respecto a los mismos. Pero además, al vivir estos jóvenes en un lugar de la zona metropolitana en la que experimentan condiciones de segregación socioespacial, contar con un capital social acotado al espacio del barrio o ubicado en colonias similares a la suya, así como su precariedad económica y su desvinculación prematura de las instituciones educativas –que dan cuenta de lo reducido de sus capitales–, limita tanto sus oportunidades de interacción con otros grupos de población diferentes al suyo como la posibilidad de adquirir otros códigos sociales –de actuación o de fachada, siguiendo a Goffman (1997), o de lectura e interpretación del paisaje urbano, siguiendo a Lynch (1970)– que podrían permitirles moverse con mayor comodidad, seguridad y confianza por aquellas otras zonas que ahora les resultan extrañas y desconocidas, y sobre las cuales tienen incluso sentimientos de incomodidad y de rechazo –o topofobia.

Por ello no resulta extraño que estos jóvenes hablen de manera vaga de esas partes de la ciudad que conocen, pues a excepción de las actividades laborales que realizan en el espacio urbano, que los llevan a establecer con éste una relación de carácter más bien funcional, son pocas las actividades de libre elección que éstos lleven a cabo, independientemente si son de ocio o de otro tipo, siempre y cuando éstas sean simbólicamente significativas, la mayoría de las cuales son realizadas en los pocos espacios en los que se sienten cómodos, lo cual ocurre cuando se encuentran con sujetos y entornos que les son familiares y cuando no tienen una percepción negativa respecto a los mismos, así estas prácticas no sean realizadas con mucha frecuencia, sobre todo porque no siempre pueden –o “quieren”– salir de las colonias donde viven, lo cual limita sus posibilidades de construir territorialidades fuertes más allá de sus barrios.

Al mismo tiempo, su condición de clase, y lo limitado de sus códigos sociales para interactuar con otros grupos diferentes al suyo, se convierten en importantes barreras para adentrarse en otras zonas diferentes a las que están acostumbrados. Y si bien el capital social que tienen puede vincularlos con otras partes de la mancha urbana, la mayoría son similares a los lugares donde ellos viven, además de que algunas de ellas son percibidas como peligrosas –ya sea por experiencias directas o por percepciones imaginadas–, lo que reduce las posibilidades que tienen para apropiarse de las mismas.

Por otro lado, si bien algunos de estos jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro afirman que les gusta toda la ciudad –o por lo menos aquella ciudad que conocen, que de alguna forma da cuenta de que se sienten a gusto en ella–, hay información suficiente para pensar que la relación topofílica con el espacio es más bien reducida en comparación con las relaciones toponegligentes y topofóbicas que tienen con el mismo, lo que de alguna forma se ve reflejado en la falta de claridad que tienen al hablar de esos espacios que conocen o en su incapacidad de recordar otros, así como la imposibilidad que evidencian para conocer otros espacios por la incomodidad y desazón que sienten en ellos. Y tanto la toponegligencia como la topofobia hacen imposible la apropiación de los espacios, así como la generación de un sentido de pertenencia socioterritorial.

Movilidad cotidiana y acceso a la ciudad

La relación que construyen los sujetos con el espacio barrial se da principalmente a partir de los recorridos que hacen a pie a través del mismo, y esto es así tanto para quienes viven en el Cerro del Cuatro como para quienes viven en Santa Tere, pero también para la mayoría de personas que viven en barrios de carácter popular o incluso de clase media.⁷⁵ Sin embargo, con el resto de la mancha urbana en general, o con los lugares que constituyen su micrópolis en particular, esto resulta menos común y en ocasiones imposible por la extensión de la zona metropolitana, por lo que los sujetos tienen que organizar sus tiempos, espacios y actividades en relación a los medios de transporte que utilicen, el costo de sus desplazamientos y a la ubicación de sus domicilios con respecto a esos otros

⁷⁵ En el caso de algunas colonias residenciales, donde la mayoría de sus habitantes –si no es que todos– tienen automóvil particular, esto no es necesariamente así, ya que su forma de relacionarse con el espacio que se encuentra alrededor de su vivienda se da principalmente a través de los trayectos que realizan con sus vehículos.

espacios donde se desenvuelven cotidianamente. En ese sentido, “los lugares donde la gente vive, trabaja, compra y se relaciona con las otras personas dibujan el escenario de la movilidad a través de la definición de los puntos de origen y final de los recorridos y, por tanto, de la duración de los viajes y la energía que se consume” (ONU-Hábitat, 2013: 29-30).

La importancia de la movilidad urbana radica en que ésta es “esencial para el desarrollo social y económico en tanto permite a las personas acceder a servicios, oportunidades laborales, educativas, de relaciones sociales y disfrutar plenamente de la ciudad” (ONU-Hábitat, 2012: 99). Sin embargo, no todas las personas tienen las mismas oportunidades para acceder a los bienes y servicios que la ciudad ofrece ni utilizan los mismos medios de transporte para desplazarse. Las distancias, el tiempo, el dinero, la disponibilidad de medios y las responsabilidades o compromisos sociales son algunos de los factores que de alguna forma influyen en ello, limitando en algunos grupos su movilidad, y “una movilidad limitada supone un importante elemento de exclusión social que determina el nivel de pobreza urbana” (ONU-Hábitat, 2013: 38).

En el caso de la zona metropolitana de Guadalajara, de acuerdo a la encuesta de percepción Jalisco Cómo Vamos, el 63% de las personas utilizan los camiones como su principal medio de transporte, seguido en importancia por el automóvil particular con un 22%, y mucho más atrás, con tan sólo un 5%, por los recorridos realizados a pie (Jalisco cómo vamos, 2013: 30), lo cual no se diferencia del todo de la tendencia general que se presenta en otras ciudades de América Latina y el Caribe,⁷⁶ donde la movilidad se caracteriza por dos rasgos fundamentales: “en primer lugar, la importancia del transporte público colectivo y de los viajes a pie y en bicicleta; en segundo lugar, el hecho de que la región no escapa a las tendencias mundiales de un aumento significativo de la motorización y el problema de la congestión” (ONU-Hábitat, 2012: 99).⁷⁷

⁷⁶ Por ejemplo, en el caso de Bogotá, Colombia, este porcentaje es del 71% para quienes cotidianamente se desplazan en transporte público, que incluye el sistema masivo llamado Transmilenio, el Sistema Integrado de Transporte Público (SITP), y los buses tradicionales. Sin embargo, y a diferencia de Guadalajara, sólo el 13% se moviliza en transporte privado, como carros o motocicletas (8 y 5% respectivamente). En cuanto a movilidad no motorizada, el 7% de la población camina y otro 6% utiliza la bicicleta (Bogotá Cómo Vamos, 2014), lo cual puede deberse, por un lado, a que Bogotá es una ciudad bastante compacta, y por el otro, a que cuenta con una red bastante extendida de ciclorrutas.

⁷⁷ En el caso de los traslados en bicicleta, estos siguen siendo muy marginales, pues sólo para el 2% de la población representa el principal medio de transporte, según la encuesta Jalisco Cómo Vamos (2013).

En ese sentido, no es de extrañar que en el caso de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro sea el transporte público el medio que más utilizan para desplazarse por la ciudad, particularmente los camiones, y en menor medida el tren ligero y los taxis, y esto tanto para realizar sus actividades formales –como estudiar o trabajar–, como las informales –centradas en este caso en las prácticas de ocio–, lo cual permitirá dar cuenta lo accesible que resulta o no para estos jóvenes la ciudad y entender, a partir de ello, la intensidad, extensión y ubicación de su pertenencia socioterritorial.

Movilidad por fines laborales

Una de las principales razones por las cuales los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro salen de sus colonias es para ir a sus trabajos, los cuales representan una de las pocas actividades formales que realizan cuando han abandonado sus estudios. Para ello utilizan normalmente el transporte público, ya que por lo general “los sectores populares dependen de forma prácticamente exclusiva del transporte colectivo para sus viajes motorizados” (ONU-Hábitat, 2012: 105), aunque en ocasiones también pueden aprovechar algún aventón por parte de alguno de sus vecinos o familiares con los que estén trabajando –algunos de los cuales tienen camionetas que les sirven tanto para mover a las personas que laboran con ellos como para transportar materiales de construcción–, e incluso hay quienes tienen la ventaja –aunque son los menos– de hacer estos recorridos en vehículos de la empresa donde estén empleados, los cuales pasan sobre la avenida Ocho de Julio, a tan sólo unas cuadras de donde viven.

Ahora bien, si el transporte público es el medio que más utilizan estos jóvenes para *moverse por y acceder a* la ciudad, la calidad del mismo puede analizarse, de acuerdo con Carruthers, a partir de cuatro criterios (aunque en realidad sólo los dos primeros, y en menor medida el tercero, resultan particularmente relevantes para este trabajo):

- La asequibilidad se refiere hasta qué punto el coste del viaje supone un sacrificio económico para un individuo o una familia a la hora de desplazarse, o en qué grado pueden permitirse hacerlo cuando lo desean.
- La disponibilidad se refiere a las posibilidades de rutas, horarios y frecuencias.

- La accesibilidad describe la facilidad con la que los pasajeros pueden utilizar el transporte público. También incluye la facilidad de encontrar información sobre las ofertas de movilidad.
- La aceptabilidad es otra cualidad importante del transporte público, ya tenga que ver con el propio medio o con los estándares de los pasajeros. Por ejemplo, los viajeros pueden desistir de utilizar el transporte público debido a la falta de seguridad personal (Carruthers *et al*, en ONU-Hábitat, 2013: 37).⁷⁸

En cuanto a los camiones, que son su principal medio de transporte, puede decirse que éstos son de alguna forma *asequibles* en el sentido de que pueden costear los pasajes a partir del dinero que ganan, lo que no quiere decir que no representen un gasto fuerte en su economía si se considera que no siempre tienen trabajo y que cuando tienen no necesariamente están bien pagados, además de que algunos se ven en la necesidad de tomar más de un camión para llegar a sus destinos, aumentando con ello los costos relativos a su movilidad.

Respecto a su *disponibilidad*, ésta en general es buena, pues son varias las rutas de camiones que pasan de manera frecuente por estas colonias en un horario que puede ir de las 5:30 de la mañana hasta apenas pasadas las diez de la noche, e incluso también llegaron a contar en su momento con el servicio nocturno llamado Búho que circulaba por la avenida Ocho de Julio, antes de que fuera suspendido aparentemente por no ser económicamente rentable, más allá de la relevancia social que éste pudiera haber tenido. Sin embargo, esto no quiere decir que las rutas que por ahí pasan sean siempre las más convenientes para los recorridos que tienen que realizar, por lo que en ocasiones es necesario que tomen más de un camión o que alternen este tipo de transporte con trayectos a pie o en tren ligero.⁷⁹

⁷⁸ Si bien estos dos últimos puntos no son tan importantes para estos jóvenes –pues prácticamente no los mencionaron–, no quiere decir que no sean relevantes a la hora de planear un sistema de movilidad urbana.

⁷⁹ La falta de un sistema de transporte público integrado en la zona metropolitana, así como la falta de planeación de las rutas, puede limitar la movilidad de los sujetos, tanto por los costos que eso supone como por los tiempos de traslado, lo que puede reforzar la segregación de los grupos más vulnerables de la sociedad.

De acuerdo con la Corporación Andina de Fomento, en Guadalajara “la actual oferta de transporte se caracteriza por la existencia de varios modos pero con muy bajos niveles de integración, pues no existe la prioridad para los modos de transporte públicos. La red de transporte público atiende los principales ejes de desplazamiento radial, pero presenta una deficiencia de corredores transversales integrados con los ejes radiales. Además, el esquema de transporte colectivo de autobuses presenta una superposición de rutas y servicios de baja eficiencia y un alto nivel de riesgo” (CAF, 2011: 198).

En el caso de Lauro –por mencionar algunos casos en concreto–, todos los días tenía que tomar un par de camiones para trasladarse a un trabajo que realizaba en Tlajomulco, invirtiendo un tiempo aproximado de dos horas para ir y regresar. Por su parte, Ernesto señala que sus trayectos laborales pueden oscilar entre los 10 minutos y una hora, esto es, entre los 20 minutos y las dos horas si se considera el viaje de ida y vuelta, lo cual depende, claro está, de las rutas que tome y de los lugares a donde tenga que trasladarse.⁸⁰ Pero cuando estos chicos tienen trabajos de los que salen a altas horas de la noche, ya que las unidades de transporte público han dejado de circular, tienen que contemplar otras opciones para poder regresar a sus casas. Y aunque por lo general son los mismos empleadores los que se encargan de brindarles un medio de transporte –como en el caso de Ernesto y Tona, que salían en la madrugada del bar donde trabajaban en el centro de la ciudad–, o de darles un dinero extra para cubrir el monto del taxi, el problema es que no todos los conductores de estos vehículos quieren entrar en estas colonias por considerarlas peligrosas – particularmente aquellas que se ubican de la avenida Ocho de Julio hacia arriba, como La Mezquitera–, lo que da cuenta de la existencia de “estigmas territoriales” que son en parte producto de la segregación residencial que se vive en estas colonias (Sabatini, 2006), los cuales impactan negativamente en su movilidad.

Sin embargo, cuando existía el autobús nocturno llamado Búho, estos jóvenes podían ganarse incluso un dinero extra, pues si bien sus empleadores les daban dinero suficiente para pagarse un taxi, también los dejaban decidir la forma más conveniente para regresar a sus casas, como queda reflejado en esta respuesta de Lauro.

-Y ¿tomas tú el Búho Nocturno?

-Sí, cuando salía del trabajo, salía a las once.

-¿Dónde trabajabas antes?

Este problema no es exclusivo de Guadalajara, sino que se presenta en la mayor parte del país, ya que “la falta de integración del transporte con la planeación del desarrollo urbano es la causa principal del modelo desarticulado de transporte que predomina en las ciudades mexicanas, y las pérdidas por externalidades negativas que genera: descenso en la productividad económica, impacto negativo en la salud de los residentes y en su calidad de vida y el deterioro ambiental” ONU-Hábitat, 2011: 63).

⁸⁰ Si tomamos en cuenta los resultados de la encuesta de percepción 2014 “¿Cómo nos vemos los tapatíos?” (Jalisco cómo vamos, 2015), donde se informa que la población del área metropolitana de Guadalajara utiliza 2.3 horas en promedio para trasladarse diariamente por la ciudad, podría pensarse que estos jóvenes que viven en el cerro utilizan menos tiempo. Sin embargo, en los datos que presenta esta encuesta no hay una diferenciación entre actividades formales e informales, o en otras palabras, de las motivaciones que están detrás de estos desplazamientos, lo cual podría ser considerado como una deficiencia metodológica.

-En *Sears*, ahí en el centro, por 16 de Septiembre, ahí trabajaba. Ya salíamos demasiado noche, no nos pagaban el taxi, nos daban el dinero en efectivo, nos decían "si se quieren ir en taxi, váyanse, si no, agarren el camión". Yo agarraba el camión, que eran por lo mucho 15 pesos, me dejaba casi aquí en 8 de julio, y ya subía a mi casa.

Estas problemáticas que experimentan los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro respecto a su movilidad cotidiana con fines laborales contrastan de manera significativa con aquellas a las que se enfrentan los jóvenes de Santa Tere, y esto es así tanto por la ubicación de las colonias dentro de la mancha urbana como por las características socioeconómicas de las mismas, pues mientras las primeras se localizan en la periferia de la ciudad y se caracterizan por tener una reducida actividad económica que el ocasiones fuerza a los jóvenes a tener que recorrer grandes distancias para acceder a un empleo, Santa Tere se encuentra en una zona céntrica y cuenta en su interior con una intensa actividad comercial, por lo que muchos de los jóvenes que ahí viven no tienen que salir de ella para encontrar trabajo ni tampoco batallar mucho para trasladarse a los lugares donde estudian. Esto les permite a Karen, Sandra y Adriana caminar hasta los negocios donde trabajan, ya que se ubican en el mismo barrio, mientras que César y Adriana se trasladan en camión o en bicicleta –en el caso de ésta última– hacia sus escuelas, las cuales se encuentran en el centro de la ciudad, por lo que sus tiempos de traslado rondan los 20 minutos.

Estas condiciones desiguales que viven los jóvenes se manifiestan entonces en los medios, tiempos y costos que invierten en los traslados que realizan para cumplir con sus actividades formales, y si bien en este caso la ubicación de la vivienda es central, la diferencia más significativa que se presenta en la zona metropolitana de Guadalajara no tiene que ver con la ubicación de la vivienda sino con la solvencia económica de los sujetos, ya que “la cantidad de tiempo destinada a moverse de un lado a otro varía según el ingreso. Aumenta para los que registran grandes dificultades económicas, disminuye para los que cuentan con un ingreso que les permite ahorrar” (Jalisco cómo vamos, 2015). Pero particularmente lo que interesa aquí es saber las problemáticas a las que se enfrentan en su vida cotidiana estos jóvenes cuando tienen o quieren moverse a otras partes de la ciudad para realizar algunas de sus prácticas de ocio, lo que se abordará en el siguiente apartado.

Movilidad asociada a las prácticas de ocio

La mayoría de las prácticas de ocio que realizan los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro las llevan a cabo al interior de sus barrios o en algunas zonas colindantes a éste, lo que de alguna forma da cuenta de sus preferencias respecto a donde realizarlas pero también de lo difícil que es para la mayoría de ellos acceder a otras partes de la ciudad. Y es que si bien podemos denominar a este tipo de prácticas como *electivas* por el hecho de que son los mismos sujetos los que deciden qué, cuándo y dónde hacer dentro de su tiempo libre, también es cierto que éstas dependen de una serie de *condiciones de posibilidad* para poder llevarse a cabo, las cuales están asociadas a los capitales que tengan los sujetos, a la ubicación de su vivienda en el espacio urbano y a su conocimiento y percepción de la ciudad, pero también, y no menos importante, a las problemáticas a las que se enfrentan cotidianamente para desplazarse a través de la misma.

En el caso de estos jóvenes que viven en el cerro, la mayoría de los desplazamientos que realizan para llevar a cabo sus prácticas de ocio en otras partes de la ciudad son en transporte público, particularmente en camión, y en menor medida en taxi y tren ligero, por lo que no hay mucha diferencia respecto a su movilidad con fines laborales. Sin embargo, de acuerdo a los criterios de Carruthers (et al, en ONU-Hábitat, 2013), los principales problemas a los que se enfrentan estos jóvenes tienen que ver con cuestiones de *asequibilidad*, pues no todos tienen el dinero suficiente como para pagar varios camiones al día ni mucho menos taxi de manera frecuente, sobre todo si no es absolutamente necesario; y de *disponibilidad*, ya que más allá de las diez de la noche resulta complicado tomar el transporte público, limitando de esta forma los horarios en los que pueden moverse de manera relativamente económica.

A estos problemas asociados al transporte público se suman en algunos casos las distancias y los tiempos de recorrido. En el caso de Jaime, por ejemplo, quien realiza la mayoría de sus traslados cotidianos en camión y a pie, cada que iba a ver a la que era su novia a Tlajomulco –a la cual conoció en la Nueva Santa María, ya que esta chica vivió un tiempo ahí– tenía que contemplar un tiempo de traslado de cerca de dos horas y media, pues “para ir es como hora y media, y ya de regreso es como de cuarenta a una hora, ya dependiendo de cómo se venga el camión”.

-¿Qué tan fácil es ir para Tlajomulco de aquí? ¿Qué rutas tomas, o cómo te mueves?

-Sí, es un poco complicadón, pues, porque tarda mucho el camión. Aquí yo tomo el 6-23, y me voy a la estación España, ahí en Colón, y ahí pasa el 175-A, ese me deja hasta allá, pero sí es complicado, pues, porque viene lleno, pasa cada media hora, o sea, y cuando pasa, pasa muy lleno, hay veces que te dan la parada y hay veces que no, o sea, es un poco complicado, pues, porque cuento con tiempo, pues, porque no me puedo ir muy tarde porque no estaría nada de tiempo allá con ella, porque a las ocho y media dejan de pasar camiones de allá para acá, entonces sí sería como queirme más tardar a las cuatro, estar tomando el camión allá para irme y estar más o menos a las cinco, cinco y media para las ocho y media ya venirme. Entonces sí es como que un poco complicado, pues, pero como que ya le agarré el rollo, pues.

De entrada, Jaime se enfrentaba a varios problemas para poder trasladarse a ver a la que era su novia. El primero de orden económico, pues tenía que pagar cuatro camiones que podían sumarse a los que hubiese tenido que tomar durante el día o durante la semana para ir y regresar de su trabajo. El segundo de orden temporal, pues solo de trayecto se llevaba dos horas y media, además de que tenía que contemplar muy bien su hora de regreso ante el riesgo de que dejaran de pasar los camiones. Y el tercero como usuario del transporte público, pues no existe información de la frecuencia de paso de las rutas –lo que para Carruthers implica problemas de *accesibilidad* (*et al*, en ONU-Hábitat, 2013)– y éstas en ocasiones no se dan abasto para llevar a todos los pasajeros, por lo que no siempre lo levantaban cuando pedía la parada, convirtiendo de esta manera su tiempo libre en tiempo muerto. Además, llama la atención de que a pesar de que Tlajomulco está dentro de la zona metropolitana, su conectividad con el resto de la ciudad sigue siendo bastante precaria, pues de acuerdo a lo que comenta Jaime, más allá de las ocho y media de la noche deja de circular el transporte público, lo que habla de una disponibilidad restringida que afectaría a las personas que dependen de él.

Bernardo, por su parte, cuando quiere ir a visitar a algunos de sus amigos que trabajan en distintas plazas comerciales de la ciudad, suele utilizar diferentes medios para desplazarse, como caminar, tomar el camión y el tren ligero, sin que eso lo haga perder de vista que los camiones dejan de circular alrededor de las diez de la noche:

-Tú me decías que vas a Plaza Arboledas, ¿no?, Centro Sur y ¿cuál otra?

-La Gran Plaza y Galerías.

-¿Cómo te mueves a cada una de ellas, y qué tiempo te haces, más o menos?

-Me muevo en camión.

-¿Qué rutas son?

-A Arboledas es el 623, hago media hora.

-¿Y ese lo tomas también ahí en tu colonia?

-Ajá.

-Ok.

-Para ir a Centro Sur, camino de mi casa a Colón, a la Avenida Colón, a tomar el tren ligero. Son 15 minutos a pie. De 15 a 20 minutos más o menos, a paso rápido, y en el tren son tres estaciones, son como 15 minutos en tren a Centro Sur.

-¿15 minutos en tren?

-Ajá. Es media hora en total, algo así, de mi casa a Centro Sur. Para ir a La Gran Plaza son dos rutas de camión, cualquiera que me lleve a Lázaro Cárdenas y allá agarro el 646, y hago una hora, una hora y 15. Para ir a Plaza Galerías, pues sí hago más tiempo, hago alrededor de hora y media. Tomo cualquier camión que me lleve a... que me traiga acá al centro, y aquí ya tomo el 629.

Si bien utilizar distintos medios de transporte es una constante para varios de estos chicos, al igual que para muchos habitantes de la zona metropolitana, el impacto que esto tiene para sus bolsillos, al ser sus ingresos generalmente bajos e irregulares, es mayor que el que se presenta en otros sectores de la población. En ese sentido, el capital económico que se tenga es clave para moverse por la ciudad, por lo que tener o no dinero puede ser la diferencia entre salir del barrio o no hacerlo, así como también para acceder o no a algunas de las ofertas de consumo asociadas al ocio.

En el caso de Jaime, por ejemplo, alguna vez platicaba que de cumpleaños le regalaría a su novia una entrada para que fuera a un concierto con sus amigas, pero también decía que él estaba pensando seriamente no ir porque no le alcanzaría el dinero para comprar otra entrada para él así como tampoco para pagar los taxis de regreso, ya que antes de regresar a su casa en la Nueva Santa María primero tendría que dejar a su novia en Tlajomulco. Por su parte, Ernesto se quejaba de lo caro que resultaba ya tomar el Búho – antes de que desapareciera–, el cual era una de las opciones que estaba contemplando para regresar de un evento en Calle 2 al que pensaba ir por la noche, pues según él, “ahí sí se

pasan de lanza... ya te cobran, ¡¿qué?!, ¡¿veinte?!” (aunque el precio era de 15 pesos, en realidad). Otra forma de moverse por las noches es en taxi, pero su precio lo hace aún menos *asequible*, además de que no siempre quieren entrar a estas colonias, como se mencionaba anteriormente.

-¿Cuánto les arranca un taxi así...?

Carlos- En la noche ya sube la tarifa. Está más cariñosa. Pues pa’ uno, como dicen, que no tiene dinero ni nada.

Ernesto- Depende, porque... en la tarde, pongámole, cobran 40 pero ya en la noche cobran 100... pasado de... pasando de cien...

Considerando estas razones de orden económico, no es extraño que algunos de los chicos prefieran caminar si tienen el tiempo para ello, sobre todo para ir a algunas de las colonias que tienen relativamente cerca, lo que además les sirve para distraerse, aunque hay casos más extremos como el de Bernardo, quien suele caminar desde su casa en la Nueva Santa María hasta el centro.

-...incluso para venir al centro, también hay veces que vengo a pie y me regreso a pie. Son dos horas a pie.

-¿Dos horas?

-Sí.

-¿Y lo haces frecuentemente, eso de caminar...?

-Lo hago como máximo cuatro veces al mes, cuando hay tiempo.

Las dificultades a las que se enfrentan estos jóvenes no son compartidas por quienes viven en Santa Tere, ya que éstos tienen la ventaja no sólo de vivir en una zona céntrica sino cercana a Chapultepec, que es donde se concentran varias ofertas de ocio, por lo que muchos de estos jóvenes pasan sus tiempos libres en esta parte de la ciudad, a la cual pueden llegar caminado, en bicicleta o en patines, esto es, en transportes no motorizados. Y en caso de que quieran ir a una zona que les quede un poco más lejos, tienen la opción de tomar varias rutas de transporte público que tienen mejores frecuencias de paso y que los conectan con diferentes zonas de la ciudad, o en su defecto pueden utilizar un vehículo

privado –en caso de que tengan ellos o alguno de sus amigos–, lo que además les permite moverse sin tener la limitante de horario del transporte público.

-Y cuando se mueven por la ciudad, ¿cómo se mueven? ¿Qué tipo de vehículo usan? O sea, caminan, bicicleta, transporte privado, transporte público...

Sandra- Pues según. Si nada más voy a andar para... de mi casa a mi trabajo, pues caminando, y si no pues ya en carro.

-¿Digamos, en la semana tú sales de Santa Tere en algún momento?

Sandra- ¡Ah!, muy rara la vez (lo dice con un tono de voz fuerte) (ríe).

-¿Y cuando sales, qué tomas?

Sandra –No, pues en carro (sigue riendo).

(...)

-¿Y en tu caso?

Karla- Igual. En mi caso pues... los fines de semana tal vez sean en patines, en bici, caminando. La mayoría, todo el día, es caminando.

-¿Porque está digamos todo dentro del barrio?

Karla- Ajá, estoy dentro del barrio, entonces... ya los fines de semana o ya un decir, (en) la noche ya es carro, andar en carro.

Entonces, de los capitales con los que cuentan los sujetos, de la ubicación de sus viviendas dentro de la mancha urbana y de la facilidad para moverse por las distintas zonas de la ciudad, dependerá en gran parte la vivencia que se tenga de la misma. En ese sentido, en el caso de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, la ubicación de sus colonias y la falta de espacios para el ocio los orillan a trasladarse a otros espacios en busca de opciones, y aunque estos cuentan con una *disponibilidad* de transporte público en términos de horario similar al de otras partes de la zona metropolitana de Guadalajara –esto es, de las 5:30 hasta alrededor de la diez de la noche–⁸¹, así como varias rutas para moverse, estas no siempre son las más convenientes para los trayectos que realizan, lo que les implica un gasto que puede impactar negativamente en su economía. Además, el horario también puede limitar esta movilidad del tiempo libre, pues no siempre tienen la solvencia como para pagar un taxi por las noches ni tampoco cuentan con vehículo particular. Y aunque algunos de ellos

⁸¹ Excluyendo, claro está, las zonas periféricas, muchas de las cuales sufren por lo limitado del horario que tiene el transporte, como el caso de Tlajomulco, que ya se ha expuesto.

realicen algunos de sus trayectos a pie, esta no es una opción a la que se puede recurrir siempre, ya sea por las distancias o por los riesgos a los que pueden enfrentarse.

Esto supone una gran diferencia con respecto a los jóvenes que viven en Santa Tere, pues la ubicación de su colonia les permite contar con una mayor oferta de transporte público para desplazarse por la ciudad, además de que los lugares donde realizan algunas de sus prácticas de ocio están lo suficientemente cerca de donde viven como para optar por transportes no motorizados. E incluso si tienen que moverse más lejos y en un horario en el que ya no circule el transporte público, cuentan en ocasiones con la posibilidad de hacerlo en automóvil particular, pues basta con que alguno de sus amigos o familiares tenga disponibilidad de uno para contar con una opción más de movilidad. Esto de alguna forma deja ver cómo las diferencias sociales y la ubicación de la vivienda impactan en la movilidad cotidiana de los jóvenes que viven en la zona metropolitana, y por tanto, en la espacialidad de sus tiempos libres.

Cierre

La importancia de la movilidad cotidiana radica en el hecho de que a través de ella los sujetos pueden acceder tanto a la ciudad como a los bienes y servicios que en ésta se ofrecen, mientras que “la *no* movilidad, o la movilidad restringida, puede ser uno de los aspectos que más certeramente refleja las desigualdades que se viven en nuestras ciudades”, sobre todo porque limita el acceso “a espacios de educación, empleo, salud, recreación, entre otros” (Jirón, 2012: 25). Sin embargo, es conveniente señalar que estas desigualdades de acceso están sobre todo relacionadas, más que con la ubicación de la vivienda dentro del espacio urbano –que sin duda es un elemento bastante importante como se ha visto a lo largo de este trabajo–, con factores económicos, ya que “en el AMG sólo a mayores ingresos se obtienen más alternativas para la movilidad” (Jalisco cómo vamos, 2015). En ese sentido, la clase social de pertenencia –o en otras palabras, tener o no tener recursos económicos– puede ser determinante en la vivencia y apropiación de la ciudad.

Pero si bien la movilidad es un elemento fundamental para entrar en contacto con el espacio urbano, así como para acceder a los bienes y servicios que en él se ofrecen, son el tipo de prácticas que realizan los sujetos las que permiten establecer una relación particular *con* y en *el* espacio, ya que las actividades formales u obligatorias posibilitan sobre todo

una relación más bien funcional –sobre todo cuando este tipo de actividades no son del total agrado de los sujetos y cuando tienen pocas posibilidades de relacionarse con el entorno inmediato donde las realizan–, mientras que las informales o de libre elección pueden detonar una relación en términos más simbólicos.

Prácticas de ocio y apropiación de la ciudad

La espacialidad de las prácticas de ocio configura una ciudad de libre elección, ya que son los sujetos quienes deciden, dentro de sus tiempos libres y a partir de sus gustos, no solamente qué hacer, sino dónde. Sin embargo, dichas elecciones dependerán de varios factores, entre los que destacan las *condiciones de posibilidad* que tengan los sujetos, asociadas sobre todo a los capitales con los que cuenten; al conocimiento y percepción que tengan de la ciudad, que puede alentarlos o desalentarlos, según sea el caso, a salir de sus barrios; a la ubicación de sus viviendas dentro del entramado urbano y a la facilidad que tengan para desplazarse a través del mismo, ya que condicionan la accesibilidad a la ciudad y a lo que en ésta se ofrece; y, finalmente, a las particularidades que tengan los espacios donde realicen sus prácticas en cuanto a su morfología, ubicación y lógicas de uso, ya que de alguna forma *constrañen* el tipo de actividades que pueden realizarse en ellos, al mismo tiempo que *habilitan* a los sujetos, a partir de su creatividad, a usarlos según sus posibilidades, gustos e intereses.

Esta apropiación del espacio urbano a través de las prácticas de ocio permite establecer una serie de territorios de interacción a partir de los cuales los sujetos pueden construir, en el mejor de los casos, un sentido de pertenencia socioterritorial, el cual se genera cuando la relación con el territorio y con los grupos sociales que en él se encuentran se convierten en elementos clave en la construcción identitaria del sujeto. Pero para que ello sea posible se requiere de tiempo, así como un mínimo de capacidad de agencia, y en el caso de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro esto no siempre es posible, pues si bien llegan a tener mucho tiempo libre debido al desempleo que experimentan o a lo irregular que son sus trabajos cuando los tienen, lo limitado de sus capitales termina por condicionar sus salidas del barrio y por tanto su conocimiento y apropiación de otras partes de la ciudad. En cambio, para quienes viven en Santa Tere, esto pareciera ser un poco más sencillo, tanto por los capitales con los que cuentan como por la ubicación de sus viviendas

dentro del espacio urbano, lo que en conjunto les permiten un mayor acceso y apropiación de la ciudad.

Tanto los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro como los de Santa Tere salen de sus colonias en sus tiempos libres por diversas razones. Por un lado, porque al interior de éstas hay pocos espacios o los que hay no son accesibles para realizar algunas de sus actividades de ocio, o porque los espacios que están en otras colonias tienen mejores condiciones en términos de infraestructura y accesibilidad. Por otro lado, al capital social que tengan fuera del barrio, que los vinculará no sólo con otros sujetos sino con otros espacios en la ciudad. Y por último, a los gustos que éstos tengan, a partir de los cuales buscarán espacios donde poder satisfacerlos. Sin embargo, que los sujetos salgan de sus barrios y colonias dependerá de la facilidad que tengan para acceder a esos otros espacios, tanto en términos de movilidad como de cercanía geográfica, pero además de capital económico, sobre todo si se tiene que pagar algún sistema de transporte, o si las prácticas que realicen implican en sí un gasto.

Canchas y unidades deportivas: futbol, voleibol, frontón

En lo que respecta a las colonias ubicadas en el Cerro del Cuatro, son pocos los espacios que existen para practicar deportes, y como en general los pocos que hay son de difícil acceso al estar controlados por pandillas o porque cobran para usarlos –como ya se dio cuenta en el capítulo anterior–, algunos de los jóvenes, particularmente los de la Nueva Santa María,⁸² suelen ir a jugar a canchas que se ubican en colonias relativamente cercanas a donde ellos viven, a las que pueden acceder incluso caminando. Así, algunos de ellos asisten cada domingo –que es el día en que están libres de sus trabajos y cuando tienen mayor disponibilidad de tiempo– a jugar futbol, como en el caso de Jaime, aunque también hay quienes van los martes por la noche, lo que les permite una mayor apropiación de estos espacios –por su frecuencia de uso– así ésta sea compartida con los diferentes grupos que se juntan ahí.

⁸² Los jóvenes de La Mezquitera aparentemente también salen de vez en cuando a jugar futbol a algunas canchas que se encuentran fuera de su barrio. Sin embargo, ninguno de los entrevistados hizo mención de ello, por lo que en este apartado no se incluye nada sobre sus actividades deportivas en otras partes de la ciudad.

-Eh... juego en las canchas que se llaman Soccer España, y está aquí por la estación del tren El Tesoro, ahorita creo que es Santuario de los Mártires, y este... está por ahí, este, y se llama así, Soccer España, y los domingos es donde juego. Eh... Así, pues, que... bien bien, pues así de futbol es como hora y media más o menos, en cuestión de que en lo que voy, y eso, pues, es como hora y media la que le dedico.

Al igual que Jaime, Lauro también juega futbol los domingos en el mismo lugar, e incluso en ocasiones se traslada de ahí hacia la Unidad Deportiva Presidente López Mateos, ubicada sobre la Avenida Cristóbal Colón casi esquina con Lázaro Cárdenas, a jugar voleibol. Este tipo de juegos, al ser colectivos, requieren la participación de varias personas para llevarse a cabo, por lo que suelen ir acompañados de sus amigos que viven en el barrio, reforzando de esta forma sus relaciones de amistad. Además, al ser públicos estos espacios a los que asisten les permite encontrarse e interactuar con otros sujetos que viven en contextos diferentes al suyo, a quienes se enfrentan en partidos previamente acordados o en retas que surgen de manera espontánea.

Lo interesante de estos casos es que al tener una percepción negativa en torno a las canchas que se encuentran en su colonia –sobre todo al ser éstas territorio de pandillas–, como lo inaccesible que en ocasiones les resulta la que se encuentra en La Mezquitera –tanto por la demanda de la que es objeto como por el costo que tiene por su uso– se ven en cierta forma obligados a ampliar su espacialidad cotidiana, así sea a estas canchas que se encuentran relativamente cerca de donde viven, lo que además los lleva a interactuar con otros sujetos, independientemente de que la relación que establecen con ellos sea más bien pasajera. Pero además, su gusto por el futbol hace que en ocasiones terminen asistiendo a partidos oficiales para ver jugar a las Chivas, por ejemplo, ya sea en el estadio Jalisco –antes– o en el Omnilife –ahora–, siempre y cuando tengan dinero para ello.

Por su parte, los jóvenes de Santa Tere también suelen salir de su colonia para practicar algunos deportes, y esto es así porque al interior de la misma no tienen espacios dónde poder practicarlos, lo que da cuenta de un déficit de espacios públicos en la zona metropolitana producto de la mala –por no decir nula– planeación urbana. Así, de acuerdo a la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Calidad de Vida, el 34% de las personas encuestadas dice no contar con una Unidad Deportiva (Jalisco Cómo Vamos, 2013), esto es, una de cada tres personas en la ciudad carece de este tipo de infraestructuras. Es por esta

razón que estos jóvenes buscan lugares fuera de su colonia, pero que preferentemente estén cerca de donde viven.

Karla- ...y, pues no tengo mucho tiempo, antes tenía bastante, bueno, pero no tenía dónde salir, eh, pero ahorita en sí me encierro mucho al trabajo, me come. Entonces, ya nada más son los sábados y domingos. El domingo, bueno, juego futbol, jugamos futbol, y los domingos... es como de ley, o sea, nada más cuando hay vacaciones o cosas así, entonces es...

-¿A dónde juegan futbol?

Karla- Es en La Raza...

Sandra- Raza country...

-¿La Raza?

Karla- Raza Country.

Manuel- La glorieta de los maestros, se llama la glorieta de los ingenieros, en frente del lienzo charro (incomprensible).

El hecho de que Karla tenga que trabajar entre semana y durante todo el día reduce su tiempo destinado a las actividades de ocio, ya que su trabajo, que es la única actividad formal que tiene al haber abandonado la escuela, la absorbe por completo. Es por ello que el domingo, al igual que los chicos del cerro que trabajan, es el día más común destinado para este tipo de actividades, las cuales realiza relativamente cerca de su colonia. Por su parte, César también sale a jugar fuera del barrio, pero él lo hace en Providencia, y esto es así no sólo por la cercanía de esta colonia o por la calidad de los espacios con los que cuenta, sino por la gente que ahí conoce, esto es, por su capital social, el cual ha ido construyendo tanto en las instituciones escolares como en su barrio, lo que deja ver la importancia que tiene este tipo de capital en la vivencia y apropiación del espacio urbano.

-¿Otra zona que te guste de aquí, de Guadalajara, que frecuentes?

-Providencia.

-¿Qué es lo que te gusta de Providencia?

-Pues de que allá tengo varios compas, y las cosas que están allá, los parques y estancias donde puedes estar.

-¿Tú vas a Providencia a los parques?

- Sí.
- ¿Qué haces en los parques?*
- Pues jugar.
- ¿Qué juegas?*
- Fútbol o frontón o...
- Órale... y tus compas, ¿cómo los conociste?*
- Pues de aquí mismo del barrio, de que salíamos, o de la primaria, de la primaria.
- Ah, entonces son compas con los que mantienes amistad, pero ellos son de allá...*
- No, ajá... de allá sí y de acá también...
- ¿Entonces se van para allá aunque no sean de Providencia?*
- O de allá hacia acá.

La cercanía geográfica entre Santa Tere y Providencia le ha posibilitado a César mantener y reforzar los lazos de amistad construidos mientras estudiaba la primaria, lo que sin duda resulta clave en la apropiación que hace de esa parte de la ciudad. Pero además, esta convivencia que tiene con sus amigos que viven en Providencia le permite incorporar otros códigos sociales diferentes al suyo, lo que lo lleva a desenvolverse con mayor comodidad en un entorno socioeconómico y socioespacial distinto al que él tiene dentro de su barrio. Esto sin duda marca una diferencia respecto a los otros casos hasta ahora expuestos, pues si bien los jóvenes de la Nueva Santa María como los de Santa Tere se encuentran con otros sujetos en las canchas a las que asisten, esto no necesariamente se traduce en una relación fuerte ni con estos sujetos ni con los entornos alrededor de donde se ubican las canchas, por lo que la apropiación territorial termina siendo, además de temporal, bastante localizada.

Puede decirse entonces que esta carencia de espacios deportivos que tienen varias colonias de la zona metropolitana de Guadalajara puede orillar o motivar –según sea el caso– a algunos de estos jóvenes –por lo menos a quienes les gusta practicar algún deporte– a tener que salir, siempre y cuando tengan la posibilidad para ello, de sus colonias, lo que podría tener un efecto positivo al verse en la necesidad de convivir con sujetos de entornos diferentes –socioeconómicos, socioculturales, socioespaciales– a los que están acostumbrados al interior de sus barrios, brindándoles con ello la oportunidad de adquirir nuevos códigos sociales de convivencia. Pero además les permite apropiarse de otras partes de la ciudad, tanto de los lugares donde realizan sus actividades deportivas, como de

aquellos por donde transitan, aumentando de esta manera su espacialidad cotidiana y, en el mejor de los casos, su sentido de pertenencia socioterritorial.

Los parques públicos: charlar, jugar, contemplar

Además de tener una fuerte escasez de espacios deportivos, estas colonias –tanto las del cerro como la de Santa Tere– carecen también de parques públicos, ya que tanto la Nueva Santa María como La Mezquitera no tienen ninguno, mientras que en Santa Tere sólo existe uno pequeño llamado José Clemente Orozco, el cual es poco frecuentado por estos jóvenes al ser punto de reunión de una de las pandillas de la zona, quienes se juntan particularmente por la tarde-noche. Pero este problema no es exclusivo de estas colonias, ya que afecta, aparentemente, a una de cada cuatro personas que viven en la zona metropolitana, pues de acuerdo a la Encuesta de Percepción Ciudadana sobre Calidad de Vida, el 27% de las personas entrevistadas dice no contar con un parque en su colonia (Jalisco Cómo Vamos, 2013). No es extraño que este tipo de espacios sean de los mejor valorados por una buena parte de los encuestados, pues más allá del componente estético que puedan suponer dentro del paisaje urbano, son lugares de encuentro, diversión y reposo.

Sin embargo, el no contar con este tipo de espacios dentro de sus barrios puede orillar o motivar, al igual que en el caso de las canchas y unidades deportivas, a que estos jóvenes salgan de los mismos, lo que los lleva a apropiarse, así sea de manera temporal y en ocasiones de forma muy localizada, de otras partes de la ciudad, aunque para ello suceda es necesario contar, entre otras cosas, con tiempo, dinero y ganas. A Jaime, por ejemplo, le gusta el Parque Metropolitano, pero al quedarle muy lejos de la Nueva Santa María suele ir muy poco. Es por ello que cuando puede ir –lo cual parece ser algo más bien excepcional– lo disfruta al máximo.

-¿Vas seguido al Parque Metropolitano?

-No, es muy raro que vaya, pero sí me gusta mucho, pues, y cuando voy, pues, sí lo disfruto al cien, pues, porque yo sé que duro tiempo en visitarlo, pero sí, este, me gusta el parque metropolitano...

Por su parte, a Bernardo, quien también vive en la Nueva Santa María, le gusta ir con su novia a parques pequeños, por lo que va sobre todo a uno ubicado cerca de Plaza

Arboledas, donde al parecer trabajó un tiempo y donde seguido se da una vuelta para visitar a sus amigos que ahí trabajan. A ese parque suele ir a sentarse con su pareja para pasar el tiempo o a hacer “juegos entre nosotros, pues son juegos ya, de novios, más... pues simplemente conocernos más e irnos conociendo, estar conviviendo, nada más”. En ese sentido, este parque les permite un cierto grado de intimidad que muy posiblemente no puedan encontrar en su colonia, o por lo menos no de la misma forma. A su vez, Norma asiste regularmente al Parque Rojo –o Juárez–, ya que ahí se reúne con sus amigos que viven en otras zonas de la ciudad –particularmente de Tonalá– a platicar, mientras que Alma comenta que en ocasiones va a un parque ubicado en Ávila Camacho o al Agua Azul, donde va con sus amigos también a platicar, pero además a jugar y tomarse fotos.

Ahora, si los parques son agradables para estos jóvenes es porque representan para ellos lugares de encuentro, convivencia y diversión, lo cual les permite establecer una relación afectiva con los mismos, por lo que puede decirse que constituyen una topofilia (Tuan, 2007: 13). Y esto es así porque en estos lugares pueden expresar y desarrollar una parte importante de su personalidad al interactuar con sus parejas, amigos o conocidos a los cuales no siempre pueden ver en las mismas condiciones, ya sea porque carecen de espacios de intimidad o porque no cuentan con lugares amplios y agradables para explayarse en el interior de sus colonias. Y si bien la territorialidad que establecen en ellos es efímera por la poca frecuencia con la que asisten, no por ello son menos importantes en su experiencia de vida y en su relación con la ciudad.

Por su parte, los jóvenes que viven en Santa Tere también suelen visitar algunos parques, como el Metropolitano, de acuerdo a lo que comentan Sandra y Karla, quienes suelen ir de vez en cuando con sus amigos y, en el caso de ésta última, también con su pareja. Pero el caso de Adriana es un tanto diferente, ya que a ella le gusta ir a pequeños parques que se encuentran cerca de su colonia –a los cuales se traslada normalmente en bicicleta, que es una de las actividades que más le gusta realizar–, pero no para estar con sus amigos, sino para pasar un rato sola.

-Bueno, pues ahí me gusta mucho andar en bicicleta, y también por la parte de Maestros y Jaime Nunó, por ahí.

-Ok, ¿por qué?

-Hay muchos parquecitos, entonces, igual... me voy pedaleando pues de mi casa a allá, descanso un rato ahí, me tomo un agua yo sola, o leo un poco, o escucho música, y pues ya de regreso, así.

-¿Y eso lo haces con qué frecuencia en la semana? ¿Algún día en particular?

-Igual fines de semana, ¿no?, porque entre semana es ir a la escuela, ir al trabajo, hacer tareas... y fines de semana que es un poco más relajado todo, pues me doy ahí la vuelta.

Además de esto, cuando Adriana tiene tiempo libre va al parque José Clemente Orozco, donde en ocasiones proyectan películas al aire libre, ya que este espacio ha sido tomado poco a poco por el colectivo Mejor Santa Tere⁸³ para realizar distintos tipos de actividades comunitarias y culturales, lo que le ha brindado a esta colonia otras opciones de ocio, las cuales son escasas al interior de la misma por la carencia de espacios públicos y privados destinados para este tipo de actividades.

Todas estas experiencias, tanto las de los jóvenes de la Nueva Santa María como los de Santa Tere –ya que los entrevistados de La Mezquitera, tanto hombres como mujeres, no proporcionaron información al respecto–, dejan ver lo importante que son estos espacios en la vivencia que tienen de la ciudad, pues les permiten realizar actividades que de otro modo no podrían llevar a cabo, o por lo menos no de la misma forma y en las mismas condiciones, en sus colonias, tanto por la falta de espacios públicos de encuentro como por la existencia de pandillas; o por fuera de ellas, ya sea por las condiciones morfológicas de algunos sitios o por las lógicas de uso que imperan en estos –en algunos casos bastante normadas e incluso sancionadas, como en ciertos lugares de uso público, pero de propiedad privada, como los centros comerciales, por ejemplo, que se abordan más adelante–. En ese sentido, los parques, a diferencia de otros espacios, permiten una mayor libertad y flexibilidad en cuanto a las prácticas que pueden realizarse, además de que constituyen paisajes que en general les resultan agradables a estos jóvenes, lo que facilita la apropiación de los mismos.

Espacios de centralidad: el centro y Chapultepec

⁸³ Para más información sobre este colectivo, que por ahora ha dejado de operar, puede consultarse su página de Internet: <http://mejorsantatere.org/>

Por otro lado, y como ya se veía en el apartado sobre percepciones, el centro es de los lugares mejor valorados por quienes viven en el Cerro del Cuatro, lo cual se debe a que es un espacio público donde la gente puede ir a caminar con sus familiares, amigos o parejas, comer algo o disfrutar de las distintas actividades gratuitas que ahí pueden encontrar, ya sean las organizadas cada determinado tiempo por el gobierno municipal o por algunas empresas privadas en Plaza Liberación, los espectáculos que ofrecen distintos tipos de artistas callejeros –mimos, cuenta chistes, músicos–, o incluso las exposiciones que ofrecen algunos de los museos que ahí se encuentran –particularmente el Instituto Cultural Cabañas y el Museo Regional–, entre otras cosas.

En el caso de Carlos, de La Mezquitera, suele ir seguido para pasearse “con la familia o con la novia”, circulando entre los mercados San Juan de Dios y el Corona, pero sobre todo “por la plaza esa donde está la víbora, esa de la víbora, ahí es donde ando mucho”. La víbora a la que se refiere Carlos es la escultura de bronce que representa a Quetzalcóatl y que es un elemento monumental bastante visible en la Plaza Tapatía. Pero además de caminar, “cuando voy en la noche con mi novia, ir a cenar, ir a pasear. Despejarme un rato con ella, más que nada”. Este “despejarse” es romper con la cotidianidad de la semana, que implica el no trabajo, el trabajo o la búsqueda del mismo, así como del espacio del barrio en el que se está buena parte del tiempo. Jaime, a su vez, iba al centro con quien era su novia “a caminar, a turistear, nos vamos ahí a... a una plaza a sentarnos a alguna banca, y este... y nos sentamos a platicar, que un helado, nieves y cosas así”, además de que también comían en esa zona de vez en cuando. Llama la atención que utilice el término “turistear”, ya que de alguna forma implicaría recorrer un espacio que en cierta forma les es ajeno y desconocido, en el que sólo se está de paso, y en el que hay muchas cosas aún por conocer.

Por su parte, Lauro también va al centro acompañado de su familia, de su novia o de sus amigos, y este espacio le gusta, entre otras cosas, porque puede disfrutar de las actividades gratuitas que organiza el municipio, como ir a patinar sobre una pista de hielo, por ejemplo. “Me he caído, pero sí patino”, comentaba durante la entrevista. Además, le gusta visitar otros lugares que son también gratuitos, como el Hospicio Cabañas y el Museo Regional, en lo que coincide con Jaime. Llama la atención que a pesar de que estos jóvenes abandonaron la escuela antes de terminar la secundaria –lo cual podría suponer un capital

cultural más acotado respecto a otros sectores de la población—, dentro de sus prácticas de ocio esté la de visitar museos, pues eso de alguna forma contrastaría con los gustos y las prácticas predominantes que, en apariencia, se dan en estos barrios. No está en claro si este gusto esté relacionado con su vinculación a grupos religiosos en la Nueva Santa María, o si éste se da sólo entre un pequeño grupo que se retroalimenta entre sí, del que Jaime y Lauro, al ser amigos, formarían parte. Pero el hecho de que sean gratuitos y que estén en una zona donde se sienten relativamente cómodos, hace que sea más sencillo acceder a ellos. Jaime expresa este gusto de la siguiente manera:

-...me gustan mucho los museos, es muy, pues, te repito, pues, que conocer pues la historia, así de México, y todo eso, entonces sí, museos, visitar museos, las reliquias de nuestros ancestros, o sea, de todo eso me gusta mucho, y este, son como los lugares que más...

-¿A qué museos sueles ir?

-Pues... suelo ir a uno que está a un costado de Catedral, no me acuerdo cómo se llama, Museo Regional creo que se llama, a un costado de la plaza de...

-De La Rotonda...

-Hey, La Rotonda, sí, ahí, a un lado, ahí donde suelo ir, pues, bueno, pues cuando voy porque siempre por cuestión de tiempo o porque ya vamos tarde, pues, porque “no, orita después de comer vamos”, y ya vamos a las tres, y como a las cinco tenemos que irnos, pues, por el camión y todo eso, entonces no alcanzo a visitar todo, pues, entonces cuando voy visito lo que... empiezo desde donde me quedé, o sea, voy todo el recorrido pero como que así rapidito y me... empiezo a ver ya todo desde donde me quedé y ya, donde me quedo, o sea, ya, es donde le sigo, así (ríe), por partes lo voy viendo, pues, porque sí está grande, pues, y no he terminado, de hecho, todavía, a visitarlo completo, pues como también no voy seguido, pues, también, por lo mismo de que los domingos son los días como que más libres que tengo, entonces como que así por eso.

El problema es que esta actividad no siempre puede llevarla a cabo o al menos no como él aparentemente quisiera, ya que no siempre tiene la posibilidad de ir al centro, y cuando va no cuenta con el tiempo suficiente, sobre todo porque también realiza otras actividades, para poder ver todo lo que hay en este museo, lo que lo orilla a tener que visitarlo por

partes, según lo que comenta. Sin embargo, habría que preguntarse cuántas veces lo habrá visitado en realidad, porque él mismo dice que “no he terminado, de hecho, todavía, a visitarlo completo”, y tampoco es que sea tan grande o que cuente con muchas exposiciones. Como quiera que sea, queda en claro que éste gusto en particular no puede satisfacerlo del todo, pues el poco tiempo libre que tiene para dedicarle al ocio por fuera del barrio y las distancias que lo separan de algunas de las actividades que le gustan se convierten en poderosas impedimentos en su vivencia de ciudad.

En el caso de quienes viven en Santa Tere, no es el centro el lugar que tienen como punto de referencia en cuanto a espacio público, sino la avenida Chapultepec. De alguna forma esto se debe a que esta avenida se encuentra bastante cerca de su barrio, lo que les permite llegar caminando en un tiempo muy corto, además de que alrededor de ella se ubican una gran cantidad y variedad de comercios que propician que haya siempre una importante concentración de personas en la zona, lo que la hace animada y atractiva para visitarla. Así, de acuerdo a la opinión de Karla, “si no tienes algo que hacer, o si no te quieres ir a alguna plaza (comercial), si no quieres gastar o algo así, llegas a Chapu, bici, patines, paseando al perro y es la onda, o sea, es estar ahí, es... está muy a gusto”.

Las diferencias que habría entre este espacio para los jóvenes de Santa Tere y el centro para quienes viven en el Cerro del Cuatro tienen que ver, en primer lugar, con la proximidad que tienen los primeros –sobre todo por vivir cerca del mismo, que les permite frecuentarlo con cierta asiduidad–, y no los segundos –ya que están más lejos en términos geográficos del centro, lo que les implica trasladarse en transporte público y en una frecuencia significativamente más reducida sobre todo por lo limitado de sus capitales–; y en segundo lugar por las prácticas que realizan, pues más allá de que tanto en Chapultepec como en el centro se pueda caminar y disfrutar de cierta oferta gastronómica así como de alguno que otro espectáculo en el espacio público, los chicos que viven en el cerro no pueden –en caso de que quisieran– transportarse en bicicleta ni en patines ni tampoco llevar a sus perros a pasear como sí pueden los de Santa Tere, lo que da cuenta de una apropiación diferenciada.

Pero además, es muy probable que los chicos del cerro ni siquiera conozcan Chapultepec y sus alrededores, y aunque conocieran esta parte de la ciudad es posible que no se sintieran a gusto en ella al no dominar los códigos sociales que ahí imperan –de

actuación o de fachada, por ejemplo, de acuerdo con Goffman—. Y si a esto le agregamos que es una zona más cara y por tanto más inaccesible tanto social como económicamente para ellos, podríamos darnos una idea de las barreras de clase que existen y que condicionan la vivencia y apropiación del espacio urbano.

La espacialidad del gusto por la música: escuchar, bailar, cantar

Por otro lado, muchos de los chicos que viven en el cerro suelen asistir con cierta regularidad a bares que se encuentran tanto en Polanco –que es una colonia que les queda relativamente cerca– como en el centro de la ciudad. En estos lugares se puede ir a escuchar rap, reggaetón o música electrónica, géneros que algunos de estos chicos escuchan, aunque eso no quiere decir que a todos les gusten por igual. Sin embargo, algunos de ellos van a estos lugares porque a final de cuentas son espacios de encuentro y de socialización con sus amigos y amigas del cerro –algunas de las cuales sí salen de sus barrios los fines de semana–, por lo que además son también espacios para el ligue. Y aunque en ocasiones se encuentran en estos lugares con algunos *barrios* de otras zonas de la ciudad, aquí las peleas no son frecuentes, ya sea porque no son *barrios* rivales –al parecer, los *barrios* que tienen problemas entre sí se ubican en diferentes bares para evitar encontrarse–, o porque quizá la seguridad del local los inhiba a entablar una pelea.

Dentro de los lugares más conocidos por estos jóvenes destaca el *Dejavu Reggaetón Club*, que es un bar que se ubica en la avenida Revolución #62, entre 16 de Septiembre y Calzada Independencia, aunque no a todos les agrada, “porque es de perreo... y está como encerrado y así”, según Alondra, de la Nueva Santa María, opinión que es similar a la de Ernesto, de La Mezquitera, quien dice que “a mí tampoco me gusta tanto el mentado perreo”. Lo curioso es que este chico –al igual que Tona– terminó trabajando durante varios meses como mesero en este bar de reggaetón, por lo que se dedicó a promocionarlo tanto a través de sus contactos en *Facebook* como al repartir volantes en varias colonias cercanas al cerro, lo que sin duda le generaba algún tipo de capital simbólico entre sus conocidos. Pero más allá de esto, son lugares a los que muchos de ellos asisten, pues son una de las pocas opciones a las que tienen acceso para escuchar este tipo de música y para realizar algunas prácticas asociadas con la misma.

Ernesto- ...otros se dedican a ir a... que a bailar y otros a hacer su desmadre.

-¿Bailar? ¿Qué bailan?

Carlos- Pues van a tipos antros de reggaetón y todo eso.

Ernesto- Bailan reggaetón y electrónica y todas esas...

-¿Y aquí hay lugares para ir a bailar reggaetón, o tienen que ir a otro lado?

Carlos- No, solamente hasta el centro; van hasta el centro.

Ernesto- Aquí nomás hay puros bules, ¿verdad? (ríe, mientras Carlos asiente).

De acuerdo con lo que estos chicos dicen, no hay espacios en sus colonias para poder disfrutar de este tipo de música, por lo que tienen que salir hacia otros lugares. Para ello necesitan tener dinero suficiente, tanto para pagar la entrada al sitio –que es aproximadamente de 50 pesos para hombres y 20 para mujeres–, los tragos que se beban así como el transporte, ya que al salir de noche la única opción que tienen para moverse por la ciudad es en taxi, por lo que normalmente van y regresan en grupo para que de esta forma les salga más barato. Ahora, en cuanto a sus gustos musicales, Carlos, de La Mezquitera, se inclina más por la banda y los corridos, que son dos géneros que tienen mucha presencia entre estos jóvenes, lo que no significa que busque lugares en la ciudad donde pongan este tipo de música. Lo contrario sucede con Ernesto, quien además de tener un gusto musical que se podría considerar amplio en cuanto a su espectro, suele buscar opciones donde poder ir a escuchar lo que le gusta, siempre y cuando tenga dinero para ello.

Ernesto- Ah, pues me gusta el rap, el hip-hop, el rock, el rock metálico, pues, tipo Rammstein, System of (incomprensible). Me gusta el rock de antes, también, de los Beatles (literal, como suena en español). Me gusta la banda, los corridos. Pero lo que sí casi no me llama es el reggaetón y el perreo.

-¿Y vas a algún lugar a escuchar esa música?

Ernesto- En algunos casos.

-Por ejemplo, si vas, ¿a dónde vas?

Ernesto- Como ahora, voy a ir al *Reventour*, de Corona.

-¿En dónde va a ser ese?

Ernesto - En Calle 2.

-¿Ya vas para allá?

Ernesto - Orita, en un ratito más...

Pero además de este tipo de eventos, Ernesto también asiste en ocasiones a un local que se ubica en la colonia Polanco, donde va a escuchar –e incluso aparentemente hasta a cantar, en una lógica de improvisación a la que se le denomina como *freestyle*– canciones de rap que, como ya indicaba anteriormente, es uno de los géneros más populares para los chicos que viven en esta zona, ya que de alguna forma les permite, de acuerdo con sus palabras, “desahogar todo lo que traes”. Incluso este gusto por el rap que tiene Ernesto lo ha llevado a que componga y grabe sus propias canciones, lo cual no es algo fuera de lo común, ya que esta práctica también es realizada por otros chicos que viven en el cerro. En su caso, él va hasta periférico norte con algunos de sus amigos, donde un “muchacho” que vive en unos departamentos, y que tiene un equipo para grabar, les produce sus canciones, por las cuales les cobra 200 pesos, entregándoselas vía *Facebook*. Él explica el proceso de la siguiente manera:

Ernesto- No, no es disquera. Son como departamentos, pero llegamos, y como que saben que el muchacho va a grabar, y se calla todo el edificio y ya pone la tornamesa y todo, la computadora, nos ponemos en el micrófono y empezamos a cantar. Y sobre lo que cantamos, te pones las orejeras (audífonos) y escuchas la música. La voz... se va por el micrófono y a donde está la música y ya la va amplificando y (incomprensible).

-¿Y ahí pagan por eso, o les dan chance?

Ernesto- Pagamos.

-¿Cuánto les cobran?

Ernesto- 200.

-¿Por...?

Carlos- Canción.

-¿Pero ya se las entregan en... MP3?

Ernesto- Sí.

-¿O les dan un disco?

Ernesto- No. La pasan por *Facebook*.

-Entonces tienen ahí su Facebook y ahí se las comparten?

(Asienten).

Su gusto es entonces lo suficientemente fuerte como para que en ocasiones gaste un dinero que no siempre tiene—sobre todo por lo irregulares y precarios que son sus trabajos— en estas grabaciones, motivado muy posiblemente tanto por sus amigos que también realizan esta actividad como por el capital simbólico que esto puede generarle en el entorno en el cual se desenvuelve.

De esta forma, la música y las actividades asociadas a ella se convierten en un pretexto para conocer y apropiarse de otras partes de la ciudad, así sea, como en la mayoría de los casos expuestos, de forma laxa e irregular debido a las distancias —tanto físicas como sociales— que los separan de estos espacios, lo que no quiere decir, por otro lado, que esta apropiación sea menos significativa, sobre todo si se considera que dichos espacios les permiten, a partir de una vivencia festiva de la ciudad, expresar y construir, a través de la socialización con sus pares y en la convivencia pasiva con desconocidos, una parte importante de su identidad social, en particular, aquella asociada a su *ser joven* dentro de las oportunidades y limitantes que les brinda el contexto en el cual viven y en el cual se desenvuelven.

Plazas comerciales, bares y cafés: charlar con los amigos

Las plazas comerciales, entendidas como espacios de uso público pero de propiedad privada, se han convertido en importantes espacios de centralidad, lo cual se debe a que concentran en su interior una gran variedad de actividades comerciales, así como distintas ofertas de ocio —independientemente de si los sujetos acceden a ellas o no—, pero también porque son espacios “seguros”, los cuales tienen un orden determinado —o quizá sea mejor decir “impuesto”— de convivencia que constriñe el tipo de actividades que pueden realizarse en ellos. En cierta forma, puede decirse que “los centros comerciales contemporáneos contribuyen cada vez más a la privatización de los modos públicos de estar juntos, pero dichos modos, a su vez, modifican también los centros comerciales cuando sus usuarios se instalan en ellos y los convierten en *lugares*” (Jiménez, Olivera y López, 2014: 164), esto es, en espacios de sentido para aquellos que los usan.

En la zona metropolitana de Guadalajara las plazas comerciales se han convertido en los últimos años en los principales lugares a donde la gente asiste con el fin de pasar sus tiempos libres —lo que en cierta forma nos habla de una “crisis” del espacio público—, por lo

que no resulta extraño que estos jóvenes –tanto quienes viven en el cerro como en Santa Tere– también asistan a ellos cuando pueden. Y es que

De acuerdo a una encuesta de IPSOS, de enero a diciembre de 2009, casi 900 mil personas fueron dos veces a la semana a los centros comerciales de la Zona Metropolitana de Guadalajara. Esto representa 10 veces más que a cualquier otro lugar escogido con fines recreativos, incluidos los parques, a los que asisten 12 veces menos que a los centros comerciales (Jiménez, Olivera y López, 2014: 167).

De los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, son principalmente las mujeres quienes asisten a este tipo de lugares, así no lo hagan de forma regular, según se desprende de sus comentarios. En el caso de las chicas de la Nueva Santa María, éstas van sobre todo a Centro Sur y a Plaza Arboledas, e incluso llegan a visitar Plaza las Torres –aunque en menor medida que las otras dos–, a donde además de pasar el tiempo platicando llegan en ocasiones a tomarse una bebida. Estas chicas normalmente van con más amigos, tanto hombres como mujeres, aunque los primeros en menor número. Sin embargo, llama la atención que cuando les pregunto si interactúan con jóvenes que no conocen, pero que ahí se juntan, se sobresalten, como si la pregunta fuera extraña, lo que da a entender que no interactúan en lo más mínimo con ellos. Y es que el hecho de encontrarse en estos espacios con sujetos que viven en otras partes de la zona metropolitana no supone necesariamente una interacción activa, sino más bien pasiva, por lo que no son lugares en donde puedan hacer crecer su capital social, más allá de que puedan adquirir, en el mejor de los casos, ciertos códigos de comportamiento y de fachada que les permitan moverse con mayor comodidad y naturalidad.

Por su parte, en el caso de las chicas de La Mezquitera, éstas asisten a Centro Sur, pero sobre todo a Plaza las Torres, pues les resulta más barato, ya que algunas veces compran algo de comer, lo que sin duda les sirve para poder pasar el tiempo. Sin embargo, según lo que cuentan, no van tan seguido a estas plazas, pues sólo lo hacen una vez al mes, más o menos, pues según una de ellas, “salimos, pero nomás aquí en el cerro”, lo que habla de su vivencia acotada del espacio que termina por constreñir sus prácticas de ocio al lugar donde viven, lo cual se debe, muy probablemente, a que ninguna de ellas sigue estudiando –como sí lo hacen las entrevistadas que viven en la Nueva Santa María–, lo cual reduce su

margen de movilidad, a que no tienen ingresos económicos –pues ninguna de ellas trabaja por fuera de sus hogares–, y, quizá, a que sus familiares no las dejen salir por fuera del barrio tan seguido –basta recordar que ni siquiera salen de manera frecuente en los mismos barrios donde viven, en buena medida por las responsabilidades que les asignan al interior de sus hogares y por el control de las que son objeto por parte de sus familias, tanto por su condición de género como por su edad, que ronda entre los 15 y 16 años–.

Bernardo, por su parte, asiste a algunas de las plazas comerciales de la ciudad no porque le gusten –pues de hecho estos espacios de consumo van en contra de la filosofía punk, que es la subcultura urbana a la que dice pertenecer–, sino porque ahí tiene a varios amigos trabajando, mismos que conformarían su capital social por fuera del barrio, el cual opera como mediador de las relaciones espaciales. Eso lo lleva a asistir con cierta regularidad a Plaza Arboledas, La Gran Plaza, Plaza Galerías y Centro Sur, donde da vueltas por los pasillos y charla con sus amigos. En ese sentido, la relación que establece con el espacio se da más bien en términos funcionales antes que simbólicos, ya que sólo le sirven como punto de encuentro y no como elementos constitutivos de su identidad.

En cuanto a los jóvenes de Santa Tere, por otro lado, estos asisten con cierta frecuencia a distintas plazas comerciales –como Centro Magno, La Gran Plaza, Plaza Galerías y Plaza Andares, donde se concentra sobre todo un sector de la población de niveles socioeconómicos medio y alto–, ya que además de ser espacios donde pueden ir con sus amigos para pasar el rato, es ahí a donde en ocasiones van al cine o incluso a comer, lo que ya habla de un poder adquisitivo diferente al que tienen los jóvenes que viven en el cerro y que se ve reflejado justamente en estas prácticas de consumo. Pero además, y a diferencia de las jóvenes que viven en el cerro, también frecuentan varios cafés ubicados en la zona de Chapultepec –o poco más allá–, como El Caligari, el Rojo Café o la Mitotera, este último ubicado sobre la avenida Américas.

Esta posibilidad de acceder a una variedad más amplia de ofertas de ocio, y no sólo a los lugares donde éstas se concentran, está directamente relacionada con el capital económico que tienen estos jóvenes, lo cual se debe a que varios de ellos trabajan o a que no tienen esa necesidad al ser mantenidos aún por sus padres gracias a la moratoria social de la que son objeto (Margulis y Urresti, 2008), que les permite contar con cierta solvencia

económica. Pero también porque en el caso de los cafés éstos se ubican muy cerca de donde ellos viven, en la zona de Chapultepec, lo que les facilita acceder a los mismos.

Cierre

Esta ciudad de libre elección que construyen los sujetos en sus tiempos libres y a partir de sus actividades de ocio refleja en cierta forma las diferentes y desiguales posibilidades de apropiación que tienen del espacio urbano, mismas que se encuentran estrechamente vinculadas a los capitales con que éstos cuentan, así como a la ubicación de sus viviendas en ciertas zonas de la ciudad. Y es que, por un lado, el capital económico que se tiene determina en gran medida el acceso a los bienes y servicios –entre ellos los de ocio–, así como las posibilidades para moverse a través del espacio urbano; el capital social, por su parte, puede ligar a los sujetos con otras partes de la ciudad, permitiéndoles ampliar, en el mejor de los casos, la espacialidad de sus prácticas; y en cuanto al capital cultural, éste influye en las ofertas de ocio que los sujetos puedan buscar satisfacer, siempre y cuando éstas sean accesibles en términos económicos, espaciales o sociales.

Por otro lado, la ubicación de la vivienda resulta, en ciertos contextos y bajo ciertas circunstancias, un factor de peso en la espacialidad de las prácticas de ocio, ya que algunos lugares para realizarlas –como unidades deportivas, parques, plazas comerciales o bares, por mencionar algunos– se encuentran distribuidos de manera irregular a lo largo y ancho de la ciudad, lo cual implica que en ciertas zonas se concentran gran cantidad y variedad de ellos, mientras que en otras la oferta resulta ser bastante limitada o, peor aún, se carece completamente de ella. Sin embargo, la ubicación de la vivienda en zonas específicas de la ciudad, así como las distancias que de ella se derivan para acceder a estos lugares, no son por sí mismos factores determinantes, sino sólo en relación con los capitales –particularmente el económico y en menor medida el social– con que cuentan los sujetos. En ese sentido, puede decirse que la posibilidad de construir una ciudad de libre elección está estrechamente relacionada con el nivel socioeconómico que se tenga.

Esta *geografía de posibilidades* que tienen los sujetos, tanto a partir de los capitales con los que cuentan como de la ubicación de sus viviendas en el espacio urbano, los lleva a elegir, dentro de una determinada gama de opciones –las cuales son producto de su conocimiento de la ciudad, pero también de la percepción que tengan de ella–, algunos

lugares para realizar sus prácticas de ocio, lo cual depende, además, del tipo de actividades que quieran realizar –jugar, platicar, pasear, bailar–, del tiempo libre del que dispongan –asociado a los ritmos de su vida cotidiana, que a su vez son resultado de los roles que estos cumplen como parte de su edad, género y condición de clase–, así como los sujetos con quienes quieran y puedan realizarlas –los amigos, la familia, la pareja–.

Estas actividades de ocio les permiten a los sujetos establecer relaciones simbólicas *en y con* los lugares donde las llevan a cabo, particularmente en aquellos en los que pueden construir, reforzar o transformar aspectos vinculados con su identidad social o, en otras palabras, de su *ser joven* de acuerdo a los contextos donde éstos se desenvuelven y a los cuales se deben. Pero generar un sentido de pertenencia socioterritorial por fuera del barrio, por lo menos en el caso de los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, no es una tarea sencilla, ya que son muy pocos los lugares a los que suelen ir y más pocos aún aquellos a los que asisten de manera frecuente, lo que los lleva a establecer territorialidades laxas en su intensidad e irregulares en el tiempo que se caracterizan, además, por las interacciones limitadas –por lo general pasivas antes que activas– que sostienen con los sujetos con los que se encuentran en estos sitios, más allá de que en la mayoría de los casos compartan una posición de clase similar.

Pero el hecho de compartir el espacio, así como cierto tipo de prácticas con otros sujetos –que habla de gustos y aficiones similares–, más allá de si se interactúa con ellos o no, los lleva a formar parte, así sea de manera temporal, de una colectividad más grande que no sólo los contiene sino que también los trasciende. De esta forma, se es parte de aquellos que practican ciertos deportes en las canchas que ellos frecuentan; se es parte de quienes asisten a los bares a bailar reggaetón o música electrónica; se es parte también de una sociedad en la que muchos de sus integrantes tienen como práctica habitual asistir a las plazas comerciales, más allá de su capacidad de consumo; pero sobre todo, se es parte de la ciudad y de quienes en ella viven al poder usar un espacio público emblemático como lo es el centro histórico en términos de igualdad –por lo menos aparente– con quienes ahí se encuentran. Todo ello, en conjunto, les permite construir un sentido de pertenencia socioterritorial, que si bien no es igual de intensa y significativa como la que han construido en sus propios barrios –sobre todo por el contacto limitado que tienen tanto con los lugares

como con los sujetos–, no por ello es menos importante, ya que ello les hace sentir parte constitutiva de la ciudad que habitan y que construyen con su hacer.

La gran diferencia que tendrían con quienes viven en Santa Tere radica en que estos últimos cuentan con un mayor volumen de capitales, así como con una mejor ubicación de sus viviendas respecto a las zonas donde se concentran varias ofertas de ocio en la ciudad, lo que les permite frecuentarlas más seguido, contar con diferentes opciones de movilidad, acceder a ciertas ofertas de consumo y manejar diferentes códigos sociales que los llevan a moverse con comodidad y confianza en otras partes de la ciudad por las que circulan estratos medios y altos de la población, lo que les permite una mayor apropiación de estos lugares, así como configurar una ciudad de elección más amplia en extensión y más intensa en términos de su experiencia cotidiana que la de sus contrapartes del cerro.

Conclusiones

El conocimiento, percepción y apropiación que tienen los sujetos de la ciudad se encuentra íntimamente ligado a las características sociales que éstos tengan, ya que conocen la ciudad a partir de las actividades cotidianas que realizan en ella y que se encuentran vinculadas en buena medida a los roles que cumplen como parte de su edad, género o condición de clase; la perciben a partir de las experiencias directas que impactan sus sentidos, pero también de manera indirecta a través de informaciones compartidas por otros sujetos o por los medios de comunicación, que configuran en conjunto una percepción imaginada; la perciben también, y la valoran al mismo tiempo, desde los referentes culturales y sociales que incorporan en sus grupos de interacción o en las instituciones sociales a las que pertenecen o por las que han pasado –como la familia o la escuela–, con lo cual configuran un *habitus* particular; y se apropian de la ciudad –o de algunos de sus fragmentos–, tanto a partir de su uso práctico cotidiano como a través de la vinculación afectiva y simbólica que tienen con ésta, sobre todo al ser una parte constitutiva de su identidad, de su ser en el mundo.

En cierta forma, puede decirse que tener un conocimiento amplio de ciudad y una percepción y valoración favorable de los espacios que se conocen dentro de la misma, puede permitir una espacialidad de ocio más amplia y más intensa, siempre y cuando se cuente con los capitales necesarios –económicos, sociales o culturales– para acceder tanto a dichos espacios como a lo que en ellos se ofrece. Pero lo contrario también puede ser

cierto: un conocimiento acotado de la ciudad y una percepción poco favorable de la misma, en relación con una posición en el espacio social marcada por la carencia de capitales, puede resultar en una vivencia restringida del espacio, lo cual puede observarse particularmente en la espacialidad de las prácticas de ocio que realizan los sujetos, sobre todo porque estas actividades, si bien son de libre elección, también dependen de las posibilidades que se tengan para elegir dónde llevarlas a cabo.

La clase social de pertenencia es, en esta relación que establecen los sujetos con la ciudad, determinante, pues no sólo los ubica en una posición específica del espacio social, sino que también los *localiza* en ciertos lugares de la geografía urbana, marcando con ello las posibilidades de vivencia y apropiación que tengan de la misma. Sin embargo, en la zona metropolitana de Guadalajara, lejos de que se garantice el acceso a los bienes y servicios –entre ellos los de ocio– a quienes viven en ella independientemente de su condición de clase o del lugar donde se viva, se han terminado por acentuar algunas de las desigualdades que existen entre los grupos de población. Esto es posible observarlo en el espacio urbano –que es donde finalmente se materializan dichas desigualdades–, ya que las ofertas de ocio se concentran en ciertas zonas de la ciudad mientras que otras carecen por completo de ellas. Pero también en los sistemas de transporte público, ya que además de ser la única opción que tiene la mayoría de la población para moverse a través del espacio urbano, pueden llegar a ser poco accesibles para los grupos con menor poder adquisitivo, quienes además tienen que ajustar sus desplazamientos a los horarios en los que estos sistemas funcionan, lo cual impacta profundamente la forma en cómo viven, experimentan y se apropian de la ciudad.

Estas desigualdades de acceso provocan que algunos sectores de la población terminen viviendo bajo condiciones de segregación socioespacial, como ocurre en el caso de quienes viven en las colonias ubicadas en el Cerro del Cuatro, pues además de que la ciudad termina por ser poco accesible para ellos por algunas de las razones antes mencionadas, tales colonias, al contar con pocas actividades o atractivos en su interior del tipo que sean, o al ser estos desconocidos por quienes no viven ahí, aunado a las precarias condiciones de seguridad pública y a los estigmas socioterritoriales que pesan sobre sus pobladores, terminan por ser poco visitadas por personas ajenas a las mismas, lo que reduce

la posibilidad para quienes viven en ellas de interactuar con otros sectores de la población, así como de incorporar formas distintas de convivencia.

Ahora bien, al ser las actividades laborales el principal medio de contacto con la ciudad para los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, y al ser éstas irregulares tanto en el tiempo como en el espacio, los lleva a establecer con ésta una relación sobre todo de carácter funcional. Y dicha relación funcional, por lo menos en el caso de estos jóvenes, no pareciera traducirse en una apropiación ni de los lugares por los que transitan ni donde realizan sus actividades laborales, lo cual puede observarse en la pobreza referencial que muestran al hablar de ellos o en la imposibilidad que tienen para recordarlos, por lo que puede decirse que establecen una relación toponegligente o, en otras palabras, de indiferencia respecto a tales lugares.

Asimismo, la apropiación que estos jóvenes pudieran tener del espacio urbano se ve limitada por el hecho de que algunos de los lugares que conocen, ya sea porque viven ahí sus familiares o porque se ven en la necesidad de transitarlos por alguna u otra razón, los perciben como inseguros. Pero también porque hay lugares en los que no se sienten cómodos, ya sea porque no manejan los códigos sociales que en ellos imperan o porque se sienten juzgados por los sujetos que se encuentran allí, quienes en cierta forma ejercen un poder regulador así sea a través de la mirada. Esto genera una relación con los lugares que oscila entre la incomodidad y el rechazo, por lo que la relación que establecen con ellos es sobre todo de carácter topofóbica.

Por otra parte, la pobreza de capitales que tienen estos jóvenes restringe sus posibilidades de acceso a la ciudad para realizar algunas de sus actividades de ocio, las cuales son sobre todo prácticas de sentido no sólo por ser de libre elección o realizadas a partir de un gusto, sino porque a través de ellas los sujetos construyen y refuerzan aspectos relativos a su identidad social como jóvenes. Esto los lleva a percibir y valorar de forma positiva aquellos espacios donde pueden expresarse y realizarse, por lo cual se constituyen en topofilias, no tanto por las cualidades del paisaje urbano, sino por el *ambiente* que se crea en ellos por quienes los usan, el cual les resulta accesible tanto por ser generado por sectores populares de la población similares al suyo como por no tener que incorporar códigos sociales que les resulten ajenos para desenvolverse con comodidad y confianza en dichos espacios.

Por su parte, para los jóvenes que viven en Santa Tere, el conocimiento que tienen de la ciudad pareciera ser más amplio que el que tienen los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro, lo cual se desprende de su capacidad para recordar aquellos lugares donde han estado y que a su vez se refleja en la claridad con la que se expresan de ellos. Esto se debe, muy posiblemente, a la frecuencia con que entran en contacto con dichos lugares, al tipo de actividades que realizan en ellos, así como a las competencias perceptivas que tengan para hacer inteligible tanto el paisaje urbano como las dinámicas socioespaciales que en ellos se llevan a cabo, lo que en conjunto se traduce en una mayor capacidad de apropiación de la ciudad, más amplia en extensión y más intensa que la que viven los jóvenes del cerro.

La pertenencia socioterritorial que construyen los sujetos respecto a la ciudad que habitan no tiene, en lo absoluto, la misma intensidad y profundidad que la construyen en los respectivos barrios donde viven. Además, es una pertenencia más abstracta, pues se funda en la idea de pertenecer a un colectivo imaginado —en vez de comunidad imaginada de Anderson— y poco conocido que conforman quienes habitan la ciudad, misma que tiene sus referentes en la interacción que se establece con esos otros en ciertos lugares de la geografía urbana, independientemente de las posibilidades y limitantes que tengan para entrar en contacto tanto con esos otros como con el espacio urbano sobre el cual se funda la ciudad.

Conclusiones generales

Nothing is fundamental. That is what is interesting in the analysis of society (...). There are not fundamental phenomena. There are only reciprocal relations, and the perpetual gaps between intentions in relation to one other

Michel Foucault

Este apartado final consta de una serie de reflexiones que se desprenden del planteamiento y desarrollo de la investigación aquí presentada. En primer lugar, sobre la relación entre la pregunta formulada y la respuesta obtenida, así como los aportes que brinda este trabajo para la comprensión de la realidad social. En segundo, sobre las fortalezas y debilidades del planteamiento teórico-metodológico respecto a la realidad empírica estudiada. En tercero, sobre algunos de los principales ejes abordados en este trabajo, en particular sobre ciertas condiciones de posibilidad –que se desprenden de las condiciones urbanas y sociales–, y de la relación entre territorios y pertenencias. Y en cuarto y último lugar, sobre las líneas de investigación que se desprenden de este proceso.

Las preguntas, las respuestas, los aportes

Como apuntaba en la introducción de este trabajo, toda investigación nace de una serie de inquietudes que se transforman con el tiempo en interrogantes. Una de esas interrogantes, en la que de alguna forma se ha intentado condensar y contener otras no menos importantes, aunque sí subsidiarias, es la que ha orientado todo este esfuerzo aquí presentado. Por ello, recupero ahora esa pregunta y paso a formular, de manera más o menos concreta, una respuesta a la misma, acompañada de una reflexión sobre la pertinencia y relevancia del problema aquí abordado, así como de los aportes que de ello se desprenden.

- ¿Cuál es el papel de las prácticas de ocio y de las percepciones socioespaciales en la construcción de pertenencias socioterritoriales en jóvenes de la zona metropolitana de Guadalajara?

La pertenencia socioterritorial hace referencia a aquellas relaciones significativas que establecen los sujetos con determinados grupos sociales a los cuales se encuentran fuertemente vinculados por alguna u otra razón, así como también con aquellos espacios que estos se han apropiado a través de sus prácticas y/o representaciones y que comúnmente denominamos como territorios. Para que este tipo de pertenencia pueda concretarse, es importante “la relativa homogeneidad de valores y costumbres locales; la intensidad de los vínculos familiares, amicales y asociativos; y, finalmente, el grado de integración y solidaridad de la colectividad de referencia” (Giménez, 2007: 128-130).

En cierta forma, puede decirse que este tipo de pertenencia es resultado de un proceso en el que tanto las relaciones sociales como espaciales se articulan entre sí configurando un universo particular de sentido, esto es, un *adentro* del que los sujetos forman parte y desde el cual se relacionan con el mundo que los rodea. Por ello la pertenencia socioterritorial se constituye como un punto de referencia en la construcción identitaria del sujeto, ya que a partir de la misma este define quién es y quién no en relación a los grupos y territorios de los que forma parte.

Al definir de esta forma las pertenencias socioterritoriales se deja en claro que no son ni las prácticas de ocio ni las percepciones socioespaciales los elementos más importantes para la adquisición y construcción de este tipo de pertenencias. Sin embargo, si estos elementos fueron elegidos para esta investigación es porque permiten dar cuenta de ciertos aspectos que resultan relevantes para entender el grado de satisfacción o insatisfacción que tienen los jóvenes –que son el grupo social con el que se ha trabajado– respecto a aquellos lugares y sujetos a los que se encuentran vinculados, así como también las posibilidades y limitantes que éstos tienen para construir, desde sus propios intereses y deseos –reflejados en buena medida en sus prácticas de ocio–, nuevas pertenencias socioterritoriales, particularmente con aquellos que comparten una misma condición sociocultural como lo es la juventud.

Por un lado, las prácticas de ocio –entendidas como aquellas actividades de libre elección que se realizan para satisfacer necesidades personales a través del descanso, la diversión, la creación o el desarrollo del sujeto (Rodríguez y Agulló, 1999)– permiten visibilizar ciertos tipos de pertenencias de carácter socioterritorial que se generan a partir de la afinidad y la empatía existentes entre aquellos sujetos que conforman un grupo social

determinado, siempre y cuando éste tenga en el territorio un elemento central de su existencia. En cierta forma, puede decirse que este tipo de pertenencias son, al igual que las prácticas de ocio, de libre elección, lo que no quiere decir que no estén sometidas a ciertas *condiciones de posibilidad*, las cuales son resultado de las condiciones sociales y urbanas, como daré cuenta más adelante.

Por otro lado, las percepciones socioespaciales permiten conocer aquellos elementos en los que centran su atención los sujetos así como también las valoraciones que hacen de los mismos, lo que da cuenta de un *habitus* particular construido sobre todo desde sus ámbitos de interacción, esto es, desde sus grupos de pertenencia. Esto proporciona información valiosa para entender el grado de satisfacción/insatisfacción respecto a las pertenencias socioterritoriales que estos ya tienen y de los elementos que las conforman, así como de la posibilidad/imposibilidad para construir otras nuevas. Asimismo, estas percepciones permiten dar cuenta del papel que juegan las pertenencias socioterritoriales que tienen los sujetos en la configuración de la mirada, lo que los lleva a privilegiar ciertos elementos por sobre otros así como valorarlos de ciertas formas y no de otras.

En ese sentido, estudiar cómo se construyen y mantienen cierto tipo de pertenencias socioterritoriales a partir tanto de las prácticas de ocio como desde las percepciones socioespaciales permite dar cuenta, entre otras cosas, de qué tan accesible es o no la ciudad para los sujetos, ya sea en términos físicos –reflejado sobre todo en la capacidad de apropiación del espacio a través de una presencia corporal activa, y de la diversidad y amplitud de territorios que se tengan–, como simbólicos –reflejado, a su vez, en la capacidad que tengan para representar y significar dichos espacios–, lo cual se encuentra estrechamente relacionado con la posición que éstos ocupan dentro del espacio social, pero también con la ubicación de sus viviendas dentro del entramado urbano, ya que condicionan dichas posibilidades.

Ahora bien, ¿qué aporta este trabajo de investigación a la comprensión de la realidad social? De entrada, puede decirse que este trabajo visibiliza la importancia que sigue teniendo el territorio en la vida de las personas, en particular para aquellas que pertenecen a los sectores populares y medios de la población. Esta vinculación, si bien puede tener múltiples razones de ser, como el haber nacido en un lugar determinado, haber vivido mucho tiempo en un mismo lugar, por la integración social o por la realización de

actividades profesionales (Giménez, 2007), entre otras, también se presenta, sin descartar las opciones anteriores, a partir de la segregación socioespacial no buscada que sufren ciertos sectores de la población, la cual termina por confinar a estos grupos en ciertos lugares del espacio urbano.

Además, es importante señalar que son contadas las investigaciones que tienen como eje principal de estudio las pertenencias socioterritoriales. Esto se debe a que muchas investigaciones que se han centrado en el estudio del espacio han olvidado la importancia que tiene el sujeto –así como su subjetividad– en la construcción del mismo, o porque los estudios que abordan el estudio del sujeto –y de su subjetividad– han pasado por alto la importancia que tiene el espacio en la construcción del sujeto y de su subjetividad. Se debe también a una serie de posturas posmodernas que se han dedicado a exaltar los procesos de desterritorialización en un mundo global, olvidándose tanto del territorio como de los procesos de reterritorialización. Y finalmente, porque se ha privilegiado ya sea el estudio del territorio –en particular desde la geografía– o de las identidades urbanas –tanto desde la sociología, como desde la antropología–, antes que de las pertenencias socioterritoriales.

En ese sentido, el estudio de las pertenencias socioterritoriales es, en cierta forma, un campo fértil que tiene aún un amplio margen de acción. Y si bien este trabajo es una contribución modesta que no aborda de manera directa la forma en cómo se construyen aquellas pertenencias más arraigadas y profundas en el sujeto, sí da cuenta de una serie de condiciones de posibilidad –que dan cuenta de posibilidades y limitantes– que éste tiene para construir cierto tipo de pertenencias socioterritoriales que podríamos calificar de libre elección.

Condiciones urbanas y condiciones sociales como condiciones de posibilidad

Lo que refleja este trabajo sobre construcción de pertenencias socioterritoriales en jóvenes –entre otras cosas– es que tanto las condiciones urbanas como las sociales tienen un profundo impacto en cómo se vive la ciudad, entendida ésta última no sólo como espacio físico, sino también, y sobre todo, como espacio social, que posibilita tanto la convivencia como el conflicto dentro de ciertos marcos institucionales que la misma sociedad crea y recrea a través de las interacciones cotidianas. Es por ello que dichas condiciones –las urbanas y las sociales– pueden ser entendidas como *condiciones de posibilidad*, ya que

configuran una *geografía de oportunidades* para vivir y apropiarse del espacio urbano así como para acceder a los bienes y servicios que en este se ofrecen.

Hablar de condiciones urbanas implica, por un lado, circunscribir, contextualizar y caracterizar aquellos espacios urbanos con los que el sujeto entra en contacto dentro de un marco espacio-temporal previamente definido para esta investigación, que es el de la vida cotidiana. Me refiero en particular a la ciudad, entendida como ese espacio urbano que a pesar de tener límites difusos y siempre cambiantes mantiene una unidad territorial aparente en el imaginario de las personas, el cual se caracteriza, entre otras cosas, tanto por la diversidad social como funcional así como también por los bienes y servicios que ahí se ofrecen, independientemente de que estos sean accesibles de manera desigual y diferenciada por aquellos la habitan. Y me refiero también al barrio, entendido como ese espacio público apropiado que se ubica alrededor de la vivienda y desde el cual es posible establecer relaciones sociales de proximidad, además de que es el espacio desde el cual los sujetos entran en contacto con la ciudad.

Una de las principales problemáticas que enfrentan las ciudades, particularmente en los países en vías de desarrollo, es su crecimiento desmedido, lo cual tiene fuertes implicaciones en la forma en cómo son vividas y experimentadas por los sujetos. Si las ciudades han podido crecer hasta perder esa unidad aparente que las caracterizaba –que lleva a Borja y a Castells (1999) a hablar de una urbanización sin ciudad–, es porque algunas de ellas han acaparado las actividades socioeconómicas o sociopolíticas de ciertas regiones, atrayendo de esta forma a una cantidad considerable de personas desde unidades territoriales más pequeñas. Sin embargo, la gestión de este crecimiento, cuando existe, no siempre es exitosa, y menos cuando se aleja del interés público para convertirse en un interés privado, esto es, cuando el gobierno cede su responsabilidad de construir ciudad a la iniciativa privada; pero también cuando no se soluciona la falta de vivienda que experimentan particularmente las personas con menos recursos, lo que las lleva a construir en lugares poco propicios para ser habitados.

Problemas como la dispersión territorial, la segregación socioespacial y la fragmentación del espacio urbano son en parte consecuencia de ello, y si bien no son los únicos que sufren actualmente las ciudades, sí son de los más relevantes para caracterizar, desde mi punto de vista, la situación urbana que se presenta en el área metropolitana de

Guadalajara, que es donde se ha realizado esta investigación. Estos problemas, además, impactan directamente la forma en cómo los sujetos viven, experimentan y se apropian de la ciudad, afectando por consiguiente la manera en cómo éstos adquieren y construyen sus pertenencias socioterritoriales. La dispersión del espacio urbano, por ejemplo, aumenta las distancias y los tiempos de traslado de un punto a otro de la ciudad, lo cual afecta el acceso de ciertos grupos a los bienes y servicios que en ella se ofrecen, sobre todo porque estos se encuentran distribuidos de manera desigual en su interior. Asimismo, al crecer el espacio urbano de manera descontrolada y sin que se construyan nuevos espacios de centralidad – sobre todo de carácter público⁸⁴ puede difuminar la vivencia espacial de los sujetos, haciendo una ciudad cada vez más inaprensible a la experiencia.⁸⁵

La segregación, por su parte, implica la concentración de sujetos que comparten algunas características –principalmente socioeconómicas– en ciertos lugares de la geografía urbana, pero para los grupos de menor poder adquisitivo esto puede suponer un aislamiento involuntario no sólo del resto de la ciudad, sino de la sociedad de la que en teoría forman parte, sobre todo por las problemáticas que enfrentan cotidianamente –como inseguridad, violencia, falta de oportunidades, entre otras–, producto de una situación económica adversa, la precaria presencia del Estado –sobre todo en cuanto a seguridad– así como por el confinamiento en el que se vive, lo que además puede generar estigmas socioterritoriales a sus habitantes, reforzando con ello su aislamiento y agravando sus problemáticas, lo que al final termina por convertirse en un círculo vicioso –problemas sociales-aislamiento-violencia–. Y finalmente la fragmentación, que se ve reforzada por la dispersión y la segregación, hace referencia a las barreras físicas y simbólicas que se establecen en el espacio urbano y que justamente fragmentan la experiencia de ciudad.⁸⁶

⁸⁴ No pretendo aquí romantizar en lo más mínimo la noción de espacio público, pues está claro que las diferencias sociales están, de alguna u otra forma, siempre presentes. Además, existen normativas –que puede ser tácitas o explícitas– para el *buen* uso de estos espacios, las cuales responden a ciertos valores dominantes que no siempre se ajustan a todos los grupos de población.

⁸⁵ Esto no es nuevo, pues ya los sociólogos de la escuela de Chicago habían dado cuenta de este tipo de problemáticas, en particular Louis Wirth, quien señalaba que “el individuo tiene escasas posibilidades de acceder a una concepción de la ciudad como un todo o de reconocer su lugar en el esquema total” (Wirth, 2005: 10), lo cual es en parte producto de la movilidad del sujeto tanto de domicilio como de trabajo, aunque en la actualidad, con el crecimiento desmedido de las ciudades, esto toma una nueva dimensión.

⁸⁶ En una nota dada a conocer en los medios locales, donde se presentan los resultados del estudio titulado “El impacto socio-territorial de las urbanizaciones cerradas en el Área Metropolitana de Guadalajara”, realizado por Bernd Pfannenstien, del Tecnológico de Monterrey, se afirma que una décima parte del territorio metropolitano está conformado por diversos tipos de urbanizaciones cerradas que rompen con la idea se

Cabe aclarar que la dispersión, la segregación y la fragmentación del espacio urbano no son problemáticas que puedan reducirse o encasillarse exclusivamente como condiciones urbanas, ya que éstas son también resultado de las condiciones sociales –así como también económicas, políticas y culturales– que se materializan de cierta forma en el espacio.

Los barrios, por otro lado, son aquellos espacios de carácter público que los sujetos se apropian a través de sus actividades cotidianas, lo cual es factible al encontrarse estos ubicados alrededor de sus viviendas. Son, pues, espacios de proximidad física y social a partir de los cuales los sujetos aprenden a relacionarse con el mundo que les rodea. Además, vivir en un barrio ubica al sujeto en una posición determinada de la geografía urbana desde la cual entran en contacto con el resto de la ciudad, por lo que resultan claves para entender la conformación de ciertos tipos de pertenencias socioterritoriales.

En el caso Guadalajara, los ahora llamados “barrios tradicionales” se construían considerando algunos elementos que permitían generar y reforzar vínculos comunitarios, como el templo, el mercado, la plaza pública, ya que estos congregaban a los sujetos. Sin embargo, este tipo de diseño urbano, heredado de la colonia, dejó paso a otros, como el de las colonias residenciales, los cotos privados, las unidades habitacionales y los asentamientos irregulares, por mencionar tan sólo algunos de ellos. Sin embargo, en muchos de estos espacios los barrios, por lo menos como los hemos definido para este trabajo, simplemente no existen, pues no hay relaciones de proximidad ni con los vecinos ni con el espacio circundante. Pero en otros muchos sí, ya que independientemente de que algunos no cuenten con espacios de centralidad, los sectores populares y medios sobre todo siguen generando una intensa vida social alrededor de sus viviendas.

Cada barrio tiene características urbanas distintas y distintivas, las cuales son producto, entre otras cosas, del momento histórico en el que se construyeron los espacios donde éstos se encuentran asentados –y que es también donde surgieron y se desarrollaron–, de las transformaciones que estos espacios han experimentado a través el tiempo, de las condiciones socioeconómicas de sus habitantes, de las actividades socioeconómicas que se realizan en su interior, de su ubicación dentro de la trama urbana, de los sistemas de

ciudad (Informador, 14/10/2015). Esta forma de segregarse por parte de las clases medias y acomodadas está acompañada de barreras tangibles en forma de muros y controles de acceso, aunque las barreras físicas no son las únicas que fracturan la ciudad.

movilidad que utilicen quienes ahí viven, todo lo cual condiciona las relaciones socioespaciales de los sujetos.

Respecto a las condiciones sociales, éstas permiten no sólo caracterizar al sujeto, sino también ubicarlo dentro en una estructura de relaciones, o en otras palabras, dentro de un espacio social, en el cual los sujetos ocupan posiciones determinadas a partir de la acumulación de capitales –sociales, culturales, económicos, simbólicos– que estos tengan (Bourdieu, 2001), los cuales confieren poder al individuo –por lo menos en estado latente– y, por tanto, capacidad de agencia, esto es, capacidad de crear una diferencia dentro del mundo social (Giddens, 2006), misma que resulta indispensable para la conformación de territorios. Asimismo, los sujetos tienen una serie de características sociales que definen en gran medida los roles que estos cumplen tanto en la sociedad como al interior de sus grupos de pertenencia, al ubicarse, por ejemplo, dentro de una estructura de relaciones etarias – como lo es la condición juvenil–, o de género, que marcarán profundamente el tipo de prácticas socioespaciales que puedan realizar dentro de la vida cotidiana así como las formas de hacer territorio y de adquirir y construir sus pertenencias socioterritoriales.

En cuanto a los capitales, estos, además de ubicar a los sujetos en una posición determinada del espacio social, ayudan a entender las prácticas que éstos realizan, las posibilidades con las que cuentan para realizarlas, así como la capacidad de apropiación que tienen de aquellos espacios en donde las llevan a cabo, ya que “la capacidad de dominar el espacio, en espacial adueñándose (material o simbólicamente) de los bienes escasos (públicos o privados) que se distribuyen en él, depende del capital poseído”, además de que “la posesión del capital asegura (...) la casi ubicuidad que hace posible el dominio económico y simbólico de los medios de transporte y comunicación”, mientras que “la falta de capital intensifica la experiencia de finitud: encadena a un lugar” (Bourdieu, 2010: 122-123). Así, a mayor volumen de capital mayores posibilidades para moverse y apropiarse del espacio urbano, y viceversa, a menor capital menores posibilidades para moverse y de apropiarse de dicho espacio.

El capital cultural, por ejemplo, tiene en las instituciones educativas un espacio clave para su adquisición. Así, estar dentro de las instituciones educativas permite no sólo adquirir este capital que es socialmente reconocido, y que en el futuro puede reeditar en capital económico a partir de los trabajos que se puedan conseguir, sino que también

permite a los sujetos hacerse de un capital social –que incluye, entre otras cosas, códigos de comportamiento y habilidades de interacción– a partir de las relaciones que establecen con sus compañeros de escuela. Y esto tiene fuertes implicaciones en la vivencia del espacio, porque los sujetos que componen su capital social pueden ser, en el mejor de los casos, puerta de entrada a otras partes de la ciudad así como también a otros grupos sociales, con todo lo que ello implica –mayores posibilidades para conocer y apropiarse del espacio urbano, incremento del capital social, etc.–, mientras el capital económico puede determinar la capacidad de movimiento a través de la ciudad así como el acceso a los bienes y servicios.

La condición juvenil, por otro lado, supone una serie de pautas socialmente construidas que asocian la edad de los sujetos con una serie de expectativas y responsabilidades, las cuales si bien pueden variar significativamente de un grupo social a otro –incluso dentro de un mismo contexto urbano–, otras son, en cambio, transversales debido a ciertas visiones dominantes que imperan en la sociedad. Esto tiene profundas implicaciones respecto a la forma en cómo los sujetos se ven a sí mismos en relación a ciertos tipos ideales tanto de jóvenes como de juventud que tales visiones permiten construir, ya que estar dentro o fuera de la norma significa también estar integrados o excluidos de la sociedad que las ha creado y legitimado. En cierta forma, puede decirse que quedar por fuera de estas visiones dominantes crea un “adentro marginal” –valga la paradoja– el cual puede fortalecerse e incluso radicalizarse mientras más alejado se esté de dichas visiones dominantes, siempre y cuando, claro está, éstas sean reconocidas como tales–. Así, se mantiene la distancia con aquellos que forman parte de ese adentro que resulta ajeno y se refuerzan los lazos con aquellos que forman parte del afuera –que es también un adentro construido desde la exclusión– del que se forma parte.

Los jóvenes que viven en zonas populares, y que por lo general se caracterizan tanto por lo escaso que son sus capitales así como por no ajustarse a aquellas visiones dominantes de lo que es ser joven –asociadas sobre todo con el seguir estudiando o, en su defecto, contar con un trabajo formal–, terminan anclados al espacio físico –pero también simbólico– de sus respectivos barrios, los cuales, al carecer normalmente de infraestructura pública y privada para la realización de actividades asociadas al tiempo libre, generan un sentimiento de pesadumbre y malestar. Los *barrios*, en cierta forma, son una expresión

dramática de este tipo de exclusiones, pues si bien los jóvenes que los conforman crean sus propios códigos de interacción, tales códigos responden a las características del entorno y de su propia condición social, marcado por el exceso de tiempo libre debido al abandono escolar, la inestabilidad laboral, la falta de opciones recreativas, la ausencia de seguridad pública, la violencia como forma legitimada de interacción, entre otros.

Territorios y pertenencias

El territorio, entendido como ese espacio apropiado y valorado ya sea en términos instrumentales o simbólicos (Giménez, 2007), es siempre resultado de un ejercicio de poder, ya sea sobre el espacio, los sujetos o los recursos que se encuentren en el mismo (Raffestin, 2013). En ese sentido, el territorio implica la posibilidad de ejercer, ya sea a través de la práctica o de la representación, algún grado control sobre algunos de los elementos que lo conforman. Sin embargo, es conveniente señalar que existen formas legitimadas dentro de los grupos sociales para apropiarse de los espacios, las cuales determinan el tipo de poder que puede utilizarse y la manera de ejercerlo. Por ejemplo, cuando existen condiciones sociales adversas –precariedad económica, abandono escolar, inseguridad pública, hacinamiento, entre otros–, así como un vacío de poder por parte de las instituciones encargadas tradicionalmente de regular la convivencia social –la familia, la comunidad, la iglesia o el Estado–, los sujetos suelen recurrir, de manera “legítima”, y siempre y cuando no se cuenten con otros recursos o estos no tengan efecto dentro de un contexto específico, al uso de la violencia física y simbólica para establecer y mantener el control de un territorio, por lo que se puede hablar de territorialidades conflictivas, las cuales ponen a los sujetos en permanente tensión al existir otros grupos que pudieran amenazar, por los mismos medios, no sólo dicho territorio, sino la estabilidad del grupo que se lo ha apropiado, así como su prestigio, sobre todo cuando este último elemento tiene valor como un capital simbólico socialmente relevante.

Por otro lado, las territorialidades de conformidad –que también podríamos denominar como territorialidades compartidas o consensuales–, son aquellas donde los sujetos aceptan y comparten la territorialidad de algunos grupos al no suponer, dentro de los contextos sociales en los se desenvuelven, ninguna amenaza para su integridad individual o grupal, por lo que podría decirse que éstas son, en cierta forma, opuestas a las

conflictivas. Este tipo de territorialidades son posibles al compartir los sujetos un mínimo de códigos de convivencia social producto de las interacciones recurrentes con extraños, así como también por la capacidad que estos tienen para entender y respetar aquellos códigos de conducta que priman en determinados espacios donde estos se desenvuelven. Éstas serían, a grandes rasgos, dos tipos de territorialidad antagónicas que pueden encontrarse en el estudio de la realidad social, aunque está claro que pueden existir otras que conjuguen elementos de una u otra.

Ahora bien, un territorio clave en la vida de algunos sujetos –que no de todos– es aquel que se establece alrededor de la vivienda, al cual hemos denominado como barrio. Esto es sobre todo cierto para aquellos sujetos que pasan mucho tiempo al interior de este espacio, ya sea por elección personal o por constricciones de carácter estructural. Este territorio, que no está exento de conflictos, pero también de acuerdos, se construye a través de las prácticas que realizan habitualmente los sujetos a través de las cuales incorporan los valores del grupo con el que se comparte vecindad, siempre y cuando, claro está, exista una interacción constante con el mismo así como un mínimo de afinidad. De esta forma, el barrio se convierte en un espacio conocido y apropiado en la interacción cotidiana, por lo que puede decirse que el territorio barrial es un territorio, en el mejor de los casos, de conformidad.

Por otro lado, los territorios que establecen los sujetos a través de sus prácticas de ocio permiten dar cuenta tanto de las posibilidades que estos tienen como de los recursos que estos utilizan para apropiarse de la ciudad. Por ello el estudio de este tipo de prácticas resulta relevante, porque permite cartografiar esa ciudad de libre elección que estos construyen y que es además altamente significativa por ser espacio tanto de realización personal como grupal. Esto no quiere decir que los sujetos no construyan territorios que puedan resultar significativos a partir de sus actividades formales u obligatorias –como aquellas asociadas al mundo de trabajo o a la escuela, por ejemplo–, sino simplemente que a través de las prácticas de ocio es más probable que se establezcan estas relaciones significativas, en contraposición de aquellas que son más funcionales o instrumentales.

Se puede hablar de pertenencia socioterritorial cuando el territorio y el grupo que lo hace posible a través de sus prácticas se convierten en elementos clave en la conformación identitaria del sujeto. En ese sentido, y como ya se ha mencionado, la pertenencia tiene dos

elementos fundamentales para su concreción en la experiencia del sujeto. Por un lado, el espacio apropiado, esto es, el territorio, base material pero a la vez significativa que sitúa al sujeto en una geografía determinada del espacio urbano. Por otro lado, el espacio social, que sitúa a su vez al sujeto dentro de una red de relaciones, muchas de las cuales están localizadas en el espacio físico, esto es, territorializadas.

La pertenencia socioterritorial no siempre es resultado de una elección –aunque puede serlo–, sino una condición asociada a la clase social en la que se encuentren ubicados los sujetos, ya que desde ella incorporan, a través de sus actividades cotidianas, tanto una serie de capitales como de disposiciones duraderas –o *habitus*– que operan como mediadores de sentido así como recursos para la acción respecto, en este caso en particular, a las relaciones que establezcan *con* y *en* el espacio. En ese sentido, el espacio social en el cual se ubican los sujetos condiciona las pertenencias que estos puedan tener, pues a menor capital menor capacidad de agencia, y por tanto menor capacidad para elegir espacios que les resulten más convenientes para fundar territorios de acción, y viceversa: a mayor capital acumulado, mayores posibilidades para ubicarse en posiciones privilegiadas del espacio urbano –esto es, donde se concentran los bienes y servicios ofertados en la ciudad–. En ese sentido, podemos hablar de pertenencias *electivas* y de pertenencias *no electivas*.

La pertenencia barrial, por ejemplo, puede ser para muchos sujetos, y en particular para los más jóvenes, una pertenencia *no electiva*, ya que ellos no deciden por lo general dónde es que vivirán con sus familias, y esto es así tanto por lo limitado de sus capitales como por la posición subordinada que tienen al interior de las relaciones generacionales, lo que no significa, por otro lado, que esta pertenencia no sea importante para ellos, más allá de si lo reconocen o no, pues si bien se puede sentir rechazo por ese espacio de vida que es el barrio o por quienes ahí viven, lo cierto es que les permite incorporar, comprender y dominar los ritmos de la vida cotidiana así como algunos de los valores del grupo que esté ahí asentado, lo que da un mínimo de certezas sobre lo que se puede o no esperar que ocurra en determinados espacios y lo que hagan determinados sujetos, además de que todo ello les permite regular su propia práctica.

Por otro lado, si los sujetos interactúan en distintos espacios y con distintos colectivos, esto nos lleva a plantear la existencia de múltiples pertenencias socioterritoriales, cada una de las cuales variará de acuerdo a si son o no electivas, así como

en cuanto a su intensidad dentro de la experiencia identitaria del sujeto (fuerte o débil) y su amplitud en términos de extensión territorial (extensa o acotada). Por ejemplo, para quienes pasan mucho tiempo dentro de su barrio –como los jóvenes que viven en el Cerro del Cuatro–, éste puede ser un territorio de apenas varias cuadras, lo que implica una extensión territorial bastante acotada pero también muy intensa, ya que además de ser uno de los pocos espacios donde estos son conocidos y reconocidos pueden tener sobre ellos un mínimo de control. Sin embargo, la vinculación con el territorio está en estrecha relación con la condición de género que se tenga.

Pero para quienes salen a otros sitios de la ciudad de manera frecuente, esta puede tener distintos referentes y, por tanto, ser más amplia aunque también quizá menos profunda, ya que sobre esos espacios se puede tener menos control al tener una presencia más inestable en ellos y al ser territorios compartidos con otros grupos sociales. Así, la pertenencia socioterritorial respecto a la ciudad es una pertenencia en gran medida abstracta –como lo son las comunidades imaginadas de Anderson– la cual se construye a partir de un número limitado de referentes específicos con las cuales el sujeto conforma un tipo particular de pertenencia socioterritorial.

Finalmente, puede decirse, por un lado, que el estudio de las pertenencias socioterritoriales permite visibilizar, entender y comprender tanto las razones como las formas en que los sujetos se vinculan con diversos territorios –entendidos como espacios apropiados, ya sea en términos funcionales o simbólicos–, así como también con aquellos sujetos que se encuentran ligados a los mismos. Y por otro, que la profundidad de la pertenencia socioterritorial en la experiencia del sujeto y su extensión y multiplicidad en términos geográficos refleja lo accesible que es o no la ciudad así como también el marco de relaciones socioespaciales que configuran un tipo particular de sujeto y, por tanto, de sociedad y de ciudad.

Posibles líneas de investigación para el futuro

Una de las grandes deudas de este trabajo fue trabajar los imaginarios urbanos de los sujetos, lo cual resultó imposible al existir una distancia cultural entre los entrevistados y el entrevistador, así como por no haber diseñado una estrategia adecuada que se adaptara a dicha situación. En ese sentido, es una línea de investigación que queda pendiente, a partir

de la cual podrá observarse otra forma en cómo los sujetos construyen el espacio urbano en el que viven así como aquel que no conocen, pero que forma parte de la ciudad.

Me parece también relevante estudiar, en términos comparativos, cómo impactan una serie de procesos económicos, sociales, culturales y políticos en la configuración del espacio urbano de algunas de las principales ciudades de América Latina, pero en particular las problemáticas por las éstas que han pasado, los retos a los que se han enfrentado, las soluciones que les han dado a algunos de ellos, así como las formas en cómo impacta todo esto en la experiencia espacial de los sujetos y por tanto en la generación de un sentido de pertenencia socioterritorial.

Bibliografía:

Aceves, Jorge E., Renée de la Torre y Patricia Safa (2004). Fragmentos urbanos de una misma ciudad: Guadalajara, *Espiral*, septiembre-diciembre, año/Vol. XI, número 031, 277-320.

Anaya Wittman, Sofía y José Marull Tomas (2006, febrero). Guadalajara, apuntes sobre el crecimiento y la traza urbana. *Estudios Jaliscienses, No. 63. Asentamientos periurbanos*.

Arias, Patriacia (2010). De ciudad a metrópoli. Las sustentabilidad social en dos momentos de la historia urbana de Guadalajara, en Octavio Urquidez (coordinador), *La reinención de la metrópoli* (25-52). México: El Colegio de Jalisco.

Augé, Marc (2007a). De los lugares a los no lugares, *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad* (81- 118). Argentina: Gedisa.

_____ (2007b). *Por una antropología de la movilidad*. España: Gedisa.

Bailly, Antoine S. (1978). *La percepción del espacio urbano*. Madrid, España: Instituto de Estudios y Administración Local.

Bassols, Mario (1990). La marginalidad urbana: una teoría olvidada, *Polis. Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial, No. 90*, pp. 181-198

_____ (2011). México: la marca de sus ciudades, en Enrique Cabrero Mendoza (coordinador), *Ciudades mexicanas. Desafíos en concierto* (19-64). México: Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Bauman, Zygmunt (1994). Introducción: Sociología ¿para qué?, *Pensando Sociológicamente* (7-24). Buenos Aires, Argentina: Ediciones Nueva Visión.

Bazdresch Parada, Miguel (2012). Disponibilidad, accesibilidad y calidad de la educación, en Guadalupe Rodríguez Gómez (coordinadora), *La realidad social y las violencias. Zona Metropolitana de Guadalajara* (183-214). Guadalajara, México: CONAVIM, INCIDE social, CIESAS, ITESO.

Belinsky, Jorge (2007). 6. El ataque frontal, *Lo imaginario: un estudio* (69-79). Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

Berger, Peter y Thomas Luckmann (2005). I. Los fundamentos del conocimiento en la vida cotidiana, *La construcción social de la realidad* (34-63). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Bogotá Cómo Vamos (2014). *Encuesta de percepción ciudadana 2014*. Disponible en línea: <http://www.bogotacomovamos.org/documentos/encuesta-de-percepcion-ciudadana-2014/> (fecha de consulta: 17 de julio de 2015).

Bonnwitz, Patrice (1998). *La sociología de Pierre Bourdieu*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.

Borja, Jordi (2003). La ciudad es el espacio público, en Patricia Ramírez Kuri (coord.), *Espacio público y reconstrucción de ciudadanía* (59-87). México: FLACSO México / Miguel Ángel Porrúa.

Borja, Jordi y Manuel Castells (1999). Introducción, *Lo local y lo global. La gestión de las ciudades en la era de la información* (11-20). España: Taurus.

Bourdieu, Pierre (1984). Espacio social y génesis de las “clases”, *Sociología y cultura* (281-309). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Grijalbo.

_____ (2001). Capítulo IV. Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social.

_____ (2003). La distinción. Criterio y bases sociales del gusto. México: Taurus.

_____ (2007). Espacio social y espacio simbólico, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción* (11-32). España: Anagrama.

_____ (director) (2010). Efectos de lugar, *La miseria del mundo* (119-124). Argentina: Fondo de Cultura Económica.

Bourdin, Alain (2007). 1. La metrópoli, *La metrópoli de los individuos* (25-50). México: Universidad Iberoamericana-Puebla / ITESO / BUAP / Embajada de Francia en México.

Brand, Peter (2012). El significado social de la movilidad, en Julio D. Dávila (compilador), *Movilidad urbana & pobreza urbana. Aprendizajes de Medellín y Soacha, Colombia* (16-22). Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Brito Lemus, Roberto (1998). Hacia una sociología de la juventud. Algunos elementos para la deconstrucción de un nuevo paradigma de la juventud, en *Última década, número 009*. Disponible en línea: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=19500909>

Burgess, Ernest W. (1988). El crecimiento de la ciudad. Introducción a un proyecto de investigación, en Mario Bassols, Roberto Donoso, Alejandra Massolo y Alejandro Méndez (Compiladores), *Antología de sociología urbana* (118-129). Universidad Nacional Autónoma de México.

Burgess, Rod (2009). Violencia y la ciudad fragmentada, en Ana Falú (editora), *Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos* (99-126). Chile: Ediciones Sur.

Cabrales Barajas, Luis Felipe (2006). Tendencias recientes de las urbanizaciones cerradas y polarización residencial en Guadalajara, en *Curso. Segregación social del espacio, Nuevos*

enfoques y patrones emergentes en México y Chile. IV. Segregación y mercados de suelo. Patrones emergentes de segregación: los casos de México y Chile.

_____ (2010). El de atrás paga: el modelo metropolitano de Guadalajara, en Octavio Urquidez (coordinador), *La reinención de la metrópoli* (75-96). México: El Colegio de Jalisco.

Campos, Jaime (1971). El concepto de marginalidad social en América Latina, *Revista de integración: economía, política, sociología*, pp. 75-95.

Capriati, Alejandro José (2013). 7. Cómo salir del barrio sin morir en el intento: trayectorias juveniles y proyectos de vida, en Pablo Francisco Di Leo y Ana Clara Camarotti (editores), *“Quiero escribir mi historia”. Vidas de jóvenes en barrios populares* (155-172). Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

Carman, María, Neiva Vieira y Ramiro Segura (coords.) (2013). Introducción. Antropología, diferencia y segregación urbana, *Segregación y diferencia en la ciudad* (11-34). Quito, Ecuador: FLACSO Ecuador / CLACSO / Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda (MIDUVI).

Castoriadis, Cornelius (1983). III. La institución y lo imaginario: primera aproximación, *La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 1. Marxismo y teoría revolucionaria* (197-285). Barcelona, España: Tusquets Editores.

Castells, Manuel (2004). Segunda parte. La ideología urbana, *La cuestión urbana* (91-137). México: Siglo Veintiuno Editores.

_____ (2006). 2. Qué es la sociología urbana, *Problemas de investigación en sociología urbana* (15-71). México: Siglo Veintiuno Editores.

Centro Estatal de Investigación de la Vialidad y el Transporte (2002). *Movilidad. Una visión estratégica de la zona metropolitana de Guadalajara*. México: ITESO / Centro Estatal de Investigación de la Vialidad y el Transporte.

CEPAL (Comisión Económica para América Latina) (2007). *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*. Buenos Aires, Argentina. Disponible en línea: http://www.eclac.org/publicaciones/xml/6/20266/Cepal_OIJ.pdf

Chávez Arellano, María Eugenia (2004). Encuentros y desencuentros de la metodología en antropología y sociología, en Luis Llanos Hernández, María Antonieta Goytia Jiménez y Arturo A. Ramos Pérez (Coords.), *Enfoques metodológicos críticos e investigación en ciencias sociales* (45-59). México: Plaza y Valdés.

Clichevsky, Nora (2000). Informalidad y segregación urbana en América Latina. Una aproximación, *CEPAL, serie medio ambiente y desarrollo*, No. 28.

Connolly, Priscilla y Emilio Duhau (2010). Las movilidades en las grandes ciudades. ¿Globalización o automovilización?, en Lucía Álvarez Enríquez, Cristina Sánchez-Mejorada Fernández, Carlos San Juan Victoria (Coordinadores), *La gestión incluyente en las grandes ciudades* (155-181). México: UNAM / UAM-A / INAH / Juan Pablos Editor.

Cordera, Rolando (2008). Prólogo. El derecho al desarrollo y el derecho a la ciudad: para reconstruir el futuro, en Rolando Cordera, Patricia Ramírez Kuri y Alicia Ziccardi (coordinadores), *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* (9-22). México, D.F.: UNAM / Siglo veintiuno Editores.

Corporación Andina de Fomento (2011). Guadalajara, *Desarrollo urbano y movilidad en América Latina* (198-213). Panamá: CAF – Banco de Desarrollo de América Latina.

Cross, Edmond (1986). *Literatura, ideología y sociedad*. Madrid, España: Editorial Gredos.

Cuenca Cabeza, Manuel (2000). 1. El ocio como fenómeno social y experiencia personal, *Ocio humanista. Dimensiones y manifestaciones actuales del ocio. Documentos de Estudios de Ocio, núm. 16* (27-139). España: Universidad del Deusto.

De Certeau, Michel (2007). La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer. México: Universidad Iberoamericana / ITESO.

De la Torre, Renée (2001). Fronteras culturales e imaginarios urbanos: la geografía moral de Guadalajara, en Daniel Vázquez, Renée de la Torre y José Luis Cuellar, *El centro histórico de Guadalajara. Mesa redonda* (69-116). México: El Colegio de Jalisco / Instituto Cultural Ignacio Dávila Garibi.

De la Peña, Guillermo y Renée de la Torre (1990). Religión y política en los barrios populares de Guadalajara, en *Estudios Sociológicos VIII*; 24.

Delfino, Andrea (2012). La noción de marginalidad en la teoría social latinoamericana: surgimiento y actualidad, *Universitas humanística, No. 74*, julio-diciembre, pp. 17-34.

Delgado, Manuel (2007). II. Pasar, pensar, hablar, *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles* (59-82). España: Anagrama.

_____ (2011). *El espacio público como ideología*. Madrid, España: Catarata.

Díaz, Severo (1933). Guadalajara actual (127-143). Jalisco, México: Junta Auxiliar Jalisciense de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Duhau, Emilio y Ángela Giglia (2008). Prólogo, 1. Introducción: orden urbano y experiencias metropolitanas (7-17, 21-64). México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco / Siglo Veintiuno Editores.

_____ (2010). El espacio público en la ciudad de México. De las teorías a las prácticas, en Gustavo Garza y Martha Schteingart (coordinadores), *Los grandes problemas de México. II. Desarrollo urbano y regional* (389-447). El Colegio de México.

Elizalde, Rodrigo (2010). Resignificación del ocio: aportes para un aprendizaje transformacional, *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, Volumen 9, No. 25*, pp. 437-460.

Enríquez, Pedro Gregorio (2007). De la marginalidad a la exclusión social: un mapa para recorrer sus conceptos y núcleos problemáticos, *Fundamentos en Humanidades, Año VIII, Número I*, pp. 57-88.

Espino Méndez, Nilson Ariel (2008). La segregación urbana: una breve revisión teórica para urbanistas, *Revista de Arquitectura, Vol. 10*, pp. 34-48.

Esquivel Hernández, María Teresa (2005). Vida cotidiana e identidad, en Sergio Tamayo y Kathrin Wilder (coordinadores), *Identidades urbanas* (57-89). México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Feixa, Carles (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona, España: Ariel.

_____ (2000). Los espacios y los tiempos de las culturas juveniles, en Gabriela Medina Carrasco (compilador), *Aproximaciones a la diversidad juvenil* (45-60). México: El Colegio de México.

_____ (2008). La ciudad invisible. Territorios de las culturas juveniles, en Humberto J. Cubides C., María Cristina Lavarde Toscano y Carlos Eduardo Valderrama H., *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (83-109). Colombia: Universidad Central / Siglo del Hombre Editores.

Flick, Uwe (2007). Capítulo XII. Observación, etnografía y métodos de datos visuales, *Introducción a la investigación cualitativa* (149-173). España: Ediciones Morata / Fundación Paideia Galicia.

Galeano Marín, María Eumelia (2004). *Estrategias de investigación social cualitativa. El giro de la mirada*. Colombia: La carreta editores.

García Andrade, Adriana (2009). La teoría de la estructuración y su observación desde la acción: los límites del análisis, en *Estudios sociológicos, Vol. XXVII, Núm. 79, enero-abril*, pp. 31-61.

García Canclini, Néstor (2005). III. Viajes e imaginarios urbanos, *Imaginarios urbanos* (105-147). Argentina: Eudeba.

_____ (2007). Diálogo con Néstor García Canclini ¿Qué son los imaginarios y cómo actúan en la ciudad?, entrevista de Alicia Lindón, *Eure*, año/vol. XXXIII, núm. 099. Pp. 89-99.

_____ (2010). Epílogo. La sociedad mexicana vista desde los jóvenes, en Rossana Reguillo (coordinadora), *Los jóvenes en México* (430-444). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Fondo de Cultura Económica.

_____ (2011). El dinamismo de la descomposición: megaciudades latinoamericanas, en Patricio Navia y Marc Zimmerman (coordinadores), *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo [des]orden mundial* (58-72). México: Siglo Veintiuno Editores.

Garrocho, Carlos (2011). Pobreza urbana en asentamientos irregulares de ciudades mexicanas: la trampa de la localización periférica, en Enrique Cabrero Mendoza (coordinador), *Ciudades mexicanas. Desafíos en concierto* (159-209). México: Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Garza, Gustavo (2010). La transformación urbana de México, 1970-2020, en Gustavo Garza y Martha Schteingart (coordinadores), *Los grandes problemas de México. II. Desarrollo urbano y regional* (31-86). México, D.F.: El Colegio de México.

Giddens, Anthony (2006). *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Gilbert, Alan (1997). 1. El paisaje urbano, *La ciudad latinoamericana* (15-39). México: Siglo Veintiuno Editores.

Giménez, Gilberto (2007). IV. Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural, *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales* (115-147). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / ITESO.

Goffman, Erving (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

_____ (2003). 1. Estigma e identidad social, Estigma, la identidad deteriorada (11-55). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

Gómez Sustaita, Guillermo y Juan Gil Flores (2008). *Barrio de Santa Teresita*. Guadalajara: Gobierno Municipal.

Gottdiener, Mark (1997). 2. Urban ecology, Economics, and Geography: Spatial Analysis in Transition, *The Social Production of Urban Space* (25-69). Unites States of America: University of Texas Press.

Gottmann (1957). Megalopolis, or the urbanization of the northeastern seaboard, en *Economic Geography*, Vol. 33, No. 3, pp. 189-200.

Greaves Lainé, Cecilia (2010). El México contemporáneo (1940-1980), en Pablo Escalante Gonzálbo (et. al), *La vida cotidiana en México* (241-278). El Colegio de México.

Guber, Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.

_____ (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Guzmán Ríos, Vicente (2005). Apropiación, identidad y práctica estética: un sentir juntos el espacio, en Sergio Tamayo y Kathrin Wilder (coordinadores), *Identidades urbanas* (229-279). México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Haesbaert, Rogério (2011). *El mito de la desterritorialización. Del “fin de los territorios” a la multiterritorialidad*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Hall, Edward (2003). Proxemics, en Setha M. Low y Denise Lawrence-Zuñiga (editors), *The anthropology of space and place. Locating culture* (51-73). Singapur: Blackwell Publishing.

Harvey, David (2013). Capítulo uno. El derecho a la ciudad, *Ciudades rebeldes. Del derecho de la ciudad a la revolución urbana* (19-49). Madrid, España: Ediciones Akal.

Heller, Ágnes (1977). I. Sobre el concepto abstracto de “vida cotidiana”, *Sociología de la vida cotidiana* (19-26). Barcelona, España: Ediciones Península.

Hernández Larrañaga, Javier (2001). *Guadalajara: identidad perdida. Transformación urbana en el siglo XX* (137-161). México: Editorial Agata / El Informador / Secretaría de Cultura Jalisco / Patronato del Centro Histórico de Guadalajara / Biósfera Jalisco Colima.

Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón (2004). Desterritorialización y reterritorialización metropolitana: la ciudad de México, en *Documents d'Análisis Geográfica*, 44.

Hiernaux, Daniel (2008). De los imaginarios a las prácticas urbanas: construyendo la ciudad del mañana, *Iztapalapa*, 64-65, Año 29, pp. 15-35.

Ibáñez, Eduardo y Daniel Vázquez (1970). *Guadalajara, un análisis urbano*. México: Comisión de la Coordinación Urbana del Valle de Guadalajara.

IMJUVE (Instituto Mexicano de la Juventud) (2010). *Encuesta Nacional de Juventud 2010*. México. Disponible en línea: http://cendoc.imjuventud.gob.mx/sin_registro/Cuestionarios/CuadernilloENJ2010FINAL9DIC.pdf

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2000). *Ciudades capitales: una visión histórico urbana, Volumen 1* (Disco compacto). México.

ITESO (2011). *Convivir mejor. Diagnóstico integral comunitario de la colonia Nueva Santa María, municipio de Tlaquepaque, Jalisco*. México: Gobierno Municipal de Tlaquepaque / Secretaría de Desarrollo Social / Instituto de Estudios Superiores de Occidente / Cátedra UNESCO-ITESO.

Jalisco Cómo Vamos (2012). *¿Cómo nos vemos los tapatíos? Encuesta de percepción ciudadana sobre calidad de vida, 2012*. Disponible en línea: http://jaliscocomovamos.org/images/pdf/como_nos_vemos_2012_.pdf (fecha de consulta: 8 de noviembre de 2012).

_____ (2015). Movilidad, *¿Cómo nos vemos los tapatíos? Encuesta de percepción ciudadana 2014*. Disponible en línea: <http://www.jaliscocomovamos.org/881-2> (fecha de consulta: 21 de julio de 2015).

Jiménez, Bernardo, Ana Rosa Olvera y Rosa Margarita López (2014). Espacios públicos sustitutos por apropiación espacial juvenil en centros comerciales de Guadalajara y Puerto Vallarta, en Andrea Milena Burbano y Pablo Páramo, *La ciudad habitable: espacio público y sociedad* (163-180). Bogotá, Colombia: Universidad Piloto de Colombia.

Jirón, Paola (2012). La importancia de la experiencia de movilidad en la planificación del transporte. Aprendizajes de Santiago de Chile, en Julio D. Dávila (compilador), *Movilidad urbana & pobreza urbana. Aprendizajes de Medellín y Soacha, Colombia* (23-30). Colombia: Universidad Nacional de Colombia.

Juan, Salvador (2000). Las tensiones espacio-temporales de la vida cotidiana, en Alicia Lindón (coordinadora), *La vida cotidiana y su espacio temporalidad* (123-146). España: Anthropos.

_____ (2008). Un enfoque socio-antropológico sobre la vida cotidiana: automatismos, rutinas, elecciones, *Espacio abierto Cuaderno Venezolano de Sociología, Vol. 17. No. 5*, julio-septiembre.

Knox, Paul y Steven Pinch (2010). 2. The changing economic context of the city life, *Urban Social Geography. An Introduction* (17-39). Malasia: Pearson.

Le Breton, David (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad* (91-139). Buenos Aires: Nueva Visión.

Lefebvre, Henri (1978). *El derecho a la ciudad*. Barcelona, España: Ediciones Península.

_____ (1983). 1. De la ciudad a la sociedad urbana. 3. El fenómeno urbano, *La revolución urbana* (7-28, 53-83). España: Alianza Editorial.

_____ (2013). El espacio social, *La producción del espacio* (125-216). Madrid, España: Capitán Swing.

Lewis, Oscar (2008). *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lezama, José Luis (1998). III. La Escuela Culturalista como crítica de la sociedad urbana; IV. La Escuela Ecologista Clásica de Chicago; V. La Escuela Francesa de Sociología Urbana, *Teoría social, espacio y ciudad* (135-296). El Colegio de México.

Lindón, Alicia (2000). Del campo de la vida cotidiana y su espacio-temporalidad (una presentación), en Alicia Lindón (coordinadora), *La vida cotidiana y su espacio temporalidad* (7-18). España: Anthropos.

_____ (2005). Figuras de la territorialidad en la periferia metropolitana: topofilias y topofobias, en Rossana Reguillo y Marcial Godoy, *Ciudades translocales. Espacios., flujo, representación. Perspectivas desde las Américas* (145-172). México: ITESO / Social Science Research Council.

López Moreno, Eduardo (2001). *La cuadrícula en el desarrollo de la ciudad hispanoamericana. Guadalajara, México*. Universidad de Guadalajara / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Lynch, Kevin (1970). Capítulo 1. La imagen del medio ambiente y Capítulo 3. La imagen de la ciudad y sus elementos, *La imagen de la ciudad* (9- 22, 47-86). Buenos Aires, Argentina: Ediciones infinito.

Marcial, Rogelio (2012). Experiencias y expresiones de la violencia social entre los jóvenes, en Guadalupe Rodríguez Gómez (coordinadora), *La realidad social y las violencias. Zona metropolitana de Guadalajara* (283-318). México: CONAVIM / INCIDE Social / CIESAS / ITESO.

Margulis, Mario y Marcelo Urresti (2008). La construcción social de la condición de juventud, en Humberto J. Cubides C., María Cristina Lavarde Toscano y Carlos Eduardo Valderrama H., *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (3-21). Colombia: Universidad Central / Siglo del Hombre Editores.

Martín-Barbero, Jesús (2011). Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación, en Patricio Navia y Marc Zimmerman (coordinadores), *Las ciudades latinoamericanas en el nuevo [des]orden mundial* (73-84). México: Siglo Veintiuno Editores.

Mayol, Pierre (2006). Capítulo I. El barrio, en Michel de Certeau, Luce Giard y Pierre Mayol, *La invención de lo cotidiano 2. Habitar, cocinar* (5-32). México: Universidad Iberoamericana / ITESO.

McKenzie, R. D. (1988). El ámbito de la ecología humana, en Mario Bassols, Roberto Donoso, Alejandra Massolo y Alejandro Méndez (Compiladores), *Antología de sociología urbana* (105-117). Universidad Nacional Autónoma de México.

Méndez Rodríguez, Alejandro (2006). Capítulo 1. Tendencias del pensamiento social urbano, en Alejandro Méndez Rodríguez (Coordinador), *Estudios urbanos contemporáneos* (17-87). México: Miguel Ángel Porrúa / Universidad Nacional Autónoma de México.

Morán Quiroz, Luis Rodolfo (2007). Percibir la ciudad en la vida cotidiana, en Genaro Zalpa y María Eugenia Patiño (coordinadores), *La vida cotidiana. Prácticas, lugares y momentos* (167-205). México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Moya Pellitero, Ana María (2011). Paisajes transparentes, *La percepción del paisaje urbano* (25-46). Madrid, España: Biblioteca Nueva.

Muriá, José María (1997). Nueva Galicia por dentro y por fuera. Zapopan, Jalisco, México: Cuadernos de trabajo – El Colegio de Jalisco

_____ (2005). Breve historia de Jalisco. México: Fondo de Cultura Económica / El Colegio de México.

Negrete Salas, María Eugenia (2010). Las metrópolis mexicanas: conceptualización, gestión y agendas de políticas, en Gustavo Garza y Martha Schteingart (coordinadores), *Los grandes problemas de México. II. Desarrollo urbano y regional* (173-212). México, D.F.: El Colegio de México.

Nissen, Sylke (2008). Urban transformation from public and private space to spaces of hybrid character, *Sociologicky ustav Av Cr.*

Núñez Miranda, Beatriz (1999). Guadalajara, una visión del siglo XX. México: El Colegio de Jalisco.

_____ (2007). Introducción, 1. El espacio urbano, *Ciudad Loma Dorada* (21-29, 31-56). México: El Colegio de Jalisco.

_____ (2011). I. El contexto metropolitano en la Zona Conurbada de Guadalajara, *Zapopan, Tonalá y Tlajomulco de Zúñiga. Disyuntivas habitacionales de la zona conurbada de Guadalajara* (21-60). México. El Colegio de Jalisco.

OCDE (2014). Panorama de la educación 2014 (nota país). Disponible en línea: <http://www.oecd.org/edu/Mexico-EAG2014-Country-Note-spanish.pdf>

ONU-Hábitat (2011). 4. Retos ambientales, Movilidad urbana, *Estado de las ciudades en México* (64). México. Disponible en línea: http://www.onuhabitat.org/index.php?option=com_docman&task=doc_details&gid=583&Itemid=330

_____ (2012). *Estado de las ciudades de América Latina y el Caribe 2012. Rumbo a una nueva transición urbana*. Disponible en línea: http://www.onuhabitat.org/index.php?option=com_docman&task=doc_view&gid=816&tmpl=component&format=raw&Itemid=18

_____ (2013). *Planificación y diseño de una movilidad urbana sostenible: orientaciones para políticas públicas. Informe mundial sobre asentamientos urbanos 2013*. Routledge. Disponible en línea: www.unhabitat.org/grhs/2013

Organización de los Estados Americanos (2007). Definición de pandilla juvenil, *Definición y categorización de pandillas (versión preliminar)* (33-45). Washington, Estado Unidos. Disponible en línea: <https://www.oas.org/dsp/documentos/pandillas/Informe.Definicion.Pandillas.pdf>

Ortiz Guitart, Anna (2006). Uso de los espacios públicos y construcción del sentido de pertenencia de sus habitantes en Barcelona, en Alicia Lindón, Miguel Ángel Aguilar y Daniel Hiernaux (Coords.), *Lugares e imaginarios en las metrópolis* (67-83). España: Anthropos / UAM-I.

Ortiz, Renato (2000). Capítulo 1. Espacio y tiempo, *Modernidad y espacio. Benjamin en París* (15-94). Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma.

Park, Robert E. (s/d). La ciudad: sugerencias para la investigación de la conducta humana en un ambiente urbano. Disponible en línea en: http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce36-37_08tex.pdf

Pastor, Rosa (1998). 7. Asimetría genérica y representaciones de género, en Juan Fernández, *Género y sociedad* (207-236). Madrid, España: Pirámide.

Perea, Carlos Mario (2007). *Con el diablo adentro. Pandillas, tiempo paralelo y poder*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Quijano, Aníbal (1988). La formación de un universo marginal en las ciudades de América Latina, en Mario Bassols, Roberto Donoso, Alejandra Massolo y Alejandro Méndez (Compiladores), *Antología de sociología urbana* (340-365). Universidad Nacional Autónoma de México.

_____ (2014). Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica, *Cuestiones y horizontes. Antología esencial. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (75-124). Buenos Aires, Argentina: CLACSO.

Rabotnikof, Nora (2008). Discutiendo lo público en México, en Mauricio Merino (coordinador), *¿Qué tan público es el espacio público en México?* (25-56). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Fondo de Cultura Económica / Universidad Veracruzana.

Raffestin, Claude (2013). *Por una geografía del poder*. México: El Colegio de Michoacán / Fideicomiso “Felipe Teixidor y Monserrat Alfau de Teixidor.

Rainero, Liliana (2009). Ciudad, espacio público e inseguridad. Aportes para el debate desde una perspectiva feminista, en Ana Falú (editora), *Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos* (163-176). Chile.

Ramírez Kuri, Patricia (2003). El espacio público: ciudad y ciudadanía. De los conceptos a los problemas de la vida pública local, en Patricia Ramírez Kuri (Coordinadora), *Espacio público y reconstrucción de ciudadanía* (31-58). México: FLACSO México / Miguel Ángel Porrúa.

_____ (2010). Capítulo 1. Espacio público, ciudadanía y procesos urbanos, *Espacio público y ciudadanía en la ciudad de México. Percepciones, apropiaciones y prácticas sociales en Coyoacán y su Centro Histórico* (35-81). México: Miguel Ángel Porrúa / UNAM / LXI Legislatura. Cámara de Diputados.

Ramírez, Patricia y Alicia Ziccardi (2008). Pobreza urbana, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI. Una introducción, en Rolando Cordera, Patricia Ramírez Kuri y Alicia Ziccardi (coordinadores), *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI* (23-48). México, D.F.: UNAM / Siglo veintiuno Editores.

Ramírez, Romina (2013). 3. El barrio, la iglesia y la escuela: instituciones donde los jóvenes construyen sus biografías, en Pablo Francisco Di Leo y Ana Clara Camarotti (editores), *“Quiero escribir mi historia”. Vida de jóvenes en barrios populares* (69-86). Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

Ramírez Sáiz, Juan Manuel y Patricia Safa Barraza (2011). Realidades y retos de las áreas metropolitanas: ciudad de México, Guadalajara y Monterrey, *Desacatos*, Núm. 36, mayo-agosto, pp. 131-148.

Regalado Santillán, Jorge (1995). Capítulo I. Guadalajara, historia urbana. *Lucha por la vivienda en Guadalajara* (41-86). México: Universidad de Guadalajara.

Reguillo, Rossana (2000). La clandestina centralidad de la vida cotidiana, en Alicia Lindón (coordinadora), *La vida cotidiana y su espacio temporalidad* (77-93). España: Anthropos.

_____ (2003). De la pasión metodológica o de la (paradójica) posibilidad de la investigación, en Rebeca Mejía y Sergio Antonio Sandoval (coords.), *Tras las vetas de la investigación cualitativa. Perspectivas y acercamientos desde la práctica* (17-38). Tlaquepaque, Jalisco, México: ITESO.

_____ (2010). La condición juvenil en el México contemporáneo. Biografías, incertidumbres y lugares, en Rossana Reguillo (coordinadora), *Los jóvenes en México* (395-429). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Fondo de Cultura Económica.

Robles Gómez, Ricardo (1995). *Santa Teresita: del espacio social al espacio económico*. Guadalajara, México: Edición de autor.

Rodríguez Gómez, Gregorio, Javier Gil Flores y Eduardo García Jiménez (1999). *Metodología de la investigación cualitativa*. España: Ediciones Aljibe.

Rodríguez, Jorge y Camilo Arriagada (2004). Segregación residencial en la ciudad latinoamericana, *Revista eure*, Vol XXIX, No. 89, pp. 5-24.

Rodríguez Suárez, Julio y Esteban Agulló Tomás (1999). Estilos de vida, cultura, ocio y tiempo libre de los estudiantes universitarios, *Psicothema*, año/vol. 11, número 002, pp. 247-259.

Román, Ignacio (2012). El contexto, la infraestructura económica y el empleo, en Guadalupe Rodríguez Gómez (coordinadora), *La realidad social y las violencias. Zona Metropolitana de Guadalajara* (251-282). Guadalajara, México: CONAVIM, INCIDE social, CIESAS, ITESO.

Romero, José Luis (2010). *Las ciudades y las ideas*. Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

Ruiz Olabuénaga, José Ignacio (1999). *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao, España: Universidad de Deusto.

Sabatini, Francisco (2006). *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*. Banco Interamericano de Desarrollo. Disponible en línea en: <http://publications.iadb.org/handle/11319/5324?locale-attribute=es>

Sánchez Pilonieta, Alfonso (2011). Espacio público e identidad social, en Carlos Mario Yori (editor académico), *Espacio público y derecho a la ciudad* (49-74). Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.

Santos, Milton (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. Barcelona, España: Oikos-Tau.

_____ (2000). Capítulo 3. El espacio geográfico, un híbrido, *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo, razón y emoción* (75-92). España: Editorial Ariel.

Saraví, Gonzalo A. (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: Publicaciones de la Casa Chata.

Savenije, Wim (2007). Las pandillas transnacionales o “maras”: violencia urbana en Centroamérica, *Foro Internacional*, Vol. XLVII, Núm. 3, julio-septiembre, pp. 637-659.

Schteingart, Martha (2010). 8. División social el espacio y segregación en la ciudad de México. Continuidad y cambios en las últimas décadas, en Gustavo Garza y Martha Schteingart (coordinadores), *Los grandes problemas de México. II. Desarrollo Urbano y Regional* (345-387). México: El Colegio de México.

Schutz, Alfred (1995). 1. El sentido común y la interpretación científica de la acción humana, *El problema de la realidad social* (35-70). Argentina: Amorrortu editores.

Secretaría de Desarrollo Social, Consejo Nacional de Población e Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2004). *Delimitación de las zonas metropolitanas de México*. México. Disponible en línea:
http://www.inegi.gob.mx/est/contenidos/espanol/metodologias/otras/zonas_met.pdf

_____ (2012). III. Zonas metropolitanas: definiciones y criterios de delimitación. *Delimitación de las zonas metropolitanas de México 2010* (25-28). México: Secretaría de Desarrollo Social / Consejo Nacional de Población / Instituto Nacional de Estadística y Geografía.

Secretaría Distrital de Planeación – Universidad Nacional de Colombia (2013). *Segregación socioeconómica en el espacio urbano de Bogotá D.C.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Signorelli, Amalia (1999). Ciudad: espacios concretos y espacios abstractos, en *Antropología urbana* (53-66). México: UAM / Anthropos.

Silva, Armando (1992). *Imaginarios urbanos. Bogotá y Sao Paulo: cultura y comunicación urbana en América Latina*. Colombia: Tercer Mundo Editores.

Siqueiros, Luis Felipe (2009). Capítulo I. El territorio, el medio ambiente y las condiciones urbanas, en Guadalupe Rodríguez Gómez (coordinadora), *Diagnóstico sobre la realidad social, económica y cultural de los entornos locales para el diseño de intervenciones en materia de prevención y erradicación de la violencia en la región centro: el caso de la Zona Metropolitana de Guadalajara, Jalisco* (24-61). Comisión Nacional para Prevenir y Erradicar la Violencia contra las Mujeres / SEGOB / Gobierno Federal.

_____ (2012). Capítulo II. El entorno habitacional formal e informal, en Guadalupe Rodríguez Gómez (coordinadora), *La realidad social y las violencias. Zona metropolitana de Guadalajara* (71-103). México: CONAVIM / INCIDE Social / CIESAS / ITESO.

Simmel, Georg (1988). La metrópolis y la vida mental, en Mario Bassols, Roberto Donoso, Alejandra Massolo y Alejandro Méndez (Compiladores), *Antología de sociología urbana* (47-61). Universidad Nacional Autónoma de México.

Sobrino, Jaime (2011). Urbanización en México: evolución contemporánea y prospectiva al año 2030, en Enrique Cabrero Mendoza (coordinador), *Ciudades mexicanas. Desafíos en concierto* (65-115). México: Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Solana Suárez, Enrique, Daniel González Moreno, Ángel Melián García, Adriana I. Olivares González y María Teresa Pérez Bourzac (2003). *Crisis del barrio tradicional: ruptura, mutación o continuidad* (31-119). México: Universidad de Guadalajara / Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, España.

Soldano, Daniela (2008). Vivir en territorios desmembrados. Un estudio sobre la fragmentación socio-espacial y las políticas sociales en el área metropolitana de Buenos Aires (1990-2005), en Alicia Ziccardi (compiladora), *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social. Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI* (37-69). Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre / CLACSO.

Sombart, Werner (1988). La gran ciudad, en Mario Bassols, Roberto Donoso, Alejandra Massolo y Alejandro Méndez (Compiladores), *Antología de sociología urbana* (76-87). Universidad Nacional Autónoma de México.

Suárez Zozaya, María Herlinda (2010). Desafíos de una relación en crisis. Educación y jóvenes mexicanos, en Rossana Reguillo (coordinadora), *Los jóvenes en México* (90-123). México: Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Tarrés, María Luisa (Coord.) (2008). Lo cualitativo como tradición, en *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (35-60). México: Miguel Ángel Porrúa / El Colegio de México / FLACSO México.

Taylor, S. J. y R. Bogdan (1996). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. España: Paidós.

Torres Tovar, Carlos Alberto (coordinador) (2009). *Ciudad informal colombiana. Barrios contruidos por la gente*. Universidad Nacional de Colombia.

Tuan, Yi-Fu (2007). *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. España: Melusina.

Urquidez, Octavio (2010). IV. Epílogo. La metrópolis de todos tan mentada, en Octavio Urquidez (coordinador), *La reinención de la metrópoli* (277-321). México: El Colegio de Jalisco.

Urteaga, Maritza (2004). 2. Imágenes juveniles del México moderno, en José Antonio Pérez Islas y Maritza Urteaga (coordinadores), *Historias de los jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX* (33-89). México: Secretaría de Educación Pública / Instituto Mexicano de la Juventud / Archivo General de la Nación.

_____ (2010). Género, clase y etnia. Los modos de ser joven, en Rossana Reguillo (coord.), *Los jóvenes en México* (15-51). México: Fondo de Cultura Económica / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

_____ (2011). *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Valenzuela, José Manuel (2008). Identidades juveniles, en Humberto J. Cubides C., María Cristina Lavarde Toscano y Carlos Eduardo Valderrama H., *Viviendo a toda. Jóvenes*,

territorios culturales y nuevas sensibilidades (38-45). Colombia: Universidad Central / Siglo del Hombre Editores.

_____ (2010). Juventudes demediadas. Desigualdad, violencia y criminalización de los jóvenes en México, en Rossana Reguillo (coordinadora), *Los jóvenes en México* (316-349). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Fondo de Cultura Económica.

Vázquez, Daniel (1998). Tres condiciones nuevas para historiar la ciudad, en Luis Felipe Cabrales Barajas, Eduardo López Moreno Romero (compiladores), *La ciudad en retrospectiva* (219-230). México: Universidad de Guadalajara.

_____ (2001). ¿Un centro, sólo y realmente histórico?, en Daniel Vázquez, Renée de la Torre y José Luis Cuellar, *El centro histórico de Guadalajara. Mesa redonda* (13-67). México: El Colegio de Jalisco / Instituto Cultural Ignacio Dávila Garibi.

Vela Peón, Fortino (2008). Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa, en *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social* (63-93). México: Miguel Ángel Porrúa / El Colegio de México / FLACSO México.

Vidal-Koppmann, Sonia (2010). Las urbanizaciones privadas y su impacto en el desarrollo de las áreas metropolitanas, en Octavio Urquidez (Coord.), *La reinención de la metrópoli. Algunas propuestas* (53-67). México: El Colegio de Jalisco.

Viveros Vigoya, Mara (2001). Masculinidades. Diversidades regionales y cambios generacionales en Colombia, en Mara Viveros, José Olavarria y Norma Fuller, *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina* (35-143). Colombia: Universidad Nacional.

Wacquant, Loïc (2007). Introducción, *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado* (13-25). Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

Watier, Patrick (2005). Las grandes ciudades y la vida del espíritu. Modernidad, economía monetaria y condiciones psicosociales, *Georg Simmel. Sociólogo* (115-122). Argentina: Nueva Visión.

Weber, Max (1977). VIII. La dominación no legítima (tipología de las ciudades), *Economía y sociedad, Vol. II* (938-1024). Colombia: Fondo de Cultura Económica.

Wirth, Louis (2005). El urbanismo como forma de vida, en *Bifurcaciones, Otoño, Número 002*. Disponible en línea: <http://www.bifurcaciones.cl/>

Zalpa, Genaro (2007). El campo de la vida cotidiana, en Genaro Zalpa y María Eugenia Patiño, *La vida cotidiana. Prácticas, lugares y momentos* (15-56). México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.

Ziccardi, Alicia (2008). Pobreza y exclusión social en las ciudades del siglo XXI, en Alicia Ziccardi (compiladora), *Procesos de urbanización de la pobreza y nuevas formas de exclusión social. Los retos de las políticas sociales de las ciudades latinoamericanas del siglo XXI* (9-33). Colombia: Siglo del Hombre Editores / CLACSO-CROP.